AMÉRICA

HISTORIA DE SU DESCUBRIMIENTO DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LOS MAS MODERNOS

• ESCRITA POR •

RODOLFO CRONAU.

J. ROCA.

Ex Libris
Or. Od. Jaime Masaveu

ANT
XIX
533

I
T
476

AMÉRICA

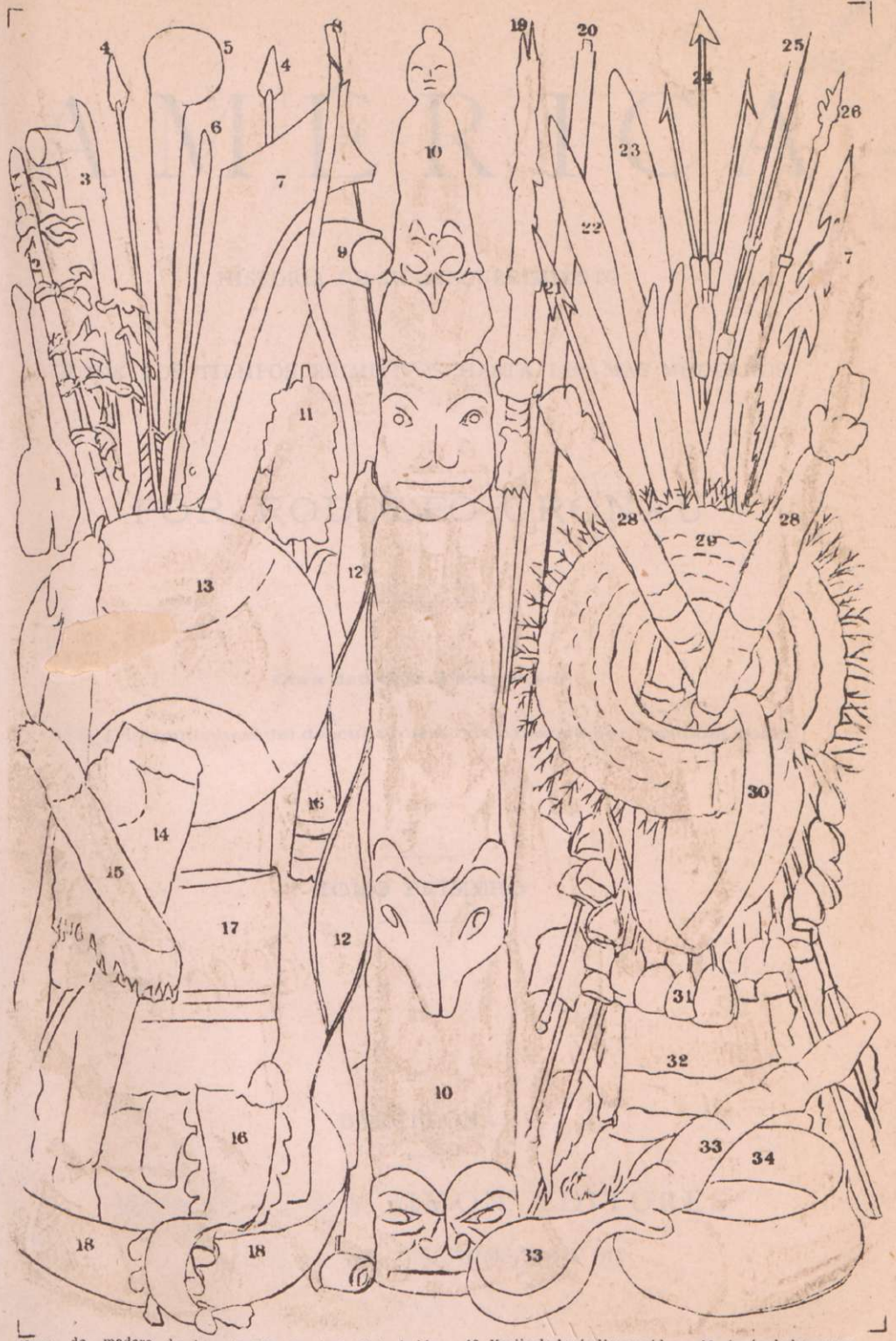
HISTORIA DE SU DESCUBRIMIENTO

ШКОЛЬНАЯ
НАУЧНАЯ
ЛИТЕРАТУРА

ARMAS Y ADORNOS DE LOS INDIOS

$^1/_{10}$ de su verdadero tamaño.

Todos estos objetos existen en el Museo Etnográfico, de Berlín. Los objetos cuyo origen no está concretamente determinado, tampoco lo tienen en el catálogo del Museo.



1. Clava de madera de los tchimsianes.
2. Flauta que tocan los siuxes en sus danzas guerreras.
3. Pipa de los indios Pies Negros.
4. Flecha de los apaches.
5. Clava terminada en bola, de los tchoktas.
6. Flecha roma de los apaches.
7. Tomahawk de piedra.
8. Arco de los apaches.
9. Clava de madera.
10. Pilar doméstico de los haidas.
11. Carraca para las danzas.
12. Pipa para tabaco.
13. Escudo de los indios pueblos, Cuchiti.
14. Arco y carcaj en su estuche.
15. Cuchillo para arrancar el cuero cabelludo y escudo de los indios Pies Negros.
16. Lutria. Medicina.
17. Bolsa para caza, de los tcheroqueses.
18. Vasija de los indios pueblos, Arizona.
19. Lanza adornada con plumas, Brasil.
20. Arco de los conibos.
21. Flecha de los cashibos.
22. Flecha de los conibos.
23. Flecha de los esracayas.
24. Tridente para pescar, de los esracayas, Orinoco
25. Lanza de dos puntas para pescar, de los canos.
26. Arpón de los canos
27. Flecha de los cashibos.
28. Cetro adornado con plumas para las danzas, Brasil.
29. Corona de plumas, de los macusis.
30. Cinturón de los conibos.
31. Collar de los longas.
32. Adorno para la espalda, de los andoas.
33. Cuchara labrada de los pebas.
34. Escudilla de los cocamas.

24 cms.
R 75.630
BIBLIOTECA Granada DE ANDALUCIA
1 T 476

AMÉRICA

HISTORIA DE SU DESCUBRIMIENTO

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LOS MAS MODERNOS

POR RODOLFO CRONAU

Obra dedicada á solemnizar

el cuarto centenario del descubrimiento de América por Cristóbal Colón

---

TOMO PRIMERO

BARCELONA

—

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NUMS. 309 Y 311

1892

LOS DERECHOS EXCLUSIVOS DE LA TRADUCCIÓN ESPAÑOLA DE LA PRESENTE OBRA
SON PROPIEDAD DE LOS EDITORES

PREFACIO

Si hay en la historia un acontecimiento digno de ser festejado solemnemente por la humanidad entera, fuera está de toda duda que es el descubrimiento de América por Cristóbal Colón. En efecto, este hecho, que con razón puede calificarse de segunda creación del mundo, inicia la Edad Moderna, esta época que por sus grandiosos sucesos y maravillosos inventos en todas las esferas de la Ciencia y de la actividad humanas, sobresale por encima de cuantas la precedieron, y durante la cual sufrieron una revolución completa todas las relaciones, todo el modo de ser hasta entonces existentes.

La presente obra tiene por objeto, no sólo hacer resaltar la trascendental importancia del descubrimiento de América, sino también trazar un cuadro fiel de cómo fué al fin hallado el Nuevo Mundo, que desde los más remotos tiempos presentían y profetizaban los hombres de ciencia, y relatar los incesantes é infatigables esfuerzos que costó esta hermosa conquista y los grandes peligros y privaciones, las sangrientas luchas con que paso á paso hubo de llevarse á cabo.

Mi obra no se limita á la historia de las expediciones de Colón, sino que comprende también los viajes de descubrimiento,

reales ó supuestos, que antes ó después del inmortal marino se realizaron. Y al concebirla y escribirla así, hame guiado el deseo de ofrecer al público, que hasta ahora no conoce más que libros por decirlo así fragmentarios de la historia general del descubrimiento de América, una obra que venga á ser un conjunto homogéneo de todos los paulatinos y parciales progresos que poco á poco han ido desvaneciendo de las tinieblas en que por tanto tiempo ha estado envuelto el continente americano.

Para completar este cuadro, he creído oportuno hacerlo preceder de una rápida ojeada sobre la prehistoria americana, hasta donde la ciencia actual lo permite. En la descripción de cada uno de los períodos de descubrimiento no he concedido capital importancia á la repetición de los hechos realizados por los distintos descubridores, hechos en su mayor parte reproducidos en la vida de cada uno de éstos; antes al contrario, he procurado hacer á cada héroe, explorador y viajero la debida justicia, dando á conocer lo que descubrió é hizo valer en el Nuevo Continente.

El tomo segundo estará consagrado á este punto especial, es decir, á presentar ante los ojos del lector á América tal como gradualmente y palmo á palmo, por decirlo así, fué descubierta.

Los extensos viajes por mí realizados durante largos años me han permitido conocer personalmente el Nuevo Mundo, y los caminos por mí seguidos han cruzado las rutas de los más famosos exploradores como Hudson, Verraganus, Champlain, Curtier, Marquette, La Calle, Lewis y Clarke, Pike, Fremont, Hayden, Powell y otros. En un viaje que recientemente emprendí, en interés especial de esta obra, por las islas Bahamas, las Indias occidentales, México y la América central, me fué dado seguir los pasos de Colón, Grijalva, Cortés, Coronado, Cabeza de Vaca, De Soto, etc., y la mayor parte del primer

tomo de este libro nació en los mismos lugares que estos grandes descubridores han inmortalizado.

Este último viaje dióme además ocasión para intervenir con investigaciones propias y por mí llevadas á cabo en los sitios mismos en las cuestiones siguientes, que de antiguo preocupan al mundo científico: «¿Dónde está Guanahani? ¿En dónde yacen los restos de Cristóbal Colón?» Y los resultados de estas investigaciones son los que ahora someto á la crítica de los hombres de ciencia.

Por lo que toca á las ilustraciones de la presente obra, puedo ofrecer á mis ilustrados lectores paisajes, monumentos, tipos de razas y objetos etnográficos que directamente dibujé del natural y que son de indudable importancia en la historia del descubrimiento. Con ello puedo ayudar á reconstituir aquellos famosos tiempos en que un nuevo mundo surgió del Océano, para lo cual he acudido también á numerosos grabados que permanecían ignorados en obras antiguas de gran valía. En cambio he prescindido por completo de aquellos cuadros debidos á la fantasía de pintores modernos que, como *Colón ante la junta de Salamanca, Colón en la corte de España, Colón cargado de cadenas*, si bien brillantemente concebidos y ejecutados, carecen en absoluto de valor para una obra histórica y no pueden, en modo alguno, ponerse al lado de otras representaciones gráficas menos vistosas pero más auténticas.

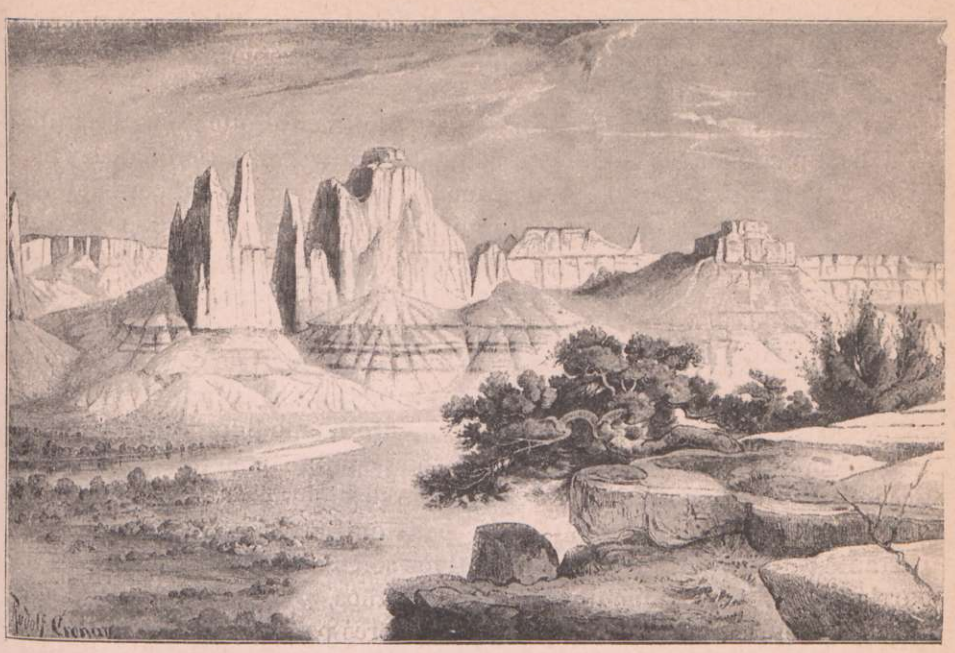
Cúmpleme ahora expresar mi más vivo reconocimiento por el favor que me han dispensado, y por lo mucho que me han estimulado en mis estudios, al Ministerio de Negocios Exteriores de Alemania, al gobierno colonial de las islas Bahamas, á los gobiernos de las Repúblicas de Santo Domingo y México, á los distintos departamentos gubernamentales de los Estados

Unidos de la América del Norte, á la dirección de la Sociedad Anónima de Transportes Hamburguesa-americana, de Hamburgo, y á los directores de numerosos Museos etnológicos é históricos.

Para terminar, manifestaré mi gratitud profunda á todos aquellos que durante mis viajes y trabajos me han ayudado con hechos ó con consejos.

RODOLFO CRONAU.

Leipzig, septiembre de 1891.



Vista de una parte de las *Bab-Lands* (tierras estériles) de Wyoming y Utah
Dibujada del natural por Adolfo Cronau

EL TIEMPO PREHISTÓRICO DE AMÉRICA

Nada tan frecuente en la Creación como el cambio, la metamorfosis y el movimiento, y esto en ninguna región del planeta se evidencia con mayor claridad que en el continente conocido con el nombre de América.

Las constantes investigaciones de los geólogos nos demuestran que ese continente no ha tenido en los tiempos primitivos la misma configuración que hoy presenta. Muy al contrario, el Nuevo Mundo ha sufrido á la continua importantísimas transformaciones. Moles inmensas de tierra se elevaban en lo antiguo del seno de los mares, mientras otras, no menos grandes y dilatadas, se hundían y desaparecían. Por donde hoy se extienden vastas llanuras, alzábanse antes gigantescas cadenas de cordilleras; donde hoy se ven dilatados y estériles desiertos, se quebraban hace miles de años las olas de inmensos lagos; donde en la actualidad se mecen las hierbas de lozano prado matizadas por millares de flores, furiosos glaciares de gran altura hacían imposible toda vida; y en el sitio mismo donde en el día se contemplan las desnudas costas de Groenlandia cubiertas de

helada coraza, existía un país engalanado con la más vistosa y exuberante vegetación, con multitud de bosques de arces, robles, sequoias, magnolias y helechos arbóreos.

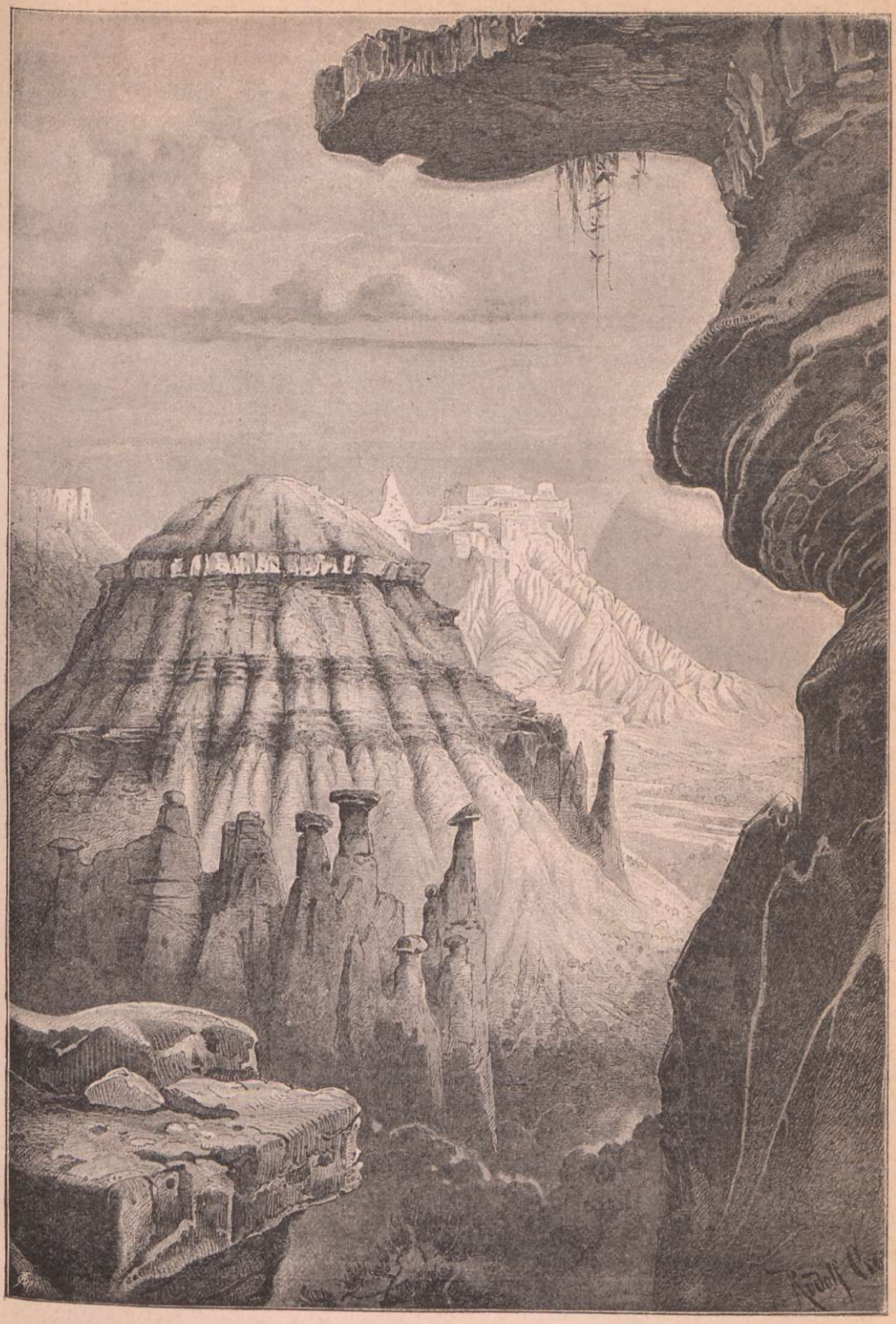
Ante esta metamorfosis, compréndese fácilmente que á igual cambio se hallaban sujetas las condiciones climatológicas: zonas templadas y hasta tropicales convertíanse temporalmente en glaciales, y así como el Viejo Mundo tuvo su época glacial, lo mismo la ha tenido el Nuevo. Pero semejantes transformaciones refiérense á épocas tan lejanas y de tan larga duración, que, no siéndonos posible comprenderlas, mucho menos ha de sernos el poderlas calcular siquiera aproximadamente.

Cuantas veces se ha pretendido calcular la edad de cada uno de los períodos geológicos haciendo uso de los números, otras tantas han resultado insostenibles tales cálculos. Solamente ha podido probarse que la Tierra tiene una edad que se escapa á toda combinación numérica, y que desde hace muchos millones de años tiene su superficie seres vivos. Según cálculo del profesor Helmholtz, sólo para enfriarse la costra terrestre lo bastante á poder sustentar los primitivos seres animados debieron transcurrir trescientos cincuenta millones de años, y en otros tantos puede calcularse el tiempo que necesitaron esos seres para desarrollarse lo suficiente hasta hallarse en condiciones de constituir formas de animales de organización más perfecta. Pero si los ensayos para calcular la duración de cada una de las épocas geológicas no ofrecen éxito alguno, tenemos, en cambio, en los restos que las mismas nos han legado, un precioso medio de poder formar un cuadro aproximado de los estados dichos.

Por demás rica es América en tesoros, en los que se hallan amontonados semejantes restos de los tiempos primitivos, y sólo una pequeñísima parte de ellos es bien conocida, merced á detenidas y constantes investigaciones, cuyo resultado ha sido de importancia suma, no sólo para la historia de la formación de la Tierra, si que también para la de la creación del hombre, de los animales y las plantas.

Los principales tesoros con que los paleontólogos enriquecían su ciencia se hallan en ciertos parajes de la América del Norte y de la del Sur, donde á consecuencia de las favorables condiciones de las capas geológicas hanse conservado perfectamente innumerables restos de animales y plantas prehistóricos. Tales parajes, que dieron inesperada y clara luz acerca de los tiempos primitivos, son las *Bad-Lands*, visitadas en el último septenio por hombres científicos, y los cuales parajes se hallan situados en el Oeste de La Unión, en Dakota, Nebraska, Wyoming, Utah y Kansas.

Dichas *Bad-Lands*, señaladas también en los mapas con el nombre de *Mauvaises Terres*, y que en ocasiones son de grandísima extensión, se componen de capas formadas por los depósitos de dilatados mares de agua



En los *Bad-Lands* del pequeño Missouri (dibujo del natural por Rodolfo Cronau)

dulce que en los tiempos prehistóricos se extendían á largas distancias en el Oeste de la América del Norte. Los innumerables afluentes de esos mares llevaban á ellos, no solamente el agua, sino que en su curso arrastraban de las montañas grandes masas de pedruscos y tierra que iban depositándose en el fondo de los lagos en forma de fango, prestando así el material para la formación de las actuales *Bad-Lands*. Uno de esos mares se hallaba situado entre las montañas Peñascosas y el monte Wahsatch, y los reconocimientos geológicos practicados de esa antigua ensenada han dado resultados sorprendentes. En ese gran lago se depositaban capas de 1.300 metros de altura, las cuales capas constituyen en la actualidad el grupo del Puerco y de Wahsatch, perteneciente al eoceno inferior. Después parece que, por evaporación de las aguas, se estrechaba el lago, y en su menor perímetro se depositaban nuevas capas, las conocidas con el nombre de *Gran River*, de 600 metros de altura; encogiéndose ó estrechándose más todavía el lago, dió origen á la formación de otras capas de 800 metros de espesor, capas que hoy se conocen con el nombre de *grupo de Bridger;* y más tarde, por último, en la parte que restaba del antes caudaloso mar, se formó el *grupo de Uinta*, de 160 metros de altura.

El lago, por fin, desapareció por completo hace miles de años, pero las masas de fango amontonadas sobre su primitivo fondo, masas que alcanzan la monstruosa altitud de 3.200 metros, fueron surcadas y lavadas por las aguas de las lluvias y por las corrientes ocasionadas por el derretimiento de la nieve y del hielo, y convertidas poco á poco, por semejante labor, en un laberinto de tan particular constitución que sólo el talento y la experiencia de persona avezada á caminar por senderos desconocidos puede hallar feliz salida de él.

En todas partes se observan las más raras configuraciones, que tan pronto se asemejan á desiertas poblaciones antiguas como á viejos castillos y fortalezas convertidas en ruinas. Imponentes montañas de arcilla de colores distintos forman, al parecer, fortificaciones de inaccesibles murallas, que relucen á lo lejos con las reverberaciones de los colores que contienen. Altos peñascos de rarísima estructura alternan con tajados barrancos; estrechas gargantas y grietas con extensas llanuras, donde por la acción del fuego subterráneo se ha hundido el suelo. En una palabra, en la extensión de varias jornadas está cubierto el país de las más extrañas y caprichosas formaciones de tierra que, al verlas el viajero levantadas unas próximas á las otras como haciendo gala de su extravagante apariencia y estrechez, creése trasladado como por arte mágica á un país encantado.

Para el inmigrante que busca terrenos fértiles para la agricultura no

serán, ciertamente, las *Bad-Lands* objeto de su atención, porque su escasez de agua y la carencia absoluta de vegetación ofrécenle un cuadro por demás desconsolador. En el invierno, es cierto, hállanse los barrancos llenos de nieve; pero en el verano, á consecuencia de la rapidez con que han desaparecido las aguas producto del deshielo, reina un calor asfixiante y una sequía inaguantable. No bien se ha elevado el sol sobre el horizonte el aire es ya por demás caliente, y mucho antes del mediodía se eleva el termómetro á 100° Farenheit, alcanzando las paredes de arcilla tal calor que no se las puede tocar. La reflexión de los rayos solares en aquellas paredes aumenta tan extraordinariamente la temperatura, que el aire caliente centellea y se agita como los gases de un inmenso horno candente y forma los más raros fantasmas. Al mediodía asciende el calor á 120 y hasta 130°, para bajar paulatinamente por la tarde, y descender por la noche, hasta un frío glacial.

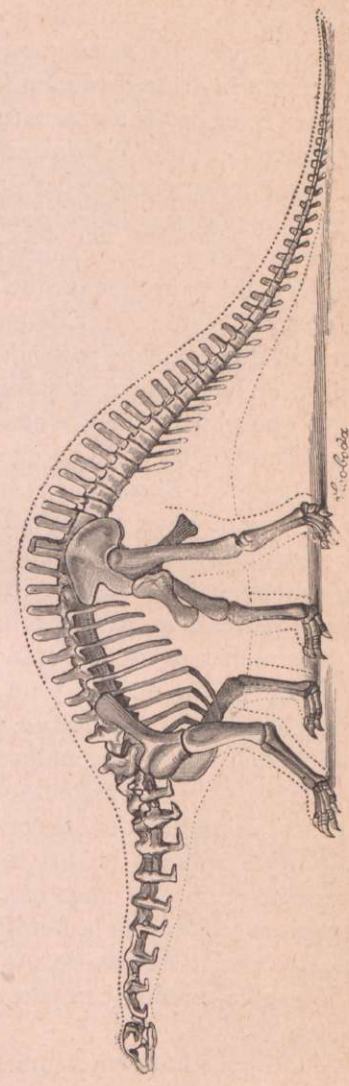
Pero si tales comarcas están condenadas á permanecer eternamente desiertas, sin vegetación, sin agua y sin vida animal, esto no obstante los hombres de ciencia han recogido en ellas abundantes y ricas cosechas con las que hoy hacen resucitar ante nuestros ojos tantos mundos al parecer extinguidos. Las secas paredes de arcilla y barro presentan, con más ó menos regularidad sobrepuestos en sus espesas capas, innumerables restos fósiles de animales que poblaban, hace miles de años, la superficie, el fondo y las orillas del lago, y que, al morir, se hundieron en las profundidades del mismo, sepultándose entre el fango que había de cubrirlos y conservar sus restos hasta el presente. Las *Bad-Lands* son, pues, un inmenso cementerio del mundo antiguo, cementerio en el cual se hallan á cada paso los rastros de la vida animal de entonces.

Lo mismo en la peña á que se trepa, que en el bancal que se escala, que en la capa de piedra arenisca que se rompe, se encuentran caracoles y conchas, dientes y escamas de peces, conchas de tortuga, esqueletos de anfibios de figura de cocodrilo, como asimismo costillas, fémures y cráneos de poderosos y gigantescos mamíferos.

Grandes méritos han alcanzado ante el mundo científico, en cuanto á los descubrimientos realizados en las *Bad-Lands*, los sabios Cope, March y otros que, despreciando los infinitos peligros á que se exponían al tener que luchar con los indios y con los animales feroces, extrajeron ricos tesoros de las entrañas de aquellos deshabitados lugares, tesoros que por su valor científico tienen apenas igual. A aquellos valientes exploradores siguieron más tarde varias expediciones enviadas por Sociedades científicas, y reuniendo los resultados por unos y otros obtenidos se ha logrado poco á poco ir formando un cuadro que, aproximadamente, da á conocer las condiciones de la América prehistórica.

Si nos remontamos á las lejanas épocas que llamamos período argeico ó argeozoico, preséntasenos nuestro planeta como un caos en que agua y tierra pugnan por asentar su predominio la una sobre la otra, y sin que en medio de tamaña lucha nada viviente existiera.

A épocas posteriores del período argeico pertenecen los restos de aquellos seres vivientes que llamamos *protistes*. Epocas de incalculable duración debieron transcurrir hasta que á esos protistes acompañaron moluscos, gusanos y crustáceos, como igualmente plantas de la más inferior organización, las criptógamas, entre las cuales eran notables las algas. Del mismo modo, lapso incalculable debió preceder hasta que, en las épocas primitivas del período paleozoico, presentó la Tierra un aspecto algo menos horripilante. Pero todavía no embalsamaba el ambiente ninguna flor con su aroma; ninguna mariposa, ni ave ni animal mamífero animaban el paisaje, en el que sólo alternaban las extensas superficies de agua con los bosques de plantas de *cola de caballo*, de gigantescos helechos arborescentes, de árboles de escamas, de coníferas y de palmeras de sagú.



Esqueleto del *Brontosaurio* procedente del Jura americano

El reino animal estaba representado por moluscos, por pesados anfibios y reptiles de sangre fría; los peces se hallaban cubiertos, en lugar de escamas, de corazas óseas; los insectos, representados principalmente por las arañas, escorpiones, escolopendras y algunas especies semejantes á las correderas ó cucarachas de nuestras cocinas, no ofrecían atractivo alguno.

Pasados los períodos paleozoico primitivo y posterior, siguió el llamado mesozoico, en el que el gran desarrollo de los reptiles es lo más notable. Tierras y mares se hallaban poblados de monstruos gigantescos, cuya estructura informe dejaba muy atrás la de los dragones de la Fá-

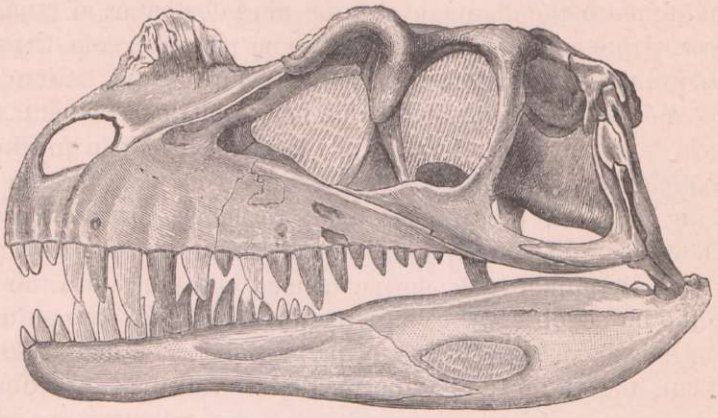
bula. Apenas es posible al presente formarse una idea acerca de algunos animales que, como el *Atlantosauros inmanis*, por ejemplo, alcanzaban una longitud de 36 metros y presentaban el volumen de una casa bastante grande. Siendo, como son, muy ricas las *Bad-Lands* en restos de aquella época, sin gran trabajo podremos representarnos en la mente lo que en ella pasó. Retrocedamos, pues, á aquellos tiempos, é imaginémonos hallarnos á la orilla de cualquiera de los inmensos lagos, y al instante nos veremos rodeados por una naturaleza tropical, en cuyo ambiente viven y se desarrollan infinidad de animales de formas por demás extrañas, y los cuales sostienen entre sí desesperada y constante lucha por la existencia.

A lo lejos veremos que se acerca, surcando con suma rapidez las espumosas olas, monstruoso animal con cuerpo de elefante y provisto de poderosas patas palmípedas, que elevando sobre las aguas su delgado cuello, de seis á siete metros de largo, mirando, con sus relucientes ojos, que destacan de su cabeza parecida á una flecha, en todas direcciones, corre ansioso en busca de una presa. Es el *Elasmosaurio*, de 17 metros de largo, que con frecuencia cazaba en el fondo del lago los peces, su principal alimento, sacando de cuando en cuando su largo pescuezo para respirar. Los tales *Elasmosaurios* eran, sin duda alguna, poderosos animales rapaces, á cuya voracidad difícilmente escapaba ningún pez, siendo así que, merced á su prolongadísimo pescuezo, érales posible dominar con rapidez inconcebible un radio de 13 metros sin necesidad de cambiar de posición en lo más mínimo.

Más monstruosos aún eran los *Pythomorphi* (pitomorfos), mezcla horrible de figura de pez y de serpiente. Tales animales, que alcanzaban hasta 25 metros de longitud, tenían las mandíbulas armadas con cuatro filas de dientes, los cuales se podían inclinar hacia atrás como los de las serpientes, probablemente con el objeto de sujetar mejor la presa. Para los animales menores era el lago lugar de residencia muy peligroso, porque además de los monstruos descritos albergaba en su seno grandes tortugas de cinco metros de largo, feroces cocodrilos, tiburones y requines y peces de la familia de los salmones cuyas especies más corpulentas tenían cabeza de mayor tamaño que la del oso gris, y dientes que sólo pueden compararse con los de las mayores fieras que hoy existen.

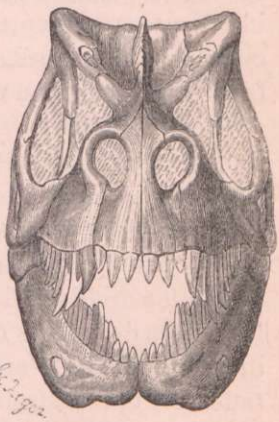
Y tampoco la tierra firme ni el aire se hallaban libres de animales feroces. Aves había cuyos picos ostentaban largos dientes; lagartos voladores *(Pterodáctilos)* cuyas alas, parecidas á las del murciélago, estaban armadas, en vez de una sutil membrana para volar, de una tan dura y resistente que parecía de cuero, á la vez que extendidas ambas alas abarcaban de punta á punta una anchura de siete á ocho metros.

Cuando en Europa fueron encontrados los primeros ejemplares de esta clase de animales, dudaron mucho tiempo los hombres de ciencia acerca de su clasificación, no sabiendo si colocarlos entre las aves ó los murciélagos, ó si entre los reptiles. Ambas opiniones eran muy fundadas,



Cráneo del *Ceratosaurio* del Jura americano (visto de perfil)

pues no ha existido ningún otro animal que reuna en sí las diversas y extrañas condiciones que distinguían á aquéllos. El *Pterodáctilo* tenía la cabeza y el cuello de ave y las alas iguales á las del murciélago, mientras que el cuerpo y la cola eran parecidos á los del lagarto. Si bien las extremidades posteriores no ofrecían rasgo alguno particular digno de atención, las anteriores, por el contrario, eran sumamente curiosas. Los brazos superiores eran cortos y robustos, los antebrazos mucho más largos, y en tanto que tres de los cuatro dedos de la mano eran normales y estaban armados de garras, el cuarto ostentaba un desarrollo extraordinario, era muy fuerte y sumamente largo, y representaba más del doble que todo el tronco del animal. El tal dedo sostenía la membrana para volar que se extendía entre él y el tronco.



Cráneo del *Ceratosaurio* (visto de frente)

El *Peridáctilo*, cuya enorme cabeza representaba la mitad del volumen de su cuerpo, tenía las quijadas armadas de cortantes y afilados colmillos, lo cual demuestra que el animal debió ser enemigo por demás peligroso para los seres inferiores á él, como igualmente sus extraordinarios ojos grandes prueban que debía poder cazar de noche.

No existe aún descripción alguna especial del gigantesco *Atlantosaurio*, pero se ha conseguido componer esqueletos completos de varios *Dinosaurios*, *Brontosaurios*, *Diplodocos*, *Ceratosaurios* y otros. Gracias á esto, sábese que los *Dinosaurios* eran unos animales de gran magnitud que generalmente andaban apoyándose sobre dos patas, al igual que los *Kanguros*, y que empleaban como sostén su poderosa cola. Otros de esos animales prehistóricos caminaban sobre sus cuatro patas, hallándose entre ellos los más enormes mamíferos que han poblado el planeta. A su lado aparecería el elefante actual como una ternerilla al lado de un rinoceronte.

El esqueleto del *Brontosaurio* (grabado de la pág. 9), que tenía 16 metros de longitud, presenta también rarísimas formas. Lo que más llama la atención es su pequeñísima cabeza, que no guarda proporción alguna con el tamaño del cuerpo; la masa encefálica era tan insignificante como no se observa, relativamente, en ningún otro animal de superior organización. Extrañísima forma presenta el cráneo del *Diplodoco*, animal igualmente de 12 á 16 metros de largo y cuyas mandíbulas carecen en absoluto de dientes en la parte posterior, mientras que en la anterior los tiene de forma cilíndrica y muy puntiagudos.

Por las grandes protuberancias óseas que sobre su cráneo ostentaba se distinguía entre los demás el *Ceratosaurio*, monstruo cuya horrorosa dentadura le delata como feroz rapaz.

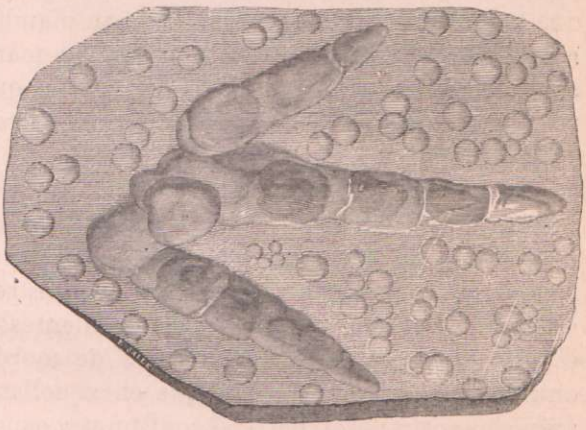
Mientras el período llamado cretáceo existió, acompañaron á los animales varias clases de serpientes, y asimismo los *Monosaurios*, mezcla horrible de pez y serpiente, que alcanzaban una longitud de 30 metros, y cuyos cuerpos estaban cubiertos de escamas ó de placas óseas, hallándose además favorecidos con una especie de patas palmípedas como el *Elasmosaurio*.

De que debían ser muy numerosos tales animales en la América del Norte, es prueba evidente el hecho de que el sabio Cope descubrió en el Oeste de La Unión, en Kansas, nada menos que seis clases con 36 especies de estos *Monosaurios*, los cuales animales se parecen, más que ningún otro, por su figura, á la tan controvertida cuanto fabulosa serpiente de mar.

En los archivos del tiempo prehistórico hanse conservado, además de los restos de huesos de animales, muy interesantes por cierto, otros residuos y huellas de animales de aquel mundo, residuos y huellas incrustados é impresos sobre las capas de arcilla todavía blandas. Tan grande es el número de ellos que algunos Museos poseen miles de ejemplares. Las tales huellas ó rastros presentan grande variedad de formas y tamaños: hay algunos que son de animales pequeños y que acusan extraordinaria precisión, mientras que los del enorme *Brontozoo* y los de otros colosos por el estilo presentan una distancia de cuatro metros entre una y otra huella del pie. Por los mismos rastros se ve claramente que mu-

chas especies de reptiles del período mesozoico caminaban derechas sobre sus patas traseras, y que sólo de trecho en trecho bajaban sus pequeñas extremidades anteriores ó manos.

Algunos sitios de esas capas de piedra arenisca, sobre todo las del valle del Connecticut, hállanse por modo tal cubiertas de las dichas huellas en todas direcciones, que parecen sábana inmensa de arcilla medio blanda sobre la que ha pasado un rebaño de ovejas. Por eso es imposible señalar la ruta que siguió cada animal. A corta distancia de aquellos lugares ya disminuyen las impresiones y se distingue, por lo tanto, con claridad cada rastro. El Museo Británico posee una plancha ó losa de piedra que mide cerca de 50 pies cuadrados, en cuya superficie se observan distintamente más de setenta rastros bien definidos; uno de ellos ha dejado impresas catorce huellas.



Rastro del *Brontozoo*, y gotas de lluvia fósiles sobre una capa de piedra arenisca

En el transcurso de millares de años semejantes monstruos fueron desapareciendo, y sobre sus restos fósiles adquirieron vida en la época terciaria del período kaneozoico formas completamente nuevas de animales y de plantas. A los grandes bosques constituídos por las plantas llamadas *cola de caballo* y por los árboles escamosos y el sinnúmero de plantas mucilaginosas y acuáticas, sustituyeron poco á poco los bosquecillos de palmeras y los poblados montes de lujuriosa vegetación, donde en confusa congerie se desarrollaban el arce, el olmo, el chopo, el roble y el sicomoro, como asimismo diversas especies de arbustos y siemprevivas, entre cuyo espeso ramaje percibíase el fuerte resuello de enorme paquidermo que, al abrirse paso por entre el bosque, tronchaba con su esfuerzo y aplastaba con su pesada planta cuanto le interceptaba el camino. Grandes manadas de tapires y rinocerontes recorrían aquel intrincado laberinto, como igualmente se hallaban en gran número los extraños *Dinocerátidos*, animales muy parecidos por su figura y tamaño al elefante, pero con cabeza tan particular y rara que no tiene comparación posible con la de ningún otro mamífero.

El cráneo de este animal es cóncavo, y en los lados y en el cogote

presenta unas crestas muy salientes, al mismo tiempo que en la superficie tiene seis prominencias perfectamente marcadas, las cuales debieron constituir el asiento ó inserción de los cuernos, pues ha de saberse que semejante monstruo estaba provisto nada menos que de seis pares de astas. De dichas prominencias, dos se hallan implantadas sobre la nariz, exactamente igual que acontece con el actual rinoceronte de dos cuernos, otras dos sobre la raíz ó nacimiento de sus larguísimos colmillos, y las dos restantes, mucho más pronunciadas que las anteriores, en la parte posterior del cráneo, sobre el cual se elevan bastante. Si á esto se agrega que los *Dinocerátidos* ostentaban en su mandíbula superior dos grandes colmillos parecidos á los de los caballos marinos; que tenían el cuello sumamente largo y ágil y patas más cortas que las del elefante, se comprenderá que constituyan la figura más extraña de cuantos mamíferos han existido sobre el globo.

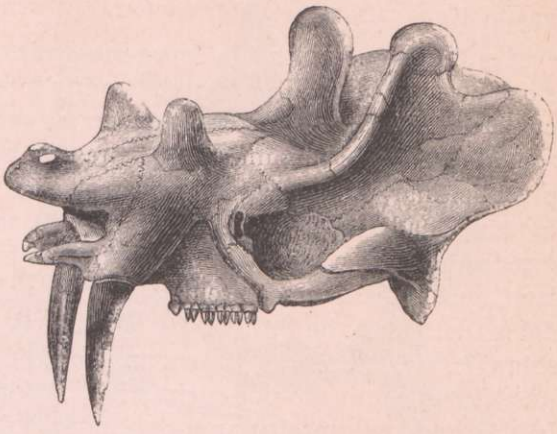
Además de los *Dinocerátidos* había innumerables manadas de cerdos rumiantes, camellos y llamas, y gigantescos castores, didelfos, ciervos, monos, tortugas, lagartos y cocodrilos. No faltaban tampoco los animales feroces, como hienas, perros salvajes y gatos semejantes al tigre, sin otra diferencia que la configuración de los dientes, que en dichos gatos eran corvos como un alfanje. Las señales de mordeduras observadas en los cráneos encontrados revelan que en aquellas remotísimas épocas estos animales sostuvieron entre sí continuos y sangrientos combates.

Entre las especies de gatos salvajes y feroces distínguense en primer término los *Machairodontes* por su formidable armadura. La mandíbula superior del cráneo del *Machairodus neogæus*, ejemplar encontrado en el *diluvium* de la América del Sur, tiene dos grandísimos colmillos dentellonados y sumamente agudos, que parecen dos enormes y afilados puñales, terrible defensa que sin duda alguna utilizaba el animal para horadar y cortar la gruesa piel de los grandes paquidermos, como al mismo tiempo para destruir las más resistentes corazas de los armadillos.

Los gigantes entre los mamíferos eran los *Mamuts* ó *Mastodontes*, á cuyo lado parecerían los actuales paquidermos como seres raquíticos sumamente atrasados en su desarrollo. La aparición del enorme mastodonte del Ohio *(Mastodon americanus, giganteus* ú *ohiuticus)* debió causar, por su desmesurado grandor, horroroso miedo á todos los otros animales. En distintos lugares de la América del Norte hanse encontrado esqueletos completos de ellos, especialmente en los pantanos, en cuyo fondo debieron perecer ahogados algunos ejemplares. Uno de dichos esqueletos conservaba todavía entre sus costillas restos del último alimento contenido en su estómago, como también algunas ramitas y hojas de *tuya*. El primer ejemplar del animal que nos ocupa fué hallado en 1705 en la orilla

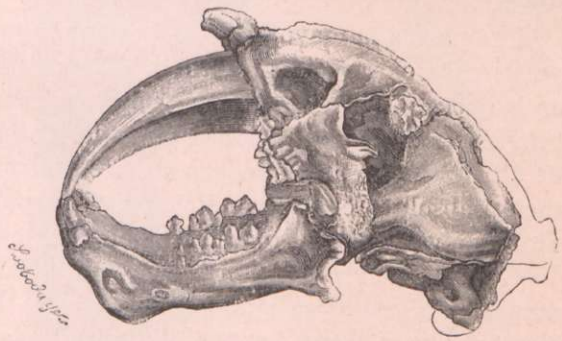
del río Hudson, próximo á Nueva York. Posteriormente fueron descubiertos algunos otros en los pantanos de los bosques vírgenes de Ohio.

En estos lugares, sobre un depósito hullífero, hay una gran pradera en la que nacen muchos manantiales de aguas salinas, y como es sabido lo aficionados que eran dichos animales á beber aguas que tuvieran tales condiciones, compréndese fácilmente que al acercarse ansiosos y sedientos á las orillas de los lagos, empujándose unos á otros cayeran en su seno y quedaran ahogados al hundirse en el fango salino y cenagoso. De ahí que toda la pradera dicha y sus cercanías se hallen totalmente cubiertas de toda clase de huesos de semejantes colosos, de los cuales se conservan completísimos y preciosos esqueletos en los Museos de Boston, Nueva York, Filadelfia y Londres, pudiéndose deducir, por las diferencias que presentan, que el mastodonte de la América del Norte alcanzaba, como desarrollo máximo, una longitud de 10 metros.



Cráneo del *Dinoceras mirabile*
hallado en los aluviones del grupo de Bridger

Dignos de estudio y atención son también los restos de varias especies de caballos: por ellos se ha venido en conocimiento de que los primitivos poseían en cada extremidad varios dedos desarrollados por completo.



Cráneo del *Machairodus neogœus*
del *diluvium* de la América del Sur

La especie llamada *Phenacodus*, perteneciente á la época más antigua del período eoceno, presentaba cinco dedos; otra que aparece en capas posteriores, y que se conoce con el nombre de *Eohippus*, sólo tenía cuatro y el rudimento de un quinto en las extremidades anteriores, con la particularidad de que las posteriores sólo ofrecían tres; al *Eohippus* sigue el *Orohippus*, con cuatro dedos en las extremidades anteriores y tres en las

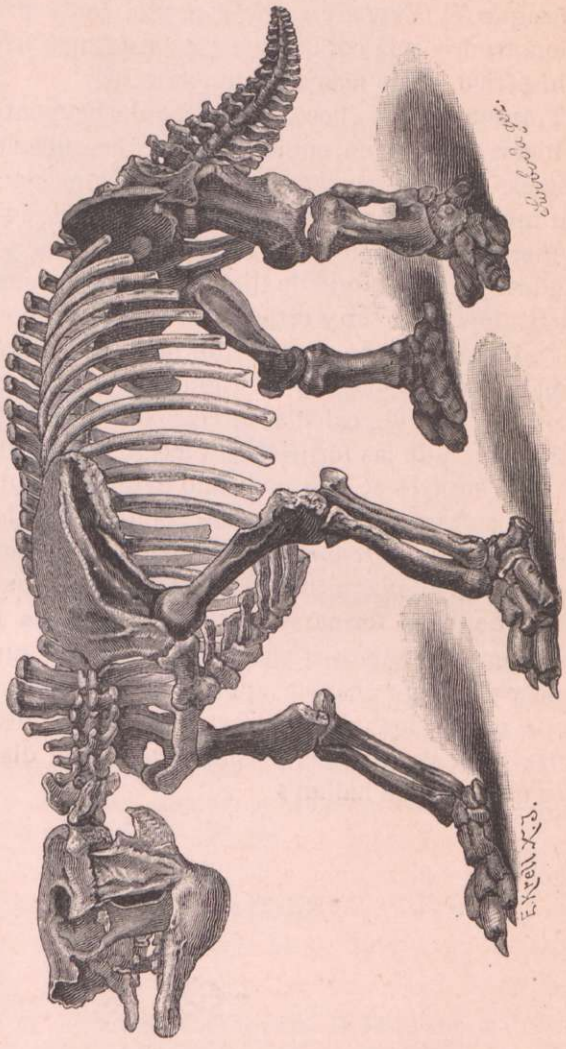
posteriores; á éste siguen el *Mesohippus*, el *Anchitherium*, el *Hippotherium* y el *Pliohippus*, en los que se advierte una diminución de los dedos laterales, á la par que el desarrollo cada vez más creciente del dedo medio, hasta la total transformación representada por el casco del caballo actual.

Como perteneciente á la época mesozoica, también del período terciario, hanse conservado numerosos y muy interesantes restos. Fueron descubiertos los primeros en Nevada, en las cercanías de la ciudad de Carson, al extraer de una mina de piedra arenisca, á 1.500 metros sobre el nivel del mar, el material destinado á la construcción de una cárcel en la mencionada ciudad. El suelo sobre que se halla asentada Carson está constituído por capas horizontales formadas por los sedimentos de un lago, que en los tiempos prehistóricos ocupaba casi toda la parte Oeste del actual Estado de Nevada. Debajo de la piedra arenisca se descubrieron, sobre delgadas capas de pizarra arcillosa, numerosas huellas de animales que habían caminado por encima de la blanda arcilla; las que el mamut había dejado presentaban una profundidad de 12 centímetros por un diámetro de 52. Las de los ciervos, caballos, lobos, como igualmente las de las aves, sobre ser muy raras tuviéronse por espacio de algún tiempo como pertenecientes á las del pie del hombre, creencia que, después de minucioso examen, fué en absoluto desechada, pues se reconoció, sin género alguno de duda, que pertenecían á dichos animales y á los gigantescos perezosos.

Tampoco á la mayoría de dichos animales les estaba reservada muy prolongada existencia; y tanto es así que desaparecieron por completo en la época diluvial, en la cual época, por causas todavía ignoradas, cubríanse dilatadísimas regiones, tanto del Antiguo como del Nuevo Mundo, de altísimos glaciares que, con su intenso frío, no sólo operaban una alteración absoluta en las condiciones climatológicas, si que también una profunda variación en toda clase de animales y de plantas.

En la América del Norte sobre todo, tuvo efecto ese fenómeno de manera tan grandiosa cual en ningún otro continente. Toda la región Norte del país, hasta los 39° de latitud septentrional, se hallaba soterrada bajo enormes masas de hielo, cuya altura puede calcularse, por las señales que de tales depósitos han quedado en la falda Norte del monte Wáshington (Hampshire), en 1.770 metros, y en el monte Mansfield (Vermont) en 1.300. Pero así como en el Antiguo Mundo esos glaciares abarcaban una grandísima extensión, cubriendo, por ejemplo, toda la Escandinavia, la Gran Bretaña y la Alemania septentrional, en América ocupaban millares de leguas cuadradas; así que, por razón del enfriamiento que semejantes masas heladas producían, podía extenderse el frío hasta

las regiones ecuatoriales. El sabio Agassiz ha encontrado rastros de glaciares en el valle del río de las Amazonas; Sievens en los Andes de Mérida (Venezuela). Excepción hecha de la zona tropical, estaban cubiertos por el hielo, en la América del Sur, Chile, Argentina, Patagonia y Tierra del Fuego. Por el avance del hielo de la América del Norte desde el Norte al Sur, y del de la América del Sur desde el Sur al Norte, tuvieron efecto las más grandes revoluciones en el mundo animal y vegetal de entonces. Gran número de especies y géneros de plantas desaparecieron para siempre. Entre los animales, los que no fueron víctimas de tal revolución, viéronse obligados á emigrar á otras regiones más templadas, como, por ejemplo, á los trópicos. Entre éstas deben de contarse como inmigrantes indudables de la América del Norte á la del Sur varios animales muy parecidos al elefante, tales como las especies *Mastodon Andium* y *Humboldtii*, el tapir, la llama, el *Hippidium*, pariente del caballo, y la mayoría de las fieras.



Esqueleto del Megaterio encontrado en las capas arcillosas de las pampas

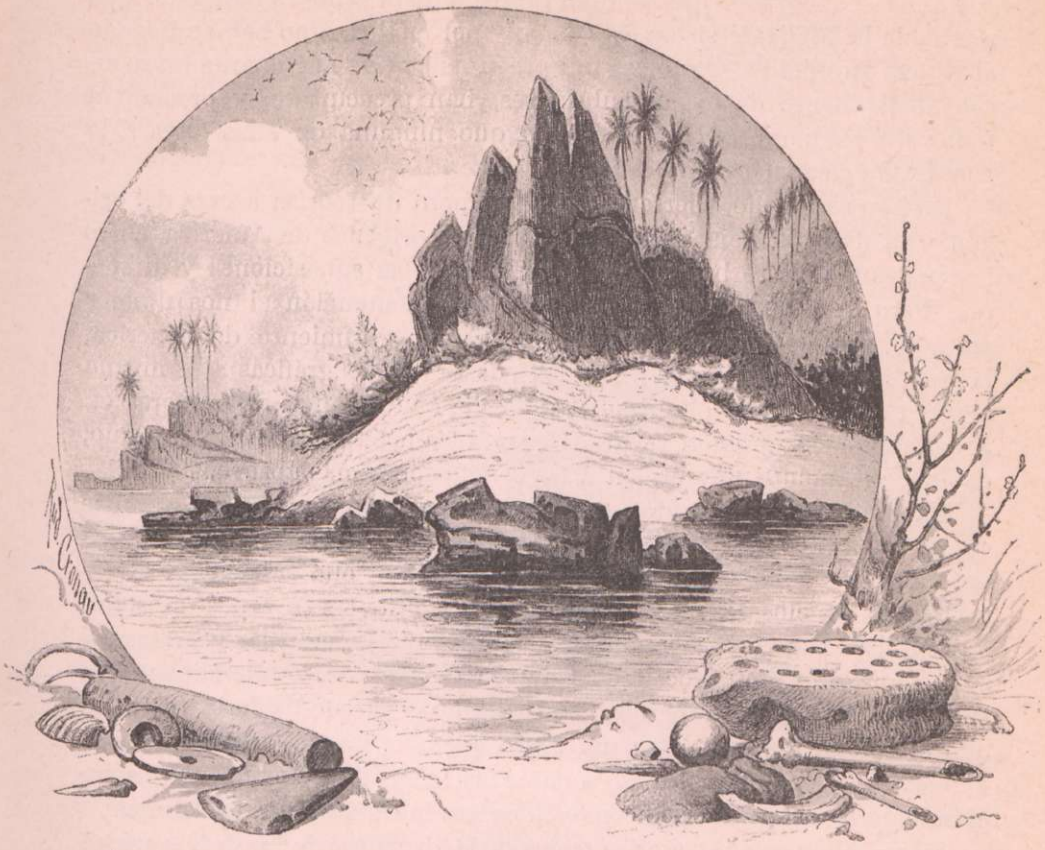
A consecuencia de tal inmigración se aumentó en gran manera el número de especies animales en la América del Sur, no obstante poseer ya anteriormente este país varias castas especiales, tales como el megaterio, gigantesco animal parecido al perezoso, y que por la longitud de su cuerpo, que era de seis metros, desmerecía poco del elefante. Como

este megaterio se alimentaba con las hojas de los árboles, compréndese los destrozos que causaría en los arbolados.

Además había hormigueros, tortugas de gran tamaño y armadillos, de los que, el *Glyptodon* por ejemplo, tenía próximamente tres metros de longitud, y una coraza que servía algunas veces de vivienda al hombre prehistórico, como más adelante se verá.

Transcurrida la época glacial, paulatinamente fueron desapareciendo los hielos; cambiaron, como natural consecuencia, las condiciones climatológicas hasta alcanzar el estado en que actualmente las conocemos, y, al mismo tiempo que el clima fué operando su cambio, animales y plantas fueron acomodándose á las circunstancias, y por lo tanto metamorfoseándose y presentando de día en día nuevas cualidades y formas, hasta constituirse en el ser y estado con que son conocidas en el presente.

Cuántos miles de años fueron necesarios para operarse tamaña transformación no es posible averiguarlo, como tampoco lo es, ni siquiera aproximadamente, calcular el lapso de tiempo transcurrido desde la primitiva época de las formaciones hasta la conclusión del período glacial. Cuantos ensayos se han realizado para conseguirlo han resultado nulos, como resultarán siempre, sobre todo «tratándose, como dice muy bien Neumayer en su *Historia de la Tierra*, de inmensos períodos de tiempo, de cifras cuya magnitud é importancia apenas se concibe ni aun puede acerca de ellas formarse uno la más lejana idea. La imaginación se pierde en tan lejanos tiempos de tal modo, que quien acomete la empresa y pretende abarcar aquel mar sin orillas, experimenta, sin que lo pueda evitar, los mismos efectos que quien desde una inconmensurable altura mira al fondo del abismo y pretende distinguir los pequeños objetos que en él se hallan.»



Sambaqui, ó colina de las Conchas, en la costa de Santa Catalina (Brasil)
En el primer término del grabado se ven algunos de los objetos allí encontrados
Dibujo original de Rodolfo Cronau

LOS HABITANTES DE AMÉRICA EN EL TIEMPO PREHISTÓRICO

Al llegar los europeos al continente americano le hallaron habitado por todas partes por varias razas de hombres que, por la conformación de su cuerpo, detalles de sus facciones, estatura, color de su piel, costumbres, traje, vida y grado de cultura, se diferenciaban bastante los unos de los otros, pero que, no obstante estas diferencias, en su conjunto distinguíanse de todos los demás pueblos conocidos, y revelaban proceder, sin duda alguna, de una raza especial del todo hasta entonces ignorada.

¿Quiénes eran los habitantes del Nuevo Mundo? ¿De dónde procedían?

¿De dónde habían ido? ¿Descendían también de la primera pareja de que nos habla la Biblia? Y si era así, ¿cómo y por cuál camino habían llegado al Nuevo Mundo? Estas y otras mil preguntas, que se agolparon en montón en la mente de los descubridores, han preocupado, y preocupan todavía, á los hombres de ciencia, sin que ninguna de ellas haya sido contestada á satisfacción.

No han escaseado, ciertamente, sinnúmero de teorías acerca del origen y la descendencia de los habitantes aborígenas de América, entre las cuales teorías se hallan las más aventuradas suposiciones y quimeras. Pero estas fantasías no deben llamar la atención si nos fijamos en que, aún mucho tiempo después del descubrimiento de América, la gente acostumbraba á mirar las cuestiones geográficas á la misma altura que se hallaban á fines del siglo XV. La existencia de hombres en América, inmensa región separada geográficamente del Mundo Antiguo, debía lógicamente dar origen á las conclusiones más absurdas.

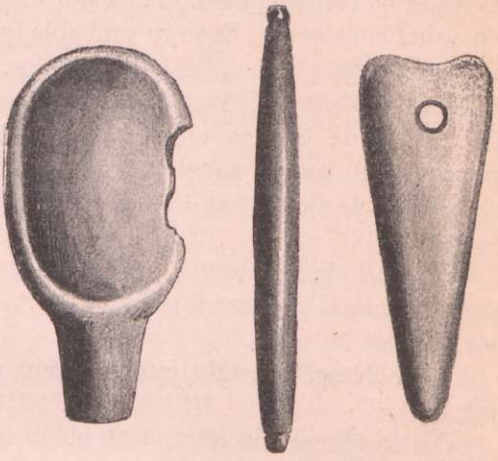
Ha habido empedernidos escudriñadores empeñados en comprobar con multitud de argumentos, y por mil modos distintos, que en épocas anteriores habían estado en América y dejado en ella rastros de su estancia, los fenicios, los egipcios, los griegos y hasta los troyanos fugitivos. Para probarlo se falsificaban inscripciones fenicias, egipcias y griegas, y se sostenía que eran procedentes del Nuevo Mundo, donde habían sido encontradas. Al mismo tiempo, era causa de gran confusión la polémica que sostenían los creyentes del texto sagrado, los cuales, no pudiendo explicarse á dónde habrían ido á parar las tribus de los israelitas, las hicieron aparecer en América convertidos sus individuos en pieles rojas.

Libros enteros se han escrito acerca de la identidad de los indios americanos con dichas tribus israelitas, y Jorge Jones, en su voluminosa obra *Identity of the aborigines of America with the people of Tyrus and Israel*, se declara partidario acérrimo y defensor decidido de tal teoría; pero también el célebre descubridor de las antigüedades de Méjico, lord Kingsborough, se equivocó, y las deducciones que hace en su magnífica obra de nueve volúmenes para probar la colonización de América por los judíos, resultan completamente erróneas. Sabido es que la extraña secta de los mormones sostiene la misma opinión, y que los principales artículos de su dogma se fundan en esa equivocada teoría.

Tampoco falta quien haya opinado que los americanos descienden de algunos chinos arrojados por una tempestad á las costas de América; pero todas estas hipótesis carecen en absoluto de base científica, y por lo tanto deben ser desechadas.

Otra cosa es en cuanto á la opinión de que la raza roja de América inmigró desde Asia pasando por el Estrecho de Behring, y que por con-

siguiente es una rama de la raza mogólica. Semejante teoría, dada al viento há muchos años, es en la actualidad la más generalizada y la que con más calor defienden los partidarios de la doctrina del origen de la raza humana de una sola pareja. Esto no obstante, no se halla suficientemente probado aún su fundamento, y ha tenido y tiene acérrimos y hábiles contradictores. Desde que algunos hombres de ciencia se han declarado en contra de la doctrina de Moisés, en cuanto hace referencia á la descendencia de todo el género humano de una sola pareja creada por el poder divino, hase discutido largamente tal cuestión, sin que al presente pueda darse por terminado el asunto. Dos grandes partidos hállanse frente á frente: los *monophyletes*, que defienden el origen unitario y la consanguinidad de todas las humanas razas, y los *poliphyletes*, que creen que cada una de esas razas tiene su origen propio.



Objetos prehistóricos de piedra hallados en California

Los primeros opinan que todas las razas humanas han tenido antepasados comunes con las diversas especies de los monos, pero que los hombres iban desemejando unos de otros en el transcurso de centenares de miles de años á consecuencia de sus transmigraciones, lo que les obligó necesariamente á acomodarse á la multitud de condiciones externas de la vida que se fueron presentando y favoreciendo su mejor desarrollo. En cuanto á la pregunta acerca de la patria originaria del género humano, contestan aquellos sabios que debe haber estado situada en un país tropical muy rico en bosques, lo cual deducen de la circunstancia de habitar en ellos actualmente los más próximos parientes del hombre (*Orangután*, *Chimpancé* y *Gorila*), que por su sistema dentario, asunto importantísimo para la clasificación zoológica, como igualmente por otras particularidades, se acercan tanto á la raza humana. Estos monos se encuentran hoy día solamente en los países tropicales, y en particular en el Sudeste de Asia y de Africa. Como lazo de unión entre estos países, hoy separados por el Océano Índico, opinan Sclester, Haeckel (1), Winchell y otros que existió un continente

(1) Haeckel ha reformado semejante opinión en el tomo VIII de su *Historia de la Creación*, y declara que la patria originaria del hombre hay que buscarla en el Afghanistán ó en la India antigua.

llamado Lemuria, enterrado desde la época eocena en la profundidad del Océano. Por eso se explica, dicen, con tanta facilidad la propagación geográfica de las diversas especies humanas por medio de la transmigración.

Además opina Haeckel que América debió haber sido poblada desde el Este del Asia septentrional por la misma tribu mogólica de la que se separaban los árticos (*hiperbóreos* y *esquimales*). Dichos mogoles se extendieron primero por toda la América del Norte, marcharon luego á la América central, y desde allí, por el istmo de Panamá, llegaron al Sur de aquel continente. Es muy probable que además de los mogoles llegaran igualmente, por el Oeste, polinesios, que se mezclaron con los primeros. Los modernos investigadores creen que debe rechazarse la opinión del origen de la raza americana en el suelo de América, fundándose para ello en que en aquel continente no hay hoy, ni habrá habido nunca, la especie de monos llamados *catirrinos*, ó sea monos de nariz estrecha.

Enfrente de esta teoría sostienen los *poliphyletes* la de que las diversas razas humanas tienen un origen autóctono, siendo, por lo tanto, distintas las unas de las otras.

Burmeister, tratando esta cuestión, se expresa en los siguientes términos:

«Basta fijarse con alguna atención en el color de los individuos que constituyen las diferentes naciones para comprender que las actuales razas humanas descienden de varias y distintas parejas. Porque si todas las naciones fuesen originarias de una sola pareja, todos los matices del color de su piel ostentarían un mismo tono en su fondo, lo cual, según mi opinión, es imposible, tanto más cuanto que, aun suponiendo que el color atezado del negro proceda del blanco moreno ó tostado del europeo, y se coloque como intermedio entre ambos el amarillo del mogol, siempre tendremos el color cobrizo del americano para probarnos, al interrumpir tal gradación, que no puede existir semejante escala. Además, podría preguntarse con razón sobrada: ¿por qué los papúas y los habitantes de Nueva Holanda han llegado á adquirir el color negro, mientras que los indígenas de las islas de la Sociedad y de los Amigos, que se hallan mucho más cerca del Ecuador, ostentan un color amarillo pardusco? Y al contestar, se tendría que explicar por qué todas las naciones americanas, desde el Mar de Baffín hasta la Tierra del Fuego, adquieren un color cobrizo igual en su fondo, á la vez que en el hemisferio Este se encuentran muchas veces, próximas las unas á las otras, naciones de color blanco, amarillo, pardo y negro. El que defienda semejante teoría, como parte de una base incomprensible, hallará á cada paso nuevas dificultades para su

defensa. Para sostener el aserto bíblico de que todos los hombres descienden de una sola pareja, es preciso dar explicación cumplida á los milagrosos hechos y portentosos acontecimientos que indispensablemente debieron tener lugar para que, en sólo 4.000 años, *mil millones* de hombres procedentes de un mismo punto y descendientes de una sola pareja poblaran toda la Tierra. ¿De qué medios pudieron servirse para trasladarse á tan lejanas islas, poniendo en comunicación puntos tan distantes uno de otro, como los que exigiría continente tan dilatado como el americano? ¿Por qué abandonaban las tan amenas regiones tropicales y preferían á ellas los glaciales países de la zona polar?»

Iríamos demasiado lejos si quisiéramos ocuparnos en la multitud de opiniones que se sustentan acerca del origen del género humano y de su patria primitiva.

De todas maneras, de las investigaciones de los sabios resulta que el paulatino desarrollo del género humano se verificó dentro de inmensos lapsos de tiempo, y se halla fuera de toda duda que la existencia del mismo como tal data de más de 20.000 años. Haeckel opina que han transcurrido desde entonces, no sólo 100 000, sino probablemente muchos más centenares de miles de años Antes de tan incomprensibles espacios de tiempo, no sólo el Antiguo Mundo se hallaba habitado por hombres sino también América, como lo atestigua el hecho de encontrarse vestigios suyos correspondientes á aquellas épocas lejanas en que aún existían el mamut, el mastodonte, el milodonte, el megaterio y otras especies de animales monstruosos.

Del hecho de la existencia del hombre en el continente americano en tiempos tan remotos, resulta insostenible la teoría de que la raza americana se deriva de la mogólica, pues parece por completo inadmisible que el género humano se hallase entonces tan adelantado en su desarrollo que autorizara á poderse hoy hablar de una raza mogólica específica.

Con razón dice Federico Müller, refiriéndose á la *mogolomanía* de muchos sabios, que éstos convierten la raza mogola en un inmenso saco en el cual meten todo aquello á que no saben dar explicación satisfactoria.

Y la pregunta acerca del origen de la raza americana es justamente uno de tantos problemas no resueltos. Anteriormente hemos hecho mención distintas veces de que en diferentes parajes de América se han hallado restos humanos y artefactos y útiles debidos á la labor del hombre, revueltos en confusa congerie con fragmentos de esqueletos de animales ya desaparecidos. Y si tales hallazgos no han sido hasta hoy muy frecuentes, no por eso dejan de probar con toda evidencia que existen seres

humanos en el mundo americano desde hace innumerables millares de años.

Las armas, herramientas y otros utensilios, morteros, cazuelas de piedra, etc., encontrados en las montañas Pedregosas, en Wyoming, Colorado, y en la región del Pacífico de los Estados Unidos, son vestigios indubitables de la estancia del hombre en aquellas comarcas, mereciendo particular atención las capas auríferas de la falda Oeste de Sierra Nevada, de entre las cuales se han extraído carretadas de huesos de mamut, de mastodonte, de león, de llama y de caballo, mezclados con productos de las labores del hombre.

Igualmente se han realizado hallazgos de ese género en Nueva Jersey, Yowa, Nebraska y Méjico. En dos de los puntos citados, Nebraska y Yowa, el doctor Anghey encontró huesos de mastodonte juntamente con sinnúmero de puntas de lanza de pedernal, con cuya arma combatía el hombre á aquel animal poderoso. Pero el encuentro más sorprendente fué el realizado por el doctor Koch en las orillas del Riviere Bourbeuse, en el Gasconade-County del Estado de Missouri, consistente en el esqueleto completo de un mamut. El animal, según parece, se había metido en un pantano, había caído sobre su costado derecho, y no se había podido levantar, en cuya indefensa situación fué atacado, según opinión del doctor Koch, por hombres que, desde lejos, le arrojaron piedras, peñascos, flechas y lanzas, los cuales objetos se hallaban todavía entre los huesos del monstruo.

El mismo explorador descubrió también en County-Benton, del mismo estado, y á 55 kilómetros de la desembocadura del Pomme de Terres Rivers, un fragmento parecido al fémur de un mastodonte con una punta de pedernal rosa clavada; y á corta distancia, pero en la misma dirección del hueso citado, otras cuatro flechas, de las muchas que probablemente habían sido disparadas contra el terrible animal.

En la isla llamada Petit-Anse, del río Mississippí (Luisiana), se comenzó á explotar durante la guerra civil un yacimiento de sal de piedra, y en su capa superior, á la profundidad de 3,25 metros, se halló el esqueleto de un mamut, cuyos huesos ocupaban su posición natural, según el profesor Henry, director que fué de la *Smithsonian Institution* de Wáshington. Debajo de aquellos huesos se hallaron, no sólo restos de tejidos de esparto, sino cestas enteras construídas con la caña denominada científicamente *Arundinaria macrosperma*.

Tales cestas habían servido, según parece, á los antiguos moradores del valle inferior del Mississippí para el acarreo y transporte de la sal del mencionado yacimiento.

Semejante hallazgo, según el estudio geológico de las capas de arena

y tierras que cubrían aquellos objetos, hace retroceder la existencia del hombre en aquellas regiones hasta la época interglacial.

Además de los dichos descubrimientos, que por los utensilios propios al uso del hombre en ellos encontrados atestiguan que éste ha sido contemporáneo de los animales ya extinguidos pertenecientes al tiempo prehistórico, todavía han sido extraídos de la tierra en diferentes lugares fragmentos de esqueletos humanos de aquella época remota. En 1844, al practicar las excavaciones para un depósito de agua con destino á la fábrica de gas de Nueva Orleáns, se encontró, á una profundidad de 5,25 metros, leña carbonizada y una osamenta humana. El cráneo, bastante bien conservado, estaba debajo de las raíces de uno de aquellos gigantescos cipreses, de los que podían distinguirse nada menos que cuatro generaciones por las varias capas de tierra que se extendían por encima del cráneo.

El hallarse tal cráneo en las condiciones dichas, dió margen á serias discusiones, mucho más desde el momento en que el médico Bennet Dowler, fundándose en los diversos cálculos hechos, y suficientemente discutidos por otros sabios, le atribuía una edad nada menos que de 50.000 años. Posteriormente, y por si dicho cráneo no era prueba concluyente, halláronse otros que casi prueban que aquél pertenece á los tiempos prehistóricos.

En 1866 fué hallado en Rock-Bluff, sobre el Illinois River, un metro bajo la superficie de la tierra, y en la capa arcillosa que rellenaba una grieta de un metro de ancho, otro cráneo humano, y próxima á él se halló la mandíbula inferior de un esqueleto de hombre.

Según testimonio de M. Connels, que reconoció escrupulosamente el lugar del hallazgo, el cráneo en cuestión estaba en el *loes*, terreno ó piso de la época terciaria, perteneciendo por tal circunstancia al período de formación del mismo, y por consiguiente al final de la época glacial. Los arcos superciliares y el frontal eran extraordinariamente gruesos, detalles que daban al cráneo el aspecto de ser producto de formación primitiva.

Del aluvión de las orillas del Mississippí próximo á Natchez, en el barranco llamado *de los Mamuts* por el gran número de huesos de animales antediluvianos que en él se encuentran, extrajo el doctor Díckeson con su propia mano el isquion de un hombre. Este hueso era de color pardo obscuro, el mismo que ostentaban otros huesos encontrados, color debido en parte á la acción del tiempo y en parte á hallarse enterrados en depósitos hullíferos.

Pero sobre todos los hallazgos de cráneos humanos que llevamos mencionados, merece atención especial el que ha sido causa de calurosas y

vehementes controversias entre las sociedades científicas de América y de Europa. El hecho fué el siguiente: durante la época pliocena y otras anteriores, la superficie de la parte Oeste de California fué profundamente surcada por las corrientes de varios ríos, y al final de dicha época aquellas regiones, como igualmente las del vecino Oregón, fueron teatro de tan grandiosas y desoladoras erupciones volcánicas como probablemente no las habrá conocido jamás la vieja Europa. Los valles por donde pasaron aquellas corrientes fueron totalmente cubiertos de escombros, y toda la California del Norte quedó soterrada bajo una gruesa capa de lava y de cenizas. Los antiguos lechos de aquellos ríos, ricos en pepitas de oro, fueron en los siglos XV y XVI los lugares preferidos por los lavadores de oro que, en busca del precioso metal, removieron todo el suelo californiano, y que siguiendo el derrotero trazado por el cauce de dichos ríos llegaron hasta las estribaciones de Sierra Nevada por medio de las minas que al efecto practicaron en la capa de lava y cenizas que los rellenaban, como se ha dicho anteriormente.

Estos trabajos de mina fueron causa de frecuentes é importantísimos descubrimientos, entre los que se hallaban objetos debidos á la industria del hombre, tales como armas de pedernal y vasijas de piedra, como asimismo restos de animales de los tiempos prehistóricos. Por tal medio se encontraron en 1857, en Placerville, El Dorado (California), huesos humanos, entre ellos fragmentos de costillas, enterrados entre la arcilla, bajo una capa de lava basáltica; y en el mismo año, en las arenas auríferas de Table Mountains, en el condado de Toulumne, á 60 metros bajo la superficie, se hallaron los restos de un cráneo humano juntamente con huesos de mastodonte. De allí procede una mandíbula inferior humana y otros restos.

Nadie concedió entonces importancia á tales hallazgos, porque nadie creía en la existencia del hombre diluviano y antediluviano.

En 1866 se encontró entre las arenas de una mina de aluvión aurífero de Bald-Hills, en California, á la profundidad de 40 metros, la parte ó región anterior de un cráneo humano, cubierta de tal modo por espesa y durísima costra de arcilla y chinarro que nadie reconoció en un principio tal objeto como perteneciente al hombre.

Pero habiendo llegado tal fragmento á manos del director de reconocimientos geológicos de California, doctor Whitnay, éste comprendió al instante el gran valor científico del objeto é hizo las investigaciones más escrupulosas acerca de él. Cuando lo recibió Whitnay todavía cubrían su base, el lado izquierdo y toda la mandíbula superior, espesas capas de tierra ferruginosa, de cantos rodados, de lava, de cal y de fragmentos óseos. En unión del profesor de Anatomía de Boston, doctor Whyman,

libró Whitnay el cráneo de todas aquellas adherencias, y encontró, además de varios pedacitos de carbón, bastantes fragmentos de huesos, todos incrustados en la capa de arcilla, un hueso cuneiforme completo y algunos trozos de otro, la parte inferior de la fíbula izquierda y partículas de los huesos del antebrazo y del externo.

Al mismo tiempo fueron descubiertos algunos fragmentos de huesos pertenecientes á pequeños mamíferos, un diminuto caracol y una plaquita de concha agujereada, que probablemente debió formar parte de un collar. Además se observó que todos los dientes, á excepción de la raíz de uno del lado izquierdo, se habían caído en vida del individuo, y que los orificios alveolares estaban bastante cerrados.

Por todas estas circunstancias pudo formarse alguna idea acerca de la historia de este cráneo, cuyos detalles revelaban que había sido arrastrado por el agua sobre un suelo accidentado, y más tarde depositado en los aluviones en que halló reposo en unión de los fragmentos óseos mencionados. Allí, por efecto de las sáles calizas á él adheridas, fueron uniéndosele los huesos que se hallaban á su alrededor, como igualmente los pedacitos de toba, carbón, y las piedrecillas y la plaquita de concha de que antes se habló. Posteriormente á la constitución de esta amalgama, un caracol terrestre llegó al cráneo, se refugió bajo la mandíbula y allí murió. Finalmente, todo ese conjunto fué envuelto por la arena, cuya capa limpiaron las personas que lo encontraron.

El profesor Emilio Schmidt, de cuyo tratado *Sobre los más antiguos vestigios del hombre en la América del Norte* tomamos estos datos, defiende, en unión de varios otros hombres científicos, la edad remota del repetido cráneo, y se atreve á suponer que el individuo al cual perteneció debió de haber existido al finalizar el período terciario ó á principios del cuaternario, siendo, por consiguiente, anterior al tiempo en que la Sierra Nevada adquirió la imponente altura que en el día alcanza y á la época en que las aguas que hoy forman las hermosas cascadas de los valles de Yosemite y de Yellowstone corrieran por entre las peñascosas gargantas de aquellos hondísimos *caños*.

La edad remotísima del hombre en California está confirmada, como ya se ha dicho, por los objetos debidos á su industria encontrados allí, los cuales objetos obligan á sostener la opinión de que el hombre ha sido contemporáneo, en América, del mastodonte, de las especies del rinoceronte, del león, del perro salvaje y de los caballos *multicascados*, y que por tanto existía ya en tiempos tan remotos que el cerebro humano es impotente para formarse idea de ellos.

Los descubrimientos realizados por el doctor Abbott en los dos últimos decenios en los yacimientos areniscos del río Delaware, próximo á

Frerton, en Nueva Jersey, y pertenecientes á la época llamada interglacial, hacen igualmente suponer edad antiquísima al género humano en América. Tales descubrimientos consistieron en el hallazgo de pedernales toscamente labrados y cuyas cortantes esquinas servían al hombre prehistórico para cortar, raspar ó raer y aserrar. Estas herramientas primitivas prueban que sus constructores se hallaban aún en el más ínfimo grado de cultura.

Objetos parecidos, que atestiguan del modo más evidente la existencia del hombre en América durante y después del período llamado glacial, fueron encontrados, en noviembre del año de 1885, en los lechos arenosos del pequeño río Miami, en Ohio, y en agosto del de 1888 en los yacimientos de arena de Jackson County, Indiana, y en las cercanías de Claymont, en Delaware. En noviembre de 1887, en los aluviones del Creeck de Naaman, también en Delaware, descubrió Cresson vestigios de antiguas edificaciones de estacas.

De gran interés son también las huellas de pies humanos encontradas en la América central, impresas en la toba de un antiguo volcán ya extinguido, y que se conocía con el nombre Tizcapa, en Nicaragua. La dicha toba, de un tinte amarillento, se hallaba sobre una superficie de arena pajiza, y estaba cubierta por catorce capas bien distintas de piedras y depósitos antes de llegar al fondo.

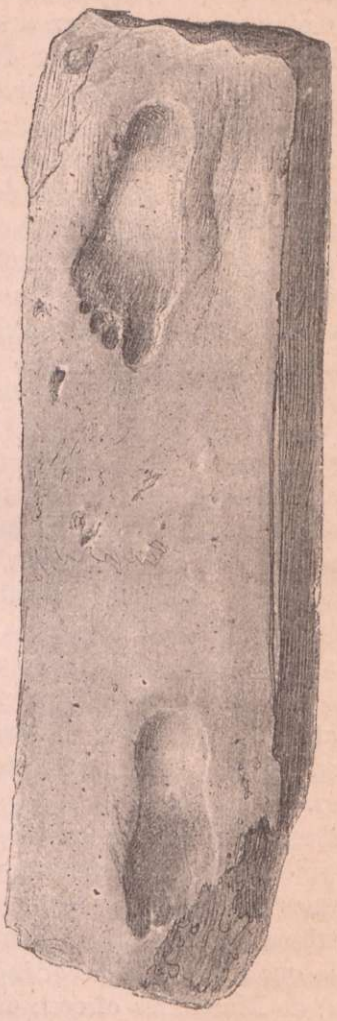
Los geólogos atribuyen la arena conchífera cubierta por la toba á la época perteneciente al período intermedio entre el plioceno y el eoceno. La capa de piedras, ó sea la séptima contando de arriba abajo, y que se hallaba sobre la toba, contenía restos de mastodonte.

En el Museo Etnográfico de Leipzig se conserva un bloque de dicha toba en dos pedazos, el menor de los cuales contiene una, y el mayor dos, bien señaladas huellas de pie humano, huellas que tienen tres centímetros de profundidad, lo cual demuestra que fueron impresas cuando la toba estaba todavía blanda. La longitud de estas huellas es de 24 centímetros, el ancho de 11, y la distancia de un pie á otro, ó sea de cada paso, de 36,50. El mismo Museo posee otro pedazo de piedra hallado en el mismo sitio que los dos anteriores, en el que se distinguen varios rastros, que algunos sabios atribuyen á un animal parecido al perro.

Otros hallazgos casi más importantes aún tuvieron lugar en la América del Sur. En las formaciones terciarias posteriores de las Pampas argentinas, descubrió el Dr. Seguin, á las orillas del río Carcaraña, revueltos con otros huesos de animales antediluvianos, tales como de oso, caballo, perezoso gigantesco y mastodonte, huesos humanos, pedazos de cráneos y de mandíbulas, costillas, etc., que procedían por lo menos

de cuatro sujetos distintos. Además encontró varias herramientas de piedra.

Lund, naturalista dinamarqués que por espacio de unos cincuenta años se ha ocupado en el estudio de la fauna fósil del Brasil, encontró en una cueva de piedra caliza, á la orilla del lago Lagoa do Sumidairo, los huesos de más de treinta individuos humanos, juntos con más de cuarenta especies de animales antediluvianos; entre ellos los más interesantes eran los pertenecientes á caballos, llamas, monos capuchinos, los de una capibara, que debía tener por lo menos doble tamaño que la actual, y los de un perezoso gigantesco, que debió ser un animal feroz de la clase de la pantera, pero mucho mayor que la que hoy conocemos. Y todos aquellos huesos estaban mezclados unos con otros y se hallaban enterrados bajo una capa de tierra arcillosa muy dura, y todo cubierto por los bloques de la peña desprendidos del techo y de las paredes de la mencionada cueva. Algunos de dichos cráneos presentaban un agujero del mismo tamaño y forma, los cuales agujeros supone Lund que debieron ser causados por un arma de piedra. Semejantes descubrimientos hizo el mismo sabio en otras seis cuevas de la provincia de Minas Geraes, también en el Brasil.



Huellas de pies humanos en la toba de Nicaragua. Dibujo del natural de los ejemplares existentes en el Museo Etnográfico de Leipzig, por Rodolfo Cronau

Acerca de otros hallazgos aún más importantes refiere el Dr. Ameghino lo siguiente: «En las orillas del río Frías, á veinte leguas de Buenos Aires, encontré gran número de huesos humanos. Entre ellos hallé carbón vegetal en abundancia y tierra tostada, é infinidad de huesos de animales prehistóricos que ostentaban estrías, surcos y entalladuras, debidos, sin duda alguna, á la mano del hombre. Asimismo encontré puntas de flecha y cuchillos de pedernal, huesos puntiagudos y herramientas para afilar, objetos todos fabricados de la misma materia. Los

huesos de animales pertenecían á caballos, llamas, ciervos, perezosos y gliptodontes, seres monstruosos que ocupaban el lugar intermedio entre los armadillos y las tortugas antiguos, que excedían bastante en magnitud á los actuales. La coraza con que estaban cubiertos dichos monstruos era lo suficiente capaz para servir de vivienda al hombre, pues tenía más de dos metros de longitud por uno y medio de ancho y lo mismo de alto.»

Unos cuantos ejemplares de tales conchas ó corazas que fueron la vivienda del hombre primitivo de la América del Sur, descubrió el Dr. Ameghino, quien dice respecto de ellas: «Alrededor de las gigantescas conchas encontré montón de carbones, cenizas, huesos partidos y medio carbonizados, y gran número de pedernales. La tierra, del color rojo propio de aquel suelo, se hallaba amontonada en derredor de una de aquellas curiosas viviendas. Al practicar en aquel sitio algunas excavaciones encontré una herramienta de pedernal, huesos de llama huecos y de ciervo, y dientes rotos de toxodonte y milodonte que ofrecían claros vestigios de la labor del hombre.»

El mismo sabio halló posteriormente, en circunstancias idénticas, otra concha ó coraza de gliptodonte, que al ser aprovechada por el hombre prehistórico para albergue debió preservarle perfectamente del furor de los elementos. Y tales hallazgos atestiguan plenamente que el hombre existía ya en América en la época terciaria, y que así en la región del Norte como en la del Sur vivía mezclado con los animales antediluvianos, á los que combatía y mataba con sus toscas armas de piedra con el fin de acorrer á su subsistencia aprovechando su carne, huesos, pieles y otras partes útiles. En cuanto al género de vida de los hombres primitivos, puede suponerse que en su mayoría eran nómadas que seguían á los animales salvajes en sus excursiones, que más tarde fijaron su estancia en diversas comarcas ó regiones, para finalmente reunirse en comunidades.

A estos pueblos ó comunidades prehistóricos, desde tiempo inmemorial ya extintos, debe atribuirse la probabilidad de la formación de los enormes montones de conchas que se encuentran en casi todas las costas marítimas y en las orillas de muchos ríos de América, y que, del mismo modo que los *kjokkenmoeddinger* (montón de los desperdicios de la cocina) de Dinamarca ofrecen datos curiosísimos acerca de los primeros pobladores de la Escandinavia, así nos darán estas conchas alguna luz respecto de los de América. Los dichos depósitos conchíferos hállanse constituídos por millares de millares de valvas arrojadas allí por el hombre después de haber utilizado el molusco que las habitaba. Las conchas con el tiempo fueron acumulándose y formando montones que hoy son de gran importancia para los estudios científicos, porque en sí contie-

nen, no tan sólo restos de otros animales que sirvieron para alimento del hombre, sino también sinnúmero de otros objetos propios del uso del mismo.

Esas que pudiéramos llamar colinas de conchas, fueron primeramente objeto de detenidos reconocimientos y estudios científicos en Dinamarca, y es en verdad una gloria para los dinamarqueses, como dice muy acertadamente Federico Ratzel, que la palabra *kjokkenmoeddinger* haya sido adoptada como término técnico para designar todas las cosas que son semejantes á la que nos ocupa, hállense donde se hallen, así por los alemanes como por los ingleses y franceses.

Tales repetidos depósitos conchíferos han sido hallados en diferentes lugares de América, á lo largo de las costas de California, isla de Vancouver, Terranova, Maine, Massachusetts, Georgia, Florida, Alabama y Luisiana; además en las de Bristtich, Guayana, Brasil y en las de los Estados de la Plata y del Ecuador, y todas, á semejanza de las de Dinamarca, llevan el sello característico de su remota antigüedad y alcanzan algunas veces grandísimas dimensiones.

Cerca de San Francisco de California se encuentran colinas de conchas de más de 300 metros de longitud por 13 de ancho y 10 de altura. En la isla Amelia hay una que, por un metro de espesor, tiene unos 140 de longitud y 170 de anchura. Otra que se halla cerca de Bear Point ocupa 60 acres (1), la de Anercerty-Point 100 y la de Santa Rosa 150.

Una colina de valvas de ostras que existe en el condado de Lincoln, Estado de Maine, constituye una sólida masa cuyo punto culminante se eleva ocho metros sobre el nivel del mar, descendiendo gradualmente hasta llegar á la costa, donde aún alcanza la altura de dos metros sobre el nivel máximo de la marea. Esta colina ocupa una extensión de 108 *rutes* (cada *rute* consta de 16 $^1/_2$ pies ingleses) de largo y de 80 á 100 de ancho.

Según cálculo del geólogo C. F. Jackson, que en 1838 reconoció la mencionada colina, contiene nada menos que 44.906.400 pies cúbicos de valvas.

Barton, que en 1865 practicó un reconocimiento de la bahía de Santos, provincia de San Paulo, Brasil, encontró en su costa unos veinte *kjokkenmoeddingers*, de los que uno, situado en la isla de Casceiro, excedía de 60 metros de elevación con un diámetro de 900. Algunas veces se encontraban conglomeraciones de fragmentos de cáscaras que pesaban 20 quintales. Hace tres siglos que se utilizan dichas cáscaras para la fabricación de cal, y todavía queda material para muchísimo tiempo.

---

(1) El acre, medida agraria americana é inglesa, equivale á 4.840 yardas cuadradas ó 43.560 pies cuadrados ingleses, que hacen 4.046,7 metros cuadrados.

Montículos ó depósitos parecidos se encuentran en las orillas de la bahía de Paranagua, y se dice de ellos que son de fecha tan remota que algunos de tales montículos forman hoy una masa compacta, un verdadero conglomerado, tan fuerte y resistente que para hacer que salte un pedazo es preciso valerse de un buen martillo y en ocasiones hasta de una poderosa palanca, por cuyo medio se extraen verdaderos bloques de algunos quintales de peso, que luego hay necesidad de triturar para poder emplearlos en la industria de la cal. La demolición de una de esas colinas, trabajando en ella cuatro ó seis hombres, sería obra de muchos años. El material conchífero se transporta desde la colina, en lanchas, á los hornos de cal, y este producto se emplea, no tan sólo en las regiones de la costa para la construcción de edificios, si que también en las ciudades del interior.

La destrucción llevada á efecto en tres siglos en esos depósitos conchíferos por los hornos de cal es muy fácil calcularla. Ciudades como Río de Janeiro, Campos, Angra dos Reis, San Francisco, Doña Francisca, Ubatuba, Santos, Iguapé, Paranagua y otras, consumen por sí solas centenares de esas colinas.

De grandísimo interés son también las observaciones hechas por el doctor Roth en San Paulo acerca de los depósitos conchíferos del Brasil, y tanto más importantes cuanto que este hombre científico viene ocupándose en estos estudios desde 1846. Según él, los depósitos de referencia más antiguos se encuentran comúnmente á 15 ó 20 metros de elevación sobre el nivel máximo de las mareas del Océano, habiendo algunas que distan 20 y más leguas del mar, en el interior del país, próximas á los lagos ó á los ríos. Muchas de estas colinas presentan un verdadero bosque de árboles antiquísimos, cuyas raíces, juntamente con el ramaje y las trepadoras, forman espesuras impracticables. El nombre con que allí son conocidos estos repetidos montículos de valvas es el de *Sambaqui*, y lo que acrecienta su valor para la ciencia es la circunstancia de haber servido muchas veces de sepultura para sus autores, pues con frecuencia enterraban allí los cadáveres cubriéndolos con las conchas.

Concienzudos reconocimientos practicados en algunos esqueletos encontrados atestiguan que el muerto había sido transportado allí para su sepelio en actitud de estar sentado, y engalanado probablemente con todas las alhajas que en vida había usado, como, por ejemplo, pendientes, aretes y otros adornos para los labios, ajorcas para las piernas y pulseras para los brazos. Vecino á los esqueletos aplastados ó destruídos bajo la gruesa capa de valvas, hállanse principalmente armas de piedra, hachas, anillos arrojadizos, cuñas, puntas de lanza y dardos de flecha, los últimos de pedernal, morteros, piedras para majar, manos de mortero de figura cóni-

ca, bolas redondas de piedra, etc. Generalmente están construídos tales objetos de piedra basáltica, pero hay algunos fabricados de serpentina, pórfido, itacolomita, cuarzo y hierro meteórico. Además de los mencionados adornos y herramientas se encuentran, junto á los esqueletos humanos, los de varios peces y de algunos animales de caza, que con frecuencia acusan señales evidentes de haber sido quemados, al mismo tiempo que evidencian ser procedentes de los animales que como provisiones se enterraban con el muerto para su viaje al otro mundo. Y este mismo destino debieron tener las ostras cuyas valvas no han sido abiertas, y otros moluscos comestibles que el Dr. Roth encontró, siempre á la proximidad de las osamentas humanas. Junto á los muertos se enterraban también pedazos ó terrones de tierra roja ó de bolo, como la que usan todavía los indígenas para teñirse la piel y para dar color á sus vasijas de barro, y últimamente también se encuentran allí algunos objetos de adorno elaborados con una resina semejante al ámbar, y trozos de cristal, vasijas de arcilla, etc.

Majadero de piedra hallado en una colina de conchas en California.

Entre los huesos de animales se encuentran vértebras caudales de ballena, que es probable sirvieran para asiento porque ofrecen señales de haber tenido tal uso, y dientes de tiburón, que debieron constituir un adorno, en atención á hallarse todos perforados.

Según se desprende de las investigaciones y estudios realizados acerca de los enterramientos en aquellos parajes, cuando ya se había reunido todo lo necesario al efecto, y colocado el cadáver en la posición conveniente, se le cubría con las conchas. La costumbre de enterrar allí á los muertos pudo tener lugar durante mucho tiempo aun cuando el número de ellos fuese bastante numeroso. La colina fué creciendo poco á poco, llegando á tener una altura y circunferencia que llaman poderosamente la atención por la cantidad de valvas que la constituyen, cantidad que muchas veces pasa de millones.

Pero mucho mayor es la sorpresa cuando se ven, unos junto á otros, tan gran número de sepulcros que para su construcción serían insuficientes todas las valvas de los moluscos que actualmente se pudieran reunir en aquella comarca por espacio de cinco ó seis años.

Las excavaciones practicadas por el misionero Brett en una de estas colinas de conchas, de 100 metros de diámetro, sita en la Guayana británica, dieron también por resultado el encuentro de pedazos de tierra roja muy duros, hachas de combate, cuchillos de piedra, y una especie de bastón de la misma materia y de muy rara forma, como también el hallazgo de numerosos restos humanos, consistentes en huesos rotos y con

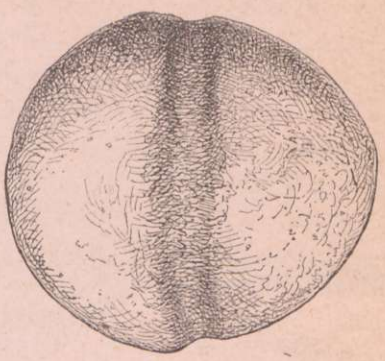
tal confusión entremezclados, que el ya citado misionero cree lógico suponer que los ictiófagos que levantaron la tal colina debieron celebrar allí sus banquetes antropofágicos, y que para chupar la medula de los huesos tuvieron necesidad de romperlos, y luego los arrojaron sobre el montón de escombros.

Idénticos vestigios de canibalismo presentan las colinas de conchas de la América del Norte. En las de las costas del Maine y de La Florida se encontraron infinidad de huesos humanos, huecos y rotos como los anteriormente descritos, como asimismo restos de ciervos, castores, lobos marinos, aves y aligatores. En Osceala Mound se halló un fémur humano que en su mitad tenía una incisión circular, hecha probablemente para poderle romper con más facilidad. Así como los *kjokkenmoeddingers* de la América del Sur son ricos en objetos pertenecientes al servicio del hombre prehistórico, de la misma manera en los depósitos conchíferos de la América del Norte se extrajeron gran número de puntas de flechas de sílex, martillos de combate, barrenas, morteros, cuchillos de piedra, herramientas y cascos de vasijas toscamente labradas.

De lo que no se halló resto de ninguna clase fué del animal prehistórico, por lo que puede aventurarse la suposición de que los tales depósitos de valvas pertenecen á época bastante posterior á aquella en que nos hemos ocupado al comienzo de este capítulo, al mismo tiempo que deben su origen á una muy anterior á la de la llegada de los conquistadores españoles, á los cuales dijeron los indios que, acerca de la primitiva procedencia de aquellas colinas, sólo sabían que eran debidas á pueblos desconocidos, que mucho antes de haber llegado allí sus padres habitaron aquel país.

Muy interesantes son también para los estudios arqueológicos los lugares en que los hombres prehistóricos prepararon su comida, y de los cuales se han reconocido gran número tanto en los Estados del Río de la Plata como en los de la América del Norte. En este último país se encuentran hoyos ó pozos de 1,50 metro de profundidad por 1,25 de ancho, rellenos hasta sus bordes de ceniza, carbón y arena. En sus diferentes capas, además de los huesos más variados de animales, se hallan muchos utensilios, tales como martillos, hachas, cuchillos para raer, guijarros y hasta perlas. Los reconocimientos llevados á efecto en algunas cuevas, como, por ejemplo, la de Shelter, en Elyra, sobre el río Ohio, la de Ash, en el condado de Benton; la de Salt, en Kéntucky, donde se descubrieron, no tan sólo osamentas completas de los hombres que las habitaron, sino también restos de los tejidos que les habían servido de abrigo, alpargatas de junco y paquetillos de nueces y de semillas, han dado resultados por demás fructuosos.

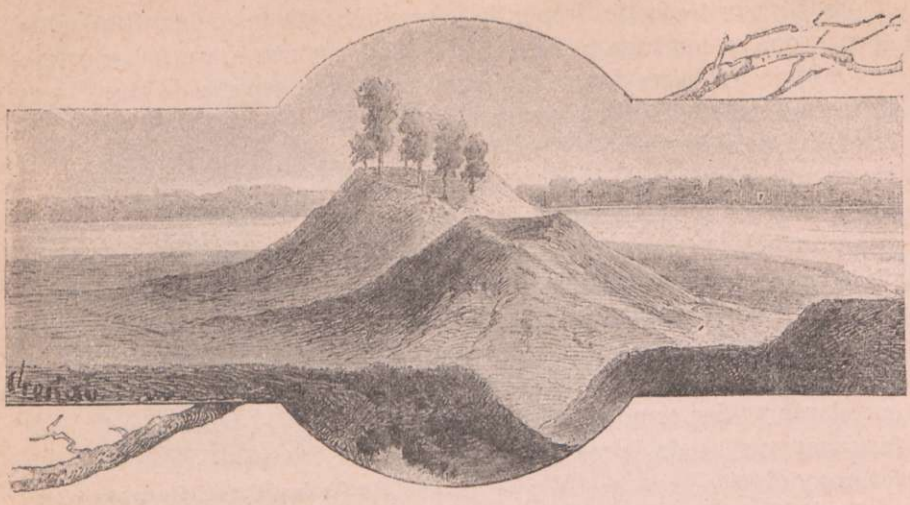
En los montones de desperdicios producto de la cocina de aquellas épocas, que en los lugares en cuestión se encuentran, vense los primeros vestigios de la residencia del hombre allí por espacio de largo lapso de tiempo, y los utensilios encontrados prueban que el hombre prehistórico había ya adquirido algunas habilidades, y por consiguiente realizado algunos progresos en el largo trayecto del desarrollo de la historia de la cultura. No tan sólo sabía fabricar las más variadas herramientas de madera, hueso, cuerno y piedra, sino que también poseía las artes de entrelazar y tejer, como igualmente confeccionar vasijas de barro de diversas formas y clases.



Martillo de piedra hallado en una colina de conchas en California

Probablemente el hombre prehistórico tenía ya en aquella época albergues fijos para su residencia, consistentes en casucas de madera ó en toscas tiendas de campaña fabricadas con pieles, por más que hasta el presente no se han encontrado otros vestigios que nos puedan dar luz sobre este punto que las viviendas de la coraza del gliptodonte y las edificaciones de estacas de que ya hemos hablado en otro lugar. Respecto de los albergues fijos carecemos de pruebas seguras, poseyéndolas de pueblos posteriores á aquéllos, que aprovechándose de los conocimientos de sus antepasados adelantaron resuelta y valerosamente en el camino de la cultura humana.

Mortero de piedra hallado en una colina de conchas en California



Antiguos mounds indianos próximos á Little Rock, en Arkansas
Dibujo del natural por Rodolfo Cronau

LOS MOUND-BUILDERS

Más adelantados se hallaban seguramente aquellos pueblos de América que han dejado como huellas de su existencia los llamados *mounds*, los cuales pueden ponerse al lado de las tumbas de gigantes de Europa. Consisten estos mounds en obras de tierra y montones de piedras de las más variadas formas y tamaños, que tan pronto servían de sepulcros como de lugar fortificado para defenderse de sus enemigos, de sitios para celebrar los sacrificios y de estaciones de observación. Y si bien las colinas sepulcrales del Brasil no ofrecen nada de particular respecto de su forma y contenido, los mounds de la América del Norte pertenecen con razón á los más célebres restos que nos han quedado de la vida y costumbres de diversos pueblos y tiempos, y que han de darnos todavía seguramente bastante luz acerca del origen, las peregrinaciones y la cultura de sus constructores.

Tales grandiosas obras de tierra faltan en toda la costa del Océano Atlántico, mientras que se extienden, desde las orillas del lago Míchigan, por Wísconsin, Illinois, Iowa, Ohio, Kéntucky, Tennessee, Missouri, Arkansas, Tejas, Luisiana, Mississippí, Alabama, Georgia y La Florida, y sobre todo los hallamos en las fértiles llanuras de los valles del Mississippí y del Ohio, según lo cual se puede suponer que los autores de esos

mounds eran pueblos agricultores que aprovechaban las corrientes de los ríos como las vías más favorables para su tráfico.

El gran número de dichos mounds y la mucha importancia que debieron tener para el hombre de aquellas edades, puede comprenderse con sólo considerar que en el Ohio se han llegado á contar próximamente 13.000 obras de esta clase, entre ellas muchas trincheras de regular construcción y de uno á diez metros de altura, ocupando una extensión de 55 kilómetros, como igualmente algunas colinas que alcanzaban una

Gran mound próximo á Miamisburg, según un grabado de madera americano

elevación de 30 metros. Por ejemplo, el mound grande próximo á Miamisburg, en Ohio, tiene una altitud de 21 metros y ocupa una circunferencia de 206; el gran mound de Grave-Creck, en Virginia del Oeste, 22 y 312 respectivamente; una pirámide de tierra de Cahokia, en Illinois, 219 metros de longitud, 156 de anchura y 28 de alto, mientras que el *Manard-mound* de Arkansas, de forma cónica (véase el grabado de la pág. 45), presenta una altura de 32 metros, y el *Knapp mound*, del mismo Estado, tiene 36.

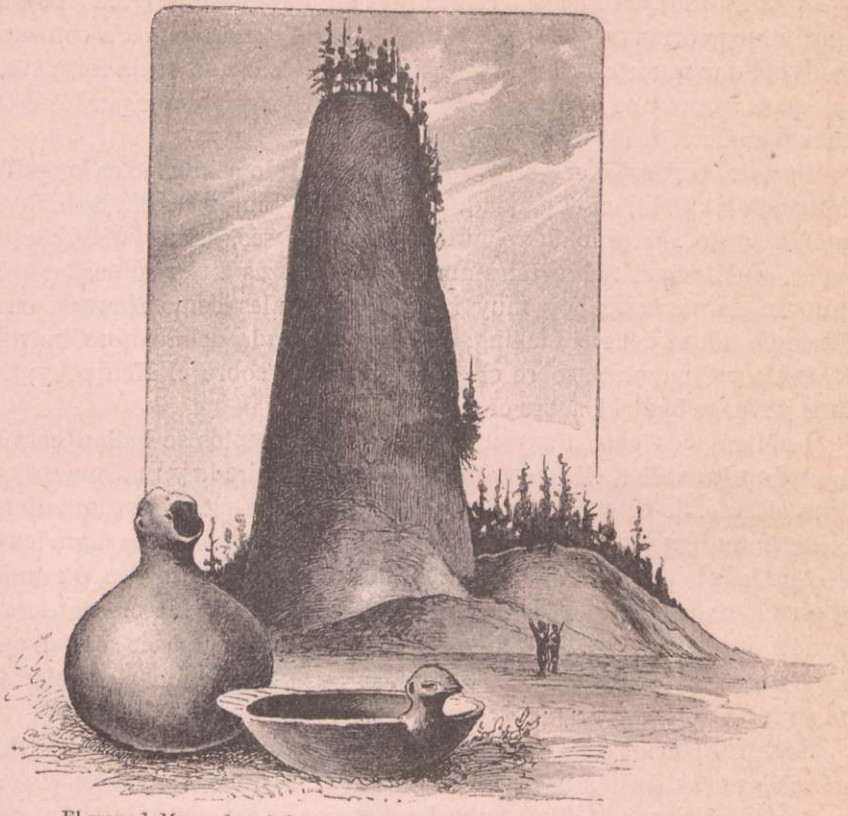
Squier y Davis dividen estas antiquísimas obras de tierra, según sus investigaciones, publicadas por la Smithsonian-Institution, en seis clases, á saber: 1.ª, obras de defensa; 2.ª, cercas ó vallas de templos; 3.ª, templos; 4.ª, colinas para los sacrificios; 5.ª, sepulcros, y 6.ª, colinas que imitan figuras de animales. El sabio Short añade á esta clasificación una séptima clase, ó sea estaciones de observación.

Las obras de defensa no solamente están construídas de tierra, si que también de piedra, allí donde se ha encontrado esta última clase de material. En algunos sitios consisten en una sola fortificación; en otros presentan todo un sistema combinado de ellas, enlazado un fuerte con el otro, y en este ultimo caso constan de trincheras, terraplenes, puertas, vallas, puestos avanzados y de observación, corredores ó galerías subterráneas que en algunas ocasiones avanzan hasta debajo del lecho de los ríos. Dichas fortificaciones están generalmente construídas con admirable conocimiento de la estrategia. La dilatada extensión que alcanzaban tales obras puede aún apreciarse por las trincheras y vallas que todavía se conservan del fuerte Ancient, distante 182 kilómetros al Nordeste de Cincinnati, sobre el pequeño río Miami (véase el grabado del plano inserto en la pág. 47), las cuales ocupan una extensión de 100 acres de ancho y 28 kilómetros de largo. En su derredor se encuentran vallas todavía bien conservadas de 6,50 metros de elevación y emplazadas sobre una terraza de 75 de altura sobre el nivel del río. Según parece formaron parte de un fuerte central, pues hase encontrado una larga cadena de pequeñas fortificaciones que, principiando en las fuentes del río Alleghanys, cruza todo el Estado del Ohio para terminar en las orillas del río Wabash. Dichas pequeñas fortificaciones se hallan enlazadas unas con otras por medio de pequeños mounds construídos encima de las colinas, y que sin duda debieron servir de puntos de observación. La creencia de que el fuerte Ancient debió constituir entre las mencionadas fortificaciones el punto de mayor importancia, es debida á los veinticuatro depósitos para el agua que se ven dentro de sus vallas, y que están en relación directa con varios manantiales con el fin de que pudiesen alimentar de tan preciado líquido á grandes masas de gente por espacio de mucho tiempo.

Otra importante fortificación de esta clase se encuentra distante 66 kilómetros al Oeste de Chilicotte, sobre el río Scioto, en Ohio. Sus murallas, de 14 kilómetros de longitud, están hechas de piedras sobrepuestas y ocupan un área de 140 acres. Dentro del recinto de sus barreras, en el día cubiertas de gigantescos árboles, se hallan también varias cisternas provistas de agua durante todo el año. Todavía se reconocen tres puertas defendidas por colinas; dos de estas colinas ofrecen algunas piedras cristalizadas, prueba evidente del excesivo calor á que se han hallado expuestas, pues probablemente se encendieron allí grandes hogueras que servían de señales para los fuertes cercanos, de los cuales se distingue gran número desde aquel punto.

Una colina de 90 metros de elevación, sita á la orilla del río Fourteen Mile Clarke, en el condado de Clarke, en Ohio, estaba igualmente convertida en formidable fortaleza. En cierto lugar de la peña, que caía perpen-

dicularmente sobre el río, se encontró una ancha grieta, y allí habían levantado los constructores del fuerte una muralla de piedra de 23 metros de altura. Otra obra también muy curiosa de esta clase es la que se halla sobreuna colina de 80 metros de elevación, en el condado de Butler, en Ohio, en la cual, según puede observarse en el dibujo del plano que damos en



El mound *Manard* en Arkansas. En primer término se ven dos vasijas de barro.
(Dibujo del natural por R. Cronau)

la pág. 47, la puerta principal de entrada estaba defendida por un muro exterior, mientras que interiormente tenía varias obras de defensa. Parecidas fortificaciones resguardaban á las otras dos puertas de que dicha obra estaba adornada, á más de la anterior. Al mismo tiempo distínguense varias colinas de tres metros de altura, que sin duda sirvieron de puestos de vigilancia ó para dar señales, por medio del humo ó del fuego, á otras fortificaciones vecinas, de las cuales se encuentran seis en una circunferencia de 33 kilómetros. Si con algún detenimiento observamos las obras tantas veces mencionadas, nos veremos en el deber de confesar que sus

constructorēs poseían grandes conocimientos en el arte de la fortificación.

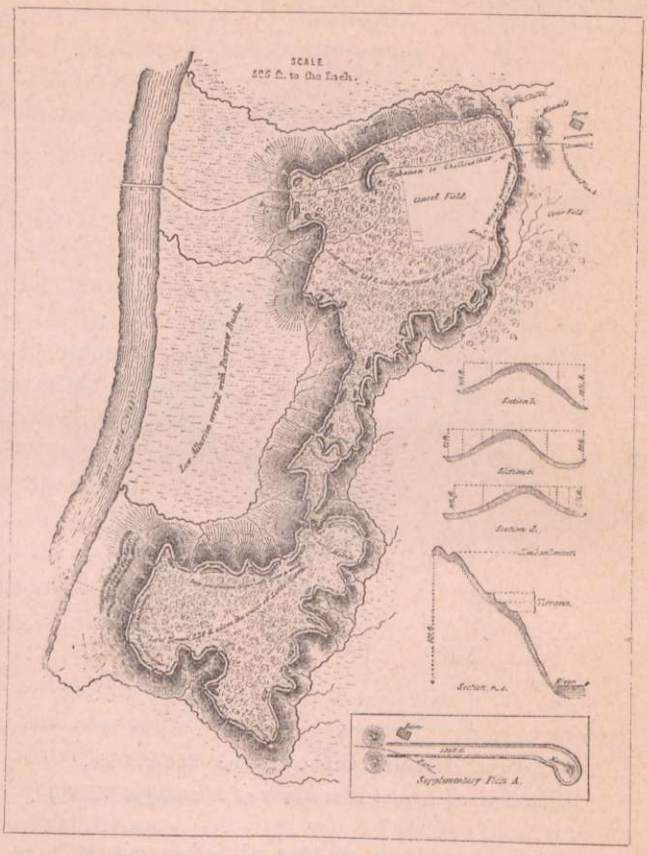
Como fuerte exterior más avanzado se levanta una colina de tres metros de altura; á ésta sigue una barrera en forma de medio círculo, que defiende la entrada, de seis metros de ancho; detrás de esta entrada, y ya en el interior del fuerte, se eleva otra segunda barrera igual á la anterior, y luego otras tres obras de defensa, desde donde se podía con suma facilidad dar muerte al enemigo que hubiera entrado en la fortaleza, y que para avanzar se veía en la precisión de tener que andar por los estrechos pasadizos.

Fortalezas parecidas á éstas se han encontrado asimismo en las orillas del río Paint Crek, en el condado de Ross, en Ohio; en las del Rock River, en Wísconsin, próximo á Greenwood, en Tennessee, y Sandywoods Settlement, en Missouri. Sobre tales antiguas fortalezas están edificadas gran número de ciudades hoy muy importantes, tales como Newark, en la desembocadura del río Licking; Portsmouth, en la del Scioto; Circlville, Marietta y Cincinnati, sobre el Ohio; Francfort, sobre el Kéntucky; San Luis y Nueva Madrid, sobre el Mississippí.

Las llamadas cercas sagradas ó vallas de templos se hallan comúnmente en los valles, tienen forma regular ó cuadrada y una puerta que mira al Este. Se ha conjeturado que estas obras de pequeñas dimensiones no sirvieron para la defensa, sino que más bien eran lugares sagrados en los que habitaban los sacerdotes, realizaban allí los sacrificios, ó reunían al pueblo en asamblea para celebrar sus consejos. Mas al presente no es posible afirmar con seguridad de acierto si tales lugares sólo servían para estos fines ó también para defensa de las pequeñas colonias establecidas en su recinto.

Según Brackenridge, los primeros colonizadores encontraron en Ohio, sobre algunas de estas barreras circulares, restos de empalizadas *(the remains of pallisadoes)*. El descubridor Putman juzga, con motivo de reconocimientos más recientes realizados á las proximidades de Lebanon, en Tennessee, que los llamados sagrados recintos *(sagred inclosures)* no encerraban otra cosa que pueblos profanos. Dentro de la gran cerca circular se hallaron unas cien barreras, de 5 á 12 metros de diámetro, en las cuales se distinguía aún el sitio que había ocupado el hogar, y hasta desperdicios de cocina, antecedentes éstos que probaban que las dichas cercas eran el lugar que ocuparon las antiguas chozas. Los indios de la América del Norte tienen todavía la costumbre de encerrar sus *wigwames* con una valla ó murete de tierra de 50 centímetros de alto para evitar las corrientes de aire, la humedad y la entrada de las serpientes, y parecido objeto debieron tener en la antigüedad las barreras descritas por Putman.

Interés especial ofrecen los cercados de esta clase, ya mencionados antes, de Newark, sobre el río Scioto, y los de Circlville en Chilicothe, en Missouri. Los primeros aún conservan las murallas de la cerca grande, las cuales murallas tienen cuatro metros de altura y en su parte interior un foso de dos metros y medio de profundidad por 11 de longitud, que



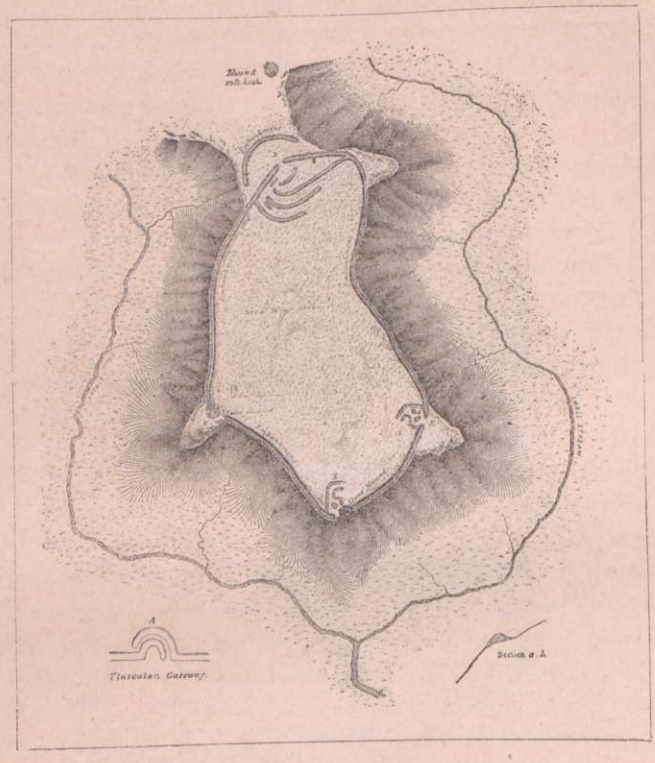
Plano del fuerte Ancient, Ohio, según Squier

corre á lo largo de ellas. Estas murallas tienen varias entradas bastante anchas y resguardadas todas por obras de tierra de 11 metros de elevación y por fosos de cuatro metros de hondo.

Próximo á Ilópeton, en Ohio, se ve una de estas cercas circulares, y que, unida con otra de forma cuadrangular, entre las dos encierran un terreno de veinte acres de extensión superficial.

Las que constituyen la tercera clase forman pirámides truncadas, algunas veces con terrazas y senderos para la subida, que recuerdan á

las *teocallies* de los antiguos mejicanos. Estas pirámides se hallan más frecuentemente en los estados meridionales, y las más notables son las *teocallies* de Marietta y las del condado de Wáshington, en Mississippí, en cuyo punto algunas de éstas se hallan enlazadas entre sí por medio de senderos. La mayoría de las dichas *teocallies*, que se elevan en el centro

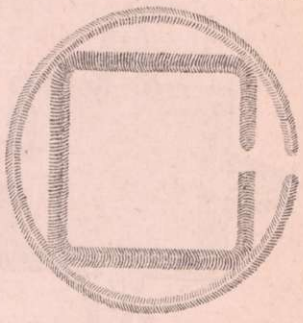


Antigua fortificación en el condado de Butler, Ohio,
Según Squier (*Ancient Monuments of Mississippi Valley*)

de pequeños mounds, terminan en una plataforma que hace abrigar la suposición de que sobre ella se celebraban sacrificios á los dioses.

Una de las más importantes *teocallies* se halla próxima á Cahokia, en Illinois. Tiene la forma de un paralelogramo cuya base mide 225 metros de largo y 174 de ancho. Emplazada sobre cuatro terrazas á 28 metros de elevación, presenta en su cúspide una plataforma de 97 metros de longitud por 46 de ancho. A su alrededor hay 60 mounds más pequeños de 10 y 20 metros de elevación. Según cálculos de personas inteligentes, para levantar la gran pirámide se necesitarían 25 millones de pies cúbicos de tierra y el trabajo de miles de hombres por espacio de varios años. En el

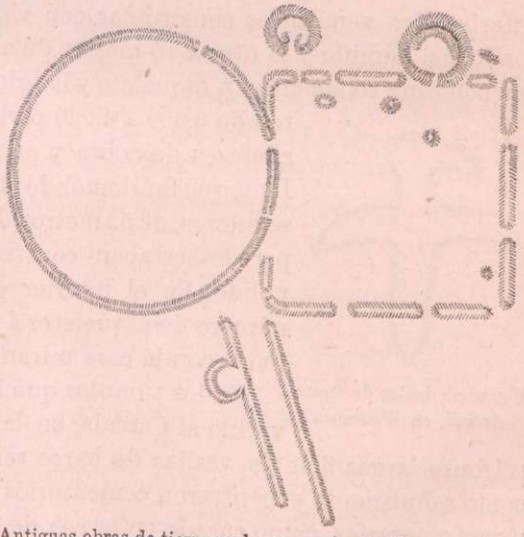
centro de la plataforma se levanta una pequeña colina de tres metros de alto que contiene gran número de huesos humanos, herramientas de pedernal, cascos de vasijas de barro y algunos restos de los sacrificios allí celebrados. Grandes proporciones de altura y longitud ofrece también la *teocalli* próxima á Seltzertown, en el Mississippí. Su base forma, como la antes descrita, un paralelogramo de 200 metros de largo por 130 de ancho y su altura es de 13 metros. Sobre la plataforma, de tres acres de extensión, yérguense tres colinas cónicas, la mayor de las cuales tiene 13 metros de altura, de modo que la elevación total del edificio es de 26 metros.



Valla circular de un templo

La parte Norte de esta *teocalli* estaba resguardada de las inclemencias del tiempo por un muro de adobes de 75 centímetros de espesor, y el doctor Díckeson dice que pudo distinguir en dichos adobes huellas de dedos humanos. Con gran frecuencia hanse hallado en estas teocallíes puntas de flechas de cuarzo y de obsidiana, hachas de piedra, aderezos de cobre y de plata, vasijas de barro, alfileres ó punzones de hueso, y hasta pipas de formas especiales.

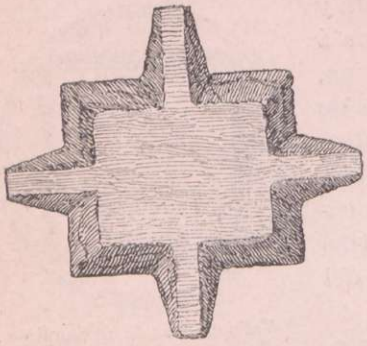
El profesor Swallow encontró en uno de esos mounds un pequeño cuartito construído con estacas clavadas perpendicularmente en el suelo y entretejidas con cañas. La cara exterior de las dichas estacas estaba embadurnada de cal, mientras que la interior, bastante lisa, se hallaba cubierta por una capa de color rojo. La tal habitación contenía algunas planchas de sienita y multitud de cacharros, entre ellos una vasija cuyo fondo figuraba un cráneo humano.



Antiguas obras de tierra en las cercanías de Hopeton, Ohio

En otra colina se encontraron miles de puntas de flechas esmeradamente labradas, pero que habían sido todas inutilizadas por el fuego. De una tercera se extrajeron 600 hachas, y de otra unas 200 pipas de piedra

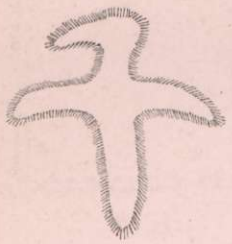
y algunos aderezos de cobre cubiertos por delgadas placas de plata. En una colina de Tennessee halláronse igualmente, en derredor del altar, cierto número de ataúdes construídos toscamente con losas de piedra.



Teocalli en forma de terraza

Los verdaderos túmulos, que sobre ser innumerables alcanzan algunas veces gigantescas dimensiones, pues los hay desde tres á 25 metros de altura, se encuentran generalmente próximos á las cercas de los templos. Los cadáveres que en estos túmulos se hallaron habían sido los unos envueltos en fuertes y gruesas telas y enterrados tendidos en las sepulturas de madera ó de piedra, y los otros sentados ó en cuclillas y cubiertos con montones de piedras.

El mayor túmulo, el *Grave Creek Mound*, se encuentra al Oeste de Virginia, y tiene una elevación de 22 metros y ocupa un círculo en su base de 312. Cuando en el año de 1838 fué abierto, se descubrieron en su interior dos sepulturas construídas con vigas de madera, la una en el fondo del túmulo y la otra á 10 metros de altura sobre aquélla. La última contenía solamente un esqueleto y la primera dos, y á su lado se hallaron de 3.000 á 4.000 perlas, varias conchas y algunos aderezos de cobre y de mica. El *Big Mound*, de San Luis, que fué demolido en 1869, guardaba uno de estos sepulcros, de 50 metros de largo por 10 de alto, cuyas paredes estaban construídas de barro apisonado y pulido. En el interior de aquella cripta había gran número de esqueletos á igual distancia uno de otro y todos con la cara mirando al Este.

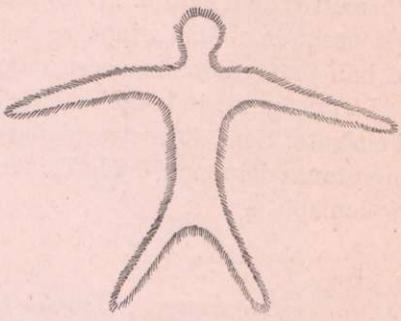


Mound simbólico de figura de ave, en Wisconsin

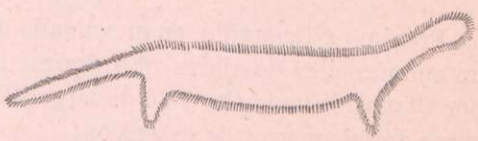
En los túmulos que hay próximos al río Watteree, vecino al Canadá, en la Carolina meridional, encontráronse largas filas de vasijas de barro rellenas de humanos despojos, como asimismo se encontraron cementerios completos que sólo contenían urnas cinerarias, como sucede en la isla de Santa Catalina, de la costa de Georgia. En estos túmulos se hallaron multitud de aderezos, pulseras, planchitas de cobre horadadas, bolitas ó cuentas de hueso, de concha y de metal, puntas de lanzas y de flechas, placas de mica de forma y tamaños varios, etc. Estos cementerios, á consecuencia de las rápidas corrientes de los ríos quedan algunas veces al descubierto. Su extensión suele ser tan grande, que las localidades á ellos cercanas llevan el nombre de los mismos, como acontece á dos sitios próximos al río Wabash: *Big Bone Bank*

y *Little Bone Bank*, de los cuales arrastra el río anualmente gran número de objetos y de esqueletos humanos. En los Estados del Norte del Ohio se encuentran, según se asegura, millares de estos sepulcros ordenados en fila, y en Tennessee y Missouri cementerios de gran extensión.

La última clase de mounds, los llamados mounds simbólicos por imitar figuras de animales, ofrecen también gran interés. Los hay principalmente en el Estado de Wisconsin, entre Prairie-du-Chien y el lago Michigán, donde se cuentan por miles. Hay algunos también en Iowa, Illinois, Missouri, Ohio, Indiana y Georgia, y en algunos se observa como una especie de bajos relieves con muchos círculos, figuras humanas y de lagartos, tortugas, serpientes, peces, aves, búfalos, osos, nutrias, lobos, panteras, alces, etc. En Georgia hay dos curiosos mounds en forma de ave, el uno de los cuales se halla á 36 kilómetros al Norte de Eatonton, en el condado de Putnam, y el otro á ocho de Lawrences Ferry. Ambos representan un águila echada de espaldas con la cabeza vuelta hacia el Este. Una de ellas mide desde la cabeza al extremo de la cola 33 metros y 37 de punta á punta de las alas desplegadas. Todo el conjunto de la figura, que está muy bien proporcionada, ha sido construído con pedazos de cuarzo cuidadosamente colocados unos sobre otros, y su peso no es tan excesivo como pudiera creerse, pues un hombre de fuerza regular podría cargarse sin gran trabajo algunos de ellos. La altura del águila es de dos metros y medio en el pecho subiendo hacia la cabeza, donde mide tan sólo 75 centímetros. La segunda figura tiene idénticas proporciones que la anterior, pero es un poco más baja y está circuída por un murete de tierra.



Mound simbólico imitando la forma humana en Wisconsin



Mound simbólico figurando una nutria en Wisconsin

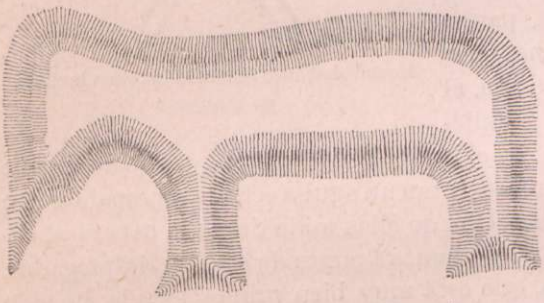
En Minnessota fué hallada la figura de una araña gigantesca que cubría con su cuerpo y las patas un acre de terreno, y en la orilla Norte del río Wisconsin hay un alce de 55 metros de largo, juntamente con una figura humana de 50 metros de tamaño.

En la orilla del Scioto se ha descubierto un buque de 21 metros de ancho por 40 de largo, y además gran número de imitaciones de flechas y

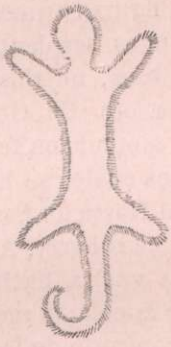
mazas de combate y de otros objetos por el estilo. En las comarcas de que nos venimos ocupando se ven algunas obras de tierra representando la pata de un pájaro, cuyo dedo medio tiene 50 metros de longitud y los laterales 33 cada uno.

En Wisconsin ha sido reconocida en uno de los repetidos mounds la figura de un mono, cuya cola arrollada formando un semicírculo tiene 110 metros de longitud. En lugar muy cercano á la desembocadura del Wisconsin en el Mississippí, se halla una figura en la que los inteligentes han pretendido reconocer la del mastodonte.

La tal figura, indudablemente, recuerda á la de un animal parecido al elefante: tiene 43 metros de largo, y es probablemente el mound más importante del mencionado Estado, en el que se encuentran en número incalculable.



Mound llamado *del Elefante*, en Wisconsin



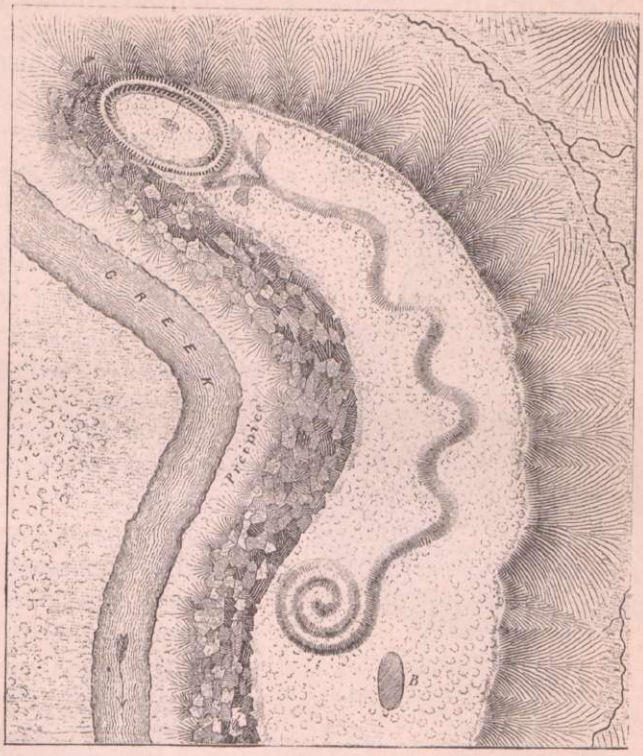
Montoncillo de tierra figurando un lagarto, en el condado de Licking, Ohio

Próximo á Granville, en el condado de Licking, Estado de Ohio, se ve un montoncillo de tierra que figura un aligátor, de 1,75 metro de alto por 13 metros de ancho y 80 de largo. El animal que representa tiene las patas de seis metros de extensión.

La figura de serpiente, de 313 metros de longitud, encontrada sobre una colina en el condado de Adams, es por demás interesante. Los cimientos de tan gigantesco relieve están construídos de piedra para que las lluvias torrenciales no lo puedan arrastrar, mientras que el resto está hecho de arcilla amarilla amasada juntamente con ceniza, que en el transcurso del tiempo ha adquirido gran dureza. El total de dicho relieve ha sido ejecutado con sujeción á un plano muy bien trazado y calculado, con el objeto sin duda de que su duración fuese eterna. Como se observa que en la efigie de la serpiente no se encuentra la más leve partícula de tierra negra ordinaria, se supone que la que hay alrededor debe haberse formado posteriormente al construir tal obra, que no ha habido en la co-

lina semejante clase de tierra, ó que se niveló primero el suelo quitando toda la tierra común hasta que en todas partes quedó al descubierto la capa de arcilla que constituye la superficie.

A los 20 metros próximamente del borde de la cuesta que ostenta la colina se ve un círculo ó murete de forma ovoide, de 40 metros de longitud por 1,50 de altura y unos 18 de espesor, y situado precisamente delante de las mandíbulas de la serpiente sagrada. En el centro mismo del



Mund llamado de la Serpiente, en el condado de Adams, Ohio, según Squier

óvalo hay un montón de piedras, que en otro tiempo debió ser mucho mayor y que ha sido destruído en gran parte por los buscadores de ocultos tesoros, que tantas y tan preciosas antigüedades han inutilizado. Gran número de las dichas piedras presentan señales de haber estado sometidas á la acción del fuego; y á unos tres metros del lugar donde termina el murete citado, por la parte del Este, se halla la boca abierta de la serpiente, cuyas mandíbulas guardan entre sí 25 metros de distancia, y todo el promontorio que forma las líneas de la cabeza tiene 1,50 metros de altura y cerca de 5,50 de grueso; la línea superior tiene 20 y la in-

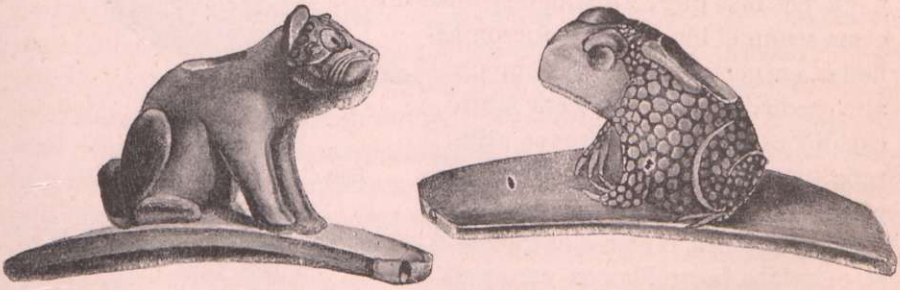
ferior 18 metros de longitud. Según puede observarse en el grabado correspondiente, la cabeza y la boca forman casi un triángulo. Desde el punto antes indicado se extiende en graciosas vueltas tan pronto al Este como al Norte y al Sur el gigantesco reptil, para terminar por último en la cola, que, como antes hemos dicho, está arrollada, y que se encuentra á 165 metros distante del murete en forma oval ya mencionado. Entre la cola y el murete hay un hondo precipicio. El cuerpo de la serpiente alcanza por término medio seis metros de grueso y de uno á uno y medio de altura, disminuyendo gradualmente hasta que el extremo de la cola no ofrece más que 75 y 50 centímetros. La importancia artística de esta obra no es menos notable que su tamaño colosal. Las varias vueltas que el repetido reptil describe le hacen presentar un aspecto casi natural. A la puesta del sol destácanse de tal modo sus brillantes reflejos y los tonos sombríos, que el efecto que causa en quien lo contempla es por demás sorprendente, pues parece que en verdad se desenrosca la serpiente inmensa y arrastrándose con lentitud por la colina hace presa con sus dientes en el montón de tierra, que parece próximo á desaparecer en sus enormes fauces abiertas. Y mucho mayor aún es el efecto que produce á la luz de la luna, en esas horas de la noche en que la tranquilidad sólo es alterada por el ronco graznido de las invisibles aves nocturnas.

Jarrón de figura humana,
de un mound del Estado de Missouri,
Copiado del natural por R. Cronau

Cuando los dos sabios Squier y Davis llegaron, en 1846, á esta colina, todavía se hallaba toda ella cubierta por la vegetación de espeso bosque, y las antigüedades que en ella encontraron les eran tan en absoluto desconocidas que ni siquiera sospechaban su existencia. Desde entonces todo ha cambiado: parte del hermoso arbolado ha sido arrancado de raíz y el resto del bosque arrasado y tronchado por un violento ciclón hace trece ó catorce años. Posteriormente durante algunos el suelo fué objeto de cultivo, y poco faltó para que las antigüedades que inmediatamente

bajo la superficie y á mayor profundidad se encontraban, fueran en parte destruídas. Pero algunos anticuarios de Boston y de otras partes, los catedráticos de la universidad de Harvard y los directores del museo de Peabody tomáronse verdadero interés por el *Serpent Mound* (mound de la Serpiente), trabajando con tal decisión que llegó á reunirse el capital necesario para la adquisición del terreno, el cual de antemano había sido destinado al museo de Peabody para su administración permanente. Cuantos trabajos se realizaron con tal objeto, obtuvieron el éxito más satisfactorio. Además se instó á la Asamblea del Estado del Ohio para que hiciese algo en favor de la adquisición y conservación de la citada colina, y al efecto la Cámara votó, en 27 de marzo de 1888, á ruegos de la *Sociedad Americana para la conservación de Antigüedades*, una ley según la cual los terrenos que contuvieran obras prehistóricas de tierra, y que hubiesen sido adquiridos con el objeto de conservarlas, quedaban no sólo libres del pago de toda contribución, sino también bajo la protección del Estado Esta ley fué la primera en su clase promulgada en los Estados Unidos, tratándose en la

Vasija en forma de cabeza humana de un mound próximo á Pecan Point, Arkansas. Existente en el museo Nacional de Wáshington. Copiado del natural por R. Cronau

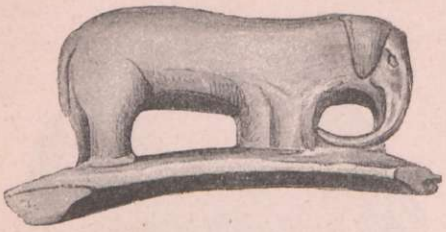


Dos pipas de arcilla, representando la una un gato montés y la otra una rana
Copias del natural por R. Cronau

actualidad de conseguir que los demás Estados dediquen interés preferente á la conservación de las antigüedades.

La significación que tienen los montecillos figurando animales nos es

todavía desconocida, ignorándose si representaban los escudos de algunos caciques, ó si sus constructores prestaban adoración á los animales, en particular á la serpiente. Pero esto no obstante, puede suponerse que las tales colinas jugaban papel muy importante en las creencias y costumbres de todos los pueblos aborígenas de América, pues el culto á la serpiente, juntamente con el del sol y otros, se extendía por todo el continente americano hasta el Perú. Para esta deducción tenemos datos sobrados, particularmente de los Estados del Sur y Sudoeste de la Unión; y además sabemos que aún existía en tiempos no muy remotos en México, á la llegada al país de los conquistadores españoles, conservándose al presente entre los zuñíes y moquíes, y probablemente en algunas tribus de los pueblos indios de América.



Pipa de arcilla en forma de mastodonte

De este modo se comprende que el motivo que obligaba á los constructores de los mounds á erigir tan gigantescas obras, era puramente religioso.

Del plano de las tan repetidas obras y fortificaciones de tierra, se deduce que sus autores estaban ya bastante adelantados en cultura, y esto lo prueban mayormente los numerosos objetos encontrados en los mounds, entre los cuales ocupan lugar preferente las vasijas y otros objetos de arcilla, que demuestran el gusto artístico y elegante de sus fabricantes y que por más que se distinguen unas de otras, según el lugar en que fueron halladas, en general todas revelan un alto grado de perfección. Para fabricar dichas vasijas y objetos se utilizaba una clase de arcilla que, según el sitio de que procedía, así era rojiza ú obscura, ó bien amarillenta ó azulado cenicienta. Algunas veces se mezclaba la arcilla con yeso para obtener colores más claros, ó con arena, granillos de cuarzo ó pedacitos de concha, con el fin de dar al objeto mayor dureza.

Pipa de arcilla en forma de pájaro

Las formas que los constructores de mounds daban á las vasijas eran variadísimas, y además de los jarrones ordinarios, botellas, cazuelas y vasos, fabricaban otros cacharros imitando figuras humanas ó de animales, algunas veces de aspecto sumamente raro. Por eso es muy frecuente ha-

llar la figura de una mujer acurrucada con los brazos descansando sobre las rodillas: en este caso la boca ó abertura del cacharro hállase en la parte posterior de la cabeza. Y todavía es más raro otro cacharro de esta misma forma, en el que la boca se ensancha de un modo extraordinario, como acontece con el que el autor de esta obra extrajo de un mound del Estado de Missouri.

Además de las descritas, son de gran interés algunas vasijas figurando la cabeza humana, que por las líneas que se observan en el rostro se viene en conocimiento de que los constructores de los mounds acostumbraban á tatuarse la cara.

Pipas encontradas en Illinois

Las figuras de animales imitan toda clase de aves, en particular palomas, patos y mochuelos, y á veces ranas, tortugas y osos, algunas de ellas con gran naturalidad. Frecuentemente se ven también imitaciones de frutas, como calabazas, peras, higos y otras, y todos estos objetos eran adornados con pinturas de toda clase de ornamentación. Los colores que más comúnmente se empleaban eran el negro, rojo, amarillo y blanco, aplicándolos después de cocidas las vasijas, por cuyo motivo se desprenden del cacharro con gran facilidad. Unos jarrones encontrados en Arkansas, y que están adornados con bien pintados huesos humanos, son sumamente curiosos.

A lo que dedicaban los constructores de las colinas mencionadas cuidado especial era á la confección de sus pipas, que no sólo fabricaban de arcilla, sino de cualesquiera otro material, como pizarra, mármol, cuarzo, esteatita, y hasta de duro pórfido. Algunas ofrecen formas muy primitivas y otras de animales, como castores, lobos, gatos salvajes, osos lavadores, aves, etc. Varios ejemplares de dichas pipas han dado motivo á discusiones científicas por representar elefantes, animales que, lo mismo que el mamut, hace miles de años que no existen en el continente americano. Estas pipas, como la obra de tierra de figura de mastodonte citada anteriormente, hacen suponer que los autores de los mounds vivían ya en aquellos remotos tiempos.

También se han encontrado algunos ejemplares de pipas que representaban cabezas y hasta figuras completas humanas. Uno de ellos, procedente de Connecticut, imita el busto de una mujer engalanado con toda suerte de alhajas; otro, de Missouri, el rostro, con barba, de un hombre;

otro, de Illinois, tiene labrada en un lado la cabeza de un ganso y en el otro una calavera humana; y por último, en otro ejemplar hallado en el mound City, de Illinois, se ve la cabeza de un hombre, cuyo rostro presenta señales de tatuaje, con un peinado tan raro que no hay medio de comprobar le haya usado en tiempo alguno, ni le use al presente, ningún pueblo conocido. Entre el pelo, que está perfectamente trenzado y puesto en derredor de la frente, se ve una fila de quince agujeros rellenos de perlas, la mayor parte de éstas destruídas por el fuego.

De gran interés son asimismo algunas esculturas encontradas en esta clase de colinas, cuyos dibujos, por lo general sencillos, pero muy exactos en sus proporciones, prueban que sus autores estaban ya bastante adelantados en cuestiones artísticas. De esta clase de esculturas se han conservado multitud de bonitas representaciones de figuras de animales. Lo más notable es que muchas de dichas figuras están hechas de un pórfido rojo tan duro, que la hoja de un cuchillo de acero, por muy bien templada que esté, se dobla en cuanto se pretende cortar semejante materia. En cuestión de alhajas se han encontrado pulseras y collares, pendientes, amuletos, etc. Las cuentas de cobre solían recubrirlas con plata, para lo cual forjaban ésta en laminillas sumamente delgadas. Por lo que se desprende de los objetos hallados en los mounds, se viene en conocimiento de que sus constructores usaban como armas, además de la flecha y la lanza, cuchillos y puñales de obsidiana, el hacha de combate, y, según todas las probabilidades, aquella terrible maza de madera con incrustaciones de obsidiana con que los mexicanos hicieron tan terribles destrozos en las gentes que mandaba Hernán Cortés.

Además, entre los objetos de piedra y de hueso se hallaron igualmente toda clase de adornos, armas y herramientas de cobre, tales como hachas, puntas de flecha y de lanza, escoplos, hojas de cuchillo, agujas y tijeras, y en un mound de las cercanías de San Luis hasta dos tortugas del referido metal, de cinco centímetros de longitud por dos y medio de altura, imitadas exactamente del natural. Estaban cuidadosamente envueltas en un trozo de tejido y cubiertas por una capa de huesos humanos. ¿De dónde se proporcionaban aquellas gentes el cobre? Esta pregunta, que ha ocupado por mucho tiempo al mundo científico, ha sido resuelta de una manera sorprendente, cuando en 1848 se descubrieron en la orilla meridional del lago Superior minas de cobre procedentes de la época prehistórica. En ellas se encontraron varias galerías de 10 metros de profundidad, en una de las cuales, cercana á la mina *Minnesota*, en Michigán, y debajo de una capa de moho y de madera podrida, se halló un bloque de cobre de seis toneladas de peso y de 1,50 metro de largo, colocado sobre una armazón de troncos de árboles, que como se comprende debió ser extraído

de la mina y colocado allí para su transporte. A su lado había un martillo de piedra de peso de 18 kilogramos y un escoplo de cobre que pesaba 12,50.

Los vestigios de esta clase de minas antiguas de cobre son numerosos en toda la península de Keewenaw, que se extiende á lo largo de aquel lago, como también en la muy distante isla Royal, en la que hay una galería que atraviesa una peña de tres metros de espesor. En todas estas galerías ó túneles se encontraron multitud de herramientas, como martillos de piedra, cuchillos de cobre, escaleras de madera y aparatos para la extracción de los bloques de metal. De lo que no se encuentran rastros en las cercanías de estos lugares mineros es de antiguas colonias; y como la distancia que media desde allí á Ohio es de unas mil millas inglesas, compréndese fácilmente el genio emprendedor que animaba á aquellas gentes.

Los pueblos constructores de los mounds no eran sólo mineros y agricultores, sí que también pueblos comerciantes. Si en favor de sus condiciones como agricultores hablan los grandes diques en filas paralelas construídos sin duda alguna con el fin de proporcionar el riego necesario á sus fértiles tierras, en favor de sus condiciones para el comercio hablan también los objetos de obsidiana y de pizarra verde hallados en los mounds, y que por no encontrarse semejantes materias en aquellas regio, nes, han tenido que ser adquiridas por aquellos hombres por medio del cambio ó por las transacciones comerciales que existieran entre ellos y los de otras comarcas donde tales piedras se encontraran. Sus conocimientos náuticos están demostrados con decir que los mineros iban hasta la isla Royal, que se halla á muchas leguas distante de la orilla del turbulento lago Superior.

De todo punto indudable es que aquellos pueblos fundadores de los mounds poseían una regular cultura y se hallaban bastante adelantados en el conocimiento de muchas otras cosas; pero como carecían de toda clase de escritura, hasta de la jeroglífica, no poseemos noticia ninguna respecto de su descendencia, su historia y su religión, como tampoco de su forma de gobierno, su vida y sus costumbres. Sobre todos estos puntos no se tienen más que conjeturas é hipótesis y la esperanza de que en lo porvenir nuevas investigaciones logren arrancar el secreto en que está envuelta la existencia de tales pueblos prehistóricos. La opinión hasta hoy más generalizada es la de que los constructores de los mounds habían constituído una sola nación completamente aislada del resto del mundo, y justamente esa opinión es la que ha dado lugar á las más aventuradas hipótesis respecto del origen y desaparición de esa nación misteriosa, hipótesis de las que no queremos ocu parnos más detenidamente en este lugar.

Los modernos sabios se inclinan á creer que los mounds-builders fueron los antepasados de los indios actuales, y que, como éstos, se dividían en varios pueblos y tribus que, al emparentar entre sí, constituyeron una gran unidad, á la manera de la que formaban en la época del descubrimiento de América las tribus de los grandes lagos canadienses, los hurones, wyandotes, tuscaroras y otros pueblos, con la grande y poderosa tribu de los iroqueses. Las tradiciones conservadas hasta el presente por los pueblos indios confirman que dicha gran unidad existía ya en tiempos remotísimos entre los pueblos que habitaban entonces la cuenca del Mississippí y el valle del Ohio; y los indios wyandotes, á principios del presente siglo, refirieron al viajero Calhoun que las antiquísimas fortificaciones del valle del Ohio fueron construídas hace muchísimos años en el transcurso de una larga guerra habida entre sus antepasados y los cheroqueses, y en la cual guerra los últimos habían sufrido una derrota completa, hasta el extremo de haber sido exterminados por los primeros. Los iroqueses, á cuya confederación pertenecían los wyandotes, conservaban idénticas tradiciones, y referían que en los tiempos antiguos las regiones situadas al Sur de los grandes lagos estaban pobladas por numerosos pueblos, á los que pertenecían razas de hombres muy trabajadores y valientes, que habían ido desapareciendo en las varias guerras que con los iroqueses sostuvieron.

Respecto del mismo asunto, son de bastante valor histórico las noticias que Cusik (indio de pura sangre procedente de la tribu de los tuscaroras, de la confederación iroquesa) publicó en 1825 en Léwiston, en su libro *Historia de los indios.*

El tal indio cuenta que en remotos tiempos los pueblos de la unión iroquesa enviaron hacia el Sur una embajada al Gran Rey, que residía en la Ciudad del Oro (*Goldencity*), capital de su inmenso imperio. Este rey, algún tiempo después, construyó muchas fortalezas en sus extensos territorios, avanzando casi hasta el lago Erie. Semejante avance y las dichas fortificaciones fueron causa de grande alarma entre los pueblos del Norte, que temían verse de pronto invadidos por el ejército real y despojados de su territorio. Pero antes que esto sucediera resolvieron apercibirse á la defensa, y con tal motivo estalló una guerra sangrienta cuya duración se prolongó por espacio de unos cien años.

Los pueblos del Norte estaban sumamente instruídos y por lo tanto eran maestros en el manejo del arco y además soportaban con gran facilidad toda clase de fatigas, condiciones ambas que causaron la ruina de los pueblos del Sur, sobre los que aquéllos consiguieron una total victoria, exterminándolos y convirtiendo sus fortalezas y ciudades en un montón de escombros.

Los lenni-lenapes y los delawares conservaban asimismo una tradición según la cual se habían unido con sus tíos, los hurones-iroqueses, pasando en unión de ellos el Gran Agua (probablemente el río San Lorenzo), y en una larga guerra habían batido á los alleghewies, obligándoles á huir hacia la parte del Bajo Mississippí, y esto conseguido repartiéronse entre ellos y los iroqueses el país conquistado, ocupando los lenapes la parte Sur y ellos el territorio Norte.

Squier refiere esta tradición más minuciosamente, y al efecto dice que los lenapes habían salido de Shinapis (País de los Pinos), que era su patria, situado muy al Norte. Sus confederados eran los talamatán (los que no son de nuestra tribu) y los hurón-iroqueses; juntos pasaron el río Mississippí (el río Grande), cuya orilla opuesta habitaban los tallegwies. Acerca del comienzo y conclusión de aquella guerra, dice la tradición lo siguiente:

«Algunos de nuestros ejércitos se corrieron hacia el Sur y parte de sus individuos fueron muertos por los tallegwies; y entonces todos los demás gritaron á una voz: ¡Guerra! ¡guerra!

»Los talamatas y los nitilowanes (el pueblo unido del Norte) marchan á la guerra juntos.

»Kinnepehend (el de la vista perspicaz) era el jefe, y ellos pasaron el río, cogieron todo lo que allí había y derrotaron á los tallegwies.

»Pimokhasuwi (el vagabundo) era el segundo jefe, pero allí contaban con demasiadas fuerzas los tallegwies.

»Tenchekensit (el sendero abierto) seguía, y muchas ciudades se le entregaron.

»Paganchihilla era cacique, y todos los tallegwies huyeron hacia el Sur.

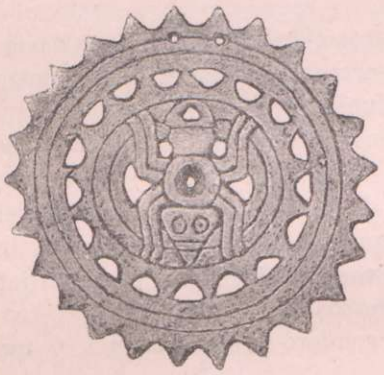
»Al Mediodía de los lagos encendieron los legapies los fuegos del Consejo, y el Norte de los lagos fué ocupado por sus aliados los talamatán.»

De toda esta relación resulta que la guerra de los lapies é iroqueses unidos fué de larga duración y que se prolongó durante el gobierno de cuatro caciques, el último de los cuales consiguió vencer por completo á los tallegwies.

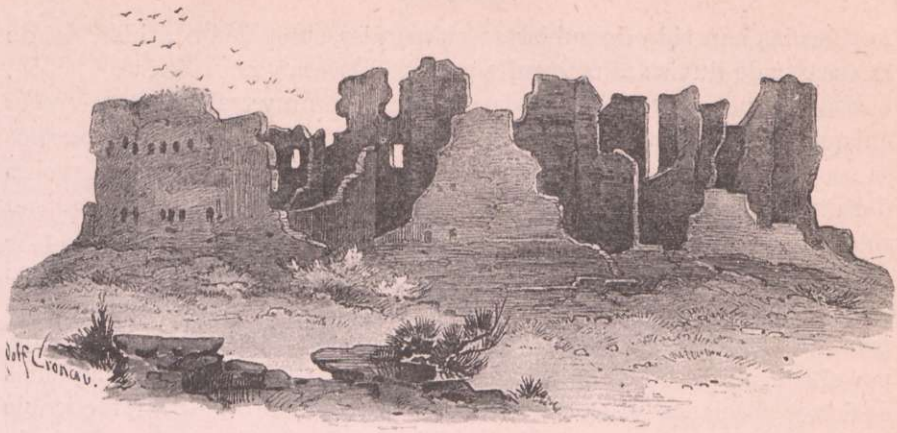
Por consiguiente, estos últimos habitaban los países situados al Sur del río Alleghany y las faldas de las montañas del mismo nombre, el cual nombre es como un lejano recuerdo del de aquel pueblo. Los vencedores, según la tradición, se retiraron al Sur, y es creencia entre los cheroqueses que los pueblos del Oeste y del Sur, por intervención de los primeros, constituyeron una liga pacífica con los iroqueses.

Así, pues, es indudable que los *moundbuilders* ó allighewies desapare-

cieron en el transcurso del tiempo confundiéndose con las tribus sus amigas del Sur, entre las cuales, según se verá más adelante, hallaron los conquistadores españoles gran semejanza con lo que acerca de los constructores de las colinas hemos consignado.



Aderezo de concha encontrado en Tennessee, en el que hay grabada la figura de una araña



Ruinas de Pueblo Pintado, (dibujo original de R. Cronau

LOS CLIFF DWELLERS (CASAS DE PEÑASCOS) Y LOS INDIOS DE PUEBLO PINTADO

De la misma manera que Europa ha tenido sus emigraciones, así también América ha sido teatro de grandísimos movimientos de población. Si los moundbuilders fueron naciones ó pueblos con residencia fija dedicados á las faenas agrícolas, también existían otras muchas tribus que vivían de la caza, y que, en persecución continua de los animales salvajes, hoy levantaban sus tiendas de campaña de un punto para mañana fijarlas á muchas leguas de distancia. Los encuentros con otras tribus sedentarias eran bastante frecuentes, porque los nómadas y cazadores errantes han sido siempre también grandes bandoleros y ladrones. Por estas invasiones de pueblos vecinos hostiles, hanse visto obligados hasta los pueblos más civilizados á tomar serias precauciones para su propia seguridad y la de sus colonias. Con este objeto, aquellos pueblos primitivos no sólo se unían con los que eran sus amigos, sino que edificaban casas fuertes de piedra y hasta verdaderas fortificaciones.

A esta causa son debidas las grandiosas ruinas de pueblos fortificados encontradas en las regiones del Oeste de La Unión, en Utah, Colorado, Nuevo México y Arizona, donde no solamente se descubrieron restos de colonias en verdadero estado de defensa para la guerra, sí que hasta ciudades completas arruinadas, como también algunos edificios tan gigantescos que su circunferencia y extensión dejan atrás á todas las modernas edificaciones del antiguo Continente, aun cuando se escoja entre las de proporciones mayores. Y lo más notable es que todos esos pueblos

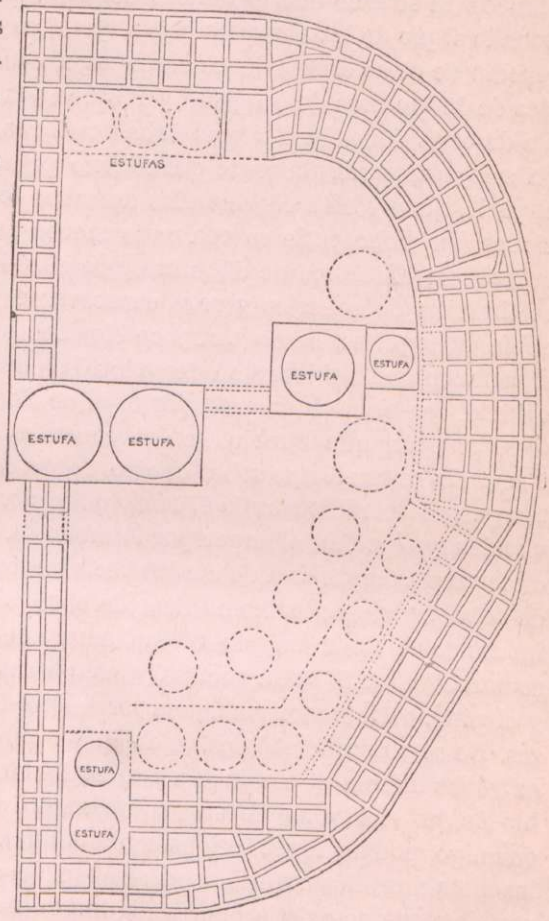
fortificados han sido descubiertos en parajes sumamente áridos, donde la escasez de lluvias sólo permite una muy escasa y raquítica vegetación, ofreciendo por consiguiente á la vida animal muy trabajosa y precaria existencia. Todo el territorio que habitaban los *cliff dwellers* y los *pueblos* es un páramo dilatado y triste, donde los rayos solares caen á plomo durante la mayor parte del año abrasando todo género de vegetales. Tan sólo durante la primavera, época de las lluvias torrenciales, las aguas producidas por el derretimiento de las nieves bajan de las altas montañas é inundan el país con sus grandes avenidas; pero estas aguas no son en lo más mínimo beneficiosas al terreno dando vida á las plantas, sino que, por el contrario, con su fuerza devastadora destruyen aún más aquellos desiertos desolados y los convierten en un laberinto casi impracticable de hondonadas y barrancos. Las rápidas corrientes descienden desde la altura con ruido atronador y caen sobre el suelo pedregoso, arrastrando en su carrera vertiginosa los últimos restos de tierra fértil y formando cada vez más profundas cuencas. Cada corriente y cada riachuelo, por insignificantes que sean, han llegado á adquirir su lecho propio y cada río su cañón; y gran multitud de estas corrientes y ríos constituyen el célebre río Colorado, que desemboca en el golfo de California, inmenso depósito donde se reunen todos esos riachuelos y ríos que en vez de beneficiar el país sirven para esquilmarlo y empobrecerlo. El Colorado corre á 3 000 metros bajo la superficie del suelo, inaccesible en la verdadera acepción de la palabra, pues sólo en dos ó tres parajes á lo largo de su curso, que es de más de 2.000 leguas inglesas, se puede llegar, siguiendo en toda su longitud uno de los caños de los ríos que en su orilla desembocan, donde se ven correr sus amarillas aguas. Fuera de este lugar, en ningún otro sitio es posible descender hasta el cauce del río, porque sus orillas están bordeadas de altísimas peñas cortadas perpendicularmente.

En el centro de los mencionados desiertos, en los valles, barrancos y arroyos, á los que falta toda agua aprovechable, se encuentran por todas partes ruinas de los hogares de aquellos antiguos pueblos desaparecidos de la tierra desde hace muchos siglos. Son grandes ciudades en forma de inmensos cuarteles de piedra, cuyas viviendas se hallan unidas las unas á las otras como celdas de una colmena, ó bien casas sueltas que, como nido de águila, están emplazadas á colosal altura, aprovechando las mesetas, grietas y cuevas naturales que presentan las inaccesibles moles que bordean el cauce del río. La existencia de tales humanas viviendas prueba por modo evidente que aquellas regiones no fueron siempre desiertos tan estériles cual se presentan hoy á la vista del viajero, sino que, por el contrario, puede conjeturarse que en época remota se hallaban

cubiertas de frondoso bosque y disfrutaban de un clima mucho más húmedo que al presente, pues sus cauces contenían el agua suficiente al riego de las tierras durante todo el año, circunstancias que permitían á sus habitantes poder dedicarse al cultivo. El raro emplazamiento de dichas viviendas hace suponer también que sus moradores se veían obligados con frecuencia á rechazar los ataques de tribus enemigas.

Pero antes de entrar en indagaciones históricas acerca de estos pueblos ya extinguidos, creemos conveniente decir algo de las ruinas y restos que los mismos dejaron.

Los primeros conquistadores españoles que pasaron por aquellos países, como Coronado, Cabeza de Vaca y otros, encontraron, en los comienzos del siglo XVII, varias de las ruinas citadas, que según el testimonio de los indígenas alcanzaban una existencia de muchos siglos; y Cabeza de Vaca cuenta que algunas de ellas ocupaban más terreno que toda la capital de México.



Plano de Pueblo Bonito, en el cauce del río Chaco, Nuevo México.
Según proyecto de restauración del mismo, por Simpson

No cabe duda que los constructores de los pueblos y de los *cliff dwellings* eran una misma nación, y que en aquellos puntos en que la anchura de los valles lo permitía se unían las gentes de una misma tribu y fundaban un pueblo, mientras que los habitantes de un valle estrecho edificaban sus viviendas en los huecos de las inaccesibles rocas.

Los valles del territorio llamado de Los Pueblos tienen muy varia anchura: el valle de Motezuma, por ejemplo, cuya longitud es de cincuenta millas inglesas, tiene 55 kilómetros de ancho, mientras que el valle del

río San Juan y el del río de las Animas no tienen más que tres millas cada uno, y el del río Chaco apenas si llega á milla y media.

Los pueblos indios habitaban principalmente los valles del río San Juan, río de la Plata, Ánimas, Hovenweep, Pine, Chaco, De Chelly y Mancos. El edificio más grandioso del valle del Chaco es Pueblo Bonito, situado al pie de las abruptas peñas que forman el cauce del río. Se diferencian de otras edificaciones cuadrangulares por su figura irregular elíptica de 180 metros de longitud y 103 de anchura. En su parte central el ala derecha tiene cinco hileras de habitaciones, mientras que el ala izquierda sólo tiene tres. Enfrente del edificio principal se levantan, cerrando el patio, altas y bien conservadas murallas con otras dos filas de habitaciones. En dicho patio se ven nada menos que 21 estufas, viviendas circulares de 20 metros de diámetro, que sirvieron probablemente para la celebración de consejos y para conservar el fuego sagrado, que nunca debía extinguirse, como tampoco elevarse su llama hasta el punto de socarrar lo que hubiese á su derredor. Las murallas que cercaban todo el edificio, conservadas en gran parte y que tienen una elevación de 10 metros, prueban que Pueblo Bonito constaba de varios pisos, levantados formando terrazas uno sobre el otro. Según opinión del teniente Simpson, tan grandioso edificio tenía 570 metros de circunferencia y contenía 614 viviendas que podían albergar por lo menos 3.000 indios. Las habitaciones ofrecían una capacidad de cuatro á seis metros de largo por cuatro ó cinco de ancho, y estaban en comunicación entre sí por medio de una puerta de un metro de elevación por 75 centímetros de anchura. La madera con que se han construído estas puertas y los marcos de las ventanas es el cedro y el pino, toscamente trabajada por medio de herramientas muy cortantes. No se observan señales de escaleras que facilitasen la comunicación entre las diferentes terrazas, y esto es debido á que los habitantes de Pueblo Bonito se servían de escalas de mano que, en el caso de un ataque enemigo, podían ser recogidas con facilidad. Si se fija la atención en que las altas murallas exteriores se alzaban perpendicularmente y eran inaccesibles; que no existía puerta alguna de salida hacia el patio, y que tan sólo las escalas portátiles representaban el único medio de comunicación, se comprenderá fácilmente que los pueblos fuesen verdaderas plazas fuertes con medios hábiles de defensa contra un número mucho mayor de enemigos. En las citadas murallas de esos colosales cuarteles se reconoce el sumo cuidado y verdadera exactitud con que han sido levantadas. Todas las piedras que las forman han sido perfectamente labradas y luego trabadas por medio de una argamasa preparada con arcilla fina deshecha en agua. Las piedras mayores se escogían para formar los marcos de puertas y ventanas colocándolas en ángulo recto. Las grandes murallas solían

Una vivienda de habitantes de peñascos en Nuevo México (copia del natural por R. Cronau

tener un metro de espesor y se las fortalecía generalmente por medio de unas empalizadas perpendiculares cuyos barrotes tenían de 10 á 12 centímetros de grueso y otras horizontales de 16 á 20 centímetros, ambas probablemente con el fin de que dichos muros ofrecieran mayor resistencia contra los terremotos.

En el cañón del río Chaco se ven en la actualidad varios de esos enormes edificios, y más abajo los pueblos Beche Chi, Una Vida, Hungo Pavía, Ketro Kete, Grande, Del Arroyo y Peñasco Blanco, este último construído de forma elíptica y cuyas murallas tienen 160 metros de longitud. Las del pueblo Ketro Kete, también llamado Chettro Kette, tienen 13 metros de elevación y 310 de largo. En sus cercanías, y apenas visibles desde el fondo del valle, se encuentran, en lo alto de un páramo, las ruinas de Pueblo Alto, á las que se puede ascender únicamente por una escalera cuyos peldaños han sido trabajados en la roca viva. A derecha é izquierda de esta escalera han sido practicados varios agujeros en la peña para que pueda en ellos afianzar las manos el que suba. Cuarteles parecidos se hallan en el valle del río de las Ánimas, del de Frigolas y del Santo Domingo. En el cañón del primero se ven los restos de un pueblo que debió tener cinco ó seis pisos, y cada uno de éstos 70 viviendas, algunas de las cuales, que se comunicaban entre sí por el intermedio de puertas colgantes, presentan otras dos puertas y varias ventanas. Esta clase de ruinas se extienden por el Arizona y parte del Norte de América, y las más célebres, entre las que se encuentran más al Sur, son las *Casas Grandes* del río Gila. Estas fueron ya descritas por el Padre Monje, que en unión del jesuíta alemán padre Kino (Kühn) las visitó en 1697 y las halló en mucho mejor estado de conservación del en que hoy se encuentran. Probablemente hubo allí once edificios diferentes de varios pisos y cercados por una muralla de metro y medio de espesor. La causa principal de la destrucción de esta ciudad antigua ha sido el estar edificada con adobes solamente sin mezcla de piedra alguna. Según parece debió ser el centro de un territorio muy poblado, pues hasta donde alcanza la vista se ve el suelo cubierto de murallas derruídas y de edificios arruinados, encontrándose además vestigios de antiguas acequias, respecto de las cuales dice el Padre Monje que la principal tenía nueve metros de ancho y dos y medio de profundidad, y que llegaba hasta el río, distante de allí 16 kilómetros. Las largas vallas de tierra de cuatro á seis metros de elevación que en la comarca se observan, debieron servir de cercas para el ganado. Los habitantes de estos pueblos parece probable que vivían bajo un régimen comunista, pues las tierras eran de propiedad común y se repartían anualmente entre los jefes de familia, los cuales hacían la recolección de las cosechas como acontece al presente entre los pueblos indios de Nuevo México.

Además de los mencionados gigantescos edificios son también de interés las *cave dwellings* (edificaciones en las cuevas) y las *cliff houses* (casas de piedra), que, no obstante diferenciarse mucho de los Pueblos, acusan el mismo plano y la misma construcción, y que debieron ser habitadas por hombres de la misma procedencia y de idéntico género de vida.

Estas viviendas generalmente se encuentran emplazadas en los cañones más estrechos, donde la tierra fértil de aluvión tenía tan poquísima extensión que era insuficiente para proporcionar sustento á mayor número de personas. Las contadas familias que habitaban en aquellas apartadas regiones tenían que observar todo género de precauciones para defenderse de los ataques que les dirigieran sus enemigos, más poderosos que ellos. Con tal objeto levantaban sus hogares en sitios de difícil acceso, en lo más alto de las rocas, en las hendiduras de las peñas, ó en las innumerables cuevas y agujeros que las influencias del tiempo habían formado en las capas de piedra arenisca más ó menos dura. Allí, cual nidos de golondrina, se ven esas viviendas, pegadas á la peña en su parte más alta, y es por demás curioso fijarse en el arte con que las piedras que las constituyen han sido afianzadas á la inmensa mole, y ver el exquisito cuidado puesto por sus constructores para que el exterior del edificio se confunda todo lo posible con la peña misma.

Cuando Stéwenson, uno de los primeros descubridores de aquellas regiones, guiado por un viejo cacique, llegó allí, ya sabía por otros indios que existían tales casas de peñas, y por lo tanto suplicó á su guía que le enseñase algunas. Pero como el anciano no se hallaba dispuesto á ello guardó silencio y sólo cuando el viajero insistió de nuevo, le contestó: «Usted desea ver antiguas casas; pues bien, se las enseñaré, pero están doce leguas distantes de aquí.» Al día siguiente llovía y el cacique se negó en absoluto á acompañar al viajero. Este emprendió el camino solo, anduvo próximamente unos 55 kilómetros en la dirección que el guía le indicara el día anterior; pero no pudo encontrar la más ligera huella de lo que buscaba. Supuso que el anciano le había engañado y se volvió. Dos ó tres días después manifestó el cacique á Stéwenson hallarse dispuesto á guiarle hasta la antigua ciudad de las ruinas, y con efecto ambos marcharon dirigiéndose hacia una lejana cadena de colinas á cuya espalda se elevaba el cono de un antiguo volcán apagado. Hallábase próximo Stéwenson á los montes de la dicha cordillera, cuando observó gran número de negras manchas que, cual nidos de golondrinas, se extendían á gran altura en lo más alto de las peñas. «¿Qué es aquello?, preguntó á su guía.—Casas, contestó aquél.—No, replicó Stéwenson; no aquéllas de arriba en la punta, sino esas manchas negras de las peñas.—Casas, replicó el indio; casas digo á usted, muy antiguas casas.»

El cacique había dicho la verdad: á unos 330 kilómetros de distancia se extendían aquellas viviendas á lo largo de las peñas en filas de dos, tres, cuatro y hasta cinco, unas encima de otras. Stéwenson recorrió por espacio de algunos días aquellos parajes, reconociendo detenidamente el interior de las deshabitadas chozas y visitando algunos sitios distantes á veces hasta 248 kilómetros entre sí, y desde los cuales aun podía distinguir, valiéndose de sus anteojos de campaña, algunas cuevas que se hallaban entre 83 y 105 kilómetros más lejos. La mayor parte de las viviendas eran del todo inaccesibles, y sólo en muy pocas se encontraban antiquísimos senderos debidos al paso continuo de los habitantes. Aprovechando algunos atajos logró el viajero subir hasta algunas de estas cuevas, y al visitarlas pudo observar que en forma y construcción ofrecen gran semejanza. En todas ellas tuvo ocasión de reconocer que los huecos naturales de las peñas habían sido ensanchados por la mano del hombre, según la capacidad que tenían, con el fin de construir en ellos tan sólo unas cuantas viviendas ó pueblos enteros. Que habían sido ensanchadas las cuevas se conoció por la forma y dirección de los surcos, que corrían todos paralelos, distantes unos de otros algunos centímetros, y la parte pedregosa entre ellos había sido arrancada, como lo atestiguaba la áspera y tosca superficie. Dichas cuevas están cerradas por delante con murallas, en las cuales se hallan emplazadas la puerta y las ventanas, por cuyos respiraderos debía salir al exterior el humo de la lumbre. Durante la visita llevada á efecto por el ilustre viajero tuvo ocasión de encontrar varias excavaciones al lado de las viviendas, una de las cuales contenía porción de judías y mazorcas de maíz, prueba evidente de que aquellas gentes guardaban allí sus provisiones alimenticias. Al mismo tiempo halló establos para el ganado, algunos de ellos con estiércol convertido en polvo, sin que hasta el presente se haya podido comprender cómo aquellos hombres pudieron subir los ganados á semejantes alturas.

Muy curiosas son igualmente las edificaciones descubiertas en el cañón del río Mancos, cuyas rocas se componen de capas de piedra calizo-gredosa alternando con otras de arcilla que las lluvias y los temporales han arrastrado en muchos sitios. A ese cañón, de 30 millas de extensión por sólo media, ó á lo más, una de ancho, le circuyen paredes de rocas de 300 á 650 metros de elevación. Diez millas más arriba de la desembocadura del cañón se encuentran, en una espaciosa cueva y á 13 metros sobre la superficie del río, siete casas, tan bien conservadas todavía como si hubieran sido abandonadas el día anterior. La tan dura cuanto fina argamasa con que fueron trabadas entre sí las toscamente labradas piedras, conserva aún la huella impresa de las manos de los hombres que edificaron aquellas moradas, cuya construcción data de muchos siglos. En una es-

pecie de caverna se encontraron también, además de un hacha de piedra muy bien pulimentada, gran número de mazorcas de maíz de una especie que al presente todavía se cultiva en Nuevo México.

Son asimismo muy notables dos de esos edificios, pertenecientes al cañón del río Mancos, los cuales edificios se hallan á 260 metros de elevación sobre el cauce del río y adosados á una roca que cae en sentido perpendicular. Ambos edificios han sido tan bien ocultos en dos de los huecos de la peña, que los descubridores de aquella especie de nidos de águila sólo valiéndose de un buen anteojo de campaña pudieron hacer un dibujo de sus contornos; y cuando después de muchos trabajos consiguieron llegar hasta ellos, pudieron advertir que el uno medía 20 metros de longitud por cinco de ancho, estaba dividido por delgados tabiques transversales en varias habitaciones y tenía en el centro una estufa circular, hasta la cual se llegaba por medio de un pasadizo de seis metros de largo, hecho de fábrica cual un túnel, que sólo tenía 52 centímetros de alto por 70 de ancho, y que con toda probabilidad estaba destinado á dificultar ó impedir la entrada á toda clase de personas no autorizadas para pisar aquel sagrado recinto. En una de las habitaciones se encontraron, sobre un cañizo, dos vasijas perfectamente cubiertas con gruesas tapaderas de piedra. Estaban del todo vacías y acusaban una cabida próximamente de 15 litros. En el fondo de una de ellas había un agujero que estaba cubierto con el casco de otro cacharro también de barro y pegado con arcilla. En las cercanías de todas esas viviendas se encuentran cascos de vasijas de barro en tal cantidad que de las proximidades de uno tan sólo de esos pueblos pueden cargarse con ellos gran número de carros. Estas vasijas, fabricadas de arcilla muy fina mezclada con polvos de ladrillo y pedacitos de concha para darles mayor consistencia, son de muy superior calidad á las que se encontraron en los mounds. Según observaciones hechas en las mismas se ha venido en conocimiento de que, después de haberles dado forma, fueron cocidas y pintadas, y aun, algunas veces, esmaltadas con un barniz de color azul, negro, rojo, blanco y hasta de brillo metálico. Sobre las paredes de estas vasijas, además de las figuras humanas, de animales y de aves con que las adornaban, se aplicaban toda clase de ornamentos, que guardan gran semejanza con las antiguas muestras griegas y etruscas, en cuyos ornamentos se ven líneas meándricas, cintas onduladas y otros dibujos, desde los más sencillos hasta los de combinación más complicada.

De los dos edificios que venimos reseñando, pegada completamente al inferior asciende la roca en sentido perpendicular por su espalda 10 metros más de altura, no pudiéndose subir al edificio superior, cuyos medios defensivos son insuperables, sino con la ayuda de pequeños surcos esca-

lonados practicados en la roca. Esta vivienda tiene tres metros de profundidad y cuarenta de longitud, y está dividida en varios departamentos transversales que comunican entre sí por estrechas y bajas aberturas que sirven de puertas. Algunos de estos departamentos sirvieron, según parece, para guardar provisiones, pues al igual que en el otro edificio reseñado anteriormente, se hallaron en ellos pequeñas existencias de maíz y de habichuelas. El techo y las paredes de uno de ellos estaban en absoluto ennegrecidos por el humo.

Á unos seis kilómetros río arriba se encuentran otros dos fuertes; situado el uno á 230 metros de elevación sobre el nivel del valle, está perfectamente conservado, pero es apenas accesible. El efecto que producen estas construcciones contemplándolas desde el llano ó desde las rocas opuestas es, en verdad, sorprendente, proporcionando el convencimiento de que sólo circunstancias especiales pudieron impulsar á sus moradores de otro tiempo á buscar refugio en ellas. Una de estas viviendas, que constaba de dos pisos, se conoce con el nombre de *Two Story Cliff House*, y contiene varias habitaciones bastante capaces, una de ellas de tres metros de largo por tres y medio de ancho.

Jarro ornamental y muestras decorativas de los habitantes en las rocas

En ellas, tanto las paredes exteriores como las interiores están cubiertas por varias capas de argamasa, las cuales capas parece que fueron extendidas con la mano según las huellas que aún se ven en ellas, algunas tan marcadas que se distinguen perfectamente hasta los poros de la palma.

El enlucido de las paredes, por la parte exterior, tiene el mismo color que las piedras que cercan el edificio, lo que no debe ser obra de la casualidad. También en el cauce seco del río Hovenwep hállanse restos de habitaciones de esta clase. Las que más llaman la atención son unas emplazadas sobre las cavernas naturales de distintas rocas, puestas unas sobre otras en un piso saliente y escarpado. La entrada á las que ocupan el primero y segundo términos es por demás dificultosa y sólo se consigue con la ayuda de unas hendiduras practicadas en la roca para apoyar las manos y los pies, y de las cuales queda hecha mención al describir anteriormente uno de estos edificios. Pero todavía mayores dificultades ofrece salvar la distancia que media entre el segundo y tercer grupo,

pues la meseta en que se hallan asentadas tales viviendas sobresale á gran distancia del paredón de roca.

Sobre las mesetas y el terraplén superior de riscos se encuentran filas de grandes y pequeñas planchas de tierra de asperón, ordenadas por el estilo de los menhirs de Bretaña. Estas planchas circuían grandes y pequeños departamentos, en los cuales, excepción hecha de algunos carbones de encina, nada se ha encontrado que pudiera dar la más ligera idea acerca de su uso. En las vecinas altas rocas se hallan, además, las ruinas de antiguas y redondas atalayas.

Casas construídas en las rocas en el cañón del río Mancos.
Dibujo del natural de R. Cronau

Las ruinas que se ven en el cercano cauce de los ríos Moctezuma y San Juan son asimismo interesantísimas. Entre las de este último sorprenden las de un pueblo entero construído en una inmensa caverna circular, en forma de cimborio, de 65 metros de longitud por 30 de profundidad y 65 de altura. El color de la mole en que está la caverna es rojizo claro en su parte superior y más oscuro en la inferior. La luz amortiguada del interior, en el cual no penetra un rayo de sol; la exuberante vegetación alimentada por el ambiente semihúmedo que reina en aquella altura, y la casi medrosa claridad con que las paredes repercuten los más tenues sonidos dan á estos lugares un aspecto fantástico y sobrenatural.

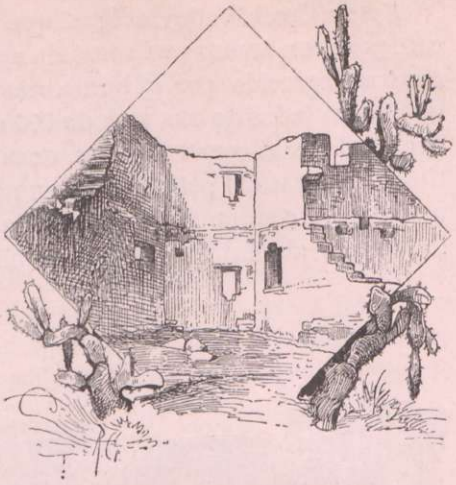
Otra ciudad cavernosa parecida á ésta se encontró en el cauce del río Chelly. Se hallaba asentada sobre una peña perpendicular de 100 metros de elevación, y su longitud y profundidad eran 180 y 13 metros respectivamente. En el centro de dicha ciudad, compuesta por gran número de casas, se hallaba la indispensable estufa. Entre los varios objetos que se encontraron había vasijas y otros utensilios de barro pintado, herramientas de piedra y puntas de flecha de pedernal.

Epsom Creek Valley, al igual que los caños del río que en él desembocan, posee un tesoro verdadero de cavernas, cuyo interior está por completo ennegrecido por el humo ocasionado por el fuego del hogar. En uno de los lados de una roca de 100 metros de altura se ven hasta media docena de estas construcciones, unas sobre otras, emplazadas en las distintas mesetas del peñasco. Por su posición extraña merece mencionarse una atalaya cuadrangular construída sobre la cima de un bloque colosal, punto absolutamente inaccesible. Son varias las ruinas de atalayas

Vasijas mexicanas

semejantes á ésta descubiertas en promontorios y mesetas de las cercanías. Que estos torreones eran un medio defensivo de los habitantes de estas ciudades, se observa en las ruinas de los *holmes* sobre los riscos del río San Juan, á 55 kilómetros de la desembocadura del río Mancos. Allí se extienden, hasta una longitud de 13 metros, grandes paredones de peñas á orillas del río, en los que se ven grandes y pequeñas cavernas que fueron ensanchadas por los *cliff duellers*, que construyeron en ellas sus viviendas. Cuando los habitantes de estas peñas estaban á cubierto de sus enemigos de la llanura por lo muy escarpado de sus paredones, quisieron estarlo asimismo por la parte superior, pues por allí podían descolgarse aquéllos valiéndose de *lazos* unidos unos á otros, y para mayor seguridad construyeron las citadas atalayas, que estaban además reforzadas por su parte exterior por sólidas murallas.

Uno de nuestros grabados (página 77) muestra de qué manera se establecía la comunicación desde la llanura á las rocas por el intermedio de escalas que se retiraban después. Y que todas esas medidas de precaución eran debidas á la proximidad de enemigos poderosos se deduce fácilmente al ver el crecido número de puntas de flechas de sílex que aún se encuentran en las hendiduras de las peñas, que en ocasiones varias fueron teatro de las sangrientas batallas que se veían obligados á sostener los *cliff duellers* contra sus enemigos ávidos de botín.

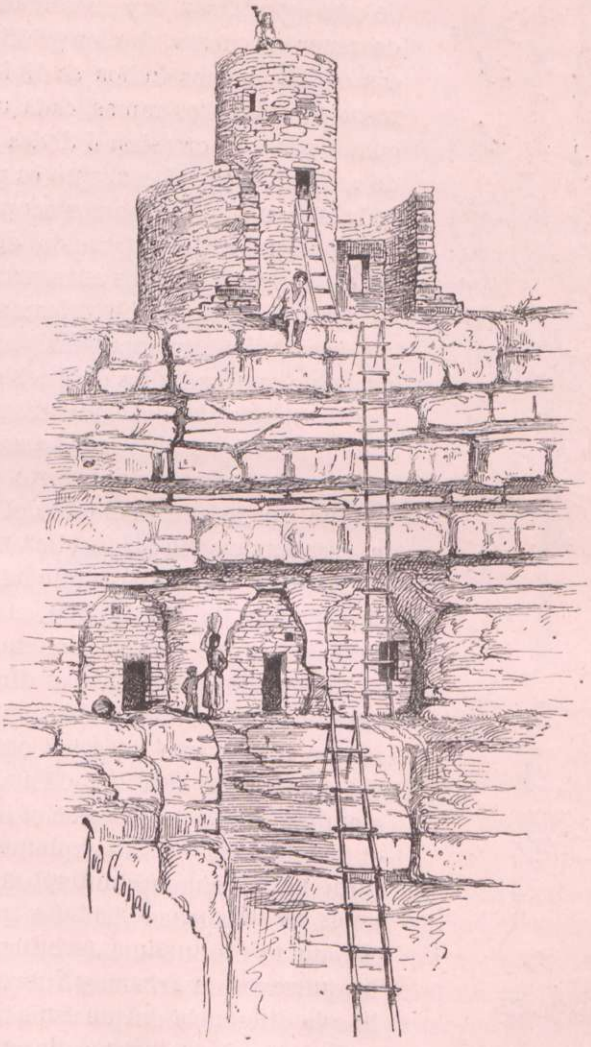


Interior de una vivienda de rocas en el cauce del río Mancos

Los habitantes de Pueblo y los *cliff dwellers* poseían una escritura jeroglífica, cosa ignorada por los moundbuilders, de la cual escritura se encuentran muestras en los valles de los ríos Mancos, San Juan y Gila. De esta escritura se ven algunas de las dichas muestras esculpidas y pintadas en la roca, y en parajes tan inaccesibles, que hay exploradores que suponen que sólo servían de adorno. Pero esto es porque los primitivos habitantes de América sabían, sin duda alguna, expresar mucho con un reducido número de signos y figuras, por cuyo intermedio legaban á sus descendientes el conocimiento exacto de los más importantes acontecimientos de su tiempo, sin que nosotros, que no estamos con tal procedimiento familiarizados, podamos hallar ilación alguna entre tales signos y figuras.

Restos de una atalaya en Epsom Creek Valley

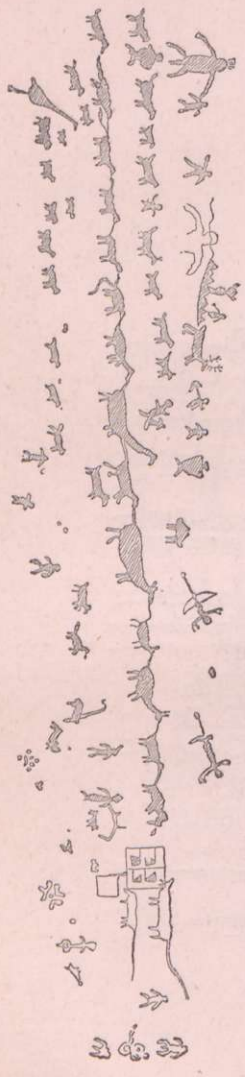
El grabado que damos en la página siguiente, que reproduce una copia de la escritura jeroglífica del hombre prehistórico de América, es por demás interesante y copia exacta de una muestra hallada en los paredones



Una vivienda de rocas en el cañón del río San Juan,
según un boceto de restauración de *holmes*. Dibujo de Rodolfo Cronau

pedregosos del río San Juan, á 55 kilómetros de distancia de la parte baja de la embocadura del río de la Plata. Todas las figuras parecen cinceladas á fuerza de trabajo á un metro de profundidad en la roca viva y representan

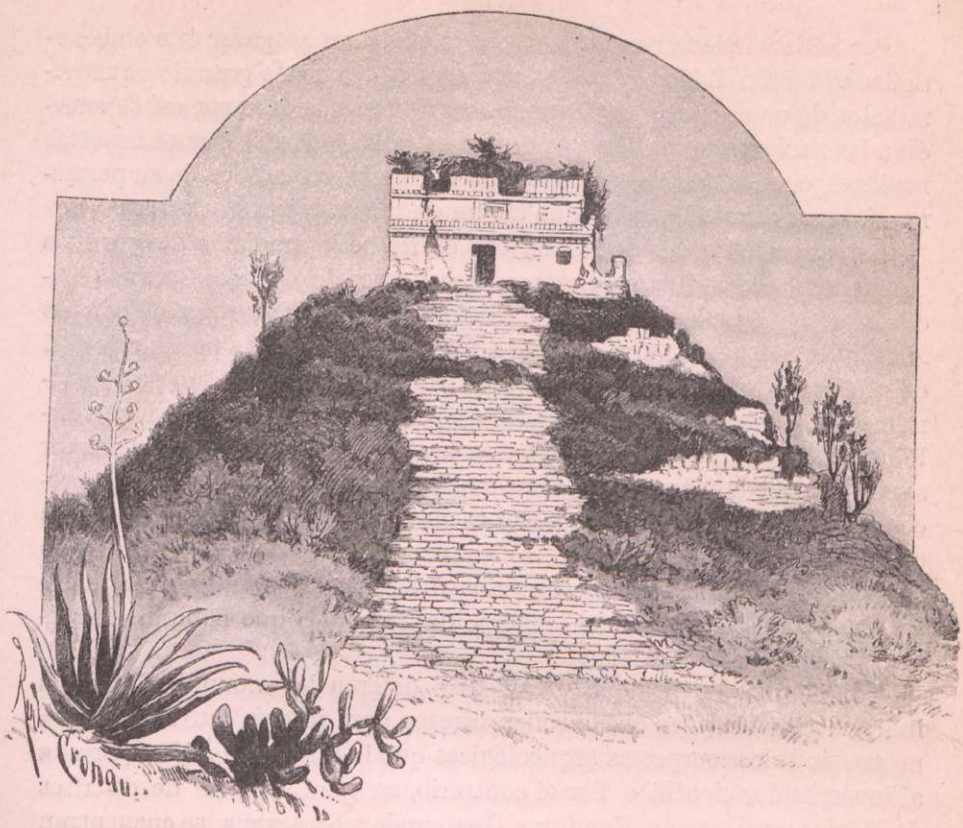
una larga procesión de hombres, animales, aves y figuras extrañas que siguen todas una misma dirección, observándose la circunstancia de que todas las representaciones de animales están unidas entre sí. Para descifrar el significado de esta agrupación hay necesidad ante todo de tener en cuenta que los primitivos troncos de los pueblos indios se dividieron primero en diferentes ramas, cada una de las cuales adoptó por *totem* ó divisa una figura de animal. Y en tal concepto es posible que toda la escultura de que nos ocupamos quiera representar la emigración de varios de estos troncos divididos en ramas distintas.



Escultura de los paredones pedregosos del cañón del río San Juan, en Nuevo México

Está demostrado históricamente que en América hubo numerosas emigraciones y es probable que los indios de Pueblo y los *cliff dwellers*, cansados del combate rudo y continuo que se veían precisados á sostener contra las rapaces tribus del Norte, y al mismo tiempo de las inclemencias del clima y de la escasez de agua, se decidieran á emigrar.

Aunque es indudable que los habitantes de los valles del río Grande, en Nuevo México, de los que nos ocuparemos más adelante, son los descendientes directos de los antiguos indios de Pueblo, igualmente lo es que gran parte de éstos emigraron hacia el Sur. En corroboración de esto, por ejemplo, puede presentarse el hecho de que el teniente Schovatka, explorador del territorio de Alaska, descubriera en los últimos años, en las apenas visitadas montañas del Estado de Chihuahua, cavernas parecidas á las que se ven en Arizona y Nuevo México, con la sola diferencia de que éstas todavía están habitadas. Sus moradores, cuyo número no baja de tres á diez mil almas, son sumamente ariscos, de color bronceado, prestan culto al Sol, y todavía usan como armas la flecha, el arco y el hacha de piedra. Así, sin ningún género de duda puede considerárseles descendientes de aquellos pueblos misteriosos, cuya herencia son las ruinas de las asombrosas construcciones que se contemplan en los hoy desiertos páramos de Arizona, Utah y Nuevo México.



El castillo de Chichen Itza
De una fotografía de Charnay, dibujo de Rodolfo Cronau

LOS ANTIGUOS PUEBLOS CULTOS DE MÉXICO Y DE LA AMÉRICA CENTRAL

En el capítulo anterior supusimos que gran número de los habitantes de Pueblo y de las rocas, cansados de luchar con las inclemencias del clima y la animosidad de sus vecinos, decidiéronse á abandonar sus hogares y emigraron á otras regiones; y por más que de esta emigración no hay noticia alguna en la historia, no faltan datos que la hagan verosímil.

Indudablemente la tendencia de los emigrantes era inclinarse hacia las comarcas del Sur, y es lo más probable que se mezclaran de tal modo con aquellas tribus mexicanas tan idénticas á ellos en idioma y en costumbres, que llegaran á confundirse sus razas, ó bien que fundaran uno de aquellos pueblos que con un nombre por nosotros conocido tan importante papel juegan en la historia de América.

Por hallarse plenamente comprobado, podemos asegurar que en la antigüedad fueron México y la América central teatro de grandiosos movimientos de población, pues á semejanza de las olas del mar, así se sucedían las naciones, expulsándose las unas á las otras. Y casi todas estas naciones, con los rastros más ó menos visibles y extendidos de su permanencia, han dejado leyendas que tratan de remotas emigraciones.

Así, entre las tribus de Nahua era corriente la tradición de que ellas habían arribado en lejanos tiempos procedentes de las Siete Cuevas *(Chicomoztoc)*, que se hallaban en el último extremo Norte, en el país de *Aztlán* (el país de la garza blanca) ó en *Teocolhuacán* (la patria celestial del Colhua). Como patria primitiva de otros pueblos figura un país denominado *Huehue Tlapallán* (viejo terreno rojo), que unos aseguraban hallábase situado hacia el Norte y otros hacia el Sur; pero que con mayor seguridad puede fijarse hacia el primer punto, en atención á que la procedencia de varios de estos pueblos es de allí y al parentesco que existe entre el idioma de los diversos troncos constitutivos de la gran familia de los sonoras y nahuas. Este parentesco ó afinidad del antiguo nahuatlo hállase aún al presente en el lenguaje de los indios que habitan en Pueblo, Nuevo México y Arizona.

Y si bien las huellas que de su paso dejaron los moundbuilders, los indios de Pueblo y los cliff dwellers ofrecen gran interés, esto no obstante no son las únicas sorpresas arqueológicas que la América del Norte brinda al investigador científico. Por el contrario, en gran número de distritos de México, en Yucatán, Honduras, Guatemala y Nicaragua, se encuentran ruinas que, así en dimensiones como en belleza arquitectónica, pueden ventajosamente competir con las tan celebradas de la orgullosa Tebas y la magnífica Persépolis, hallándose en muy contadas regiones del Viejo Mundo algunas que puedan á ellas compararse.

Son los restos de ciudades sin nombre, de reinos y de pueblos ya extintos que florecieron muchísimo antes del arribo á América de los primeros conquistadores españoles, y acerca de cuyo desarrollo y decadencia puede la historia ilustrarnos muy poco. Un espeso velo cubre estas preciosas ruinas ocultas en los bosques vírgenes, que apenas conocen más seres que las fieras que los habitan.

Cada diez ó más años suele acontecer que algún explorador, sediento de ciencia, busque los caminos y senderos apenas transitables de aquellos lugares para después describir su magnificencia en gruesos volúmenes.

Algunas de dichas ruinas fueron conocidas por los conquistadores, los cuales hicieron poco aprecio de ellas, sin entretenerse siquiera en descifrar los históricos jeroglíficos, preocupados únicamente en satisfacer la

sed de oro que les dominaba, por cuya causa son muy vagas las noticias que acerca de las tales ruinas nos han dejado.

Sólo á los exploradores del presente siglo hales sido dado descubrir y levantar del polvo de las pasadas edades en que yacían sepultadas estas maravillas del hombre prehistórico.

El hallazgo de una de las más hermosas y magníficas de estas ruinas fué debido á la casualidad. Volvía el doctor Lewis Mitchel, médico del hospital del Puerto de Sisal, de una expedición á Sierra Marina de Yucatán, en la noche del 1.° de noviembre de 1828, noche muy lluviosa por cierto, y buscando un refugio para guarecerse del aguacero fué conducido por un indio á un antiguo templo pagano situado en la parte más interna del espeso bosque virgen. No bien hubieron llegado, descubrió el doctor, al rojizo resplandor de la hoguera del campamento, sobre el quicio de la puerta del edificio, una fila de extraños arabescos, que solicitaron su atención de un modo tal, que con el objeto de reconocer el interior del templo se hizo, con tiras de papel y algunas teas, dos pequeñas antorchas, á cuya luz pudo realizarlo. Al efecto, pudo observar que los muros estaban totalmente cubiertos de telarañas, y procedió al momento á hacerlas desaparecer; y esto conseguido, vió aparecer tres filas de adornos simétricamente esculpidos, los cuales adornos, que se corrían por la pared, iban á encontrarse sobre los huecos de puertas y ventanas. Encima de la entrada principal había una losa de piedra con caprichosos y raros bajos relieves y símbolos sumamente irregulares para servir de adorno, por lo que se comprende que debieran ser jeroglíficos. Al amanecer, revolviendo el citado doctor un montón de piedras que había detrás del templo, tropezó con el dorso de una pequeña estatua.

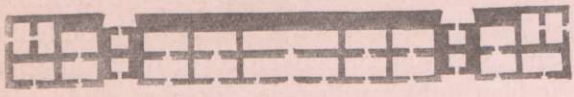
Algún tiempo después, y previa una gratificación, condujo el indio á Lewis Mitchel, á través de los terrenos incultos del río Macoba, y por senderos desconocidos, hasta un chaparral donde, según el indígena aseguraba, había una legua cuadrada de tierra cubierta de edificios antiguos semejantes á aquel que tanto había despertado el interés del doctor. Al tercer día de viaje llegaron á una especie de nueva Pompeya, casi cubierta por el bosque y cuya extensión sobrepujó en tanto á las esperanzas del explorador, que se decidió á volver inmediatamente á Sisal y Campeche con la noticia de su descubrimiento.

Las ruinas que había descubierto eran las de Uxmal, aquella maravillosa ciudad de los palacios que, á no ser por la lluviosa noche del 1.° de noviembre, hubiera probablemente permanecido oculta é ignorada quizá durante siglos entre la espesura del bosque virgen que por todas partes la envolvía.

A poco de este descubrimiento, llegó el pintor barón de Waldeck á

Yucatán, y á él hay que agradecer las primeras descripciones de Uxmal. A éste sucedieron los americanos Stephens y Catewood, Normán, Charnay, Brasseur de Bourbourg, Plongeón, Squier, Carlos Scherzer, Boyle y otros, que así en una como en otra parte de las inmensas selvas vírgenes de la América central encontraron ciudades grandiosas derruídas.

Esto no obstante, hasta la época presente apenas si se han descubierto más que fragmentos de tales ciudades, y sólo con el tiempo y paulatinamente se logrará ir ensanchando el círculo de estos hallazgos, pues es indudable que deben hallarse aún gran número de ruinas ocultas á la vista por el eterno verdor de los bosques.



Plano de la Casa del Gobernador, en las ruinas de Uxmal

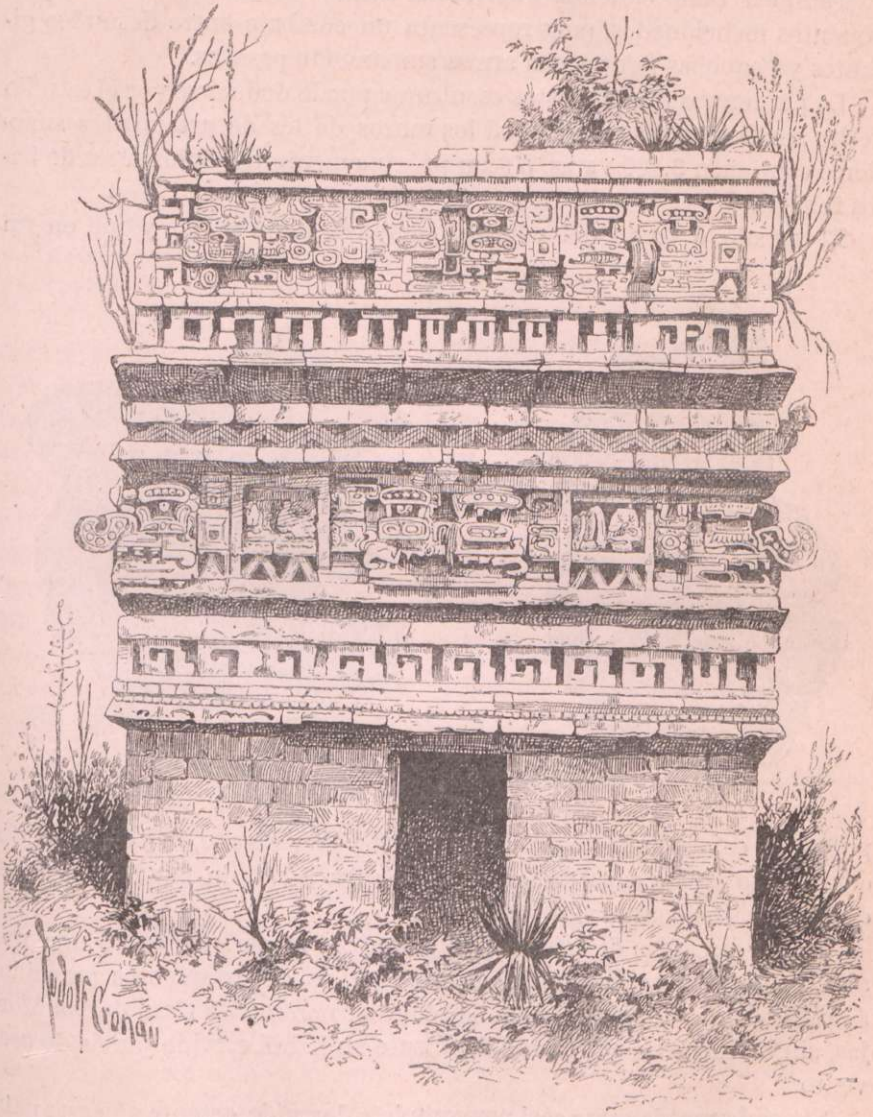
La comarca que posee mayor riqueza de este género de ruinas es indudablemente el Yucatán, especie de Egipto del Nuevo Mundo, pues hasta hoy se han hallado allí más de cuarenta ciudades de extensión considerable y que con fundado derecho pueden figurar entre las maravillas de América, como son las ruinas de Uxmal, Habá, Labná, Mayapán, Izamal, Aké; Mérida, Kabah y Chichen Itza, que entre ellas se hallan.

Las ruinas de Uxmal son las más importantes, no sólo por su extensión, sino porque son las más visitadas y en las que se han llevado á efecto mayor número de reconocimientos. Entre los edificios que contiene, el más notable es la Casa del Gobernador, así llamada por los españoles, que se yergue sobre una triple y altísima terraza. Con sus columnas semejantes á rocas y sus concavidades parecidas á grutas, la casa en cuestión mide 116 metros de largo por 13 de ancho y ocho de alto. Las paredes, hechas de piedras labradas con regularidad y unidas por medio de arcilla, carecen hasta el comedio de su altura de toda clase de ornamentación; pero desde tal punto hasta el total de su elevación los cuatro ángulos del palacio se hallan cubiertos de miles de esculturas representando cabezas humanas, pájaros fabulosos, cuadrúpedos, y los más diversos adornos.

Nada menos que once puertas dan acceso al interior del edificio, dos de ellas practicadas en los dos ángulos más estrechos de la fachada principal. El palacio, según puede verse en el plano, se componía, además, de gran número de departamentos de iguales dimensiones, y de otros dos mayores, que medían 20 metros de longitud por tres ó cuatro de profundidad.

Los pórticos bajos se hallan en su mayoría convertidos en escombros; pero en cambio los altos ofrecen mayor interés con sus galerías descubiertas en guisa de balcones y sus balaustradas cuajadas de bajos relieves

que, aunque de ejecución poco correcta, presentan agradable conjunto. Entre los dichos altos pórticos se ven largas filas de guerreros armados



Ala izquierda de la Casa de las Monjas, en Chichen Itza
De una fotografía de Charnay. —Dibujo de Rodolfo Cronau

de modos distintos, alternando con grupos de animales, estrellas y cabezas humanas. En una de las fachadas principales se ve un guerrero que pasa sobre una fila de cuerpos tendidos en el suelo, y en otra un grupo

de figuras mutiladas, grupo que indudablemente representa algunos combatientes de vuelta de una batalla.

También tiene carácter guerrero el empedrado de uno de los departamentos mencionados, pues representa un combate entre desnudos gigantes y pequeñas figuras con armas sumamente pesadas.

Lo numerosas que son estas esculturas puede deducirse por el estudio hecho por Devegas, según el cual los muros de los departamentos superiores contienen 3.400 varas, ó sean próximamente dos kilómetros de bajos relieves.

El terrado ó techo del edificio, completamente plano, y que en un

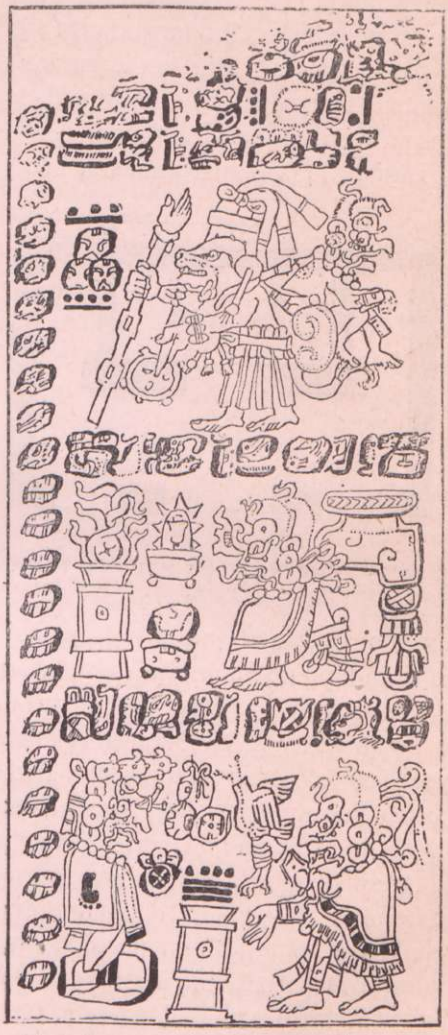
Esculturas de Yucatán

principio estaba cubierto de una especie de cemento, hállase en el día oculto bajo espesa capa de follaje, verdadera selva de fantásticas flores de los trópicos, matorrales y arbustos.

En las cercanías de este edificio magnífico álzase otro sobre una meseta, y al que, á consecuencia de los muchos departamentos parecidos á celdas que le constituyen, se ha dado el nombre de Casa de las Monjas, sin embargo de que indudablemente no habrá servido jamás de convento.

Sin embargo de estar casi por completo derruído, ostenta aún este palacio, que consta de cuatro cuerpos, 87 grandes cámaras y 50 pequeñas, además de algunas interminables galerías, corredores y sótanos. Estos cuatro cuerpos constituyen un ancho patio, y todas las paredes, balaustradas, rotondas, puertas y ventanas que á él dan se hallan cubiertas por multitud verdaderamente asombrosa de esculturas, algunas tan gro-

tescas ó de apariencia tan mundana que parecen esculpidas por el diabólico cincel de algún artífice de la *escuela infernal*. Allí se hallan en revuelta confusión ídolos, cenefas de trabajo primoroso, rosetones, cuadraditos, etc.; las paredes están adornadas, además, con pinturas de colores chillones, y los suelos con mosaicos de tonos distintos, todo ello con tal prodigalidad, que creemos fundada la opinión pública que afirma que los constructores de la Casa de las Monjas invirtieron en su edificación los tesoros de un reino poderoso.



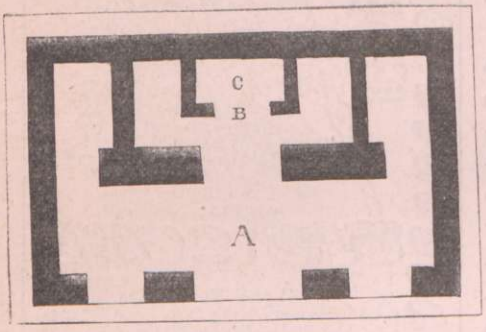
Copia de una página del manuscrito maya existente en la Real Biblioteca de Dresde

Un arquitecto mexicano ha tasado el importe de un edificio semejante, si hubiera que construirlo en la actualidad, sin contar el valor del material, en cinco millones de thalers (un thaler equivale á 3,75 pesetas próximamente), lo cual no debe maravillarnos si se tiene en cuenta que las esculturas de algunos de los departamentos mayores ocuparían á un escultor por espacio de medio año.

A un kilómetro poco más ó menos de este palacio, y sobre un promontorio artificial de 30 metros de altura cercado de piedras, se halla la Casa del Enano. Consta de dos cuerpos de edificio separados, uno de los cuales, en forma de galería, empieza á 17 metros de altura del dicho promontorio y llega hasta la base del edificio superior que corona éste. La fachada principal del inferior representa un monstruo mitad hombre mitad animal. La anchurosa puerta de entrada figura la boca y los barrotes los dientes; encima de éstos se distinguen aún los ojos; la nariz ha desaparecido por la acción destructora del tiempo. También las paredes de este edificio se hallan profusa y ricamente

adornadas con esculturas. El viajero Félix Oswald hace mención de un gigante que tiene cuatro brazos y una cabeza descomunal. Dos de dichos brazos se apoyan en las caderas, y los otros dos están extendidos como echando bendiciones. El cuerpo se halla rodeado por una especie de corsé que recuerda la coraza escamosa del aligátor. Sobre esta figura se ve otra que representa medio dorso de un adolescente con una corona puntiaguda en la cabeza y que en derredor de las caderas lleva una sarta de cuentas. Ambos brazos están mutilados por el codo, y parece que en otro tiempo sostuvieron un estandarte.

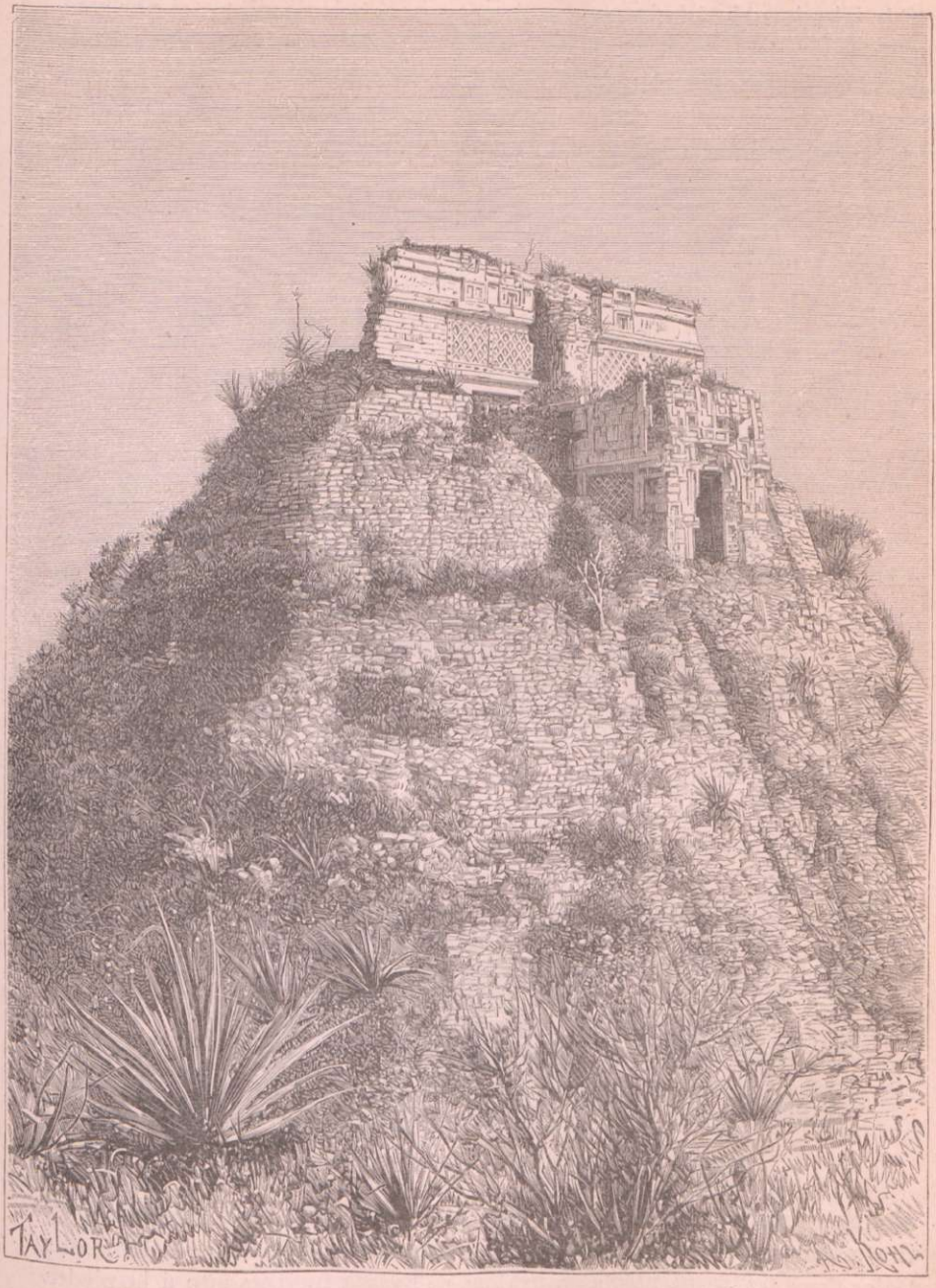
Dignas de la mayor atención son igualmente algunas figuras representando cabezas de animales, cuyas largas trompas, colgantes orejas y pequeños ojos se parecen á las del elefante, por más que no se observa indicio alguno de colmillos. Como está plenamente probado que á excepción del mammuth de los tiempos prehistóricos no ha existido el elefante en América, la aparición de tales cabezas ha dado lugar á mil teorías y versiones contradictorias, y los que sostienen que la cultura del antiguo pueblo mexicano procede de la India ó de Siam, aprovechan semejante aparición en defensa de su teoría. Las tales cabezas, juntamente con otras halladas en distintos lugares, y que afectan igualmente la misma forma que las dichas, como también las ya descritas pipas de barro de los moundbuilders, constituyen uno de los muchos jeroglíficos que salen al paso del arqueólogo al recorrer la historia de la América primitiva.



Cimiento piramidal del templo de la Cruz, en Palenque
A. Corredor. – *B*. Entrada. – *C*. Base de la cruz

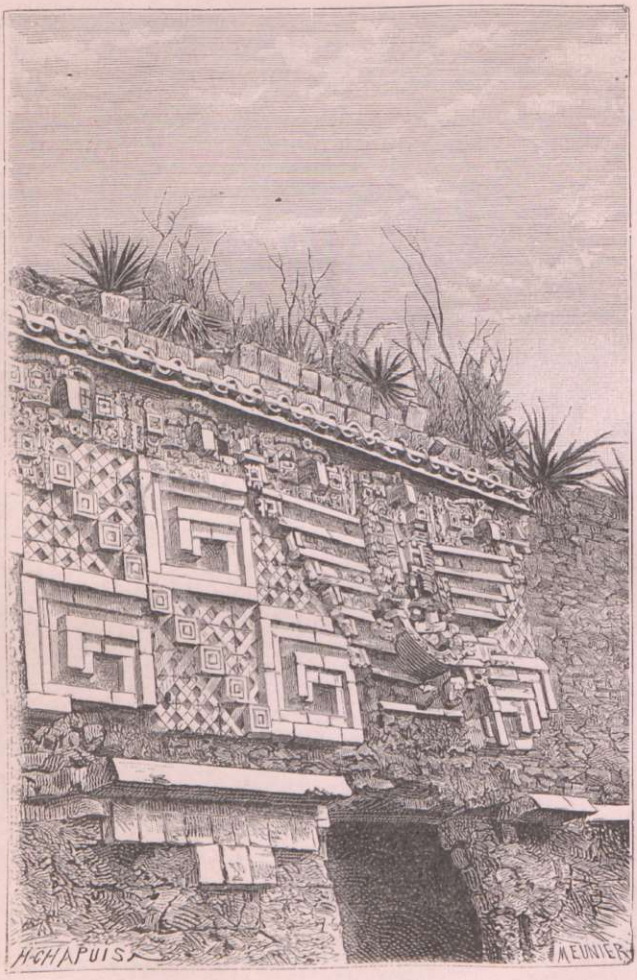
Además de estos curiosos restos cuenta Uxmal con numerosas ruinas, entre ellas el Palomar, edificio grande pero nada artístico que debe su nombre al gran número de aberturas que tiene el antemuro, y que sin duda estaba destinado á albergue de guerreros ó servidores de palacio. También merece mencionarse la Casa de las Tortugas, así denominada por una fila de estos crustáceos que hay esculpidos en la cornisa. No lejos de ésta se levantan dos construcciones de 40 metros de largo por 10 de ancho, y que al parecer se hallaban rodeadas en otro tiempo por una serpiente colosal de piedra.

La mayoría de los palacios y templos de Uxmal están tan destrozados y cubiertos de maleza que es imposible sacar copia de ellos. Un indescrip-



La Casa del Enano, en Uxmal (de fotografía)

tible laberinto de árboles, raíces, lianas y musgo los oculta casi por completo y contribuye á su total destrucción. Esta destrucción ocasionada por la exuberante vegetación tropical es tan evidente y abarca tanto terreno, que dentro de algunos centenares de años todos los edificios que aún se conservan se habrán convertido en escombros y polvo. Allí donde hay

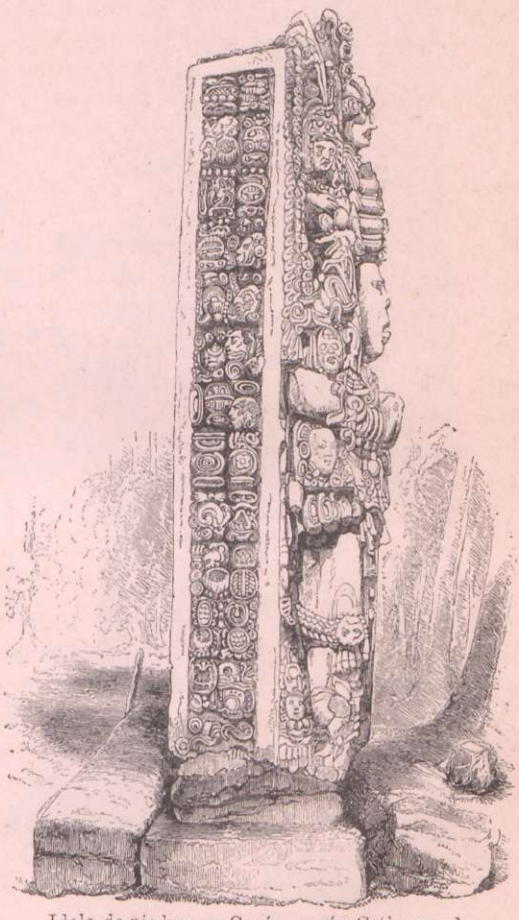


Detalle de la Casa del Gobernador, en Uxmal (de fotografía)

alguna grieta ó hendidura en la roca, por los huecos de las ventanas, en una palabra, por cualquier rendija ó intersticio, introduce la liana sus tallos flexibles, trepa por las murallas, se agarra fuertemente á la piedra y enroscándose cual enorme serpiente, quebranta y saca de quicio en el transcurso del tiempo hasta las rocas más pesadas. Semejante obra des-

tructora es imposible impedirla, porque la naturaleza de los trópicos es mucho más poderosa que el hombre, y se propaga con tanta rapidez y potencia que los esfuerzos de éste resultan de todo punto inútiles para atajarla.

Esta lujuriosa vegetación ha motivado también la casi total desaparición de las ruinas de Kabay, situadas al Sur de Uxmal, pues casi todos los edificios que las constituyen se hallan sepultados bajo el eterno césped de los bosques, hasta el extremo de que no pueden apreciarse hoy día ni las dimensiones ni la extensión de la ciudad. No cabe duda que Kabay fué en tiempos remotos población de gran importancia, pues contaba con numerosas terrazas, pirámides, arcos de triunfo, templos y suntuosos palacios. De ella solamente ha sido descubierta una parte hasta ahora, y es muy posible que todavía existan restos en gran número bajo la enmarañada y tupida red de las plantas trepadoras.



Idolo de piedra, en Copán, según Catherwood

La fachada de uno de los palacios mejor conservados está recargada con tal profusión de adornos esculpidos en la piedra, que los rasgos arquitectónicos del edificio desaparecen bajo ellos. Todas las paredes de los salones estaban adornadas con figuras é inscripciones, según puede apreciarse por los vestigios que en algunas partes restan. Dichos adornos se repetían probablemente en la parte exterior del palacio, donde resaltaban aún más á causa de los vivos colores con que están pintados. Stepens, al cual debemos la primera descripción de estas ruinas interesantísimas, celebra con frase levantada la belleza de esta antigua ornamentación india. Al Norte

de Uxmal se hallan las derruídas ciudades de Aké, Mayapán, Izamal y Mérida, todas ellas ricas en interesantes monumentos prehistóricos. En Aké é Izamal hay muchas majestuosas pirámides.

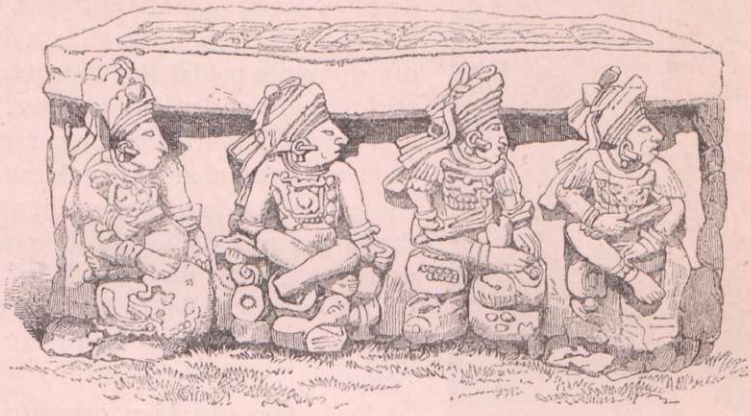
La pirámide constituye la base de toda la arquitectura de la América central, manifestándose, sobre todo, en las construcciones religiosas, al contrario de lo que sucede al presente, que donde menos se emplea es en los palacios. Los teocallies ó templos tienen siempre forma de altares de elevadísima altura, y son generalmente pirámides cuadriláteras, orientadas con toda precisión hacia los cuatro puntos cardinales, y en cuya cúspide, perfectamente plana, se encuentran á menudo emplazadas otras diversas construcciones, que se elevan sobre sencillos planos inclinados, ó bien sobre varias grandes mesetas en forma de terraza. A la plataforma superior dan acceso, por uno ó varios lados, unas escaleras anchas sumamente pendientes y que en algunos casos suben en ziszás de una á otra meseta. En derredor de los teocallies se hallaban las viviendas de los sacerdotes, como igualmente otros departamentos necesarios para el culto de sus dioses.

Idolo de piedra, en Copán, según Catherwood

Entre las pirámides de Izamal se encuentra una de 220 metros de circunferencia llamada *Kinih Kakmo* (La Casa del Sol rodeada de rayos de fuego), que es la más importante de todas, y á la que aún en tiempo de la conquista llevaban los indígenas ofrendas y sacrificios; y en ella se reunían cuando se sentían más

oprimidos para escuchar de labios del sacerdote la voluntad de los dioses.

Al Sur de esta pirámide, sobre un alto promontorio artificial, se levanta la Casa del Sacerdote; al Oeste, por el contrario, encima de una alta pirámide, el templo de Izamnas, ó sea del gran fundador del antiguo reino de Mayar. Este sacerdote era conocido con diferentes sobrenombres, tales como *Mano milagrosa, el Fuerte, el cacique Manilargo,* y á él acudían los enfermos y los ancianos para que los sanase y rejuveneciese con el solo contacto de su mano. Desde el templo hasta Tabasco, Chiapas y Guatemala conducían hermosos caminos, anchos de siete á ocho metros, pues hasta de tan apartadas comarcas iban en peregrinación los enfermos en busca de remedio á sus dolencias.



Altar de sacrificios, en Copán, según Catherwood

Al Oeste de la gran pirámide hay otra, en cuya cima estaba situado el palacio *Hunpictoks* (el jefe que tiene á sus órdenes 8.000 flecheros). Al pie de esta pirámide se veían dos cabezas enormísimas, una de dos y medio y la otra de más de cuatro metros de altura. Un grado al Este de Uxmal se halla otra ciudad maravillosa, Chichen Itza, campo inmenso de escombros en la actualidad. Indudablemente, Chichen Itza y Mayapán eran la antigua capital y uno de los centros del reino de Mayar, pues así lo demuestran las dimensiones y el número de los mismos templos y palacios que allí se ven, y que compiten en suntuosidad y ornamentación con los de Uxmal.

Sobre todo merece mencionarse el Palacio de las Monjas, macizo edificio que mide once metros de elevación y que tiene alguna semejanza con la Casa de las Monjas, de Uxmal. Una ancha escalera da acceso á este palacio ricamente ornamentado, en cuyo interior se encuentra una sala de 15,50 metros de largo, adornada con figuras humanas que ostentan co-

ronas de plumas en la cabeza. La fachada del edificio ofrece dos órdenes distintos de ornamentación de exquisito gusto artístico. Sobre la mitad de la altura de la puerta se ve una hornacina circular en cuyo hueco se guardan los restos de una figura sentada. Los demás adornos llevan impreso el sello característico de todas estas antiguas construcciones americanas. Las plantas tropicales crecen sobre el techo y guarnecen la cornisa del mismo con un fleco verde, dando al palacio un aspecto bellísimo.

Fragmento de un bajo relieve encontrado en Santa Lucía de Cozumalhuapa, existente en el Museo de Instrucción pública de Berlín (dibujo del natural por R. Cronau

También resulta muy pintoresco un edificio circular de siete metros de circunferencia, levantado, como la mayoría de estas construcciones antiguas, sobre una doble terraza. La escalinata de piedra, de veinte peldaños y 150 metros de ancho, que une las dos terrazas, tiene una barandilla formada con cuerpos de serpientes estrechamente enlazados. El edificio consta de una torre circular rodeada por una doble fila de estrechos corredores, y sin duda sirvió, al igual de las estufas de los indios de Pueblo, para la celebración de las prácticas religiosas.

Perfectamente bien conservado se halla el palacio denominado *Chian Chob* (La Casa Encarnada), edificio cuadrado construído sobre una meseta, en el que tres puertas conducen á un largo pasillo que da acceso á otras tantas salas. Sobre las puertas, y prolongándose en toda la longitud de este pasillo ó corredor, que da la vuelta al edificio, hay una inscripción jeroglífica que hasta el día nadie ha conseguido descifrar.

Sobre otra terraza que mide 25 metros de altitud por 65 de ancho y 67 de largo, se distingue á lo lejos, detrás de la llanura, un templo que bautizaron los españoles con el nombre de El Castillo (véase el grabado de la pág. 79), y al cual se sube por una escalera de noventa peldaños y de 13 metros de elevación. Sus barandillas las forman dos serpientes monstruosas que, prolongándose hasta lo más alto,

al llegar al final de la escalera dejan colgar sus horribles cabezas, que sobresalen á bastante distancia de la barandilla, y con sus fauces abiertas, de las que salen sus lenguas viperinas, parece como que amenazan al intruso que se atreva á turbar el silencio sepulcral que las rodea. Las partes Este y Oeste del edificio no tienen otro adorno que dos magníficas cornisas, mientras que la fachada principal, que mira al Norte, ostenta una hermosa entrada cuyas partes laterales las constituyen dos columnas recargadas de esculturas. Por esta puerta se llega á una galería que conduce á un vasto departamento, cuyo techo está sostenido por dos pilares que rematan en capiteles cuadrados.

Todos los demás pilares que contiene este edificio están cubiertos de esculturas representando hombres barbudos engalanados con coronas de plumas, pendientes, collares de perlas, brazaletes y ajorcas en los tobillos y brazos. Estas figuras se reproducen igualmente en otros edificios de Chichen Itza, donde se ven guerreros armados, sacerdotes cargados de ofrendas que arrastran largos mantos y que ostentan extraños adornos en la cabeza. Gran número de estas esculturas están pintadas también en las paredes con colores negro, rojo, verde, azul, amarillo y blanco.

La impresión que produce la vista de esta maravillosa ciudad derruída en el centro del despoblado inmenso es tan grande, que no es de extrañar que los primeros exploradores se quedasen mudos de asombro al contemplarlas, y que necesitasen que pasaran algunas horas para reponerse lo suficiente para, con sereno juicio, poder darse cuenta de tales y tantas maravillas. «Asombro y silencio están aquí en su puesto, dice Normán; hablar me hubiera parecido una profanación. Una aparición celestial no hubiese podido causarme mayor impresión que estos imponentes monumentos, estos sepulcros sagrados de una civilización desaparecida, sobre la que se extiende el silencio de las tumbas.» Las noticias históricas que tenemos respecto de estas ruinosas ciudades de Yucatán son por demás deficientes. Tan sólo sabemos que esta península fué tomada por los mayas muchos siglos antes de la invasión española, y que estos pueblos (los mayas), divididos en diferentes estirpes, siempre en guerra unas con otras, como igualmente con las tribus vecinas de los nahuas y aztecas, por pretender unos y otros ejercer la soberanía en el país, perecieron en los combates que con tal objeto sostenían.

Acerca de estos combates no faltan datos; pero son tan contradictorios y legendarios que creemos no se obtendrán resultados positivos hasta que se haya investigado más profundamente la historia de aquellas regiones. Está demostrado históricamente que á mediados del siglo XV el soberano de Mayapán, secundado por guerreros aztecas que había llamado en su auxilio, sometió toda la península de Yucatán, y des-

pués de destruir las ciudades de Uxmal, Kabah y Labna obligó á los caciques de ellas á servir como vasallos en su corte. Algunos años después fué vencido y desterrado este soberano por las diferentes tribus de las montañas, aliadas contra él, y devastada su residencia. A los caciques de Uxmal, Kabah y Labna se les permitió volver á sus respectivas ciudades, en donde levantaron magníficos templos y palacios en celebración de haber recobrado su perdida libertad.

Cuando llegaron á Yucatán los españoles de la conquista, ya estaban convertidas en ruinas la mayor parte de estas ciudades, y las muy pocas que aún se hallaban habitadas tardaron poco tiempo en derrumbarse, sin que haya podido averiguarse la verdadera causa de semejante decadencia.

De los escritos de algunos cronistas españoles se deduce que todavía en los siglos XVI y XVII llevaban los indios á los ruinosos templos ofrendas de toda clase para sus dioses, á los que incensaban con copal quemado. Los actuales indígenas de Yucatán, descendientes de los mayas, apenas si tienen una idea confusa de quiénes fueron los que construyeron aquellas ciudades maravillosas ni cuáles fueron sus moradores, pues no conservan ninguna tradición de tan lejanas épocas, y si antes tenían alguna, desapareció durante la dominación española, hasta el extremo de no hallarse el más ligero recuerdo que enlace el pasado con el presente.

Los individuos de los pueblos mayas de Yucatán eran inteligentes, bien conformados y de franca y expresiva fisonomía. Se gobernaban por el régimen monárquico y se dividían en nobles, sacerdotes, industriales y esclavos. El país era común de todos, pero los reyes, los nobles y los sacerdotes se habían apropiado la mejor parte, y sacaban todo el partido posible del pueblo oprimiéndole duramente. Los terrenos correspondientes al pueblo eran bienes también comunes, y por lo tanto cada individuo podía labrar por sí mismo un trozo de tierra y aprovecharse de sus frutos.

Los industriales sabían fabricar primorosos utensilios, aderezos y armas; algunos eran habilísimos en la construcción de vasijas y otros objetos de barro cocido, y otros por fin modelaban figuras mitológicas y profanas, ídolos de madera, piedra y barro, y hasta retratos de personas de las distintas clases en que estaba dividida aquella primitiva sociedad, los cuales retratos estaban hechos con gran verdad de detalles y son en la actualidad por demás importantes, no sólo para el estudio de la indumentaria sí que también para adquirir exacto conocimiento acerca del tatuaje, costumbre tan generalizada en los pueblos mayas. El traje del pueblo bajo consistía sólo en un taparrabos, y los nobles usaban túnica y

manto de colores chillones y se adornaban las orejas, la nariz y los labios con piedras preciosas. La costumbre de aplanar la región frontal del cráneo parece que era exclusiva de los nobles y sacerdotes.

En tiempo de guerra, los que en ella tomaban parte se pintarrajeaban todo el cuerpo con diversos dibujos de vivos colores, y esto, juntamente

Bajos relieves á la entrada del templo de la Cruz, en Palenque

con los grotescos adornos de plumas y algodón en rama con que cubrían la cabeza, les daba apariencia feroz y salvaje. Las campañas eran de poca duración, pero muy sangrientas, y concluían generalmente con el total exterminio del vencido y la devastación completa de sus plazas y ciudades.

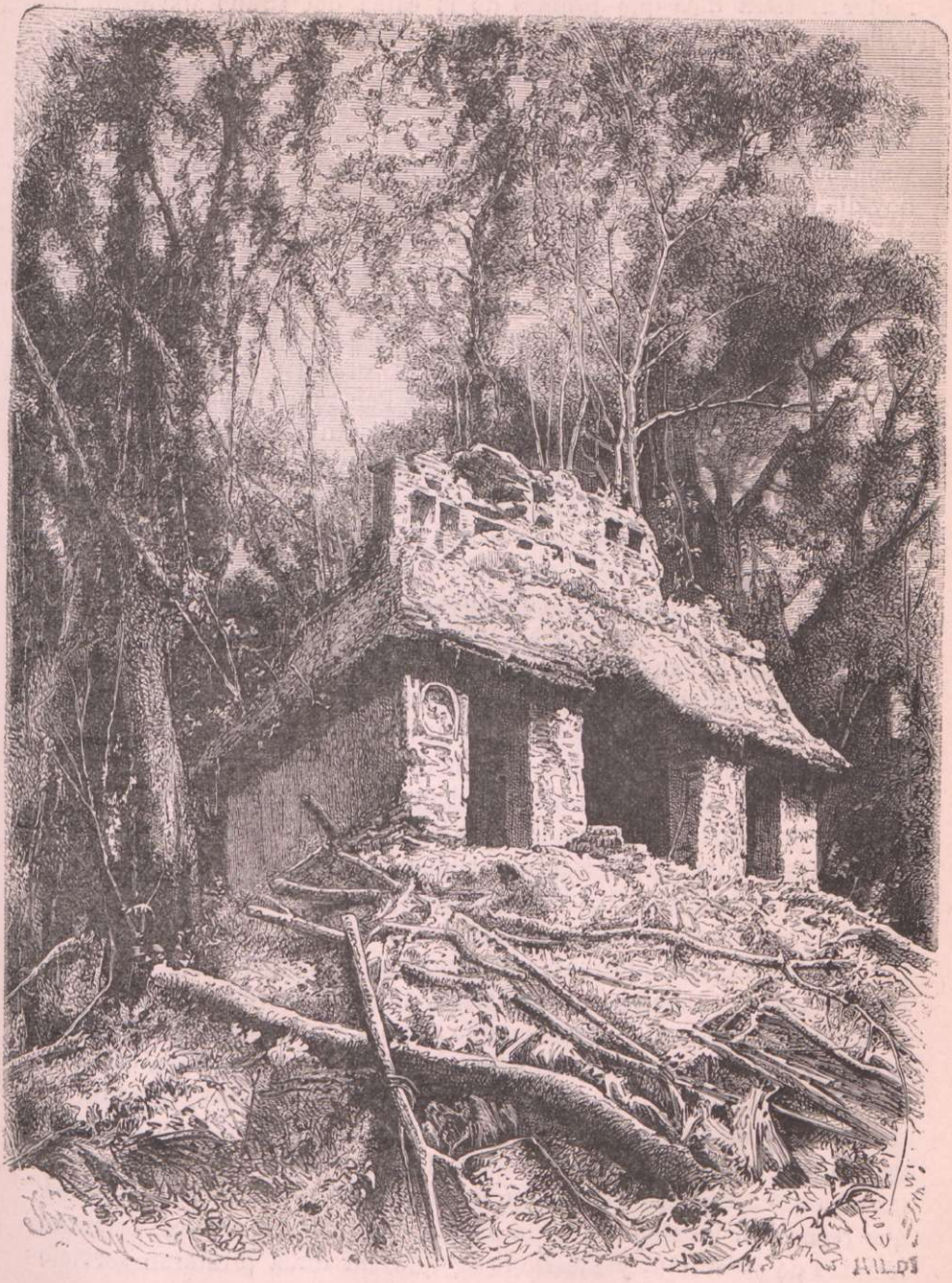
Lo que hace superiores á los mayas comparados con los mound.

builders, cliff dwellers y habitantes de Pueblo, es la circunstancia de que tenían un sistema de escritura jeroglífica muy desarrollado, por medio de la cual consignaban los hechos más salientes, que hoy constituyen su historia, como también gran número de observaciones de diversos ór-

Grupo de la Cruz, en el templo del mismo nombre en Palenque (de fotografía)

denes, rezos, ceremonias, y hasta su calendario. Esta escritura jeroglífica fué con el tiempo sustituída y abreviada por otra de letras; pero hasta el presente no se ha podido apreciar la semejanza que pudiera tener con una verdadera escritura, pues ha sido imposible descifrar las inscripciones y códices que se conservan.

Estas obras de escritura debían de ser muy numerosas, pues el histo-



El templo del Sol, en Palenque (de fotografía)

riador Herrera dice que después de la caída del tirano Mayapán, los caciques de Uxmal, Labna, Kabah y otras ciudades se llevaron todos los libros que hallaron á mano. Desgraciadamente, todos aquellos libros fueron quemados por los fanáticos frailes españoles, que pretendían borrar por la fuerza, de la mente de los indígenas, hasta el recuerdo del pasado, y sólo se han conservado cuatro manuscritos, que son los que constituyen hoy día uno de los más valiosos tesoros de las Bibliotecas de Dresde, París y Madrid (1). El grabado de la pág. 85 representa una página de las treinta y nueve de que consta un códice que existe en la Biblioteca Real de Dresde. Las hojas son de corteza de árbol y la mayoría están escritas por ambas caras é ilustradas con figuras, sobre las cuales figuras se ha dado un barniz muy transparente.

Las célebres ruinas de las ciudades de Palenque, Copán y Quirigua datan de los primitivos pueblos toleicos, y están tan ocultas en los laberínticos bosques de Chiapas y Guatemala, que los españoles mandados por Cortés pasaron muy cerca de Palenque sin advertir la presencia de tan interesantísimos documentos. Un inconmensurable bosque virgen cubre hacia el Sur la mitad de la península de Yucatán, extendiéndose sobre Guatemala hasta el cabo de Honduras. En esta selva casi desconocida sólo han logrado penetrar algunos pocos exploradores, y por ellos se sabe que deben hallarse aún restos de majestuosas ciudades en el interior de la selva, donde hace muchos siglos que no ha pisado humana planta.

Con indecible trabajo y gastando un verdadero tesoro fué posible abrir camino hasta esas ruinas por medio del espeso bosque de vegetación tropical, y el mismo inmenso trabajo costó dejar al descubierto los edificios principales, despojándolos de las innumerables plantas trepadoras y musgo que los cubrían é impedían poderse hacer cargo de sus rasgos arquitectónicos. Las indispensables terrazas, peculiares á todas las antiguas construcciones americanas, también se encuentran aquí. Por ejemplo, la pirámide que sirve de cimiento al llamado Gran Palacio de Palenque mide 13 metros de elevación y 103 de largo en su base por 85 de ancho. Este grandioso edificio, que camina á su ruina total á paso de carga, es un verdadero laberinto de casas grandes y pequeñas, con hermosas galerías, corredores de columnatas, pórticos, patios y magníficas escaleras. Al estudiarlo se comprende que fué construído en distintas épocas y consagrado á diferentes usos. Muchas de las galerías están engalanadas con ornamentos de estuco, figuras y medallones, y estos últimos, que recuerdan los tiempos de la arquitectura churrigueresca, ostentan retratos de sacerdotes y sacerdotisas, que sin duda prestaron servicio

(1) Herrera, *Década IV*, lib. X, cap. II.

en el citado templo, y al cual edificio calificó Charnay de antiguo santuario indio. Hay algunas figuras de sacerdotes que miden cuatro metros de alto, trabajadas en grandes losas de piedra, en los edificios pertenecientes al gran patio central, todas ellas adornadas con mitras, taparrabos y ricas y costosas joyas. No cabe duda que Palenque era un lugar sagrado al que acudían los magnates de los pueblos toltekios con ofrendas á los dioses para elevarles templos, ó bien para dormir el sueño postrero á la sombra del santuario. Tal se deduce, no sólo por el crecido número de templos y sepulcros que se encuentran, sino también por la

Inscripciones del templo de la Cruz

carencia absoluta de viviendas profanas y por la falta de esculturas de guerreros y de toda clase de adornos bélicos, que con tanta profusión se ven en las ruinas de viviendas mundanas de toda la América. En Palenque no tan sólo no hay el más leve indicio que recuerde el instinto guerrero de aquellos pueblos, sino que, por el contrario, el carácter sagrado del lugar resalta en las numerosas pinturas, cuyas figuras en su mayoría llevan ofrendas en las manos (véase el grabado de la pág. 108).

Las pinturas que adornan el hermoso templo de la Cruz encierran grandísimo interés. El edificio se levanta sobre una pirámide truncada y en su fachada anterior tiene tres puertas; las columnas ó pilares que separan dichas entradas están adornados con figuras, y por estas puertas se penetra primero á una espaciosa galería, y desde allí á tres cámaras, de las cuales la central parece ser la más sagrada. En las otras dos las paredes se hallan revestidas de inscripciones, mientras que en aquélla se ven en su centro tres grandes losas de piedra que ostentan un bajo relieve en forma de cruz, á la cual circunda profusión de figuras simbólicas y encima se ve un gallo, que recuerda el que tan gran papel juega en la Pasión de Jesús. A ambos lados de la cruz hay dos figuras de tamaño natural, ricamente ataviadas, que llevan ofrendas (véase el grabado de la página 96).

Sobre toda la pintura, y en particular detrás de las dos grandes figuras citadas, hay una inscripción jeroglífica compuesta de signos extraños. A la parte superior del edificio no conduce escalera alguna ni hay medio alguno que establezca comunicación, y por eso los primeros exploradores tuvieron que subir hasta allí trepando por un árbol cuyas ramas se extendían en dirección de la cubierta ó tejado. Este era bastante pendiente y estaba ricamente ornamentado: en la cornisa ó alero había una plataforma ó repisa de 66 centímetros de anchura, por detrás de la que subía el tejado dos pisos más, á los cuales daban acceso varias losas que sobresalían. Algunas piedras planas y otras salientes colocadas al través forman la cubierta del piso superior; los costados más largos están adornados con trabajos de estuco que representan las más caprichosas figuras humanas con los brazos y piernas extendidas. Desde la galería superior se divisa, detrás del inmenso bosque, el lago de Términos, y á lo lejos, á inmensa distancia, el golfo mexicano.

Próximo á este curioso santuario hay un segundo templo de construcción casi idéntica, y el cual ostenta también una plataforma constituída por tres piedras con una cruz en el centro. Las figuras que se ven á ambos lados, que, al igual de las anteriormente citadas, llevan ofrendas, son muy parecidas á aquéllas; pero la cruz difiere en absoluto de la otra, pues está sostenida por dos figuras puestas en cuclillas. Encima de la cruz hay un rostro descarnado, por detrás del cual se cruzan dos palos adornados de simbólicos atributos.

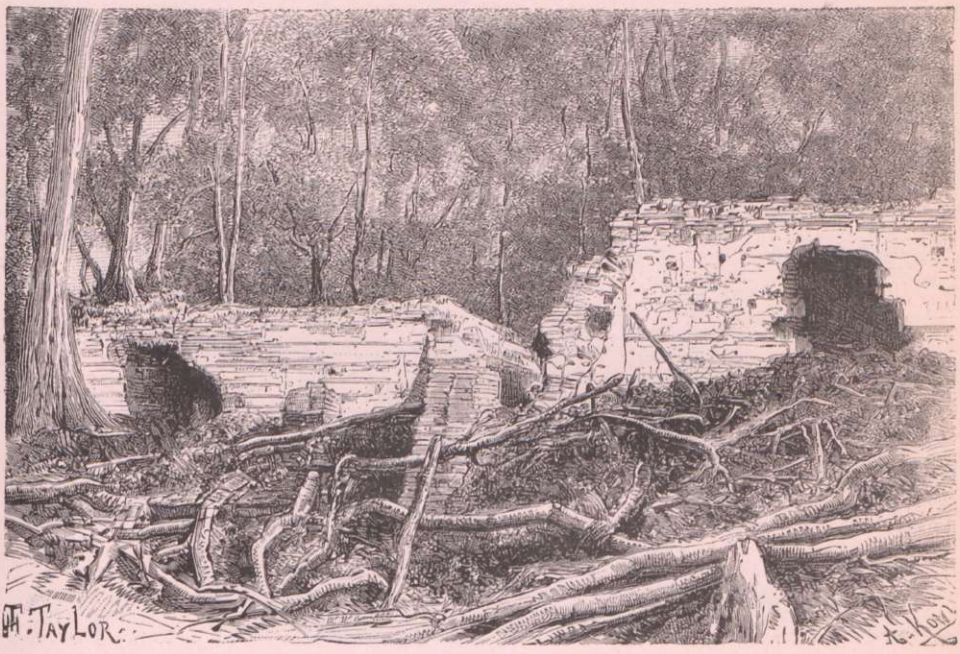
Los dos bajos relieves que sirven de adorno á los dos pilares de la puerta de entrada están muy bien conservados, y pueden competir en ejecución con los del antiguo Egipto (véase el grabado de la pág. 95).

Hasta la misma cúspide del cerro Alto suben, en forma de anfiteatro, gran número de ruinas, mesetas piramidales, templos, pórticos y galerías sepulcrales. En la época del mayor florecimiento de Palenque, estos edificios estaban unidos los unos á los otros por medio de anchas calles. Sobre los ríos se tendían artísticos puentes, que desgraciadamente han desaparecido hace mucho tiempo bajo la destructora vegetación del monte virgen.

No son menos interesantes las ruinas de Copán, al Oeste de Honduras, en la frontera del Estado de Guatemala. Estas ruinas eran ya conocidas de los españoles en el siglo XVI; pero las noticias más exactas que acerca de ellas se conocen son debidas á los americanos Stephen y Catherwood, los cuales no sólo han dado excelentes descripciones en su obra: *Incidents of travels in Centralamerica, Chiapas and Yucatán*, sino también dibujos exactísimos de las principales.

Acerca de este asunto merecen mencionarse las recientes publicaciones

de los sabios alemanes Meye y Schmidt, tituladas *Las estatuas de Copán y Quirigua.* Estas ruinas se encuentran en los bosques y en las orillas del río Copán. Gruesas murallas de 20 y 30 metros de altura por ocho de espesor en su base, y construídas con grandes bloques de piedra, caen perpendicularmente sobre el cauce del río. Encima de ellas se elevan las acostumbradas pirámides y terrazas, sobre cuyas plataformas se hallaban los ídolos en cuyos altares se sacrificaban á menudo víctimas humanas. Por todas partes se ven diseminados montones de ruinas aún no investi-

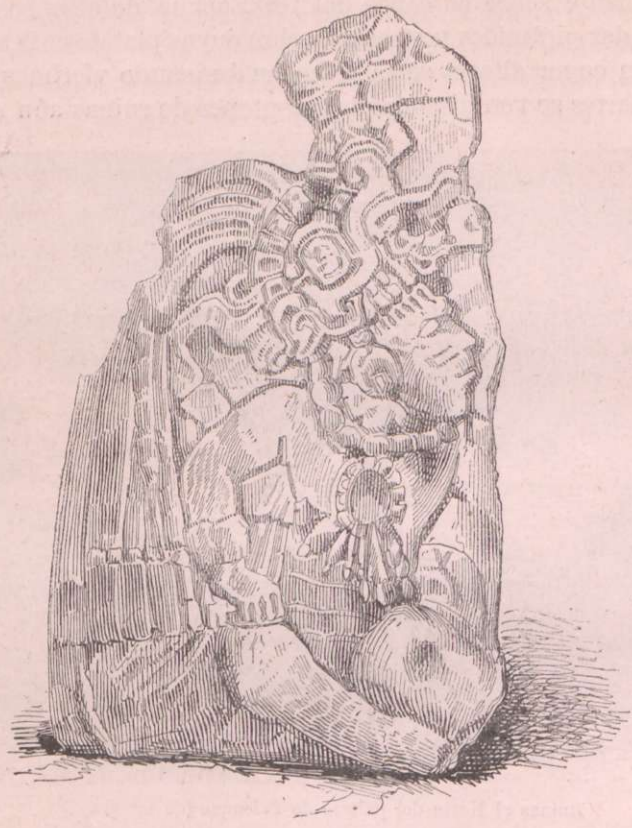


Ruinas al Norte del palacio de Palenque (de fotografía)

gadas, y también aquí las plantas trepadoras y las raíces del monte virgen forman un intrincado laberinto que presenta obstáculos casi insuperables al investigador. Las ruinas de Copán son célebres sobre todas las demás por el gran número de columnas cuajadas de figuras, altares, animales de piedra y otras esculturas que entre ellas se encuentran.

Las columnas ofrecen aspecto particularísimo, pues representan ídolos de más de cuatro metros de alto, cada una cincelada en un solo é inmenso bloque, cuyas cuatro caras están totalmente cubiertas de bizarros ornamentos. La cara principal de estos monolitos representa por regla general figuras de ambos sexos, cuyos miembros están tan íntimamente unidos á la ornamentación total, que el todo ofrece un conjunto embrollado pero

agradable á la vista. Todos los adornos han sido primorosamente trabajados, y Stephen asegura que difícilmente, ni aun empleando las herramientas modernas, sería posible hacer algo que sobrepujase en ejecución á estos trabajos. Los costados y la cara posterior de estas columnas, que

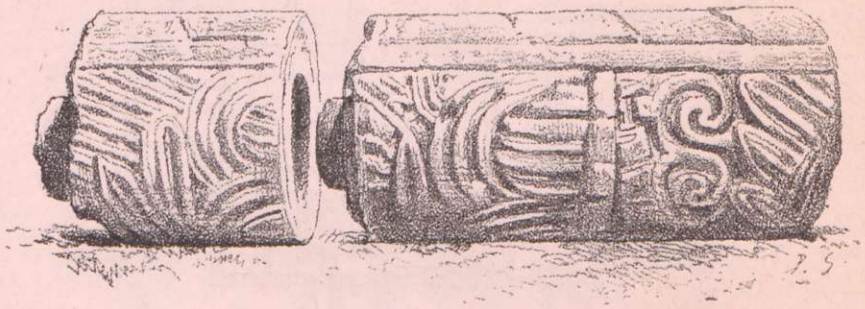


Perfil de guerrero esculpido en nácar; fragmento encontrado en Tula (de fotografía)

aún conservan vestigios de pintura, se hallan cubiertos de inscripciones jeroglíficas.

A la distancia de dos ó tres metros de estas columnas se ve un bloque cuadrangular de piedra en forma de altar, cuyos costados están llenos de figuras y de adornos. Uno de los lados del altar muestra una fila de hombres sentados con las piernas cruzadas; el otro está adornado con calaveras y máscaras grotescas. La superficie de estas piedras, que miden 1,33 metro de alto por 2,33 de ancho, tiene varias ranuras ó surcos destinados sin duda para que corriera por ellos la sangre de las víctimas, humanas ó animales, en ellas sacrificadas.

Que estos sacrificios eran muy comunes, no sólo allí, sino en toda la América central, se deduce, además de las referencias de los cronistas españoles, de los bajos relieves descubiertos en otros puntos de Guatemala. Uno de estos bajos relieves fué encontrado en Santa Lucía de Cozumalhuapa y adquirido por el profesor Bastián para el Museo de Instrucción pública de Berlín, donde en la actualidad se encuentra. Representa uno de los sacrificios humanos que en aquella comarca se practicaban, y que consistía, lo mismo que en el país de los aztecas, en sacar y cortar el corazón de la víctima con un cuchillo de sílex. Además había la costumbre, según puede observarse en el grabado de la pág. 92, de cortar al sacrificado la cabeza (por lo menos esa era la costumbre entre los pueblos azte-



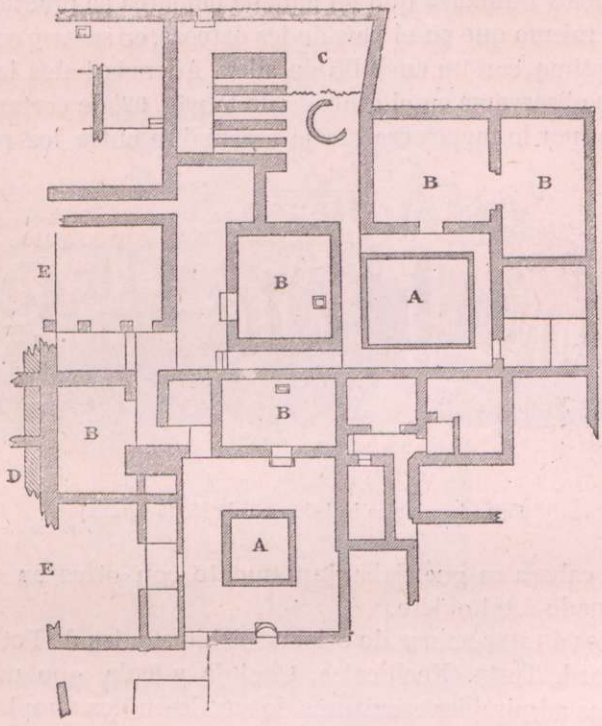
Fuste de columna hallado en Tula (de fotografía)

cas), la cual cabeza se guardaba, juntamente con otras, en un departamento destinado á tal objeto.

Semejantes á estas ruinas de origen tolekio son las de Petén, Tayalal, Tical, Lorillard, Town, Xochicalca, Cholula y Tula, que maravillan al viajero por las admirables esculturas de sus derruídos templos y palacios y por la elevación de sus pirámides imponentes.

En Mitla se ven ruinas de templos que se atribuyen á los zapotecas. La más célebre es la Gran Pirámide de Cholula, no lejos de la ciudad de Puebla de los Ángeles, antiguo centro de la cultura tolekia. Con sus adobes de arcilla unidos entre sí por medio de argamasa y luego revestidos de estuco, sobrepuja en circunferencia á la Gran Pirámide de Cheops en Egipto, pues tiene el doble que ésta; pero en cuanto á elevación, las cuatro mesetas que la constituyen sólo alcanzan 60 metros de altura. Sobre la plataforma había antiguamente un edificio magnífico, consagrado á *Quetzacoatl* (el dios del Viento), que fué convertido por los conquistadores españoles en templo cristiano. Esta pirámide, que está por todas partes rodeada de tradiciones, ha sufrido tanto con las inclemencias del tiempo, que apenas si se distinguen al presente sus artísticas formas.

También las ruinas de Xochicalca, distantes algunas leguas al Oeste de México, como Tula, la antigua capital tolteca, proclaman la grandeza de pasados tiempos. Pero si los restos de edificios recubiertos de ornamentación y de figuras simbólicas de hombres y de animales aún recuerdan la extinguida magnificencia de Xochicalca, en cambio los majestuosos palacios de Tula han sido reducidos por la acción del tiempo á mon-



Plano de la primera casa tolteca descubierta en Tula

A. Cisternas. – *B*. Varias habitaciones. – *C*. Cocina. – *D*. Bancos. – *E*. Entradas

tón informe de escombros, sobre los que se extiende verde alfombra de floridos cactos y otras plantas tropicales.

Los toltecas eran el tronco perteneciente á la gran familia de los nahuas, es decir, de los pueblos que hablaban esta lengua, los cuales pueblos se diseminaron por toda la América central desde el siglo VII hasta el XIV. Los fundadores del más antiguo y conocido reino tolteca en México eran altos y bien formados, de color relativamente claro, ojos negros, hermosos dientes, cabellos negros y brillantes, gruesos labios, nariz aguileña y frente despejada, y eran muy inteligentes y sentían verdadera pasión por instruirse. Por espacio de muchos siglos fué un pueblo poderoso y floreciente, hasta que sus individuos se dividieron en diversas

ramas fundadoras de varias dinastías, y se extendieron por el Sur hasta Honduras y Guatemala.

Algunos historiadores suponen que los mayas de Yucatán descienden

Bajo relieve tolteca hallado en Tula (de fotografía)

de los toltecas, pero semejante suposición no está suficientemente comprobada. Los toltecas fueron los fundadores verdaderos de la antigua cultura mexicana, puesto que sabían trabajar los metales, tejer y teñir las telas, bordar, hacer mosaicos de plumas y pulimentar las piedras preciosas. Ejercieron la agricultura, construyeron pueblos y ciudades, levanta-

ron templos y palacios, hicieron puentes y caminos magníficos, y mantuvieron animado comercio, no sólo entre ellos mismos, sino con las tribus vecinas, y hasta celebraron ferias periódicas á las que concurrían con sus productos los habitantes de todas las partes del territorio mexicano.

En favor del alto grado de cultura que alcanzaba este pueblo, no habla menos alto la circunstancia de que poseían un sistema bastante complicado para medir el tiempo, como igualmente una escritura pare-

Cabezas y máscaras de piedra encontradas en Teotihuacán

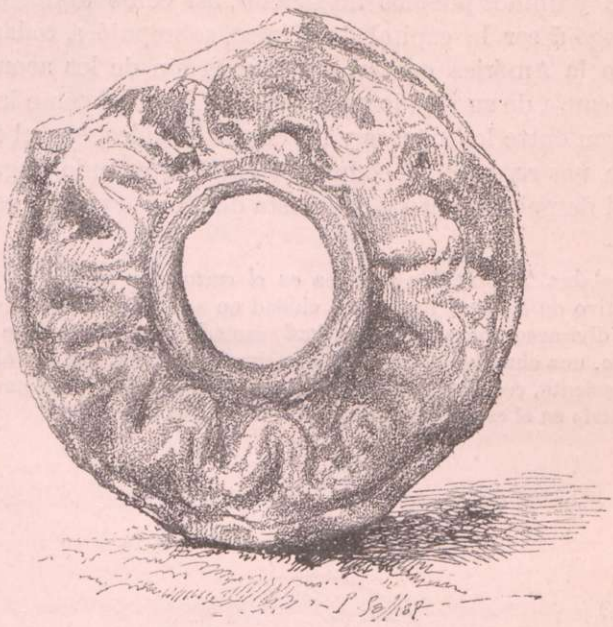
cida á la de los mayas. También estaban muy adelantados en artes y medicina.

La afición de los toltecas á la suntuosidad y á las riquezas se veía por todo extremo confirmada en las cortes de los soberanos y en la servidumbre de los nobles. Por ejemplo, el palacio de Quetzacohuatls poseía cuatro grandes salones principales, el primero de los cuales, situado al Este, denominado *el salón dorado*, tenía sus paredes cubiertas de planchas de oro finamente cinceladas. Al Oeste había otro salón, llamado *de las turquesas y esmeraldas*, adornado con preciosos mosaicos y adornos de estas piedras. Las paredes de la sala situada al Sur estaban cubiertas de innumerables y preciosas conchas de diferentes colores engarzadas en planchas de plata; y la última de estas salas, situada al Norte, tenía sus paredes adornadas profusamente de jaspe rojo, trabajado con exqui-

BIBLIOTECA Granada DE ANDALUCIA

sito primor. En otros palacios las paredes estaban cubiertas con plumas las más costosas de colores variadísimos.

Este floreciente período duró, según dicen, hasta mediados ó fines del siglo XI. Gran número de circunstancias, tales como el hambre, las epidemias, los terremotos, las guerras civiles y la desmedida afición al lujo y al fausto fueron causa de la decadencia del poder tolteca. Pueblos enemigos invadieron el territorio por todas partes, y uno de ellos, el de los chichimecas, aguerrido en cien combates, logró la conquista de Tula, capital



Anilla del Juego de Pelota en Tula

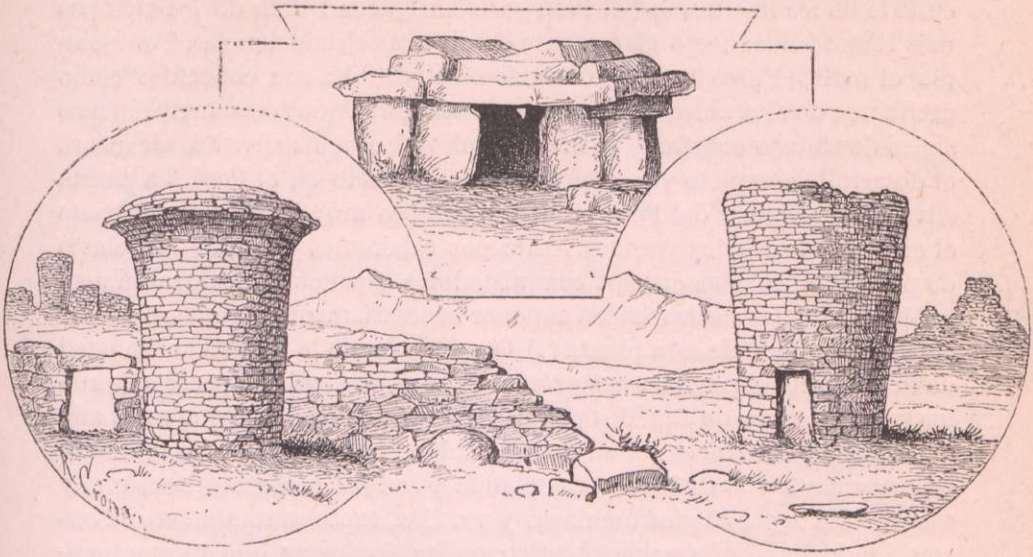
de los toltecas, redujo á servidumbre á una parte de sus moradores y dispersó á los demás. El caudillo de los chichimecas, Xolotl, fijó su residencia en Tenayuca y adoptó el nombre de *Chichimecatl Tecutli* (el cacique nacido de los chichimecas). Entre vencedores y vencidos se realizó, sin embargo, una fusión; y aunque al principio se apropiaron los chichimecas la dirección de las batallas, dedicándose los toltecas á las faenas agrícolas y á las demás artes y oficios, con el tiempo llegaron los primeros á adoptar el idioma y costumbres de sus subordinados. Esto no obstante, no estaban estos pueblos destinados á gobernar mucho tiempo unidos, pues fueron derrotados por los aztecas al cabo de algunos siglos. Los aztecas eran otro pueblo nahua aborígena de Atzlán, patria común de los nahuas. En un principio el pueblo azteca era tronco insignificante de esa

gran familia, y escogió por patria la parte Noroeste del río; pero con el tiempo sus individuos fueron expulsados de allí, y entonces fijaron su residencia en una isla del lago de México. Por su inteligencia y sangre fría en los combates eleváronse pronto á gran altura y adquirieron gran celebridad é importancia. Tenochitlán ó Tenochtitlán (1), ciudad azteca cuyas viviendas de forma cuadrada estaban construídas sobre estacas, aumentaba en población rápidamente, y esta circunstancia, unida á otras no menos felices, proporcionó con el tiempo á esta raza la dirección de los antiguos y unidos pueblos mexicanos, así como también dicha ciudad, que llegó á ser la capital de México, sobrepujó á todas las demás ciudades de la América central. La explicación de los acontecimientos que fueron causa de su rápido engrandecimiento, así como las relaciones que existieron entre los aztecas y los demás pueblos, con el fin de evitar repeticiones, nos reservamos ocuparnos en ellas cuando hagamos la descripción del descubrimiento y conquista de México por los españoles.

---

(1) La palabra *Tenochtitlán* significa *en el cacto sobre la piedra*, y la tradición explica el motivo de haberse fundado la ciudad en aquel paraje del siguiente modo: «Los aztecas divisaron sobre una peña *(tetl)* azotada por las olas, que sobresalía en medio del lago, una chumbera *(nochtli)*, y encima un águila, con las alas extendidas hacia el sol naciente, con una culebra entre las garras.» Este emblema es el mismo que se ve todavía en el escudo de armas de la República mexicana.

Bajo relieve encontrado en el palacio de Palenque



Mausoleo en Acora, antiguos sepulcros de Quellenata
Dibujo original de Rodolfo Cronau

LOS ANTIGUOS PUEBLOS CULTOS DE LA AMÉRICA DEL SUR

Si bien es cierto que los antiguos pueblos de México y de la América central habían alcanzado muy alto grado de cultura social, religiosa y artística, no lo es menos que algunos pueblos de la América del Sur habían asimismo conseguido elevarse á tan gran altura por su propio esfuerzo y sin ninguna clase de extraña influencia.

A la cabeza de estos antiguos pueblos cultos se hallan los del Perú, que constituyeron primero gran número de naciones diversas, y los cuales fueron reducidos andando el tiempo, bajo el gran poder de los incas, á un Estado tan poderoso y unido como organizado con suma rigidez, fusionándose de tal modo unas naciones con otras, que estas ramas, separadas antes del tronco que les era común, llegaron á constituir un solo y apretado haz.

La época en que semejante fusión tuvo lugar se ignora, pues no existe dato alguno cronológico que la consigne. Esto no obstante, algunos indicios autorizan la suposición de que se realizó mucho antes de la llegada de los españoles, siendo así que éstos hallaron á los pueblos del Perú

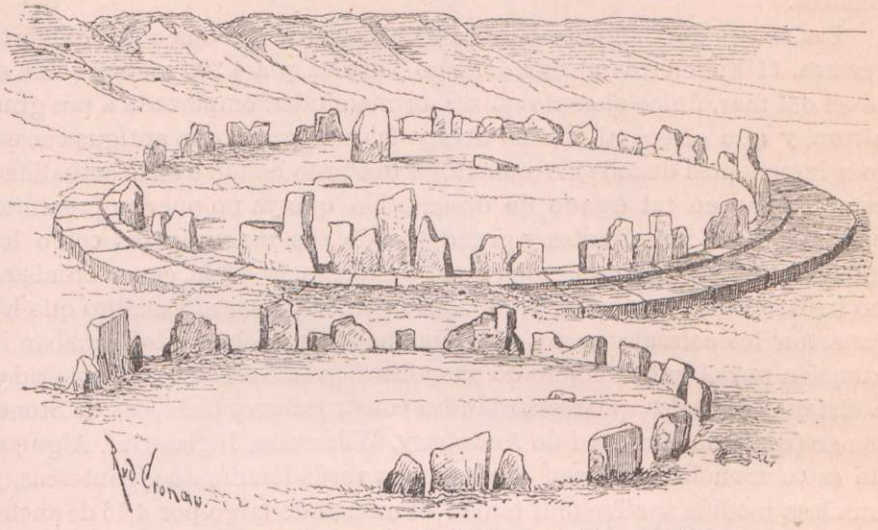
constituyendo ya un Estado poderoso perfectamente organizado. Y que la cultura de los habitantes del Perú en la antigüedad data de los tiempos más remotos, dedúcese claramente de diversas circunstancias. Por ejemplo, el maíz, el algodón y varias raíces comestibles son conocidos como productos de alta cultura peruana, pues tuvieron que transcurrir muchos siglos de trabajo constante para conseguir que el maíz silvestre alcanzara el desarrollo completo y mejora que había logrado en el Perú. La patata silvestre de Chile y del Perú es una legumbre muy insignificante, hasta el extremo de que los grandes y sabrosos tubérculos de diferentes clases de patatas cultivadas que los conquistadores españoles encontraron á su arribo á aquellas tierras, hacen suponer necesariamente algunos siglos de cultivo esmerado de esta planta (1). Otra prueba de la remota antigüedad de la civilización peruana nos presentan las llamas y las alpacas, dos animales domésticos de aquellos pueblos. La circunstancia de que estos animales son tan distintos por su pelaje y color, pues la lana de las llamas es áspera y basta y la de las alpacas blanda y sedosa, no obstante ser uno y otro descendientes de los huanacos y vicuñas, especies totalmente silvestres é indómitas y de color idéntico, obliga á admitir que fueron necesarios varios siglos para sacar de estos animales, que habitan exclusivamente las elevadas y escabrosas soledades de los Andes, las especies que no pueden vivir sin el hombre.

Los restos más antiguos de habitantes originales del Perú son los sepulcros construídos de cuatro ó más losas, de 1,66 metro de alto por 10 á 20 centímetros de espesor, cubiertas con otra losa, y además, para mayor seguridad de los cadáveres, á los que estas cajas de piedra sirven de última morada, con un montón de tierra y piedras. Estos sepulcros antiguos se encuentran en gran número cerca de Acora y en las inmediaciones del lago Titicaca, donde se levantan asimismo numerosas torres sepulcrales llamadas *chulpas*, como las que se representan en el grabado que sirve de cabecera á este capítulo, y que son también de la época prehistórica del Perú. Hay chulpas cuadradas y redondas, y figuran como monumentos arquitectónicos entre los más notables de la América del Sur. Las hay construídas en parte de piedra sin labrar y en parte de piedra labrada; á veces solían cubrirlas con una capa de barro, otras con estuco, y probablemente también las pintaban. En su interior tienen cámaras y

(1) Durante una serie de años se han hecho ensayos de cultivo con una especie de patata que vive silvestre en México, y cuyos tubérculos alcanzan el tamaño de una nuez, para ver si harían producir á ésta tubérculos de mayor tamaño; mas no habiéndose obtenido de este cultivo el menor resultado, es preciso admitir que los antiguos peruanos sólo llegaron, á fuerza de siglos de cultivo, á dar á la patata silvestre de los primeros tiempos la gran perfección que consiguieron, como es indudable.

nichos destinados á los cadáveres. En la región del Titicaca se encuentran grupos de 20 y hasta de 100 torres de esta clase, que se elevan generalmente sobre las eminencias del terreno, como en los mogotes, estribaciones y lomas, dando un aspecto característico al paisaje, sobre todo cuando se destacan atrevidas del fondo terso y diáfano de la atmósfera.

Igualmente se encuentran semejantes torres en la península de Sillustani, que penetra hasta muy adentro en el lago de Umayo. Allí se ven algunas que miden más de cinco metros de diámetro y más de 13 de altura.



Círculos de piedra de la península de Sillustani, del lago de Umayo

La entrada de estos sepulcros suele ser tan baja que sólo permite el paso de un cuerpo humano. El interior presenta, ó bien una sola cámara abovedada, ó bien diferentes compartimientos abiertos en el suelo y cubiertos con losas, ó, en fin, algunos nichos para recibir los muertos.

Hay también en la península de Sillustani círculos y semicírculos curiosísimos, formados con baldosas lisas y muy bien ajustadas. En el interior de estos círculos hay otro, concéntrico, de piedras sin labrar colocadas en posición vertical. Estos llamados círculos solares recuerdan los círculos análogos construídos en época remotísima en Inglaterra y en otros países del Norte de Europa y de Asia.

Acaso datan de la misma época, ó de otra posterior, las construcciones ciclópeas que hacen suponer, tanto por su extensión como por su frecuencia, que antes del establecimiento de la dinastía de los incas debió de existir en el Perú algún poderoso imperio que, á juzgar por sus obras colosales, que nada tienen de común con la arquitectura de los incas, debió

tener á su disposición recursos de grandes fuerzas mecánicas. Y que estas obras ciclópeas corresponden á época anterior á la de los incas, lo demuestra una noticia de Garcilaso, antiguo cronista español, según el cual los peruanos, al avanzar por primera vez en son de conquista, en el reinado de Mayta Capac (Ccapac), el cuarto inca, hasta la elevada meseta del Titicaca, quedaron asombrados al contemplar las imponentes ruinas de Tiahuanaco sin poder explicarse los medios de que pudieron valerse aquellos antiguos constructores para la erección de tan grandísimos monumentos.

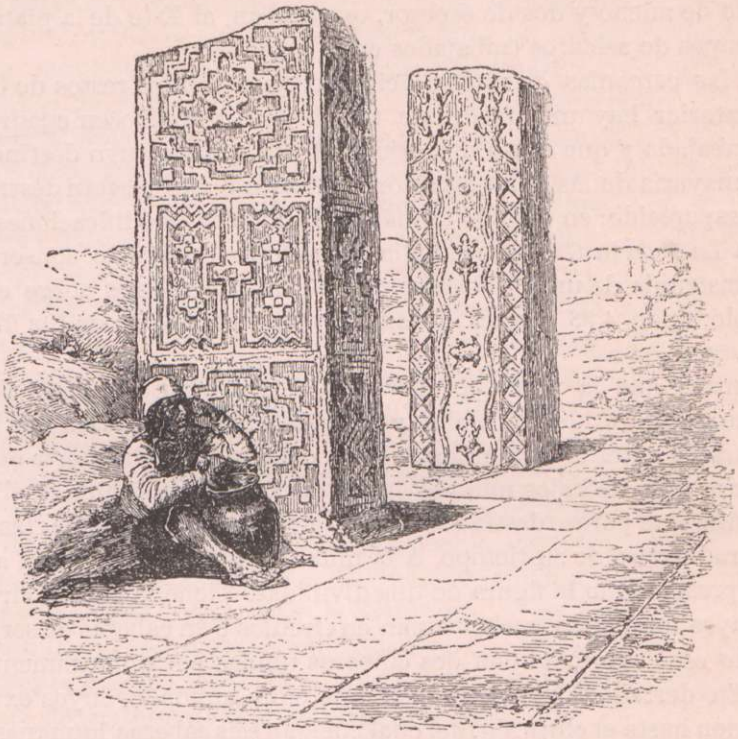
Las ruinas de Tiahuanaco están emplazadas sobre una alta y desierta terraza, 11 kilómetros al Sur del lago Titicaca, y á 4.300 metros sobre el nivel del mar, único ejemplo quizás de una ciudad emplazada á tan gran altura, y que ofrece al mismo tiempo las construcciones antiguas acaso más imponentes de toda la América, no obstante hallarse en la actualidad estas ruinas en tal estado de destrucción que ya no pueden presentar ejemplares tan interesantes y grandiosos de sus monumentos como los que presentaban aún en tiempo de la conquista española, cuyos cronistas no hallaron términos en su vocabulario para expresar el asombro que les causaron los colosales restos de Tiahuanaco, que sobre todo llamaban la atención por el gran número de monolitos, grandísimas losas colocadas á distancias iguales, que recuerdan las construcciones ciclópeas de Stonehenge (cerca de la ciudad de Amesbury, Wiltschire, Inglaterra). Algunos de estos monolitos ofrecen dimensiones verdaderamente gigantescas, y una losa medida por Tschudi tenía 7,44 metros de largo por 4,66 de ancho aproximadamente. Otra losa, que forma parte de un templo más pequeño, mide hasta 12 metros de largo por 2,50 de ancho y su peso se calcula en 200 toneladas, no comprendiéndose cómo han podido ser transportadas desde las canteras, distantes de 15 á 40 millas inglesas (46 á 64 ó 65 kilómetros), hasta el lugar de la obra.

Muchos de estos grandísimos monolitos, cubiertos de esculturas de toda clase, han desaparecido; gran número han sido empleados en la construcción de iglesias y obras profanas; otros se han utilizado para un molino de chocolate; en una palabra, las citadas ruinas han sido una verdadera rica cantera para las ciudades y aldeas vecinas.

Entre las ruinas conservadas llama la atención en primer lugar la llamada *Fortaleza*, ó sea la ciudadela, colina artificial formada por varios terraplenes que, sostenidos por robustos y fuertes muros, llegan hasta la altura de 50 metros. A juzgar por los cimientos, todavía existentes, elevábanse antiguamente sobre la plataforma, que tiene bastante capacidad, diferentes construcciones, destinadas sin duda á prácticas religiosas, al igual que los teocallies de México y de la América central.

La tradición de que estas ruinas encerraban tesoros de valor inapreciable ha sido causa, sin duda alguna, de su casi total destrucción, pues es posible que ningún punto de la Tierra haya dado motivo á los buscadores de riquezas imaginarias para, como en estos parajes, remover y socavar su suelo.

Al Norte de la ciudadela se hallan las ruinas de un templo que mide



Pilares de tierra de asperón en Hatuncolla, según Squier

150 metros de largo por 125 de ancho. Este templo, que forma un rectángulo, era probablemente un santuario al aire libre, pues carecía de techumbre, y su área está indicada por hileras de rojos bloques de piedra de asperón, los cuales bloques tienen de un metro á metro y medio de circunferencia por dos y medio ó tres de altura, y por su base están introducidos en el suelo á dos metros de profundidad. La distancia que media entre uno y otro es de unos cinco metros, y en su cúspide ostentan unos huecos que parecen haber servido de sostén á otros pilares transversales. Según Squier, el santuario de que hablamos debió tener una construcción parecida á la de las célebres ruinas de Stonehenge, en la parte meridional de Inglaterra.

La magnífica Sala de Justicia, descrita por Cieza de León hace tres siglos, no es en la actualidad más que un imponente montón de escombros. La tal sala formaba un rectángulo de grandísimas dimensiones encerrado dentro de muros de piedra labrada. Al Este había una especie de plataforma cuyos bloques de piedra estaban unidos por medio de abrazaderas de cobre, y algunos de estos bloques, de ocho metros de largo por cuatro y medio de ancho y dos de espesor, ostentaban, al Este de la plataforma, tres grupos de asientos trabajados en la roca.

En las cercanías de este edificio se encuentran los restos de otro, en cuyo interior hay una piedra de tres metros y medio en cuadro, muy bien trabajada y que es un misterio el objeto á que estuvo destinada.

La mayoría de las obras escultóricas de Tiahuanaco están destruídas ó han desaparecido; en cambio la más curiosa de estas edificaciones, denominada *La Puerta Grande*, se halla en perfecto estado de conservación. Está construída de un solo bloque y se eleva 2,33 metros sobre el nivel del suelo; mide 4,33 metros de ancho y la puerta tiene de luz 67 centímetros.

Mientras que la parte posterior de este monolito, situado al Oeste, contiene gran cantidad de nichos y está adornada con caprichosas bandas y listones, la anterior, orientada al Este, ostenta sobre la puerta de entrada un rico friso de bajos relieves, muestra portentosa de una civilización ya extinta, que parece destinada á transmitir á las generaciones las creencias y tradiciones de su tiempo. A la mitad de este friso se ve un alto relieve representando la figura de una divinidad. Tiene la cabeza circundada de rayos luminosos que terminan en círculos ó en cabezas de serpiente. El pecho está adornado con dos culebras unidas por un ornamento cuadrado. En derredor del cuello lleva una cinta anudada, cuyos extremos descienden hasta el cinturón, del cual cuelgan seis cabezas humanas; otras dos cabezas penden también de los codos de la figura. En cada mano lleva un cetro, cuya empuñadura representa la cabeza de un cóndor. El cetro que corresponde á la mano izquierda se divide en dos partes, cada una de las cuales figura una serpiente con cabeza de cóndor. Debajo de los hundidos ojos del ídolo se ven tres agujeros que parecen querer significar un tatuaje. Algunos exploradores creen, por el contrario, que quieren representar lágrimas. Un poco más abajo del cinturón tiene las piernas cortadas, y por debajo de éstas pasa un fantástico adorno ornamentado hecho con cuerpos de serpiente y cabezas de cóndor.

A ambos lados de la divinidad se ven 48 figuras divididas en tres filas de diez y seis cada una, en un espacio cuadrado de ochenta pulgadas y puestas unas sobre otras. Algunas de ellas son aladas, y su actitud parece indicar que rinden homenaje al ídolo, pues doblan la rodilla delante

de éste. Mientras que las figuras de las filas superior é inferior afectan la forma humana y llevan en la cabeza una diadema extraña formada por serpientes, las de la fila intermedia tienen cabezas de cóndor que miran hacia arriba. Todas ellas llevan en las manos cetros fantásticos, y en el ropaje grotescos adornos de cuerpos de culebras, peces y pájaros. Debajo de esta triple hilera hay otra transversal que abraza todo el bloque, con diversos y caprichosos ornamentos, entre ellos las imágenes del Sol y de la Luna circundadas de rayos. Desgraciadamente, tan interesantísimo monumento ha sido desquiciado á causa de algún terremoto.

De otros monolitos y columnas ricamente decorados con esculturas, descritos hace 300 años por Cieza de León y Alcobasa, ha desaparecido toda huella. Lo que en primer término distingue á los restos que existen en la actualidad, es la desacostumbrada y primorosa ejecución de sus cincelados adornos. Los oscuros y durísimos bloques de traquita están trabajados con tal precisión; sus superficies han sido tan perfectamente labradas, que no es posible aventajarlas. El célebre explorador Squire afirma que en ninguna otra parte de América ni en ninguno de los otros Continentes es posible encontrar nada tan bien hecho por el humano cincel como los adornos en que venimos ocupándonos. No se sabe á ciencia cierta á qué pueblo atribuir las ruinas de Tiahuanaco: si al colla, que reinó mucho antes que los incas y del que se cree tomaron éstos la costumbre de adorar al Sol, ó á algún otro más antiguo. Tampoco se sabe con seguridad si la figura antes descrita representa una divinidad, ó un soberano con sus vasallos al que rinden homenaje los representantes de otras naciones.

Modelo de una casa, según la pintura de una vasija encontrada en Chimu.

Igualmente se desconoce el objeto de dos singulares pilares de tierra de asperón que se ven en la pequeña ciudad de Hatuncolla, emplazada á 11 kilómetros de distancia del lago Titicaca, y que están totalmente cubiertos de figuras representando ranas, lagartijas, serpientes, y de trabajos geométricos delicadamente cincelados.

A la categoría de las antiguas ruinas peruanas pertenecen las encontradas á la orilla y en diversas islas del lago Titicaca. Sobre todo en la isla de este nombre se hallan en gran cantidad restos de templos, puertas y monumentos de toda clase, pues en aquel sitio hubo antiguamente un santuario á que acudían los peregrinos de lejanas comarcas. Todavía en tiempo de los incas conservaba la isla este carácter sagrado, por cuanto en ella, según la tradición, habían nacido Manco Capac y Mama Oello, y además allí se hallaba también la peña sagrada que llevaba el nombre de *Titicaca*, peña que estaba toda ella cubierta de alfombras adornadas de

oro y plata. Los peregrinos que le llevaban ofrendas las depositaban al pie de la dicha peña sagrada y sólo á cierta distancia podían pararse á contemplarla, pues era creencia general que ningún pájaro podía posarse sobre ella ni ningún animal poner su planta en el recinto, y por lo tanto ningún ser humano hubiera tenido la audacia de intentar hollarla. Decían que de allí había salido el Sol á disipar las primitivas tinieblas y á iluminar el mundo con sus rayos vivificantes. Tres puertas conducían al santuario: la primera, en la cual tenían que confesarse los pecados, se denominaba *Pumapuncu* (Puerta del león); la segunda, en la que los peregrinos tenían que practicar ciertas ceremonias, se llamaba *Quentipuncu* (Puerta del pájaro *Quenti*, ó la Puerta encorvada); y la tercera era conocida por el nombre de *Uillcapuncu* (Puerta sagrada ó de los sacerdotes).

Los tambos ó albergues servían sin duda para alojamiento de los peregrinos, al paso que las otras reducidísimas viviendas eran destinadas para que las habitasen las vírgenes del Sol. Este edificio, llamado *Chincana*, ó laberinto, posee, además de estas cámaras ó habitaciones, gran número de estrechos corredores y departamentos abovedados que, según la versión de los colonizadores españoles, servían los unos de despensas y los otros para guardar los tesoros del templo. Al presente están reducidos á escombros todos estos edificios, los antiguos dioses derribados de sus altares, y la peña sagrada no es más que una masa desmoronada y carcomida por las inclemencias del tiempo, la cual masa mide 42 metros de largo por ocho de elevación y apenas llama la atención del viajero.

A la extremidad de la isla se hallaba situado, sobre un alto peñasco, el templo del Sol, santuario de 10 metros de ancho por 35 de largo y cuya fachada principal constaba de cinco puertas. Todo el edificio había sido construído con piedras sin labrar, estaba revestido de una capa de estuco y en su interior encerraba innumerables tesoros, así como gran cantidad de objetos de oro y plata, que fueron arrojados al lago para evitar que se apoderasen de ellos los conquistadores españoles. Cerca de este templo, sobre una elevada eminencia que dominaba gran parte de la comarca, se hallaba el palacio del inca, edificio no muy grande, revestido también, así interior como exteriormente, de una capa de estuco amarillo. Las puertas, como asimismo los numerosos nichos que se veían en sus muros, estaban pintados de color rojo. Lo que sobre todo llamaba la atención era el piramidal tejado, hecho de piedras sobrepuestas. Alrededor del palacio se extendían hermosos jardines y explanadas; por todas partes se oía el monótono murmullo de las fuentes, cuyas aguas eran hasta allí conducidas por cañerías subterráneas, y desde las ventanas del segundo piso del palacio disfrutábase de un admirable panorama, pues se veía gran parte del lago y buen número de los nevados picachos que lo circundan.

Si la isla sagrada de Titicaca estaba consagrada al Sol, la vecina isla de Coati lo estaba á la Luna, y también en ésta se encuentran extensas ruinas de templos y de otros edificios de carácter religioso que servían de morada á las vírgenes y á los sacerdotes.

Antiquísimos y también muy visitados santuarios se hallaban en Pachacamac, á 110 kilómetros de Lima. Allí acudían confundidos los peregrinos de diferentes tribus, amigas ó enemigas, pues Pachacamac era la Meca de la América del Sur, y todos iban á ella en romería llevando

Antigua momia peruana, existente en el Museo de Instrucción pública de Berlín, según el dibujo original de Rodolfo Cronau

ofrendas y sacrificios para el Sol. El nombre de Pachacamac significa *el que anima el mundo, el creador del Universo.*

En derredor del santuario había, mucho antes de la invasión incásica, una ciudad, y en ella numerosos tambos en los que se hospedaban los peregrinos. Cuando los incas sometieron á su poder todo el Perú y llegaron á este paraje, respetaron y conservaron el carácter religioso de éste, y además edificaron un templo consagrado al Sol, como asimismo otro edificio destinado á servir de vivienda á las vírgenes del Sol. En la actualidad no se observa vestigio de ninguna clase que revele la magnificencia que en otros tiempos encerraban estos santuarios. El templo del Sol fué saqueado por los españoles, y se convirtió en montón de escombros como todos los demás edificios de Pachacamac. Donde antes hubo tanta vida y

movimiento, allí donde afluían de todas partes millares de peregrinos, reina al presente silencio sepulcral y no hay nada comparable á la desolación de estas ruinas. Por aquellos lugares no se ve alma viviente, como no sea algún solitario cóndor que gira en derredor del derruído templo, y el ruido que producen las olas del mar al quebrarse al pie de la eminencia es lo único que rompe el perenne silencio. Pachacamac fué también en la antigüedad lugar de eterno reposo, pues además de que fueron allí enterrados algunos miles de peregrinos y de otros habitantes, una gran extensión del terreno que circunda al templo parece que estuvo destinado á cementerio. Al efecto, basta remover un poco la tierra para que al instante se tropiece con filas de hacinadas momias, lo cual demuestra el gran número de personas que visitaron aquellos sitios y lo deseados que eran para dormir en ellos el sueño eterno.

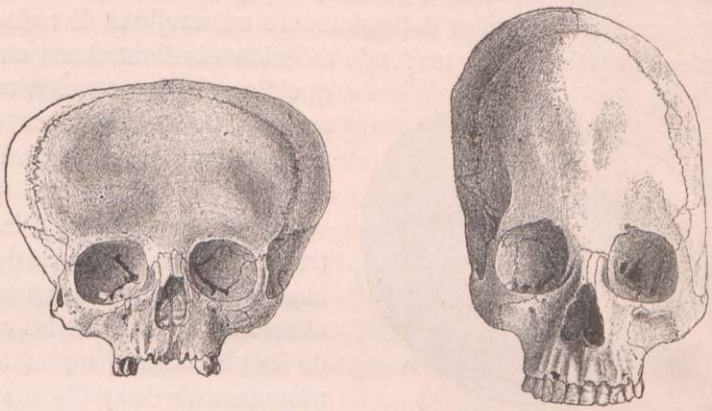
Aquí, como en todas las demás partes del Perú antiguo, eran enterrados los cadáveres en pequeñas bóvedas y cámaras, y se les proveía de todo lo necesario á satisfacer las necesidades de la vida peruana. Esparcidas por todo el país de los incas hállanse aún en la actualidad en gran número ruinas de templos, palacios é imponentes fortificaciones, como igualmente restos de puentes y hermosas carreteras, cuya descripción omitimos aquí para hacerla en el capítulo que trata de la conquista del Perú por los españoles, siendo así que se halla estrechamente unida á esta historia.

Muchos siglos antes del arribo de los conquistadores á la América del Sur, ya existía, al Noroeste del Perú, hacia la línea del Ecuador, un reino poderoso gobernado por el soberano Chimu, del cual se deriva el nombre de este pueblo. De su origen, así como de su idioma, no se tiene dato alguno. Garcilaso, descendiente de los incas, sustenta la opinión de que el dicho pueblo dominó antes que éstos. La capital de la nación, denominada también Chimu, estaba emplazada en el territorio de la actual Trujillo. El gran número de ruinas esparcidas en una llanura de 60 á 75 kilómetros de longitud por 28 á 33 de latitud, pregonan todavía la gran área que ocupaba esta antigua residencia de los caciques. En el laberíntico desorden de estas ruinas se elevan por todas partes construcciones piramidales hechas con guijarros ó cantos rodados trabados por medio de un cemento barroso con el que se consigue convertir el conjunto en una masa sumamente conglomerada. El más curioso de estos *Túmuli* es el llamado *El Obispo*. Tiene 50 metros de elevación y con sus 50.000.000 de pies cúbicos cubre una superficie de ocho áreas inglesas. Es probable que se llegase á su cumbre por un camino en ziszás, pues las paredes ó muros son tan pendientes que apenas puede treparse por ellas.

Otras dos pirámides, llamadas Concha y Toledo, tienen las mismas dimensiones. La mayoría de estos túmulos servían de sepulcros y consta-

ban de gran número de cámaras, en las que depositaban los chimus á sus muertos. La segunda de las mencionadas pirámides alcanzó celebridad, porque en el año 1566 encontró en ella el español García de Toledo tan grandes tesoros que tuvo que pagar al Estado una contribución de 85.547 castellanos (1).

Al otro lado del pequeño pueblo de Moche se eleva otra pirámide rectangular que ocupa siete áreas de extensión y tiene 70 metros de altura. En su cúspide hubo anteriormente algunos edificios, de los que apenas



Cráneos deformados, pertenecientes al Dr. Emilio Schmidt, en Leipzig

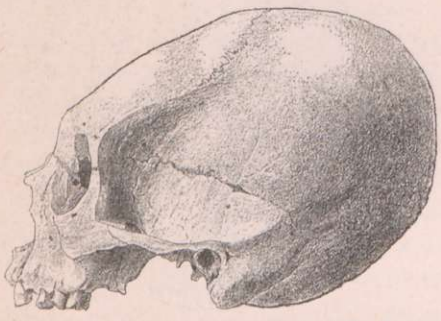
quedan vestigios en la actualidad. Al final de la pirámide, por la parte del Sur, se levanta otra en que, de las nueve mesetas que antes tenía, se distinguen aún siete perfectamente. Todos estos túmulos han sido removidos en todas direcciones por los buscadores de tesoros, y al ya mencionado del Obispo le han abierto tan grande brecha que, más que pirámide, parece un volcán extinto, con un cráter inmenso.

En dirección á la ciudad de Trujillo parece haber estado rodeada de gruesa muralla la antigua residencia del rey Chimu, pues aún se ven gran número de restos de ella, como asimismo de la acequia que conducía hasta allí el agua del río Moche. La muralla tenía 20 metros de altura y estaba construída de tierra y piedras. Del principal de los canales de la acequia partían otros laterales que servían para el riego de los numerosos jardines que había en la ciudad y para proveer de agua á sus habitantes. Siglos hace que acequia y canales están totalmente secos, y una capa

(1) Moneda antigua de oro que corrió en España y que ya no tiene uso. En el reinado de los Reyes Católicos valía 490 maravedís de plata, que hacían 14 reales y 14 maravedís de plata, y en los reinados siguientes varió su valor.—*Diccionario de la lengua castellana*, publicado por la Academia Española.

nitrosa cubre la superficie de aquellos terrenos antes tan fértiles y frondosos.

De los edificios de la antigua Chimu sólo restan escombros, y son muy escasos los indicios que dan á conocer el hermoso y exclusivo estilo de la primitiva arquitectura americana que ostentaban. La monotonía de los muros exteriores desaparecía ante la profusión de diversos adornos, tales como caprichosas y entrelazadas líneas, arabescos formando estrellas, hojas, círculos de rayos y puntiagudos ornamentos. Las paredes interiores ofrecían ricas labores de estuco, grecas y dibujos, en los que había toda clase de figuras de animales delicadamente entretejidas. Y todos estos ornamentos resaltaban sobre un fondo de colores brillantísimos, entre los que llamaba la atención un rojo sumamente delicado, cuyo fino matiz resaltaba entre todos los demás.



Cráneo deformado, perteneciente al Dr. Emilio Schmidt, en Leipzig

En lo concerniente á la construcción de las viviendas del pueblo bajo, estaban simétricamente alineadas á lo largo de las calles y de las plazas. Las paredes de estas moradas eran de arcilla, tenían un metro de espesor por cuatro de altura y se inclinaban ligeramente hacia el interior. El tejado era muy puntiagudo. En estas construcciones no había huecos de ventanas. En una vasija de barro encontrada por casualidad, se ve pintada una de estas casas, y, á excepción de la puerta, no hay otra abertura que un óvalo practicado en el frontón y destinado, sin duda, para dar paso á la luz del exterior y á los humos del hogar.

Además de estas construcciones tan sencillas había espaciosos palacios, de los que, desgraciadamente, no se ve más que los cimientos.

Hace mucho tiempo se encontraron los restos de dos de estos palacios y por ellos pudo venirse en conocimiento de que esta clase de edificios eran rectangulares, tenían 530 metros de longitud por 360 de anchura, y sus muros, de tres metros de espesor y más de 10 de alto, se inclinaban hacia dentro. Para dar mayor solidez á los dichos muros, que eran de arcilla y piedra tosca, los rodeaban á pocos pies de distancia de trozos de madera y troncos de bambú, y unos y otros, sin duda, los unían por medio de otros troncos colocados horizontalmente. Según pudo observarse, constaban de numerosos departamentos, galerías y corredores, decorados unos y otros con figuras. De los dos mencionados edificios, el mayor tenía nada menos que 45 celdas divididas en nueve filas, por grupos de cinco una

junto de otra. Cada una de estas celdas tenía 4,33 metros de longitud por 2,33 de ancho y 2,50 de alto. La forma y tamaño de la puerta de entrada no puede precisarse; pero, según todos los indicios, era sólo el preciso para dar paso al cuerpo de un hombre.

Squier deduce de esto que el edificio en cuestión servía de cárcel, y esta deducción parece tanto más verosímil, cuanto que todo él estaba construído de grandes piedras, incluso las paredes de las celdas, paredes sumamente sólidas, como destinadas á resistir toda tentativa de evasión por parte de los en ellas encerrados.

En las inmediaciones al sitio en que estaba emplazado otro de estos palacios se encuentra un gran promontorio que, según Squier, debió servir de panteón á los soberanos de Chimu, pues en él se hallaron gran número de galerías, cámaras y bóvedas, con nichos en ambos lados de la puerta de entrada ó enfrente de ésta. En muchos de sus departamentos se ven filas de nichos, dentro de los cuales se han encontrado esqueletos vestidos con mantos de lana ó de pluma, y ricamente engalanados con joyas de oro y de plata. Los tejidos de algunos de los dichos mantos eran finísimos y ostentaban figuras de animales. Uno de ellos tenía dibujadas gran número de lagartijas amarillas con ojos encarnados, mezcladas con pájaros también encarnados de pico y patas amarillas. Otro de estos mantos ó ropajes se hallaba enteramente cubierto de plaquitas de plata recortadas en forma de pescado. También fué hallada una momia de mujer, cuyo pecho y costillas estaban recubiertos de delgadas planchuelas de oro.

Vasija de barro de los chimus, representando un tamborilero en traje de fiesta. En la panza del cacharro se ve una escena festiva con pífanos y danzantes.

En algunas calaveras se descubrieron indicios de pintura roja; otras estaban sobredoradas y llevaban aros de oro ó un adorno hecho de hilos entretejidos alrededor de la frente, entre los cuales hilos había finísimos adornos de oro parecidos á plumas que oscilaban al más ligero contacto, comunicando su movimiento á unos pequeños discos, también de oro, que pendían del adorno principal.

El culto á los mayores estaba al parecer muy en boga entre los chimus, pues veneraban mucho los restos ó momias de sus antepasados. Los cadá-

veres eran colocados generalmente en cuclillas, de tal modo que las rodillas les llegaban al pecho; la cabeza inclinada hasta descansar la frente sobre las rótulas, los brazos en derredor del conjunto, y todo el cadáver envuelto por modo tal con distintas cubiertas ó mantas de pelo de vicuña que parecía completamente un fardo. Algunas veces envolvían el cadáver en una especie de malla hecha de cuerdas y le añadían una cabeza postiza tallada en madera, figuraban el cabello con fibras de áloe y la cubrían con un tejido pintado, con todo lo cual daban á la momia la apariencia de una figura humana.

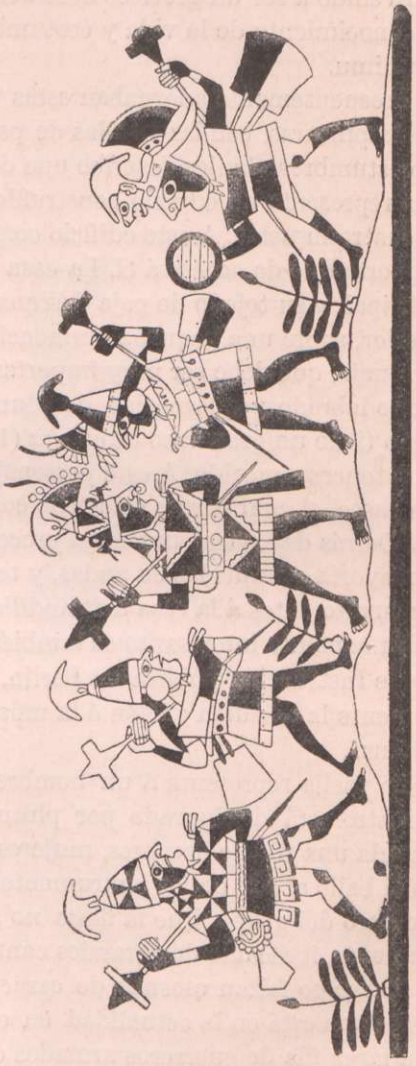
Figuras que rodean la vasija representada en la página anterior

Los utensilios que constituyen el menaje de una casa, como igualmente las armas, eran enterrados junto á las momias, y para llegar hasta los muertos había algunos caminos ó conductos que se utilizaban para proveerlos de toda clase de alimentos y bebidas, que eran depositados en vasijas de plata y de barro. Para los difuntos había también sacerdotes especiales, que desempeñaban un papel importante en los días destinados á reunirse las diferentes ramas que constituían la familia de los chimus. Revestidos de sus mejores galas avanzaban el alto y el bajo clero, tocando trompetas de plata y de bronce, ó también grandes conchas y tamboriles, y algunos llevaban en las manos un vaso de *chicha*. Un historiador español afirma que esta ceremonia le hacía el mismo efecto que si presenciara el Juicio Final, al que parecía que acudían vivos y muertos.

Gran luz han dado acerca de los enterramientos del antiguo pueblo peruano los reconocimientos llevados á efecto por los exploradores alemanes Kéiss y Stuebel en los parajes donde estuvo emplazada la antigua ciudad de Ancón, construída por los chimus en las cercanías de Lima. Las excavaciones practicadas dieron importantísimos resultados, pues la colección de momias y de antiguos utensilios peruanos descubiertos constituyen al presente una de las más preciadas curiosidades entre cuantas existen en los museos de Instrucción pública de Berlín y de Leipzig. Las investigaciones realizadas por los dos sabios antes citados han demostrado que la deformación que presentan los crá-

neos es debida á una costumbre sumamente arraigada en algunos antiguos pueblos peruanos de desfigurar la cabeza del niño desde el instante de nacer.

La forma plana ó puntiaguda que ofrecen se la daban indudablemente usando el mismo procedimiento que hasta hace poco tiempo empleaban algunas tribus de la América del Norte.



Guerreros chimus, pintura de una vasija existente en el Museo de Instrucción pública de Berlín

Algunos hallazgos realizados en las ruinas demuestran que en la residencia de los chimus había artífices sumamente habilidosos, que trabajaban los metales y construían vasijas de oro y de plata muy artísticamente adornadas con piedras preciosas.

En el museo de Lima hay un vaso de oro cuyos adornos tienen origen en la parte interior del mismo; además posee otro de plata en forma de cabeza humana. También hacían figuras de cuadrúpedos, de aves, peces, lagartijas, serpientes, etc., como asimismo combinaban grupos de metales, de los cuales grupos se conocen dos ejemplares. El primero representa un bosque, y en él se ven dos figuras de mujer y una de hombre en actitud bastante obscena; el segundo muestra un niño acostado en una hamaca pendiente entre dos árboles; por el tronco de uno de éstos trepa una culebra que parece querer atacar á la criatura y muy cerca cuelga un caldero, debajo del cual se ve una hoguera. Al mismo tiempo los chimus sabían preparar el bronce ligando el cobre con el estaño, y con él fabricaban herramientas, lanzas y puntas de flecha, espadas y mazas de armas.

La alfarería de los chimus ofrece asombrosa variedad de formas, pues apenas se ven dos ejemplares iguales. Estos objetos ofrecen la particula-

ridad de que en ellos se ven representados toda suerte de habitantes aéreos, acuáticos y silvestres. Además, como también hacían mucho uso de la figura humana en toda clase de vasijas y cacharros, en los que con frecuencia copiaban escenas de la vida doméstica, estos frágiles objetos han venido á ser un precioso libro abierto, mediante el cual puede venirse en conocimiento de la vida y costumbres de los habitantes de la ciudad de Chimu.

Frecuentemente adornaban estas vasijas con las más caprichosas y diversas pinturas, con largas filas de personas representando algún cuadro de costumbres. Squier describe una de éstas del modo siguiente: «La pintura representa un edificio construído sobre un promontorio que consta de cuatro mesetas. A este edificio conducen unos cuantos escalones hasta la puerta que da acceso á él. La casa tiene una barandilla en la fachada principal, y su tejado de paja descansa sobre unas estacas torcidas. En el interior, sobre una pequeña eminencia del terreno, se halla sentado un personaje, que debe ser muy importante á juzgar por el casco artísticamente labrado y guarnecido de plumero que cubre su cabeza. En una mano tiene un gran vaso de *chicha* (1), lo que prueba que este licor era ya entonces conocido. A este personaje se aproxima un guerrero, también con casco, el cual parece saludarle con la espada.

»Detrás de él viene una larga procesión de hombres y mujeres, éstas en su mayoría conducidas en andas, y todos denotan gran solicitud por llegar cuanto antes á la casa del caudillo.»

Sumamente interesante es también la pintura que se halla en el museo de Instrucción pública de Berlín, la cual pintura interpreta fidelísimamente la decidida afición á la música y al baile que caracterizaba á los chimus.

La vasija representa á un hombre tocando una especie de tamboril; su rostro está desfigurado por pinturas grotescas, y en el vientre tiene pintada una fila de hombres, mujeres y niños, que parecen acudir gozosos al baile al son de los instrumentos que tocan dos figuras que ocupan el centro del grupo. Que la fiesta no sería *á palo seco*, como se dice vulgarmente, indícanlo dos grandes cántaros que se ven junto á los músicos.

Tampoco faltan escenas de carácter bélico, como lo demuestra una vasija que está en la actualidad en el museo de Berlín, en la que se ve una larga fila de guerreros armados de una pesada lanza cuya empuña-

---

(1) Bebida alcohólica muy usada en América, que se prepara poniendo á fermentar en agua cebada, maíz tostado, piña y panocha, y añadiendo especias y azúcar. Su sabor es el de una sidra de inferior calidad.—*Diccionario de la lengua castellana*, de la Academia Española.

dura tiene un adorno en forma de cruz, yelmo puntiagudo atado con cintas por debajo de la barba y con un adorno formando una media luna en su parte superior, á excepción de una de las figuras que sólo lleva un escudo como arma defensiva. Sus vestiduras se parecen á los ponchos de los habitantes de la América del Sur; el rostro, brazos y piernas los llevan desnudos, pero profusamente pintarrajeados.

La mitología también está representada en estos cacharros. En Lima se conserva uno que tiene pintada una lucha entre el *hombre de la tierra* y el *hombre del mar*. El primero lleva una coraza de piel de serpiente y adorna su cabeza con una lagartija; el segundo está representado por un gigantesco cangrejo de mar. Este parece ser vencido por aquél.

El reinado de los chimus se prolongó al parecer bastantes siglos, hasta que después de combate reñidísimo fueron vencidos por los incas, que invadieron su territorio y hasta destruyeron la capital de Chimu. Squier opina que la batalla decisiva de estos dos pueblos, que se odiaban desde tiempo inmemorial, tuvo efecto al pie de las mismas murallas de Chimu, pues la extensa llanura que hay enfrente de ella se halla cubierta de osamentas de hombres adultos, y gran parte de los cráneos están partidos como por golpe de espada, otros están machacados como si hubieran recibido el golpe de una maza de armas, y finalmente, otros atravesados como por lanzas ó flechas. Esta opinión ha sido reforzada por la circunstancia de haberse encontrado en dicho sitio los deformados cráneos cuadrados de los habitantes de la costa, como igualmente los prolongados de los aymarás mezclados con los normales y regulares de los quechúas de la sierra.

Lucha entre el *hombre de la tierra* y el *hombre del mar*

Los vencedores recorrieron el país y propagaron el culto del Sol; y erigiendo una gran fortaleza en el valle de Barranca pusieron en jaque al reino chimu. Muchos industriales de éste, famosos por su habilidad, fueron llevados á Cuzco, residencia del inca.

Vecinos á los chimus, en los valles de Cañete, Chincha y Kunahuana, vivían los mochicos y chinchas, cuya lengua, muerta hoy día, parece haber sido un dialecto del idioma chimu. Después de éstos seguían otros pueblos

que habitaban más hacia el Sur, en los valles de Nasca, Camana y Arica, los cuales, según los historiadores españoles, se diferencian poco en sus usos y costumbres. Todas estas tribus fueron sometidas por los incas, que como una avalancha se precipitaron sobre todo el Perú.

Esto no obstante, los conquistadores no quisieron arrancar por la fuerza las costumbres y tradiciones de estos pueblos. Al lado de los templos del país levantaron otros dedicados á sus dioses, y gracias á precaución tan acertada lograron realizar la unión de unos y otros, de vencedores y vencidos, y fundar aquel Estado cuya organización sólida y ordenada tanta admiración causó á los conquistadores españoles. Los pueblos incas, oriundos de los valles y gargantas situados entre las cordilleras de los Andes, pensamos describirlos en el capítulo que hace referencia al descubrimiento y conquista del Perú por los españoles.

También al Norte del Perú, en las repúblicas del Ecuador y de Colombia, había varias tribus cuyos reinos tenían algunos centros de cultura. Por ejemplo, las altas llanuras de Quito estaban habitadas por algunos troncos emparentados con los incas peruanos, que tenían como dinastía propia la de Scyri y descendían de los caras, que, según afirma la tradición, habitaron primitivamente la costa y más tarde ascendieron en balsas la corriente del río Esmeraldas para apropiarse la soberanía de las altas mesetas de Quito, hasta caer posteriormente bajo el dominio de los incas. En Colombia, la Nueva Granada de los españoles, habitaban antropófagos y otras hordas que apenas habían dado un paso en el camino de la cultura, y además los chibchas. Los autores españoles los denominan muiscas ó moscos; pero como la historia de este pueblo está estrechamente unida con la conquista del Perú por los españoles, dejamos también su descripción para cuando de ésta tratemos.

PRESENTIMIENTO DE LA EXISTENCIA DE UN MUNDO OCCIDENTAL ARRAIGADO EN LA ANTIGÜEDAD

Homero, el bardo de la antigüedad clásica, figurábase la Tierra en forma de un disco cóncavo, en cuyo centro rugía el mar y desembocaban los ríos. De las elevadas rocas de Leukas emanaba el torrente universal llamado Océano que circundaba la Tierra. El centro de ésta era el nebuloso Olimpo, residencia de los dioses. En el extremo Este se hallaba Kolchis, allende la cual pasaban diariamente Helios y Eos, los dioses del Sol y del Viento, en un carro arrastrado por brioso tronco de caballos que despedían fuego por sus fauces, para entrar por la puerta del cielo, pasar velozmente sobre los vapores que rodeaban la parte diurna de la Tierra y desaparecer, en cuanto anochecía, hacia el Oeste, alrededor de la parte nocturna, y volver á sus moradas, situadas al borde del estanque solar.

La décima parte de las aguas del Océano se separaba para formar la laguna Estigia del Averno, uniéndose á los cenagosos ríos y remolinos de fuego de éste. El Averno ó Hades se hallaba en el centro Oeste de la parte gruesa del disco terráqueo, en el lejano y nocturno Himmerio, desde donde una inmensa grieta del terreno conducía al reino de los muertos. A lo lejos, en el Océano occidental, se hallaba situado el Elíseo, el valle de los bienaventurados, una isla donde los elegidos del dios Zeo (Júpiter) disfrutaban una existencia de delicias sin fin, pues estaban excluídas la vejez y la muerte.

Esta poética intuición de Homero fué aceptada por toda la antigüedad clásica como la única y verdadera representacion geográfica de la Tierra, y arraigó como dogma religioso en la conciencia popular.

Había, sin embargo, algunos pensadores eminentes que, no aceptando las ideas de Homero, se representaban la forma y figura de la Tierra de modo muy distinto.

Anaximandro la veía de forma cilíndrica; Anaxímenes como una meseta; Pitágoras como un dado; Jenófanes en figura de cono; Endoxos como un cuadrado sumamente prolongado; y, según dicen, Tales de Mileto, 600 años antes de Cristo, descubrió la figura esférica del cielo, que rodea á la Tierra cual la cáscara del huevo al interior del mismo.

No se sabe á quién corresponde la gloria de haber sido el primero en

conocer la redondez de la Tierra, pero es posible que fuera Pitágoras ó alguno de sus discípulos.

Familiarizado Platón con las doctrinas pitagóricas, adoptó sus ideas acerca de la forma del globo terráqueo y trabajó mucho para difundirlas entre sus paisanos. Investigadores como Aristóteles, Eratóstenes, Hiparco y Tolemeo, no sólo ratificaron estas doctrinas, sino que contribuyeron mucho á enriquecer los conocimientos humanos respecto del Cielo y la Tierra. Eratóstenes fué en primer término el que, 270 ó 190 años antes de Cristo, coleccionó los tesoros geográficos de la célebre Biblioteca de Alejandría, reuniendo en tres volúmenes todos los descubrimientos realizados hasta entonces en el campo de la geografía física, matemática y política, como asimismo su historia. Eratóstenes se encerró entonces en la doctrina, que ha servido después de norma á todos los geógrafos, de que Cielo y Tierra tenían forma esférica, que giraban sobre un mismo eje y tenían un mismo centro. Lo que más denota la firmeza de su creencia en este célebre sabio, es la descripción que hace en su poesía *Hermes*, y que dice así, traducida literalmente:

Cinco zonas fueron giradas en círculo, dos de ellas ennegrecidas como el oscuro azulado del acero; una de éstas, destinada á desierto, está como enrojecida por el fuego.

Fué colocada en el centro y ardía por toda la circunferencia rodeada de llamas, porque precisamente en aquel distrito están estrechamente agrupadas, caldeando constantemente los rayos solares.

Pero las otras dos zonas situadas lateralmente, que se estrechan contra el polo, están siempre tiritando de frío y cargadas de vertientes, mas no de agua, sino de duro hielo del cielo, tendido sobre dilatadas vegas, alrededor de las cuales todo se paraliza y hiela.

Por eso hay allí páramos inaccesibles á los mortales.

Mas las otras dos zonas se extienden en dirección encontrada entre el ardor del sol y la lluvia de hielo, ambas bien templadas, y sobre las cuales la pródiga Ceres ha derramado á manos llenas sus bendiciones. Las habitan hombres antípodas que cosechan abundantes frutos para su subsistencia.

Con todo esto, aún no estaba terminada la apreciación de Eratóstenes acerca de la figura de la Tierra. Estrabón escribe lo siguiente en su *Geografía*, que comprende 17 volúmenes:

«Dice Eratóstenes, que si no fuese un obstáculo la colosal extensión del Océano Atlántico, podría llegarse fácilmente por mar, siguiendo el mismo grado de latitud, desde la península ibérica hasta las Indias. La

parte medida de este grado comprende más de una tercera parte de la circunferencia terrestre.»

Añade además Estrabón que sería muy probable que en esta extensión se hallasen mayor número de partes habitadas del mundo (οἰκουμένας).

Estos presentimientos de la existencia de uno ó varios países en medio del Océano, eran la constante preocupación de los filósofos y poetas de aquella época, preocupación que se ve plenamente demostrada en *La Atlántida* de Platón, isla situada, según el filósofo, al Oeste de las columnas de Hércules, maravilloso desierto de las proporciones de un continente.

Pero no eran tan sólo los poetas y los filósofos los que, salvando las antiguas barreras, abrían nuevos horizontes al estudio y conocimiento exacto de la Tierra, sino que también algunos marinos intrépidos se decidieron á arrancar el secreto al Océano tempestuoso. Por eso vemos, 1000 años próximamente antes de Cristo, que los fenicios transponen las columnas de Hércules, que hasta aquella fecha habían sido consideradas como el límite Oeste del planeta, y que con inconcebible audacia emprenden viajes dilatados á lo largo de la africana costa por su parte occidental. Es, pues, indudable que conocían la existencia de las islas Canarias, pues según refiere la tradición, en el año 600 antes de Cristo los buques fenicios dieron la vuelta al Africa.

Herodoto cuenta que desde el mar Rojo llegaron al del Sur. «A la entrada del otoño desembarcaron para llevar á efecto la siembra de los campos, y después de la recolección volvieron á embarcarse, pasando nuevamente, al cabo de dos años, por las columnas de Hércules para regresar á Egipto. Y cuentan que han dado la vuelta á la Libia, esto es, alrededor de Africa, y que han tenido *el Sol á la derecha*, lo cual yo no puedo creer.»

Precisamente este fenómeno que hizo dudar á Herodoto de la veracidad de aquella travesía puede ser la plena confirmación de ella, pues demuestra que si los navegantes vieron el Sol á su derecha, es decir, al Norte, tenían que hallarse en el centro meridional de la Tierra; y es muy difícil que aquellos marineros ignorantes inventaran un hecho semejante, que podría creerse ilusorio tratándose de un viaje imaginario.

Los fenicios realizaban sus viajes por el Norte hasta Albión, Hibernia y las costas germanas, de donde llevaban á su país ámbar y estaño. A estos atrevidos navegantes siguieron más tarde los valientes cartagineses, que colonizaron las Canarias y, según parece, penetraron hasta el mar de sargazo. A los comedios del siglo sexto antes de Cristo salió de Cartago una gran expedición colonizadora mandada por Hano, en la que parece tomaron parte más de 30.000 personas entre hombres y mujeres.

El relato de esta, hasta entonces, no conocida empresa, se halla conservado perfectamente en una traducción griega, más tarde vertida al

alemán y publicada en la *Historia de los viajes de exploración de Loewenberg*, y la cual traducción dice así:

«Después de haber dejado atrás las columnas de Hércules hemos navegado aún por espacio de dos días; luego desembarcamos, y después de fundar una ciudad llamada Thymiaterium hicimos rumbo hacia el cabo de Soloe, en Libia. Allí erigimos un templo á Neptuno y volvimos á navegar hacia el Este hasta llegar á un lago cerca del mar que estaba cubierto de espeso y verde cañaveral, en el que pacían elefantes y otros muchos animales.

»Al cabo de otro día de viaje fundamos las ciudades de Karicum-Teichos, Gyta, Acca, Melita y Aramba. Desde allí llegamos al río Lixos, que viene de Libia. Cerca de él habitan los nómadas llamados líxicos; más arriba moran los salvajes etíopes en un país montaraz poblado de animales de figura extraña, que habitan en cavernas y corren más que un caballo. Con un intérprete indígena llegamos después de algunos días á la isla de Cerna, que dista de las columnas de Hércules lo mismo que de Cartago. Desde aquí seguimos río arriba hasta llegar á un gran lago que tiene tres islas, y en cuyos límites se elevan altas montañas; pero sus habitantes, que son salvajes vestidos con pieles de animales, nos impidieron desembarcar. Otro río estaba lleno de cocodrilos.

»Dos días después llegamos á otro país habitado también por etíopes, que huyeron á nuestra vista y que hablaban un lenguaje incomprensible aun para el intérprete. Doce días después anclamos cerca de unos montes muy altos, poblados de diversos árboles de maderas olorosas. Al cabo de otros siete días llegamos á una gran bahía que, según el intérprete, se llamaba *Cuerno del Oeste*. Durante el día sólo vimos bosque; pero por la noche divisamos grandes hogueras, al mismo tiempo que oíamos gran tumulto y ruido de pitos y timbales. El miedo nos hizo huir, y en nuestra huída pasamos con nuestros barcos bordeando el caluroso país de Thymiamata. Este país estaba lleno de torrentes de fuego que corrían en dirección del mar. Aquella tierra es intransitable á causa del calor excesivo que reina en ella y también aquí tuvimos miedo y nos alejamos.

»En el transcurso de cuatro días que estuvimos en las cercanías de estos parajes, veíamos por las noches unas llamas muy altas que parecían llegar hasta las estrellas, y por el día vimos una montaña elevadísima que se llamaba *El carro de los Dioses*. Tres días más tarde llegamos á un gran golfo titulado *El Cuerno del Sur*, en cuyo centro hay dos islas y un lago, una de las islas habitada por salvajes. No pudimos apoderarnos de ningún hombre, pero sí de tres mujeres, que se defendieron ferozmente mordiendo y arañando á sus perseguidores, á los cuales no quisieron seguir, por lo cual las dimos muerte y las desollamos, llevándonos sus pieles á Cartago. No pudiendo hacer nada más, emprendimos el regreso.»

Por los años 340 antes de Cristo emprendió Pytheas, un comerciante de la ciudad de Massilia (Marsella), fundada por los cartagineses, su célebre travesía que le llevó más allá de las costas de Inglaterra, á la misteriosa isla de Thyle ó Thule, al mismo tiempo que su conciudadano Euthymenes navegaba á lo largo de la costa Oeste de África hasta el Senegal. En el año 80 antes de Cristo le contaron unos marineros á Sartorius, que había sido desterrado de España, tantas maravillas de las islas *Atlánticas*, que en número de dos estaban situadas á 10.000 estadios (12.500 millas) al Oeste de África, que su relato impresionó tan vivamente á Sartorius, que sólo la decidida resistencia opuesta por sus hombres á seguirle evitó la realización de su proyecto de buscarlas y fijar en ellas su residencia.

Estas islas eran indudablemente las Canarias, con las que guardaban relación las tradiciones á que hacían referencia los pueblos de la antigüedad al mencionar las Hespérides, la llanura de los Bienaventurados y la Atlántida, que fueron indicadas en las cartas marítimas de aquel tiempo y de otros posteriores con los nombres de *Fortunatæ insulæ*, ó islas Afortunadas, y que realmente, por su clima excesivamente benigno, personifican las ilusiones de los filósofos y poetas de aquella época.

Como el espíritu emprendedor del humano ser no puede permanecer inactivo, se decía que el Océano debía de guardar mayores secretos hacia el Oeste, y esta suposición ó presentimiento tomó mayor fuerza un siglo antes de Cristo á causa de un suceso acaecido entonces. Por aquel tiempo había sido arrojado sobre las costas alemanas, entre los ríos Weser y Elba, un bote tripulado por hombres pertenecientes á una raza hasta entonces desconocida. Un cacique germano recogió á los náufragos y se los regaló algún tiempo después al cónsul galo Cancilio Metelo Celer (año 62 antes de Cristo). Aunque algunos historiadores de la época, tales como Mela (*De Chorogr.*, III, 5, 8) y Plinio (*Hist. Nat.*, II, 67), hacen mención de esta circunstancia, no dicen nada acerca del destino que se dió á los náufragos.

Es posible que este acontecimiento inspirase á Marco Eneo Séneca, que por la fecha del nacimiento de Cristo vivía en Roma ejerciendo el cargo de maestro de retórica y poética, las siguientes proféticas palabras, que pone en boca de los coros de su drama *Medea*, páginas 376-380:

Venient annis sæcula seris
Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet, et ingens patebit tellus
Tethisque novos deteget orbes
Nec sit terris ultima Thule.

Cuya traducción es así: «Vendrán en lejanos tiempos otros siglos en los cuales el Océano desatará los vínculos de las cosas; aparecerá la inmensa

Tierra y Tetis ostentará nuevos orbes, de suerte que Thule no será ya la última tierra conocida.»

Que Séneca, lo mismo que Eratóstenes, tenía idea clarísima de la configuración de la Tierra, pruébalo él mismo hasta la evidencia cuando en otro lugar del citado drama dice:

«La Tierra que os repartís tan ávidamente por medio de la espada y del fuego es un punto insignificante en el Universo.» Y luego pregunta: «¿Que cuánta distancia hay desde las costas limítrofes de España hasta las de la India?» y contesta: «Sólo algunos días de navegación á la vela con viento favorable.»

Pero aunque tales ideas hacen suponer que los más eminentes filósofos de aquellos tiempos presentían con seguridad la existencia de grandes territorios que habían de ser descubiertos en lo futuro, faltan toda clase de datos y pruebas que corroboren la suposición de haber llegado á las costas del Nuevo Mundo los pueblos de la antigüedad. Es cierto que se han encontrado en América piedras con inscripciones fenicias y cartaginesas; pero no lo es menos que se ha demostrado que eran vergonzosas falsificaciones.

VIAJES IMAGINARIOS Ó VERDADEROS Á AMÉRICA ANTES DE COLÓN

FUSANG

Opinión de varios sabios ha sido la de que en época remotísima existían relaciones entre los pueblos del Este de Asia y América, y que la antigua cultura americana es derivada de la asiática. Dichos sabios debieron suponer, por la lectura de los antiguos libros de historia de los autores chinos, que la costa Oeste de América había sido visitada en el año 499 de nuestra era por los asiáticos. La descripción de los viajes del sacerdote budista Hoei Shin, que en dicho año volvió á China desde el país de Fusang, el cual país describió detalladamente, fué el origen de semejante opinión.

El citado Hoei Shin dice que Fusang distaba 20.000 *li* (1) al Este de Ja-hañ, al Este del imperio del Centro, y que en él se encuentran muchos árboles *Fusang* (de aquí el nombre del país), cuyas hojas son iguales á las del árbol *Jhon* (*Paulownia imperialis*), que cuando son nuevas y tiernas se pueden comer, como sucede con las del bambú; el fruto es encarnado y semejante á la pera, y con los filamentos ó fibras que tiene la corteza, que se pueden tejer, se fabrican vestidos.

De los habitantes de Fusang dice que edificaban sus viviendas de tablas, pero que no tenían ciudades rodeadas de murallas; que poseían una escritura propia, y que sabían fabricar papel con las fibras del árbol fusang. Ajenos en absoluto á toda clase de luchas y combates, no conocían los arneses, las lanzas ni ninguna clase de armas.

En Fusang se encontraron dos edificios, uno situado al Norte y el otro al Sur, que por su aspecto y otros detalles se conjeturó que sirvieron de prisiones. Cuando en este país algún noble cometía un delito, se le pren-

(1) Nombre de cierta medida itineraria de China que comprende el espacio á que puede alcanzar la voz del hombre en tiempo sereno, ó sea unos 576 metros. Por lo tanto, los 20.000 *li* representan unos 11.500 kilómetros.

día y encerraba en un calabozo subterráneo, y dejándole cierta cantidad de alimentos y bebidas le rodeaban de ceniza y se despedían de él. El rey se llamaba *Y-ki;* los nobles de la primera categoría *Tui-lu;* los de la segunda *Tui-lu pequeño*, y los de la tercera *Na-to-tscha.*

El rey iba precedido en las procesiones solemnes por bandas de cornetas y tambores, y el color de sus vestidos era vario, según la estación del año en que la ceremonia tenía efecto.

En el país de Fusang había una raza de bueyes que eran capaces de llevar sobre su larga cornamenta la enorme carga de 20 *ho* (200 quintales). Los habitantes del país tenían carros que eran arrastrados por caballos, bueyes y ciervos. Estos últimos eran criados del mismo modo que se cría en China el ganado vacuno, y con la leche que de ellos se extraía fabricaban queso. Había una clase de peras encarnadas que se conservaban todo el año sin pudrirse. También había muchas uvas. Entre los metales era el más común el cobre; el oro y la plata se apreciaban poco, y eran del todo desconocidas las minas de hierro.

La descripción del citado sacerdote termina de la manera siguiente:

«Antiguamente no se conocía en Fusang la doctrina de Buda; pero en el año segundo del período de Taming, de la dinastía Song (458 después de Jesucristo), llegaron cinco *bhitschuez* (frailes) del reino de Kipiñ (actual Kabulistán), donde se profesaba el budismo, y propagaron por el país las leyes, los libros y las imágenes de Buda. Las doctrinas esparcidas por los dichos frailes hicieron muchos prosélitos, y gran número de individuos, aceptando el budismo, cambiaron sus antiguas costumbres y se dedicaron á la vida religiosa.»

De otros detalles de la mencionada descripción se ha pretendido deducir que Fusang se hallaba en América y que era idéntico al México actual. El árbol fusang se tomaba por el actual *magney*, propio de México y que en verdad posee algunas propiedades muy semejantes á las de aquél.

El primero que propagó semejante teoría fué De Guignes, que en el volumen XXVIII de las *Memorias de la Academia de Inscripciones* publicó un largo tratado en el que quiso probar la identidad de México con Fusang. Esto ha dado lugar desde entonces á muchas discusiones, y entre los sabios defensores de la teoría de que los pueblos del Este de Asia estaban en relaciones con los del Oeste de América se encuentran Leland, Hipólito de Paravey, D'Eichthal, D'Hervey, Neumann y Vining. De la opinión contraria son, entre otros, Klaproth, que probó en 1831 que Fusang es idéntico al Japón; Bretschneider y Vivién de Saint-Martín.

Este último dice lo siguiente:

«Con los 20 000 *li* que se dice dista Fusang, no se quiere significar otra cosa que una larga distancia en general. Pero si se quiere tomar tal indi-

cación y la dirección al Este como verdadera, partiendo desde el bajo río Amur, atravesando las islas de Sakalién, las Kuriles y la dilatada cadena que forman las Aleutienas, se llega á las playas de la península de Alaska, y por consiguiente á un país muy boreal habitado por un pueblo de escasa cultura. Pero eso no se aviene con el texto. Mil *li* son próximamente tres grados ecuatoriales; por lo tanto 20.000 serían 60 grados. Así se calculaba en China en el siglo VIII.

»¡Algunos buscan el Fusang en México! Pero desde Alaska á México hay una distancia de 5.250 kilómetros.

»La descripción del árbol fusang se compadece poco para América. En China llaman actualmente *fusang* al árbol clasificado con el nombre científico *Hibiscus rosa chinensis*.

»Las tribus de la América del Norte jamás poseyeron escritura ni fabricaron papel. Además, el pueblo mexicano era sumamente guerrero y estaba en lucha continua con sus vecinos.

»El buey de largos cuernos de que en el texto se habla, aun comprendiendo con ese nombre al bisonte, que los tiene muy cortos, nunca ha sido domesticado, y por lo tanto no ha podido ningún pueblo americano aprovecharlo como animal de carga, del mismo modo que pueblo indígena alguno de América ha conocido carros ni animales de tiro, ni bueyes ni caballos ni ciervos. Los caballos no existían (1), y los peruanos únicamente tenían la llama como ganado lanar. Ni tampoco los americanos ordeñaron nunca animal alguno para obtener la leche, pues no la conocían, y por lo tanto mal pudieron fabricar queso.

»La descripción del sacerdote budista no puede aplicarse á América y mucho menos á México. En Anahuac existía en tiempo de los toltecas, y por consiguiente muy pocos siglos después del nacimiento de Cristo, un elevado grado de cultura, pues había grandes templos religiosos, suntuosos palacios é importantes y muy pobladas ciudades rodeadas de murallas. Si el mencionado sacerdote las hubiera visto no cabe duda que de ellas hubiese hecho mención en su libro, pues es natural que habrían llamado vivamente su atención.

»Además, en los tiempos de que data la descripción del budista, no sólo hubiera sido muy difícil, sino del todo imposible la realización de un viaje desde el río Amur á México, y el citado viajero no habla tan sólo de un viaje casual, sino de una comunicación regular entre ambos países.

»Prescindimos, por consiguiente, de todas estas hipótesis. Fusang no tiene absolutamente nada que ver con América.

---

(1) Las razas de caballos que en los tiempos prehistóricos había en América desaparecieron en la época glacial.

»A cuáles extravagantes desvaríos ha dado margen la opinión de que la cultura de la antigua América procede del Viejo Mundo, puede deducirse por la lectura de un libro que, haciendo un verdadero derroche de sabiduría, publicó un tal John Ranking, en Londres, en el año de 1827. El autor dice que un rey de los mogoles, llamado Kublai Khan, envió en el siglo XIII una escuadra contra el Japón; pero que fué dispersada por un temporal y parte de ella llegó á las costas del Perú, donde el hijo del citado rey mogol se proclamó soberano del reino de los incas.

»El título completo del libro de John Ranking es el siguiente: *Historical researches on the conquest of Perú, México, Bogotá, Natchez and Talomeco in the thirteenth century, by the moyols, accompanied with elephants; and the local agreement of history and tradition with the remains of elephants and mastodontes found in the new world.*

»La literatura americana es sumamente rica en libros disparatados que pretenden probar que América es una colonia del Oeste de Asia, y que hasta atribuyen la población del Nuevo Mundo á las ya extintas tribus de los judíos.

»Pero nadie hubiera pensado en semejantes desvaríos si no se hubiesen conservado por espacio de tantos siglos, y hasta el presente, las leyendas referentes á este asunto ó si las gentes se hubieran atrevido á romper con ellas, ya que son en absoluto ajenas á la Ciencia.

»La opinión de que la gran mitad occidental del planeta ha recibido su población de Asia ó de otros países lejanos no se funda en ningún dato positivo, y por lo tanto tiene razón uno de los modernos investigadores cuando dice que la teoría de una inmigración por el estrecho de Behring es solamente un frágil subterfugio impuesto por la necesidad.»

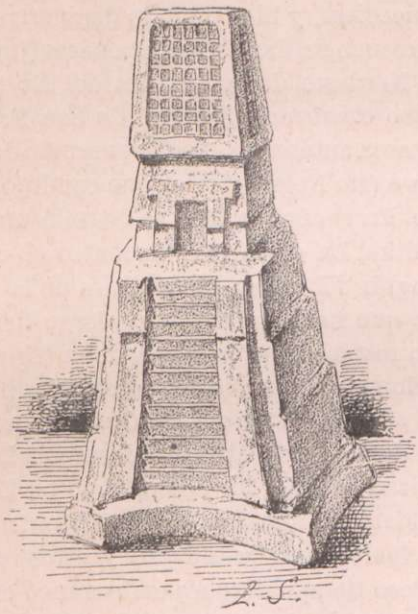
En anteriores capítulos ya hemos dicho que el hombre ha existido en América en la época glacial, es decir, en un tiempo mucho más remoto á aquel en el cual comienza la Historia á describir, á grandes y confusos rasgos, su existencia.

«Con esto (así dicen las altamente significativas palabras pronunciadas por el profesor Emilio Schmidt, uno de los más célebres conocedores de la historia primitiva de América, en el Congreso de Americanistas celebrado en Berlín en 1888) se hace una advertencia para proceder con cautela, si queremos juzgar, guiándonos por el Viejo Mundo, la emigración del hombre á América. ¿Qué significa, al lado de la comprobación de la existencia del hombre en edad tan remota que alcanza á la geología prehistórica, que las emigraciones hayan tenido efecto por medio de buques que partían del Este de Asia ó del Oeste de Europa, ó de Asia (Fenicia)? ¿Qué quieren decir todas las concordancias etnológicas que con tanto empeño se han buscado para averiguar la procedencia del hombre?

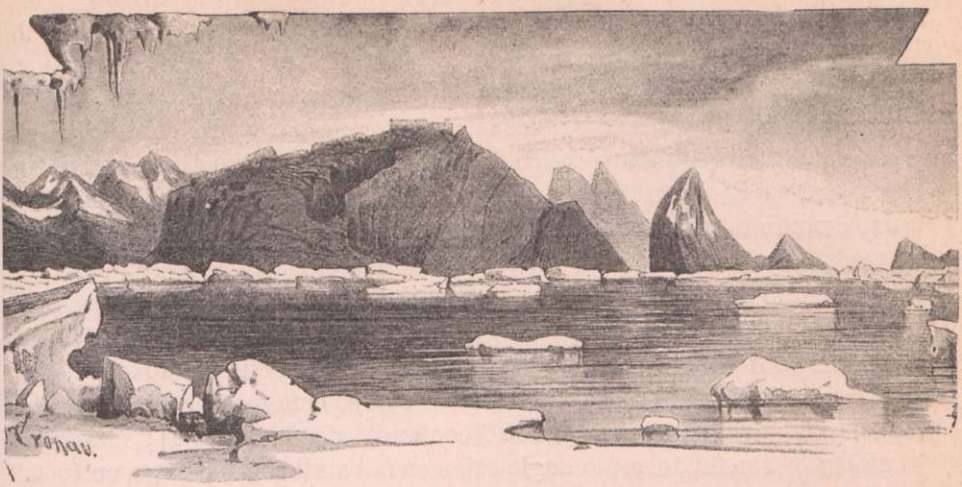
Lo más que pueden demostrar es el contacto con otros países que ha tenido América en tiempos nada remotos, pero no la procedencia del hombre, que seguramente habitaba ya en el Nuevo Mundo antes de que ninguna de las razas actuales del Antiguo ocupasen las residencias en que al presente viven ni siquiera hubiesen alcanzado todavía sus rasgos característicos.»

Pero si bien es cierto que deben rechazarse todas las teorías y tentativas encaminadas á querer derivar la cultura americana de la del Mundo Antiguo, y sobre todo los casos concretos que se relacionan con Fusang y con el emperador mogol Kublai Khan, no puede hacerse lo mismo con la posibilidad de que navegantes del Este de Asia, en tiempos anteriores á Colón, llegasen á las orillas Oeste de América. Es muy probable, por el contrario, que así sucediese, y bien claro lo demuestra el hecho de haberse encontrado con frecuencia *dschonkas* japonesas (juncos) varadas sobre la arena de la costa Nordeste de la América del Norte. Solamente en el año 1873, el periódico *Overland Monthly*, de San Francisco, ha dado á conocer cincuenta casos auténticos en el transcurso de los últimos noventa años. El Kuro Siwo (río Negro) fué el que condujo aquellas embarcaciones hacia el Este. En el año de 1805 se estrelló una *dschonka* en las inmediaciones de Sitka. En el de 1813 encontró el capitán Jennig, que mandaba el brig inglés *Fórrester*, en las islas de la reina Carlota, una gran barca japonesa que había sido durante largo tiempo juguete de las olas y en la que sólo restaban tres hombres de la tripulación, que vivían de las escasas provisiones que aún conservaban. El capitán Cop, de Nueva Londres, salvó en el año de 1813 á quince ó veinte marineros japoneses que tripulaban una *dschonka* totalmente desarbolada, á 40° de latitud Norte y 170 de longitud Oeste, y los desembarcó en Lahaina (islas Sand-Wich). En el cabo Flattery, Estado de Wáshington, naufragaron en 1833 unos japoneses, que fueron unos asesinados y otros reducidos á esclavitud por los indios. Poco tiempo después embarrancó otra de estas embarcaciones, con cargamento de cera, en la embocadura del río Colombia. En 1853 se encontró el casco de otra en las cercanías de las islas San Benito, en las costas de California. El capitán Brooks, que tripulaba la *Leverett*, encontró en 1855 una *dschonka* abandonada bajo el grado 42 de latitud Norte y el 170 de longitud Oeste. En 1871 se estrelló otra embarcación japonesa tripulada por doce hombres contra las rocas de la isla Attu. Hacía tres meses que habían salido del Japón. En esta misma isla fueron recogidos cuatro japoneses, y el 16 de diciembre del mismo año la goleta *Hútchinson* condujo á San Francisco á tres más que habían naufragado en la isla Atka, y que eran los únicos sobrevivientes de la tripulación de la *Jinko Maru*, procedente de Matsakka.

Todo esto prueba que el hombre, aunque contra su deseo, ha llegado del Este de Asia hasta América; y que estos casos han tenido efecto desde hace muchos siglos, pruébalo el hecho de haberse encontrado en los antiguos mounds ó sepulcros indios de la isla de Vancouver monedas chinas del siglo V.



Modelo de templo antiguo



Cabo Farewell, ó sea la punta Sur de Groenlandia (dibujo original de R. Cronau)

VIAJES REALIZADOS POR LOS ESCANDINAVOS Á GROENLANDIA Y FINLANDIA (1)

De muchísimo más interés que los totalmente legendarios y cuasi inverosímiles viajes de los chinos á las costas Nordeste de América, son las comprobadas travesías realizadas por los escandinavos noruegos á Groenlandia y á las costas orientales del Continente norte-americano.

Corsarios más intrépidos y temerarios que estos *wikingos*, es decir, guerreros, como ellos mismos se calificaban, es difícil que hayan existido jamás, pues sus barcos no sólo recorrían los mares patrios, sino que también se aventuraban por el inmenso Océano y, ávidos de botín y de conquista, extendían sus correrías con temeridad incomprensible hasta las costas españolas y hasta el Mediterráneo, fundando colonias en Sicilia y en la Italia del Sur, y aun atreviéndose á atacar al imperio griego.

Con rapidez suma sometieron á su dominio las islas Feroe, Setlandia, Orkneya y las Hébridas, establecieron diversos reinos en Irlanda, se erigieron soberanos de Rusia y penetraron con su escuadra, siguiendo el curso de los ríos, hasta las ensenadas del país de los francos, conquistando, saqueando é incendiando cuantas ciudades y pueblos hallaron á su

---

(1) Esta Finlandia es el territorio que en la actualidad ocupan los Estados de Pensilvania y Nueva York. Hacemos esta aclaración para que no se confunda con la Finlandia rusa.

paso. Todas las costas europeas quedaron sometidas á su poder: por el Elba penetraron hasta Hamburgo; por el Rhin hasta Colonia y Bonn; por el Loira llegaron hasta Orleáns; por el Garona hasta Tolosa, y, finalmente, por el Tajo penetraron en Lisboa, y en Sevilla por el Guadalquivir. En el año de 885 llegó un ejército de 40.000 hombres, que tripulaban 700 barcos, al río Sena, subieron por él hasta París, y sólo levantaron el bloqueo cuando hubieron logrado las 7.000 libras de plata que pidieron por el rescate de la ciudad.

Llevando sus ligeras embarcaciones á cuestas ó en carros, y buscando las partes vadeables de los ríos, lograron arribar hasta la antigua ciudad imperial de Aquisgrán y destruirla, convirtiendo en cuadra de sus caballos la iglesia fundada por Carlo-Magno. Y no se contentaron tan sólo con haber establecido sus reales en la Normandía desde el año 911, sino que también dieron fin del reino anglo-sajón en la batalla de Hastings, en 1066.

Tan grande era el miedo que inspiraban con su rudo valor é incontrastable temeridad, que en todas las iglesias alemanas y francesas se rezaban estas palabras: *A furore Normannorum liberanos Domine* (líbranos, Señor, del furor de los normandos).

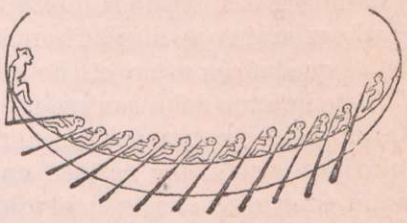
La causa principal de estas guerras conquistadoras era que el suelo de los países escandinavos, muy pobre de suyo, no suministraba el sustento suficiente para atender á las necesidades de la vida de su numerosa población. Además había muchos príncipes sin esperanzas de reinar y sedientos de gloriosas hazañas, y por lo tanto armaban gran número de gentes ávidas de botín y se embarcaban con ellas para ser *reyes del mar*, y, en consecuencia, saquear cuantas poblaciones costeras podían, con lo que, además de obtener honra y provecho, conquistaban algún reino cuando les era posible.

La introducción del cristianismo á mediados del siglo IX, como asimismo la constitución de una nacionalidad, fué causa de que muchos normandos, aferrados á sus antiguas creencias é idólatras de su independencia, abandonaran su patria emigrando de ella.

Estos *reyes del mar*, cuya gloria consistía en *no dormir jamás bajo ahumadas vigas ni apurar nunca el contenido de su cuerno al lado del fuego del hogar*, y que llevaban constantemente vida aventurera de bandidos en el Océano, hacían uso para realizar sus fechorías de embarcaciones muy ligeras, de tamaño regular, *espumosos caballos de las olas*, dirigidas por medio de velas y de remos. Una de las mayores embarcaciones de esta clase fué la llamada *El Dragón*, mandada construir por Olaf. Medía, según dicen, 35 metros de longitud, y tenía 24 asientos para otros tantos remeros. La popa y la proa estaban ricamente adornadas con sobredorados ornamentos.

Los buques con que Swein arribó en el año 1004 á las costas de Norfolk tenían la cubierta muy alta y en el coronamiento de proa se veían varias figuras de cobre sobredorado representando leones, delfines, hombres y bueyes, y en el extremo superior de los mástiles llevaban banderas de figura de aves con las alas extendidas. El buque en que iba Swein, llamado *El Gran Dragón*, afectaba la forma de uno de esos fabulosos animales, y se distinguía de los demás por un gran estandarte de seda blanca, en el que habían bordado las tres hermanas de Swein un cuervo volando y con el pico abierto.

Además de estas embarcaciones poseían los normandos unos botes más pequeños llamados *holker*, y otros barcos de tamaño medio, provistos de asientos para los remeros, y á los cuales barcos denominaban *snekkar*, ó sea barcos serpientes, que podían ser transportados á tierra con gran facilidad. Para el espionaje en alta mar se servían del cuervo.



Antiguo bote normando de remos.
De una escultura de la piedra de Hoeggeby

Durante el período de estas conquistas, sucedió algunas veces que, en las regiones tempestuosas de los mares del Norte, los buques de los normandos fueron arrojados por las olas á grandes distancias, accidente que proporcionó en el año 861 al guerrero Naddodd, al querer navegar desde Noruega á las islas Feroe, el descubrimiento de la lejana costa de Islandia, donde los normandos fundaron después gran número de florecientes colonias.

Un tal Gunnbjoern, hijo de Ulfrkraka, en la travesía á estas colonias fué arrojado hacia la parte Oeste de la isla, y no sólo descubrió hacia el Norte de ésta un grupo de pequeños páramos, que fueron bautizados con el nombre de *Gunnbjar-narsker* (ejércitos de Gunnbjoern), sino que también vió á lo lejos un país más dilatado, que era la actual Groenlandia. Este acontecimiento tuvo lugar á fines del siglo IX, ó, todo lo más, á principios del X (1).

Entre los años 970 y 980 hizo el islandés Schnaebjorngalti el ensayo de invernar en Gunnbjarnarsker. Lo consiguió, pero las disensiones y rencillas que tenían lugar entre su gente impidiéronle prolongar por más tiempo su residencia en aquellos parajes. Posteriormente, en el año 982 ó 983, el descendiente de una noble estirpe de Islandia, llamado Eirikhinn Raudi (Erico el Rojo), que fué desterrado por tres años de su patria á causa de un homicidio, decidió establecerse en el país que había divisado Gunnbjoern.

(1) Diferentes autores aseguran que fué en el año 876 después de Jesucristo.

Acerca de su viaje da varios informes el sacerdote islandés Are Thorgilsson Frode, y en ellos dice lo siguiente:

«El país llamado Groenlandia fué descubierto desde Finlandia y colonizado poco tiempo después. Erico el Rojo se llamaba el hombre que vino desde Bredefjord y se apropió la comarca, que tiempo adelante tomó el nombre de Erikofjord. Bautizó al país llamándole Groenlandia (país verde), pues, según su opinión, este nombre atraería á las gentes de otras regiones. Los primeros colonizadores encontraron, lo mismo al Este que al Oeste, viviendas, restos de embarcaciones y herramientas de piedra, lo que prueba que las mismas gentes que viven en Finlandia, y á las que los groenlandeses dan el nombre de *skaelingares*, habían recorrido también aquel país. Erico el Rojo empezó á edificar el país próximamente 14 ó 15 inviernos antes de la introducción del cristianismo en Islandia, según la relación que hizo á Thorkel Gellersen, en Groenlandia, un hombre de los que habían acompañado hasta allí á Erico el Rojo.»

Este informe del sacerdote islandés mencionado, fué escrito poco más de un siglo después del descubrimiento de Groenlandia é impreso por primera vez en el año de 1688 en Skalholt, ciudad de Islandia, copiado de un pergamino escrito en el idioma islándico.

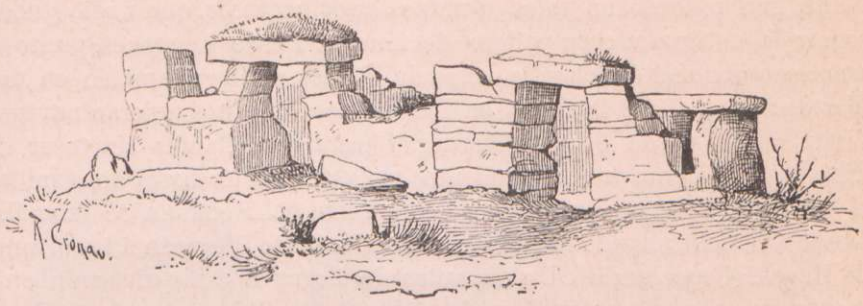
Erico el Rojo volvió á Islandia en cuanto cumplió el tiempo impuesto á su destierro; pero regresó á Groenlandia con 35 buques en el verano del año 986. De estos 35 buques sólo llegaron 14 á aquel país, pues los restantes unos se fueron á pique y otros, empujados por vientos contrarios, retornaron á las costas islándicas.

Erico estableció sus reales en la comarca que llevaba su nombre y allí fundó la residencia llamada Brattahild. Algunos exploradores opinan que el antiguo Erikofjord es idéntico al actual Igalikofjord, y aun creen ver en las murallas de un edificio derruído que mide 16 metros de largo por seis de ancho, y las cuales murallas tienen un metro de espesor, los restos de la antigua Brattahild, donde no sólo residió Erico el Rojo sino también Leif, que fué el que descubrió á Finlandia, y luego, emprendiendo sus memorables viajes desde Brattahild, á América.

Las emigraciones de colonizadores noruegos á Groenlandia aumentaban por modo notable, y gracias á ellas era mayor cada día el número de granjas y lugares edificados en las bahías. Estas colonias llegaron á adquirir gran importancia, y en el siglo XIII alcanzaban la respetable cifra de 280 con una población, en conjunto, de 10.000 habitantes. Solamente en el distrito de Eystribygd había 200 colonias; las demás estaban situadas en el de Vestribygd. La situación que ocupaban estos dos distritos no pudo averiguarse en mucho tiempo, pues se creía que Eystribygd, guardando relación con su nombre, debía de hallarse en la costa Este de

Groenlandia, mientras que á Vestribygd se le suponía en la parte occidental. Según opinión de otros, ambos distritos debían encontrarse en la parte Oeste; pero por lo que se deduce de las ruinas normandas halladas recientemente al Este de esta tierra, como asimismo por las descripciones de Ivar Bardsen, se comprueba la exactitud de la primera opinión.

Del mismo modo que en Islandia, el cristianismo fué introducido en Groenlandia poco tiempo después del descubrimiento del país, pues ya en el año 999 llegó á sus playas el primer misionero procedente de Noruega conducido por Leif, hijo de Erico. Y si bien al principio los esfuer-



Ruinas de la vivienda de Erico el Rojo
(vista tomada en la segunda expedición alemana al polo Norte)

zos del mensajero del Señor no alcanzaron gran éxito, pues los colonizadores se aferraban con gran tenacidad á sus antiguas creencias, no dejó de arraigar la semilla vertida, y cada día más, en el transcurso del siglo siguiente, siendo muchísimos ya los adeptos con que contaba la nueva religión. Con tal motivo se erigieron escuelas, iglesias y conventos, que estaban bajo la autoridad del arzobispo de Drontheim, en Noruega. En el año de 1121, Groenlandia alcanzó la gracia de tener su obispo propio, el cual obispo fijó su residencia en Arnald. A este primer obispo sucedieron en el transcurso del tiempo diez y seis más, del último de los cuales todavía se hizo mención en el año 1409 (1).

La residencia de estos obispos era Gardar, donde se han encontrado las ruinas de la iglesia y del convento á ella unido.

Para las relaciones posteriores de las colonias groenlandesas, ofrece gran interés la descripción de Groenlandia que, debida á Ivar Bardsen, que vivía en Gardar en el siglo XIV como vicario de la silla episcopal,

(1) Posteriormente hubo también en Groenlandia obispos titulares, cuya lista se cerró en 1537.

aún se conserva, y que á continuación traducimos y reproducimos fielmente (1).

Dice así: «Hombres experimentados naturales de Groenlandia, llegados recientemente, refieren que desde Noruega á Hornos, en la costa oriental de Islandia, hay siete días de travesía hacia Occidente. De Snafjeldsnas, en Islandia, desde donde la distancia es más corta hasta Groenlandia, se llega en cuarenta y ocho horas de navegación, avanzando más hacia el Oeste, á las rocas de Gunnbjoerns, que se hallan á la mitad del camino, entre Groenlandia é Islandia. Antiguamente ésta era la ruta que se acostumbraba á seguir, pero en la actualidad los hielos venidos del Norte han rodeado en tales términos estos peñascos, que nadie puede seguir la antigua vía sin peligro de muerte. Desde Longnaes, punto el más septentrional de Islandia, cerca de Hornos, se llega también en dos días de navegación á Svalbard en Habsbotnaes. Cuantos quieran navegar directamente desde Bergen (Noruega) hasta Groenlandia sin tocar en Islandia, tienen que ir derechamente hacia Occidente hasta doce millas al Sur de Reykianaes, promontorio de la costa del Mediodía de Islandia. Desde allí, continuando la ruta en dirección Oeste, llegarán á las alturas de Havarf (Groenlandia). Un día antes de llegar á éstas divisarán otro monte de gran elevación llamado Hvitserk (2). (Véase el grabado de la página 139). Entre estos dos montes hállase la serranía de Herjulfsnas, cerca del puerto de Sandhavn, el cual puerto es sumamente frecuentado por los noruegos y otros marinos. Quien quiera navegar desde Islandia á Groenlandia, se verá precisado á tomar rumbo en dirección occidental desde Snaefjeldsnaes, situado doce millas al Oeste de Reykianaes, y después tomar la dirección Sudoeste para rodear los témpanos de hielo de las rocas de Gunnbjoerns, timoneando por fin en dirección Nordeste para llegar en un día á Havarf. El Herfjulfsnaes, que es la parte más cercana, y ya habitada, de Groenlandia, lleva el nombre de Skagefjord y es lugar muy concurrido. El puerto de Berefjord, que se halla más al Oeste, está deshabitado. Su entrada está obstruída completamente por bancos de arena, y con tal motivo las embarcaciones de mucho calado sólo pueden penetrar en él cuando sube la marea, con la que entran al mismo tiempo gran número de ballenas en la bahía. La pesca del gran cetáceo, que abunda mucho en aquel golfo, le está permitida á todo el que tenga permiso del obispo, pues el fiordo pertenece á la iglesia catedral. Dentro de este fiordo hay un gran vórtice, llamado de La Ballena porque en él acos-

(1) El original de esta descripción se ha perdido, pero se conservan varias copias de él.

(2) El actual cabo Farewell.

tumbran á quedarse éstas cuando la marea desciende. Más al Oeste de Berefjord hay otro fiordo denominado Ollumlengri, el más largo de todos. Es bastante estrecho en su embocadura, pero va ensanchando gradualmente hasta alcanzar anchura bastante regular, siendo tal su longitud que hasta el día nadie ha podido encontrar su fin. Se halla sembrado de gran número de islotes, y por todas partes se ven surcando los aires infinidad de aves que llenan el suelo con sus nidos y sus huevos. Por ambos lados del fiordo extiéndense grandes llanuras cubiertas de hierba. Más al Este hállase el puerto de Finnsbuda, así llamado porque en tiempo de San Olaos naufragó allí un barco y se ahogaron un sacerdote del santo y

Sellos de los obispos groenlandeses

Obispo Enrique (1388)

Obispo Jacobo (1417)

Obispo Jacobo (1417)

otros muchos. Los que sobrevivieron dieron sepultura á las víctimas, y sobre sus sepulcros pusieron grandes cruces de piedra, que aún se ven en la actualidad. Más al Oriente, ya cerca de las montañas de hielo, se llega á la gran isla de Korsoe, que es el lugar predilecto para dar caza á los osos polares; pero como también esta isla es propiedad de la iglesia, nadie puede cazar en ella sin haberse antes provisto de la autorización correspondiente. Desde este punto, á dondequiera que se dirija la vista tan sólo se distingue hielo y nieve.

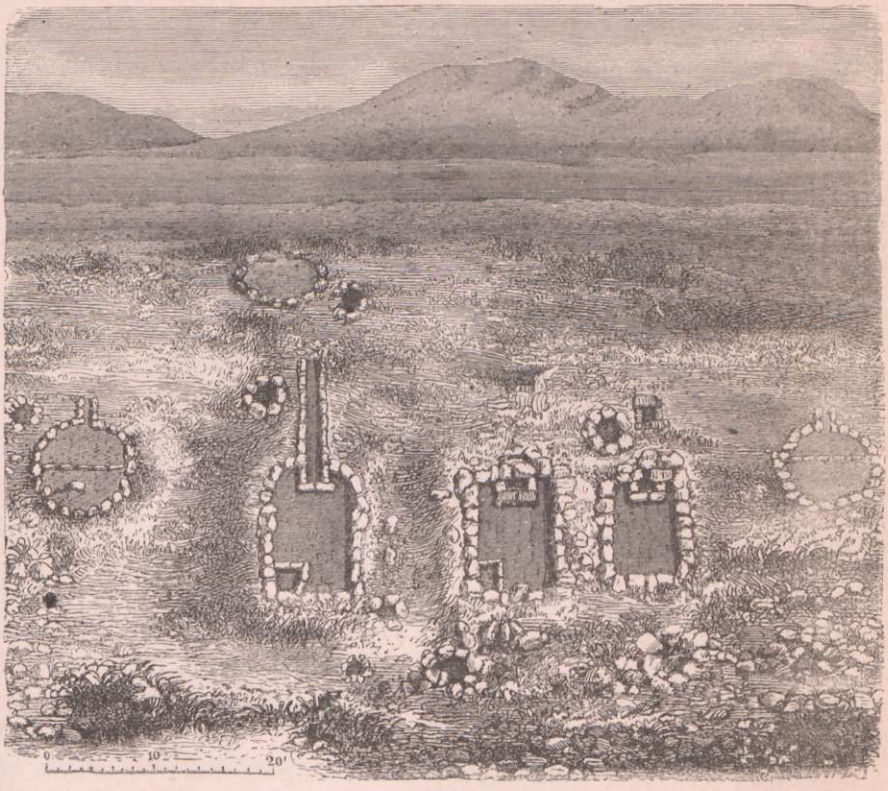
Volviendo á las colonias groenlandesas, ya hemos dejado comprender que el distrito de Skagefjord es el que está situado más al Este entre todos los de Groenlandia, mientras que al Oeste se halla Ketilsfjord con gran número de colonias. A la entrada de este último hay una gran bahía en la que embocan varios ríos, y cerca de la bahía se eleva una iglesia bajo la advocación de la Santísima Cruz de Auroos, á la cual iglesia pertenecen

cuantos terrenos se encuentran en las afueras del fiordo hasta llegar á Herjulfsnaes, más las islas, las rocas, y cuanto el mar arroja á la playa, como asimismo en el interior hase apropiado todo el país hasta Petersvig. Un gran territorio inhabitado se extiende allí, territorio en el que se encuentra un lago de 11 kilómetros de ancho, muy rico en pesca, perteneciente á la iglesia de Petersvig, con todas las tierras de los alrededores. No lejos de la iglesia hay un gran convento de canónigos dedicado á San Olaos y á San Agustín. Después de Ketilsfjord sigue Rafnsfjord, en cuyo interior se levanta un convento de benedictinos Este convento es propietario de cuanto se encuentra en el interior del fiordo, mientras que á la iglesia de San Olaos pertenece todo el terreno del exterior. Por el mismo fiordo hay muchas isletas diseminadas en las que brotan varios manantiales de aguas termales que hacen que en el invierno se eleve mucho la temperatura, al paso que en el verano tan sólo alcanza un término medio, y que además de servir para baños se utilizan como remedio en diversas enfermedades.

Sigue al anterior el Einarsfjord, y las tierras que se hallan entre él y el ya mencionado Rafnsfjord son propiedad de los reyes y llevan el nombre de Foss. En ellas hay una iglesia dedicada á San Nicolás, y cuyo sacerdote lo elige el monarca. En las cercanías se encuentra un gran lago abundantísimo en pesca, cuyas aguas, como las del mar, experimentan flujo y reflujo. A la izquierda de la entrada del Einarsfjord se extiende un brazo de mar denominado Thorvaldsvig, y más allá, hacia el interior, elévase el promontorio Klining, y más al interior aún se encuentra la bahía de Gravevig, con el pueblo de Dalr, que pertenece á la catedral. Esta se halla emplazada en el ángulo más saliente del fiordo, en cuyo punto hay un gran monte, en el que apacientan los ganados pertenecientes á la iglesia, la cual iglesia es dueña, no sólo de todo el Einarsfjord, si que también de la gran isla de Rensoe que se halla á la entrada de él. La tal gran isla es en verano centro de reunión de los renos, cuya caza no se permite sin autorización del obispo. En Rensoe hay varias canteras de la mejor piedra que se conoce para ser labrada, y con la que los naturales construyen vasijas y pucheros que resisten la acción directa del fuego. Más al Oeste, enfrente de la parte más alta de la comarca, se extiende la isla Langoe, en la que hay ocho grandes huertos. Esta isla es también propiedad de la catedral, pero los diezmos pertenecen á la iglesia de Hvalsoer, que no sólo posee este fiordo, sino igualmente el próximo de Kambstade. A orillas de este último hay un extenso territorio realengo conocido por el nombre de Thjodhildestad.

El fiordo más cercano es el Erike, á cuya entrada se encuentra la isla Erikoe, que pertenece, por partes iguales, á la catedral y á la iglesia de

Dyrnaes. Esta última iglesia es la más visitada de todas las de Groenlandia, se eleva sobre la orilla izquierda del Eriksfjord, y posee todo el país hasta Midfjord, que se extiende al Nordeste del anterior. Hacia el centro de este último está la iglesia de Solfjall, á la cual pertenece la mayor parte de Midfjord. Más allá se encuentra la iglesia de Leida, cuyos dominios comprenden, desde el extremo del fiordo, toda la comarca que hay



Restos de chozas esquimales

hasta Burfjall, y lo que resta es propiedad de la catedral. Allí se encuentra la gran colonia de Brattahlid, donde reside el gobernador. Más al Oeste de Langoe hay diseminadas cuatro islas que se conocen por el nombre de Lamboe, el cual nombre lleva también el estrecho que allí se encuentra. Más al interior, próximo al Eriksfjord, está el estrecho de Fossa. Las mencionadas islas son propiedad de la catedral. Al Norte del Eriksfjord hay dos brazos de mar denominados *Idrevig* (el Exterior) é *Indrevig* (el Interior), y al Norte de éstos se halla el Bredefjord con el Mjoenfjord Siguen después el Eyrar, el Borge, el Lodmunder y, finalmente, el Isefjord, último

fiordo perteneciente al Oster Bygd. Todas las islas intermedias son visitadas por los habitantes del territorio.

Las dos grandes colonias del Este y Oeste de Bygd se hallan separadas la una de la otra por un territorio de doce millas de extensión inhabitado en absoluto. En el Bygd del Oeste se halla la gran iglesia de Stennaes, que por espacio de mucho tiempo fué catedral y residencia del obispo; pero los skellingeros, habitantes de toda la colonia del Oeste, se han apoderado de Bygd. Abundan en esta comarca los caballos, bueyes y ovejas, pero todos estos animales se hallan en estado salvaje. El resto del país está completamente desierto.

Ivar Bardsen, groenlandés que fué muchos años vicario de Garda, residencia episcopal en Groenlandia, asegura haber visto cuanto dejamos descrito. Este groenlandés fué, además, uno de los individuos enviados por el gobernador con objeto de expulsar á los skellingeros del Bygd del Oeste, los cuales enviados, á su arribo, no hallaron en el país alma viviente, en cuanto se refiere á seres humanos, y sí tan sólo gran número de ovejas y vacas bravas, con las que cargaron sus barcos hasta no poder más.

Al Noroeste de Bygd se eleva el gran monte de Hemelrachi, á cuya base no puede acercarse ningún buque sin peligro de estrellarse, á causa de los peligrosos vórtices que allí forman las olas.

Groenlandia es rica en minas de plata, una raza de osos blancos con manchas rojizas en la cabeza, halcones blancos, barbas de ballena y dientes de caballo marino, y al mismo tiempo aventaja á todos los demás países en la abundancia y variedad de especies de pescados. Posee también diversas clases de piedras de colores, las cuales piedras utilizan los naturales para hacer pucheros, urnas y otras vasijas, á cuyos objetos dan tan gran tamaño que pueden contener de 10 á 12 *hogsheads* (1) de líquido. Además de todo lo indicado abundan los renos.

Groenlandia nada tiene que temer de las tempestades, pues si bien es cierto que nieva bastante, el frío no es tan intenso como en Islandia ó Noruega. En la cúspide de los montes y cerros, como igualmente en los valles, hállanse unos frutos muy parecidos por su forma á la manzana y de un aroma exquisito. Igualmente se cría allí la mejor especie de trigo.» Hasta aquí llega la descripción del antes citado Ivar Bardsen.

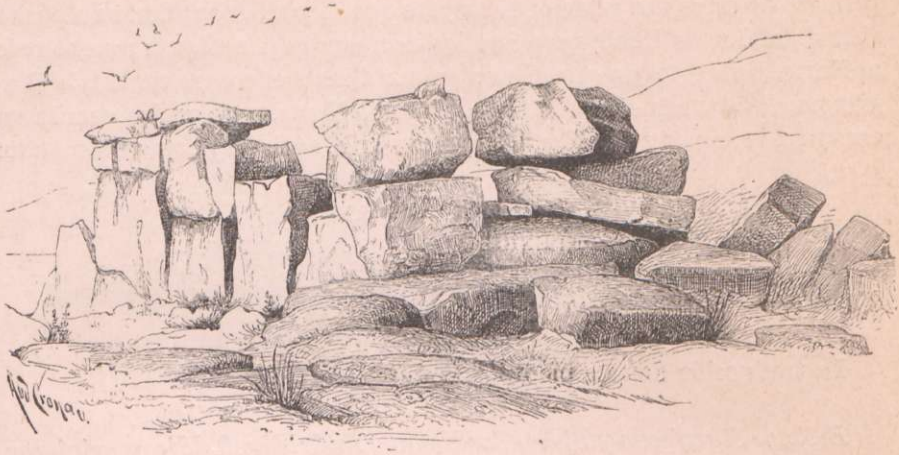
La ocupación predilecta de los groenlandeses durante el verano era la pesca, industria que practicaban mandando cada propietario varios grandes botes destinados al transporte de los pescados y maderas que podían recoger.

---

(1) Según Nordenskiold, una *hogshead* es igual á una tonelada.

El suelo de Groenlandia producía poco; así es que el mar era el que suministraba principalmente lo necesario al sustento de los habitantes del país, como igualmente los artículos para el comercio que sostenían con el extranjero, los cuales artículos eran, en primer término, dientes de caballo marino, la piel de este mismo animal, con la que se hacían los mejores cables, y por último los pescados secos y las pieles de vacas y ovejas.

En cuanto tiene relación con los asuntos eclesiásticos en Groenlandia, debemos consignar que los obispos tuvieron que pagar al Papa los diezmos conocidos por el nombre de *ochavo de San Pedro,* hasta el año de 1400;



Ruinas de Brattahlid, en Groenlandia
Dibujo sacado de una fotografía por Rodolfo Cronau

y, según una referencia, en el año de 1327 los pagaron en *dentibus de Roardo,* esto es, en dientes de caballo marino, cuyo valor excede al del marfil. En el dicho último año fué tal la abundancia de estos dientes que produjo 130 libras de líes.

La exploración minuciosa de este país la llevaron á efecto los colonizadores normandos; y no tan sólo visitaron y estudiaron todas sus costas, sí que también se proporcionaron gran número de datos acerca de sus cercanías. Y dedúcese que consiguieron la realización de tal empresa, por la circunstancia de que ya tenían por entonces conocimiento de la actual Baffinslandia, como asimismo de las islas que se hallan en el estrecho de Láncaster.

En el año de 1266 armaron los groenlandeses, bajo los auspicios de algunos sacerdotes, una pequeña escuadra para realizar una expedición polar en toda regla, con el determinado objeto de hacer una detenida exploración de los mares glaciales. El relato fiel é histórico de esta expedi-

ción se conserva en un escrito que el sacerdote Haldo dirigió al capellán Arnold, capellán este último que anteriormente había estado en Groenlandia y que en aquella sazón se encontraba en la corte del rey Magnus Lagavanter, en Noruega. Por aquel tiempo, casi todos los escandinavos y normandos de alguna importancia que habitaban la Groenlandia poseían embarcaciones perfectamente construídas, con las que se dedicaban á la pesca en las aguas groenlandesas. Las regiones más septentrionales, que eran las que los habitantes de Groenlandia visitaban con regularidad en el período de sus excursiones pesqueras, las llamaban Norosetur, y las estaciones principales de éstas eran Greipar y Kroksfjordarheidi. Como la primera de estas dos estaciones creyóse que se podía considerar un punto situado al Sur de Bisco; pero que los normandos penetraron mucho más al Norte, dedúcese de que el explorador Graah encontró en la isla Kingiktorsoak, situada en los 72° 55′ de latitud Norte, una piedra escrita en caracteres rúnicos y que dice lo siguiente en el antiguo idioma normando:

ELLIGR. SIGVADS. SON. R. OK. BJANNE
TORTARSON: OK: ENRIDI. ODSSON. LAUGARDAG.
IN. PYRIR. GAGNDAG.
HLODU. VARDATE. OK. RUDDU: MCXXXV.

La traducción de esta piedra es como sigue:

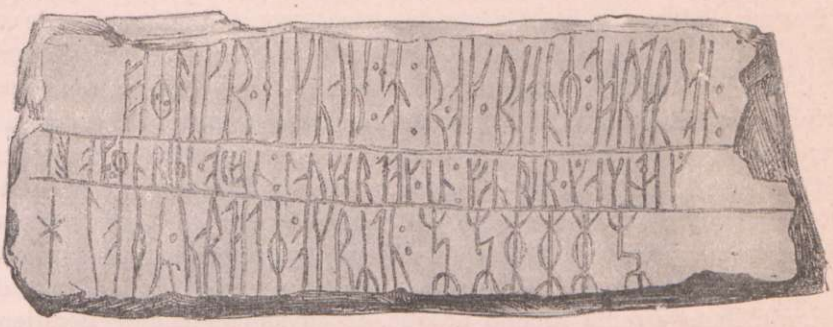
Erlingr Sigvatsson y Bjarn Tordisson y Endridius0 ddison erigieron este monumento el séptimo día antes del Gagn (25 de abril) *y grabaron estas runas el año* 1135.

Desde Kroksfjordarheidi, donde habían establecido sus cuarteles de verano los normandos, que se dedicaban á la pesca, se dirigieron más al Norte los exploradores polares; pero desde el principio tuvieron que luchar contra las espesas nieblas que los rodeaban por todas partes. Cuando éstas se desvanecieron, aunque no del todo, se encontraron delante de gran número de islas habitadas por manadas de focas y leones marinos. También había muchas ballenas y multitud de osos blancos, y tan luego como se internaron hasta la extremidad del golfo viéronse rodeados de témpanos de hielo y glaciares. Diversas huellas que observaron les indicaron que estas regiones habían sido habitadas en tiempos anteriores por los esquimales; pero el miedo á los osos les impidió desembarcar, navegaron á lo largo de la costa hacia el Sur, y á los tres días volvieron á encontrar vestigios del paso de los esquimales en algunas islas situadas al Sur de un promontorio al que bautizaron con el nombre de Suisfell.

Prosiguieron su viaje hacia el Sur remando sin descanso un día entero. Las noches en aquella región eran extremadamente frías, no obstante de que el sol alumbraba constantemente.

La expedición volvió á Gardar con toda felicidad, y de las observaciones hechas durante el viaje se pudo deducir que los expedicionarios llegaron hasta el 75° 46′, cosa que, sobre no ser inverosímil, demuestra que sólo los exploradores más modernos de las regiones polares han logrado aventajar á los normandos.

Igualmente se llevaron á efecto viajes á lo largo de la costa Este de



Piedra escrita en caracteres rúnicos, encontrada en la isla Kingiktorsoak por Graah que se halla en la actualidad en el Museo de Antigüedades de Copenhague
Dibujo del natural por R. Cronau.

Groenlandia, y es muy probable que los antiguos groenlandeses conocieran perfectamente estas porciones de costa, como asimismo que supieran abrirse camino por entre sus bancos de hielo, lo cual no han conseguido aún del todo los viajeros de la época presente. Los groenlandeses llamaron á estas costas Svalbard ó Svalbardi.

De mucho mayor interés que estas travesías son para la historia de América los viajes á Finlandia por los colonizadores groenlandeses. El relato de estos viajes se encuentra en gran número de manuscritos pertenecientes á los siglos VI y VII, encontrados en algunos conventos islandeses, y los cuales manuscritos se guardan al presente en varias bibliotecas de Noruega y de Dinamarca. El más importante de estos documentos es el *Codex Flateyensis*, que fué hallado en el siglo XVII en la colección de libros del convento de Flatey, en la isla del mismo nombre, convento que fué fundado en 1172. Este *Codex* se conserva hoy día en la Biblioteca Real de Copenhague. Los demás relatos se encuentran en la llamada *Heimskringla Saga*, en la historia de *Adams de Bremen* y en otros lugares.

A los ilustres sabios dinamarqueses Rafn y Rink se debe una inteligente recopilación de los citados manuscritos, y de la cual resultan ordenados los viajes de la manera siguiente:

I. VIAJE DE BJARNE HERJULFSON

En la primavera del año 986, cuando se trasladó Erico el Rojo de Islandia á Groenlandia y fundó la residencia de Brattahlid en el Eriksfjord, acompañábale un islandés llamado Herjulf Bartson, que fundó también en Groenlandia una colonia que tuvo por nombre Herjulfsnes. Este islandés tenía un hijo llamado Bjarne, que á la sazón se hallaba de viaje hacia Noruega, y que volvió á Islandia después de haber su padre emprendido la travesía á Groenlandia. A pesar de serle desconocidas las aguas de este país, como igualmente la dirección que los expedicionarios habían tomado, decidido á buscar á su padre, y sin tomarse siquiera el tiempo necesario para desembarcar las mercancías que llevaba, volvió á hacerse á la mar con toda su tripulación. A los tres días de navegación se levantó tan fuerte viento Norte y era tan densa además la niebla, que no sabían dónde se hallaban. Transcurrieron bastantes días sin que el sol pudiese atravesar con sus rayos aquella atmósfera vaporosa, y cuando lo consiguió divisaron tierra á muy corta distancia. Acercáronse y vieron que el país era bastante llano y tenía mucho bosque, de cuyas condiciones dedujeron que no podía ser Groenlandia la tierra que á la vista se les presentaba, siendo así que no se hallaban en ella las grandes montañas de hielo. Dejando, pues, la costa á su izquierda, navegaron con viento Sudoeste dos días más, al cabo de los cuales divisaron otro país, también, como el anterior, de superficie llana y poblado de espeso bosque. Sin desembarcar tampoco allí prosiguieron el viaje otros tres días empujados por el mismo viento, y al finalizar el tercero volvieron á ver tierra; pero ésta se hallaba tan cuajada de témpanos y peñascos, y convidaba tan poco á desembarcar, que sin detenerse en ella continuaron navegando, después de costearla y convencerse de que era una isla. Impulsados nuevamente hacia alta mar por el viento Sudoeste, á los cuatro días arribaron á unas costas que, según la descripción que conocían de las de Groenlandia, comprendieron que debían de ser éstas. Con tal motivo, Bjarne se decidió á desembarcar, y al anochecer llegaron á un promontorio que resultó ser Herjulfsnes, residencia de su padre, y renunciando á sus viajes comerciales Bjarne se estableció allí. El promontorio llegó á ser propiedad suya á la muerte de su padre.

Sin embargo de no poderse precisar con seguridad si es fundada la versión de que el primer país que encontró Bjarne en su viaje á Groenlandia fué la actual Nueva Inglaterra, el segundo Nueva Escocia y el tercero Nueva Fundlandia, Terranova, es muy probable que el hijo de Herjulf Bartson haya sido el primer europeo que divisó el Continente americano.

II. VIAJE DE LEIF ERIKSONS Á FINLANDIA

Poco tiempo después de los anteriores viajes, probablemente en el año de 994, emprendió Bjarne otro á Noruega desde Groenlandia, llegando hasta la corte del duque Erico, al que Bjarne hizo una relación minuciosa de los países desconocidos que había encontrado.

Reconvínole el duque por no haberlos reconocido detenidamente, y a reparar este descuido fué posteriormente Leif, hijo de Erico, á Groenlandia, se avistó con Bjarne Herjulfson, que ya había vuelto á ella, le compró el barco que éste poseía y se hizo á la mar con 35 hombres, con el solo objeto de explorar aquellos misteriosos y desconocidos países.

Guerrero normando. Reproducción del tapiz de Bayeux

Corría el año 1000 cuando emprendieron tan aventurada travesía. Al poco tiempo de navegación ya encontraron el último de los países vistos por Bjarne, largaron anclas y lanzaron botes para tomar tierra. El suelo, sumamente estéril, no ofrecía ni la más ligera brizna; internáronse un poco, y sólo encontraron inmensos témpanos de hielo, observando que el espacio comprendido entre éstos y el mar era un dilatado y pedregoso desierto, por cuya circunstancia bautizaron el país con el nombre de Hellulandia (País pedregoso). Esta región, sin duda alguna, es idéntica á la actual Nueva Fundlandia (Terranova).

Los audaces wikingos permanecieron poco tiempo en tan inhospitalarios lugares, y prosiguiendo el viaje hacia el Sur llegaron á otra región de superficie sumamente llana y muy poblada de bosque, que por todas partes ofrecía gran número de esos montecillos de arena conocidos con el nombre de dunas. La descripción de la costa de este país, que Leif denominó Marklandia, corresponde á la actual Nueva Escocia. Desde aquí, impulsados los viajeros por viento favorable del Nordeste, llegaron al cabo de cuatro días á un tercer país, en el que penetraron por una bahía situada entre una isla y un promontorio que se apartaba de la tierra firme en dirección Norte y Este. Los exploradores, siguiendo la corriente de un río, penetraron en un lago, largaron anclas, saltaron en tierra y decidieron construir algunas chozas; pero en lugar de éstas, á la entrada del invierno edificaron grandes casas y llamaron á la colonia que establecieron Leifs-

budir. La tierra era fertilísima, el mar y el río abundantísimos en salmones de gran tamaño y otros pescados, y el clima tan suave y benigno que no era necesario encerrar los ganados en el establo durante el invierno. La diferencia entre la duración del día y la de la noche era mucho mayor que en Groenlandia é Islandia, pues en el día más corto del año alumbraba el sol desde las ocho de la mañana hasta las tres de la tarde, lo que equivale á los 41° 24′ 10″ de latitud, y de lo que deducen diferentes exploradores que la colonia de Leif debió estar emplazada donde hoy se encuentra la actual Massachusetts. Para explorar con todo detenimiento el país, dividió Leif sus hombres en dos grupos, quedando á uno de ellos confiado el cuidado y vigilancia de la colonia, mientras que el otro tenía la misión de realizar excursiones y hacer un estudio concienzudo por los alrededores.

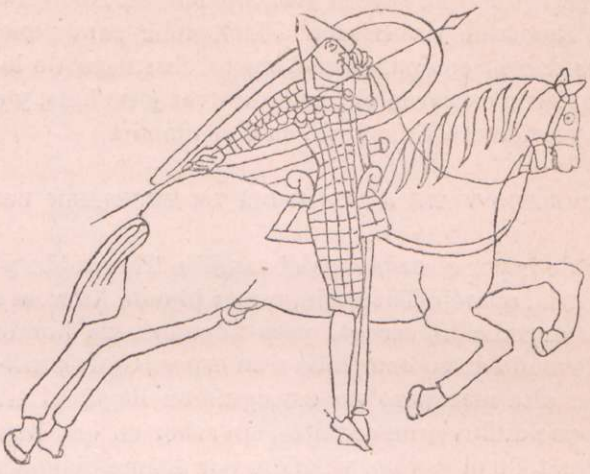
Aconteció un día que uno de los exploradores no volvió á reunirse con sus compañeros. Era éste un alemán llamado Tirkir (Diterico), hombrecillo de apariencia ruín, pero sumamente hábil en todo género de oficios. Había estado mucho tiempo al servicio del padre de Leif, y desde muy niño había sentido hacia su amo gran cariño. Así que, al efecto de buscarlo, púsose Leif en camino acompañado de doce hombres. Poco camino habían andado cuando les salió Tirkir al encuentro en un estado de agitación especial, y á las preguntas que Leif le hizo contestó primero en idioma alemán, al mismo tiempo que reía como hombre que se halla sumamente contento y satisfecho. Transcurrido breve rato habló en islandés, y entonces dijo que había visto vides y uvas en gran cantidad, las cuales conocía perfectamente por lo mucho que en su patria abundaban. Los audaces navegantes se dedicaron desde entonces á dos ocupaciones. Cargaron primero sus embarcaciones de madera, y vendimiaron cuantas uvas pudieron hasta llenar un gran bote, y al llegar la primavera volvieron á Groenlandia con aquel cargamento.

Leif dió á este país el nombre de Finlandia (País del Vino).

III. VIAJES DE THORWALDO ERIKSONS

La relación hecha por Leif acerca de sus viajes de descubrimiento excitó poderosamente la atención pública en Groenlandia, y en su consecuencia en el año de 1002 emprendió un viaje á aquel país Thorwaldo, hermano de Leif, acompañado de 30 hombres y en el mismo buque que éste. Con toda felicidad llegaron á Leifsbudir, en donde invernaron y se dedicaron á la pesca. En la primavera del año de 1003 envió Thorwaldo una parte de su gente en un bote á realizar un reconocimiento de la costa del Sur. Era ésta muy abundante en bosque, y las aguas que la circuían eran

poco profundas y estaban sembradas de islas; pero por ninguna parte vieron huellas del ser humano, excepción hecha de una isla situada al Oeste, en la que hallaron una especie de choza hecha con leña. En el otoño volvieron á Leifsbudir. En el verano de 1004 navegaba Thorwaldo en su gran buque hacia el Este, y siguiendo la dirección Norte llegó á un gran promontorio rodeado de una bahía, al cual promontorio bautizó con el nombre de Kialarnes (cabo Pedregoso). Desde aquél se llegaba á otro promontorio cubierto de bosque. Todo el país era tan hermoso, que Thorwaldo, con todos sus compañeros, desembarcó para buscar un sitio á pro-



Guerrero normando. Reproducción del tapiz de Bayeux

pósito donde poder levantar una choza. En el instante mismo en que se disponían á volver á bordo divisaron á lo lejos sobre la arena de la bahía tres bultos, y cuando se hubieron aproximado lo suficiente pudieron distinguir tres botes, construídos con pieles, y que debajo de cada uno de ellos había un hombre escondido. Estableciόse la lucha entre unos y otros, mataron á dos, y el tercero pudo escapar.

Rendidos por el cansancio que aquella refriega les produjo, los exploradores se durmieron profundamente á bordo de su barco; pero pronto fueron despertados por los gritos espantosos que lanzaban algunos cientos de seres humanos, y al momento viéronse bloqueados por gran número de botes como los que antes habían encontrado en la playa, llenos totalmente de skraelíngeros, hombres de pequeña estatura y de ruín y pobre apariencia. A toda prisa mandó Thorwaldo sujetar á los costados de la embarcación los escudos de combate con el fin de ponerse en condiciones de poder defenderse con todas sus fuerzas. Los skraelíngeros (en-

debles), éste era el nombre que los wikingos daban á estos indígenas, pertenecientes sin duda á la tribu de los esquimales, limitáronse á arrojar al barco infinidad de flechas y huyeron después apresuradamente. Una de aquellas flechas hirió á Thorwaldo en el sobaco, y reconocida la herida pudo observarse que era mortal por necesidad. Entonces el jefe, ya moribundo, aconsejó á su gente que abandonara lo antes posible aquel país, pero que antes de hacerlo le dieran sepultura en el mismo promontorio que él había escogido para su residencia. Hicieron aquellos hombres cuanto su capitán les había ordenado, y sobre la sepultura del héroe pusieron dos cruces, una á la cabeza y otra á los pies, dieron á aquel sitio el nombre de Rossanes, y volvieron á Leifsbudir para poner en conocimiento de sus demás compañeros el triste desenlace de la expedición. Durante el invierno cargaron el barco de uvas y de leña, y en la primavera de 1005 volvieron á Eriksfjord, en Groenlandia.

IV. MALOGRADO VIAJE Á FINLANDIA DE THORSTEIN ERIKSONS

Con el fin de ir por el cadáver del caudillo Thorwaldo y darle sepultura en su patria, aparejó Thorstein, tercer hijo de Erico, el mismo barco de la anterior expedición, escogió para tripularle 25 hombres fuertes y robustos, y llevando en su compañía á su esposa Gudrid navegó en dirección Sur hasta alta mar; pero no consiguieron llegar al término de su destino, sino que anduvieron errantes, sin saber en qué lugar se encontraban, durante todo el verano, viéndose por último obligados á la entrada del invierno á tomar tierra en Lysefjord, en el litoral de Groenlandia.

Thorstein y su mujer fueron allí recogidos por un hombre llamado Thorstein Svarte. Al poco tiempo del arribo de éstos al país se declaró una epidemia entre la gente de Thorstein, á consecuencia de la cual pereció éste, como asimismo muchos de sus compañeros. El sobreviviente Thorstein Svarte vendió su granja en la primavera y volvió con Gudrid á Eriksfjord, donde fueron enterrados los difuntos.

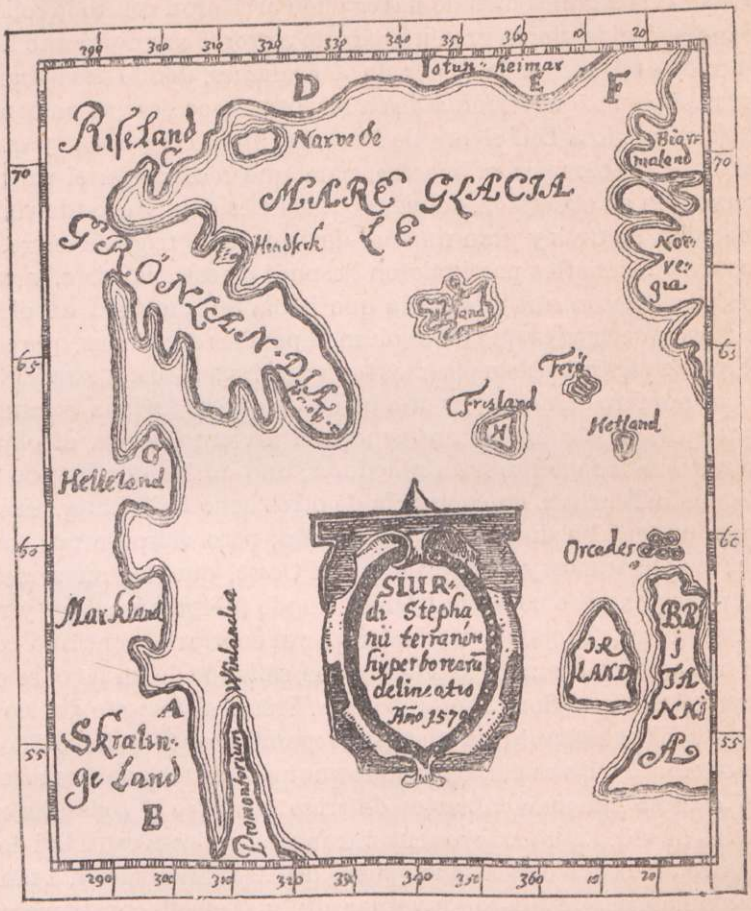
V. ENSAYO DE COLONIZACIÓN LLEVADO Á EFECTO POR THORSFINN EN FINLANDIA

En el verano del año de 1006 llegaron á Groenlandia dos buques, uno de los cuales iba á las órdenes de Thorsfinn, que ostentaba el significativo sobrenombre de Karlsefni, que quiere decir *el que será un gran hombre.*

Este Thorsfinn, descendiente de una de las más nobles familias noruegas, pues contaba más de un rey entre sus antepasados, era un intrépido

marino que por aquella época había ya realizado gran número de viajes.

Para pasar el invierno quedóse con toda su tripulación en casa de Leif, celebró allí en compañía de todos la fiesta de *Julo*, y al poco tiempo solicitó y obtuvo la mano de Gudrid, la siempre hermosa viuda de Thorstein Eriksons, y la boda de ambos tuvo efecto aquel mismo invierno.



Mapa del islandés Sigur Stephanius, del año 1570

Como es natural, los viajes á Finlandia realizados por Byame, Leif y Thorwaldo constituían con gran frecuencia el tema obligado de la conversación en las largas veladas, y Thorsfinn Karlsefni dejóse convencer pronto por su mujer y algunos parientes de que debía de emprender él un viaje á aquellas regiones. Este convencimiento tuvo por resultado una expedición, llevada á efecto con el sigilo más escrupuloso, en el año

de 1007, y que se componía tan sólo de 160 hombres, á muchos de los cuales acompañaban sus mujeres. Púsose Thorsfinn al frente de la expedición, reservándose el mando de la escuadra, la cual se componía de tres barcos cargados de todo género de provisiones, como asimismo muy bien surtidos de animales domésticos.

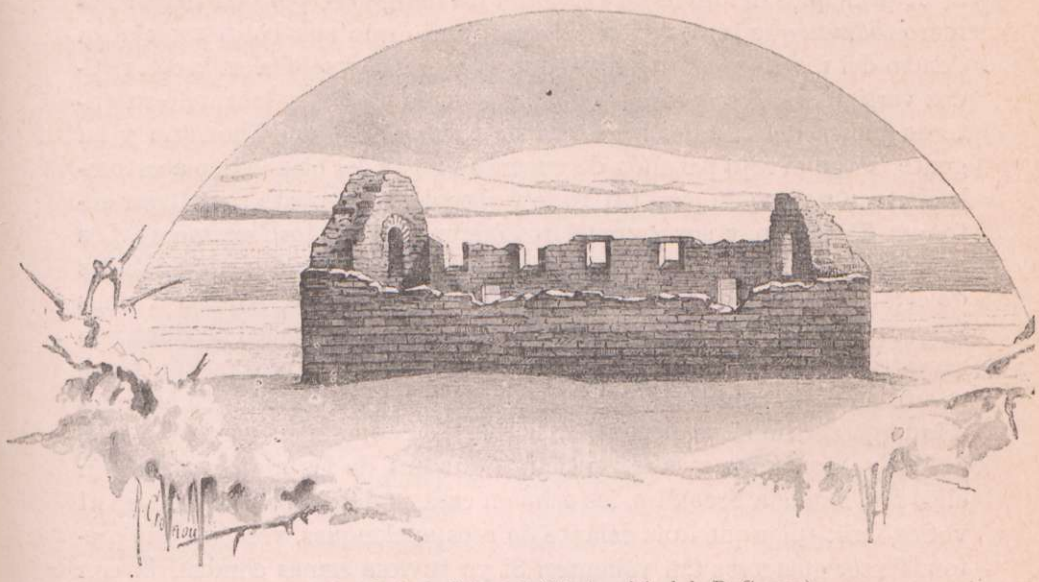
Después de algunos días de navegación arribaron con toda felicidad á Helulandia, donde vieron gran número de zorros. Posteriormente llegaron á las costas de Marklandia, y por fin á Kialames, donde desembarcaron, y desde cuyo punto enviaron á dos andarines escoceses que en otro tiempo había regalado á Leif el rey de Noruega, Olaf Trygvason, y que eran sumamente célebres por su ligereza, para que recorriesen el país. Estos emprendieron su excursión, volviendo á los tres días y conduciendo muchos racimos de uvas y gran número de espigas de trigo silvestre.

Los expedicionarios prosiguieron después de esto su viaje, y al poco tiempo encontraron otra isla, en la que había tal cantidad de éideres ó sea la especie de ánades que da el plumón para los edredones, que con dificultad podía caminarse sin pisar los huevos de sus nidos. A esta isla pusiéronle por nombre Straumey, y á la bahía en que se hallaba Straumfjord. En aquel paraje pasaron los normandos el invierno; y con el objeto de reconocer detalladamente los alrededores, uno de los hombres de Thorsfinn, llamado Thorhall, en compañía de otros ocho individuos, hízose á la mar para costear Furdustrandir y Kialames; pero viéronse tan combatidos por los huracanes y tempestades del Oeste, que fueron arrastrados por las aguas hasta la costa de Irlanda, donde fueron apresados y reducidos á esclavitud. Thorsfinn Karlsefni, por el contrario, continuó con sus gentes hacia el Sur hasta llegar á un río que, saliendo de un lago, se dirigía directamente al mar, donde desembocaba. Frente al desagüe del río hallaron algunas islas bastante grandes, y navegando río arriba llegó Thorsfinn con su tripulación hasta el lago, viendo que las llanuras que á su alrededor ofrecía éste se hallaban cubiertas de trigo silvestre y todas las colinas coronadas de vid. En los arroyos encontraron asombrosa cantidad de peces y por entre el bosque corría todo género de caza. En atención á tan excelentes condiciones decidieron invernar allí, y al efecto construyeron una granja en la misma orilla del río. El invierno fué por demás benigno, no nevó nada, y por lo tanto los ganados que llevaban pudieron permanecer de continuo en las praderas, donde tenían abundantísimos pastos.

Aquella vida tranquila y confiada fué bruscamente interrumpida por la aparición repentina de los indígenas. Una mañana divisaron los normandos gran número de botes construídos con pieles que surcaban las aguas. Los hombres que los tripulaban y conducían eran de color atezado, de aspecto avieso, cabellos crespos y erizados, ojos grandes y pómulos

prominentes. A las señales que los normandos les hicieron remaron hacia ellos los salvajes, quedáronse contemplando embobados á los extranjeros y con el mayor asombro se admiraban de cuanto veían, alejándose con sus botes al cabo de un rato.

En la primavera del año de 1008 volvieron á presentarse, pero esta vez en número tan crecido que producían el mismo efecto que si las aguas de la bahía se hallasen totalmente cuajadas de grandes carbones flotantes. Poco á poco fueron acercándose á los normandos, por medio de sig-



Ruinas de la iglesia de Kakortok (dibujo original de R. Cronau)

nos se entendieron unos y otros, y al poco tiempo ya se habían establecido relaciones comerciales entre una y otra parte.

Los indígenas demostraban su preferencia á las telas de colores chillones, sobre todos el encarnado vivo, por cuya clase de tejidos daban toda especie de pieles, hasta el punto de dar por un pedazo de tela del color dicho, pedazo que tendría una cuarta de largo, una piel entera. Cuando al cabo de algún tiempo disminuyó este artículo, los normandos cortaron unas tiras, especie de cintas de un dedo de ancho, por las que los salvajes daban tanto ó más que antes por los trozos grandes. Igualmente demostraban los indígenas vivos deseos de cambiar las pieles por lanzas y espadas; pero Thorsfinn había tenido la previsión de prohibir terminantemente á sus gentes que accedieran á satisfacer tales deseos. También la leche era cosa sumamente apreciada por los salvajes.

En la época de mayor apogeo de este comercio, sucedió un día que uno de los toros del ganado de Karlsefni comenzó á mugir estrepitosamente, y los indígenas se asustaron por modo tal, que corriendo como locos se embarcaron en sus botes precipitadamente y por espacio de tres semanas no dieron la menor señal de su existencia.

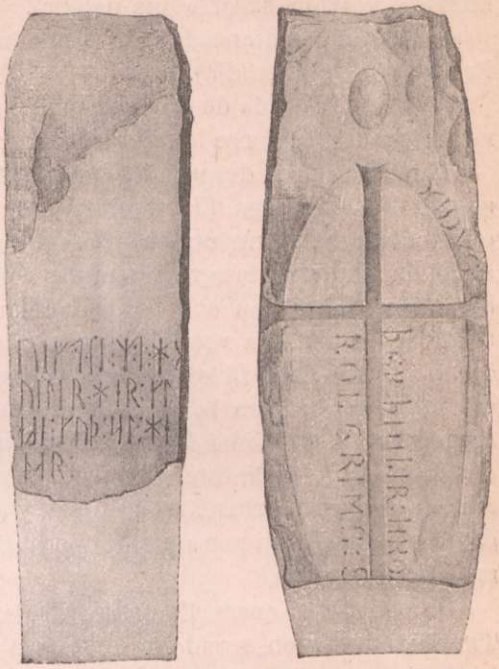
Poco después de este suceso dió á luz Gudrid, esposa de Thorsfinn, un hijo, á quien pusieron por nombre Snorre. Este niño fué el primer blanco nacido en el Continente americano.

A principios del invierno volvieron los indígenas, pero en mayor número todavía que la vez anterior, á tal punto que sus botes semejaban dentro del mar inmenso torrente que se acercaba hacia la orilla con rapidez vertiginosa. Iban armados de largas varas ó palos, y lanzando su grito de guerra daban tales muestras de animosidad, que Thorsfinn y su gente izaron el rojo pabellón de guerra en lugar del blanco que acostumbraban en tiempo de paz. Un rudo y sangriento combate tuvo lugar entonces. Thorsfinn y sus compañeros fueron apedreados ferozmente. Los salvajes llevaban, además de las armas dichas, unas bolas muy pesadas de color azulado y de figura de una elipse, y las cuales, sujetas á unos largos palos, disparaban los indígenas contra los normandos produciendo un estruendo infernal. Este raro medio de defensa, desconocido totalmente de los normandos, produjo entre ellos tal confusión, que huyeron á lo largo del río hasta llegar á unas rocas, en cuyo lugar pusiéronse á la defensiva, con tanta más razón cuanto que una de las mujeres que con ellos iba, llamada Froejdisa, les echó en cara su desaliento gritándoles al verles huir: «¿Por qué huís delante de esos enclenques, vosotros que pretendéis ser guerreros tan valientes? Si yo tuviese armas combatiría con más valor y denuedo que todos vosotros.»

Después de esta increpación continuó el combate con el mismo encarnizamiento que antes hasta que se internaron en el bosque. Froejdisa, que estaba en cinta y se encontraba en medio de los combatientes, se apercibió á la defensa al observar que los salvajes se acercaban. Había encontrado en el bosque el cadáver de Thorbrand Snarrason, muerto de una pedrada tremenda en la cabeza, y el cual tenía á su lado la espada desenvainada. Froejdisa la cogió, y apoyó la punta sobre su desnudo pecho para darse la muerte en el instante supremo. Semejante espectáculo produjo entre los indígenas estupor y confusión tan grandes, que huyendo precipitadamente se refugiaron en sus botes y en ellos se alejaron á toda prisa. Karlsefni y su gente, no obstante hallarse casi todos heridos, sólo tuvieron dos muertos, mientras que los indígenas dejaron muchos cadáveres sobre el campo del combate.

Los normandos, comprendiendo que aquel hermoso país les ofrecía

muy pocas garantías de seguridad para continuar habitándolo, decidieron volver á Groenlandia. Con tal motivo se embarcaron, y navegando hacia el Norte á lo largo de la costa llegaron á Straumfjorder, donde desembarcaron. Desde allí fletó Thorsfinn uno de los barcos para buscar á Thorhall, pero cuantas pesquisas se hicieron fueron infructuosas, y después de un invierno poco apacible prosiguieron el viaje. En Marklandia se encontraron con cinco indígenas, que probablemente constituían una familia de skroelingeros ó esquimales, compuesta de un hombre muy barbudo, dos mujeres y dos muchachos. Los normandos se apoderaron de los cinco y se los llevaron á Groenlandia, donde fueron instruídos en el idioma, usos y costumbres del Norte y más tarde bautizados.



Lápidas sepulcrales groenlandesas con caracteres rúnicos, Dibujadas por Rodolfo Cronau, con arreglo á los originales existentes en el Museo de Copenhague.

Por ellos supieron los colonizadores groenlandeses que los indígenas vivían en cavernas y entre los riscos, y que estaban gobernados por dos caciques, llamados el uno Avalldamon y el otro Valldidida.

En el transcurso del viaje de regreso de Thorsfinn y sus compañeros de expedición, sucedió que uno de los buques fué arrastrado por vientos contrarios hasta las riscosas costas irlandesas, y habiendo tropezado contra un escollo, el barco empezó á sumergirse. Como tan sólo había un bote disponible y en él no cabía más que la mitad de la tripulación, ordenó Bjarne Grimolfson, que era el capitán, que se sortearan todos, incluso él mismo, para ver quiénes habían de embarcarse en el bote y quiénes debían resignarse á permanecer en el buque. Hiciéronlo así, y Bjarne tuvo la fortuna de que le tocara ir en el bote, y al efecto se embarcó con los demás que habían tenido la misma suerte. Pero en el instante mismo de haberse embarcado, un irlandés, desde la cubierta del buque, le gritó: «Bjarne, ¿piensas separarte de mí?» A lo que contestó el capitán que así lo quería el destino. «Pero tú prometiste á mi padre, prosiguió el primero, que no te sepa-

rarías nunca de mí, y que compartiríamos la misma suerte.—Pues entonces, repuso Bjarne, puesto que veo lo mucho que te interesa asegurar tu vida, haremos otra cosa: vente tú al bote y yo volveré al barco.» Hízolo así el irlandés y se alejó en el bote con sus compañeros.

Con toda felicidad llegaron éstos á Dublín y allí hicieron la narración de cuanto queda expuesto. De la suerte que cupo á Bjarne y sus compañeros no volvió á saberse una palabra.

El buque capitaneado por Thorsfinn llegó sin percance alguno á Eriksfjord (Groenlandia).

Acerca de la vida de estos individuos posteriormente á la época á que nos referimos, tiénense las siguientes noticias:

Thorsfinn, poco después de llegar á Groenlandia, abandonó este país y se marchó á Noruega. El cargamento de su buque era tan enorme y rico, que todos estaban unánimes en asegurar que jamás buque alguno había abandonado las costas groenlandesas con tesoros tantos. En Noruega trabó amistad Thorsfinn con un comerciante de Bremen, el cual le dió por un trozo de madera veteada procedente de Finlandia medio marco de oro. En el año de 1015 se trasladó Thorsfinn á Irlanda y fijó su residencia en Skagefjord, en la parte Norte de la isla. Su hijo Snorre, nacido, como se sabe, en Finlandia, hízose cargo, á la muerte de su padre, de todas las posesiones de éste, y Gudrid, viuda de Thorsfinn y madre de Snorre, hizo una peregrinación á Roma, y al cabo de algún tiempo volvió á casa de su hijo, que por aquella época vivía en Glaumboe, donde había erigido una iglesia.

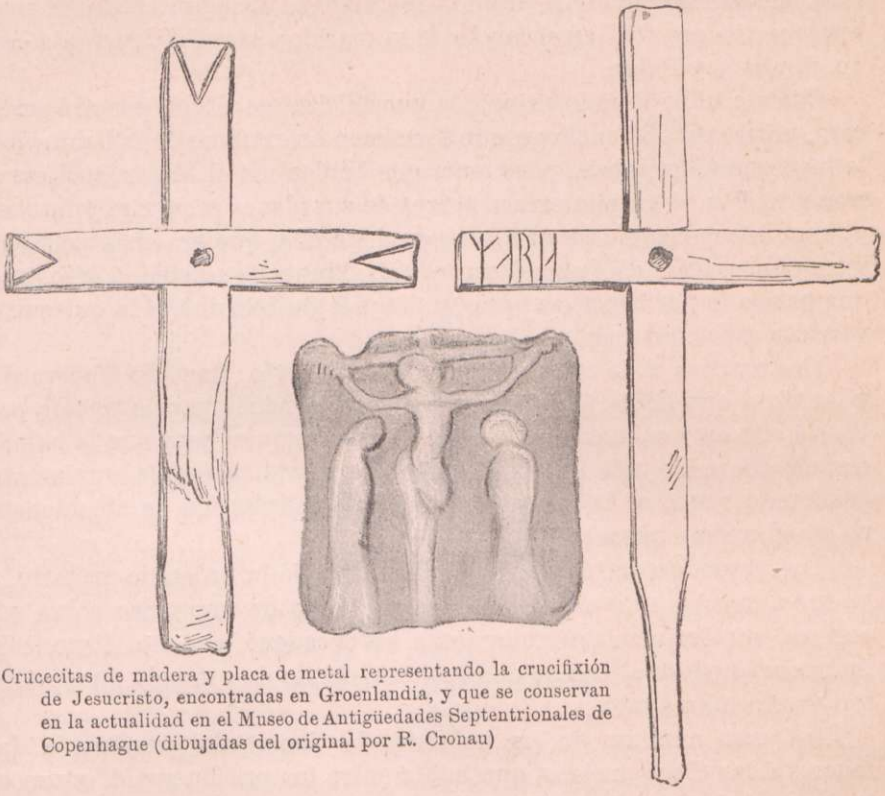
Una hija de Snorre, llamada Alfrida, fué madre del célebre obispo Thorlak Runolsson, nacido en 1085, y al que en primer término se deben las noticias que hoy se poseen acerca de los viajes realizados en la antigüedad á Finlandia.

Snorre ha sido tronco de una distinguida estirpe que ha dado á la humanidad gran número de celebridades. Una de éstas fué el tan conocido cuanto renombrado escultor Berthel Thorwaldsen, cuyas obras, que se conservan en el Museo que lleva su nombre, constituyen uno de los principales ornamentos de la ciudad de Copenhague.

VI. VIAJE DE FROEJDISA Y DE LOS HERMANOS HELGE Y FINNBOGE Á FINLANDIA

En el verano de 1011 llegó de Noruega un buque tripulado por dos hermanos llamados Helge y Finnboge, procedentes de Oestfjorden (Islandia). Al poco tiempo tuvieron ocasión de trabar amistad con Froejdisa, la que había tomado parte en la expedición de Thorsfinn Karlsefni, y fue-

ron por ella convencidos de que debían emprender en su compañía un viaje á Finlandia y repartirse entre todos equitativamente los beneficios que de él resultaran. Una vez puestos de acuerdo hicieron un convenio formal, por medio del que se comprometían á llevar consigo cada uno treinta hombres decididos, además de las mujeres que quisiesen formar parte de la expedición. Leif, hermano de Froejdisa, se ofreció por su par-



Crucecitas de madera y placa de metal representando la crucifixión de Jesucristo, encontradas en Groenlandia, y que se conservan en la actualidad en el Museo de Antigüedades Septentrionales de Copenhague (dibujadas del original por R. Cronau)

te á cederles las casas que había edificado en el tiempo que permaneció en Finlandia. Pero desde el principio violó Froejdisa el contrato llevando consigo cinco hombres más de los estipulados y á los que mantuvo ocultos en el barco hasta que llegaron á Finlandia.

El buque de los expedicionarios ancló en Leifsbudir en el año de 1012 y allí invernaron. No bien arribaron al país objeto del viaje surgieron enemistades y rencillas entre los dos hermanos y Froejdisa, pues ésta se había apropiado para ella sola las viviendas que Leif les había cedido. Al objeto de evitar disgustos mayores, los dos hermanos sacaron de las citadas casas cuantos objetos de su pertenencia en ellas tenían, y los trasla-

daron á otra que ellos mismos habían construído, situada á mayor distancia del mar y á orillas de un lago. Pero á pesar de esto siguieron de día en día aumentando los rencores y enemistades entre ambos bandos, al extremo de cesar todo género de relaciones entre unos y otros.

Dominada por la ambición de apoderarse de todos los barcos y de cuanto los dos hermanos poseían, concibió Froejdisa poner en juego un plan tan astuto como bien urdido. Una mañana abandonó el lecho muy temprano, se envolvió en el capote de su marido y marchó descalza á casa de Finnboge y Helge.

Cuando hubo llegado empujó la puerta, ésta se abrió, penetró en la casa, y llamando á Finnboge, que dormía en un extremo de la habitación, le rogó que se levantara, pues tenía que hablar con él. En cuanto éste se presentó á su vista le interrogó acerca de sus planes presentes y futuros, y luego le rogó cambiase su barco por el de ella, que era más pequeño, pues estaba decidida á abandonar el país. Finnboge accedió á ello, más que por nada por hacer las paces, y después de terminada la entrevista volvióse cada cual á su cabaña.

Ya Froejdisa en la suya, despertó á su marido, llamado Thorvardo, y le refirió que había ido á ver á los dos hermanos para convenir con ellos amistosa y pacíficamente el cambio de buques; pero que la habían tratado del modo más inicuo, golpeándola y maltratándola cruelmente, añadiendo que si no la vengaba á completa satisfacción, le abandonaba en aquel mismo instante.

Thorvardo despertó á sus hombres, les dió la orden de armarse, y puesto á la cabeza de ellos salió al campo; cayó de improviso sobre sus vecinos, que dormían tranquilamente, los encadenó, y en esta disposición fueron conducidos al campo de Froejdisa, donde ésta mandó que les diesen muerte uno á uno.

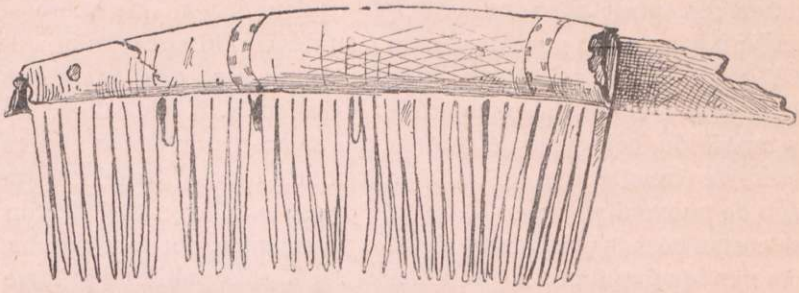
No quiso ninguno de los hombres de Thorvardo prestarse á dar muerte á las cinco mujeres que había entre los prisioneros. Y entonces la sanguinaria Froejdisa pidió un hacha y por su propia mano las mató, quedándose contemplando á sus víctimas hasta que las vió exhalar el último suspiro. Realizada esta horrorosa y sangrienta hecatombe, volvióse tranquilamente á su cabaña sin la menor demostración de que experimentara el más leve asomo de remordimiento.

En el año de 1013 volvió Froejdisa á Groenlandia con sus gentes, llevando un cargamento riquísimo. La travesía fué tan feliz, que en los comienzos del verano llegaron á Eriksfjord. Froejdisa había recompensado con gran largueza á sus compañeros de expedición para que no divulgasen sus sangrientas hazañas, amenazándoles de muerte si obraban en contrario.

Esto no obstante el crimen no quedó oculto, pues habiendo llegado á oídos de Leif algunos rumores, mandó prender y atormentar á dos de los secuaces de su hermana, y éstos confesaron la verdad en toda su horrible desnudez. Entonces Leif pronunció estas palabras:

No puedo castigar á mi hermana como se merece, pero tengo la seguridad de que su crimen será castigado en sus descendientes.

De los manuscritos islandeses antiguos dedúcese que posteriormente se realizaron otras expediciones desde Groenlandia á Finlandia; pero las



Antigua peineta de madera encontrada en Groenlandia
y que en la actualidad se conserva en el Museo de Antigüedades Septentrionales de Copenhague

noticias que acerca de ellas se poseen son por demás vagas para poder formarse una idea concreta sobre el particular.

Según parece, en el año de 1059 un sacerdote de origen islandés, ó anglo-sajón, llamado John, trasladóse desde Islandia á Finlandia con el objeto de predicar la palabra de Dios entre los colonizadores de aquellas tierras; pero, según refiere la tradición, fué muerto á manos de los herejes. Lo que se sabe con toda seguridad y certeza, es que en el año de 1121 el obispo Erico Gnupron, de Groenlandia, emprendió un viaje á Finlandia, adonde llegó felizmente, y de este viaje dedúcese casi con seguridad que ha existido una gran colonia de normandos en aquel país. El último viaje realizado á Finlandia desde Groenlandia de que se tienen noticias tuvo efecto en el año de 1347, y fué motivado con el objeto de llevar desde Marklandia un cargamento de maderas de construcción. Componían la tripulación diez y siete hombres, y en el viaje de retorno fué el barco arrojado á consecuencia de un temporal á las costas de Islandia, llegando á Straumfjord (Westislandia) después de haber experimentado la pérdida de todas las anclas.

Acerca de las colonias noruegas de Groenlandia, sábese que dependían de la madre patria y que pagaban tributo á los reyes de Noruega, el cual tributo, según una antigua crónica noruega, negáronse á pagar los colo-

nizadores en el año de 1256. Con tal motivo, Erico, rey de Dinamarca, á instancias del rey Magnus, con quien estaba emparentado, fletó una escuadra, al objeto de reclamar por la fuerza la satisfacción del tributo.

Ante el aspecto imponente que la escuadra ofrecía, que se presentó en las costas groenlandesas en el año de 1261, atemorizáronse por modo tal los colonizadores, que además de pagar lo que se les reclamaba pidieron perdón humildemente y dieron todo género de satisfacciones para conservar la paz.

Desde entonces la situación económica de las colonias fué empeorando de día en día, pues si en un principio la dominación que sobre ellas ejercía Noruega era un gran obstáculo á su desarrollo, el hecho de que la reina Margarita las anexionase á Europa y reuniese en una las coronas de Noruega y de Dinamarca, precipitó su decadencia. A los colonizadores fuéles prohibido, bajo pena de muerte, que se acercasen con sus barcos á las costas de Groenlandia, sin duda por temor á una sublevación ó que se negasen de nuevo á pagar los tributos. Por eso cuando en 1389 fueron en dichas costas hechos prisioneros algunos navegantes, por la sospecha de que habían quebrantado la prohibición regia, sólo pudieron librarse de una muerte segura después de sufrir todo género de interrogatorios y molestias, y de jurar por lo más sagrado que habían sido arrojados hasta allí por una tempestad.

«El peligro, así dice una crónica dinamarquesa (informe acerca de Groenlandia sacado de dos crónicas de Enrique Sievers, Hamburgo, 1674), de que se habían librado milagrosamente aquellos marineros, y además las órdenes severísimas que volvieron á darse con respecto á la prohibición de ir á Groenlandia, infundió tal miedo á los navegantes, que desde entonces no hubo comerciante ni marinero que se atreviese á acercarse á las dichas costas. La reina mandó algún tiempo después varios buques á aquel país; pero no ha vuelto á saberse una sola palabra acerca de la suerte que les cupo, siendo la creencia más general que se fueron á pique, á cuya circunstancia se debe que los marinos noruegos, atemorizados, no quieran exponer su vida en aquellos mares. La reina, que está en guerra con Suecia, tampoco les ha obligado á ir ni hace caso alguno de Groenlandia.»

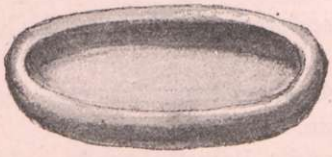
A tan desagradables sucesos agregáronse otras no menos perjudiciales circunstancias. El tráfico fué interrumpido sensiblemente á causa de la piratería que por aquellas aguas ejercían los ingleses, al extremo de que en el año de 1418 gran número de barcos corsarios asaltaron á Eystribygd, destruyendo y asolando gran parte de esta región, ante cuyo hecho fué abandonada Vestribygd por los esquimales, temerosos de ser víctimas de un ataque semejante.

A lo largo de la costa vinieron del Norte grandes témpanos de hielo, en tal abundancia que imposibilitaron desembarcar en ella, viéndose obligado el obispo de Drontheim (que era el décimoséptimo y último), que en el año de 1408 quiso hacer un viaje á Groenlandia, á regresar al punto de partida. Además de todos estos azotes, fué tan crudo el invierno del año de 1423, que el hambre y la peste se enseñorearon de todo el país. Hay quien supone que á esto fué debida la muerte de los colonizadores de Groenlandia, lo cual es muy posible; pero también es probable que, una vez interrumpida toda comunicación entre ellos y el mundo exterior, se mezclasen con los esquimales, confundiéndose con ellos completamente. Esta última versión, propalada por Nordenskiold, parece confirmada por una Memoria sacada por Finn Magnusen de un manuscrito latino original del obispo Gissle Oddson, que vivía en Skalholt (Islandia) en la primera mitad del siglo XVII, y redactado con ayuda de la colección del archivo de aquella ciudad.

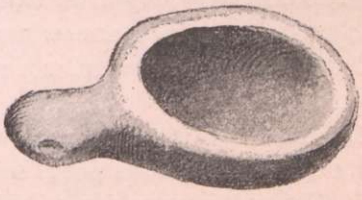
Piedra para sumergir las redes

La mencionada Memoria dice así:

«En el año de 1342 los habitantes de Groenlandia se apartaron de la verdadera fe del cristianismo, y echando al olvido toda virtud y honradez se unieron con los americanos. Créese que Groenlandia está muy próxima á los países del Oeste. Por esta razón se han retraído los cristianos de hacer viajes á Groenlandia.»



Fuentecilla de metal de campana



Fuentecilla de metal de campana

No obstante hallarse cortadas toda clase de relaciones con Groenlandia y dados á olvido tanto este país como los importantes descubrimientos realizados por los normandos en el Continente americano, conservóse el nombre y hasta una idea aproximada de la configuración de aquella comarca á través de toda la Edad media. Por eso se encuentra todavía á Groenlandia en el mapa manuscrito de Claudio Clavus, hecho en el año de 1427 y encontrado por Nordenskiold en la Biblioteca de la ciudad de Nancy (1). En dicho mapa se ve al Oeste de Islandia (que ofrece la forma

(1) Reproducido en facsímile en los *Estudios de Nordenskiold*, página 64.

de media luna) un extenso territorio señalado con el nombre de *Groenlandia provincia.*

También hallamos estas regiones septentrionales, con el nombre de *Engrouelant,* en una carta geográfica de la Europa del Norte, dada á luz en la ciudad de Ulma, con el título de *Cosmografía de Tolemeo,* por Nicolás Donis, en el año de 1482 (1); y del mismo modo la encontramos en otro mapa de Escandinavia hecho por Benedicto Bordone en el año de 1547, en una carta geográfica manuscrita del siglo XV existente en el museo Británico (2), y en el mapa de la Europa del Norte de la *Historia de gentium septentrionalium,* etc., de Olaus Magnus (Basilea, 1567) (3), en este último con el nombre de Grutlandia, con este apéndice: *Hic habitant Pigmei vulgo Screlinger dicti;* es decir: aquí habitan enanos llamados skrelíngeros.

La idea que se tenía acerca de la configuración de Groenlandia fué poco á poco haciéndose más vaga y confusa, al extremo de que unas veces se la representaba semejánte á un islote y otras como una extensa península que, tocando en la Laponia, llegaba hasta el Océano y dejaba muy atrás á la Escandinavia y á la Gran Bretaña.

Especialísimo interés encierran dos cartas geográficas, de las que una de ellas está comprendida en uno de los capítulos siguientes, el cual capítulo trata de la descripción de los viajes realizados por los hermanos Zeno, de origen veneciano; y la otra, reproducida en la pág. 157, fué trazada con arreglo á la inscripción del islandés Sigur Stephanius, escrita en el año de 1570 y, según se deduce, basada en las descripciones de los viajes anotados en los manuscritos antiguos.

El autor da la clave siguiente para descifrar el significado de las letras que en ella se ven:

A. Hasta esta región llegaron los ingleses; es conocida por su esterilidad, originada sin duda por el sol y el frío.

B. Cerca de esta región se halla Finlandia, llamada, por la multitud de cosas útiles que en ella se encuentran y por su fertilidad, *Goada* la Buena). Nuestros paisanos han creído que desemboca hacia el Sur en el mar, y que un estrecho ó fiordo la separa de América.

C. Este país se llama Rieselandia ó País de los Gigantes. Los habitantes tienen cuernos y se llaman *skrikfinna* (fínicos que inspiran miedo).

D. Es un país situado más al Este, y cuyos pobladores, á causa de sus largas uñas, son llamados *klofinna* (fínicos con garras).

---

(1) Fué reproducida en los *Estudios de Nordenskiold,* pág. 31.
(2) Reproducida por Nordenskiold, pág. 33.
(3) Reproducida por Nordenskiold, pág. 37.

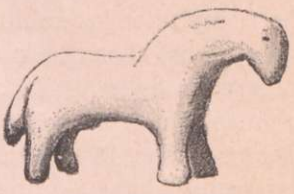
E. Yotunheimar, residencia de los gigantes contrahechos.

F. Aquí se cree que hay un estrecho que conduce á Rusia.

G. País pedregoso, mencionado con frecuencia en las historias.

H. Esta isla no sé cuál es, pero es posible que sea la encontrada por un veneciano y á la que los alemanes denominaron Frisia.

De las dichas cartas geográficas se deduce, sin género alguno de duda, que el recuerdo de Groenlandia y de los países adyacentes no se había extinguido por completo de la memoria de los europeos en la Edad media.

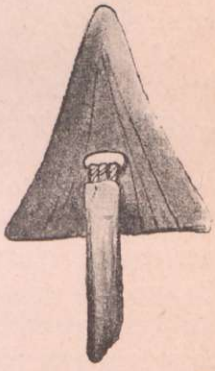


Caballito de cobre, hallado en Groenlandia

El rey Cristián I de Dinamarca envió una expedición en el año de 1476 á las órdenes del polaco Juan de Kolno (también conocido por los nombres de Scolnus, Szolvus, Scolve y Szolny), con el mandato expreso de reanudar las interrumpidas relaciones con Groenlandia.

El rey Cristián III, según refiere la crónica dinamarquesa de Sievers, la cual crónica ya existía en aquella época, «permitía ir á Groenlandia, sin necesidad de solicitar permiso, á quien lo tuviese por conveniente. Pero los noruegos se encontraban tan mal provistos de buques, y además eran tan pobres, que no les era posible, por carencia de medios, emprender un viaje tan pesado y peligroso.»

Punta de flecha india



Punta de flecha encontrada en un mound cerca de Middleborough.

Cristián IV también envió tres expediciones á los comienzos del siglo XVII al objeto de buscar las colonias groenlandesas, expediciones que llegaron al punto de destino con toda felicidad y establecieron relaciones comerciales con los indígenas; pero por más que los viajeros indagaron, no encontraron á nadie que les diese razón de haber conocido en aquella región habitantes europeos.

Otra expedición organizada y enviada por una sociedad groenlandesa de Copenhague en el año de 1636, tampoco logró ningún resultado satisfactorio.

El misionero dinamarqués Hans Egede, que también fué á Groenlandia en 1721, llevaba el encargo de enterarse de la suerte que cupo á las desaparecidas colonias, pero solamente encontró ruinas y sepulcros. Las primeras noticias acerca de aquéllas (véase la obra *Vestigios acerca de las*

antiguas gentes del Norte) las adquirió Egede en octubre del año 1722, y acerca de ello dice en su diario (1):

«Tres jóvenes groenlandeses vinieron á verme y me refirieron que viajando hacia el Este unos tres días se llegaba á una gran casa cercada de muralla de piedra y construída, según decían sus abuelos, hacía mucho tiempo por los kablunanen (así nos llaman á nosotros y á todos los extranjeros). Los que la edificaron habían muerto hacía muchos años, y en aquella época hallábase deshabitada y en completo abandono, y por lo tanto sólo se veían los lugares en que habían residido y algunas chozas desmoronadas. Dijéronme además que la época del año impedía poder comprobar la verdad de sus palabras, pero yo encontré algún tiempo después cuanto me habían referido.»

De este relato se deduce que el recuerdo de los colonizadores europeos se mantenía vivo en la memoria de los indígenas de Groenlandia á principios del siglo XVIII.

Las antedichas ruinas, que después de su descubrimiento fueron objeto de muchas y detenidas exploraciones y estudios por parte de notables celebridades científicas, las constituyen, según la descripción de Nordenskiold:

1.° Pequeños muros asentados sobre cimientos (ocultos á veces bajo el verde césped), edificios cuadrados de cuatro á seis metros de anchura generalmente y distintos en su extensión, según el número de habitaciones que contenían y el tamaño de cada una de éstas. Los muros un metro de espesor ó poco más, y se han empleado en ellos piedras de tan grandes dimensiones, trabadas unas con otras sin ninguna clase de argamasa tan fuertemente, que es por demás difícil comprender cómo ha sido posible, sin ayuda de grúa ó cabrestante, ó valiéndose de otros ingenios, encajarlas tan perfectamente. Las aberturas ó huecos de las puertas son pequeñas y no se observa vestigio alguno de ventanas. El pavimento es de arcilla, pero por las huellas que se ven parece que estuvo cubierto de madera.

2.° Ruinas de iglesias, de las cuales la de Kakortok, cuyo grabado damos en la pág. 159, se halla próxima á la actual Igalikofjordes y es la mejor conservada. El inglés Mayor la considera idéntica á la de Hualsorfjord, de la cual iglesia se hace mención en el informe de Ivar Bardsen. Como para la construcción de ésta se utilizó la arcilla, créese que sea posterior á la época de las colonias groenlandesas.

3.° Murallas en círculo, de diámetro insignificante, que es muy probable sirvieran de atalayas ó torreones.

---

(1) «Extensa y verídica relación desde el comienzo hasta el fin de la Misión groenlandesa,» por Hans Egede, Hamburgo, 1740, páginas 50 y 51.

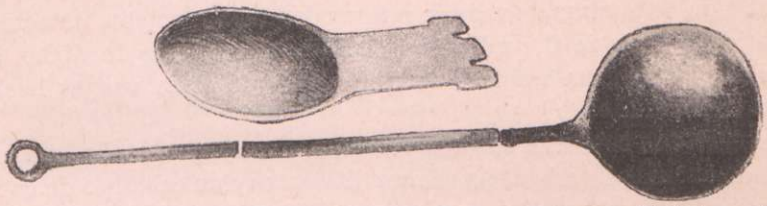
4.° Empedrados de cantos rodados de distintas dimensiones que parece sirvieron de base á edificios donde se mataban las reses.

5.° Varias señales ó marcas de piedras y ruinas de diversas especies.

6.° Lugares destinados á efectuar el enterramiento de los cadáveres, cuyos lugares ó cementerios se hallan todos en la proximidad de iglesias derruídas.

Los esqueletos encontrados en estos sitios conservan aún algunos de ellos restos de tejidos de lana arrollados al cuerpo, y son muchos los que reposan en cajas de madera, cuyas tablas están unidas por medio de clavos de hierro ó de madera. En algunos casos faltan el ataúd y la mortaja, lo cual da lugar á conjeturar que muchos cadáveres eran inhumados dentro de pieles, de las que no se encuentra ningún resquicio.

En las inmediaciones de muchas de estas ruinas de iglesias se hallaron pedazos de lápidas sepulcrales con epitafios en caracteres rúnicos; por



Cucharas de cobre halladas en los mounds indios de las inmediaciones de Middleborough (Massachusetts), que se conservan actualmente en el Museo de Antigüedades Septentrionales de Copenhague. Dibujadas del natural por R. Cronau.

ejemplo, en el cementerio de Brattahlid se encontró una con la inscripción que sigue:

VIGDIS MD HVILIR HER. GLEDE GUD SAL HENNAR

que significa: *Aquí reposa Vigdis, M. D. Dios llene su alma de alegría.*

Otra lápida de granito, de un metro de largo, fué hallada en el año de 1831 en el cementerio de la iglesia de Herjulfnaes, en la colonia de Friedrichsthal (valle de Federico). En su parte interior, que es de forma ovalada, lleva una cruz, y á los lados de ésta la siguiente inscripción en escritura escandinava:

HER: HVILIR: HRO.....
KOLGRIMS: S.

que traducida dice: *Aquí reposa Hro... hijo de Kolgrims.*

En la parte exterior del óvalo se lee la palabra IDVS.

Próximo á las ruinas de la iglesia de Igaliko se encontraron también algunos fragmentos de antiguas losas funerarias, y además varias crucecitas de madera, en una de las cuales se ven caracteres de la escritura de los escandinavos. En el museo de antigüedades septentrionales de Copenhague se conserva también una pequeña placa de metal que representa grabado muy toscamente al Salvador crucificado y á ambos lados dos figuras de mujer.

Es sorprendente la escasez de hallazgos de utensilios domésticos en Groenlandia, limitándose éstos á cascotes de pucheros, algunas piedras de las que ponían en las redes de pescar para que éstas se sumergiesen, algunos clavos y correas, piedras de molinillos, trozos de ballena más ó menos trabajados, dos peines de madera con algunos adornos, y dos vasijas pequeñas del llamado metal de campanas.

El metal de campanas que dejamos mencionado es una especie de amalgama de un metal de color gris azulado y latón amarillo, con el que se construían toda clase de vasijas, puntas de lanza y objetos de adorno. El repetido museo de Copenhague conserva, además de lo dicho, dos fuentes ó platos, y gran número de fragmentos de otras vasijas hechas con esta clase de metal.

Igualmente se conserva allí una vestimenta muy grosera de lana, una porción de cuentas de cristal de colores diferentes y un caballito de cobre.

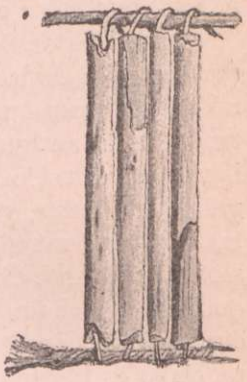
Como es fácil comprender, también en Finlandia y Marklandia se ha procurado hallar vestigios de los colonizadores normandos; pero cuantos trabajos se han realizado encaminados á este fin han sido infructuosos hasta hace muy poco tiempo. Por espacio de una larga época se creyó que las ruinas de una torre circular que se halla en Newport (Massachusetts) debían ser consideradas como restos de una capilla escandinava; pero semejante creencia iba envuelta entre una niebla tan densa de conjeturas y vacilaciones que hubo que abandonarla.

Del mismo modo, algunas esculturas del célebre bloque de Dighton, que habían sido clasificadas por Rafn y otros como de procedencia rúnica, resultaron á la postre, después de bien estudiadas, jeroglíficos de origen indio, como asimismo también resultó inadmisible la creencia de que un esqueleto encontrado dentro de una armadura en el año de 1831 en Fall River (Massachusetts) fuese el de un guerrero del Norte.

Según parece, recientemente hale sido dado al profesor Eben Horsford, en Cambridge, cerca de Boston, después de muchos años de estudio, poder señalar con seguridad la situación de las colonias normandas de la antigüedad en Finlandia. La mayor parte de los muchos exploradores que se han ocupado en las tradiciones finlandesas, entre ellos Alejandro de Humboldt, Rafn y otros, estaban unánimes en asegurar que el sitio en

que se asentaban las colonias escandinavas debía buscarse en la actual Massachusetts, y esta idea unánime de aquellos sabios parece haber recibido plena confirmación por los resultados que han alcanzado las detenidas y constantes investigaciones del antes citado Horsford.

A las orillas del Charles River, cerca de Cambridge, no tan sólo ha encontrado este hombre de ciencia los restos de dos grandes casas construídas con bloques, sí que también los de cinco chozas, cuya planta y configuración concuerdan perfectamente con las que tenían las construcciones de origen normando de Groenlandia. En la vecindad de estas viviendas antiquísimas había tres grandes trampas destinadas á los peces que eran hasta allí arrastrados por la corriente durante el flujo del mar, y que, como al bajar la marea quedaban en seco, eran cogidos por los pescadores con gran facilidad. La existencia de esta clase de trampas está consignada en las tradiciones antiguas que tratan de los colonizadores groenlandeses. Estos, según pudo observar Horsford, también construyeron canales artificiales, diques y sitios de reunión en forma de mesetas ó terrazas. En los lugares estudiados por el sabio mencionado se encontraron algunas piedras para contrapeso de las redes, y de las que ya antes se ha hablado, como también un gran mortero de piedra, semejante á los que en tiempos remotos usaban en Noruega para moler el trigo y otros granos.



Fragmento de un cinturón

Además de lo que queda consignado, otra serie de concordancias hace presumir que la idea de Horsford, quien asegura que en aquel mismo sitio residieron Leif y Thorsfinn, es la más verosímil de todas:

El autor de este libro quisiera llamar la atención de los exploradores hacia algunos objetos apenas conocidos hasta el presente, y los cuales se hallan entre los tesoros del Real Museo Etnográfico de Copenhague.

Estos están reunidos en el estante ó cajón señalado con el número 41, y consisten en diversos objetos de bronce, cobre y plata hallados en sepulcros indios de las cercanías de Middleborough y Four Corners (Massachusetts), y que desde el año de 1843 se guardan en el citado museo.

Entre dichos objetos parécennos de mayor importancia científica la capa exterior y algunos pedazos de una vasija hecha con una lámina de plata muy delgada, algunas cucharas de bronce y de cobre, dos puntas de flecha de bronce y los fragmentos de un cinturón muy particular.

La más ligera observación es suficiente para ver que los objetos que nos ocupan revelan que sus constructores poseían singular destreza en la

manera de trabajar los metales, y además se observa que el bronce allí empleado tiene una hermosa y bien entendida aleación. Los primitivos habitantes de la América del Norte y de las costas atlánticas jamás supieron fundir los metales, ni trabajarlos por lo tanto sino en frío, y en su consecuencia mal podían entender de combinar los metales de diversas clases. Además de lo dicho, figúrasenos que la forma de las cucharas y puntas de flecha en que nos ocupamos difieren bastante de la de los objetos indios de esta clase.

Los primitivos pobladores de América, como igualmente los actuales indios, acostumbraban á fijar sus sólidas y nunca melladas puntas de flecha con ayuda de tendones ó nervios de animales, de modo que dichos tendones, dando la vuelta al mango, se arrollaban alrededor de dos prominencias que había en él, como asimismo otras en la parte superior.

Las puntas de flechas á que nos referimos, que en su mitad tienen un agujero redondo la una y la otra cuadrado, presentan las citadas ligaduras reemplazadas por cordoncillos ó hilos de lana y difieren en absoluto tanto de la antigua como de la actual usanza americana. Igualmente llaman la atención las formas de las cucharas, cuyo diseño damos en un grabado anterior, y sobre todo la más larga, que es de cobre y recuerda las europeas, mientras que entre todos los utensilios domésticos indios sería sumamente difícil encontrar uno que se le pareciese. El ojo ó anillo que ostenta al final del mango parece querer indicar su procedencia europea, pues probablemente tenía por objeto el que se pudiera colgar de un clavo en la pared. Los habitantes de América, así los primitivos como los actuales, ni conocían los clavos ni tenían costumbre de poner colgadero á los objetos de su uso.

Los antiguos escandinavos y los colonizadores de Groenlandia usaban, por el contrario, desde mucho tiempo antes, cucharas semejantes.

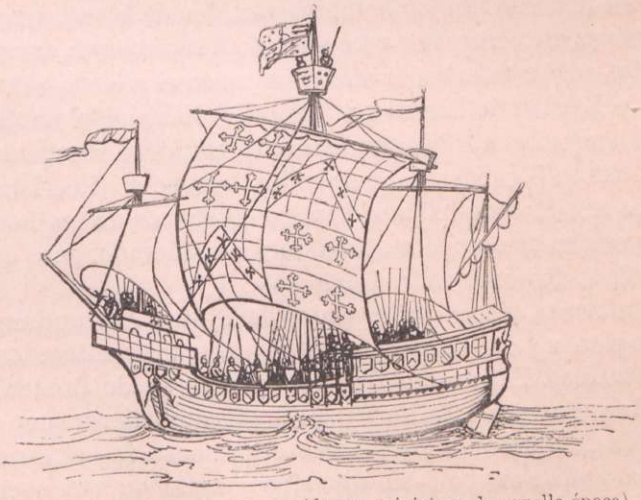
El uso de estos utensilios lo introdujeron sin duda los romanos, pues se ha encontrado gran cantidad de cucharas en un todo iguales á las descritas, con su anilla correspondiente para poder colgarlas. Estos objetos, que pertenecen á los hallazgos romanos descubiertos en los pantanos de Jutlandia, hállanse al presente en el tantas veces citado museo de Copenhague, guardados en los armarios señalados con los núms. 126, 127, 156 y 157.

Son igualmente muy curiosos los fragmentos de cinturón encontrados sobre las caderas de un esqueleto que se exhumó en el año de 1831 cerca de Hall River. Está hecho de una fila de canutos de caña, colocado cada uno dentro de una funda ó cubierta de cobre y unidos entre sí, según puede apreciarse en el grabado, por medio de tiras de cuero ó cordoncillos de lana.

Este último hallazgo llamó poderosamente la atención de los hombres de ciencia así del Nuevo como del Viejo Mundo, al extremo de que el célebre poeta americano W. Longfellow se inspiró en él para componer su balada *El esqueleto armado*, al paso que muchos investigadores decían que el tal esqueleto sería el de algún cacique indio, pero no el de uno de los antiguos colonizadores groenlandeses de Finlandia.

Nuestra opinión es que estos objetos, sobre todo las puntas de flechas y las cucharas, son indudablemente de origen europeo, y que por medio del cambio comercial ó por otra circunstancia cualquiera, que se ignora, pasaron de manos de los navegantes groenlandeses á poder de los indígenas de Massachusetts. Por las tradiciones de Thorsfinn Karlsefni ya hemos visto que esta clase de transacciones eran muy frecuentes en aquella época.

Por demás conveniente para la ciencia sería que nuevos descubrimientos vinieran á confirmar la opinión del profesor Horsford, referente á que las viviendas de Leif y Thorsfinn estaban emplazadas en Charles River, en las cercanías de Cambridge (Massachusetts).



Buque escandinavo del siglo XII (de una miniatura de aquella época)

TRADICIONES DE HUITRAMANNALANNDIA

(EL PAÍS DE LOS HOMBRES BLANCOS)

POR ARE MARSON, BJOERN ASBRANDSON, EL BREDEWIGSKAEMPN (EL CAMPEADOR DE BREDEWIG) Y EL PRÍNCIPE MADOC

En las diversas tradiciones que acerca de Finlandia se conservan, se menciona con frecuencia que los colonizadores del Norte pudieron averiguar por los skraelíngeros ó esquimales que al Sur de Finlandia había un país cuyos habitantes vestían de blanco, llevaban en la mano unas varas adornadas de cabos blancos, y cantaban y rezaban en alta voz.

De semejante descripción dedujeron los navegantes finlandeses que en aquel paraje debían existir colonias irlandesas, y en su consecuencia denominaron á tales regiones Huitramannalanndia, ó también *Irland it Mikla* (Gran Irlanda). En los hombres vestidos de blanco que cantaban y rezaban en voz alta creyeron reconocer frailes ó monjes, mucho más en vista de que, según referían las tradiciones, en el año de 983 el poderoso caudillo Are Marson de Reykianes (Islandia) había sido arrojado por una tempestad á aquellas costas, donde aceptó las ideas cristianas y fué bautizado. Thorsfinn Sigurdson, soberano de Orkney, envió á Islandia la noticia de que Are Marson había sido visto en el país de los hombres blancos, donde estaba sumamente atendido y considerado, pero con la prohibición absoluta de abandonar el país.

En los informes acerca de los viajes de Bjoern Asbrandson y de Gudleif Gudlangson se encuentran, según parece, más antecedentes acerca de estas comarcas. El primero, ó sea el Campeador de Bredewig, era uno de los célebres guerreros de Iomburgo, que combatieron con Palnatoke en la batalla de Fyrisval (Suecia). Posteriormente fué el Campeador de Islandia; pero vióse envuelto en una riña á causa de una aventura amorosa con Thurid, hermana del poderoso cacique Snorre Gode, y por disposición de éste y de Thorod, esposo de Thurid, fué desterrado del país. Esto sucedió en el año de 999. Bjoern Asbrandson se embarcó en el puerto de Hraunhoefn, en Sniofelsnes, y con viento Nordeste hízose á la mar, sin que por espacio de muchos años se tuviese de él la menor noticia.

Pero en el año de 1029 sucedió que Gudleif Gudlaugson, hermano del navegante finlandés Thorsfinn, fué arrojado por un violento temporal del Nordeste muy hacia el Sudoeste, durante la travesía de retorno de un viaje comercial que había hecho á Dublín. Después de navegar sin rumbo bastantes días arribó á unas costas para él desconocidas, en las que desembarcó con toda su gente. Poco tardaron en verse rodeados por centenares de hombres que se apoderaron de ellos, los encadenaron y los condujeron tierra adentro. El idioma de aquellas gentes era para ellos ininteligible, pero parecióles que guardaba alguna semejanza con el irlandés.

Los indígenas celebraron una gran asamblea para decidir de la suerte de los prisioneros. Unos, después de mucho deliberar, pidieron para ellos pena de muerte, otros que fuesen reducidos á esclavitud; y cuando más engolfados se hallaban discutiendo cuál de los dos partidos se aceptaría, apareció de repente una numerosa hueste de guerreros que ostentaba en su centro un estandarte. Cuando ya se hubieron aproximado lo suficiente, pudieron observar los prisioneros que bajo el estandarte iba un hombre de elevada estatura montado á caballo. Por lo muy canosos que tenía el cabello y la barba parecía de edad bastante avanzada, y en cuanto llegó á la asamblea rogáronle los que la componían que decidiese de la suerte de los prisioneros.

Transcurrido un largo rato mandó que compareciesen ante su presencia Gudleif y sus compañeros, y con gran sorpresa de éstos, hablándoles en lengua noruega, les preguntó de dónde venían y de qué país eran procedentes. Gudleif le contestó que eran islandeses, y entonces le preguntó que de qué parte del país, á lo que el prisionero contestó que del distrito llamado Borgarfjord.

No satisfecho todavía, interrogóle de nuevo el anciano, preguntándole por varias personas importantes del distrito, y sobre todo por Snorre Gode, por su hermana Thurid y por el hijo de ésta, llamado Kjartan, que era considerado por todo el mundo como hijo de Bjoern Asbrandson, y que entonces era propietario de las colonias de Frodo.

Luego que los extranjeros satisficieron á su placer todas las preguntas que les hiciera, retiróse el anciano y deliberó largo tiempo con sus guerreros, deliberación que tuvo por consecuencia poner en libertad á los islandeses, diciéndoles que desde aquel instante podían dirigirse adonde tuvieran por conveniente. Con la alegría que es de suponer dispusiéronse á poner en práctica la orden; pero, antes de marcharse, Gudleif, encarándose con el generoso anciano, le preguntó: «¿Qué diremos, si el destino nos permite volver á nuestra patria, sobre tu nombre y tu persona?» El viejo contestó con evasivas, mandó á sus gentes que reparasen los des-

perfectos que tenía el buque de los extranjeros, y se quedó acompañándoles hasta que tuvieron viento propicio para hacerse á la mar.

Al despedirse de ellos quitóse del brazo un brazalete de oro y dióselo á Gudleif juntamente con una espada magnífica, encargándole vivamente que entregase ésta al propietario Kjartan de Frodo y el brazalete á Thurid, madre de éste.

«¿Y quién diré que les envía estos regalos?» preguntó Gudleif.

«Diles, contestó el cacique, que se los envía aquel que fué mejor amigo de Thurid la de Frodo que de su hermano Gode de Helgafjaeld. Pero si alguno acertase quién ha sido el propietario de este brazalete y de esta espada, diles que prohibo terminantemente á todo el mundo que vengan á buscarme, pues esta costa es por demás peligrosa si no se tiene la suerte de desembarcar en un sitio tan bueno como el en que lo habéis hecho vosotros. El país es grande, pero tiene pocos puertos, y por todas partes amenazan los peligros para los extraños.»

Dicho esto se despidieron; Gudleif y sus compañeros hiciéronse á la mar, y después de un buen viaje llegaron con toda felicidad, en el otoño, á Irlanda, quedándose á pasar el invierno en Dublín. Desde allí, al verano siguiente Gudleif marchó á Islandia, entregando el brazalete y la espada que el anciano cacique le diera á Thurid y á su hijo. Las gentes del país, en cuanto oyeron el relato y tuvieron conocimiento de lo acontecido á los náufragos, convinieron unánimes en que el dicho anciano no era otro que Bjoern Asbrandson, el Campeador de Bredewig.

Según se desprende de una Memoria debida al célebre geógrafo Adam Bremen (1), también los alemanes, á los comienzos del mismo siglo en que nos venimos ocupando, realizaron un viaje de descubrimientos al Norte.

La narración de él la oyó el sabio mencionado de labios del arzobispo Adalberto, que refería que, en la época de su antecesor, Aldebrando (1033-43), varios nobles frisones decidieron hacer un viaje de exploración al Norte, con el objeto de cruzar el mar y ver si hallaban confirmación á la creencia de sus compatriotas, los cuales aseguraban que saliendo de la embocadura del Weser y siguiendo en línea recta hacia el Norte no se tropezaba con ningún territorio, pues el mar era ilimitado por aquella parte.

Al efecto salieron del punto dicho, y dejando á un lado á Dinamarca y Bretaña, dirigieron los muchos barcos que llevaban constantemente

(1) Esta Memoria fué impresa en Pertz formando parte de la *Monumenta*, en el tomo IX, pág. 386.

hacia el Norte, y pasaron por delante de las Orcadas con rumbo á Islandia. Desde allí, y siguiendo siempre la misma dirección, encontráronse de repente *en las negras tinieblas del pegajoso Océano, que apenas pueden penetrarse con la vista.* Las corrientes marinas, tan variables en aquel punto, arrastraron á los navegantes con espantosa fuerza hacia un profundo caos que, según parece, era la boca de un formidable abismo que, á consecuencia de la tumultuosa entrada y salida de las aguas, formaba vórtices inmensos. Uno de estos vórtices, saliendo del abismo, se llevó tras de sí algunos buques á gran distancia, ínterin que el resto de las aguas fueron precipitadas en la gran boca.

Sólo después de muchos trabajos y peligros consiguieron los navegantes salir del dominio de las tinieblas, como igualmente de la zona fría, y cuando ya llevaban navegando un gran trecho, halláronse de improviso en una isla rodeada de altas peñas semejantes á murallas. Desembarcaron en ella, y observaron unas gentes que se ocultaban en unas cavernas al Mediodía. Delante de estas viviendas se veían gran número de vasijas de oro y de otros metales preciosos, y los marineros, con el mayor regocijo, se aproximaron y cogieron cuantas vasijas les permitían sus fuerzas. Con gran contento se dirigían hacia sus barcos con la preciosa carga, cuando vieron que iban en su seguimiento unos hombres de estatura gigantesca. Al frente de ellos corrían unos enormes perros, que alcanzando á uno de los navegantes lo despedazaron en el acto. Los demás se salvaron huyendo á la desesperada, pues fueron perseguidos por los indígenas casi hasta alta mar.

Desgraciadamente, este informe es demasiado fantástico para que de él pueda deducirse algo concreto con que poder precisar si esta excursión de los nobles frisones es otra cosa que una de tantas leyendas. Esto no obstante, debemos hacer constar que algunos investigadores científicos se inclinan á admitir la hipótesis de que aquellos navegantes pudieron llegar á la isla de Nueva Funlandia, isla con la que concuerda la descripción de la costa cercada de peñas semejando murallas, como asimismo los grandes perros que al frente de los indígenas los persiguieron.

En antiguos manuscritos galeses que se hallan al presente en las abadías de Conway y Strat Flur, consígnase que, en los años de 1168 ó 69, fecha en la que murió Owen Gwynedd, soberano de la Gales del Norte, sus hijos armaron pendencias sin cuento con motivo de la parte que á cada cual correspondió en la herencia. Madoc, uno de ellos, no se inmiscuyó en las luchas de los demás hermanos, sino que decidió emigrar á aquellas tierras de Occidente de que tanto hablaban los navegantes groenlandeses é islandeses.

Al efecto, aunque contaba con pocos buques, abandonó su país natal en el año de 1170, dió la vuelta á la parte Sur de Irlanda, después hizo rumbo hacia el Oeste, y tras un largo viaje encontró un hermoso y fértil país, en el cual desembarcó con su gente y estableció varias colonias. Permaneció allí algún tiempo, y cuando lo creyó oportuno, dejando en las colonias ciento veinte personas, volvió á Gales con el fin de reclutar más colonizadores, y cuando tuvo el número de éstos que le pareció suficiente abandonó de nuevo los patrios lares para no volver jamás á ellos y vivir en lo sucesivo ignorado del país de sus mayores.

El recuerdo de estos viajes del príncipe Madoc, no sólo sobrevivió en los viejos manuscritos que hemos citado, sí que también en los cantos y baladas de los antiguos bardos de la Gales del Norte, en cuyas poesías se encuentran varias estrofas á él dedicadas.

Gran número de viajeros de los siglos XVII, XVIII y XIX han creído hallar vestigios de estas colonias galesas entre los indios de la América del Norte; por ejemplo, Morgan Jones, en 1688, creyó encontrar rastros de ellas entre los indios tuscaroras; Griffeth, en 1764, entre los schavones; Jones, en 1772, entre las tribus del Ohio; y Jorge Catlin, en el primer tercio del presente siglo, entre la ya extinguida raza de los mandanos. Sin embargo, ninguna de estas suposiciones y creencias han resultado fundadas.

Pero si bien faltan antecedentes positivos acerca de las excursiones del príncipe Madoc, no por eso deben mirarse éstas como improbables, pues es indudable que desde el siglo XII hasta principios del XV hubo entre Europa, Islandia, Groenlandia y las costas orientales de la América del Norte un movimiento comercial marítimo mucho más activo de lo que en realidad se cree. Es verdad que se echa de menos la falta de elementos escandinavos ó islandeses entre los primeros habitantes de América, pero *se engañan grandemente cuantos crean que una pequeña colonia de una raza civilizada, sin comunicación de ninguna especie con la madre patria, puede sostenerse por espacio de mucho tiempo en medio de un pueblo de cazadores salvajes. La afición de la juventud á los ejercicios cinegéticos hace que ya la segunda generación adopte, en su mayoría, el idioma y costumbres del indígena, y la tercera, por regla general, ha perdido por completo el recuerdo de su origen.*

El profesor Nordenskiold, de cuyos *Estudios* tomamos la anterior fundadísima observación, que también ha sido hecha por nosotros, presenta como ejemplo, para confirmarla, el hecho de haber él conocido esquimales que ostentaban el característico nombre sueco de Broberg, y que si bien eran hijos de padre sueco y de madre groenlandesa, y habían sido criados en una colonia dinamarquesa-groenlandesa, no hablaban otra

lengua que la esquimal, eran casi en todo verdaderos esquimales, y de Suecia apenas si conservaban una idea confusa. Si á la Groenlandia dinamarquesa se la privase actualmente por espacio de un siglo de toda relación y contacto con la madre patria, transcurrido ese lapso sería ya la población tan esquimal que habría perdido por completo toda noción de su trato con Europa. Es evidente, pues, que una pequeña colonia de raza civilizada que no esté en continuo roce con su patria, desaparece, sin dejar la menor huella de su existencia, entre la raza indígena, del mismo modo que las aguas de los ríos desaparecen confundidas entre las del Océano.

Como testimonio de un viaje á Occidente es considerada una estatua de época remota de la que hacen mención en sus crónicas los conquistadores españoles (1). Según éstos, en una de las islas más extremas de las Azores, en la cúspide de un montecillo, hallóse una estatua de piedra, asentada sobre una peña cuadrada que le servía de basamento, la cual estatua representaba un hombre á caballo cubierto con un manto y con la cabeza destocada. Con la mano izquierda tenía agarrada la crin del caballo, el brazo derecho lo tenía extendido y con el dedo índice señalando hacia Occidente. Manuel, rey de Portugal, mandó á su vasallo Duarte Darmas sacar un dibujo de esta extraña figura, y posteriormente dió orden de que la llevasen á su corte; pero sólo llegaron á Lisboa varios trozos, entre ellos la cabeza y el brazo y mano derechos, como también parte del caballo, pedazos todos que fueron guardados mucho tiempo en el guardarropa del soberano y que al presente no se sabe qué ha sido de ellos.

Al pie del peñasco sobre que se alzaba la estatua había esculpidas algunas letras. Estas fueron reproducidas en cera en el año de 1529 por Pedro Fonseca, pero nadie supo descifrar su significado.

Damián de Goes deduce que la inscripción que aquellas letras componían es procedente de los colonizadores normandos que llegaron hasta aquellas islas, porque éstos acostumbraban á eternizar en las peñas todos sus grandes hechos y acontecimientos.

Qué es lo que de esta tradición corresponde á la fábula, y qué á la historia, es imposible ya precisarlo.

Al mismo tiempo que los escandinavos septentrionales, los irlandeses y galeses, quieren hacer valer también sus derechos á haber realizado viajes á América, mucho antes que Colón, los navegantes vascos. Es

(1) *Chronica do serenisimo principe D. Joao*, escrita por Damián de Goes, página 21. Compárese con *El descubrimiento de América*, por Kunstmann, pág. 9.

cierto que los vascuences, y sobre todo los habitantes de la Gascuña, sostenían animadísimo tráfico comercial con los pueblos del Norte, adonde llevaban principalmente bacalao, aceite y grasa de ballena. Los bancos de Terranova, según parece, también los conocieron mucho antes de que los descubriera Sebastián Cabot, y por las relaciones de los cronistas vascos se sabe que un individuo del reino de Navarra, llamado Juan de Echaide, había descubierto en la costa americana, probablemente en Nueva Funlandia, un puerto al que los paisanos del navarro pusieron por nombre Echiade. Postlewyt afirma, apoyándose en las teorías de diferentes cosmógrafos, que un vizcaíno vecino de Nueva Funlandia (Terranova) fué el que participó á Cristóbal Colón la existencia del Nuevo Continente. Esto podría concordar con una noticia del P. Las Casas, el cual había encontrado en el libro de observaciones del almirante los relatos de dos marinos de Santa María y Murcia respectivamente, que decían que en sus viajes á Irlanda habían sido arrojados por un temporal tan al Noroeste, que divisaron las costas de Tartaria.

Estos derechos que los vascongados creen tener respecto á la supremacía de sus viajes al Nuevo Mundo, ni han tenido hasta el presente confirmación ni es fácil que consigan tenerla en lo porvenir, mucho menos en atención á que los archivos á que se podía recurrir han desaparecido á consecuencia de las muchas guerras por que ha pasado el territorio vascuence.

Que los éuscaros eran gente trabajadora y animosa, y que salían escuadras enteras á la pesca del bacalao en las aguas del Norte y Nordeste del Atlántico, está plena é históricamente probado (1). También es de importancia suma para cuanto se refiere á este asunto un atlas que se conserva en la Biblioteca de San Marcos (Venecia), en el cual atlas, hecho por el cosmógrafo Bianco en el año de 1436, se ve muy al Oeste del Océano Atlántico una isla señalada con el nombre de Stocafixa, y cuya situación guarda relación con la que ocupa la actual Terranova.

El célebre explorador Harrisse dice en sus *Notes on Columbus* que es muy posible que los vascos visitaran las aguas americanas en el siglo VII. El conocimiento de estas lejanas pesquerías por los vascuences á principios de nuestra era parece confirmarse por los relatos de antiguos cronistas. Galvano dice á este respecto lo siguiente: «En el año de 1153 llegó á Lubek, ciudad de Alemania, un bote tripulado por hombres salvajes, procedentes, sin duda, de la costa del bacalao, situada en el meridiano mismo de Alemania.»

(1) Acerca de este punto pueden hallarse noticias más extensas en la excelente descripción que hace el profesor Geleich, al tratar de *La pesca de los gascones y el descubrimiento de Terranova* (Nueva Funlandia), en el t. XVIII del *Diario Contemporáneo de la Sociedad para el estudio de la Tierra*, de Berlín, correspondiente á 1883.

En los años de 1463-64, un meridional llamado Juan Vas Costa Corterreal, llegó según parece á Terranova; pero las ideas que acerca de este viaje se tienen son sumamente confusas é inciertas.

Iguales confusión é incertidumbre ofrece el viaje del francés Juan Cousín, que se dice salió del puerto de Dieppe el año 1488 con rumbo hacia las Indias, antes, por lo tanto, que los descubridores lusitanos. La tradición cuenta que dicho navegante sabía perfectamente hasta qué grado del Sur habían llegado los portugueses sin que les hubiera sido posible dar la vuelta al Africa. Ya en alta mar, el francés formó el proyecto de dirigir su buque en una dirección tal que lograra alcanzar tierra mucho más al Sur de donde estaba situada la más lejana de las posesiones portuguesas. En las bajas latitudes septentrionales fué arrollado por una impetuosa corriente occidental, que arrastró su barco hasta cerca de la embocadura de otra gran corriente, donde ancló. Desde allí, en vez de volverse á su patria, cruzó el Océano Sudatlántico en dirección Sudeste, hasta llegar á un cabo al que dieron más adelante los portugueses el nombre de *Punta de Aguja*. Cousín siguió la costa Oeste de Africa hacia el Norte, cambió sus mercancías en el Cabo por productos del país y volvió á Dieppe en el año de 1489.

A ser cierto este viaje, el resultado hubiera sido nada menos que el descubrimiento de América antes de Colón, y el del extremo meridional de Africa antes de Vasco de Gama.

El mencionado viaje de Cousín ha sido objeto de muchas averiguaciones y de estudio detenidísimo, y por lo tanto ha tenido tantos enemigos como defensores. El profesor Geleich, que ha llevado á efecto gran número de investigaciones acerca de la historia del descubrimiento de América, conceptúa este viaje como verosímil, y para ello fúndase en que el puerto de Dieppe, en la Edad media, era de los más renombrados de la Europa occidental (1). El tráfico de pescados en salazón, la pesca y la piratería eran las predilectas ocupaciones de aquellos descendientes de los antiguos colonizadores normandos, tan célebres por sus hazañas en los fastos marítimos. A los pescadores de ballenas, al igual que á los corsarios, ningún peligro por grande que fuese les arredraba; por el contrario, cuando se presentaba ocasión de realizar alguna proeza que rebasaba los límites de lo normal, entonces era cuando con mayor placer ejercían su ingrata profesión, y cuanto mayores eran los obstáculos que tenían que vencer, más animosos y decididos se mostraban. Pero á esto hay que agregar una circunstancia: los habitantes de Dieppe practicaban sus transacciones con el

(1) *Diario de la Sociedad para el estudio de la Tierra*, de Berlín, correspondiente al año de 1890, pág. 123.

mayor sigilo, pues por miedo á que alguien se enterase de sus exorbitantes negocios seguían el sistema de los fenicios, ó, lo que es lo mismo, guardaban absoluto silencio acerca de la dirección en que hacían ó del objeto que se proponían en sus viajes. No de otra manera se explica la escasez de noticias respecto de sus excursiones marítimas y la carencia absoluta de documentos de donde pudieran sacarse algunos datos que ilustraran la opinión sobre este punto.

Esto no obstante, siendo así que en aquella época cada barco que realizaba un viaje, al volver al punto de partida tenía que hacer entrega de su diario de navegación al almirantazgo del distrito marítimo, algo hubiera podido sacarse de los archivos de Marina; pero desgraciadamente, el archivo de Dieppe fué quemado por los ingleses al apoderarse de la ciudad, perdiéndose con este motivo toda esperanza de que pueda nunca hacerse descubrimiento alguno que arroje más luz sobre el asunto que nos ocupa.

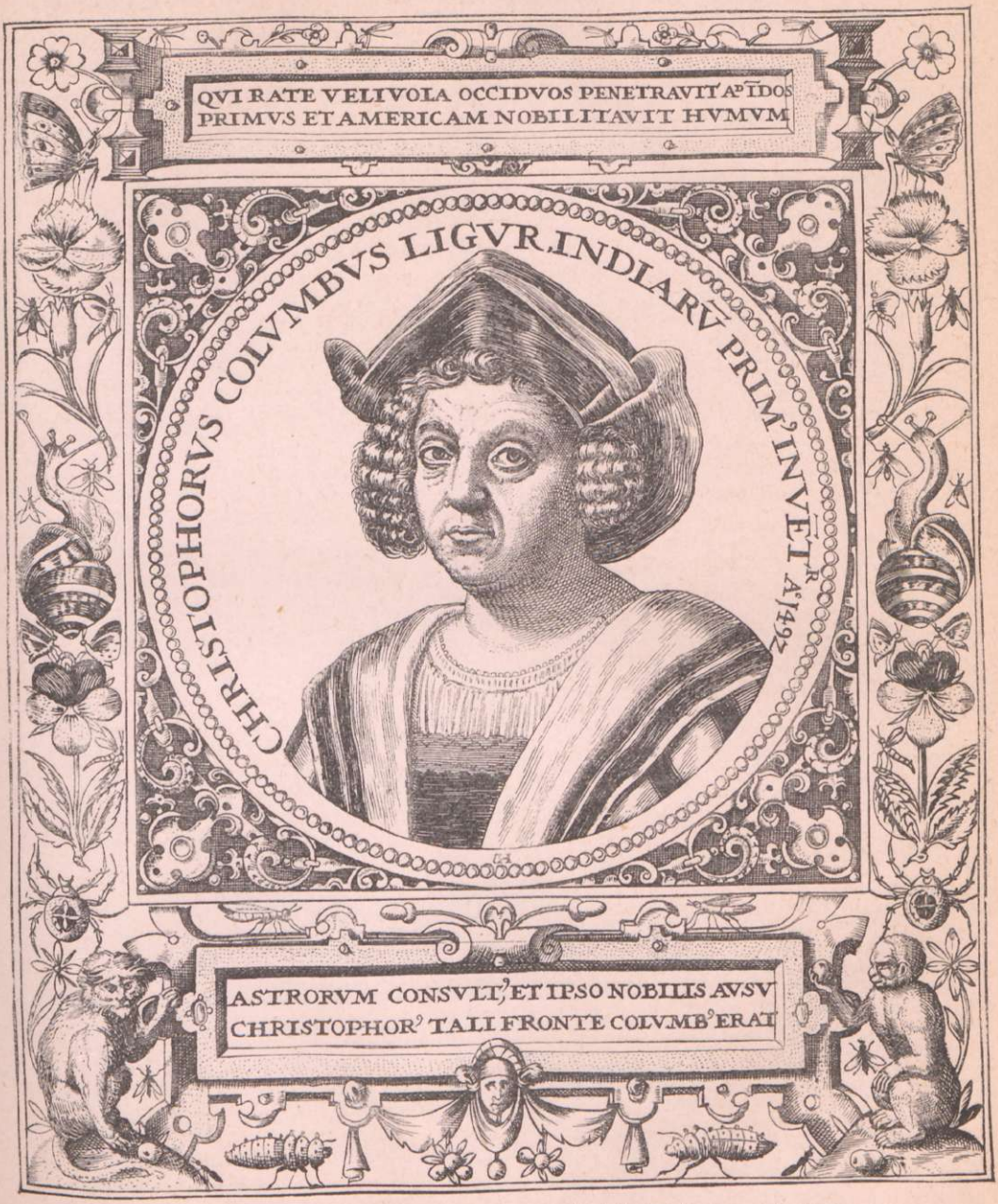
Varios cronistas antiguos, tales como Wytfliet, Pontanus y Horn, dan algunos informes acerca del viaje realizado por el polaco Juan de Kolno, del cual viaje dejamos ya hecha mención al tratar de los descubrimientos de los normandos.

Como se recordará, este navegante fué enviado por el rey Cristián I de Dinamarca, en el año de 1476, con el encargo expreso de reanudar con Groenlandia las relaciones interrumpidas desde largo tiempo.

El nombre de este marino, que á lo que parece viajó en dirección al polo Norte, dejando atrás á Islandia y Groenlandia, y que visitó la Estotilandia, se deriva del lugar de su nacimiento, la pequeña villa de *Kolno*, en el Norte de Polonia. Fué latinizado, y como es natural, se convirtió en *Johannes Scolvus*, esto es, *Kolnus*, de *Kolno*. También se le conoce por los nombres de Scolne, Szolny, Scolvus y Sciolvus.

Este viaje del enviado de Cristián I está confirmado en la carta geográfica de Miguel Lok, del año de 1582, en la cual carta, al Oeste de Groenlandia, poco más ó menos en la misma región que hoy ocupa el territorio del Labrador, estaba indicado un segundo Continente con el nombre de *Jac. Scolvus Groetland.*

La noticia del repetido viaje llegó hasta España y Portugal, pues el cronista Gomera en su *Historia general de las Indias*, publicada en 1553, y Herrera en su *Historia General* (Madrid, 1601), hacen mención de él, lo cual quita toda duda respecto de su veracidad.



Cristóbal Colón (copia de un grabado en acero del siglo XVI, hecho por De Bry)

VIAJES DE LOS HERMANOS NICOLÁS Y ANTONIO ZENO Á FRISIA, ISLANDIA, GROENLANDIA, ESTOTILANDIA É ICARIA

Intimamente unidos á la historia de las colonias septentrionales de Groenlandia y con la del descubrimiento de la América oriental, están los tan discutidos viajes de los hermanos Nicolás y Antonio Zeno, que residían en Venecia al terminar el siglo XIV, y que hacia el año de 1390 hicieron largas travesías al Norte de Europa en un principio y, posteriormente, según parece al servicio de un conquistador de origen normando, varios viajes de aventura á Islandia, Groenlandia y otros países del todo desconocidos hasta entonces.

Durante estas expediciones, Antonio escribió á otro de sus hermanos, Carlos, que era un personaje importante de Venecia, minuciosas relaciones de sus viajes y detalladas descripciones de las costas y países que visitaban. Estas cartas se conservaron por espacio de mucho tiempo en el archivo de la familia Zeno; pero sus individuos hicieron de ellas poco aprecio, y por fin llegaron á poder de uno de los descendientes, llamado Nicolás, nacido en 1515, y el cual, siendo muchacho, sin conocer por lo tanto la importancia de aquellos papeles, los rompió casi todos. Llegado á la edad madura, y comprendiendo el grave daño que había cometido, buscó los pedazos, y reuniéndolos y completándolos con sus recuerdos, reconstruyó una descripción de las arriesgadas travesías llevadas á efecto por sus antepasados, la cual descripción fué publicada por él en el año 1558 en Venecia, en casa de Francisco Marcolini, con el siguiente título: *Dei commentarii del Viaggio in Persia di M. Caterino Zeno il K... et dello scoprimento dell' Isole Frislanda, Eslanda, Engrouelanda, Estotilanda et Icaria, fatta sotto il Polo Artico, da due fratelli Zeni, M. Nicoló il K. e M. Antonio... con un disegno particolare di tutte le dette parte di Tramontana da lor scoperte. In Venetia per Francesco Marcolini.* MDLVIII.

La obra está dividida en tres partes: las dos primeras tratan del viaje á Persia realizado por un tal Caterino Zeno, y la otra del llevado á efecto por los hermanos Nicolás y Antonio Zeno.

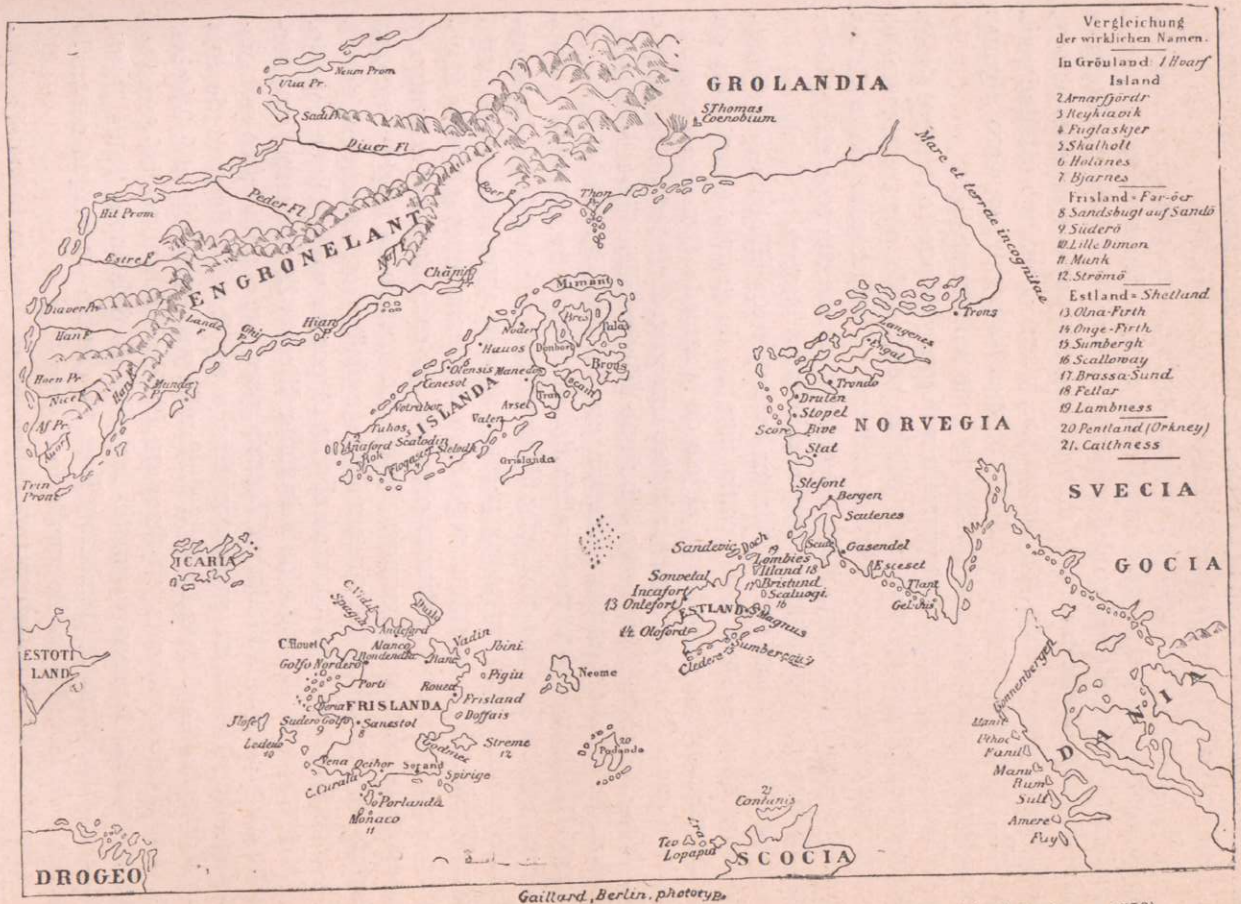
Entre los innumerables asuntos geográficos que han preocupado á los

hombres de ciencia, muy pocos han logrado ser objeto de tanto estudio y de investigaciones tantas como estos viajes de los hermanos venecianos. Así que, mientras sabios como Mercator (1595), de Lant (1643), Hornius (1652), Stüven (1714), Charlevoix (1744), Wáshington Irving (1828), Zahrtmann (1833), Peschel (1858) y varios otros, han negado la autenticidad del informe, otros muchos, entre los que se cuentan Ruscelli (1561), Moletius (1562), Ramusio (1583), Orthelius (1595), Hakluyt (1600), Forster (1784), Brache (1784), Zurla (1808), Barrow (1818), Alejandro Humboldt (1837), Bredsdorff (1845), Lelewel (1852), Gaffarel (1869), Major (1873), Gravier (1874), Vivién de Saint-Martín, Krarup, etc., etc., han reconocido, después de maduro examen, su veracidad en los detalles de mayor importancia. Posteriormente se ha aumentado el número de los últimos con los sabios escandinavos Steenstrup, Erlslef y Nordenskiold.

Antes de entrar á discutir la parte histórica ó fabulosa que á los dichos viajes corresponda, preferimos reproducir su relato, sacándolo de los documentos en que consta, eliminando todo aquello que creamos huelga, y por lo tanto en nada afecta á su esencia.

«En el año de 1380 vivía en Venecia un caballero llamado Nicolás Zeno, personaje muy considerado por sus compatriotas, y el cual, para lograr gloria y fama, mandó construir y aparejar un barco, y cuando se hubo proporcionado la gente necesaria para tripularlo se hizo á la mar, atravesó el estrecho de Gibraltar y navegó constantemente en dirección Norte al objeto de visitar Inglaterra y Flandes (1). Sorprendido en alta mar por una borrasca horrorosa zozobró el buque en la isla de Frislandia, pero se salvó la tripulación y gran parte del cargamento. Los habitantes de la isla, que acudieron en gran número al punto en que los navegantes tomaron tierra, se apoderaron de Nicolás y de su gente, sin la menor resistencia por parte de éstos, pues tan rendidos estaban á consecuencia de las fatigas que habían sufrido que no tuvieron alientos para defenderse. Y es lo más probable que hubiesen sido sacrificados por los indígenas, á no haber tenido la suerte de que se hallase allí cerca el soberano ó cacique de la isla, que en cuanto tuvo conocimiento de lo que sucedía corrió hacia ellos y, hablándoles en latín, les preguntó quiénes eran y de dónde venían. Cuando supo que procedían de Italia mostró gran contento, y dirigiéndose cariñosamente á los náufragos les aseguró que ningún peligro tenían que temer y que desde aquel momento los tomaba á su servicio. El nombre de aquel soberano era Zichmni, y además de una parte de la isla de Fris-

(1) Major ha demostrado que la partida de Nicolás Zeno debió tener lugar probablemente el año de 1390 y no en el de 1380 que queda consignado.



Gaillard, Berlin. phototy.

Mapa de los viajes de Nicolás y Antonio Zeno (reducido á un cuarto poco más ó menos del original, hecho en 1558)

landia era dueño de otros pequeños páramos llamados Porlanda, y que se hallaban á corta distancia al Sur de Frislandia. Al mismo tiempo ejercía su soberanía en Sorand, situada enfrente de Escocia.

»Me ha parecido prudente incluir la copia de una carta marítima que se conserva en nuestra casa, entre otras antigüedades de familia, en la cual carta hállanse consignadas estas regiones septentrionales. Si bien es verdad que la dicha carta está muy deteriorada por la acción del tiempo, he logrado copiarla con toda exactitud, y será de grande utilidad para aquellos que se interesen en mi relato, pues les pondrá en claro algunas cosas que sin su ayuda resultarían del todo incomprensibles.

»Zichmni era un hombre guerrero, valeroso y dispuesto siempre á toda clase de empresas arriesgadas, y célebre sobre todo por sus temerarias aventuras en el mar; y no bien los italianos se hubieron repuesto de los trabajos pasados, aconsejó á Zeno que se embarcase con toda su gente en la escuadra indígena, que se componía de trece buques.

»Accedieron á esta proposición los extranjeros, y el soberano recomendó muy eficazmente á Zeno, como hombre de grande experiencia en asuntos marítimos y guerreros, al jefe de la armada. Con ésta navegó el italiano hacia Occidente, apoderándose con gran facilidad de las pequeñas islas de Leden é Ilofe, como asimismo de otras situadas en la bahía de Sudero. En esta última se reunieron con Zichmni, que en el lapso de tiempo transcurrido desde la salida de los navegantes, se había erigido soberano de toda la isla de Frislandia secundado por su ejército. La escuadra de Zichmni, tras muy corta permanencia en aquellos lugares, zarpó hacia Occidente, y durante el viaje fué sometiendo nuevas tierras al dominio de su rey. Encontráronse otra vez las escuadras y el soberano, y entonces se celebraron grandes fiestas con motivo de la gran victoria alcanzada, siendo en ellas sumamente agasajados los venecianos, pues á ellos se debía en primer término el triunfo por su valor y buen consejo.

»De vuelta en la capital de Frislandia, Nicolás Zeno escribió á su hermano Antonio, que habitaba en Venecia, para que con un barco se hiciese á la mar y fuera á su encuentro. Hízolo aquél así, y después de una larga travesía llegó felizmente á Frislandia y se estableció allí; Nicolás, que había sido nombrado jefe de la armada de Zichmni, realizó como tal varias hazañas famosas y sometió las islas de Grislandia, Talas, Broas, Iscant, Trans, Mimaut, Damberc y Bres. En cambio un ataque contra la gran isla de Islandia no dió resultado alguno.

»De Bres salió Nicolás con tres barcos, en el mes de julio del año siguiente, con rumbo al Norte de Groenlandia, y al llegar allí encontró un convento de frailes de la orden de Predicadores y una iglesia dedicada á Santo Tomás, emplazada en la cima de un monte que arrojaba humo y

fuego como el Vesubio y el Etna. En el mismo sitio había un manantial de agua hirviendo, con la cual se caldeaban, además de la iglesia y el convento, las celdas de los monjes. Esta agua servía también para la cocción de los alimentos, pues se conseguía por tal medio un ahorro grandísimo de combustible. El pan se cocía metiendo la masa dentro de pucheros de cobre y sometiendo éstos al calor del agua hirviendo, resultando cocido lo mismo que en un horno.

»En derredor del convento había algunos pequeños jardines, que conservaban toda su lozanía durante el invierno, preservándolos, por medio de conductos de agua caliente, de la influencia perniciosa del hielo y de la nieve. Así es que, en lo más crudo de la estación fría se daban en ellos flores, frutas y toda clase de legumbres propias de las regiones templadas en la estación calurosa.

»Los salvajes indígenas, asombrados de aquellas cosas para ellos sobrenaturales, veneraban á los frailes como á dioses, y á la continua los obsequiaban con gallinas, carne y otros presentes. Cuando el frío arreciaba confortaban los monjes sus celdas por el procedimiento antes dicho, regularizando la temperatura, si ésta llegaba á ser excesiva, bien interceptando la corriente del agua, ó bien abriendo una ventana para dar paso al aire del exterior. Para la construcción del convento no se había empleado otro material que el que proporcionaba el cercano monte volcánico. Sobre las escorias y piedra pómez que el cráter arrojaba echaban agua cuando éstas se hallaban todavía encendidas, y así obtenían una excelente masa caliza de grandísima consistencia. De estos mismos materiales eran también las viviendas que los indígenas construían, pues los bloques y losas que por tal procedimiento se formaban eran tan duras después de frías que era necesario para trabajarlas hacer uso de herramientas de hierro. Estas favorables condiciones del país fueron las que indujeron á los Padres á edificar número asombroso de edificios, cuyos tejados ofrecían la particularidad de que sus salientes aleros, formando una curva entrante hacia el muro, fuesen una gran defensa contra la lluvia. Los aguaceros no eran muchos ni muy grandes en aquellas regiones tan frías; generalmente, después de la primera nevada persistía el mismo tiempo por espacio de nueve meses.

»La alimentación de los monjes consistía principalmente en caza y pesca; esta última era muy abundante en el lugar donde el cauce del agua caliente desembocaba en el mar.

»Todos los habitantes de una gran población vecina al convento estaban ocupados por los monjes en la construcción de edificios, en la caza y la pesca, y en otros mil quehaceres que corrían á cargo del convento. Las casas de esta población indígena estaban todas emplazadas al pie de la

montaña; cada una formaba en su base una circunferencia de veinticinco pies, que se iba estrechando hacia arriba á guisa de un pilón de azúcar, en cuyo extremo superior ó cúspide había una estrecha abertura para dar paso á la luz.

»De las vecinas islas de Noruega y de Drontheim iban allí en el verano muchos barcos que llevaban á los monjes varios artículos, entre ellos materias combustibles para hacer fuego, maderas de construcción, tejidos para trajes y animales domésticos, los cuales artículos canjeaban los frailes por pieles sin curtir y pescados secos, cosas estas dos últimas que, como la mayoría de los habitantes de los alrededores estaba dedicada á su busca, tenían siempre en abundancia los monjes. Estos monjes eran casi todos noruegos, excepción hecha de algunos setlandeses.

»En el puerto había siempre multitud de embarcaciones, que cuando el mar se helaba tenían que invernar allí esperando la época del deshielo para marchar. Los botes destinados á la pesca eran de la misma forma que las lanzaderas de los tejedores, y los construían con pieles frescas de pescados (1) cosidas unas á otras, y las cuales estiraban y moldeaban poniéndolas sobre unas armaduras hechas con huesos de los mismos animales. Estas embarcaciones eran tan fuertes y seguras que los pescadores se lanzaban en ellas al mar sin temor al menor peligro, pues aun en caso de sufrir una borrasca y ser arrojadas contra las rocas de la costa, resistían gran número de golpes sin experimentar el desperfecto más leve. En su fondo llevaban un saco impermeable colocado formando un embudo y fuertemente atado por su parte inferior, y cuando entraba agua en el bote se echaba ésta dentro del saco indicado y se vaciaba en el mar por un procedimiento especial que no ofrecía ni peligro ni trabajo alguno.

»Como el agua que en el convento se empleaba contenía azufre y por consiguiente producía mal olor, habíanse construído grandes depósitos de cobre, cerrados herméticamente, á los que era llevada por medio de cañerías, estableciendo por tal modo un sistema completo de calefacción en todo el edificio sin que se notase el más mínimo hedor.

»Los frailes conducían además el agua caliente por una acequia de obra para que no se enfriase. El manantial se hallaba á la entrada del jardín, y allí mismo, en su centro, construyeron uno de los grandes depósitos de cobre. De esta manera se ponía el líquido en buenas condiciones para poderlo beber, y al propio tiempo podían utilizarlo para el riego. Estas ventajas, unidas á la que proporcionaba la vecindad del monte, satisfacían cumplidamente cuanto pudieran apetecer los habitadores del convento. Los monjes dedicábanse ante todo al cuidado de sus jardines y

(1) Estos pescados eran indudablemente focas y caballos marinos.

á la construcción de hermosas y cómodas viviendas. Como recompensaban muy bien el trabajo de sus obreros, y hacían ricos regalos y eran sumamente generosos con todos aquellos que les llevaban frutos ó simientes, jamás les faltaban inteligentes y buenos trabajadores. Dichos repetidos monjes, sobre todo los de más categoría, hablaban casi siempre en latín.

»No pudiéndose acostumbrar Nicolás Zeno al clima de Groenlandia,

Habitantes de Groenlandia con sus botes (*kajaks*), según un grabado del siglo XVI

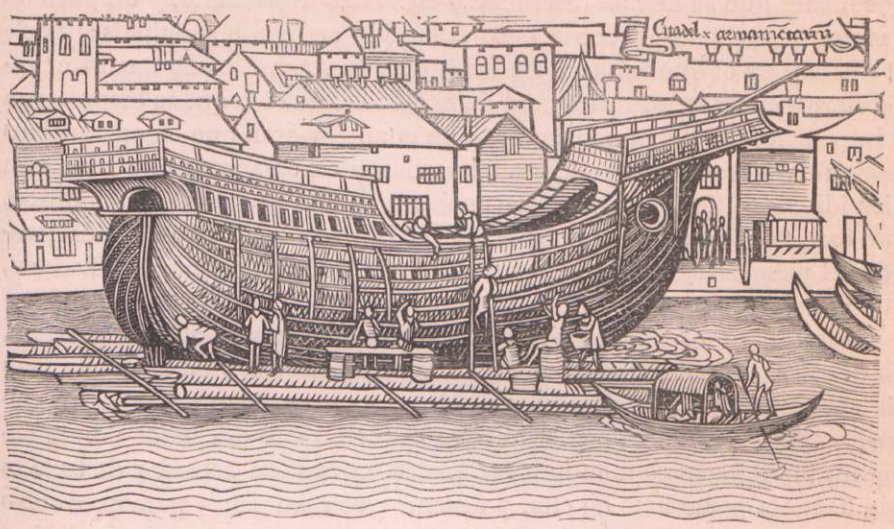
enfermó al poco tiempo de estar allí, regresó á Frislandia y murió de allí á poco. Su hermano Antonio, que heredó todos sus honores y riquezas, no logró conseguir, á pesar de lo mucho que rogó, que Zichmni le diese permiso para regresar á su patria, pues el soberano había decidido conservarle todavía á su servicio y enviarle con algunos buques hacia Occidente á una isla en la que hacía veintiséis años habían encallado cuatro lanchas de pescadores arrojadas allí por un temporal. La tal isla se llamaba Esotilandia y debía de estar situada á más de 5.500 kilómetros al Oeste de Frislandia. Una de las lanchas ó botes había embarrancado en la costa, y su tripulación, compuesta de seis individuos, fué apresada por los indígenas y conducida á un paraje poblado y hermoso. El soberano de aquella

comarca mandó á llamar muchos intérpretes, pero tan sólo uno, que por un accidente parecido había llegado al país, y que hablaba latín, pudo entender el idioma de los náufragos. Valiéndose de él, el soberano les preguntó si querían establecerse en la isla; y como, si no por grado por fuerza se veían obligados á aceptar la proposición, quedáronse cinco años en Esotilandia, aprendieron la lengua de sus habitantes, y uno de ellos sobre todo visitó diferentes partes de la isla. Era ésta, según la descripción que de ella hizo este viajero, de dimensiones algo más pequeñas que Frislandia, pero más fértil y rica. Sus habitantes eran inteligentes y conocían algunas industrias, pudiendo suponerse que en tiempos lejanos habían sostenido relaciones con los pueblos europeos, puesto que en la biblioteca del soberano había algunos libros escritos en latín, libros que nadie leía por no ser conocido allí aquel idioma. Los esotilandeses poseían lengua y escritura propias y eran muy ricos en oro; sostenían tráfico comercial con Groenlandia, de cuyo país importaban pieles, piedra pómez y pescados secos. También cultivaban grano en los muchos y extensos bosques con que la isla contaba, y sabían fabricar algunas bebidas ó licores. Las casas estaban cercadas de murallas, y todo el país se hallaba sembrado de colonias y lugares. Poseían algunas embarcaciones, pero no conocían la brújula ni sabían hallar el Norte valiéndose del compás. Por su intrepidez fueron enviados los náufragos frislandeses (frisones) con doce buques, en dirección Sur, á un país llamado Drogio, que era sumamente rico en oro; pero á la vuelta se vieron arrollados por un deshecho temporal que los puso en el mayor peligro, y no bien, á fuerza de mil trabajos y angustias, se vieron libres de él, cuando se encontraron envueltos en otro peor, pues cayeron en manos de los salvajes en una isla desconocida, los cuales salvajes, que eran antropófagos y por lo tanto consideraban la carne humana como un manjar delicadísimo, los devoraron, excepción hecha del pescador frislandés autor de este relato, que se salvó por haber enseñado á los indígenas el arte de pescar con red.

»La noticia de la habilidad del pescador se extendió rápidamente á las tribus vecinas; y el cacique de una de ellas sintió tal deseo de tomarle á su servicio, que después de una guerra victoriosa obligó á los que lo poseían á que se lo entregaran. Trece años permaneció el desgraciado en aquellas comarcas, en cuyo lapso de tiempo sirvió nada menos que á veinticinco dueños diferentes, habiendo pasado de uno á otro por medio de cambios, pues todos deseaban tenerle á su servicio. Esto le sirvió para adquirir conocimiento completo del país, del cual decía que era tan inmenso que parecía un mundo nuevo. Sus habitantes eran tan rudos que, aunque experimentaban grandes sufrimientos á causa del frío, iban desnudos por no saber utilizarse de las pieles para abrigarse. Les eran des-

conocidos los metales, practicaban el oficio de cazadores valiéndose de lanzas de madera con puntas muy afiladas ó de unos arcos cuya cuerda era de correa. Tenían varias leyes, estaban gobernados por caciques, eran sumamente crueles y salvajes, sostenían unas tribus con otras guerras continuas y sangrientas, y los vencedores se comían á los vencidos.

»A medida que se avanzaba hacia el Sudoeste se observaba mayor grado de cultura, el clima era también más benigno, y había ciudades y templos de ídolos. A estos últimos se sacrificaban víctimas humanas, con



Casco de un buque mayor de largo curso en construcción, á fines del siglo XV

las que se celebraba un banquete antropofágico después de cumplidas las ceremonias del culto. Estos salvajes conocían algo el empleo del oro y de la plata.

»El pobre pescador frislandés, después del largo cautiverio que queda consignado, logró un día fugarse, marchando á través de los grandes bosques hasta llegar á Drogio, punto al que arribó después de mil peligros y penalidades sin cuento. Allí se hizo intérprete de los tripulantes de los barcos procedentes de Esotilandia, consiguiendo con su trabajo realizar tan gran fortuna que pudo mandar construir y fletar una embarcación á sus expensas, con la que regresó á Frislandia después de veintiséis años de ausencia, y una vez allí hizo el relato de las aventuras que hemos transcripto al soberano Zichmni.

»Animado este cacique por la relación del pescador, decidió al momento someter á su dominación todos aquellos países; pero los preparativos de la expedición tuvieron mal comienzo, pues antes de emprender el viaje

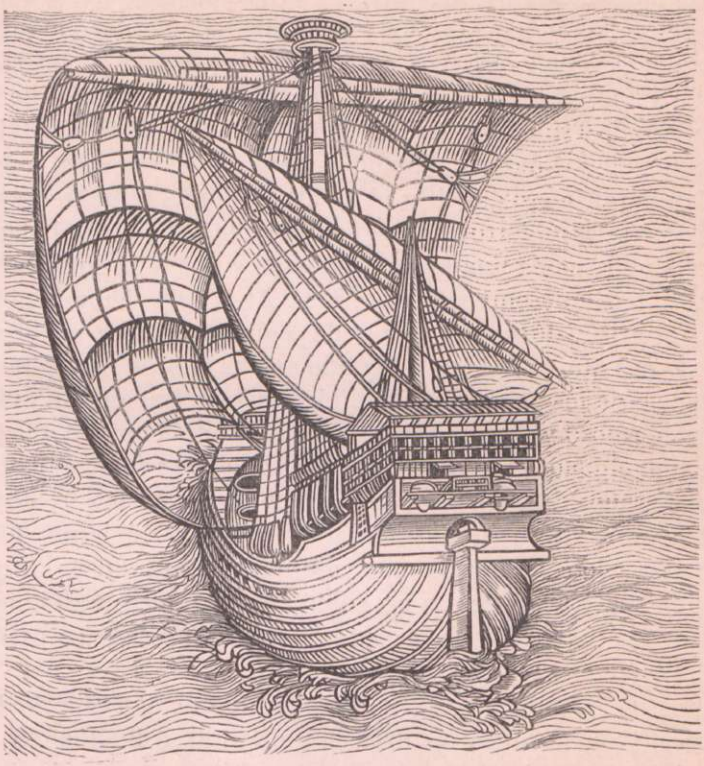
falleció el pescador, que había de ser el guía de la escuadra destinada á realizarla. Esto no obstante, no desistió Zichmni de su empresa, sino que, conviniéndose con algunos marineros que conocían aquella isla, embarcóse con ellos é hízose á la mar con rumbo á Occidente, y después que hubieron transpuesto las islas de Ledeuo é Ilafe se hallaron en alta mar. No tardó mucho la escuadra en verse á merced de una borrasca que duró ocho días y que ocasionó la pérdida de gran parte de los buques que la componían. Cuando el huracán hubo cesado se volvieron á reunir los que quedaban, que se habían diseminado en varias direcciones, y después de navegar algún tiempo con viento favorable arribaron á un país situado al Oeste y en el que hallaron un buen puerto. Acababan de anclar cuando vieron aparecer gran número de hombres armados que se dispusieron á impedirles desembarcar, pero que en cuanto vieron que los extranjeros hacían demostraciones pacíficas les enviaron embajadores que hablaban diez idiomas diferentes, y de los cuales tan sólo fué comprendido uno, que era islandés, sabiendo por él que la isla se llamaba Icaria, del nombre del primer rey que tuvo, que era hijo de Dédalo, soberano de Escocia, que la había sometido á su dominio.

»Contentos los habitantes de la isla con el bienestar que disfrutaban, no querían consentir que nadie hollara su territorio, y en su consecuencia aconsejaban á Zichmni que no saltase á tierra. Este no se dignó volverles contestación, y en cuanto tuvo conocimiento del lugar donde había un puerto seguro mandó levar anclas, navegó en derredor de toda la isla hasta la parte Este de ella, y desembarcó á su gente para proveerse de agua y madera. No bien habían dado comienzo á su faena cuando fueron atacados con saña terrible por los insulares, los cuales se comunicaban toda clase de órdenes por medio de hogueras y señales. Inútiles fueron cuantas demostraciones de paz hicieron los extranjeros, pues los indígenas se batían con el mismo encarnizamiento y barbarie que si vieran que los despojaban de todo cuanto poseían. En la lucha perecieron muchos de los hombres de Zichmni y gran número fueron heridos, y en vista de esto el soberano dió orden de regresar á los barcos, lo que se efectuó inmediatamente, y una vez en ellos navegaron los aventureros formando un gran círculo en derredor de la isla. Cuantos movimientos realizaban los buques de Zichmni eran desde la orilla atentamente observados por poderosa hueste de hombres armados, que demostraban á los extranjeros su enemistad por medio de gritos desaforados, ademanes hostiles y hasta disparando flechas.

»Después que hubieron dado vuelta á toda la parte Norte de la costa, llegaron los buques á unos tan extensos cuanto peligrosos abismos, en los que por espacio de diez días se vieron de continuo luchando con la

muerte, logrando por fin, después de inauditos trabajos, tocar en la parte Este de la isla, donde hallaron la misma animosidad contra ellos que anteriormente por parte de los habitantes, cuyo salvaje y ronco grito de guerra se oía perfectamente desde larga distancia.

»Una segunda tentativa de desembarco fracasó lo mismo que la anterior, y entonces Zichmni se decidió á abandonar la isla, en vista de que



Nave de fines del siglo XV

nada podían hacer ni menos esperar en ella. Hiciéronse, pues, á la mar, y por espacio de seis días navegaron hacia el Oeste con viento favorable; cambió el viento en Sudoeste, y en aquella dirección anduvieron otros cuatro días, al término de los cuales divisaron tierra. Desembarcaron algunos hombres, y á su regreso á la embarcación, llenos de alegría, comunicaron á sus compañeros que aquel país no sólo ofrecía un buen puerto, sino que reunía condiciones muy buenas. Ante tan felices nuevas Zichmni dió orden de dirigirse hacia el puerto indicado, y cuando todavía se hallaban á bastante distancia divisaron una gran montaña que por su cúspide arrojaba humo, de cuya circunstancia dedujeron que la isla estaba

habitada. A consecuencia de semejante deducción, el soberano mandó á cien de sus guerreros más decididos y valientes á explorar el país, entretanto que otros hacían gran provisión de madera y agua para los barcos, y que al mismo tiempo cogieron una respetable cantidad de peces y aves marinas. Los tripulantes hallaron tal abundancia de huevos de estas aves que satisficieron su apetito cumplidamente.

»La circunstancia de encontrarse en el mes de junio hacía que la temperatura fuese sumamente suave y agradable. Como por ninguna parte se observaba el menor rastro de habitantes, bautizaron el puerto con el nombre de Trin, y á un promontorio que se alzaba sobre la orilla lo denominaron cabo de Trin. Pero á los ocho días de su partida volvieron los guerreros mandados por el soberano á explorar la comarca, y refirieron que habían ido primero á visitar el monte de donde salía humo y que en su base habían descubierto una hoguera grande á cuyo lado había un manantial en donde nacía una pasta semejante á pez, y la cual pasta corría como un río hasta desembocar en el mar. Al propio tiempo habían también visto multitud de seres humanos de pequeña estatura, medio salvajes, y tan medrosos que se habían refugiado en sus cuevas precipitadamente á la presencia de los forasteros. También habían hallado un gran río y un puerto hermoso y seguro, y todo esto decidió á Zichmni á quedarse allí y fundar una ciudad. Pero como muchos de los que le acompañaban se hallaban cansados de las fatigas sufridas en el viaje y por lo tanto ansiosos de volver á su patria antes de que entrara el invierno, quedóse el soberano tan sólo con aquellos que voluntariamente quisieron quedarse en su compañía, y á los demás los envió á su país, nombrando jefe de la expedición, contra sus deseos, á Antonio Zeno, que deseaba permanecer al lado del rey.

»Navegaron los repatriados sin ver tierra alguna, por espacio de veinte días consecutivos, siempre en dirección oriental, é inclinando después un poco el rumbo hacia el Sudeste divisaron tierra al cabo de cinco días, reconociendo que se hallaban en la isla de Neome, perteneciente á la soberanía de Zichmni, y cuyos habitantes proporcionaron á los viajeros toda clase de provisiones. Salieron de allí, y con viento favorable llegaron, después de tres días de viaje, á Frislandia, cuya población los recibió con grandes muestras de regocijo, pues como hacía tanto tiempo que no sabían noticia alguna de sus señores, creían que habían perecido. Refiriéndose á Zichmni, decía Antonio Zeno en otra carta que había fundado una colonia en la isla recientemente descubierta y que desde allí había salido á reconocer detenidamente el país y las bahías de todos los alrededores. Además decía que iba á publicar un libro acerca de los países que había visto, las costumbres de sus pobladores y hasta los animales que allí había,

en el cual libro no solamente describiría los enormes peces, y los usos y leyes de Frislandia, Islandia y Estlandia, en el reino de Noruega, Estotilandia y Drogio, sí que también relataría la vida y aventuras de su difunto hermano Nicolás y los descubrimientos que había realizado. Había escrito igualmente una biografía de Zichmni, *príncipe que por su valor reconocido y su carácter bondadoso merecía, más que otros, recuerdo imperecedero.*»

Estos son, extractados de manera que en nada desvirtúan su esencia, los datos tomados de las cartas que Antonio Zeno escribió á su hermano Carlos, que, como ya hemos dicho, residía en Venecia.

Antonio pudo conseguir por fin, á fuerza de súplicas, que Zichmni le permitiera volver á su patria, á la que llegó felizmente el año de 1405. Poco tiempo, sin embargo, pudo saborear el fruto de sus largos viajes, pues tan quebrantada se hallaba su salud á consecuencia de las fatigas que había sufrido bajo la influencia del crudo clima de aquellas apartadas regiones, que falleció el año mismo de su regreso. Su temprana muerte originó la casi total desaparición de sus papeles, pues por espacio de más de un siglo estuvieron olvidados entre otros documentos de la familia, y cuando llegó á comprenderse el mérito que encerraban para la gloria y esplendor de la casa Zeno ya estaban incompletos. Nicolás Zeno el joven, uno de los descendientes de Antonio, cuya correspondencia ha servido de base á la obra, dice lo siguiente acerca de la suerte que cupo á los manuscritos:

«Yo deploro que el diario y otras muchas cosas de Antonio hayan sido destruídas por modo tan desastroso. Era yo muy niño aún cuando llegaron á mis manos, y las desgarré según la infancia hace con todo por costumbre, acción en la que no puedo hoy pensar sin dolor. Mas para que no se pierda igualmente todo aquello de que conservo un recuerdo fiel, escribo este informe, por si acaso nuestra generación, más aún que la anterior, halla placer y provecho al leer el relato de los grandes descubrimientos realizados en parajes donde menos se esperaba.

»Nuestra época muestra grandísimo interés hacia todo cuanto le proporciona datos acerca del hallazgo de nuevas y hasta el día ignoradas tierras, merced al valor é intrepidez de nuestros antepasados.»

Como ya dejamos consignado, no han faltado exploradores que opinaran que debían considerarse como apócrifos cuantos informes tratan de los viajes de los hermanos Zeno, pues al querer descifrar los nombres de las localidades que fueron teatro de aquellos acontecimientos se tropezó con muchas dificultades, y además la carta geográfica que acompañaba á esta antigua narración no siempre concordaba con el texto ni mucho me-

nos con las noticias exactas que al presente se poseen acerca de aquella parte del planeta.

Solamente á los dos sabios R. H. Major (1) y A. E. Nordenskiold (2) les ha sido posible, después de minuciosas y detenidas investigaciones, demostrar que, no tan sólo es por completo inadmisible la idea de que los viajes de los hermanos Zeno sean fabulosos, sino que, por el contrario, los documentos que acerca de ellos tratan, aun en los hechos al parecer más confusos ó ininteligibles, encierran un gran fondo de verdad.

Ocuparnos con toda minuciosidad en todas estas investigaciones sería un trabajo por demás extenso, aparte de que para ello hay necesidad de mencionar los trabajos de los antedichos sabios, el último de los cuales, basando su gran caudal de antecedentes en observaciones practicadas en el Norte, deduce que la carta geográfica que va unida á la obra de Zeno, además de que sobresale por modo notable entre cuantas se hicieron en tiempos anteriores y aun en aquella misma época, se acerca á la verdad más que ninguna al hacer la pintura de aquellos países; dice además que los hermanos Zeno visitaron la Groenlandia, y que el pescador frisón, en el que se ocupa el relato, estuvo también en Nueva Funlandia, Canadá y en los actuales Estados Unidos.

«Todo el informe de este viaje, dice Nordenskiold, está escrito con suma sencillez, y carece de las exageraciones que siempre se encuentran en el relato de viajes fabulosos. Es cierto que en él se da á Zichmni el título de príncipe y llaman conquistas á la mayoría de las rapiñas que realizaron; pero á excepción de esto, describe sin ficción alguna la vida que hacía uno de aquellos corsarios de la época, cuyo poder se extendía á la isla que habitaba y á otras costas cercanas, que se veían libres de su rapacidad pagándole un tributo voluntario. Indudablemente Zichmni era uno de tales corsarios, no quiero llamarle pirata, que tanto abundan en los siglos XIV y XV, y cuyos nombres, salvo raras excepciones, no se ven consignados en la historia. Desde veinte años antes del descubrimiento de Groenlandia se hablaba de piratas que surcaban aquellas aguas, y hasta muy entrado el siglo XVI estuvieron plagados de ellos los mares glaciales. Dichos piratas eran procedentes de todos los países, y en primer lugar de la Escandinavia. La circunstancia de que en toda la relación no se mencione siquiera una vez el castillo de Zichmni, es prueba evidente de que ni aun poseía una vivienda de alguna importancia, y sí tan sólo que, á consecuencia del primero y único feliz combate que el libro menciona, había fijado su resi-

(1) Major: *The voyages of the Venetian brothers Nicolo et Antonio Zeno. Hakluyt Society Edition*, Londres, 1873.

(2) *Estudios é investigaciones de Nordenskiold*, páginas 1 á 62.

dencia en una de las islas Feroe, que para sus empresas contra las de Setlandia, Islandia, Escocia, Noruega, etc., estaban muy bien situadas. La visita del pescador frisón á Estotilandia, Drogio y al Continente vecino, tiene un sello indiscutible de verdad. El informe del citado pescador, plagado de minuciosos detalles, concuerda perfectamente con lo que no hemos sabido en Europa hasta los siglos XVII y XVIII acerca de la vida y costumbres de los salvajes del Canadá y de los Estados Unidos de América. Mientras que los esquimales y tschuktschos, por lo menos en la actualidad, son muy hábiles para tejer las redes con que pescan focas y peces, los habitantes de la península de California no conocían en la época de la fundación de las misiones de los jesuitas el arte de pescar con red ó con anzuelo. La descripción del asombro que causó á los salvajes la habilidad del pescador frisón que, como queda consignado anteriormente, había sido arrojado á aquellas costas por una tempestad, no tiene nada de inverosímil trasladando á América los viajes de éste, como tampoco la versión de que los salvajes anduvieran desnudos y no conocieran el empleo de los metales. La pintura que hace de sus costumbres y leyes, y de las diversas tribus, cada una de las cuales tenía su idioma propio y que constantemente estaban en guerra, está conteste de todo en todo con las noticias que poseemos de los pueblos que habitaban antiguamente en el Norte y centro del Continente norte-americano.

No es posible que en el año de 1558 pudieran inventarse estas versiones, ni aun por los hombres más sabios y más conocedores de los diferentes pueblos del globo. Tampoco pueden referirse á ningún otro país que América, y menos que á ninguno pueden aplicarse á Rusia, pues en aquella época, además de hallarse bajo el yugo de los tártaros, sus habitantes no iban desnudos, sino vestidos con pieles de oveja ó con kaftanes de tela, conocían el uso de toda clase de metales, dominaba un lujo verdaderamente asiático y estaba en su apogeo un refinado culto eclesiástico.

Además de lo difícil que parece que haya habido en Groenlandia un convento dedicado á Santo Tomás, es muy verosímil que la descripción de él haya sido inventada, pues no puede admitirse que estuviera situado en un país tan septentrional como aquél. Dicha descripción sólo pudo hacerla quien había visto caldear las habitaciones y estufas por medio de agua caliente conducida por tuberías, y este sistema de calefacción no ha existido según nuestras noticias en ningún país europeo de aquellos tiempos. La diferencia entre el agua sulfurosa que no servía para bebida y el agua común no ha podido ser inventada, como tampoco el detalle de que las cañerías que conducían el agua fría corriesen por debajo de la tierra para que aquélla no se helase en el invierno, pues no había entonces en Venecia ningún sabio capaz de apreciar los distintos grados de temperatura de

la capa terrestre más próxima á la superficie del suelo. La parte libre de hielo en el mar Glacial que hasta en el invierno conservaban abierta los manantiales de agua caliente, podía ser una suposición; pero el dato de que las focas (peces) y las aves se reunían en invierno en gran tropel alrededor de aquellas aberturas tiene que haberse presenciado, ó por lo menos estudiado en la literatura ártica del siglo pasado, y no puede, por consiguiente, haberse escrito sin fundamento alguno en el año de 1558. Además es cosa bastante sabida que actualmente hay aún en Groenlandia manantiales termales. Ivar Bardson habla también de los que se encuentran en algunas islas del Rafnsfjord, pertenecientes unos á un convento de benedictinos y otros á la catedral.

La reseña de las canoas groenlandesas, su construcción, y la facilidad con que en ellas podía llegarse á una costa abierta, demuestran claramente que ha sido suministrada por persona que ha visto por sí misma el uso de estas características embarcaciones. Por último, en cuanto se refiere al anclaje en el puerto de Trin, las pocas palabras con que está descrita la estancia en aquel lugar encierran particularidades que revelan que llegaron á un punto de la costa Norte de América. Los hombres que allí vieron indudablemente eran esquimales. La abundancia de aves acuáticas y huevos de éstas que encontraron, la cual abundancia, como ya se dijo, fué tal que bastó á satisfacer el apetito de los hambrientos tripulantes de la escuadra, difiere tanto de lo que tiene relación con el Mediodía y concuerda por modo tal con los rasgos peculiares del Norte, que estos datos tienen, sin género alguno de duda, que estar basados en verdaderas observaciones.

Además, distintos sabios, y principalmente el inglés Major, así como Nordenskiold, han hecho constar la concordancia que existe entre algunos de los nombres consignados en la carta de Zeno y los que se ven en varios antiguos manuscritos septentrionales, y que aún están en uso.

Por ejemplo, el nombre de *Mónaco* anotado en la carta de Zeno se reconoce fácilmente en el de *Monk*, que lleva en la actualidad la isla más meridional del grupo de las Feroe. De la misma manera, el golfo de *Sudero* es idéntico al *Suderoefjord; Sanestal* á *Sandoe; Slofe* ó *Ilofe* á *Skoe, Ledovo* á *Little Dimon*, así como el nombre de *Faroer Island* (en antiguo dinamarqués *Faeroisland)* parece ser el mismo que *Frislandia*. Es posible que la isla principal, llamada hoy día *Stromoe*, así como la ciudad en ella asentada y denominada *Thorshavn*, fueran conocidas en aquel tiempo por el nombre de Frislandia.

Estandia es, sin duda alguna, las actuales islas de *Shetlandia*, y los nombres consignados en la repetida carta geográfica de Zeno se reconocen del modo siguiente: *Onlefort* es la actual *Olno Firth; Oloford, Onge Firth; Sumbercouit, Sumbiergh; Scalnogi, Scalloway; Bristund, Brassa-*

sund; y por último, *Lombies, Lambnes; Pondanda* y *Contanis* son, indudablemente, *Pentlandia*, de las islas *Orkneyas* y *Caithness.*

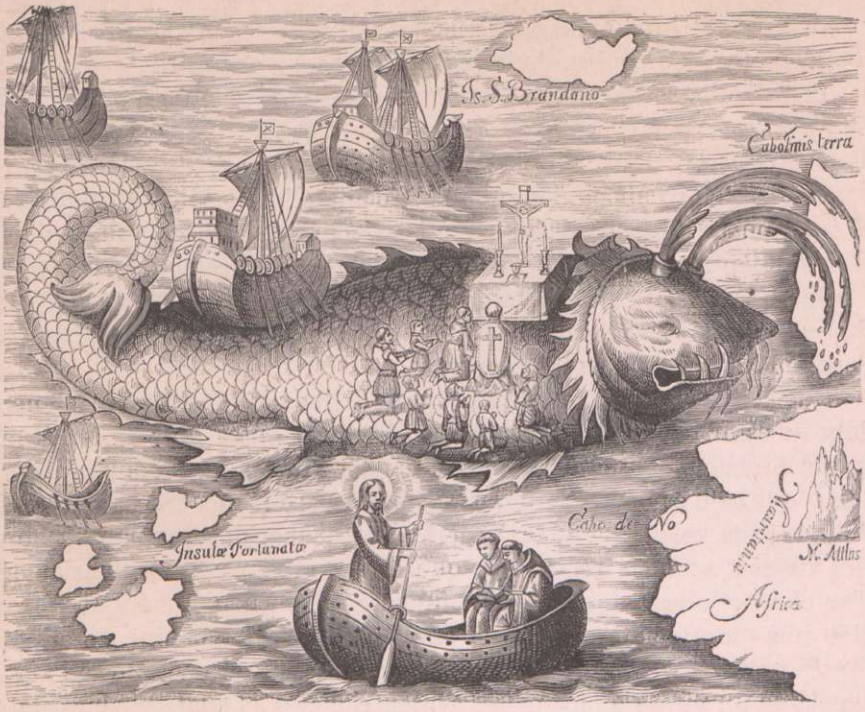
En Islandia se reconocen fácilmente: á *Anaford*, en *Anafjord;* á *Rok* en *Reykiavik;* á *Floglascer* en *Fuglaskjer;* á *Scalodin* en *Skalholt;* á *Olensis* en *Holanes.*

Más perfecto conocimiento de la Groenlandia meridional proporciona el informe de Ivar Bardson, que al extremo Sur de ésta lo denomina *Hvarf*, mientras que Zeno en su carta le llama *Af promontorium.*

Sobre la base de más extensos conocimientos acerca de la cartografía de los países del Noroeste europeo hasta fines del siglo XVI, deduce Nordenskiold las siguientes conclusiones:

Que la carta geográfica que acompaña el libro de Nicolás Zeno el menor debe de estar hecha por otra antigua dibujada antes del año de 1482, y traída probablemente desde Frislandia por Antonio Zeno; que la dicha carta, que sólo es conocida por dos copias más ó menos corregidas, es, sin duda alguna, resultado de las experiencias de marinos que han hecho varios viajes á aquellas regiones, y que es un trabajo extraordinariamente bien ejecutado para aquel tiempo; que el mismo Zeno el menor hace también una descripción en el libro publicado por Marco Lini, descripción exacta en su parte principal, de la estancia de sus antepasados en la residencia de un pirata de los países septentrionales, el cual se había establecido en una de las islas Feroe, desde donde emprendía largas correrías, y en una de éstas llegaron á un convento muy notable, situado probablemente en la costa meridional de este país.

El mismo sabio deduce también que los pescadores del pirata Zichmni fueron impelidos por la tempestad hacia el Continente Americano, y que allí, sin duda Terranova y Canadá, encontraron restos de pequeñas viviendas fundadas con toda probabilidad en los tiempos primitivos por europeos; y que dichos pescadores, obligados por las circunstancias á vivir por espacio de cinco años en la parte central del mencionado Continente, pudieron luego suministrar algunas descripciones exactas de las relaciones sociales de sus habitantes.



El milagro de San Brandano (de una miniatura antigua)

ISLAS FABULOSAS DEL OCÉANO ATLÁNTICO

Para terminar nuestras investigaciones acerca del conocimiento que había de América en los tiempos antecolombianos, sólo nos falta tratar de algunas islas fabulosas que se suponían situadas en el Océano Atlántico.

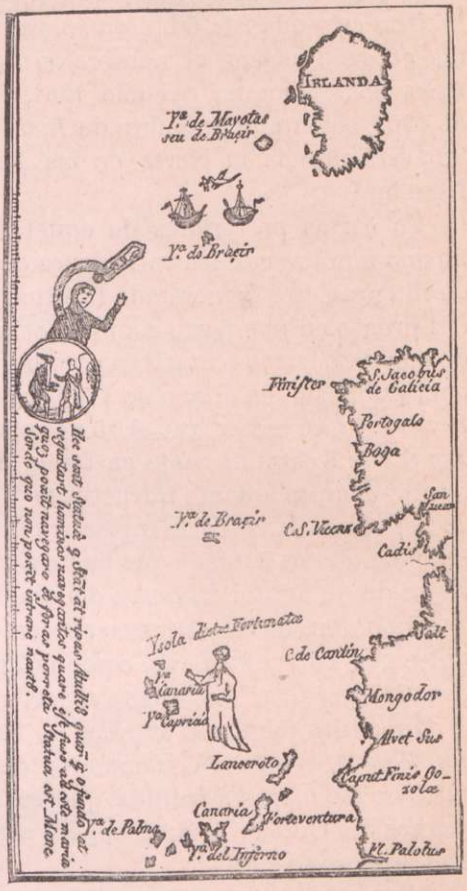
La leyenda inventada por Platón, el poeta de la antigüedad clásica, tratando de la maravillosa Atlántida, se había inculcado tan profundamente en el pensamiento de los pueblos que no era fácil que pudiese desvanecerse tan pronto.

La creencia de que existían grandes páramos al Oeste del mundo conocido, en medio del Océano Atlántico, y á los que la Naturaleza había prodigado las mayores magnificencias, tomó tal cuerpo en la Edad media, que hasta en las cartas geográficas de la época se encuentran consignadas diferentes islas fabulosas, si bien no se les da en todas el mismo nombre. La más antigua de estas islas es sin duda la de San Brandano.

San Brandano era prior de Clesainfert, en Irlanda, y murió el 17 de mayo del año 577. La Iglesia celebra su fiesta el 16 de dicho mes.

Según la tradición, navegaba con setenta y cinco monjes por el Océano para buscar la Tierra de Promisión, de la cual le había hablado el hermano Barintus. Anclaron en diferentes islas, unas de las cuales resultó ser el lomo de un pez enorme.

En esta supuesta isla celebraron el sacrificio de la misa los frailes, y acumulando combustibles para hacer fuego, encendieron una hoguera debajo de un caldero para hacer la comida. No bien comenzó á arder, cuando notaron que se movía el suelo bajo sus pies, en vista de lo cual se refugiaron precipitadamente en su barco, desde el cual vieron todavía, á dos leguas de distancia, brillar el fuego de la dicha hoguera.



Parte de la carta geográfica dibujada por Pizigano en Venecia en el año 1367

Este sólo es un episodio del viaje, pues á los navegantes les ocurrieron otros espeluznantes peligros, de los cuales se libraron siempre por la divina gracia. Por fin, al cabo de siete años de vagar sin Norte, llegaron á la Tierra de Promisión, sobre cuyas fértiles vegas brillaba constantemente un día sin ocaso y los árboles estaban perennemente cargados de frutos. A los cuarenta días de excursión por aquel país encontraron los frailes á un adolescente, circundado por un nimbo de luz, el cual les dijo que cargaran su barco con piedras preciosas y frutos y emprendieran el regreso. «Dios, dijo el mancebo, ha dejado buscar durante siete años al piadoso Brandano la tierra que un día será visible á sus descendientes.»

Esta leyenda, desprovista de todo valor literario, y que sólo confirma el hecho de que la fantasía de todos los tiempos, tanto la profana como la cristiana, ha colocado la tierra de la bienaventuranza en los últimos límites del mundo, tiene alguna importancia para la geografía, porque en al-

gunas cartas de la Edad media se encuentra consignada la isla de San Brandano; por ejemplo, en el globo terráqueo de Martín Behaim del año de 1492, á los 50° Oeste del meridiano de la costa portuguesa y en medio del Océano, se ve una isla con la siguiente inscripción: 565 *años después de Jesucristo llegó San Brandano á esta isla, vió en ella muchas maravillas y siete años después se volvió á su país.*

Otra segunda isla fabulosa aparece en el siglo XIV en diferentes cartas geográficas con el nombre de *Brazil*, por ejemplo en una carta del Atlas de Mediceano del año 1351. En otra carta de Pizigano, del año de 1367, ostentan el nombre de *Insula de Bracir* tres islas, de las cuales una está situada al Norte de las Azores y las otras dos al Sudoeste de Irlanda.

En cartas posteriores de aquel siglo y de los siguientes aparece el mismo nombre con las variaciones de *Braxil, Brazylle* ó *Brasile*, sin que en ninguna esté demostrada la situación fija de la isla, pues ésta aparece tan pronto en una parte como en otra del Océano. Parece ser que no han dejado de hacerse tentativas para hallar la imaginaria isla, pues en una obra publicada en el año de 1778 con el título de *Gulielmi de Worcester Itineraria*, se indica que el 15 de julio del año de 1480 emprendió Juan Jay desde Bristol un viaje en busca de la isla de Brazylle, el cual viaje resultó completamente infructuoso. También Pedro de Azala, embajador de España en la corte de Inglaterra, hace mención en una carta del 25 de julio del año de 1498 de que hacía siete años que se habían hecho varios viajes desde Bristol en busca del citado islote.

El nombre de éste aparece aún en diferentes cartas geográficas de los siglos XVI, XVII y XVIII, así como también en el gran mapa de Jefferys del año 1770, pero con la siguiente advertencia: *Imaginary island of O. Brasil.*

Otras islas fabulosas eran las de *Tanmar* ó *Danmar, Mayda, Asmaides, Verde* y *Antilia*. Los nombres de éstas han ido desapareciendo en parte de los mapas á medida que se han alcanzado conocimientos más exactos del Océano Atlántico; pero algunos se han conservado casi hasta los tiempos modernos.

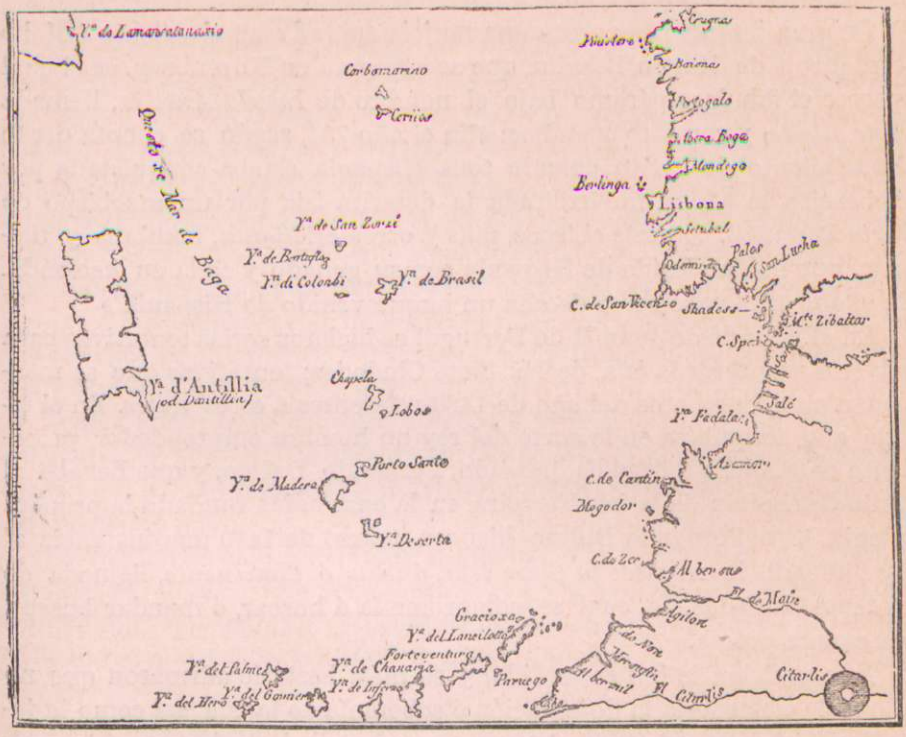
El que se sostuvo más es el de Antilia ó Antilla, que fué sin duda la antigua Atlántida.

Según se dice, en el año de 1414 llegó un buque español á las inmediaciones de esta isla. Diez años después aparecen en un atlas italiano que se conserva hoy día en la Biblioteca de Weimar la parte Norte de la isla Antilia, otra segunda en forma de rectángulo, llamada *Mano de Satanás*, y otra tercera en forma de hoz.

En otra carta dibujada probablemente en el año de 1436 por Andrés Bianco se ve confirmada la versión de que por aquel tiempo habían pe-

netrado barcos españoles hacia Occidente, pues al Mediodía de Antilia, entre esta isla, la de *Mano de Satanás* (1) y la parte Noroeste del grupo de las Azores, se leen las siguientes palabras: *Questo hé mar de Spagna.*

El genovés Bedario ó Bedrazio ha dejado una carta geográfica compuesta, según Humboldt, en el año de 1434, en la que también está consignada Antilia con esta advertencia: *Insula de novo reperte.* Al Oeste de


Cerigo
Lisbona
Cabo de San Vicente
Gracioza
Fuerteventura
Canaria
Tenerife
Gomera
Hierro
Palma
Madera
Porto Santo
Deserta
Lobos
Antillia
Brasil
Colombi
Bertolaz
San Zorzi
Mar de Bage
Cabo de Cantin
Mogodor
Cabo Bojador
Cabo Non
Cabo Bayona
Cabo Finisterre
Cabo de Roca
Cabo de Sacre
Cabo de Palos
Cabo de Gata
Cabo de Tarifa
Cabo de Trafalgar
Cabo de Espichel
Cabo de Lugar
Cabo de Lugar
Cabo de Lugar

Fray Mauro, Ortelius, Mercator y Toscanelli, y con frecuencia se la ve aparecer con el nombre de *Sette Cidades* ó *Sete Ciudades* (isla de las Siete Ciudades), pues, según una leyenda, en el año de 714, después de la derrota infligida por los moros al rey español Rodrigo, llegaron cristianos fugitivos á una gran isla del Océano Atlántico.

Los fugitivos iban acompañados de un arzobispo y seis obispos y cada uno de ellos fundó una ciudad.

De gran interés nos parece una noticia anotada en el célebre «Globo terráqueo,» de Martín Behaim, que se conserva en Nurenberg, en el cual aparece el fabuloso páramo bajo el nombre de *Insula Antilia*, llamada *Septe citade*, y con este apéndice: «En el año 734, según se cuenta desde el nacimiento de Cristo, cuando toda Hispania estaba conquistada por los herejes de Africa, fué habitada la descrita isla por un arzobispo de *Porto Portugal*, con seis obispos más y otros cristianos, hombres y mujeres, que habían huído de Hispania con su ganado y toda su hacienda. En el año 1414 pasó cerca de ella un buque venido de Hispania.»

En el reinado de Juan II de Portugal se hicieron serias tentativas para volver á encontrar la isla de las Siete Ciudades; tentativas que se mencionan en documentos del año de 1486 referentes á estos viajes. En el citado año se hallaba en la corte del rey un hombre emprendedor, procedente de Flandes ó Francia, llamado Fernando Dulmo, y que llevaba el título de capitán de la isla Terceira, en la cual había fundado la primera colonia. Este Fernando Dulmo hizo en marzo de 1480 una instancia al rey pidiendo le regalase la *Gran isla, ó islas ó Continente*, llamada de las Siete Ciudades, la cual se comprometía á buscar, ó mandar buscar, por cuenta propia.

Esta petición le fué concedida, y es más: hasta le afirmaron que no sólo se le concedería la dominación ó soberanía de la isla, así como la jurisdicción de ella y de todo el terreno que descubriese, sino que á la vuelta de la expedición sería honrado con un título nobiliario. Se le dieron también plenos poderes para tomar posesión de todos los países que descubriese, sin tener que esperar órdenes del rey. Este último se reservaba la décima parte de todos los productos y beneficios que reportasen aquellas tierras.

La seguridad que se tenía del buen resultado de la expedición lo demuestra el hecho de que, para el caso en que Dulmo no pudiera someter sin más auxilio que sus gentes á los habitantes de los países que conquistara, se comprometía el rey Juan á enviarle una escuadra y tropas, que estarían á las órdenes del explorador.

Desgraciadamente no le fué posible á Dulmo sufragar por sí solo el coste de la expedición, y el 12 de julio de 1486 tuvo que celebrar un con-

trato con un tal Juan Afomso, que habitaba en la isla de Madera, por el cual contrato se comprometía este último á fletar dos buenas carabelas provistas con los víveres necesarios y todo lo concerniente á estos buques, como también ocurrir á todos los gastos de la travesía, mientras que Dulmo se encargaba de buscar pilotos y tripulación y de satisfacer los salarios de ésta. Como indemnización á los desembolsos que hiciera Afomso, cedíale Dulmo la mitad de todos sus derechos sobre las tierras que descubriesen.

En los documentos que tratan de este expediente, que se hallan en la *Memoria historica sobre o intentado descobrimento de uma supposta ilha ao Norte de Terceira* (págs. 62-73) escrita por Bernardino José de Senna Freitas, se certifica además que cada uno de ambos empresarios mandaría una carabela y elegiría un piloto; pero que si al cabo de cuarenta días de navegación no descubría Dulmo (cuyo barco marchaba delante) tierra, tendría que resignar también el mando de su carabela en Afomso y acatar cuantas disposiciones tomase éste hasta su regreso á Portugal. En cuanto á la administración de las tierras que descubriesen, ninguno podía dar órdenes prescindiendo del otro. La jurisdicción había de hacerse ajustándose á las leyes de Portugal.

Juan Afomso tenía también derecho á utilizar los servicios de un escribiente pagado por Dulmo, comprometiéndose por su parte á gratificarle, pues por lo visto se hallaba en muy críticas circunstancias, con seis mil reales de plata.

La validez de este contrato se sometería á la aprobación y confirmación del rey Juan, y una vez otorgado el permiso por éste, tenían los dos compañeros que cumplir estrictamente todas sus cláusulas, quedando obligado el que á ellas faltase á pagar una indemnización de 2.000 *usadas de oro*.

Todo esto fué aprobado por el rey Juan el día 24 de julio de 1486, volviendo también á confirmar á Dulmo la promesa que le había hecho el 4 de marzo.

Esta última circunstancia indujo á Afomso, que quería evitar toda interpretación dudosa, á dirigirse repetidas veces al rey con la súplica de arrendarle todas las islas y tierras que descubriesen una vez transcurrido el plazo de los cuarenta días que tenía que seguir su carabela á la de Dulmo. En estas instancias hacía observar el solicitante que proveería de víveres á las carabelas para seis meses.

El rey Juan concedió también este permiso el día 4 de agosto de 1486, pero con la condición de que estos derechos sólo serían valederos si las problemáticas tierras se descubrían en el transcurso de los dos primeros años.

También es de interés la participación que en esta travesía tomó un noble alemán, al cual le dieron á escoger la carabela que quisiese. Desgraciadamente no es conocido su nombre, pero es posible que fuera nada menos que el mismo Martín Behaim en persona, el cual, á últimos del siglo XV, estuvo mucho tiempo en Portugal, y en el año de 1486, á la vuelta de su expedición á las costas occidentales de Africa, llevada á efecto en compañía de Diego Cao, contrajo matrimonio con la hija de Jobst de Hurter, gobernador de las islas Fayal y Pico.

Lo que resultó del común proyecto de Fernando Dulmo y Juan Afonso es completamente desconocido, pues los cronistas portugueses no dicen nada sobre si se realizó ó no el proyectado viaje.

Buque portugués del siglo XV

Cristóbal Colón,
De un retrato atribuído á Antonio del Rincón

CRISTÓBAL COLÓN
Y SU PROYECTO DE UNA TRAVESÍA OCCIDENTAL Á LA INDIA

La creencia de los antiguos de que la Tierra tenía la forma de una bola y que el Océano no era una extensión ilimitada de agua, sino que se hallaba rodeado de tierra firme, dominaba también en el ánimo de los más célebres pensadores y sabios del siglo XV. Gran número de filósofos estaban plenamente convencidos de que allá lejos, en el extremo occidental del Océano Atlántico, debía de haber un nuevo mundo, y este con-

vencimiento hallábase arraigado hasta tal punto que un poeta italiano que floreció algún tiempo antes de Colón escribió lo siguiente:

«Y Hércules verá, sonrojándose,
Lo atrás que deja el débil barquichuelo
Los límites puestos por él inútilmente.
Descubriéndose otro semicírculo
Que demuestre que estábamos en medio,
Debajo de nuestros pies existen ciudades
Y reinos poderosos por Hércules nunca presentidos.
El Sol que camina hacia Occidente
Con su luz deseada.»

Y si estas palabras dan clarísima idea de la opinión que acerca de este punto tenía el poeta y filósofo italiano autor de ellas, también otros dos sabios de la misma época dieron á conocer sus ideas respecto á la forma de la Tierra. Fueron éstos el médico florentino Toscanelli y el noble alemán Martín Behaim.

El primero, como más adelante veremos, dedicábase en su ciudad natal á estudios privados; y el segundo, en cambio, nacido en Nurenberg en el año de 1459, no tan sólo formaba parte de diversas sociedades científicas en la corte del rey de Portugal por el año de 1480, figurando en ellas como uno de sus principales individuos, sino que también desempeñó un papel como cosmógrafo en la expedición á Guinea y el Congo llevada á efecto por Diego Cao.

Este sabio alemán, en una visita que hizo á Nurenberg en el año de 1492, mandó construir, con arreglo á sus instrucciones, un globo terráqueo, que regaló á su ciudad natal y que ésta aún conserva, como queda dicho anteriormente. En dicho globo, que se terminó antes de que Colón emprendiera su primer viaje, están colocadas las tierras orientales de Asia, por ejemplo las islas Cipango, Java mayor y Java menor y el reino de la India directamente enfrente de los continentes de Europa y Africa, y en medio del Océano que separa estos dos países se lee la siguiente inscripción:

«Hay que saber que en esta figura de globo está medido el mundo entero á lo largo y á lo ancho, según la ciencia llamada Geometría, descrita por Tolemeo en su libro titulado *Cosmologia Ptolomai*, una de cuyas partes está escrita por él y la otra por el piadoso caballero Marco Polo, de Venecia, que hizo un viaje al Oriente el año de 1250. También el venerable y sabio doctor, caballero Juan de Mandavilla, ha dejado un libro, escrito el año de 1322, en el que coloca la desconocida tierra tolemeica, con todas sus islas, en la parte oriental, de donde nos traen las especias, las

perlas y las piedras preciosas. Pero su alteza el rey Don Juan de Portugal ha mandado visitar con sus barcos, el año de 1485, la parte meridional de esa tierra, y el que ha mandado construir este globo ha tomado parte en la expedición. Hemos atravesado el Océano hasta más allá de las Columnas de Hércules y llegado á las islas Azores, Fayal y Pico, que han sido descubiertas por el bueno y noble caballero Jobsten de Hurter,

Martín Behaim

de Morkirchen, y su gente, traída por él desde Flandes. En estas islas reside mi querido suegro (Beahim estaba casado con la hija del caballero Hurter), que es gobernador y propietario de ellas. Y las apartadas regiones septentrionales (*tramentana*), llamadas, según Tolemeo, Islandia, Noruega y Rusia, también nos son conocidas. Así es que ya no es posible que nadie dude *de lo sencillo que es el mundo, pues por todas partes puede irse con los barcos.*»

Estas últimas palabras expresan clara y distintamente el convencimiento que tenía Behaim de que podía darse la vuelta al mundo por mar. Su opinión, lo mismo que la de Toscanelli, era que podía llegarse á la

India navegando desde Europa con rumbo á Occidente. La India, país maravilloso del cual se exportaban las más costosas especias y otros productos, era inaccesible desde el tiempo de las Cruzadas para los pueblos de Occidente, pues los mahometanos habían cortado todos los caminos por tierra conocidos, por los cuales transportaban éstos á Europa las riquezas de aquella tierra. Por lo tanto, se pensaba en el modo de poder llegar á aquel paraíso terrestre por otro camino, que creían podría hallarse si era posible conseguir navegar alrededor del continente africano. Pero antes de que estas tentativas, que fueron puestas en práctica á toda prisa, hubiesen sido coronadas de éxito, tomó cuerpo un segundo proyecto basado en las ideas de Estrabón y Séneca, y que no era nada menos que alcanzar la India por medio de una travesía directa desde Europa hacia Occidente.

Se ignora quién fué el autor de este proyecto, si Behaim ó Toscanelli, y es posible que lo fueran los dos, pues sólo á hombres como estos pudo ocurrírseles hacer fructificar, digámoslo así, sacar adelante la idea de los dos filósofos indicados.

El primero que quiso demostrar prácticamente la exactitud de esta ruta, y por lo tanto el personaje más importante que tomó parte en este proyecto, fué el genovés Cristóbal Colón.

La personalidad de Colón ha sido discutida como ninguna otra por los historiadores modernos; tanto es así, que no se encuentran dos que piensen de la misma manera al tratar de este célebre descubridor, el más notable de cuantos han existido. Según unos, sobrepujaba á todos sus contemporáneos en grandeza de espíritu y carácter. Otros, en cambio, nos le presentan como un hombre ambicioso, avariento y enredador, de escasas aptitudes, y cuyo solo mérito consiste en haber tropezado con un mundo desconocido en su viaje de Occidente en busca de la India.

Como sucede con frecuencia, hay que buscar la verdad en un término medio, y quisiéramos, al describir la vida de Colón, que nos sirvieran de punto de partida las palabras con que traza Goethe á grandes rasgos la figura del genovés. Dicen así: «Un curioso ejemplo de lo dada que es la posteridad á robarle el honor á un antepasado, nos lo demuestra el afán con que se ha tratado de arrebatar á Cristóbal Colón la gloria de haber descubierto el Nuevo Mundo. Es verdad que la imaginación había poblado hace mucho tiempo de islas y países el Océano Occidental, y que en los primeros tenebrosos tiempos mejor se hubiera dejado hundir una inmensa isla que dejarla sin poblar. Es asimismo verdad que se tenían más noticias de Asia, y que á los aventureros y audaces no les satisfacían ya los viajes á las costas, pues la feliz empresa de los portugueses había sobrexcitado al mundo entero; pero no puede negarse que fal-

taba un hombre que abarcase el conjunto para convertir en realidad tanto la fábula como lo informe; tanto la tradición como la fantasía.»

Y este hombre fué Cristóbal Colón. Libres, pues, de toda exageración en pro ni en contra, vamos á pretender hacer una descripción así de la vida como de los hechos del célebre navegante.

Como fuente principal para la historia de Colón, se ha considerado

Retrato supuesto de Cristóbal Colón
El original se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid

hasta los tiempos modernos una obra que vió la luz en Venecia en el año de 1571 y que, según el título y el prólogo, debió de ser escrita primeramente en lengua española por un hijo natural de Colón llamado Fernando. El título entero de esta obra, abreviado generalmente con el nombre de *Vida del Almirante*, ó también: *Las historias*, es el de *Historie del Signor D. Fernando Colombo, nelle quali s'ha particolare et vera relatione della vita et de fatti dell'Ammiraglio D. Christoforo Colombo, suo padre. Nuovamente di lingua spagnuola tradotte nell' italiana dal S. Alfonso Ulloa.*

Este historiador de la vida de Colón fué tenido por espacio de tres siglos como el único y verdadero fundamento para la misma, y nadie pensó dudar de su autenticidad; así es que casi todas las obras que tratan del gran descubridor están más ó menos basadas en las indicaciones de dichas *historias*.

Pero en el año de 1871 reconoció el americano Enrique Harisse, que se había conquistado gran popularidad por sus estudios acerca de la vida de Colón, que precisamente las *Historias*, que eran tenidas por la fuente principal para ésta, contenían numerosas contradicciones, anacronismos é inexactitudes geográficas, y que sólo con gran parquedad podía uno servirse de ellas; pero nunca sin comprobar sus relatos, sus citas y hasta los nombres y demás datos. Harisse dedujo de esto que las *Historias* se habian atribuído injustamente al hijo del descubridor.

Principalmente los datos que tratan en dicha obra de la juventud y educación de Colón, son los más inexactos. Por ejemplo, son completamente falsas las noticias de que Colón visitara la universidad de Pavía, así como que á los catorce años de edad se dedicara á la vida de marino y más tarde, como capitán de un barco, que hubiese tomado parte en un gran combate naval en el que su buque fué incendiado, y que él solo, á fuerza de gran trabajo, consiguiera salvarse en la costa portuguesa.

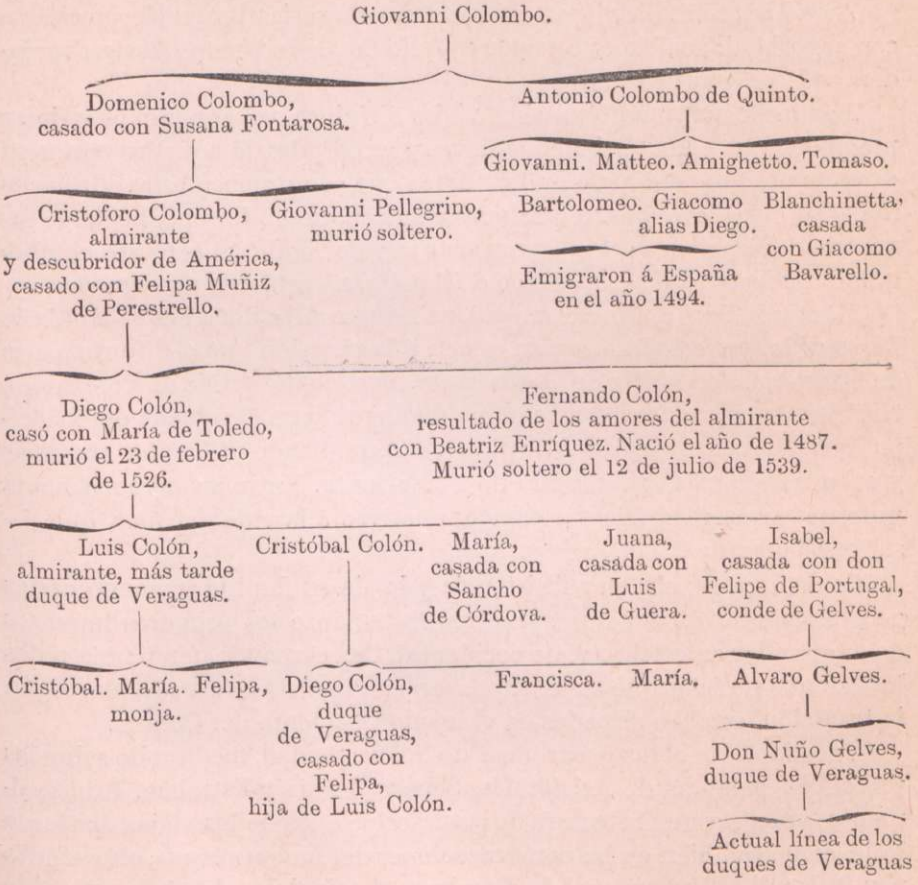
Por lo tanto, aunque eran relativamente abundantes los datos referentes á la historia de la juventud y educación de Colón consignados en la *Historia*, tenemos que reconocer, en vista de la inverosimilitud de esta obra, que sabemos muy poco acerca de los hechos de la vida del almirante, y que esto poco necesita aún en algunos puntos comprobación documental para poderse presentar á la crítica histórica.

Con razón se lamenta un nuevo investigador de la historia de Colón, el profesor M. Geleich, de la particularidad de que «precisamente el mayor acontecimiento que ha hecho época en la historia del mundo, esté envuelto en una oscuridad tal que todos los esfuerzos y todos los adelantos de la ciencia no han podido hasta el presente iluminar. Tan sólo después de muchas investigaciones y de gran trabajo, hase logrado averiguar dónde nació Colón y quiénes fueron sus padres. Después de esto nada sabemos respecto de la fecha en que nació, cuánto tiempo navegó ni qué lapso de tiempo permaneció en Portugal. No poseemos tampoco descripción alguna precisa y cierta de sus navegaciones, no tenemos posibilidad de trazar un diseño exacto de la más importante, es decir, de la primera que realizó, ni sabemos cuál fué la primera isla descubierta por el gran navegante. Por último, por todas partes hallamos obstáculos y dificultades al pretender investigar la historia del célebre genovés, á la par que un cúmulo de contradicciones y de diversas opiniones que convierten el asunto en un

mar de confusiones en el que no le sería posible timonear al piloto más experimentado.»

No entra en nuestro plan entablar una polémica acerca del primer período de la vida de Colón, y por lo tanto nos circunscribimos exclusivamente á reunir aquellos datos que según nuestra opinión tienen mayor autoridad.

GENEALOGÍA DE LA FAMILIA COLÓN



Por las excelentes investigaciones de Harisse, sabemos que Cristoforo Colombo, ó Columbus (1), pues por este nombre latinizado se le conoce ge-

(1) Mientras permaneció en España usó con predilección el nombre españolizado, ó sea Cristóbal Colón.

neralmente, era hijo de un pobre tejedor de lana y nació probablemente en Génova ó en sus inmediaciones. Acerca del año de su nacimiento se ha discutido mucho, y las opiniones vacilan entre los años de 1435 á 1456; pero esta gran distancia entre una y otra fecha se reduce, según las investigaciones de Harisse, al tiempo que media entre mayo de 1446 y noviembre de 1447. También se ha demostrado que Cristóbal Colón perteneció, como aprendiz, al gremio de tejedores de la ciudad de Génova. Como principio de sus navegaciones señalaba el mismo Colón el año de 1460, mas parece ser que en los intervalos volvía á su antiguo oficio.

A qué punto se dirigieron sus primeras travesías no puede precisarse con seguridad; posible es que por espacio de algún tiempo llevase verdadera vida de corsario.

Más tarde emprendió muchos viajes á Guinea, y algunos exploradores pretenden que comerciaba en esclavos y exportaba de aquellas costas su cargamento humano, pero no hay datos que comprueben estas afirmaciones. También llevó á cabo otra travesía al Norte de Europa, llegando según sus indicaciones á 100 leguas más allá de Thule. Si con este nombre quiere indicarse á las islas Feroe ó Islandia, no está aún averiguado.

Más tarde llegó Colón á Portugal, uniéndose allí á doña Felipa Muñiz de Perestrello, y trasladóse con su esposa á la posesión que el difunto padre de ésta poseía en la isla de Porto-Santo. Bartolomé Muñiz de Perestrello, también de origen italiano, se había distinguido en el reinado del príncipe Enrique de Portugal *el Navegante*, emprendiendo diferentes travesías y colonizando más tarde la isla de Porto-Santo. Entre su herencia había muchas cartas geográficas y papeles relativos á la vida del mar, que pasaron á poder de Colón.

Colón, que ganaba su subsistencia y la de su familia trazando cartas geográficas, parece ser que sintió en Porto-Santo los primeros impulsos de emprender su célebre viaje occidental. Con el mayor afán reunía todas las oscuras noticias que se relacionaban con las islas y países que, según la tradición, estaban situados en el lejano Occidente del Océano.

Estudiaba las obras geográficas de la antigüedad, meditando sobre las proféticas palabras de Aristóteles, Séneca, Plinio y Estrabón. Principalmente sumergíase en la lectura de las descripciones de los viajes de Marco Polo, como también en las comunicaciones del *Imago mundi*, obra escrita por Pedro d' Ailly, cardenal de Cambray, á principios del siglo XV, y que resumía en ella las teorías de los antiguos.

También apuntaba cuidadosamente Colón en su diario todas las noticias que entonces circulaban acerca de algunos navegantes que aseguraban haber visto tierra al Oeste de las islas Canarias, la de Cabo Verde y las Azores.

Las leyendas de la fabulosa isla de San Brandano ó de San Balandrán y de las de Antilia, Mano de Satanás y Brasil, preocupaban vivamente, según hemos mencionado ya, la fantasía de los marinos, sobrexcitada aún más por los descubrimientos realizados por los portugueses en Africa, y pedía se organizase una expedición para ir en busca de aquellos países.

Enrique el Navegante, retrato sacado de una miniatura que se encuentra en la obra manuscrita *Chronica do descobrimiento é conquista de Guiné, etc.*, escrita en los años 1448 hasta 1453, y que se conserva en la Biblioteca Nacional de París.

En el Puerto de Santa María le refirió otro piloto que en un viaje á Irlanda había visto una tierra desconocida, que había tomado por una parte de la Tartaria, pero que el mal tiempo le había impedido bajar á tierra; otro marino, Pedro Velázquez ó Velasco, gallego, dijo que también había visto al Oeste de Irlanda indicios de tierra, y finalmente Vicente

Díaz, natural de Tavira en el Algarbe, le refirió que á su regreso de Guinea á Madera había visto una tierra desconocida, cuya noticia dió lugar á varias tentativas sin resultado para encontrar esta tierra, sufragadas por el opulento genovés Lucas de Cazzana.

No se sabe si al emprender Colón su travesía á Inglaterra y Thule poseía algunas noticias relativas á las expediciones de los escandinavos á Groenlandia y Finlandia, ó del viaje de los hermanos Zeno y del de Scolno en busca de las desaparecidas colonias groenlandesas; es posible, sin embargo, que así fuera, pues como ya hemos mencionado en capítulos anteriores, el recuerdo de la existencia de las colonias groenlandesas se mantuvo vivo durante toda la Edad media.

Varios contemporáneos de Colón, entre ellos Oviedo, que vivía en la corte de España, y además Spotorar, Gomara, etc., refieren que un piloto llamado Alonso Sánchez, nacido en Niebla, provincia de Huelva, que mantenía relaciones comerciales entre España y las islas Canarias, al hacer en el año de 1484 una travesía á Madera fué su barquichuelo arrojado por vientos contrarios á una isla desconocida en el lejano Occidente. A su vuelta fué recogido, completamente extenuado, por Colón, el cual le llevó á su casa; pero á pesar de todos los cuidados que se le prodigaron murió, y con él cuatro más de sus compañeros, no sin haber hecho antes al genovés importantes revelaciones relativas á los desconocidos países occidentales. Si estos relatos están basados en la verdad ó son sólo producto de la imaginación, es difícil que pueda averiguarse jamás.

Colón, con estas noticias, sintió crecer su deseo de lanzarse en busca de aquellas tierras, y sobre todo, lo que más le animó á ello fueron los diversos objetos encontrados en el Océano, y que hacían suponer la existencia de otros países. Por ejemplo, el piloto portugués Martín Vicente le contó que á 450 leguas al Oeste del Cabo de San Vicente había pescado un palo esculpido que flotaba impulsado por el viento del Oeste, que soplaba ya hacía varios días, lo que le hizo suponer que hacia el Oeste debían existir islas ó un continente regular á una distancia no muy grande. Su propio cuñado Pedro Correa le dijo que un palo semejante había sido arrojado por las olas á las playas de Porto-Santo. También habían llegado á las Azores de la misma manera troncos de abetos que no crecen en aquellas islas; una caña tan voluminosa que entre nudo y nudo cabían en su interior hasta nueve botellas de vino, cañas que sólo se crían en la India; en la isla de las Flores del mismo grupo los habitantes habían encontrado en la playa dos cadáveres humanos de una raza desconocida, y los colonos del Cabo de la Virga pretendían haber visto hasta almadías con hombres de aspecto extraño. Antonio Leme, de la isla de la Madera, contó á Colón que á 100 leguas al Oeste había visto tres islas, que fueron vistas después,

en 1484, por un capitán de buque, también de Madera, el cual pasó á Portugal para solicitar del gobierno una carabela y descubrir con ella aquellas islas.

Por estos y otros hallazgos y noticias se afianzó más en el ánimo de Colón la sospecha de que en el confín Oeste del Océano Atlántico existiesen grandes países, y la lectura de los libros de la antigüedad, así como el trato con hombres eminentes, arraigó en él del todo esta creencia.

Posible es que el célebre navegante mantuviese relaciones amistosas con Martín Behaim; pero el médico florentino Toscanelli, nacido el año de 1397 y muerto en 1482 y hombre de gran erudición, fué el que mayor influjo ejerció en las ideas del genovés. Algunos exploradores hasta le atribuyen la gloria de haber sido el que más poderoso impulso dió á la travesía occidental del gran navegante. Acérrimo partidario del carácter esférico y forma redonda de la Tierra, sustentaba también la opinión de que el maravilloso país de la India no era sólo accesible dando la vuelta al Africa, viaje tan penoso como lleno de peligros, sino que podría llegarse á ella por medio de una travesía desde las costas occidentales de Europa dirigiéndose directamente á Occidente. Ya en el año de 1474 había Toscanelli comunicado por carta su idea al rey de Portugal, haciéndola comprensible por medio de una carta geográfica hecha por él; mas parece ser que no se llevó á efecto una prueba práctica, sino que resultó lo mismo que con la proyectada navegación occidental de Dulmo y Afomso, de la que ya nos ocupamos en el capítulo anterior.

Es indudable que Colón tuvo noticia de esta carta y de este mapa, pues se dirigió directamente al médico florentino para pedirle una copia de este último. Con el mayor gusto accedió Toscanelli á su deseo, mucho más cuando vió, por las desgraciadamente perdidas cartas de su compatriota, que éste era el hombre que poseía todas las condiciones necesarias para realizar sus ideas.

Según las traducciones hechas por Ruge (1), el médico florentino contestó á Colón, que se encontraba entonces en Lisboa, lo siguiente:

«Veo vuestro anhelo noble y grande de emprender un viaje á la tierra donde crecen las especias. Por esto os envío en contestación á vuestra carta la copia de otra que remití hace *unos cuantos días* á un amigo mío al servicio de S. M. el rey de Portugal, *antes de las guerras de Castilla*, también en contestación de otra suya que me escribió por encargo del rey sobre el mismo asunto, y os envío otra carta de marear igual á la que envié al otro.»

Al infatigable explorador Harisse le ha sido dado encontrar una copia

(1) *Historia de la época de los descubrimientos*, páginas 227 y siguientes.

hecha por el mismo Colón de la carta escrita por Toscanelli al canónigo Fernando Martínez, que se hallaba en Lisboa al servicio del rey de Portugal; la traducción de esta carta, hallada en la Biblioteca Colombiana de Sevilla, ha sido hecha por Nuge y dice así:

«Al canónigo Fernán Martíns de Lisboa envía el físico Pablo (Toscanelli) su saludo. Me ha sido tanto más grato tener noticia de tu privanza con S. M. el rey, cuanto que ya hablé contigo anteriormente de una ruta marítima más corta á las tierras de las especias que la que pasa por la Guinea. El rey desea, pues, de mí una explicación más palpable y convincente para que pueda comprender esta ruta el hombre menos práctico. Bien sé que esto puede demostrarse en una esfera que represente la Tierra; pero á pesar de esto, me he decidido para facilitar la comprensión, y por el insignificante trabajo que causa, explicar esta ruta en una carta de marear, y remito de consiguiente á S. M. un mapa construído por mí mismo, en el cual se encuentran trazadas vuestras costas é islas, desde las cuales arranca la ruta dirigida constantemente á Oeste, así como los puntos á donde precisamente se ha de llegar, las distancias hasta el Polo y hasta el Ecuador, y la que se ha de recorrer, es decir, cuántas leguas se han de navegar para llegar á los puntos donde se halla la mayor abundancia de todas las especias y piedras preciosas. Y no os admiréis que yo llame *occidental* la región donde se encuentran las especias, aunque se llama por lo común oriental; porque estas regiones se encuentran siempre con expediciones marítimas por el hemisferio inferior dirigidas al Oeste, mientras que por tierra se encuentran en el hemisferio superior yendo siempre hacia el Oriente. En este supuesto las líneas horizontales trazadas en el mapa indican las distancias de Este á Oeste, y las transversales las distancias de Sur á Norte. He notado en el mapa diferentes lugares á los cuales podéis llegar según noticias más exactas de las navegaciones, ya sea que vientos contrarios ú otras circunstancias lleven los buques á otros puntos que los propuestos, ya sea para hacer ver á los habitantes que (los navegantes) tienen ya noticia de su país, lo que (les) ha de ser más agradable, pues que en las islas sólo viven comerciantes, ya que se asevera que sólo de Zaitón, el puerto más célebre, parten anualmente 100 buques grandes con cargamento de pimienta, sin contar los demás buques que cargan otras especias. Aquel país es muy populoso y abunda en provincias, Estados é innumerables ciudades, todos sometidos á *un solo* príncipe, llamado *Gran Khan* (Kahán), lo cual significa rey de reyes. Su residencia y capital están por lo general en la provincia de Cathay. Sus antecesores habían deseado entrar en relación con los cristianos, y hace más de 200 años que enviaron al Papa embajadas solicitando un número de doctores para instruirlos en la fe; pero éstos encontraron obstáculos en

el camino y volvieron atrás. En tiempo del papa Eugenio vino uno á ver á este papa y confirmó la buena disposición para con los cristianos, y yo mismo tuve una conversación con él sobre muchas cosas, sobre los palacios reales, las dimensiones de los ríos, su anchura y maravillosa longitud, la multitud de ciudades en sus orillas, habiendo en uno más de 200 ciudades con puentes de mármol, adornados en todas partes con columnas (1). Este país merece ser visitado por los latinos, no solamente porque de allí pueden sacar inmensos tesoros de oro, plata y piedras preciosas de todas clases, y de especias que nunca vienen acá, sino también para conocer sus hombres doctos, filósofos y astrólogos experimentados, y el talento y espíritu con que este grande y poderoso país es gobernado, y con que se hacen también guerras.—Florencia 25 de junio de 1474.»

Es indudable que para la mejor comprensión de la por desgracia hasta el día no encontrada carta geográfica de Toscanelli, va agregado al escrito el siguiente apéndice:

«Desde Lisboa al Oeste se han trazado en el mapa 26 espacios (26 × 4 = 104 grados), cada uno de 250 miliarias, hasta la muy grande y magnífica ciudad de Quinsay, que tiene un perímetro de 100 miliarias y 10 puentes. Su nombre significa (según la explicación errónea de Marco Polo) ciudad del cielo, contándose muchas cosas maravillosas de ella, de la multitud de artistas y de las rentas (que da al rey). La distancia citada importa casi la tercera parte de toda la tierra. Aquella ciudad está en la provincia de Mangi próxima á la de Cathay, donde está la capital del soberano. De la conocida isla Antilia hasta la célebre isla de Cipangu hay 10 espacios (40 grados). La primera es muy rica en oro, perlas y piedras preciosas, y los templos y palacios se cubren allí de puro oro. *Así, se ha de atravesar el espacio del mar por rutas desconocidas pero no largas.*»

La carta marítima de Toscanelli que acompañaba á la manuscrita para que mejor se comprendiera su proyecto no ha sido encontrada, como ya dejamos indicado; pero con el fin de que el lector pueda formarse una idea aproximada de ella, reproducimos una reconstrucción dada á luz en el año de 1867 por la revista geográfica contemporánea titulada *El Extranjero.*

Esta demuestra que Toscanelli participaba de la misma opinión que Martín Behaim ha demostrado en su célebre globo terráqueo, de que las partes orientales de Asia se hallaban, á proporción, á no muy lejana distancia de Europa; pero de la existencia de una nueva parte del mundo completamente desconocida no tenía la menor idea ni el más lejano presentimiento. Sabido es que el mismo Colón creyó toda su vida que no

(1) Quizá alude al viajero veneciano Nicolás Conti.

había hecho más que hallar la India por el camino occidental, mas no que hubiese descubierto un nuevo Continente.

Que Toscanelli y Colón opinaban lo mismo respecto á la posibilidad de llegar á la India haciendo una travesía por el Occidente, demuéstralo todavía más una segunda carta del primero al célebre marino, y en la cual le decía lo siguiente:

«Alabo vuestra intención de navegar al Oeste y estoy convencido de que, conforme habéis visto ya en mi mapa, la vía que os proponéis no es tan difícil como se piensa; muy al contrario, es enteramente seguro el camino á los países que he señalado en el mapa. No titubearíais si hubieseis tratado como yo con muchas personas que han estado en aquellos países, y estad persuadido de que encontraréis allí reyes poderosos, muchas ciudades y provincias populosas y opulentas que tienen abundancia de piedras preciosas de toda clase, y se alegrarán mucho los reyes y príncipes que reinan en aquellos lejanos países de que se les abra un camino para entrar en relaciones con los cristianos y hacerse instruir por ellos en la religión católica y en todas las ciencias que nosotros poseemos. Por esto y por muchos otros motivos no me admira que mostréis tanto valor, lo mismo que toda la nación portuguesa, que siempre ha producido hombres que se distinguen en todas las empresas.»

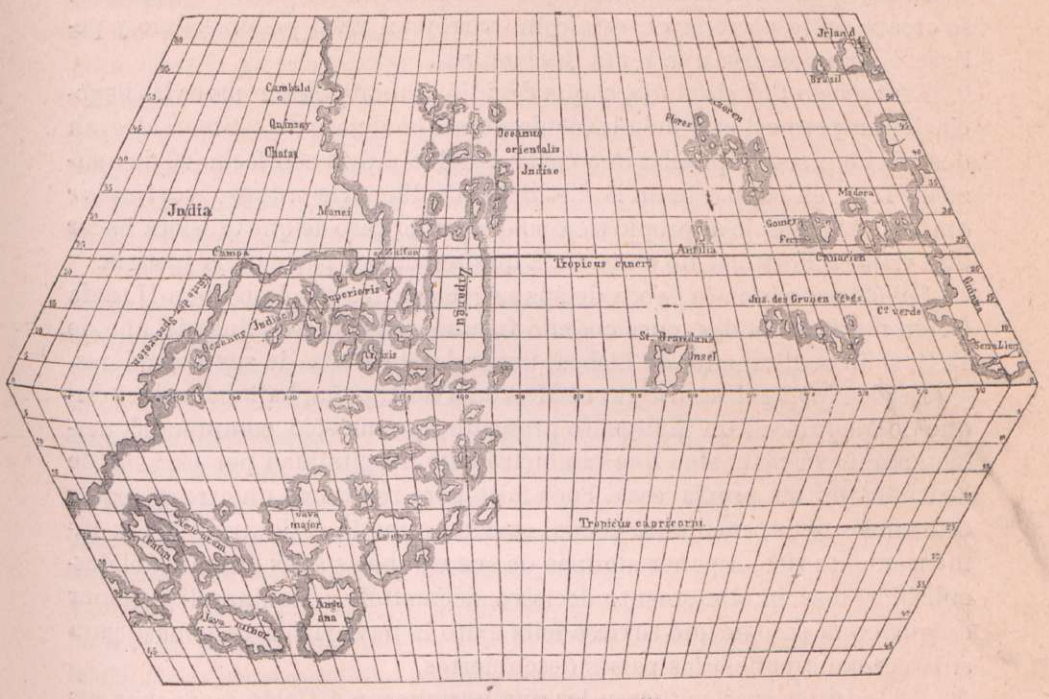
Por estas cartas está demostrado que á Toscanelli le corresponde indiscutiblemente la gloria de haber dado el más poderoso impulso al proyecto de Colón.

No puede precisarse con certeza cuándo hizo público el genovés su proyecto de llegar á la India navegando con rumbo á Occidente, y es indudable que necesitan aún confirmación documentaria las suposiciones de que Colón ofreció primero sus servicios á Génova, su ciudad natal, y más tarde á Venecia.

También estamos indecisos sobre la fecha en que presentó su plan al emprendedor y activo rey Don Juan II de Portugal, mas parece ser que fué por el año de 1483. El monarca sometió el proyecto á la aprobación de una comisión compuesta de numerosos y eminentes sabios, mas las opiniones de los historiadores difieren acerca del fallo de ésta, pues según unos, la comisión consideró la empresa de Colón como el sueño fantástico de un visionario al cual no debía prestarse oídos, al paso que Muñoz, en su *Historia del Nuevo Mundo*, presenta al rey de Portugal más favorable al proyecto, diciendo que á pesar del dictamen negativo de la comisión, lo había examinado imparcialmente reconociendo su mérito y habría hecho trato con Colón si éste no hubiese impuesto condiciones exageradas y nunca vistas en Portugal, aunque análogas á las que presentó después en España. Esta fué la única causa de que Portugal no aceptara el proyecto.

Nos inclinamos más á esta última versión, pues en primer lugar el rey Don Juan II, no sólo era hombre muy inteligente que en todas las cuestiones relativas á descubrimientos de lejanos países tomaba parte con el más vivo interés, sino que también, como ya hemos visto, pidió á Toscanelli aclaraciones directas acerca del proyecto de éste de una travesía occidental á la India.

Por otra parte, las exageradas condiciones que Colón impuso fueron



Carta marítima de Toscanelli
Según la reconstrucción hecha y publicada por la revista geográfica *El Extranjero*

causa, como más adelante se verá, de que la corona de España no aceptase sus servicios hasta después de haber transcurrido mucho tiempo y haber intervenido varios principales personajes.

El genovés reclamaba nada menos que: primero, el título de almirante para él y sus descendientes masculinos en todas las tierras que descubriese; segundo, ser virrey y gobernador general de los mencionados países, y esto con el privilegio de poder nombrar en todos ellos tres candidatos á su elección para gobernadores, entre los cuales elegiría uno el monarca; tercero, descontado su costo, pedía para sí la décima parte de todas las perlas, piedras preciosas, oro, plata, especias y demás productos

y objetos que se hallasen, comerciasen ó ganasen en el territorio de su almirantazgo.

Estas pretensiones parecían más desmedidas á causa de que su plan no era el de hallar un Nuevo Continente con países, islas y productos desconocidos, sino reducirse sólo á encontrar la India, sobre cuya extensión é inagotables riquezas se tenía conocimiento exacto y á la cual podía llegarse más ó menos tarde dando un rodeo por Africa.

El rey Don Juan comprendió que accediendo á los deseos del marino, se creaba en la persona de éste como virrey un rival poderosísimo y peligroso, que poseería una renta descomunal.

Este recelo fué, sin duda, el que decidió al monarca á romper las negociaciones; pero esto no fué obstáculo para que dejase de estimar al gran descubridor, según prueba una carta dirigida á éste con fecha 20 de marzo de 1488, en la cual le da la distinción de llamarle *nuestro particular amigo*, afirmándole al propio tiempo que, en el caso de que quisiera hacer una visita á Portugal, no tenía nada que temer por parte de la justicia.

Según parece, en la época de sus negociaciones con Don Juan II tenía Colón muchas deudas, pues cuando fracasó su proyecto á fines del año de 1484, salió ocultamente de Lisboa, huyendo sin duda de sus acreedores.

Desde Portugal se dirigió al Mediodía de España, hallando en el duque de Medinaceli un influyente protector, que no sólo comprendió perfectamente su plan, sino que también le dió hospitalidad por espacio de dos años en su propia casa. Poco faltó para realizarse un arreglo entre estos dos sujetos, mediante el cual se comprometía el duque, que era inmensamente rico, á poner algunas de sus carabelas á las órdenes del descubridor; mas en el momento decisivo acometióle á Medinaceli el temor de que en el caso de que tuviese feliz éxito la navegación reclamase para sí la corona española los países descubiertos.

Estos justos recelos fueron los que impulsaron á Colón á exponer sus planes á los Reyes Católicos, hallando en el duque de Medinaceli un valiosísimo intermediario. También el obispo cardenal Mendoza de Toledo se puso de parte de Colón; así es que en enero de 1486 consiguió una audiencia de la reina, cuyo resultado fué el ingreso del navegante en el acompañamiento ó servidumbre de ésta.

Por más que fuese favorable por regla general la opinión de la corte respecto á los planes del genovés, se le animaba muy poco á la realización de ellos, pues mil acontecimientos, sobre todo la larga y reñida guerra contra los moros, absorbían por completo, no sólo la atención general, sino todas las fuerzas vivas del país, y los reyes apenas tenían tiempo de ocuparse en los asuntos de Colón.

Para examinar el proyecto del marino fué convocado un congreso de

hombres eminentes de la universidad de Salamanca; pero éstos tomaron el asunto con tanta calma que transcurrieron algunos años antes de que se resolviesen á dar contestación definitiva.

Si bien los motivos que, según *Las Historias*, tenía este congreso para estar en contra de los planes del almirante son imaginarios en su mayor parte, y sólo sirven para ensalzar más á éste, es indudable que Colón tuvo que sostener rudos combates contra esta junta, compuesta de teólogos en su mayor parte. Un obstáculo de no escasa importancia para la realización de su proyecto lo llevaba el genovés en sí mismo por la manera de presentarse que tenía, pues era un notable soñador religioso que, no sólo se aplicaba á sí mismo muchas profecías de la Biblia, sino que se consideraba además como un elegido de Dios cuya misión era volver á reconquistar el Santo Sepulcro para los cristianos (1).

Además creía próximo el fin del mundo y sentía la vocación de convertir antes, si era posible, á todos los herejes al cristianismo.

Esta soñadora y extravagante soberbia, unida á sus pretensiones desmedidas, debieron ser las principales causas por las que la mayoría de las personas que componían el congreso no se entusiasmaron por las ideas del italiano, sino que fueron de opinión de que los planes de éste eran vanos é irrealizables y descansaban sobre una base demasiado falsa para que mereciesen la protección del gobierno.

Y por más que Colón tenía en el congreso decididos partidarios, entre ellos Diego de Díaz, que fué más tarde arzobispo de Sevilla, no avanzaba un paso su asunto; así es que cuando en el año de 1491 declaró la comisión que hasta que no terminase la guerra contra los moros no podía ocuparse seriamente de su proyecto, decidióse á abandonar á España, donde le habían entretenido con promesas vanas por espacio de siete años.

Tan pobre como había llegado abandonó Colón la corte española; cogiendo de la mano á su hijo Diego, marchó con él á lo largo del valle de Río-Tinto, á pie, para llegar al puerto de Huelva. Así llegó al convento de franciscanos de la Rábida, en cuyos umbrales, según cuenta la tradición, cayó rendido de fatiga y de hambre.

Llamaron al prior y éste apiadóse de él, escuchó el relato de sus penas, y quedó tan penetrado de que eran factibles los planes del genovés después de un maduro examen, que le retuvo á su lado y dirigió una carta á la reina Isabel. Juan Pérez de Marchena era el confesor de ésta,

(1) Este convencimiento lo había demostrado Colón diferentes veces, por ejemplo en el diario de su primer viaje (26 de diciembre de 1492) y en una carta del año de 1503.

y á su calurosa carta, así como á su entusiasta intercesión cerca de la reina, la cual envió á buscar á Juan Pérez en cuanto recibió la carta, debió Colón el que se le asegurasen tres barcos para su empresa, recibiendo además 53 ducados para que pudiese presentarse convenientemente en la corte.

Colón dirigióse inmediatamente al campamento real, cuyo ejército sitiaba á la moruna ciudad de Granada, cuya pronta rendición se esperaba, y en cuanto ésta tuvo lugar y con ella el fin de la sangrienta guerra de reconquista, halló Colón dispuestos á los reyes á ayudarle seriamente en su proyecto de buscar un camino occidental para ir á la India. Pero cuando Colón puso sus condiciones, de las que por nada de este mundo quiso apartarse un ápice, fracasaron por segunda vez las negociaciones, pues los reyes temieron, y con razón, exponerse á un sinnúmero de conflictos si accedían á las desmedidas pretensiones del genovés. Entonces se dirigió Colón hacia el Norte, para probar fortuna en la corte de Francia, donde, según decía, se le habían hecho brillantes y seguras promesas. Pero durante su viaje se vió alcanzado por un correo de la reina, pues ésta se había dejado convencer por el cardenal Mendoza y su tesorero Luis de Santángel sobre los innumerables beneficios que el proyecto de Colón presentaba en lontananza. Como el correo le aseguró firmemente que la corte estaba decidida á acceder á sus pretensiones, volvió éste atrás, y el 17 de abril del año de 1492 se firmó en Santa Fe el contrato.

En seguida arregló Colón todo lo necesario para la realización de su empresa, y si bien hubo que vencer aún algunas dificultades, por fin, á principios de agosto había en el puerto de Palos tres carabelas dispuestas á hacerse á la mar á las órdenes del nuevo almirante. Estos tres barcos, que comúnmente están descritos como débiles, frágiles y apenas servibles embarcaciones, eran, por el contrario, según las mismas palabras del almirante, muy sólidos para aquella empresa, y estaban bien provistos de tripulación y provisiones. Colón mandaba la mayor de estas carabelas, llamada *Santa María;* la segunda, *La Pinta,* iba á las órdenes de Martín Alonso Pinzón; y la tercera, *La Niña,* la mandaba Vicente Yáñez Pinzón, hermanos los dos últimos, que no sólo alcanzaron gran renombre por el resultado favorable de la expedición, sino que con ella se enriquecieron mucho. Un tercer Pinzón, llamado Francisco Martín, desempeñaba en *La Pinta* el cargo de timonel.

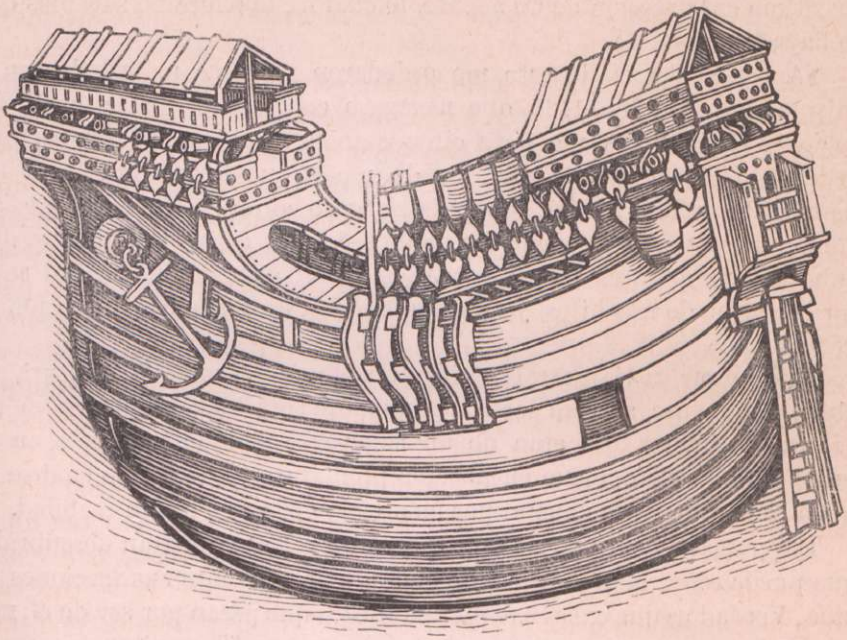
De gran interés son las ideas é impresiones que dominaban el ánimo del almirante al emprender su viaje. Están comprendidas en el extracto hecho por el P. Las Casas del diario de Colón y son como la introducción del mismo. Como en este párrafo se hallan al propio tiempo expresados los motivos de la travesía y permite también echar una ojeada sobre las

ideas religiosas del almirante, lo reproducimos entero á continuación:

«*In nomine D. N. Jesu Christi*

»A los más altos, más cristianos, más poderosos y más excelentes Soberanos el Rey y la Reina de España y de las islas del mar, nuestro Señor y nuestra Señora.

»Después que vuestras majestades en el presente año de 1492 hubieron terminado la guerra contra los moros y hecho la paz en la muy grande



Casco de una gran nave de fines del siglo XV.
Facsímile de un grabado en madera de la escuela de Alberto Durero

ciudad de Granada, vi el 2 de enero del mismo año ondear el pendón real, gracias á las armas, en las torres de la Alhambra, y vi salir al Rey moro por las puertas de la ciudad y besar las manos á vuestras majestades.

»En el mismo mes decidieron vuestras majestades, en su calidad de católicos cristianos y amantes propagadores de la santa y cristiana religión, y como enemigos del mahometismo y de toda idolatría y herejía, enviarme á mí, Cristóbal Colón, á las regiones de la India, de las cuales he dado parte á vuestras majestades, y ponerme á las órdenes del soberano Gran Jan, que significa en nuestro idioma Rey de los Reyes. Este soberano, lo mismo que sus antepasados, ha enviado mensajeros á Roma para pedir maestros que los instruyeran en nuestra sacrosanta religión,

á lo cual no ha accedido el Padre Santo, á consecuencia de lo cual han muerto muchos pueblos en el pecado é idolatría.

»Vuestras majestades decidieron enviarme á mí, Cristóbal Colón, á los nombrados países de la India, para conocer á los soberanos, pueblos y tierras de los mismos, y para enterarme de su vida, costumbres y relaciones, para saber qué camino debería emprenderse para propagar allí nuestra sacrosanta religión. También me ordenaron no ir á Oriente por tierra por el acostumbrado camino, sino descubrir á la India por un camino marítimo en dirección de Occidente, lo cual hasta ahora no sabemos que lo haya hecho nadie.

»A consecuencia de esto, me ordenaron vuestras majestades en el mismo mes del año 1492 que navegase con una escuadra hacia las regiones de la India, por cuya circunstancia me hicieron grandes mercedes. Me elevaron á la nobleza, de modo que tengo derecho á llamarme desde ahora Don. Me hicisteis gran almirante del Océano, así como virrey y gobernador perpetuo de todas las islas y continentes descubiertos ó conquistados por mí. Además, ordenasteis que sea mi sucesor el mayor de mis hijos, y que siguiera de este modo de generación en generación.»

Al empezar su viaje estaba Colón en sus mejores años. Su estatura era alta é imponente, su cara larga, ligeramente sonrosada y cubierta de pecas. Sus brillantes ojos eran de un color gris azulado, y su pelo, en un principio rojo claro, había encanecido prematuramente, por lo cual se tenía á Colón por regla general por más viejo de lo que era en realidad.

Desgraciadamente no se conserva ni un retrato del gran descubridor que pueda tener la pretensión de reproducir fielmente sus facciones en vida. Verdad es que existen diversos retratos que pasan por ser de él; mas apenas hay uno que se parezca al otro, tanto que el escultor encargado de hacer el monumento que la ciudad de Génova elevó á Colón, se vió precisado á no guiarse por ninguno de los retratos existentes, sino á modelar el busto según su propia inspiración, basada en las descripciones de los contemporáneos del célebre navegante.

Por lo tanto, nos limitamos á presentar sólo tres retratos del descubridor, uno de los cuales, el que encabeza este capítulo, se atribuyó al pintor español, contemporáneo del genovés, Antonio del Rincón, y el segundo es reproducción de un grabado hecho por el neerlandés De Bry. Este grabador y editor, que se había hecho célebre por sus obras á fines del siglo XVI, asegura que para hacer el grabado se había servido de un retrato de Colón hecho por mandato del emperador Fernando, y que el retrato original había sido robado de la sala del Consejo de Indias en España y llevado á los Países Bajos.

Las carabelas de Colón (según un grabado antiguo de la obra *Colón*, escrita por De Lorgues)

TRAVESÍA DE COLÓN
POR EL OCÉANO Y DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

Fecha memorable la del 3 de agosto del año de 1492, en cuyo día, después de haber confesado y comulgado el almirante y toda su tripulación, abandonaron con sus tres carabelas el puerto de Palos, empezando aquel viaje que en los anales de la historia de los descubrimientos geográficos es celebrado con razón como el más importante de todos, pues desde que existe la Tierra no hay precedente alguno de un acontecimiento de tamaña importancia para sus habitantes y que por modo tan colosal cambiase la faz del mundo.

El nuevo descubrimiento de América caracteriza verdaderamente el derrumbamiento total de la Edad media y el principio de una nueva época, la cual con sus grandiosos acontecimientos é invenciones, actividad y ciencia, sobrepuja en gran manera á todas las anteriores.

Durante la navegación, en la que por cierto no abundaron las peripe-

cias, redactó Colón un diario cuyo original no ha sido hallado, desgraciadamente, hasta la fecha; pero el P. Las Casas, primer biógrafo del almirante, nos ha legado gran parte de él en extractos literales. De igual modo Navarrete, oficial de marina, halló á fines del siglo pasado una colección de cartas y noticias escritas por el mismo Colón, relacionadas con sus expediciones, las cuales nos servirán de punto de partida.

En lo relativo al valor literario de los extractos hechos por Las Casas, ha cometido éste una gran falta al no ocuparse para nada de los grados astronómicos de los lugares descritos topográficamente por el gran navegante, pues precisamente este descuido es el que ha dado origen á la gran confusión que se observa en las opiniones de los investigadores modernos.

Muchísimos historiadores se han creído con derecho á negar á Colón las aptitudes de un experimentado marino; nosotros opinamos, por el contrario, que nadie está facultado para emitir tal juicio sobre este punto mientras no se tengan á la vista las palabras originales del genovés.

Si bien Colón no era un náutico instruído á la altura de los adelantos modernos, no puede negársele que era un gran observador, y parece ser que su diario fué llevado, no sólo cuidadosamente, sino hasta con algo de pedantería, según se deduce de algunos informes del día que han sido recapacitados.

Las anotaciones hechas por el almirante en el transcurso de su travesía de Guanahani á Cuba han sido objeto de una acerba crítica, haciéndolas aparecer confusas y llenas de contradicciones, lo que, sobre dificultar mucho los trabajos de investigación, ha dado origen á una multitud de opiniones contradictorias; así que la pregunta sobre la situación de la isla de Guanahani no está contestada todavía.

Como veremos en el capítulo siguiente, la descripción de esta travesía deja poco que desear en lo tocante á corrección; por lo tanto la culpa de esta diversidad de pareceres entre los historiadores habrá que atribuírsela más bien á Las Casas, que precisamente ha suprimido lo más interesante del diario referente á astronomía.

Colón dirigió primero su rumbo á las islas Canarias, en las cuales tuvieron que detenerse cuatro semanas harta reparar una avería acaecida á *La Pinta*. Hasta el 6 de septiembre no pudieron proseguir su viaje, llegando á la región del viento N.E., extraordinariamente favorable á la navegación. Poco después de salir de las islas Canarias decidió Colón llevar dos diarios marítimos: en el uno anotaba secretamente el verdadero número de leguas que dejaba atrás, mientras que en el otro, expuesto á la vista, apuntaba menor cantidad. Colón, según se explica, hacía esto para engañar á su tripulación sobre las distancias recorridas, pues temía que se desanimasen si les parecía demasiado largo el viaje. Por lo tanto,

anotó el 16 de septiembre, en vez de 39 leguas, sólo 36; al día siguiente 47 en vez de 50; el 18, 48 en lugar de 55, y así sucesivamente.

Al anochecer del 13 de septiembre observó Colón por primera vez la desviación de la aguja magnética, lo cual hizo de aquel día, según dice Humboldt, *una fecha memorable en los anales de la astronomía náutica.* Cuando notaron este fenómeno nunca visto, asustáronse mucho los marineros temiendo les hubiera abandonado el seguro guía del marino, la brújula. Al ver Colón la consternación de sus gentes, ordenóles observar la estrella polar en cuanto amaneciese; hiciéronlo así, y pudieron convencerse de que estaban en orden las agujas. Durante toda la travesía era tan suave la temperatura que, según dice el mismo almirante, faltaba tan sólo el cántico de los ruiseñores para completar la ilusión de que se hallaban en el mes de mayo y en plena Andalucía.

Hacia el 16 de septiembre llegaron al llamado mar de sargazo, ó mar de las algas, que es una parte del Océano Atlántico situada entre los 20 y 35° de latitud Norte, en el cual se encuentran con frecuencia grandes masas flotantes de algas. Estas grandes fajas de algas desprendidas del fondo del mar, las tomaron equivocadamente por señales de cercana tierra. También confundieron algunas aves marinas, tomándolas por terrestres. Muchas veces creyeron ver tierra al confín del horizonte, pero tales presunciones se desvanecían muy pronto, pues resultaba que las supuestas costas eran sólo cúmulos de nubes, fenómeno que se observa con frecuencia en estas regiones tropicales, sobre todo por la tarde y al anochecer. El autor de esta obra ha observado diferentes veces estos cúmulos en las aguas de Bahama; se elevan muy poco sobre el horizonte, y parecen islas bajas y alargadas.

Estas engañosas visiones, así como la entrada en un período de grandes calmas, parece que inquietaron mucho á la poco experimentada tripulación, y Colón consigna en sus apuntes que entre su gente reinaba gran excitación, pues creían que bajo aquellas regiones no se movía el viento y que por lo tanto les sería imposible volver á España. Indudablemente estuvieron próximos al mayor decaimiento de ánimo, mas parece ser que el almirante logró tranquilizar sus espíritus y alentarles á esperar. Pero el 10 de octubre volvió á quejarse la gente de lo largo del viaje y no querían seguir adelante. Colón les habló con dulzura, haciéndoles ver las ventajas que á cada uno reportaría aquel viaje. Añadió también que estaba firmemente decidido á seguir adelante y que esperaba, con la ayuda de Dios, alcanzar pronto el logro de sus deseos. El que se sublevase la tripulación, según afirman varios escritores, no está probado por nada, y tales versiones pertenecen sin duda á los dramáticos adornos con que aderezaban sus relaciones algunos escritores de los pasados tiempos.

También consideramos infundada la opinión de que se desanimara el mismo almirante temiendo, ó dudando, del éxito de su viaje. Más de un detalle indica que prosiguió su navegación con la misma constancia de hierro con que supo mantenerse firme en su proyecto en las cortes de Portugal y España.

Por los días 7, 8 y 9 de octubre parece ser que se hallaba Colón en las aguas al Sur de las islas Bermudas, según puede deducirse de las muchas aves que se les presentaron aquellos días. Estas volaban desde el Norte al Sudoeste, es decir, en dirección de las indicadas islas á las de Bahama. El día 8 del propio mes vieron muchas aves terrestres que volaban hacia el Mediodía: eran grajos, patos y cuervos de mar, cuyos aletazos al volar se oyeron toda la noche.

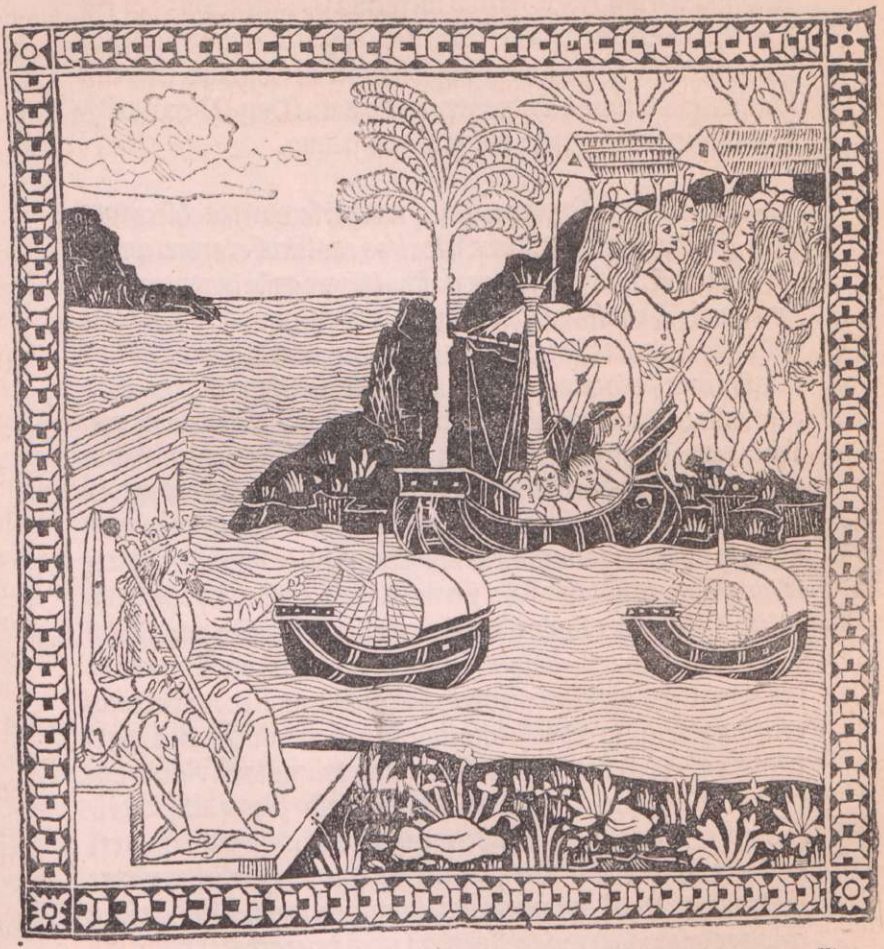
Como el almirante sabía que los portugueses habían descubierto la mayor parte de los países que poseían observando el vuelo de las aves, decidió abandonar la ruta hacia Occidente que había seguido hasta entonces y timonear en dirección Sudoeste. Este rumbo lo conservaron aún el día 11, y pronto tuvieron muestras inequívocas de estar cerca de tierra, pues las gentes de la *Santa María* recogieron una caña verde, las de *La Pinta* un palo labrado y las de *La Niña* vieron flotar una rama espinosa y con frutos encarnados.

Estas señales de la proximidad de tierra reanimaron el espíritu de los marineros, y con alegre diligencia se afanaban las tripulaciones de los tres barcos en ganarse unos á otros la delantera, pues los Reyes habían prometido al que primero divisara tierra, además de ricos regalos, una pensión anual de 10.000 maravedises. Hacia las diez de la noche le pareció á Colón ver desde el alto castillete de popa de su barco un lejano resplandor, y para cerciorarse llamó á diferentes personas, preguntándoles si aquél les parecía fuese una luz. Todos contestaron afirmativamente y la vieron dos veces más, tan pronto avivándose como extinguiéndose, subiendo ó bajando como si alguien caminara llevando una antorcha delante de sí.

Colón dedujo de aquello que ésta era señal segurísima de que sólo debían distar de tierra pocas leguas, y, en efecto, cerca de las dos de la mañana se oyó un cañonazo disparado por *La Pinta*, señal convenida para advertir que se veía tierra desde aquel barco. Habíalo disparado el marinero Rodrigo de Triana, que había visto á aquella hora desde la arboladura de *La Pinta*, y á la luz de la luna, una isla larga y llana cuajada de árboles, como á dos leguas de distancia; en seguida se recogieron las velas para esperar la llegada del día. Transcurrieron las horas en angustiosa ansiedad, y cuando al fin se levantó el sol radiante por detrás del ilimitado Océano, divisaron una amena isla con magníficos y verdes ár-

boles; en la playa había indígenas completamente desnudos que miraban á los barcos con el mayor asombro.

En éstos todo era alegre regocijo, y después de haber entonado el cántico de alabanza, *Te Deum laudamus*, los capitanes de los tres barcos,



Facsímile de un grabado que figura en la portada de un folleto italiano impreso en Florencia en el año 1493. Representa el desembarque de Cristóbal Colón en América

armados de punta en blanco, se embarcaron en los botes, llenos de gente armada, para dirigirse á tierra.

Verdaderamente que debió de ser espectáculo grandioso y conmovedor cuando Colón, vestido completamente de escarlata y llevando en la

¶ Epistola Christofori Colom: cui ętas nostra multū debet: de Insulis Indię supra Gangem nuper inuentis. Ad quas perquirendas octauo antea mense auspicijs ꝛ ęre inuictissimi Fernandi Hispaniarum Regis missus fuerat: ad Magnificum dñm Rapbaelem Sanxis: eiusdem serenissimi Regis Tesaurariū missa: quam nobilis ac litteratus vir Aliander de Cosco ab Hispano ideomate in latinum conuertit: tertio kalꝰ Maij. M. cccc. xciij. Pontificatus Alexandri Sexti Anno primo.

QVoniam susceptę prouintię rem perfectam me cōsecutum fuisse gratum tibi fore scio: has constitui exarare: quę te vniuscuiusq; rei in hoc nostro itinere gestę inuentęq; admoneant: Tricesimotertio die postq̄ Gadibus discessi in mare Indicū perueni: vbi plurimas insulas innumeris habitatas hominibus repperi: quarum omnium pro foelicissimo Rege nostro prędconio celebrato ꝛ vexillis extensis contradicente nemine possessionem accepi: primęq; earum diui Saluatoris nomen impositi: cuius fretus auxilio tam ad hanc: q̄ ad ceteras alias peruenimus. Eam ho Indi Guanahanin vocant. Aliarum etiā vnam quamq; nouo nomine nuncupaui. Quippe aliā insulam Sanctę Marię Conceptionis. aliam Fernandinam. aliam Ysabellam. aliam Johanam. ꝛ sic de reliquis appellari iussi. Quam primum In eam insulam quā dudum Johanā vocari dixi appulimus: iuxta eius littus occidentem versus aliquantulum processi: tamq; eam magnā nullo reperto fine inueni: vt non insulam: sed continentem Chatai prouinciam esse crediderim: nulla tñ videns oppida municipiaue in maritimis sita confinib? pręter aliquos vicos ꝛ predia rustica: cum quor incolis loqui nequibam. quare simul ac nos videbant surripiebant fugam. Progrediebar vltra: existimans aliquā me vrbem villasue inuenturum. Deniq; videns q̄ longe admodum progressis nihil noui emergebat: ꝛ hmōi via nos ad Septentrionem deferebat: q̄ ipse fugere exoptabā: terra etenim regnabat bruma: ad Austrumq; erat in voto cōtendere:

Copia del primer folleto que publicó el descubrimiento de América.
El original, impreso en Roma en 29 de abril de 1493, se halla en el Museo Británico de Londres

Eyn schön hübsch lesen von etlichen inßlen die do in kurtzen zyten funden synd durch dē künig von Hispania. vnd sagt vō großen wunderlichen dingen die in dē selbē inßlen synd.

Getúcteschet vß der kanloniſchen zungen vnd vß dem latin zů Ulm. Und iſt etwas wa ein a ſteet dar zů geſetzet nach dē vnd es Ptolomeus vnd die anderen meiſter der caſmographi leren vnd ſchribent. wañ der es funden hat der ſchribet es ee vor dar von geſchuben iſt worden. vnd dem künig ouch darvō geſeit iſt worden. Ee das er geſandt iſt worden dz zů erfaren.

Getruckt zů ſtraßburg vff grüneck vō meiſter Bartlomeß küſtler ym iar. M. CCCC. xcvij. vff ſant Jeronymus tag.

Portada del primer folleto alemán que divulgó la noticia del descubrimiento de América Impreso en el año 1497 en Estrasburgo. El original se encuentra en la Biblioteca de Munich

mano el pendón real de Castilla, pisó el primero el suelo del Nuevo Mundo, se arrodilló en la playa, besó la tierra, y dió al cielo fervorosas gracias por haberle concedido al fin el premio de sus largos años de sueños, esperanzas y afanes. Después los capitanes de los otros dos barcos colocáronse á ambos lados del almirante y desplegaron cada uno una bandera blanca con cruz verde, á cuyos lados se veían bordadas las iniciales de los Reyes de España, una *F* y una *I*, adornadas con una corona.

De la manera más solemne tomó entonces Colón, en nombre del Rey y de la Reina, posesión de la tierra nuevamente hallada, llamando á todos para que como testigos leales prestasen su asentimiento á aquel acto, á fin de que en tiempo alguno nadie pudiera usurpar estos derechos. A la isla le dió Colón el nombre de *San Salvador*, consagrándola de este modo al Salvador del Mundo.

Playa de Guanahani (dibujada del natural por Rodolfo Cronau)

EL DIARIO DE COLÓN
DURANTE SU TRAVESÍA POR LAS LUCAYAS

Si bien para describir la travesía de Colón por el Océano, así como su desembarque en Guanahani, tuvimos que contentarnos con las pocas noticias dejadas por Las Casas, en lo referente al diario original del almirante podemos, por el contrario, dar á conocer las impresiones de Colón, después de haberse posesionado de la isla, acerca de sus habitantes, como asimismo de las otras islas del grupo de las Lucayas ó Bahamas, sirviéndonos para ello de las mismas palabras del almirante, pues Las Casas ha extractado felizmente del diario de Colón una gran parte reproduciéndola con toda exactitud. Este extracto es de doble interés, no sólo porque nos permite conocer las ideas de Colón, sino porque podemos seguir exactamente la ruta del almirante y de su escuadra.

Y opinando que el lector gustará de conocer las propias palabras del almirante, las reproducimos á continuación con toda fidelidad.

El P. Las Casas da comienzo á su trabajo de esta manera: «Y ahora siguen las propias palabras del almirante, extractadas del informe sobre el descubrimiento del Nuevo Mundo, que era tenido por él como la *India Occidental* y que por eso se llama aún hoy día del mismo modo:

Viernes 12 *de Octubre*.—Lleno del deseo de ganarme la amistad y benevolencia de estos pueblos, y convencido de que la conversión de los mismos debía alcanzarse más bien por amor que por fuerza, regalé á algunos de los indígenas gorras encarnadas y sartas de cuentas de cristal, con que adornaron su cuello, así como otras bagatelas que les proporcionaron gran alegría, y por las cuales nos ganamos con asombrosa rapidez su benevolencia. Más tarde vinieron nadando á los botes de nuestros barcos y nos trajeron papagayos, ovillos de hilo, lanzas y algunas otras cosas, las cuales cambiaron por las que les dábamos nosotros, que eran sartas de cuentas de cristal y cascabeles pequeños. Tomaron lo que les dábamos dándonos con buena voluntad lo que tenían, pero me pareció que son gente muy pobre. Todos van desnudos como vinieron al mundo, lo mismo las mujeres, por más que sólo he visto á una muchacha muy joven. Los demás eran hombres jóvenes, ninguno de los cuales pasaría de los treinta años. Todos eran bien formados y de movimientos graciosos y apacibles. Su cabello es tan grueso como la crin de un caballo y cortado por delante hasta las cejas; en cambio, por detrás llevan una larga trenza que no se cortan nunca. Su color natural es el de los indígenas de las islas Canarias, ni negro ni blanco, pero algunos se pintan con negro ó blanco, otros con encarnado ó cualquier otro color que encuentran. Algunos se pintan la cara, otros todo el cuerpo, otros sólo los ojos y otros nada más que la nariz. No llevan armas ni las conocen, pues cuando les enseñé espadas las cogieron tan torpemente por el filo que se cortaron. No poseen hierro alguno; sus lanzas consisten en palos sin hierro y están adornadas en sus extremos con dientes de pescado ú otras cosas. La mayoría de estas gentes son de buena estatura, buena presencia y graciosos movimientos. En bastante de ellos noté cicatrices de heridas, y al preguntarles por señas por el origen de éstas, me hicieron comprender que los habitantes de las islas vecinas venían de vez en cuando para cogerlos prisioneros, por lo que tenían que defenderse. También creo yo que vienen aquí desde el continente para coger prisioneros á los indígenas. Deben de ser buenos é inteligentes esclavos, pues noto que comprenden muy pronto todo lo que les digo, y estoy convencido de que se les puede hacer cristianos con facilidad, porque no parece que pertenezcan á ninguna secta. Si Dios es gustoso, á mi regreso llevaré á vuestras altezas seis de estas gentes para que aprendan nuestro idioma. Fuera de los papagayos no he visto ningunos otros animales por aquí.

»*Sábado* 13 *de octubre*.—Al rayar el día vinieron muchos indígenas á la orilla; todos eran, como ya se ha mencionado, hombres jóvenes, de estatura más que regular; es verdaderamente una hermosa raza. Su cabello

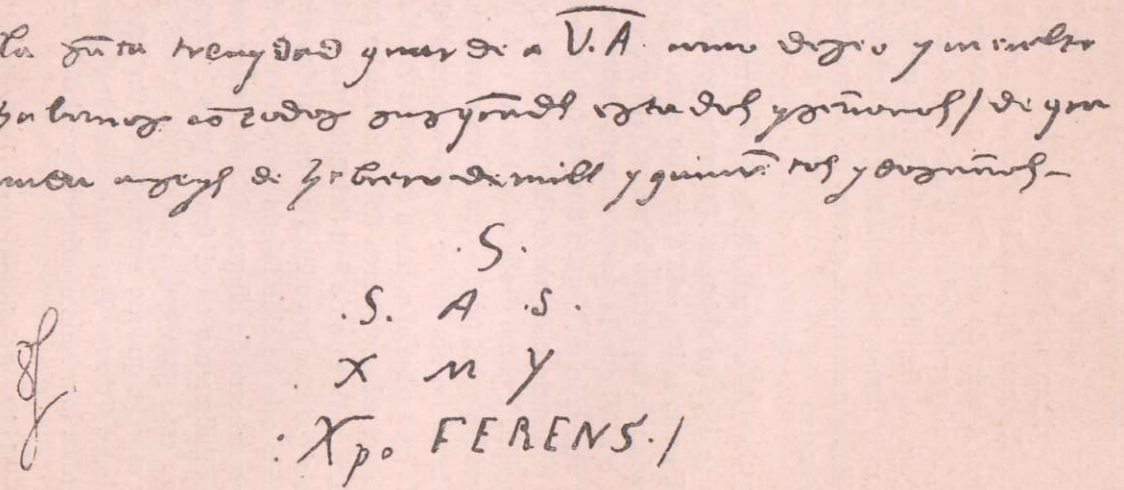
no está rizado, sino que cae recto hasta abajo y es basto como crin de caballo. También tienen la cabeza y la frente más ancha de lo que he podido observar en cualquiera otra raza humana. Los ojos son muy bellos, y en manera alguna pequeños; el color de la tez no es negro, sino parecido al de los indígenas de las islas Canarias, como no puede menos de esperarse, puesto que esta isla está en el mismo grado de latitud que la de Hierro (Ferro), una de las Canarias. Todos estos indígenas sin excepción tienen miembros rectos, son esbeltos y muy bien formados. Vinieron al barco en canoas hechas de un solo tronco de árbol ahuecado y que son excelentes y muy á propósito para estas regiones. Muchas de ellas contenían cuarenta y hasta cincuenta hombres; otras eran más pequeñas, y en algunas sólo cabe un individuo. Dirigen sus botes con remos que recuerdan las palas de los panaderos. Con esto alcanzan una maravillosa rapidez, y cuando alguna de estas barcas vuelca se echan todos á nadar, la vuelven y sacan el agua que ha penetrado en ella con botellas de calabaza que llevan consigo. Trajeron ovillos de algodón hilado, papagayos, lanzas y otras pequeñeces que sería cansado enumerar, y las cambiaron por lo que quisimos darles. Les pregunté cautelosamente para cerciorarme si había por allí oro y noté que algunos llevaban un pedazo pequeño colgado de un agujero abierto en la nariz. Por sus señas comprendí que si iba hacia el Mediodía ó daba la vuelta á la isla en dirección Sur, encontraría un país cuyo rey poseía vasijas de oro y abundancia de este metal. Procuré persuadirles á que me acompañasen hasta allí, pero comprendí al momento que no querían hacer esto. Por lo tanto decidí esperar hasta la noche del día siguiente, y entonces navegar con rumbo Sudoeste, ya que muchos de los indígenas me habían comunicado que tanto en dirección al Mediodía como al Sudoeste y Nordeste había países, y que los habitantes de las regiones situadas en esta última dirección venían á menudo para batirse con ellos y buscar en aquellas tierras oro y piedras preciosas. La isla donde estamos es bastante grande y muy llana, con magníficos árboles verdes; tiene agua sobrante y un lago muy grande en el centro, pero no tiene ninguna montaña, mas sí una hermosa vegetación muy agradable á la vista. Los indígenas son de un carácter muy apacible; pero impulsados por el deseo de poseer los objetos que tenemos, hurtan todo lo que pueden, pues saben muy bien que no les damos nada si no lo cambian por otra cosa, y se escapan con ello. Mas todo lo que tienen lo dan por cualquier nadería que se les ofrece, hasta por objetos rotos y cascos de cristal. He visto dar por tres leotis (pequeña moneda de cobre de Portugal cuyo valor es el de medio maravedí) diez y seis ovillos de hilo que contendrían todos ellos juntos más de una arroba de algodón hilado. Yo prohibí esta clase de cambio, y no permití á nadie más comerciar con al-

godón si yo no doy la orden de cambiarlo para vuestras altezas en los parajes donde se encuentra en abundancia, según yo creo, en esta isla; pero lo corto de mi estancia en ella me impide adquirir positiva seguridad. Del mismo modo se encuentra aquí el oro que llevan los indígenas en la nariz, mas no he mandado hacer ninguna investigación para no perder tiempo, pues quiero ver si encuentro la isla Zipangu. Ahora que oscurece han regresado todos los indígenas á tierra en sus canoas.

»*Domingo* 14 *de octubre.*—Al rayar el día mandé preparar los botes de todos los barcos y navegamos á lo largo de la costa en dirección Nornordeste para conocer las otras partes de la isla situadas hacia el Oriente y visitar los lugares de las mismas.

»Poco tardé en ver dos ó tres de éstas, y sus habitantes, que habían venido hasta la orilla, nos llamaron bendiciendo á Dios al mismo tiempo. Unos nos trajeron agua, otros provisiones; muchos, al ver que me disponía á desembarcar, echáronse al mar y nadaron hasta nuestros botes. Por sus señas pudimos comprender que nos preguntaban si habíamos bajado del cielo. Un anciano vino á mi bote, entretanto que otros gritaban, llamando á grandes voces á los hombres y mujeres de las inmediaciones: *Venid á ver á la gente del cielo y traedles comida y bebida.* Hombres y mujeres vinieron en gran multitud trayendo cada cual alguna cosa: daban gracias á Dios, se echaban en el suelo y nos invitaban á ir á tierra. Mas yo me retraje de desembarcar al ver largas filas de peñascos que circundaban toda la isla. En el centro de esta cordillera hay un puerto tan ancho y profundo, que todos los barcos de la cristiandad cabrían en él, sólo que la entrada es muy estrecha.

»Verdad es que hay algunos abismos en el centro de la cordillera, pero el mar es allí tan tranquilo como el agua de una fuente. Yo me puse en movimiento esta mañana para poder informar á vuestras altezas de todo cuanto viera; también quise explorar á ver si hallaba un paraje á propósito para edificar una fortaleza. Descubrí también un trozo de tierra que parece una isla, por más que no lo es. Hay seis casas en él, y podría separarse con facilidad con sólo dos días de trabajo y convertirlo en una isla. Pero un trabajo semejante no creo que sea necesario, pues según mi opinión, este pueblo desconoce completamente el manejo de las armas, lo cual conocerán vuestras altezas cuando observen á los siete individuos que he mandado coger para llevármelos conmigo á Castilla, desde la cual, una vez instruídos en nuestro idioma, pueden volverse más tarde á su país. Mas en el caso de que ordenasen vuestras altezas que fueran llevados todos á Castilla, ó que los retuviesen prisioneros en alguna isla, no habría cosa más fácil que esto, pues con cincuenta hombres podría some-



Facsímile de la firma de una carta de Cristóbal Colón, fechada en Granada en 6 de febrero de 1502, á los Reyes Católicos, exponiendo algunas consideraciones sobre el arte de navegar (1)

---

(1) La explicación de este facsímile es como sigue: «La Sancta Trenydad guarde á Vuestras Altezas como deseo y menester habemos, con todos sus grandes Estados y senoríos. De Granada á seys de hebrero de mill y quinientos y dos años.»

La firma la explica V. Margry del siguiente modo: *Supplex Servus Altissimi Servatoris. Christus Maria Joseph Christoferens.*

Becher la traduce así: «Servidor Sus Altezas Sacras Jesús María Isabel Christoferens.»

Hay que saber que XPO es la abreviatura del griego *Kristos*, que con la palabra latina *ferens* (portador), forma *Christoferens* (portador de Cristo).

térseles y hacer lo que se quisiera de ellos. Cerca de la citada pequeña isla (península) hay huertas y plantaciones tan hermosas, que más no las he visto nunca; el follaje es tan verde y fresco como en Castilla durante los meses de abril y mayo; también se encuentra mucha agua en estos sitios. Una vez que hube reconocido todo el puerto, volví á los barcos, nos hicimos á la vela, y pronto vi tantas islas que no sabía en cuál desembarcar. Los indígenas que llevaba conmigo me hicieron comprender por señas que eran innumerables. A más de cien les dieron nombre. Decidí, por lo tanto, ver cuál era la mayor de todas, y á ella quiero ir. Parece que está situada á cinco leguas de San Salvador; las otras están más ó menos próximas. Todas son muy llanas, sin montes, muy fértiles y pobladas de habitantes. Los indígenas mantienen guerra unos con otros, por más que son gente muy inofensiva.

»*Lunes* 15 *de octubre.*—Me quedé apartado de la costa durante la noche por no saber si ésta estaría libre de abismos. Esperaba poder desplegar las velas al amanecer. Y como la isla está á más de cinco leguas de distancia, más bien siete, y además me retuvo la marea, era ya cerca de mediodía cuando alcancé la isla. Ví que la parte situada enfrente de la isla de San Salvador está en dirección de Norte á Sur y tiene cinco leguas de largo; el otro lado, por el contrario, comprende de Este á Oeste y tiene más de diez leguas de extensión. Y como desde esta isla vi otra grande en dirección occidental, acorté las velas, puesto que había navegado todo el día y hasta la entrada de la noche sin haber podido alcanzar el cabo más occidental de la isla, á la cual puse el nombre de *Santa María de la Concepción*. Hacia la puesta del sol anclé cerca del citado cabo para inquirir si había por allí oro. Los indígenas de San Salvador me habían dicho que aquí llevaba la gente grandes brazaletes de oro en los brazos y las piernas. Me parece que todo esto ha sido fábula para librarse de mí. Sea lo que fuere, no quiero pasar cerca de ninguna isla sin tomar posesión de ella, por más que esto sea indiferente en el fondo, pues habiendo tomado posesión de una, sirve esto para todas las demás. Anclé, por lo tanto, y quedéme hasta hoy martes, que me embarqué en un bote lleno de gente armada dirigiéndome á tierra. Los numerosos indígenas allí reunidos iban desnudos y tenían la misma apariencia que los de San Salvador.

»Nos permitieron andarpor la isla, dándonos cuanto les pedimos. Como empezaba á menguar el viento S.E. no quise quedarme por más tiempo en la isla y volví á nuestros barcos, encontrándonos al lado de uno de los costados de *La Niña* con un gran bote. Uno de los indígenas de San Salvador, que se hallaba en aquel barco, saltó desde bordo y se refugió

en la piragua, y otro á media noche... *(aquí hay un espacio en el original de Las Casas)*, y él (probablemente el comandante de *La Niña)* persiguió á la canoa, desapareciendo ésta con tal rapidez que no hubiera habido bote que la diese alcance. La canoa llegó á tierra, donde la abandonaron los que la ocupaban. Algunas de mis gentes persiguieron á los fugitivos mas no les dieron alcance, pues corrían como gallinas. La embarcación abandonada fué conducida á bordo de *La Niña*. Vimos en otro bote pequeño á un solo hombre que venía por otro lado, y que nos traía un ovillo de algodón para cambiarlo por otros objetos. Como se resistía á pasar á nuestro barco, saltaron al agua algunos marineros y se apoderaron de él. Desde la popa de mi barco veía yo todo esto, y mandé conducir al indígena á mi presencia. Le dí una gorra encarnada, até á su brazo una sarta de cuentecillas de cristal verde, colgué de sus orejas dos cascabeles pequeños, y mandé que le diesen su canoa y le condujesen á la orilla. Poco después desplegamos velas para dirigirnos á la otra isla grande situada al occidente, y ordené se utilizara también la canoa que se hallaba á bordo de *La Niña*. El hombre al cual había hecho los mencionados regalos y rechazado su ovillo de algodón, había desembarcado en este intervalo y le vi rodeado de una compacta multitud á la que decía que éramos muy buenos, que el otro hombre que huyó sin duda había cometido alguna injusticia y por eso nos habíamos apoderado de él. El objeto que yo esperaba conseguir dando libertad al hombre, y que consistía en infundir á aquellas gentes la mayor consideración hacia nosotros, á fin de evitar hostilidades á los expedicionarios que envíen en el porvenir vuestras altezas á estasis las, estaba logrado, por más que apenas valdrían cuatro maravedises por junto todas las cosas con que había obsequiado al indígena. Hacia las diez me marché de allí, dirigiéndome en dirección Sur y con viento S.E. á aquella gran isla en la cual dicen las gentes de San Salvador que hay mucho oro, y cuyos habitantes llevan brazaletes de este metal en los brazos y piernas, como también en las orejas y nariz y alrededor del cuello. Entre esta isla y la de Santa María media una distancia de nueve leguas de Este á Oeste, y toda la parte de la costa se extiende de Noroeste á Sudeste y parece ser que en esta parte mide más de 28 leguas de largo. Lo mismo que la isla de San Salvador y la de Santa María, es llana y sin ninguna montaña. La orilla está libre de peñascos exceptuando algunos escollos que se encuentran cerca de la tierra debajo del agua, y que reclaman mucha precaución para anclar, por más que el agua está muy clara por todas partes y puede verse hasta el fondo. A dos cañonazos de distancia es tan grande la profundidad del agua que no se encuentra fondo. Estas islas son muy frondosas y fértiles, están rodeadas de embalsamado ambiente y encierran sin duda alguna bastantes cosas

que no conozco; pero no quiero detenerme á buscarlas, ya que he salido á descubrir otras islas más en las cuales se halla oro. Y después de haberme hecho comprender por señas los habitantes de San Salvador que los de estas tierras llevaban verdadero oro en los brazos y en las piernas (pues yo les he enseñado el que poseo y me aseguraron ser el mismo metal), no puedo por menos que hacer cuanto sea posible para encontrar esos sitios con la ayuda de Dios. Mientras navegaba por el golfo que hay entre estas dos islas, es decir, entre la de Santa María y ésta grande, á la cual llamo Fernandina, tropecé con un hombre que pasaba de la primera á la segunda. Llevaba consigo un pequeño pedazo de pan del tamaño de un puño cerrado aproximadamente, una botella hecha de calabaza y una excrecencia ó bola de tierra rojiza hecha polvo primero y después vuelta á amasar, y algunas hojas secas (1) que sin duda son muy estimadas por los indígenas, pues ya en San Salvador me regalaron algunas de ellas.

»Llevaba además un cestillo trenzado á usanza de ellos que contenía una pequeña sarta de cuentas de cristal y dos blancas (2), por lo que vi que venía de San Salvador, tocando en Santa María, y prosiguiendo su marcha hasta Fernandina. Se acercó á mi busca, y accediendo á sus instancias le permití subir á mi barco; ordené que todo lo que poseía, así como el bote, fuera guardado en el ala de proa. Obsequiéle con pan, miel, dile también de beber, y voy á llevarle á Fernandina, donde se le entregará todo lo que traía, á fin de que propague noticias favorables relativas á nosotros, á fin de que todos aquellos que envíen vuestras altezas, si Dios es gustoso, á estas islas sean recibidos con honores, y también para que estos indígenas nos hagan partícipes de todo lo que posean.

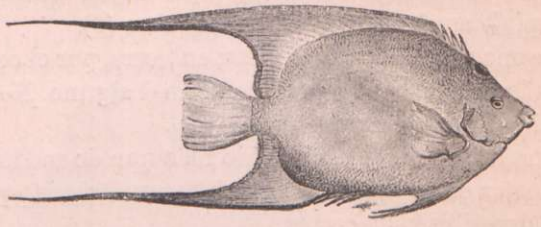
»*Martes* 16 *de octubre.*—Al mediodía abandoné la isla de Santa María de la Concepción para dirigirme á la de Fernandina, que parece ser muy grande por la parte Oeste de la costa. Navegué con gran bonanza durante todo el día y no llegué á tiempo de poder sondear.

»Hubiera podido echar anclas en un sitio libre de escollos; pero como hay que andar con mucha precaución si no quiere perderse ésta, decidí esperar hasta el nuevo día. Al amanecer desembarcamos cerca de un pueblo, al cual había llegado ya el hombre que vino con su canoa en nuestro barco. Había dado tan buenas noticias sobre nuestras personas, que durante toda la noche llegaban los indígenas en sus canoas hasta nuestros barcos, trayéndonos agua y todo cuanto poseían. Mandé dar á cada uno alguna baratija, como sartas de cristal que contenían cada una diez ó doce

(1) Es muy probable que fuera tabaco.
(2) Pequeña moneda castellana.

cuentas, pequeñas sonajas como las que dan en Castilla á maravedí la pieza, y algunas tiras de cuero; todos estos objetos son considerados por ellos como de gran valía.

»Obsequié también á los que vinieron á bordo de mi barco con jarabe. A las nueve de la mañana envié el bote del barco á tierra para traer agua; los indígenas enseñaron con gran amabilidad á nuestras gentes los lugares en que podían hallarla, y además llevaron los toneles llenos de ella hasta los botes, demostrando al parecer gran contento de poder ayudarnos. Esta isla es muy grande y he decidido navegar alrededor de toda ella, pues según puedo comprender se halla en la misma ó en sus cercanías una mina de oro. Dista de la de Santa María ocho leguas en la dirección de Oriente á Occidente; el promontorio al cual he llegado, lo mismo que toda la costa,



Pez ángel (dibujado del natural por Rodolfo Cronau)

Boca azul, cabeza amarillo azulada, párpados azules, ojos amarillo dorados, pupila negra; la mancha de la frente negra, rodeada de azul; las escamas azules, rodeadas de amarillo dorado; las aletas delanteras amarillo doradas; las del vientre verdoso amarillas; las de la espalda amarillo rojizas, rodeadas de azul oscuro, y la cola amarillo rojiza.

está situado en dirección Nornordeste á Sudsudeste, y he visto hasta veinte leguas de distancia sin haber podido hallar su término.

»Poco después de haber escrito lo que antecede mandé desplegar velas para dar vuelta á la costa con viento del Mediodía.

»No quiero descansar hasta haber llegado á Samoet, que es una isla ó ciudad en la cual, según afirman todos los indígenas de San Salvador, se encuentra el oro. Los habitantes de esta isla se parecen á los de las demás, hablan el mismo idioma y tienen las mismas costumbres; pero me parecen más inteligentes y hábiles que los otros, cosa que deduzco de que saben comerciar mejor con algodón y otros artículos. También he visto en estos parajes retales de algodón tejido, que usan como mantas, y las mujeres llevan delante una tira de esta tela, tan pequeña que apenas llena su objeto. La isla es muy verde, llana y sumamente fértil; no dudo que siembran y recolectan grano y otras cosas todo el año. Vi muchos árboles que se diferencian mucho de los de nuestro país; algunos de ellos tienen ramas

completamente distintas por más que proceden de un mismo tronco, lo cual hace que pueda considerarse esto como una de las mayores maravillas del mundo, pues una rama es, por ejemplo, de una clase y otras de otra. Una tiene las hojas en forma de caña, otra de almáciga (lentisco), y así tiene un mismo árbol cinco ó seis clases de hojas distintas. Estavariedad no es motivada por injerto, pues los citados árboles crecen silvestres en los campos y nadie hace caso de ellos (1).

»En los indígenas no he observado aún culto alguno, y como tienen mucha inteligencia creo que podría convertírseles pronto al cristianismo.

»Los peces son también completamente distintos á los nuestros. Unos parecen gallos y ostentan los más hermosos colores del mundo: azul, amarillo, encarnado y otros varios, de las más diversas formas y matices; los cambiantes de sus tintas son tan vívidos que dejan admirado á todo el que los contempla, causándole el mayor asombro (2).

»También se encuentran aquí ballenas; en tierra, por el contrario, fuera de papagayos y lagartijas, no he hallado animal alguno. No he visto ovejas, cabras ni ningún otro animal.

»Por más que mi estancia no ha sido más que de medio día, hubiera visto estos animales en el caso de que existiesen. Después que haya dado vuelta á la isla describiré sus costas.

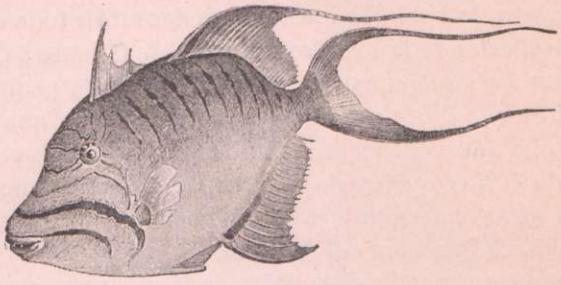
»*Miércoles* 17 *de octubre*.—Al mediodía abandoné el paraje en el cual había anclado y hecho provisión de agua para dar la vuelta á la isla Fernandina. El viento venía del Sudoeste con tendencia al Sur. Mi idea era seguir la costa de la isla por la parte Sudeste, en la cual me encontraba. Esta costa se extiende hacia Nornordeste y Sudsudeste, y yo deseaba ir en esta última dirección, porque en ella, según datos de los indígenas de San Salvador que tengo á bordo, y también de uno de los habitantes de esta costa, debe estar situado el territorio que llaman Samnet, donde se encuentra el oro. Pero Martín Alonso Pinzón, capitán de *La Pinta*, á cuyo bordo había yo enviado tres de estos indios (3) (de San Salvador), vino á verme para decirme que uno de éstos le había dado á entender con mucha seguridad que circunnavegaría mucho más pronto la isla navegando en dirección Nornordeste. Como vi que el viento me era favorable á la direc-

(1) Indudablemente se dejó engañar Colón por las diversas plantas parásitas que arraigan con frecuencia en las ramas de los árboles más grandes.

(2) Quien haya admirado la magnificencia de colores del pez ángel, del túrbido, el squirrel, el yellowtail y otros de las aguas de Bahama, no hallará exagerada la entusiasta admiración del almirante.

(3) Colón usa aquí por primera vez el calificativo de *indios* para los indígenas de América.

ción que había pensado tomar, navegué con el rumbo indicado, para lo cual era el viento más favorable, y descubrí cuando estuve á dos leguas de la conclusión de la isla un puerto muy notable, con una, mejor dicho con dos entradas, puesto que una isla roqueña dividía la embocadura. Ambas entradas son muy angostas, pero el interior de la bahía podría dar cabida á 100 barcos si tuviera fondo suficiente, estuviese libre de escollos y fuera la entrada más ancha. Parecióme necesario cerciorarme por mí mismo, sondeando la bahía; mandé anclar fuera del puerto, y entrando en él con todos los botes, pude convencerme de que tenía poco fondo para nuestros barcos. Como al principio, al ver la bahía, creí que era la embocadura de algún río, ordené llevar toneles para llenarlos de agua. A la orilla encontramos ocho ó diez hombres que al momento vinieron hacia nos-



Pez túrbido (dibujado por R. Cronau)
Color azul y oro; las rayas más oscuras, azules rodeadas de oro.

otros mostrándonos un pueblo cercano, al cual envié á mi gente en busca de agua; parte de mis hombres iba armada y los otros llevaban los toneles; de este modo pudimos proveernos del agua necesaria. Como la distancia era bastante grande, tuve que esperar dos horas. Entretanto caminé por debajo de los árboles, que presentaban un aspecto hermoso sobre toda ponderación. Era tan verde y espeso su follaje como lo es en Andalucía en el mes de mayo, siendo todos los árboles tan distintos de los nuestros como el día de la noche. Lo mismo sucedía con las frutas, la hierba, las piedras y todas las demás cosas. Es cierto que algunos árboles son de la misma especie de los que poseemos en Castilla, pero á pesar de esto se nota una gran diferencia; las otras especies son, por el contrario, tan numerosas, que nadie podría compararlas con las nuestras. Los indígenas eran todos idénticos á los antes descritos, tienen la misma estatura y van desnudos. Dieron lo que tenían por cualquier baratija que se les ofrecía, y noté que algunos jóvenes cambiaban lanzas por pedazos de cristal y otros objetos rotos con la gente de los barcos. Los hombres que habían ido en busca de agua me refirieron que habían encontrado muy limpias

y bien barridas las viviendas donde entraron, y que las camas parecían redes de algodón. Las casas están construídas en forma de celdas, son muy altas y tienen grandes aberturas para dar paso al humo; pero entre todos los pueblos que visitamos, no vi ninguno que tuviera más de 12 á 15 casas. También observaron los hombres que las mujeres casadas llevaban delantales de algodón, y las doncellas, por el contrario, nada, á excepción de algunas que habían alcanzado ya la edad de diez y ocho años. También tenían allí dogos y perros de caza más pequeños; vieron además á un indio que llevaba en la nariz un pedazo de oro del tamaño de medio castellano con algunas letras grabadas. Regañé á mi gente por no haberlo comprado á cualquier precio, para en el caso de que fuese una moneda haber visto de qué clase, y contestáronme que no había querido venderla el indio. Después de habernos provisto de agua, volví al barco y desplegamos velas, navegando hacia Noroeste, para descubrir todo el terreno de la isla y llegar hasta donde la costa se extiende de Oriente á Occidente. Más tarde dijéronme los indígenas que esta isla era más pequeña que la de Samoet, y que por lo tanto sería mejor retroceder, ya que de este modo llegaríamos á ella antes. El viento calmó algún rato, mas volvióse á levantar soplando de O.N.O., contrario, por consiguiente, á nuestra ruta. Por lo tanto volví atrás, navegando toda la noche en dirección Sudoeste, y tan pronto hacia el Este como al Sudeste.

»Esto lo hice para mantenerme lejos de tierra, pues que la atmósfera estaba cargada de niebla y el tiempo muy inseguro. El viento era débil y no me permitía acercarme á tierra para anclar.

»Desde media noche hasta el amanecer cayó un fuerte aguacero, y aun ahora está el cielo cubierto y amenazando lluvia. Nos hallamos ahora en el extremo Sur de la isla y espero poder anclar en cuanto aclare lo bastante, para proseguir nuestro viaje á las otras islas que quiero buscar. Desde que estoy en la India ha llovido más ó menos. ¡Vuestras altezas pueden creerme al afirmarles que este país es el más rico, más sano, benigno y llano del mundo.

»*Jueves* 18 *de octubre.*—Después de haber aclarado seguí la dirección del viento rodeando la isla todo lo que pude. Eché anclas cuando no me fué posible navegar más tiempo, pero no desembarcamos, y al rayar el día volvimos á hacernos á la vela.

»*Viernes* 19 *de octubre.*—Por la mañana temprano levé anclas enviando á la carabela *Pinta* hacia Oriente y Sudeste y á *La Niña* en dirección Sudsudeste, mientras que yo con mi barco me dirigí con rumbo al Sudeste. Había dado orden de que los otros dos primeros barcos siguiesen su cur-

so hasta mediodía, pero que después se reuniesen conmigo de nuevo. Pero no habíamos navegado aún tres horas cuando vimos al Este una isla, hacia la cual timoneamos. Los tres barcos arribaron á ella antes del mediodía, por su extremo Norte, en el cual se encuentra una islita roqueña. Un arrecife rodea á la isla por el Norte; entre ella y la otra grande, la cual es llamada Saometo por los habitantes de San Salvador, hay un peñasco. Yo le dí á la dicha isla el nombre de Isabela. El viento venía del Norte, y la mencionada islita está situada en dirección de la isla Fernandina, de la cual había yo salido con rumbo á Oriente y Poniente. La costa se extendía desde la islita roqueña hacia Occidente, y á 12 leguas de distancia se encuentra un promontorio al cual dí el nombre de *Cabo Hermoso*.

»Está en la parte occidental y es muy bello, redondo y (¿el agua?) muy profunda y libre de abismos. Al principio es bajo y peñascoso, pero más adelante forma una arenosa bahía, como lo es casi toda la playa. Aquí quedamos anclados toda esta noche del viernes hasta la mañana. Toda la costa y la parte que he visto de la isla forman, si así puede decirse, una sola bahía, y la segunda es lo más hermoso de todo cuanto he visto; si son muy bellas las otras islas, ésta lo es más todavía: tiene muchos, grandes y frondosos árboles, el terreno es más grande que en las otras por mí descubiertas, por más que no pueda llamarse montañoso. Ligeros promontorios deleitan la vista con el encantador contraste que forman con las hermosas llanuras; parece ser que hay mucha agua en el interior de la isla. Al Nordeste del cabo hay una gran embocadura ó salida, en la cual se encuentran muchos espesos y dilatados bosques. Quise echar allí anclas para ir á tierra y visitar un paraje tan hermoso, pero era el agua muy somera ó poco profunda, y sólo pude echarlas á gran distancia de la orilla. También era muy favorable el viento para llegar á este promontorio en el cual estoy, y al que he dado el nombre de *Cabo Hermoso* porque lo es mucho en realidad. No anclé en este cabo por verle tan verde y hermoso, como todo lo demás de estas islas; así es que no sé dónde dirigirme primeramente. Mis ojos no se cansan de contemplar esta esplendente vegetación tan distinta de la nuestra. Yo creo que cría muchas hierbas, plantas y árboles que tendrían en España gran valor como medicinales ó para hacer tinturas para teñir. Pero desgraciadamente no las conozco, lo cual me llena de pesar. Al llegar á este promontorio percibí un aroma tan agradable y suave de las flores y árboles, que no es posible hallarle más embriagador en todo el mundo. Mañana antes de marcharme voy á ir á la orilla para ver lo que se encuentra en este terreno. Población no hay en él, pues ésta se encuentra más tierra adentro, donde, según dicen los indios que tengo á bordo, vive su rey, que posee mucho oro; pienso penetrar mañana hasta hallar á los habitantes y poder ver y conversar con ese rey,

el cual según las señas que me dan los indígenas, es soberano de todas las islas vecinas. Va vestido y lleva muchos adornos sobre su persona. Doy poco crédito á estas afirmaciones, no sólo porque no las comprendo bastante, sino porque veo que esta gente es muy pobre en oro y que una pequeña cantidad de este metal que lleve el rey les parecerá una gran cosa. Opino que *Cabo Hermoso* es una isla separada de Saometo, y parece ser que hay otra pequeñita por medio, mas no me preocupo de ello, pues si me pusiera á reconocerlo minuciosamente no concluiría en cincuenta años. Mi deseo es, por el contrario, descubrir todas las tierras que pueda, para, si Dios quiere, volver en abril junto á vuestras altezas. La verdad es que sólo pienso detenerme donde halle oro ó especias en gran abundancia, y trataré de llevar toda la mayor cantidad que pueda de ambas cosas. Este es el motivo por que viajo sin descanso.

»*Sábado* 20 *de octubre.*—Poco antes de salir el sol levé el ancla del sitio en el cual había dado fondo con mi barco, en el extremo Sudoeste de esta isla de Saometo. Dí á este promontorio el nombre de *Cabo de la Laguna* y á la isla el de la Isabela. Navegué de Sudeste á Sur contra Nordeste y Este, donde, según relaciones de los indios que llevo conmigo, se encuentra el rey y su gente. Mas hallé tan poco fondo que no pude penetrar ni seguir adelante, viendo también que si quería emprender una ruta Sudoeste tenía que dar un gran rodeo. Decidíme por lo tanto á regresar en la dirección que había venido de Nornordeste hacia el Oeste y rodear la isla para..... (*Esto se halla en blanco en el manuscrito del P. Las Casas.)*

»El viento era tan débil que sólo hubiera conseguido llegar á tierra navegando toda la noche; y como es muy peligroso anclar en estas islas no siendo de día, cuando se puede ver con los ojos dónde ha sido echada el ancla (1), pues por todas partes hay sitios distintos que unos son buenos y otros no, quedéme toda la noche lejos de tierra para esperar el domingo. Las otras carabelas anclaron, porque habían llegado más temprano á tierra. Creían que yo, siguiendo sus acostumbradas señales, lo haría también, pero no quise.

---

(1) Colón describe aquí exactamente el sitio de anclaje sumamente variado que se encuentra en las cercanías de las islas de Bahama. El fondo del mar, cubierto de bancos de coral, está lleno de agujeros y cavidades en las cuales quedan encajadas las anclas con la mayor facilidad. Cuando el autor de esta obra visitó las islas de Bahama y á bordo del *Richmond* llegó el 25 de octubre del año 1890 delante de Castle Island, en la punta Sudoeste de Aklin, perdió el barco en una misma mañana dos grandes anclas, que al ser echadas se habían introducido en estos agujeros y fué imposible poder extraerlas.

»*Domingo* 21 *de octubre.*—A las diez de la mañana alcancé de nuevo el extremo de la isla roqueña, largando anclas lo mismo que las otras carabelas. Después de comer dirigíme á tierra, en la cual sólo hallé una vivienda deshabitada. Sin duda habían huído sus moradores por temor, pues encontramos todos sus enseres domésticos. No permití á mi gente tocar ninguno de estos, sino que me puse á recorrer el país acompañado de los capitanes y la tripulación. Si las otras islas nos habían parecido hermosas, verdes y fértiles, ésta sobrepujaba á todas por sus majestuosas y exuberantes selvas. También se hallan aquí algunas grandes lagunas, y alrededor de ellas es donde son más frondosos los árboles, sumamente verdes lo mismo que en toda la isla, y la hierba es igual á la de Andalucía por el mes de abril. El canto de sus pájaros deleita de tal modo el oído que no quisiera uno tener que marcharse nunca de aquí. El vuelo de los papagayos oscurece el sol; las aves son tan numerosas y distintas de las nuestras que es una maravilla contemplarlas; hay además árboles de mil especies variadas que dan toda clase de frutos y embalsaman el aire con sus perfumes; así es que estoy lleno de pena por no conocerlos más ampliamente. Estoy seguro de que todos ellos son de gran valor. Tengo muestras de todos ellos, y lo mismo de las hierbas y plantas. Cuando andábamos alrededor de las lagunas vi una serpiente á la cual dimos muerte. Llevo conmigo la piel para vuestras altezas. Cuando advirtió nuestra presencia refugióse en el lago; mas como éste era poco profundo la perseguimos y la matamos con nuestras lanzas. Su largo es de cinco palmos, y creo que hay muchas de ellas en las lagunas. También he hallado el árbol del áloe; y como me han asegurado que es de gran valor, mandaré llevar mañana á bordo diez quintales del mismo. Mientras buscábamos agua potable llegamos á un pueblo situado á media legua del sitio donde he anclado. Los habitantes al vernos huyeron, abandonando sus casas y ocultándose en los bosques con todo lo que tenían. No permití á mi gente coger nada ni por valor de un alfiler. Más tarde se acercaron algunos indígenas, y uno se aproximó á nosotros. Le dí algunos cascabelillos y cuentas de cristal, de lo que se alegró mucho. Para hacer más extenso nuestro conocimiento y pedirles algo, les pregunté dónde había agua, la cual nos trajeron hasta la orilla en botellas de calabaza, después de estar yo á bordo de mi barco. Estaban muy contentos de haber podido proporcionárnosla. Les dí una segunda sarta de cuentas y prometieron volver al día siguiente, ya que deseaba llenar todos los toneles del barco. Si el tiempo lo permite marcharé en seguida para tener una entrevista con ese rey y ver si puedo conseguir de él el oro, que, según dicen, lleva sobre su persona. Más tarde pienso ir á otra isla muy grande, la cual creo debe ser *Cipango* por las señas que me han dado los indios del barco.

»Llaman á esa isla *Colba* y dicen que allí se encuentran grandes barcos y muchos comerciantes. Que no lejos de ésta se encuentra otra llamada *Bosio*, la cual, según la descripción que hacen de ella, debe ser también muy grande. Al buscar ésta tocaré también en las que se hallan intermedias, y mi proceder se ajustará según halle ó no cantidades de oro ó especias. He decidido además ir al continente y buscar la ciudad de *Guisay* para entregar al Gran Jan las cartas de vuestras altezas y llevarles la respuesta á las mismas.

»*Lunes* 22 *de octubre.*—Toda la noche y el día lo he pasado esperando que el rey ú otras personas apareciesen trayendo oro ú otras cosas de valor. Muchos de los indígenas vinieron, desnudos como los de las otras islas; unos llevaban pinturas blancas, otros negras ó encarnadas. Traían lanzas y ovillos para cambiar, los cuales dieron á las gentes del barco por pedazos de cristal y cascos de otros cacharros. Algunos de estos salvajes llevaban pedazos de oro en la nariz, que cambiaron muy contentos por pequeños cascabeles como los que llevan en las patas los halcones de caza de nuestra tierra. Mas es tan poco que apenas debe mencionarse; verdad es que cualquier objeto que les damos, por insignificante que sea, lo consideran más bien como señal de nuestra venida, pues creen que descendemos del cielo.

»Tomamos agua de una laguna que se halla cerca del Cabo del Isleo, llamado por mí de esta manera. En ésta mató Martín Alonso Pinzón, capitán de *La Pinta*, otra culebra igual á la de ayer, pero ésta tenía siete palmos de larga. También ordené que llevasen á bordo toda la madera de áloe que encontraran.

»*Martes* 23 *de octubre.*—Mi deseo es ir hoy á la isla de Cuba, que, según la describen, debe ser idéntica en riqueza y dimensiones á la de Cipango. No quiero quedarme aquí más tiempo ó..... (este lugar está en blanco en la copia original de Las Casas), para dar la vuelta alrededor de esta isla y llegar á los lugares habitados como había decidido, y ver al rey ó soberano. No quiero detenerme por más tiempo ya que veo que no existe aquí ninguna mina de oro. El circunnavegar estas islas requiere vientos diferentes, y estos no siempre soplan en la dirección que se desea. Lo más importante, por lo tanto, es ir donde hay gran comercio; así es que me digo á mí mismo que no está bien que me detenga. Proseguiré, por el contrario, mi viaje hasta hallar un país bien productivo. Es cierto que estoy convencido de que éste es muy rico en especias; pero con harto dolor mío tengo que confesar que no las conozco. Veo también mil distintas clases de árboles, cada uno de los cuales tiene frutos determina-

dos, y que están tan verdes y llenos de follaje como los de España en los meses de mayo y junio. Existen además mil variedades de plantas y árboles desconocidos hasta la fecha, excepción hecha del áloe, del cual llevaré gran cantidad á vuestras altezas.

»No he ido aún á Cuba á la vela porque no corría viento; reina por el contrario gran bonanza y llueve mucho. Lo mismo sucedió ayer, pero no hace frío; por el día hace más bien calor y las noches son tan templadas como las de mayo en Andalucía.

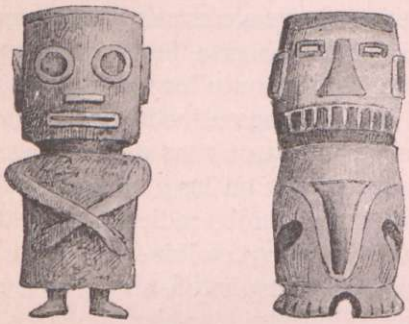
»*Miércoles* 24 *de octubre.*—Hacia media noche levé anclas de este Cabo del Isleo, de la isla Isabela, que está situado en el extremo Norte de la misma, y en la cual había anclado para ir á la de Cuba. Según los relatos de esta gente, debe de ser esta última isla muy grande, mantener importante comercio y poseer oro y especias, además grandes barcos y muchos comerciantes. Dijéronme que alcanzaría esta isla navegando en dirección Estesudoeste, y así pienso hacerlo. Por lo que he podido comprender de las señas que me han hecho tanto los indios que tengo á bordo como los indígenas de esta isla (pues no entiendo su idioma) es Cuba semejante á Cipango, de la cual se cuentan tantas cosas curiosas. La he visto además consignada en estas regiones en los globos terráqueos y cartas geográficas, y por lo tanto seguí el rumbo indicado al rayar el día. Por la mañana calmóse por completo el viento, volviendo á llover toda la noche.

»Duró la calma hasta el mediodía, en que se levantó una hermosa brisa. Habíamos desplegado todas las velas del barco (aquí siguen los nombres de cada una de ellas) prosiguiendo nuestro curso hasta la entrada de la noche, y al poco rato vimos el cabo Verde de la isla Fernandina, que está situado en la parte Sudoeste de la misma, á siete leguas de distancia de nosotros en dirección Noroeste.

»El viento empezó á soplar con fuerza, y como yo no sabía lo lejos que estaríamos aún de la isla de Cuba, á la cual no quería llegar de noche (alrededor de esta isla es tan profundo el mar que sólo se encuentra fondo en ella á una distancia de dos tiros de cañón; pero aun allí el suelo es muy desigual y está constituído á trechos de peñascos y á trechos de arena, de modo que es imposible anclar con seguridad no siendo de día), por lo tanto mandé recoger todas las velas menos la delantera, con la cual me proponía seguir navegando. Pero de repente aumentó el viento de una manera considerable y dejamos atrás una buena distancia, cuya dirección no puedo precisar porque empezó á nublarse mucho y á llover. Por lo tanto mandé también recoger esta última vela, y sólo recorrimos dos leguas durante esta noche.»

Aquí termina Las Casas el extracto, exactamente reproducido, del

diario de Colón, para proseguir la narración de su viaje en forma de resumen muy conciso, del cual apenas deducimos que la escuadra tenía delante de sí el jueves 25 de octubre siete ú ocho islas que se extendían de Norte á Sur. Al Mediodía de éstas anclaron los barcos en un banco de arena. El 27 del mismo mes salieron de aquellas islas, á las cuales dió Colón el nombre de *islas de Arena*, prosiguiendo su viaje hasta Cuba, donde desembarcaron el 28, es decir, al día siguiente.



Idolos de piedra de las islas Bahamas, copiados por R. Cronau
de los originales que se conservan en la Biblioteca de Nassau (Nueva Providencia)

¿DÓNDE ESTÁ SITUADA GUANAHANI?

No obstante de que aquellos lugares donde la humanidad del Viejo Mundo se encontró por primera vez con la del Nuevo deben de hallarse circundados de un resplandor histórico, tenemos que confesar, casi avergonzados, que no puede indicarse con seguridad la situación que ocupó aquella isla. Solamente algunas conjeturas más ó menos verosímiles caen sobre la balanza é inclinan el platillo de la decisión.

Con estas gráficas palabras indica Sophus Ruge (1) el actual estado de la pregunta sobre la situación de Guanahani, en cuya averiguación se han ocupado infructuosamente gran número de eminentes sabios durante dos generaciones.

Se está conforme en que Colón desembarcó con su escuadra en una de aquellas islas de coral que se extienden desde la costa Sudeste de la Florida hasta Haití, y que son conocidas con el nombre de Lucayas ó grupo de las Bahamas. Después de su descubrimiento por Colón, fueron estas islas muy poco visitadas, y después que los indígenas fueron totalmente robados de ellas, quedaron tan descuidadas que apenas eran conocidas, tanto que en el siglo XVII casi se consideraron nuevamente descubiertas por los ingleses.

Si en aquellos días estaban ya completamente olvidados los sonoros nombres con que habían sido designadas por los indígenas, también estaban casi borrados, ó por lo menos muy adulterados, los que les habían dado los conquistadores españoles, poniéndoles en su lugar aquellos prestados por los colonizadores ingleses, y con los cuales están consignadas en los mapas cada una de las islas del grupo de las Bahamas.

Entre las islas cuya situación no puede precisarse ya, figura en primer lugar Guanahani, el San Salvador de Colón, punto donde el gran Descubridor pisó por primera vez el suelo del Nuevo Mundo. No han faltado tentativas para hallar este importante é histórico lugar; pero no puede asegurarse que hayan dado resultado completamente satisfactorio. La solución de la pregunta de á cuál de las islas corresponde el nombre de

(1) *Historia de la época de los descubrimientos*, pág. 248.

Guanahani ó San Salvador, no sólo la dificulta la circunstancia de que el grupo de las Bahamas contiene veintinueve islas entre grandes y pequeñas, seiscientos sesenta y un arrecifes, y dos mil trescientas ochenta y siete rocas de mar, sino también la de que en los extractos dejados por Las Casas, el biógrafo de Colón, sacados del diario de éste, no se encuentran datos de latitudes astronómicas, cosa que facilitaría la solución de tan importante problema para la historia de la Geografía.

Era, pues, inevitable que las opiniones de los exploradores difiriesen al pretender asegurar la verdadera situación geográfica de Guanahani, y por consiguiente ha quedado sin resolver hasta el día.

Alejandro de Humboldt, Wáshington Irving y algunos otros, consideraban el actual Cat Island como la antigua Guanahani; Navarrete se decidió á considerar la isla del Grand Turk como el primer punto donde pisó Colón el suelo del Nuevo Mundo; Varnhagen optó por Mariguana ó Mayaguana; Fox, por Samana ó Atwood; y Muñoz, Becher y Major, por Watling.

No pensamos detenernos á examinar estas diversas opiniones, y cedemos al lector el derecho de formar juicio propio acerca de ellas consultando las obras abajo citadas (1).

Nosotros, después de haberlas examinado una por una, hemos decidido dejarlas á un lado é intentar de nuevo descifrar la cuestión de la isla de Guanahani.

El camino más corto para encontrarla, que era preguntar á los indígenas sobre este problemático paraje, está desgraciadamente cortado. Ya en el año 1504 empezaron los españoles á practicar verdaderas cazas humanas en aquellas islas, con tal éxito que veinte años después sólo existían algunos representantes de los pueblos lucayos. Con el pretexto de que de este modo podía convertírseles con más facilidad al Cristianismo, cogían á los pobres indígenas en número considerable para reducirlos á esclavitud y utilizarlos en la explotación de las minas y pesca de perlas. Según datos, en el corto espacio antes dicho arrebataron 40,000 hombres de las islas Bahamas, y hacia el año de 1525 estaban tan despobladas aquéllas, que un hombre caritativo llamado Pedro de Isla, que, presa de indignación, quiso librar á los restantes indígenas de la rapiña de sus

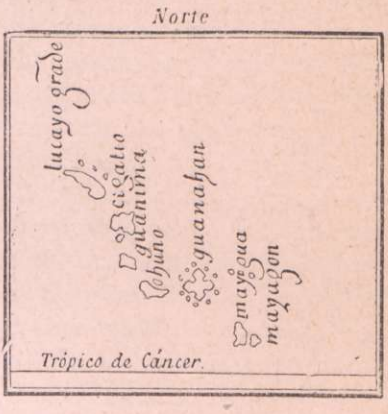
---

(1) Alejandro de Humboldt, en su obra *Crítica de las investigaciones*, tomo II, página 130; Wáshington Irving, en su *The Life and Voyages of Columbus;* Navarrete, *Relatión des Voyages de Cristoph Columbus*, tomo I, pág. 107; Varnhagen, *La verdadera Guanahani de Colón;* Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, pág. 139; Becher, *The Landfall of Columbus;* Fox, *An attempt to solve the problem of the first Landing place of Columbus in the new world.*

compatriotas llevándolos á La Española, sólo pudo encontrar, después de grandes esfuerzos, *once* indios entre todas las islas. Mucho antes de la mitad del siglo XVI había dejado de existir hasta el último individuo de esta raza, ó, mejor dicho, habia sido destruída por los españoles, y con ella la posibilidad de saber por boca ó indicación de alguno de sus individuos la situación de la verdadera Guanahani.

Tampoco podemos fiarnos de las cartas que poseemos, hechas en los glos XVI y XVII, en las que están indicadas estas partes de América, pues no son bastante exactas para poder servirnos de guía.

Sólo en un punto concuerdan las más importantes (1), y es *en que el nombre de Guanahani ha sido dado siempre á una isla de regulares dimensiones, y que es una de las situadas más al Oriente en el grupo central de las Bahamas. Otra segunda de éstas, cerca de Guanahani, está designada con el nombre de Triango ó Triángulo.*



La isla de Guanahani,
según el mapa de Diego Ribero, de 1529

Los más importantes y principales puntos de partida son los que nos quedan aún de los consignados por Colón en su diario. Y si bien es cierto que hay que lamentar que Las Casas sólo nos haya legado el diario extractado, y que estos extractos hayan sido deposeídos de su parte principal, como es la topografía astronómica, esto no obstante contienen aún una serie de datos, que son de gran importancia para la solución del problema sobre la verdadera situación de Guanahani.

Del diario de Colón se deduce: primero, que desde el 7 hasta el 11 de octubre del año 1492 navegó en dirección Oestesudoeste. Sin género de duda se hallaba el gran Navegante hacia el 7 de octubre en las aguas de la parte Sur de las islas Bermudas, y el vuelo de las aves en dirección Sudoeste fué el que le decidió á desviarse de la ruta fielmente seguida hasta entonces con rumbo á Occidente, pues sabía que los antiguos descubridores, y también los portugueses, debían gran parte de sus descubrimientos á la observación del vuelo de los pájaros.

(1) Son éstas las cartas de Juan de la Casa, del año 1500; las de Alonso de Santa Cruz, del primer tercio del siglo XVI; las de Herrera, del año 1601, y las de Blaeuw, de 1635.

Al anochecer del 11 de octubre ordenó Colón volver á timonear en sentido occidental. Por desgracia no está consignado en el diario en qué dirección vió á las diez de la noche la luz delatadora de la proximidad de tierra, así como tampoco en la que vieron ésta á las dos de la mañana. Sólo dice que llegaron á una pequeña isla de las Lucayas, llamada Guanahani en la lengua de los indígenas.

Sabido es que Colón desembarcó en Guanahani el 12 de octubre, y parece ser que este día y el siguiente los empleó en reconocer las partes más cercanas de la isla.

De Guanahani da Colón la descripción siguiente: *Esta isla es bastante grande, muy plana y poblada de magníficos árboles muy verdes; posee mucha agua y un gran lago en medio; no tiene montaña alguna y es tan sumamente verde que da gusto mirarla.*

El domingo 14 del mismo mes mandó el Almirante preparar los botes y navegó á lo largo de la costa *en dirección Nornordeste, para reconocer la otra parte de la isla situada al Oriente, y conocer los lugares de ella.*

Mas se retrajo de desembarcar, *porque vi*, según dice, *largas filas de peñascos que rodean la isla. Al otro lado de esta cordillera se encuentra un puerto tan capaz y profundo, que todos los barcos de vela de la Cristiandad podrían tener cabida en él, sólo que la entrada es muy angosta. Verdad es que en el centro de la cordillera hay algunos abismos, pero el mar no se mueve allí con más fuerza que el agua en una fuente. Me puse esta mañana en movimiento para reconocer todo esto para poder informar á Vuestras Altezas de todo; también quise ver en qué sitio podría levantarse una fortaleza. Descubrí un trozo de tierra que parece casi una isla, por más que no lo es: hay seis casas en él, y podría separarse con facilidad en sólo dos días de trabajo, y convertirlo en una isla.*

Por más que con esto se halle agotada la descripción que hace Colón de la isla, queremos mencionar aún una observación escrita por Bartolomé de Las Casas acerca del primer desembarque de Colón y que dice así: «Aquella primera tierra era una de las islas conocidas por nosotros con el nombre de las Lucayas. *La citada isla tiene la forma de una judía.*»

Por estas descripciones, así como por las direcciones, consignadas por Las Casas, de la ruta emprendida por Colón en la continuación de su viaje á Guanahani, y además por la apreciación de las distancias de unas á otras islas, ha sido dada principalmente la posibilidad de encontrar la situación de Guanahani, y después de un maduro examen de todas las circunstancias relacionadas con la isla hemos adquirido pleno convencimiento *de que Guanahani es completamente idéntica á Watling Island y que Colón desembarcó en la costa occidental de esta isla.*

Como prueba de tal convencimiento mencionaremos primeramente que Watling no sólo es la única isla del grupo de las Bahamas en cuyo centro, como demuestra nuestra carta geográfica, hay un gran lago, sino que es también al lado de la isla Nueva Providencia, que para nada hace al caso, la única de la que puede decirse que tiene la *forma de una judía*. Que la isla, además del gran lago, muestra gran riqueza en estanques ó lagos más pequeños, se ve también en nuestro mapa, hecho con ayuda de las cartas marítimas de los almirantazgos inglés y americano, de los planos terrestres del *Bahama Survey Office*, y, por último, según observaciones propias llevadas á efecto en los mismos mencionados lugares.

El lago consignado en la carta, y del que hace mención el gran Navegante, no contiene agua potable, sino salada, lo mismo que las otras lagunas de la isla. En muchas de las islas Bahamas aprovechan el agua de lluvia para beber, y ésta parece haber sido también un artículo muy codiciado por los españoles, pues Colón, en el apunte correspondiente al día 14 de octubre, dice terminantemente que los indígenas les trajeron agua. Que Colón no tuvo posibilidad de surtir de agua sus toneles en Watling Island lo demuestra el hecho de que hasta que no llegó á Fernandina no pudo llenar los que llevaba vacíos.

Watling Island es también plana en su mayor parte y sin montaña alguna, pues las pobladas lomas ó cerros de apenas 100 á 140 pies de altura, que separan unas de otras las lagunas, difícilmente podrían considerarse como tales. La isla misma tiene 12 leguas inglesas de longitud por 5 ó 7 de latitud, lo cual hace, según dice con acierto Pietschmann en sus *Apéndices para el problema de Guanahani*, que sea suficientemente grande para que concuerde con las palabras de Colón, que una vez llama á Guanahani *isleta* y la otra la califica de *bien grande*. Dice además que Guanahani estaba poblada de gran número de magníficos árboles muy verdes, y este dato aún se confirma de lleno en la actualidad, pues es tan exhuberante la vegetación de la isla que por ella ha alcanzado el título de *the garden of the Bahamas*.

Para satisfacer la pregunta de en qué parte de esta isla desembarcó Colón, hemos ante todo de cerciorarnos del rumbo que la escuadra llevaba al acercarse á Guanahani. El Almirante, si bien había navegado desde el 7 al 11 de octubre en dirección Oestesudoeste, en la noche de este último día dió orden de virar directamente á Occidente. La pregunta de si en realidad fué una luz la que creyó ver Colón hacia las diez de la noche carece por completo de interés, pues no puede concedérsele importancia alguna, siendo así que faltan, no tan sólo toda clase de antecedentes acerca de la dirección en que lucía, sino que además era tan indecisa que no pudo ser reconocida por ninguna de las personas llamadas á ates-

tiguar su existencia. No está descartada la posibilidad de que dicha luz procediera de alguna canoa de los indígenas que regresaban á sus viviendas, lo cual concordaría también con la descripción que acerca de este punto hace Colón, en la que dice terminantemente que la dicha luz subía y bajaba.

Dos horas después de media noche divisaron tierra, y al momento mandó recoger todas las velas, exceptuando la llamada *de la tempestad*, y se quedaron al pairo hasta la mañana del viernes. Este último dato es de suma importancia para poder precisar el punto de la isla en que Colón desembarcó.

La anotación del día 11 de octubre expresa con toda claridad que aquel día estuvo el mar más movido que durante toda la travesía. También da á conocer el número de leguas recorridas el citado día 11 (doce leguas por hora después de la puesta del sol), y que soplaba un fuerte viento de Levante que hacía imposible el anclaje y permanencia en la parte Este de la isla, expuesta, más que las otras, al continuo vaivén de las olas, que, unido al ímpetu del viento, hubieran estrellado necesariamente á los barcos contra la multitud de peñascos que hay en aquel sitio.

Como puede deducirse del diario del Almirante, éste era un marino muy experimentado, y tenemos que admitir la idea de que, siendo así, tuvo que ponerse con su escuadra al abrigo de la isla, y por lo tanto en la parte Occidental de la misma, como hubiera hecho todo buen marino.

Como el continuado movimiento de un barco puesto al pairo desde las dos de la madrugada hasta la salida del sol siempre asciende á algunas leguas, y la costa se veía á la distancia de sólo dos, está excluída completamente la posibilidad de un desembarque en la costa Levante de la isla, rodeada de peñas.

También es por completo inverosímil el desembarque en la costa Mediodía de ésta, pues no sólo no hay lugar de anclaje en ella, sino que también escribe Colón en su diario, en el apunte del día 13 de octubre, lo siguiente: «Pude comprender, por las señas de los indígenas, que si circundaba la isla en dirección Sur, encontraría un país cuyo rey posee grandes vasijas de oro y mucha abundancia de este metal.»

Esto demuestra que no tuvo efecto el desembarque en aquel punto de la isla; pues, de ser así, no hubieran tenido necesidad de circundarla para llegar al Mediodía.

No cabe la menor duda que descubrieron tierra de Norte á Sur, y la situación que ocuparon los barcos puestos al pairo debe guardar relación con la distancia que hemos consignado en nuestra carta. En la madrugada del 12 de octubre debió de consagrarse Colón con verdadero empe-

ño á buscar un punto á propósito para anclar, como también un buen sitio de desembarque para los botes.

El único que reune condiciones para este objeto, tanto en la costa Occidental como en toda la isla, era en el Riding Rocks, en el lugar donde se halla en la actualidad la Colonia de Cockburn Town. Así como en las otras partes de la costa Occidental de la isla reconocida por el autor de esta obra no se encuentra paraje á propósito para desembarque, ábrese aquí una bahía arenosa no muy grande, en la cual anclan aún los diferentes barcos que llegan á la isla.

La bahía de Riding Rock, en la cual permaneció Colón los días 12 y 13 de octubre del año de 1492, es uno de los parajes más deliciosos de la isla, y aún hoy se deleita el forastero ante la riqueza y variedad de su lujuriosa vegetación, como se extasiaron Colón y sus acompañantes en aquellos días remotos.

Si consultamos los apuntes del día 14 del mismo mes, veremos que dice el Almirante que á la madrugada mandó aparejar los botes del barco y navegaron á lo largo de la costa en dirección *Nornordeste, para conocer también las otras partes de la isla situadas al Este, y ver los lugares de las mismas.* La dirección que hay que emprender desde Riding Rock concuerda en un todo con la descrita por Colón, y también están las orillas rodeadas de aquellos peñascos que él dice le retrajeron de desembarcar.

Después que Colón hubo llegado de ese modo hasta la costa septentrional de la isla, penetró por una abertura que se halla al Mediodía de Green Cay, en la cordillera de arrecifes, en el puerto descrito por él, que es idéntico en un todo al grandioso puerto que existe en la citada cordillera de arrecifes al Norte de Watling Island.

Al otro lado de esta cordillera se encuentra un puerto tan capaz y profundo, que todos los barcos de vela de la Cristiandad podrían tener cabida en él, sólo que la entrada es muy angosta. Verdad es que en el centro de la cordillera hay algunos abismos, pero el mar no se mueve allí con más fuerza que el agua en una fuente.

Estas son las pocas palabras con que el gran Genovés ha descrito característicamente la constitución ó calidad del puerto que nos ocupa. Cuando el autor de esta obra practicó un reconocimiento en las costas de Watling Island, el viernes 21 de noviembre de 1890, á fin de determinar el punto de desembarque de Colón, al llegar al medio día á la parte Norte de la misma subióse á un elevado peñasco de la orilla, quedando altamente sorprendido del imponente panorama que se ofreció á su vista, y reconoció de una sola ojeada que su presunción había resultado cierta, pues tanto como se dilataba el horizonte hacia el Septentrión, otro tanto se extendía también, recortándose con él en colosal semicírculo, una in-

mensa valla de arrecifes, que se destacaban vigorosamente, lamidos por la blanca espuma de las olas. Si bien fuera de este semicírculo el mar era muy agitado, dentro de él estaba, por el contrario, tan tranquilo, que no puede hallarse descripción más exacta que la que hace Colón cuando dice que no se mueve allí más el mar que el agua en una fuente. Respecto á que cabrían dentro de aquel puerto todos los barcos de vela de la Cristiandad, no nos parece exagerada esta afirmación para aquel tiempo, pues hoy día puede contener más de una armada con toda comodidad.

No omite tampoco en su descripción el Almirante, que dentro del puerto se hallan algunos bajíos y que la entrada es muy angosta. Esta última, situada en el extremo Sur de Green Cay, es en verdad muy angosta, y hoy sólo pueden penetrar por ella embarcaciones costeras que no necesitan más que dos metros y medio de fondo. En distintos puntos se ven también, confirmando las palabras del Almirante, algunas peñas, sobre cuyas obscuras puntas se estrellan las olas.

Colón prosigue su diario diciendo que quería ver si encontraba también un lugar á propósito *para levantar una fortaleza. Descubrí un trozo de tierra que parece casi una isla, por más que no lo es: hay seis casas en él, y podría separarse con facilidad en sólo dos días de trabajo, y convertirlo en una isla.*

Esta península se encuentra en la parte Este del puerto y constituye, según puede verse en nuestra carta, el extremo Nordeste de Watling Island. Inmediatas al asiento de esta lengua de tierra, que es bastante larga y mide unos 200 á 300 pies de anchura, se ven dos sitios que sólo tienen de 30 á 40 pies de latitud, y en los que podría llevarse á efecto con facilidad, con ayuda de algunos hombres activos, el plan del Almirante de aislarlo de lo demás en sólo dos días de trabajo.

Esta lengua de tierra parece hecha de intento para edificar una regular fortaleza: sus dos costados caen rectos hacia el Océano, y la superficie ofrece espacio suficiente para ello. Esta fortaleza sería muy á propósito para dominar por completo el puerto. En el extremo Norte está separada dicha lengua de tierra por un pozo formado por el mar, pozo que tiene de 60 á 70 metros de anchura por casi 17 de profundidad, en una gran roca que formaba en otro tiempo la continuación de la primera y que reunía también condiciones para edificar en ella un fuerte. Que la importancia de esta posición no sólo ha sido reconocida por el gran Navegante, sino también por las generaciones posteriores, lo demuestra un gran cañón de hierro del más grueso calibre, encontrado por el autor de esta obra entre la maleza, que lo ocultaba por completo, y cuya boca estaba dirigida precisamente hacia la abertura de la angosta entrada del puerto, al Sur de Green Cay. Según todas las apariencias, este cañón data de la mitad ó fines del siglo pasado.

Después que Colón hubo investigado concienzudamente todos estos parajes, volvió á sus barcos y se hizo á la vela. La dirección que tomó la escuadra para continuar su viaje no está consignada, pero probablemente continuó fiel á su propósito, consignado en la anotación del 13 de octubre, de navegar con rumbo Sudoeste.

Poco tardó en verse en frente de tantas islas, que no sabía en cuál desembarcar primero, y los hombres que llevaba en sus barcos, procedentes de Guanahani, diéronle á entender por señas que eran innumerables las islas existentes en aquellos mares; más de cien le citaron, dándoles nombre á todas.

Indudablemente había alcanzado aquí Colón un punto al Sudoeste de Guanahani ó Watling Island, en cuyo territorio se hallaban las dos islas Rum Cay y Concepción. Una particularidad de esta comarca consiste en que á la vista del marino se ofrecen primero las cimas de las bajas islas de coral, rodeadas de insignificantes cerrillos, y que estas cimas parecen otras tantas islitas separadas.

De igual manera, á la vista del autor de esta obra, que llegó á aquellos lugares el 19 de noviembre de 1890, ofrecióse la isla Concepción, unas veces como si en vez de una fuesen cuatro, y otras hasta cinco diferentes islas, al paso que la de Rum Cay parecía seis pequeños páramos. Por lo tanto, al consignar Colón la existencia de *muchas islas* prueba que se dejó engañar por la citada visión, tomando equivocadamente el número de islas que tenía ante sí por mayor de lo que era en realidad. Otro punto en el cual puedan verse *tantas* islas de una sola ojeada, no existe en el grupo de las Bahamas.

Colón decidió desembarcar en la más grande de todas. Desde el sitio donde se encontraba tuvo que parecerle Rum Cay la mayor, que excede mucho en circunferencia á Concepción. Del concepto de las distancias, así como de la descripción de la estructura de la costa, se deduce que el Almirante se dirigió positivamente á esta isla, que, según sus datos, distaba unas siete leguas (1) de Guanahani ó San Salvador.

Halló también que la parte de la isla que daba frente á Guanahani se extendía á cinco leguas próximamente en dirección de Norte á Sur, mientras que el otro lado, en el que se encontraba situada en dirección de Oriente á Occidente, medía diez leguas. Si bien las direcciones de estos puntos de la costa concuerdan perfectamente con las de la costa Oriental y Occiden-

(1) Las opiniones acerca de la longitud de la legua española en tiempo de Colón son muy diferentes: Scott la admite como 2,84 millas; Fox cree deberlas comparar á 6,546 yardas; Martyr dice ser igual á 4 millas italianas; el profesor Geleich, en sus *Estudios sobre Colón*, deduce la conclusión de que debe de haber sido de 2 á 3 millas. Nosotros nos inclinamos más, según estudio propio, á esta última opinión.

tal de la isla de Rum Cay, las distancias longitudinales están consignadas con demasiada exageración, lo que pudo ser motivado porque Colón, detenido por bajamar, así como por la calma que reinaba, tuvo que navegar el día 15 de octubre desde el medio día hasta el anochecer antes de llegar al extremo Occidental de la isla. En tiempo de Colón se medían á ojo, no sólo las distancias por mar, sino la velocidad de los barcos; para medir el tiempo se valían de relojes de arena. Con medios tan deficientes no hay otro remedio que caer en equivocaciones de esta especie. Colón, que seguía la costa Septentrional de Rum Cay, y que ancló en el extremo Oeste de la misma, dió á ésta el nombre de *Santa María de la Concepción* (1).

Después que hubo desembarcado en la madrugada del 16 de octubre, se hizo otra vez á la vela á las diez de la mañana misma para dirigirse á otra gran isla que había divisado el día anterior desde Santa María de la Concepción (Rum Cay) en dirección á Occidente. La descripción que hace Colón de esta isla retrata demasiado característicamente á la de Long Island para que pueda aplicarse á otra alguna del grupo de las Bahamas. No sólo son perfectamente visibles desde Rum Cay los cerrillos que rodean la isla de Long Island, y que se destacan vigorosamente en gran parte del horizonte Occidental, sino que también la apreciación de las distancias corresponde con las de esta isla.

Colón navegaba con viento Sudoeste, y según apreciación propia tenía que recorrer ocho ó nueve leguas de Oriente á Occidente antes de arribar á la gran isla. La costa de ésta, á la cual dió en honor al Rey de España el nombre de Fernandina, se extendía de Noroeste á Sudeste, y el Genovés expresa diferentes veces su opinión de que ésta era muy dilatada. Así, una vez escribe que la costa debía de tener más de 28 leguas de largo, y otra dice que había visto 20 leguas de la misma, pero sin haber podido ver el fin de ella.

Sin género de duda es Fernandina idéntica á Long Island, que se extiende exactamente en la dirección de Noroeste á Sudeste, indicada por Colón, y que mide 57 leguas inglesas de longitud. Long Island es también plana y no montañosa, lo cual concuerda con la descripción del Almirante. Es digno de mención el apunte de que en ninguna de estas islas hay rocas, pero que debajo del agua, y cerca de la tierra, se encuentran peñascos ó picos, por lo cual hay que ir con los ojos muy abiertos á

---

(1) Posible es que esta isla, que tiene forma casi triangular, haya llevado más tarde el nombre de *Triángulo;* pues puede ser también que bajo este nombre haya sido comprendida la isla Concepción, situada al Noroeste de Rum Cay, y dividida en tres partes ó cabos por dos profundas hendiduras.

fin de no acercarse mucho á la tierra, por más que el agua es tan clara que puede verse hasta el fondo, y que á dos tiros de cañón desde tierra es tanta la profundidad de todas las islas, que es imposible poder medirla; la certeza de todo esto se ve confirmada en las anotaciones de nuestra carta, sacadas de otras marítimas.

Colón decidió circundar la isla Fernandina, y con tal objeto se hizo á la vela al medio día del 17 de octubre desde el lugar de su desembarque. Quería emprender la ruta con rumbo al Sudsudeste, pues según referencias de los indígenas en aquella dirección se hallaba situada la isla de Saometo, en la cual se encontraba oro. Martín Alonso Pinzón, capitán de *La Pinta*, dijo, por el contrario, al Almirante, que los indígenas que llevaba á bordo le habían dado á entender que los barcos circundarían más pronto la isla siguiendo el rumbo Nornoroeste. Viendo el gran Navegante que el viento era más favorable para navegar en aquella dirección, decidióse á hacerlo así, descubriendo, al llegar como á dos leguas de distancia del cabo extremo de ella, un curioso puerto con una, mejor dicho, dos entradas, puesto que una islita roqueña dividía la embocadura. El interior de éste hubiera podido albergar hasta 100 barcos á tener la bahía profundidad suficiente, y á estar libre de peñascos y poseer una entrada más ancha.

Un recodo semejante á éste hay en la parte Noroeste de la isla de Long Island, á unas tres ó cuatro leguas inglesas más abajo del Cabo de Santa María. Mas por desgracia el autor de esta obra vióse, á causa del tiempo borrascoso que reinaba, imposibilitado de reconocer minuciosamente esta bahía; sin embargo, desde la cubierta del buque pudo distinguïr perfectamente la entrada del puerto, dividida en dos por una gran mole de piedra. Acerca de la anchura y profundidad de la bahía no pudo formar juicio alguno. Desde allí continuó Colón su viaje en dirección Noroeste hasta reconocer toda aquella parte de la costa situada en dirección de Sudeste á Noroeste. Al llegar á la punta extrema de la isla, hoy Cabo de Santa María, levantóse un fuerte viento Oestenoroeste que hubiera opuesto gran resistencia á los barcos que hubiesen querido continuar navegando con aquel rumbo, y por lo tanto el Almirante dió orden de virar en redondo, navegando toda la noche en dirección Sudeste, tan pronto hacia Oriente como hacia Sudeste, para mantenerse alejado de tierra, pues hacía una gran niebla y obscuridad, y de esta manera llegaron hasta el extremo Sur de la citada isla, al cual extremo bautizó Colón con el nombre de *Cabo Verde*.

Según parece, el 13 de octubre exploraron parte de la costa Sudoeste de Fernandina hasta llegar al punto en que, según dice Colón en su diario, el agua era tan somera que impidió penetrasen más los barcos; pero no desembarcaron.

El 19 dirigiéronse los tres barcos del Almirante, por orden de éste, en distintas direcciones, al objeto de descubrir la tan renombrada isla de Saometo. Mientras que *La Pinta* marchó con rumbo al Este y Sudeste, y *La Niña* á Sudsudeste, Colón en la *Santa María* dirigióse por el centro hacia Sudeste. Los dos primeros barcos tenían orden de continuar aquella ruta hasta el medio día, y después reunirse con la *Santa María*. Pero antes de las tres horas de navegación vieron una isla hacia Oriente, y antes del medio día llegaron las tres carabelas al extremo Norte de ella, en el cual se hallaba situada otra, pequeñita y pedregosa, á la vez rodeada de un arrecife por el lado Norte. Esta islita estaba situada, según palabras textuales de Colón, en dirección á la isla de Fernandina. Los indígenas de á bordo llamaban á la isla principal Saometo, pero el Almirante la bautizó con el de Isabela en honor de la Reina de España.

La pequeña islita roqueña, á la cual dió Colón el nombre de Cabo del Isleo, se reconoce fácilmente en el actual Bird Rock (1), situado al Norte de Crooked Island, y en el cual se elevaba un faro en la actualidad. La islita mide 600 ó 700 pies de longitud por 300 de latitud, y concordando con la descripción del Almirante, está circundada por el Norte por un arrecife que se extiende desde allí por toda la costa Norte de Crooked Island, y que por la espuma que hacen las olas que sobre él se estrellan se ve á larga distancia. También se encuentran peñascos submarinos entre Bird Rock y la isla principal.

Determinada la situación del *Cabo del Isleo*, que es idéntico á Bird Rock, y por lo tanto no puede confundirse con ningún otro, tropezamos al parecer con una dificultad. En la copia del diario original de Colón hecha por Las Casas se dice que la costa de Saometo se extiende desde la islita roqueña doce leguas más hacia Occidente, terminando en un promontorio que por lo bello fué bautizado por Colón con el nombre de *Cabo Hermoso*.

Pero una ojeada sobre la carta nos demuestra que las costas de Saometo ó Crooked Island no se extienden desde Bird Rock en dirección de Oriente á Occidente, sino de Noroeste á Sudeste y de Noroeste á Estesudeste. Nos encontraríamos por lo tanto en contradicción con lo que dice Las Ca-

---

(1) El *West India Pilot* describe el Bird Rock del modo siguiente: *Bird rock: A dangerous reef extends off N. W., 2 miles from the northwest point of Crooked island, it then bends round gradually to the east and E. S. E., and skirts the northern shore at a distance of about a mile. A small cay, called Bird rock, about 10 feet high lies N. N. W. about a mile from the north west point of Crooked Island, and close to the southward of it there is a narrow intricate opening in the reef, leading into a small well sheltered basin within, named Portland harbour, in which there are 3 $^1/_2$ and 4 fathoms water.* (*The West India Pilot. Fourth Edition*, 1887. Vol. II, página 492.)

Cabo de Santa María
al extremo Norte de Fernandina (Long Island), dibujado del natural por R. Cronau

sas si no nos viéramos obligados, por una observación del diario, á reconocer un error en la citada copia hecha por Las Casas.

En la anotación del 19 de octubre se expresan categóricamente las tres diferentes direcciones que tomaron las carabelas al salir del Cabo Verde de la isla Fernandina en busca de Saometo. Estas direcciones eran: la una Sudeste, la otra Sudsudeste, y la tercera Estesudeste. Los tres barcos llegaron al medio día á la islita roqueña situada al Norte de Saometo ó Crooke Island, y por lo tanto es imposible que la costa de ésta esté situada en este punto de Este á Oeste. Es más que probable que las palabras originales de Colón deban de comprenderse de modo que la *parte occidental de Saometo* se extiende desde la antes citada islita doce leguas más hacia el Sur. Admitiendo esto, nos encontramos otra vez acordes con el diario, y podemos considerar como el Cabo Hermoso al extremo Sudoeste de Fortune Island, que responde en un todo á la descripción del Almirante. Colón lo describe redondo, libre de bajíos, al principio peñascoso y bajo, pero más al interior de arenosas orillas. Todas estas particularidades concuerdan completamente con el extremo Sudoeste de Fortune Island, que se presenta como un promontorio redondeado de diez metros de altura, peñascoso, y que en el interior presenta arenosas orillas. La profundidad del agua permite, aún á grandes barcos, pasar rozando el promontorio ó andar en el mismo.

También la descripción de toda la costa de Crooke y Fortune Island, cuyas dos islas fueron tomadas por una sola por Colón, guarda armonía completa con la realidad, pues ambas islas forman una sola é inmensa bahía, y ligeros montecillos deleitan la vista por su contraste con las llanuras. Ya el 19 de octubre creyó Colón que Cabo Hermoso, la actual Fortune Island, era otra isla separada de Saometo ó Crooke Island, y que entre ambas debía hallarse otra más pequeña, lo cual es cierto. Y si la noche del 19 ancló en Cabo Hermoso, la siguiente la pasó en el extremo Sudoeste

de Crooke Island, al cual dió el nombre de Cabo de la Laguna. Inútilmente trató de penetrar en la madrugada del 20 hacia Noroeste, Este, Sudoeste y Mediodía para encontrar al rey tan buscado. Por todas partes oponía la escasa profundidad del mar, que aquí representa tan sólo medio hilo de agua, resistencia grandísima á sus investigaciones, por lo cual se decidió á volver al Cabo del Isleo, situado en el extremo Norte de Saometo, donde llegó á las diez de la mañana del domingo 21 de octubre.

En este punto hicieron aguada el 22, y el 24 hacia media noche levaron anclas para ir en busca de la Isla de Cuba. Según referencias de los indígenas que se hallaban á bordo, estaba ésta situada en dirección Oestesudoeste de Saometo, y era extraordinariamente rica en oro y especias. Primero navegó la escuadra hasta el amanecer con rumbo Oestenoroeste, y al anochecer fué detenida por la calma del viento en un punto desde el cual se veía el extremo Sudoeste de la isla Fernandina, ó sea Cabo Verde, á siete leguas hacia Noroeste.

El 25 de octubre navegaron cinco leguas en dirección Oestesudoeste, y después cuarenta y cuatro en sentido ocidental, llegando á las tres de la tarde á siete ú ocho islitas, que se extendían de Norte á Sur. Estas corresponden al grupo de los páramos conocidos con el nombre de los Corales, que se elevan en la frontera oriental del llamado Gran Banco de Bahama. Colón les dió el nombre de Islas de Arena. Después que hubo anclado en un banco de arena al Sur de las mismas, prosiguió el 27 de octubre su travesía con rumbo á Sudsudoeste. Los indígenas que llevaba consigo habíanle dicho que desde aquel punto á la Isla de Cuba había día y medio de navegación en sus canoas, pero las carabelas de los españoles recorrieron con mucha mayor rapidez aquella distancia, pues antes del anochecer divisaron tierra, y á la mañana siguiente entraron en la embocadura de un río que pertenecía á la maravillosa y hermosísima Isla de Cuba.

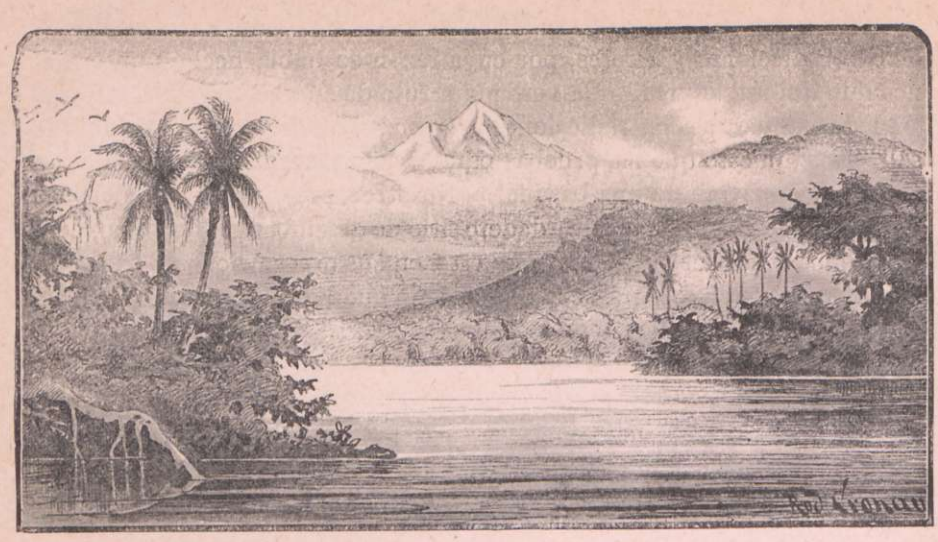
Hemos concluído nuestras investigaciones acerca de la situación de Guanahani, y si las emprendimos fué para añadir otra versión más á las ya numerosas de distinguidos exploradores sobre el verdadero sitio del primer desembarque de Colón en el Nuevo Mundo, y en el convencimiento de que esta prueba sería la última, pues la completa concordancia que guarda lo por nosotros visto y deducido con los paisajes, descripción de terrenos, distancias y direcciones del diario de Colón, corroboran la certidumbre de nuestra opinión desde el principio hasta el fin.

Y esta concordancia, tan completa en todas sus partes, de la ruta del Almirante con la determinada por nosotros, echa por tierra todos los reproches que así por autorizadas como por desautorizadas personas han sido hechas al mismo. Este diario, y sobre todo la parte que trata del viaje del Almirante desde Guanahani á Cuba, ha sido considerado como semillero

de contradicciones y errores, por cuya razón se había hecho punto menos que imposible precisar la verdadera ruta de su viaje.

Estas supuestas contradicciones y errores tenían necesariamente que salir á luz, puesto que las pruebas para hallar la verdadera situación de Guanahani partían de una base falsa. Nosotros, por el contrario, después de haber podido precisar el verdadero sitio de desembarque de Colón, consideramos un deber el declarar que éste, en sus descripciones y datos, no sólo ha procedido con gran corrección, sino que hasta el más pequeño detalle lo ha precisado con toda fidelidad.

Pez Vaca (dibujado del natural por R. Cronau)



Embocadura de río en la costa Norte de Cuba (dibujado del natural por R. Cronau).

PROSIGUE COLÓN SU VIAJE HACIA CUBA Y LA ESPAÑOLA

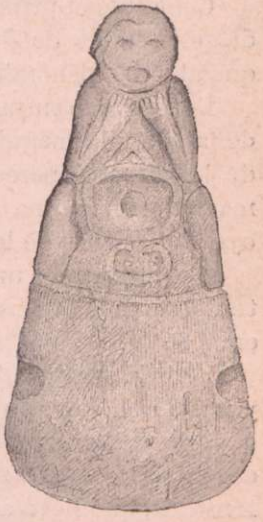
Tan exacto como ha sido Colón al describir sus travesías, del mismo modo se ha esmerado en serlo al tratar de los países por él descubiertos y de sus habitantes. Por este motivo sobresale Colón entre la multitud de descubridores de su tiempo, para los cuales no ofrecía el menor interés ni la hermosura de los paisajes, ni los hábitos y costumbres de pueblos desconocidos, sino que sólo les preocupaba la idea de poder traer grandes cantidades de oro, plata, perlas y especias. Si no poseyésemos las descripciones del Almirante, apenas tendríamos noticias de los primitivos habitantes de las islas Lucayas ó Bahamas, pues los productos que han llegado á nosotros de aquellos indígenas son tan sumamente escasos que ni remotamente bastan á darnos idea de sus constructores. Las antigüedades indias del tiempo primitivo de las Bahamas corresponden en realidad á las mayores curiosidades de nuestros Museos Etnográficos.

Las mismas Islas, según vemos, entusiasmaban al Almirante por la magnificencia de sus panoramas, tanto que repite diferentes veces que aquello era lo más hermoso que había visto en su vida. Con entusiastas palabras describe la asombrosa fertilidad de su suelo, el magnífico verdor de sus árboles y la rica variedad de sus flores y frutos, *de cuyo aroma está tan impregnado el aire que mi corazón se llena de asombro y admiración.*

. *Las bandadas de papagayos obscurecen el sol y el canto de los pájaros deleita el oído, así como la magnificencia de su plumaje los ojos. En ninguna parte de Europa puede verse cosa parecida.*

Sólo una cosa no encontraron en cantidad suficiente: *¡Oro!*

Colón halló este metal sólo en pequeñas cantidades, empleado en adornos de los indígenas de las Bahamas; y como sabía muy bien que en España no medirían el valor de sus descubrimientos sino por la suma de riquezas que trajese consigo, y que en la corte española esperaban ver convertidos en realidad los soñados montes de oro, corría ansioso de una isla á otra en busca del codiciado metal. El oro era precisamente la maldición que no le permitía sentir placer por sus descubrimientos y que le impulsaba á correr de un punto á otro. *Sólo cuando llegue á un sitio donde halle mucho oro y especias me detendré para poder llevar gran cantidad. Este es el único motivo que me obliga á viajar sin descanso,* dice en su anotación del día 19 de octubre. A menudo se ha reprochado á Colón haber descuidado más altos fines por este afán de buscar oro, pues su objeto era única y exclusivamente reunir mucho de este metal. Pero á nuestro modo de ver, Colón, que estaba bien poseído de los altos honores que le habían otorgado, nos hace el efecto de un deudor impulsado por el sentimiento opresor de corresponder á lo extraordinario de sus peticiones con hechos tan grandes como éstas.



Idolo de piedra, de Puerto Rico. (Dibujado por Rodolfo Cronau según el original existente en el Museo Nacional de Wáshington.)

Al preguntarles por oro habían contestado los habitantes de Guanahani y de las otras islas pronunciando el nombre de Saometo y señalando hacia el Sur; pero tampoco allí pudieron saciar su sed los españoles, y entonces les dijeron que tenían que dirigirse á una isla muy grande situada al Sudoeste y llamada *Colba* ó *Cuba,* donde hallarían oro en abundancia. Por lo tanto, se dirigió la escuadra hacia aquel país encantado, llegando á él, según hemos dicho en el capítulo anterior, el 28 de octubre.

Las opiniones acerca del paraje en que desembarcó Colón por primera vez están muy divididas. Irving dice que fué en un punto situado al Oeste de Nuevitas del Príncipe; Navarrete y Becher se han decidido por Puerto Nipe; Varnhagen por el puerto de Gibara, y Fox por Puerto Padre. Según el rumbo seguido por Colón desde las islas de Arena, el cual

rumbo fué siempre en dirección Sudsudoeste, nos inclinamos á esta ultima opinión.

La escuadra entró en la embocadura de un río cuyas cristalinas aguas estaban sombreadas por magníficos árboles. Como dicha embocadura era bastante ancha para poder bordear con los barcos, anclaron allí.

Colón fué el primero que pisó el suelo de la maravillosa isla, á la cual dió el nombre de Juana en honor del príncipe español Juan, mientras que al río lo denominó de San Salvador.

De nuevo se entusiasmó Colón extraordinariamente ante la hermosura de la isla y la magnificencia de su vegetación. El perfume de las flores y de los árboles parecíale de lo más exquisito, y el aire suave y embalsamado sostenía una temperatura primaveral. Toda la noche estuvieron oyendo el canto de los pájaros y de los grillos.

Cuba parecióle un edén, «el país más hermoso que puedan haber contemplado nunca los ojos de un mortal. Eternamente se desearía vivir en él.»

Y verdaderamente que esta isla, perfectamente iluminada por los rayos del sol, con su magnífica costa lamida por las olas del mar, sus bosques de elevadas palmeras, sus argentados ríos, sus fértiles llanuras y encantadoras montañas, merece con razón el calificativo de *La Perla de las Antillas*, que lleva aún al presente.

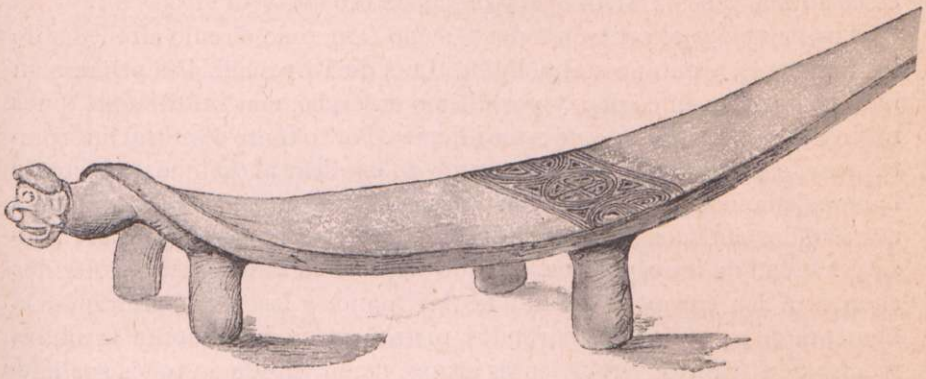
A la llegada de los españoles huyeron los indígenas refugiándose en los espesos bosques; pero Colón, con ayuda del intérprete que llevaba de Guanahani, consiguió establecer relaciones amistosas. Estos indígenas vivían en casas mucho mejor edificadas, en las cuales hallaron también hamacas hechas con fibras de palmera y algodón. Tanto los anzuelos como los demás utensilios de pesca estaban esmeradamente trabajados, y veíanse también muchas figuras de piedra con rostro de mujer, así como gran número de máscaras de madera, cuyo uso no fué posible averiguar. Sin genero de duda estas figuras y máscaras, encontradas también más tarde en Puerto Rico, eran objeto de un tosco culto religioso.

Por los indios de Guanahani que se hallaban á bordo supo Colón que Cuba poseía minas de oro y bancos de perlas, que esta isla estaba atravesada por diez grandes ríos, y que ocupaba una circunferencia tan grande que se necesitaban más de veinte días para rodearla. A pesar de este testimonio, dado con gran firmeza, Colón, después de haber celebrado una conferencia con el capitán de *La Pinta*, opinó que Cuba no debía de ser isla, sino un continente que se extendía hacia el Norte. Estaba por completo convencido de haber dejado atrás la buscada isla de Cipangu y llegado al reino del Gran Jan, en el continente asiático. Este error no es sorprendente, si se tiene en cuenta, no sólo que en aquel tiempo se apre-

ciaba la circunferencia de la Tierra menor de lo que era en realidad, sino que Colón había salvado ya la distancia que, según Toscanelli, mediaba entre Europa y la India.

Por los relatos de los indígenas creyó comprender el almirante, que con pocos días de viaje al interior del país se llegaba á la residencia del Gran Jan, y por lo tanto decidió enviar á este poderoso soberano los regalos que le habían dado los reyes de España para él, reservándose las cartas que á dichos regalos acompañaban, para entregárselas él mismo más tarde personalmente.

Fortalecido en sus creencias por algunas deducciones erróneas, envió el día 2 de noviembre á dos de sus hombres, uno de ellos Rodrigo de Je-



Silla de madera en forma de cuadrúpedo (Islas de Turk)
Dibujada por R. Cronau, de los originales que se conservan en el Museo Nacional de Wáshington

rez, y el otro un judío muy versado en idiomas llamado Luís de Torres, con dos guías indios, á visitar al Gran Jan; estos embajadores, no sólo tenían el encargo de comunicar al dicho soberano que el Almirante había ido allí para llevarle cartas de los reyes de España y hacer un tratado de paz, sino también el de observar el país y sus productos.

A fin de que los enviados pudieran proveerse de víveres en caso de necesidad, dióles Colón algunos paquetes de cuentas de vidrio.

Esperando el resultado de esta embajada prosiguió el genovés el reconocimiento de los más cercanos alrededores, averiguando por algunos ancianos indígenas que hacia el Sudeste había un país en el cual hombres y mujeres llevaban pesados adornos de oro rodeados al cuello, brazos y piernas. Que allí había también grandes barcas y profusión de los artículos codiciados por los españoles. Creyó comprender también que habitaban en él hombres que poseían un solo ojo y hocico de perro, que eran antropófagos y cortaban la cabeza á los forasteros, bebiéndose después la sangre.

Mientras que Colón recorría la costa, penetraban sus enviados en el interior de la isla. Después de haber andado doce leguas llegaron á un pueblo de cincuenta grandes casas, y que contaría unos mil habitantes.

Esta era la residencia del supuesto Gran Jan, que se había metamorfoseado en un simple cacique de un pueblo.

Los españoles, amargamente desilusionados, fueron recibidos por él con gran solemnidad y conducidos á la mayor de las viviendas. En ella se les invitó á sentarse, á cuyo objeto acercáronles unas sillas que al parecer sólo se utilizaban en las grandes solemnidades. Eran de una sola pieza de madera, y tenían la forma de un animal cuadrúpedo con las patas muy cortas y la cola ó rabo levantado hacia arriba. Las cabezas de estos animales ostentaban ojos y orejas de oro (1).

Los indígenas se echaron todos al suelo formando círculo alrededor de los forasteros, y entonces el políglota Luís de Torres hablóles primero en hebreo, después en caldeo, y por último en árabe, mas inútilmente, pues no comprendían ninguno de estos idiomas. Por lo tanto dieron al intérprete procedente de Guanahani el encargo de explicar al cacique el objeto de la embajada; obedeció éste, y con énfasis verdaderamente indio hizo á los asombrados cubanos una fogosa descripción del gran poder y de la riqueza y bondad de los españoles. Cuando terminó su arenga acercáronse los agentes á los europeos besándoles las manos y los pies, admirando la blancura de su cutis y los barbudos rostros, como igualmente la finura y color de sus trajes y relucientes armas, demostrando en todos sus ademanes que creían lo que les había referido el intérprete, de que los hombres blancos habían descendido del cielo.

No encontraron oro ni otro objeto de valor en todo el pueblo, por lo cual decidieron volver á los barcos. Acompañados de gran número de indígenas, observaron por primera vez durante el camino el goce del tabaco. Los indios llevaban en la mano pedacitos de madera que ardían lentamente, para encender con ellos cierta hierba seca envuelta en una hoja de maíz. Una vez encendido uno de los extremos de esta hoja, se metían el otro en la boca, absorbían el humo y volvían á echarlo, después de un rato de haberle retenido, en espesas nubes por boca y nariz.

Este procedimiento admiró al principio grandemente á los españo-

(1) En el Museo Nacional de Wáshington se conservan tres de estas sillas. Una de ellas, hecha de piedra de asperón, muestra en el extremo anterior, primorosamente ejecutadas, la cabeza y patas delanteras de una tortuga. Los ojos están profundamente vaciados, como si estuvieran destinados á guardar piedras preciosas. Las otras dos sillas están talladas en una madera obscura y sumamente dura, y tienen también ojos y orejas como la primera, que habrán servido para contener piedras ú oro. Las tres han sido halladas en las cavernas de las islas de Turk y Caicos.

les, pero con el tiempo hallaron tal placer con el uso de estos *tabaccos*, como los llamaban los indios, que importaron á España la costumbre india de fumar tabaco (1).

Si bien los informes que trajeron los dos españoles referentes al Gran Jan eran muy deficientes, eran portadores de la noticia de haber hallado en su viaje gran cantidad de algodón crudo, limpio, y otro ya hilado. En una sola casa hallaron más de 500 arrobas, de lo cual dedujo Colón que podrían importarse con facilidad á España 40.000 quintales anualmente.

Colón por su parte había hecho otro descubrimiento, cuyo valor no fué conocido hasta algunos siglos después, y que era de gran importancia para la humanidad: descubrió la *patata*. «Estos países, dice en su diario el 2 de noviembre, son muy fértiles y están llenos de *mamas*, que parecen zanahorias, y cuyo gusto es parecido al de las castañas. Las plantan con gran cuidado.»

---

(1) El modo aquí descrito no era el único que empleaban los indígenas para el uso del tabaco. También quemaban el tabaco sobre carbones, aspirando el humo por medio de un tubo que tenía en la parte superior forma de Y, metiéndose los dos ramales por los agujeros de la nariz. Desde tiempo inmemorial se conocía el uso de las pipas, según lo han demostrado hallazgos prehistóricos de éstas en California y en los territorios de los Mound Builderos, las cuales estaban hechas, como ya hemos descrito, de tierra y barro, artísticamente labradas y formadas.

Ya á principios del siglo XVI se vió hacer uso del tabaco á los marineros que habían vuelto de América á España, los cuales fumaban por el estilo de los indígenas del Nuevo Mundo, es decir, metiendo tabaco seco y picado en tubos hechos con hojas de palmera. Desde España se extendió este uso por toda Europa, primero á Inglaterra y desde allí á Alemania. En Sajonia se vió fumar por primera vez el año 1620, cuando la atravesaron tropas inglesas que iban en socorro del rey Federico de Bohemia.

Una descripción más detallada del modo de fumar nos da en 1627 Juan de Rusdorff, el cual lo había visto en Holanda; dice así: «No puedo por menos que vituperar con algunas palabras esa nueva y asombrosa moda introducida desde América á nuestra Europa, y que podría llamarse *borrachera de la niebla*, y que sobrepuja á todas las demás tanto antiguas como modernas. Hombres salvajes acostumbran á absorber ó aspirar el humo de una planta, á la que dan el nombre de Nicotiana ó Tabaco, con increíble ansia y afán nunca saciado, lo cual hacen del modo siguiente: Tienen unos tubitos huecos de barro blanco, los cuales son puntiagudos por el extremo destinado á meterlo en la boca; en el otro extremo hay un abultamiento del tamaño de una nuez, en el cual meten las hojas secas de la planta Nicotiana picadas ó desmenuzadas, y las encienden con un carbón ó cualquier otro combustible, soplando además para que arda; después se meten el tubito entre los labios, y sorbiendo y escupiendo á intervalos, introducen el humo entre los dientes y los carrillos, y cuando éstos últimos están llenos que parece que van á estallar, lo devuelven otra vez por la boca y nariz, esparciendo al mismo tiempo una peste espantosa que lo llena todo de mal olor.»

El clero, la justicia y algunos escritores satíricos probaron al principio de combatir en todas partes el uso del tabaco; y si bien en Alemania no usaron tanto rigor como en Turquía, en donde á los primeros fumadores les metieron las pipas por las narices, ó como en Rusia, en la cual en el año 1634 les cortaban las narices á éstos, impusieron,

Las Casas dice que las *mamas* eran en todo semejantes á las patatas, y según descripción del Almirante, idénticas á las *sweet potatoe*, de las Indias Occidentales, que se habían propagado también por toda la América central. Igualmente hallaron el árbol de la goma y el de la almáciga, ó sea el lentisco, así como otros de gran provecho que, según palabras de Colón, era imposible describir, pero cuya plantación sería de gran utilidad para España. Comprendía perfectamente que el principal éxito de su viaje consistía en establecer relaciones comerciales entre España y los países por él descubiertos, y expresa su convencimiento de que el algodón, la almáciga y la goma eran buenos artículos para los países del Gran Jan y otros soberanos, y que debían llevarse á las residencias de éstos, acompañados de otros importados de España para cambiar por los productos del Occidente.

Mas ni el algodón ni la goma y almáciga eran los artículos codiciados por el momento; querían oro, y Colón decidióse, por lo tanto, á seguir las indicaciones de los indígenas, que señalaban al Este, en cuya dirección estaba la isla de Bateque, que contenía el precioso metal en tal cantidad que se encontraba á veces bajo una ligera capa de tierra.

---

sin embargo, grandes castigos á los que hacían uso del tabaco. Por ejemplo, el año 1651 el magistrado de Budissin publicó el siguiente decreto, que constaba de un solo, pero tremendo párrafo: «Contra el pernicioso uso del tabaco, que no sólo es perjudicial á la salud del hombre, sino que también los que se sientan entre los borrachos de tabaco se ponen de mal humor por el desagradable humo, fuertes estornudos y escupitinajos, sin contar otros flatos, con perdón sea dicho, que los llenan de asco, y además impregnan sus vestidos de mal olor, ensuciando las habitaciones y quitando el brillo á las sillas y los bancos, y que proporciona daños y peligros de toda especie.» Además imponía una multa de veinticinco pesetas á todo el que fumase ó aspirase tabaco, y lo mismo á los posaderos que proporcionasen lumbre para encenderlo.

Pero si bien el uso del tabaco tenía grandes enemigos, contaba también con defensores que le ensalzaban como medio curativo para toda clase de enfermedades. Por ejemplo, en un antiguo libro de herboristería se lee lo siguiente: «El tabaco ahuyenta bonitamente la gota, y tan pronto como una de esas nieblas del humo del tabaco se deja sentir en las torcidas cavernas del cerebro, se extiende su poder con toda la fuerza de su facultad curativa hasta los más extremos dientes; calma la fiebre, despierta el apetito, hace disminuir el cansancio, quita la embriaguez, y llama el sueño, quita la somnolencia y aguza el entendimiento.»

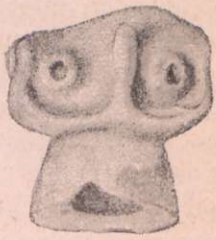
Como las opiniones acerca de la acción curativa del tabaco se iban afirmando, se propagó el uso de éste más y más de día en día á pesar de la guerra de que era objeto, de modo que, ya en 1666, dice el conocido y satírico Grimmelshausen lo siguiente: «No hay casa alguna de labrador en Alemania donde no se encuentre alguna pipa. Unos se lo sorben, otros se lo comen y otros se lo meten por la nariz; así es que me extraña que no se haya encontrado á nadie que se lo meta también por las orejas. He visto comerle, sorberle y estornudarle desde el príncipe hasta el mendigo, desde el obispo al sacristán sin excepción.»

Prescindiendo de sus cruzadas travesías á lo largo de la costa septentrional de Cuba, ordenó el Almirante el día 13 de noviembre virar en redondo y navegar en dirección Estesudeste á lo largo de la costa sin investigarla más minuciosamente. Pasó cerca de un gran promontorio, al cual dió el nombre de *Cabo de Cuba;* pero, obligado por vientos contrarios, tuvo que refugiarse en un profundo puerto, al cual denominó *Puerto del Príncipe.* Los siguientes días los emplearon en reconocer un archipiélago de islas pequeñas, pero hermosísimas, que son conocidas por el nombre de *El jardín del Rey;* el 19 del mismo mes volvieron á hacerse á la mar para proseguir su camino en busca de la isla de Babeque.

Pipa de barro (Islas de Turk)

Durante dos días afanóse inútilmente en alcanzar una isla que se veía en dirección Este, probablemente la actual Inagua, y aquí fué donde Martín Alonso Pinzón, que mandaba *La Pinta,* «se alejó sigilosamente con ésta» y, no haciendo caso de las señales que le hacía el Almirante, siguió hacia la isla de Babeque para llegar antes que éste y explotarla el primero por cuenta propia.

Este proceder hirió vivamente á Colón, que, obligado por vientos contrarios, tuvo que volver á la isla de Cuba, anclando con los otros dos barcos que le habían quedado en la embocadura de un río al que bautizó con el nombre de *Santa Catalina.* A otro puerto le dió el de *Puerto Santo.* Estaba tan entusiasmado con la hermosura de estos parajes, que dice que su lengua y su pluma son impotentes para describir ni aproximadamente aquella maravillosa magnificencia.



Fragmento de un cubo de pipa de barro hallado en las islas de Turk. En la actualidad se halla en la Biblioteca de Nassau (Nueva Providencia, Bahamas).

Lo que más le admiraba era la frondosidad y variedad de aquella vegetación tan prodigiosa. Decía que sólo las enormes canoas de los indígenas, en las que cabían 150 personas, podían dar idea de aquellos árboles gigantescos, puesto que estaban hechas de un solo tronco de éstos.

Las canoas no sólo despertaban el interés de los españoles por su gran tamaño, sino por lo esmerado del trabajo y belleza de los adornos que ostentaban, y que tenían ocasión de admirar con frecuencia.

La afición de los isleños á estos artísticos adornos se veía también en las viviendas; por ejemplo, en una casa que tenía dos puertas, en la cual entró Colón, estaban adornados los muros interiores tan primorosamen-

te con conchas y otros objetos, que creía uno hallarse dentro de un templo.

En estas viviendas hicieron algunos descubrimientos; en una hallaron un gran bollo de cera, que guardó Colón para llevárselo al rey. En otras hallaron cuidadosamente envueltos, en cestos de mimbre, cabezas humanas, probablemente de personas notables, á las cuales rendían culto, aun después de muertas, los indígenas.

Después de reconocer una serie de excelentes puertos y ríos, llegó Colón hasta el extremo Oriental de la isla de Cuba, el actual cabo Maysi, al cual dió el nombre de *Alpha* y *Omega* tomándole por el cabo más extremo de Asia.

Desde allí divisó, en dirección Sudeste, un país alto y montañoso, y al anochecer del día 6 de diciembre llegaron á un puerto de esa isla maravillosa á la cual dió el nombre de *Española* por su gran semejanza con España. Por todas partes crecía la admiración del Almirante ante las sorprendentes imágenes que se ofrecían á su vista, pues precisamente esta parte Occidental de la costa Norte de Española ofrece á cada paso paisajes de admirable belleza y magnificencia tropical. Como una enorme muralla se levantan directamente del mar gigantescas cordilleras. Si su pie está bañado por las azuladas olas, la cima está nimbada por nubes de cambiantes figuras, que proveen á los bosques y flancos que las adornan del bienhechor rocío que los vivifica. Sólo en algunos sitios se ven aberturas en estos paredones, que son bahías suficientemente grandes para dar cabida á escuadras enteras, y acerca de las cuales hace acertadamente Colón la observación siguiente en su diario: «Desde hace veintitrés años recorro los mares casi sin interrupción. He estado en Levante, en el Norte, en el Mediodía, en Inglaterra y en Guinea, pero en ninguna parte he visto semejantes puertos.»

Por todas partes estaba cultivada esta maravillosa isla. De las altas montañas bajaban hermosos ríos que fertilizaban los frondosos valles, y no obstante lo avanzado de la estación, todos los árboles estaban verdes y cargados de frutos, y las hierbas altas y floridas; así que las más hermosas comarcas de Castilla no podían compararse con éstas.

Los indígenas, muy tímidos al principio, eran más hermosos y de color más claro que los que habían hallado hasta entonces, y vieron muchas muchachas, casi tan blancas como las españolas.

Saliendo del puerto de San Nicolás, que era el primero que habían tocado, navegaron á lo largo de la costa Norte de la isla, y reconocieron también la de las Tortugas, volviendo después á Española, en la cual el 16 de diciembre encontróse Colón con el cacique que gobernaba aquella parte de la isla. Era éste un joven que tendría á lo sumo veintiún años

de edad, y á pesar de que iba desnudo, como todo su acompañamiento, se le reconocía en seguida por las grandes deferencias que todos le guardaban.

Este cacique hizo á Colón una visita á bordo de su barco, y es interesante la descripción que de ella hace el genovés, y que dice así: «En el momento que el cacique pisaba el barco estaba yo comiendo en la popa. Vino apresuradamente hacia mí, sentóse á mi lado, y no permitió que me molestase lo más mínimo antes que hubiese terminado de comer. Pensando que le gustaría probar nuestros manjares, mandé le sirvieran, pero sólo gustó de la carne y los otros manjares lo estrictamente indispensable para no faltar á la etiqueta, enviando el resto á su servidumbre, que lo devoró con gran contento. Lo mismo hizo con las bebidas; apenas humedecía sus labios con ellas cuando ya se las enviaba á su séquito. Todo lo hacía con exquisita dignidad. Hablaba muy poco, pero en lo que decía demostraba acertado juicio y meditación. A sus pies se habían sentado dos hombres de edad, de los cuales uno parecía ser su consejero y el otro una especie de preceptor. Ambos escuchaban atentamente cada palabra que decía, y cuando le hablaban lo hacían con gran respeto.

Máscara de madera de los primitivos habitantes de la Española. (Dibujada por R. Cronau, del original que se conserva en la ciudad de Haití.)

»Terminada la comida, uno de los hombres de su servidumbre entregó al cacique un magnífico cinturón, el cual me regaló éste acompañado de dos pedacitos de latón. Como observé que le había gustado mi juego de cama, se lo regalé, así como también algunas bolitas de ámbar, una botellita de agua de azahar y un par de zapatos de color, viendo claramente lo mucho que le habían halagado estos presentes. Repetidas veces demostró su sentimiento por no podernos entender bien el uno al otro. Al anochecer ordené llevarle á su barco tributándole grandes honores, y mandé disparar algunos tiros de arcabuz. Una vez en tierra, acomodóse en una litera; á su hijito, por el contrario, lo llevaba á cuestas un indio de los más principales, y detrás de ellos seguía el acompañamiento, que se componía lo menos de 200 personas.»

Prosiguiendo su viaje á lo largo de la costa, trabó Colón por segunda vez amistad con un poderoso cacique llamado Guacanagari, cuya predilección por el Almirante había de ser más tarde preciosa para éste. Una luci-

da embajada del citado cacique salió al encuentro de la escuadra en una gran canoa, trayéndoles no sólo una invitación para visitar al soberano en su residencia, sino también un cinturón, artísticamente trabajado, de conchas, perlas y huesos, como muestra de las pacíficas intenciones de éste (1), y además una máscara de madera cuyos ojos, lengua y naríz eran de oro macizo.

Colón decidióse á aceptar la invitación, y después de haberse asegurado por algunos mensajeros de toda confianza de la exacta posición de la ciudad del cacique, así como también de la ruta que había de seguir, se hizo á la vela en la mañana del 24 de diciembre desde el puerto de Santo Tomás, hoy bahía de Acul, emprendiendo la travesía á la residencia de Guacanagari. Como los mensajeros sólo habían hablado favorablemente del camino, diciendo que la distancia que había que recorrer no ofrecía peligro alguno, decidió el Almirante, fatigado por los incesantes trabajos y vigilias, acostarse al anochecer del citado día, mucho más viendo la mar completamente tranquila y creyendo que el timón estaba confiado á manos expertas. Pero apenas se había retirado, cuando el timonel, con imperdonable ligereza, confió puesto de tanta responsabilidad á un grumete, y se entregó al sueño en compañía del resto de la tripulación, por más que el precavido Almirante había prohibido terminantemente desde que emprendieron el viaje que se confiase nunca á un grumete la dirección del barco.

Hacia media noche sucedió que el barco, impulsado por una fatal corriente, dió en un banco de arena. El muchacho notó de repente paralizado el timón, y al oir el ruido de las olas al quebrarse lanzó un fuerte grito de angustia. Colón fué el primero que se presentó sobre cubierta dando á la tripulación, ya despierta, la orden de tirar al mar el cargamento de popa y aferrar en aquella parte el ancla; pero en lugar de seguir este consejo, perdiendo la cabeza á causa del miedo, sólo pensaron en salvarse, dirigiéndose á la otra carabela, de la cual fueron rechazados. Como entre tanto el barco se iba inclinando cada vez más hacia el costado, para aligerarle mandó Colón echar abajo el palo mayor; pero este recurso, destinado á retrasar el hundimiento del barco, resultó también infructuoso: las randras se abrieron y el buque se inclinó completamente hacia un costado.

Colón y sus gentes abandonaron precipitadamente la carabela refugiándose en *La Niña*, desde la cual mandó mensajeros al cacique informándole del percance. Tan pronto como Cuacanagari recibió la noticia,

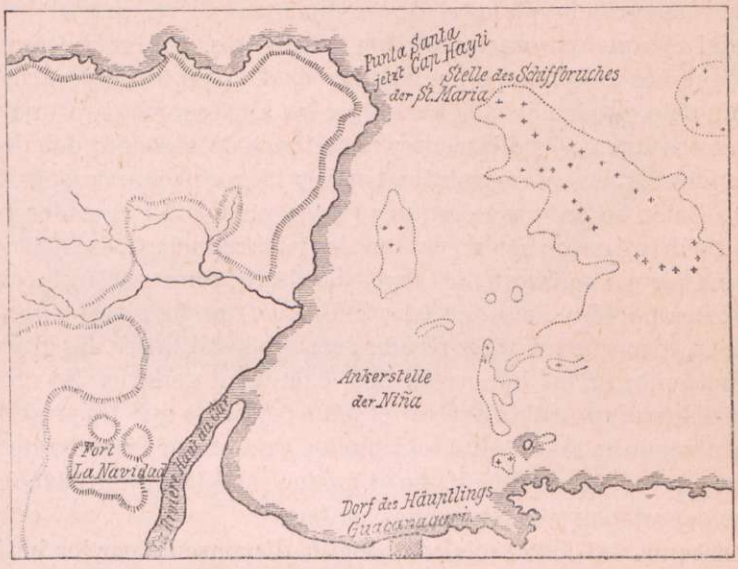
---

(1) Así como el cinturón *Wampum*, primorosamente trabajado, era emblema de paz entre los indios del continente de la América del Norte, parece ser que también lo era entre los de las islas Ocidentales de la misma.

BIBLIOTECA Granada DE ANDALUCIA

mandó á sus hombres en grandes canoas para que ayudasen á transportar la carga del barco á tierra, y él mismo fué con sus parientes y hermanos á fin de vigilar á sus subordinados, dándoles prisa y sin dejarles un momento de descanso.

«En ninguna parte de Castilla, dice Colón en su diario, hubiera hallado más cariñosa y pronta ayuda. Con gran acierto ordenó el cacique que se guardase todo el cargamento en las casas de la ciudad hasta que se dispusiera la manera más conveniente de guardarle. Hombres armados lo vigilaron toda la noche para que no se sustrajese nada. Puedo afirmar



Plano de la situación de la bahía de Punta Santa,
hoy Cabo Haití, así como del fuerte La Natividad. (Diseñado por Rodolfo Cronau)

á Vuestras Altezas que no puede hallarse en todo el mundo gente mejor ni país más hermoso que éste. Tienen un modo de hablar verdaderamente amable, y la más amigable sonrisa siempre en los labios »

El sitio en que tuvo lugar este naufragio es un inmenso banco de arena poblado de arrecifes de coral, situado á la entrada del actual puerto de Cabo Haití en dirección de Sudeste á Noroeste, y que hace aún muy peligrosa entrada en esta espaciosa bahía. Nuestra carta, trazada sobre el terreno, explica con mayor claridad la situación de este punto, al mismo tiempo que la de la ciudad de Guacanagari y la del fuerte levantado por Colón.

La residencia del cacique estaba próximamente á legua y media de

distancia del lugar del siniestro; así es que Colón mandó echar anclas al único buque que le había quedado cerca de ésta. Entablóse al momento entre indígenas y españoles animado y amistoso comercio, y allí fué donde se vió por completo satisfecha la sed de oro de los segundos. Por algunos alfileres dábanles pedazos de oro por valor de 2 castellanos (50 pesetas).

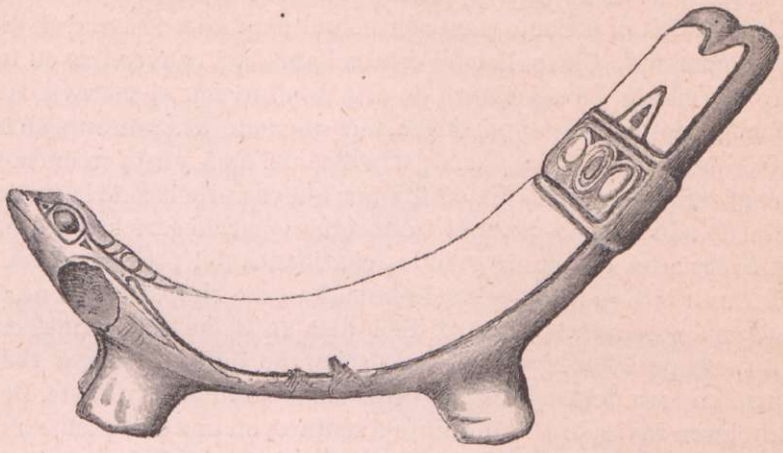
Por unos cuantos cascabelillos entregaban pedazos tan grandes como una mano, y cuando Guacanagari vió el deseo que tenía el Almirante de poseer mucho oro, le aseguró que le daría tanto como quisiera. Con ocasión de saltar en tierra el genovés para hacerle una visita, regalóle, entre otros objetos de valor, una gran máscara de madera en cuyos ojos, boca, nariz y orejas se veían grandes planchas de oro como adorno; en una palabra, todo el afán del cacique era obsequiar á los extranjeros, que creía descendidos del cielo, con todo lo que podía. No sólo los alojó en las mejores casas de la ciudad, sino que los llevaba á recorrer los alrededores para que viesen sus frondosos huertos y dilatadas plantaciones de algodón; dábales también grandes festines, y organizaba bailes y juegos nacionales.

Como Colón se enterase de que algunas veces eran atacados por los salvajes caribes, que los hacían prisioneros y los reducían á esclavitud, dióles á entender por señas que los reyes de Castilla ordenarían la destrucción de estos pueblos. Para dar á los indígenas una muestra del poder de los blancos, hizo que un ballestero luciera sus habilidades, las que causaron gran asombro á los indígenas. Mas cuando el genoves dió orden de cargar y disparar un cañón fué tal el pánico y susto que les produjo, que cayeron al suelo medio atontados, mucho más al ver la nube de humo que salía por la boca de éste y que al mismo tiempo algunos árboles próximos se desgajaban y caían hechos astillas.

A consecuencia de la amistosa acogida dispensada por los indígenas y de la gran cantidad de oro que de ellos continuamente recibía, el estado de ánimo de Colón era tan placentero que miraba como una gran fortuna haber embarrancado precisamente en aquel sitio. Cierto es que, tanto como amables y cariñosos eran los indígenas, era el país hermoso y encantador; un verdadero paraíso. El mar y los ríos rebosaban de sabrosísimos pescados; los árboles estaban cargados de los más variados y ricos frutos. Los campos, apenas cultivados, suministraban en abundancia el sustento, y el suelo parecía guardar inagotables minas de oro en sus entrañas. No es extraño, por lo tanto, que se decidiese el Almirante á fundar una colonia en aquel paraje.

Pronto dió comienzo á la realización de esta idea, empleando la madera del buque encallado en la construcción de un sólido fuerte cerca de la ribera de un río que embocaba al Oeste de la residencia del cacique. El fuerte tenía una alta torre, también de madera, y estaba rodeado por un foso.

Creemos de interés hacer la descripción detallada de esta primera colonia española en el Nuevo Mundo. Según los antiguos cronistas, estaba situada al Oeste de la residencia de Guacanagari, y podía llegarse á ella embarcado en un pequeño bote, ascendiendo un corto trecho por el río que embocaba en aquel lugar. Si la residencia del cacique estaba situada en el sitio donde se halla al presente la colonia de Petit Anse, denominado aún con frecuencia con el antiguo nombre indio de Guarico (probablemente abreviatura del nombre del cacique), es idéntico el río al de *Riviere Haut*



Silla en forma de tortuga, labrada en piedra de asperón gris, encontrada en una caverna de las islas Caicos. Los ojos, profundamente vaciados, parecen estar destinados á alojar piedras preciosas ú otros adornos de oro. El respaldo está adornado con una cenefa de ornamentación. (Dibujado por R. Cronau, del original que se conserva en el Museo Nacional de Wáshington).

du Cap, accesible sólo á pequeñas embarcaciones, en cuya orilla izquierda, sobre un promontorio, se eleva un fuerte de construcción moderna emplazado probablemente en el mismo punto en que levantó Colón el llamado La Natividad.

La Niña tenía su sitio de anclaje cerca de la embocadura del río, pues el cronista Oviedo dice que Colón se proveyó de agua á su regreso á España en un pequeño arroyo que desembocaba en el mar, al Noroeste de donde estaba anclada la carabela.

Este arroyo es el mismo que, bajando de las alturas que hay más arriba de la ciudad de Cabo Haití, surte á ésta de agua. Si en nuestro grabado vemos á la izquierda, en primer término, la embocadura de este arroyo, en el centro y á la derecha del curso del río hay un promontorio en cuya cúspide debió estar asentado en otro tiempo el fuerte *La Natividad*. Si el sitio donde ancló *La Niña* está indicado por el mismo barco, la residencia

de Guacanagari tuvo que estar situada, sin duda alguna, en la esquina izquierda más extrema de aquella llanura poblada de hierbas, morcajo, y de varios arbustos que rodean toda la parte oriental y meridional de la actual bahía de Cabo Haití, cuya fila de casas no hemos puesto de propio intento en el dicho grabado porque nuestro propósito ha sido dar á nuestros lectores una copia del aspecto de aquellos lugares cuando llegó á ellos Colón. Mientras con ayuda de los indígenas adelantaba rápidamente la construcción del fuerte, Colón aprovechaba cuantas ocasiones se le ofrecían para adquirir noticias del país, principalmente acerca de aquellas comarcas donde había oro. Como punto principal para esto designaban la montañosa comarca de Cibao, la cual estaba llamada á convertirse en un verdadero El Dorado. La semejanza de este nombre con el maravilloso país de Cipangu del Asia Oriental afirmó, más que todo, al Almirante en la idea de haber llegado á la India y á la parte Este del Asia, y esta creencia veíala más confirmada Colón de día en día por nuevas pruebas de la inagotable riqueza de aquel suelo, pues el incansable Guacanagari hacía esfuerzos imaginables á fin de reunir grandes cantidades del precioso metal para que el Almirante se lo llevase á España. La gran simpatía que profesaba el cacique á éste se la demostró unos días antes de su partida, cuando bajó á tierra para hacer una visita al soberano indio. Al llegar Colón se encontró en casa del cacique con otros cinco tributarios de éste. Después que hubieron invitado al Almirante á sentarse en una de aquellas sillas de forma de cuadrúpedo, levantóse Guacanagari, se quitó el símbolo de oro de su soberanía, y adornó con él la cabeza del genovés, demostrando con esto que le consideraba como á dueño.

Hacia mediados de enero estaba terminado el fuerte, al que dieron el nombre de *La Natividad* por haber sido aquel día cuando entraron en el puerto. Dejando á treinta y nueve españoles, entre ellos á los más hábiles obreros, de guarnición en él, confirió Colón el mando de esta primera colonia española del Nuevo Mundo á Diego de Arana, con la condición de que, caso de que éste muriese, tomase el mando Pedro Gutiérrez, y si también éste llegase á fallecer, Rodrigo de Escobeda, recomendando á todos cumpliesen estrictamente sus órdenes por amor á sus altezas reales.

Antes de marcharse mandó á los marineros que se armasen y realizaran un gran simulacro ante los indígenas, á fin de que éstos aprendiesen á respetar y temer las armas de los españoles y mantuviesen la paz. Hecho esto, y después de haberse despedido del cacique, que tenía los ojos arrasados en lágrimas, levó anclas el 4 de enero, dando comienzo á su viaje de regreso á España.

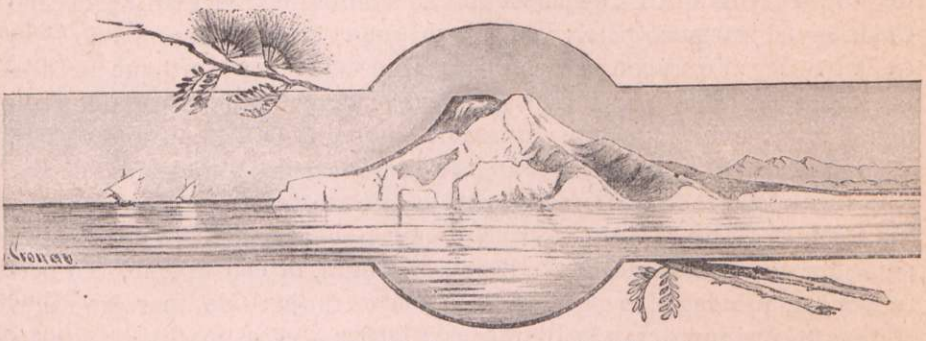
Al principio navegaron hacia un elevado monte que distaba dieciocho leguas en línea recta al Este del promontorio Punta Santa, surgiendo ma-

jestuosamente de entre las olas, y que por su especial estructura excitó desde larga distancia el interés del almirante. Este lo describe con las siguientes características palabras:

«El monte parece una isla, pero no lo es, sino que, por el contrario, está unido á la tierra llana, y presenta el aspecto de una hermosa tienda de campaña en figura de dosel.»

Colón bautizó este promontorio, cuyos murallones de piedra amarillo rojiza se ven brillar desde lejos, con el nombre de Monte Cristo, que aún conserva en la actualidad.

En la precisión de permanecer allí algunos días á causa de fuertes vientos contrarios, al proseguir el día 6 el viaje viéronse sorprendidos de



Monte Cristo (Dibujado del natural por Rodolfo Cronau)

repente por la aparición de *La Pinta*, que, como se recordará, iba á las órdenes de Martín Alonso Pinzón, y á la cual no habían vuelto á ver desde el 21 de noviembre. Ya en el puerto de Punta Santa había Colón tenido algunas vagas noticias respecto de un gran barco tripulado por hombres blancos, el cual barco navegaba por las costas orientales de Punta Santa, y al efecto había enviado un bote en su busca, puesto que no podía ser otro que *La Pinta*; pero todas las pesquisas resultaron infructuosas.

Como no era posible celebrar en aquel paraje una entrevista entre los dos capitanes á causa de los muchos bancos de arena de que estaba lleno, volvió Colón al puerto de Monte Cristo, que estaba resguardado por el promontorio, siguiéndole *La Pinta*. En la entrevista que tuvo allí lugar trató Pinzón de demostrar que su separación del almirante había sido involuntaria, lo cual no pudo creer éste recordando lo poco atento y muy orgulloso que Pinzón se había mostrado con él en el transcurso del viaje.

A pesar de que Colón estaba convencido de que dicho capitán se había separado de él con el deliberado propósito de ser el primero en explotar el oro, y que los indios que le acompañaban aseguraron al Almirante que

había tenido éxito su expedición, pues adquirió varias veces grandes trozos del precioso metal á cambio de un pedacito de cinta de un dedo de largo, contuvo el almirante su indignación y sólo confió su amargura á su diario, en el cual dice «que sólo terminaría felizmente su viaje sufriéndolo todo en silencio, y que á pesar de aquella insubordinación tenía que fingir, en vez de castigar á los culpables como se merecían.»

No debió de enmendarse Pinzón posteriormente en su altivo proceder para con el almirante, puesto que todo el afán de éste último era apresurar lo más posible el regreso á la madre patria, «para, según decía, librarse de aquella mala compañía en cuyo centro se encontraba.»

Sin embargo, como los barcos tuviesen que permanecer aún en la bahía de Monte Cristo á causa de los vientos contrarios que reinaban, aprovechó Colón aquel intervalo para reconocer un gran río que embocaba no lejos de la bahía y al que, con motivo de las muchas pepitas de oro que sus arenas contenían, dió el nombre de *Río de Oro*. Este, que lleva en la actualidad el nombre de Yaqui, ha variado de curso en el tiempo transcurrido, y, divididas sus aguas en diferentes brazos, se confunden con las del mar á algunas leguas de distancia. Cerca de este río, poblado de aligátores, vió también Colón tres sirenas que surgieron repentinamente de entre las aguas; pero en su diario dice que éstas no eran, ni con mucho, tan hermosas como se describe generalmente á estas mujeres del mar. Sin duda alguna tales sirenas eran las llamadas Manatís ó vacas marinas, que aún se encuentran con frecuencia en la costa septentrional de la isla Española, las cuales tienen pechos semejantes en un todo á los de una mujer, tanto que, vistas á alguna distancia, parecen enteramente mujeres que se bañan, y á lo cual es debida la creencia en la existencia de las sirenas, pues más de un navegante de aquel tiempo ha sido sorprendido por estos habitantes del mar, no sólo en las costas de América, sino también en las de Africa.

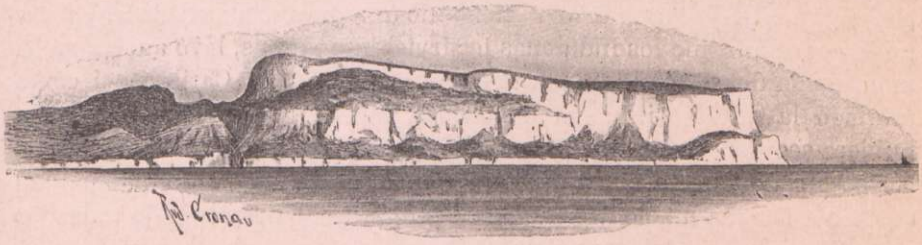
Hasta el anochecer del 9 de enero no pudieron proseguir su viaje á causa del temporal, llegando al día siguiente á un río al que dió Colón el nombre de *Río de Gracia*. Por los indígenas que habitaban allí supo el almirante que Pinzón, que había desembarcado poco antes en aquel punto, había arrebatado violentamente á dos muchachas y cuatro hombres. Efectivamente, á bordo de *La Pinta* los hallaron encerrados, y Colón ordenó que los colmasen de presentes y fueran inmediatamente puestos en libertad, cuyo mandato no obedeció Pinzón sin oponer bastante resistencia.

Continuando la travesía, circundaron los dos cabos llamados Cabrón y Samana, y al trasponer este último llegaron á una inmensa bahía que se internaba tierra adentro hasta donde podía alcanzar la vista, á tal punto

que Colón creyó al principio que un brazo de mar separaba las dos costas que se veían al Norte y al Mediodía.

Era la bahía de Samaná, el paraje donde por primera vez iba á ser derramada por los españoles la sangre de los primitivos habitantes de América.

El almirante mandó á algunos de sus hombres á tierra en busca de fruta y provisiones, y éstos se encontraron con tres indígenas, uno de los cuales accedió á acompañarles á bordo de *La Niña*. Colón dice que jamás ha visto rostro más desfigurado que el de aquel salvaje. Estaba completamente cubierto de pintura negra; los larguísimos cabellos, recogidos en la parte posterior de la cabeza figurando un penacho, los llevaba sujetos



Cabo Samana (Dibujado del natural por Rodolfo Cronau)

con plumas de papagayo, é iba completamente desnudo. Como armas llevaba un arco, flechas, una maza y una enorme espada hecha de madera de palma. Colón creyó tener ante sí uno de aquellos temidos caribes cuya fama de antropófagos era tan conocida que su solo nombre hacía temblar de espanto á todos los pacíficos habitantes de las islas que hasta entonces habían visitado.

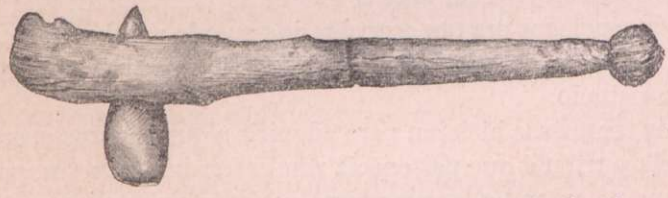
Cuantas tentativas hicieron para adquirir algunos datos acerca de la procedencia y tribu á que pertenecía resultaron infructuosas: parecía indudable que no entendía las preguntas que se le hicieron; mas, á pesar de esto, creyó Colón entender, por las señas que le hizo, que hacia el Oriente había situada una isla llamada Mantinino, habitada sólo por mujeres, y que encerraba grandes riquezas en oro y cobre. Después que hubieron agasajado al salvaje dándole de comer y haciéndole algunos presentes, envióle Colón á tierra con la esperanza de poder cambiar por su mediación sus mercancías por oro y frutos de los indígenas.

Los españoles hallaron también más de cincuenta hombres armados con arcos, flechas y mazas, que al principio parecían inclinados á entablar relaciones amistosas con los españoles, pero de repente arrojáronse sobre éstos tratando de aprisionarlos con cuerdas. Uno de los españoles, al tra-

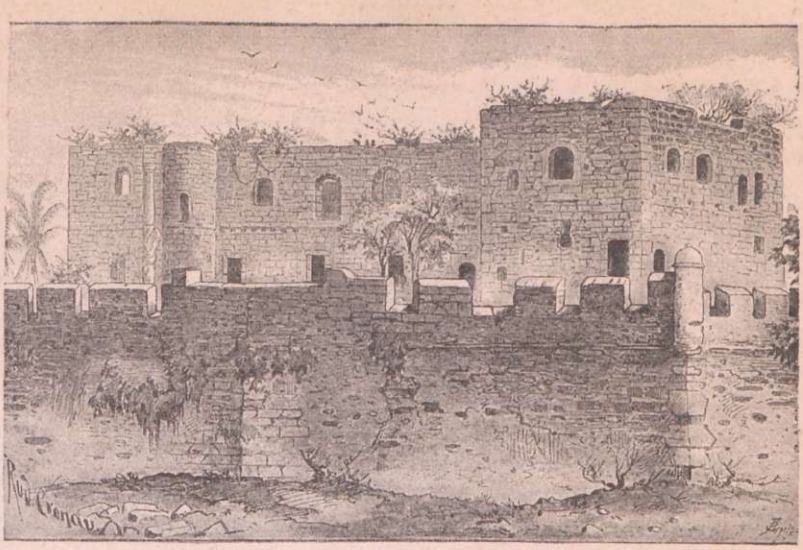
tar de defenderse, dió á uno de los indígenas un tremendo golpe de sable en ambos pies, hiriendo además gravemente á otro en el pecho, en vista de lo cual refugiáronse los demás entre la espesura del bosque.

A pesar de este encuentro tuvo lugar al día siguiente una negociación entre unos y otros, y un cacique, no sólo envió un cinturón Wampum hecho de conchas pequeñas, que, como ya hemos dicho, era un símbolo sagrado de paz en gran parte de la América del Norte, sino que fué también á bordo de las carabelas con tres acompañantes para expresar sus propósitos de paz.

Colón permaneció aún algunos días en aquel precioso golfo, cuyas costas estaban cubiertas de bosque, dándole el nombre de *Golfo de las Flechas*, en recuerdo del primer combate con los indígenas; pero después que por algunos indios adquirió noticias de una gran isla situada al Este, y pudo conseguir que los indígenas le sirviesen de guías, levó anclas en la madrugada del 16 de enero para visitar la isla de los Caribes, así como también la de Mantinino, el misterioso país de las Amazonas. Si Colón hubiera seguido las indicaciones de sus guías, hubiese llegado entonces á las costas de Puerto Rico; pero un viento sumamente favorable para el regreso á España hízole desistir de su propósito, y desplegando todas las velas hizo rumbo hacia su patria.



Maza de piedra de los primitivos habitantes de las islas Occidentales, hallada en una caverna de las islas de Turk



Ruinas del Palacio de Colón en Santo Domingo (Dibujado del natural por R. Cronau)

EL REGRESO

No fué sólo el viento favorable el que indujo á Colón á emprender, sin detenerse más, su regreso á España, sino sobre todo el mal estado de los barcos, que hacían tanta agua que diariamente tenía que emplear bastantes horas la tripulación en extraerla, cosa que preocupaba seriamente al Almirante. Colón creía que los armadores eran los responsables por haber empleado malas maderas en la construcción de las carabelas, pues no conocía aún á los verdaderos autores del daño ó sean esos gusanillos que se encuentran en las aguas de las Indias Occidentales y que se introducen por la más leve grieta ó intersticio en los barcos y los carcomen de tal modo, que más de uno se ha desvencijado y deshecho por completo desapareciendo entre las olas.

En las carabelas de Colón habían hecho tan terribles estragos, que el agua que en ellas entraba apenas podía desalojarse, por cuya causa indecible angustia oprimía el corazón del Almirante, mucho más al ver que el viento favorable que llevaban había cesado y que además la travesía tenía que prolongarse á causa de *La Niña*, cuyo palo mayor estaba tan deteriorado que sólo podía soportar algunas velas y apenas seguir al otro barco, teniendo que perder muchas horas esperando que les diera alcance. Presa del mayor mal humor, dice Colón muchas veces: «Si este capitán

hubiese tenido tanto cuidado en conservar su barco y se hubiera provisto de otro palo mayor, siendo así que ha tenido á su disposición tantos y tan hermosos, como lo tuvo para separarse de mí y cargarlo de oro, marcharíamos bien.»

Los días y las semanas transcurrían de este modo sin poder adelantar apenas nada; además de esto, el 13 de febrero les alcanzó una terrible tempestad, que no sólo duró todo el día, sino también el siguiente, y que por poco les echa á pique los barcos. Sobre todo en la mañana del día 14 llegó á alcanzar tal fuerza el temporal, que todos creían llegada su última hora. Las olas alcanzaban la altura de montañas precipitándose sobre los barcos é inundándolos con su espuma, y era tal la violencia del viento que apenas podían permanecer sobre cubierta.

Perdieron completamente de vista á *La Pinta*, no volviendo a verla en todo el trascurso del viaje. Hacia la puesta del sol aumentó el furor de la tormenta, como si el mar estuviera removido hasta lo más profundo; nadie creyó ver la luz del nuevo día. En esta ansiedad trataron de ganar el amparo del cielo haciendo piadosos votos, y Colón mandó echar suertes para ver quién de ellos emprendería una peregrinación á Santa María de Guadalupe. La suerte le favoreció á él, pues sacó la judía marcada con una cruz, ofreciendo ir al citado punto como peregrino y costear para siempre una vela de cera de cinco libras.

Decidieron aún sortear por segunda y tercera vez para enviar un peregrino á Nuestra Señora de Loreto, en Italia, y á Santa Clara de Moguer, en España. La segunda suerte le tocó al marinero Pedro de Villa, y la tercera otra vez á Colón, que ofreció además, con toda su gente, que á la primera iglesia que vieran irían en procesión descalzos y en camisa implorando á la Madre de Dios.

Pero el cielo parecía sordo á estos ruegos y la violencia del huracán no cedía; así es que cada uno en su aflicción hacía votos particulares, además de los ya mencionados, pues todos creían segura la muerte.

«El mayor abatimiento y angustia, escribe Colón más tarde, se apoderaron de mí con toda su fuerza; con gran tristeza y ansiedad pensaba en mis dos hijos que se hallaban en Córdoba. ¿Qué sería de ellos en el caso de mi fallecimiento, huérfanos de padre y madre en tierra extranjera? El Rey y la Reina, en caso de nuestro fin, no tienen conocimiento alguno de los servicios que les he prestado, lo mismo á ellos que á su país; no saben las buenas é importantes noticias que les traigo, y por consiguiente no tienen deber alguno que cumplir con los hijos del supuesto aventurero.»

Martirizado por estos cuidados, buscó Colón un medio para que llegasen á conocimiento de los soberanos españoles, en el caso de la pérdida

total de las carabelas y sus tripulantes, la importancia de sus descubrimientos; por lo cual, mientras rujía el huracán, escribió una corta Memoria acerca de su viaje, la cual Memoria terminaba rogando al que la hallase la hiciera llegar á manos de los Reyes. Esta Memoria, escrita sobre pergamino, la lió en un pedazo de lienzo encerado, que envolvió dentro de una bola de cera, metiendo todo ello en un sólido cajoncillo de madera que tiró al mar, con la esperanza de que el viento y las olas lo conducirían á playas amigas.

Otra segunda Memoria semejante á la primera, y empaquetada del mismo modo, la puso sobre la cubierta del barco, para que, en el caso de sumergirse éste, fuese también arrastrada por las olas.

Por fin, al anochecer del día 14 cedió algo la violencia del temporal, y al amanecer del siguiente divisaron tierra, en la cual creyeron ver unos la isla de Madera y otros los peñascos de Cintra, cerca de Lisboa.

Tres días enteros tardaron aún en alcanzarla, y por fin el 18 de febrero llegaron á un sitio á propósito para el desembarque, en la costa Norte de la isla, mandando una chalupa á tierra, cuya tripulación supo por los habitantes de ella que se llamaba la isla de Santa María y que era la que estaba situada más al Sudeste del grupo de las Azores, ocupadas por los portugueses.

Desgraciadamente, esta isla no estaba llamada á mostrarse hospitalaria con los pobres navegantes, sino que, por el contrario, apenas salvados de la muerte tenían que ser víctimas de la traición más negra como primer saludo de la Patria.

Al anochecer del mismo día en que llegaron fueron tres hombres á bordo trayéndoles de parte del gobernador de la isla gallinas y pan tierno, añadiendo que aquella autoridad, llamada Juan de Castanneda, que conocía mucho al Almirante, iría á visitarle al día siguiente llevándole más provisiones. Colón, engañado por estas muestras de simpatía, colmó de atenciones á los mensajeros, ordenando, cuando supo que había en las inmediaciones una capilla, que á la mañana siguiente la mitad de la tripulación, en cumplimiento del voto solemne que habían hecho, fuese á visitarla en peregrinación, y que á su vuelta iría él acompañado del resto de sus gentes.

En efecto, á la mañana siguiente los designados, descalzos y en camisa, dirigiéronse á la pequeña capilla; pero, cuando más descuidados estaban orando, cayeron sobre ellos los habitantes de la isla, á cuya cabeza iba el gobernador, maniatándolos y conduciéndolos á la cárcel.

Colón, entretanto, esperaba inútilmente el regreso de sus tripulantes para emprender á su vez la peregrinación.

Cansado ya, levó anclas y se encaminó directamente al sitio donde es-

taba la capilla no lejos de la costa, y entonces comprendió la traición de que habían sido víctimas, al ver que una multitud de hombres armados se apeaban de sus caballos, y aprovechando la abandonada chalupa de los marineros de Colón se acomodaban en ella dirigiéndose al barco del Almirante, con intenciones, á no dudar, hostiles. Recelando Colón que aquel acto pudiera ser una nueva explosión de las antiguas y nunca extinguidas contiendas entre España y Portugal, ordenó á su tripulación que se armara y preparara á defenderse en caso de ataque.

Pero la chalupa acercóse tan sólo hasta ponerse al habla, y entonces entablóse un fuerte altercado entre el gobernador y el Almirante, pues el primero aseguraba haber obrado de aquella manera por mandato del rey de Portugal. Es probable que el propósito del gobernador fuese apoderarse por fuerza del barco de Colón, y que al ver que éste tenía aún suficiente número de hombres para defenderle desistiese de ello, mucho más cuando oyó decir al Almirante que no descansaría hasta hacer prisioneros á algunos centenares de portugueses y concluir con todos los habitantes de la isla.

Una nueva tormenta puso término por el pronto á aquella desagradable conferencia, y mientras la chalupa volvía á tierra, desplegó velas Colón para alcanzar la alta mar y huir, por lo tanto, de aquella isla peligrosa.

Hasta el 22 del mismo mes no volvió á acercarse al sitio donde había anclado en la isla por primera vez, divisando desde lejos sobre una peña á un hombre que hacía señas con su capa para que el barco no siguiera más adelante. No tardó en aparecer también la chalupa, en la cual iban un clérigo y un notario, que deseaban ver los plenos poderes que tenía Colón de los Reyes de España, por mandato de los cuales había emprendido su viaje. Luego que el Almirante les hubo mostrado dichos documentos diéronse por satisfechos, y viendo que nada de esto les reportaba ganancia alguna, pusieron en libertad á los marineros tan traidoramente sorprendidos. Por ellos supo Colón que, si le hubiera sido posible al gobernador cogerle á él prisionero, no hubiera recobrado probablemente nunca la libertad, pues había declarado con gran firmeza que estaba autorizado por el Rey para dar este paso.

Colón abandonó la inhospitalaria isla el 24 de febrero, pero tuvo que continuar luchando con fuertes borrascas, una de las cuales hizo jirones el día 3 de marzo todas las velas, poniendo al barco en tan inminente peligro que otra vez volvieron á hacer votos y sortear cuál de ellos iría en peregrinación á Santa María de Huelva, tocando la suerte otra vez á Colón.

Felizmente aplacóse á la mañana siguiente el temporal; al mismo

Isabel la Católica

tiempo divisaron tierra, y pocas horas después entraban en la embocadura del Tajo, desde cuya orilla habían los habitantes visto al barco luchando con las olas y rogado á Dios por él. Todos se asombraban de la suerte que había tenido de salir con bien de aquel huracán tremendo, que no sólo había arrastrado gran parte de la ciudad de Cascae, situada cerca de la embocadura del río, sino que también había echado á pique gran número de barcos.

Desde la ciudad de Rastello, á la cual llegaron por la tarde, envió Colón un correo á los Reyes de España para darles cuenta de su feliz regreso y de sus descubrimientos: dirigió también una carta al soberano de Portugal, que se hallaba á la sazón en Valparaíso, nueve leguas distante de allí, pidiéndole permiso para entrar en el puerto de Lisboa, y advirtiéndole al mismo tiempo que no procedía de Guinea ni de ninguna otra posesión portuguesa, sino directamente de la India y Cipangu, á cuyos países había llegado haciendo una travesía por Occidente.

La noticia de haber llegado una carabela con cargamento de oro, y conduciendo hombres, animales, plantas y productos hasta entonces desconocidos, recorrió como una exhalación todo el país, y un gentío inmenso, así noble como plebeyo, corría atropelladamente para ver al descubridor y al barco y su cargamento. Desde por la mañana hasta la noche acudía una muchedumbre ansiosa á bordo de la carabela, y el río se veía cuajado de botes de todas clases llenos de curiosos.

El 8 de marzo recibió Colón una invitación del Rey de Portugal para que fuera á visitarle, y en la audiencia que tuvo lugar al día siguiente fué recibido con gran amabilidad y con toda clase de honores. El Rey le dijo que el éxito del viaje le alegraba extraordinariamente, pero que no podía desechar la idea de que los países descubiertos debían pertenecerle á él con arreglo á los contratos que tenía hechos con España y las repetidas donaciones del Papa. Colón contestó que no conocía tales contratos, pero que se había ceñido estrictamente á las indicaciones de sus soberanos, de no ir ni á Guinea, ni á ninguna otra posesión portuguesa. Probablemente el grandioso éxito del viaje no había sido muy agradable para los portugueses, mucho más cuando en otro tiempo habían sido rechazadas las ofertas de Colón; y hasta algunos cortesanos creyeron sería del agrado del Rey que comprometiesen al genovés en alguna pendencia, en la cual hallasen el medio de matarlo, para de ese modo echar por tierra todo el mérito de sus descubrimientos. Pero el rey Juan rechazó tales intenciones y se despidió de Colón colmándole de mercedes, y diciendo que abrigaba la esperanza de que se arreglaría aquel asunto pacíficamente entre él y los Reyes de España.

El 11 de marzo despidióse Colón por segunda vez de la Corte portu-

Fernando el Católico

guesa; el día 13, después de haber hecho una corta visita á la Reina, levó anclas, y el 15 de marzo de 1493 entró, á eso del medio día, en el mismo puerto de que había salido el 3 de agosto del año anterior. El regreso del barco produjo, como se comprenderá, la más extraordinaria agitación en la ciudad de Palos, pues apenas había una familia que no tuviese algún pariente entre la tripulación de las carabelas. Todos los comercios se cerraron en señal de júbilo, y entre el contínuo repique de las campanas, y rodeado de la multitud que le aclamaba con entusiasmo, se dirigió el dichoso descubridor, por todos felicitado, á la iglesia, seguido de su tripulación, para dar ante todo gracias al Todopoderoso, que había guiado y protegido la expedición tan milagrosamente.

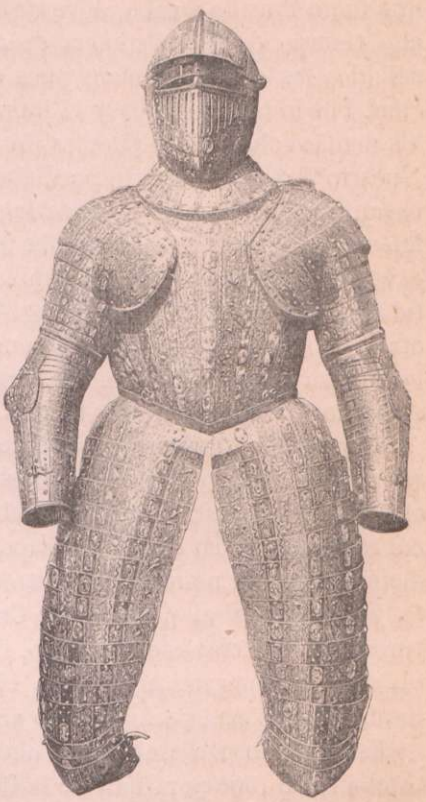
En Palos supo el Almirante que la corte se hallaba en Barcelona, y envió allí un mensajero para que diera la noticia de su feliz desembarque en la madre patria. Poco después púsose él en camino, acompañado de sus fieles y de seis indios, para ir por tierra á ver á los Reyes y darles cuenta de su viaje.

Una extraña disposición del destino quiso que aquel mismo día al anochecer llegase también á Palos *La Pinta*. Esta había sido arrojada por las borrascas hasta el golfo de Vizcaya, pudiendo llegar por fin al puerto de Bayona con felicidad. Desde allí envió correos extraordinarios Martín Alonso Pinzón, capitán de *La Pinta*, para rogar á los Reyes de España, creyendo que el Almirante y su barco se habían ido á pique, le diesen permiso para presentarse en la corte. Pero como entretanto habían llegado ya á la misma los mensajeros de Colón, les contestaron que sólo podía presentarse formando parte del séquito de su Almirante; la cual contestación irritó tanto al ambicioso capitán, que se hallaba á la sazón algo enfermo, que murió poco después.

Colón, por el contrario, prosiguió en un continuo triunfo su viaje desde Sevilla á Barcelona. Por cuantas partes pasaba afluía la multitud ávida de contemplar al intrépido descubridor y á los indios y riquezas que le acompañaban. Sobre todo, su entrada en Barcelona pareció enteramente la entrada triunfal de un antiguo conquistador. Los heraldos abrían la marcha de la abigarrada caravana, á la que daban escolta centenares de nobles á caballo; en pos de los heraldos seguían los indios, ricamente adornados y con fantásticas pinturas por todo el cuerpo, cargados con grandes trozos de oro y varios objetos de adorno hechos del mismo metal. A los indios acompañaban otras personas que conducían papagayos vivos de chillones colores, así como otros pájaros de pintado plumaje, y además ricas especias, plantas y maderas finas. Seguían después gentes que llevaban una verdadera riqueza en coronas, máscaras, discos y otros adornos de oro y piedras preciosas. Por último, cerraba la

marcha Cristóbal Cólon, rodeado de la flor y nata de la caballería española.

A fin de recibir al Almirante con las mayores distinciones habían ordenado los Reyes levantar en una explanada un magnífico dosel de brocado de oro, y allí, rodeados de todo lo más brillante de su corte, esperaban la llegada del descubridor. Y cuando Colón entró en la regia tienda, se levantaron los soberanos y recibieron á aquel que hacía un año no sabía donde reclinar su cabeza, como á una persona del más alto rango. Cuando Colón se arrodilló para besarles la mano mandáronle inmediatamente que se levantara y sentase, distinción que era tenida entonces en España como la más grande.



Armadura de Cristóbal Colón

A las preguntas de los Reyes contestó Colón haciendo un sucinto relato de sus travesías, que completó presentando los hombres, plantas, metales y animales que había traído consigo, y añadiendo, con razón, que tales presentes eran sólo una débil muestra de las innumerables riquezas que atesoraban los nuevos países descubiertos.

Cuando hubo terminado Colón su relato, cayeron los Reyes de rodillas para dar gracias al cielo por la gran merced que les había concedido. Todos los presentes imitaron su ejemplo, el coro de la Catedral entonó el *Te Deum laudamus* acompañado por las trompetas y bocinas, y en toda la gran explanada no se oía más que piadosos rezos y alabanzas al Señor.

El místico entusiasmo de que se hallaba poseído Colón dalo á conocer mejor que nada el final de una carta que éste dirigió á Rafael Sánchez, tesorero del Rey, y que dice así: «Por más que lo que digo es extraordinario y nunca oído, no dudo que hubiese alcanzado éxito mucho mayor si hubiera tenido la cantidad de barcos necesarios á una empresa semejante. El que ésta haya dado resultados tan magníficos y sorprendentes se

debe menos á mí que á la Santa Fe Romana y á la piedad de nuestros Monarcas. Porque el Señor me ha concedido á mí lo que no ha pasado por la imaginación de ningún hombre, pues Dios escucha algunas veces los ruegos de sus siervos que cumplen sus mandamientos, concediéndoles mercedes que parecen imposibles. Por eso dióle también feliz término á mi empresa, por más que no hubiese pasado por pensamiento humano que fuera llevada á cabo. A pesar de que se había hablado ya desde mucho tiempo de la existencia de aquellas islas, eran sólo conjeturas y cálculos los que se hacían, pues se tenía por fábula lo concerniente á ellas. Por lo tanto, el Rey y la Reina y sus bendecidos Estados, así como los demás soberanos y pueblos de la cristiandad, deben darle gracias á Nuestro Señor Jesucristo por habernos concedido esta victoria. Que se organicen procesiones y fiestas sagradas, y que se adornen los templos é iglesias con flores y ramas verdes para que se alegre Jesucristo al ver que el reino de Dios se extiende también á aquellos pueblos, cuyas almas estaban perdidas hasta ahora. Alegrémonos y regocijémonos también nosotros, no sólo por haber llevado nuestra fe hasta aquellos países, sino por la riqueza de bienes terrenales, cuyos beneficios, no sólo serán de España, sino que se extenderán por toda la Cristiandad en el porvenir.»

Si ya Colón, en su religioso arrobamiento, tenía antes la persuasión de ser el instrumento elegido por Dios para llevar á aquellos remotos países el Cristianismo, esta creencia se afirmó más y más en su corazón en vista del resultado de su empresa. Empezó por expresar este convencimiento, diciendo que su nombre de Cristóforo estaba relacionado con el de Cristo, y que él era el portador de Cristo designado por Dios para llevar la verdadera fe á través del Océano. En todas sus cartas estampaba una firma mística compuesta de siete letras separadas de su nombre, y cuyo significado no está por completo aclarado todavía (1).

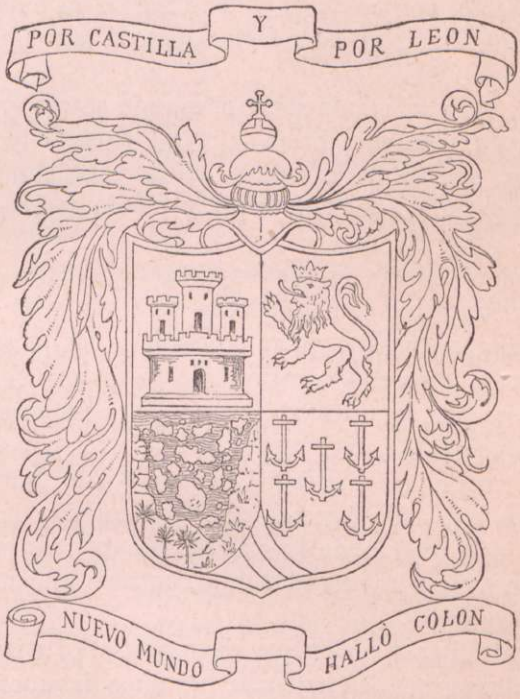
Este mismo pensamiento se observa en la carta de América diseñada en el año de 1500 por Juan de la Casa, timonel de Colón, en la que se ve á San Cristóbal llevando en brazos al Niño Jesús á través del Océano. La cabeza del santo parece ser un retrato del Almirante, pues tiene algún parecido con los de éste reproducidos por nosotros en las páginas anteriores.

Durante la permanencia de Colón en la corte de España no cesó de verse colmado de mercedes, y con fecha 28 de mayo, no tan sólo le fueron renovados los privilegios que le habían concedido antes de emprender su

(1) Véase la página 243, donde, además del facsímile de la firma del descubridor, consignamos las varias explicaciones que acerca de ella han dado algunos hombres eminentes.

viaje, sino que le concedieron también el uso de un escudo dividido en cuatro cuarteles, los dos superiores con las armas de León y Castilla, y los inferiores, en el uno cinco áncoras, como emblema de su dignidad de Almirante, y en el otro gran número de islas doradas sobre fondo azul figurando las olas del mar, como símbolo de los descubrimientos que había realizado.

La inscripción que se ve en las ondulantes cintas, y que dice: *Por Castilla y por León Nuevo Mundo halló Colón*, fué añadida más tarde, después de su muerte.



Escudo de Colón

EL REPARTO DE LA TIERRA

En la corte de España estaban convencidos de que el rey Juan de Portugal querría hacer valer sus supuestos derechos sobre los países recientemente descubiertos; así es que se apresuraron á asegurar para España el dominio y posesión de dichos países.

Por entonces se atravesaban circunstancias por demás especiales. El Papado estaba en el apogeo de su poder é influía en todas las cuestiones de la Cristiandad, no sólo en las relacionadas con la religión, sino también en las políticas.

Quería ejercer su soberanía sobre el mundo entero, y que sus supuestos derechos se extendieran hasta aquellos países cuyos habitantes no eran cristianos, considerando á éstos sin derecho alguno y sólo como usufructuarios del suelo que habitaban, y que de derecho pertenecía á la Iglesia.

Si bien es cierto que la Iglesia imponía á sus fieles la obligación de extender el Cristianismo y su influencia cada vez más, no lo es menos que les concedía poder para tomar posesión de los países de los herejes sin necesitar para nada el consentimiento de éstos y sí sólo el del Papa.

Así es que los portugueses habían tomado posesión exclusiva é ilimitada repetidas veces de los territorios descubiertos por ellos en el Africa, posesión confirmada por edictos del Papa, y por lo tanto los creyentísimos y católicos reyes de España decidieron recabar la sanción de éste para la toma de posesión de los países descubiertos por Colón, á cuyo efecto enviaron una embajada al Sumo Pontífice Alejandro VI para que diera el citado permiso.

Considerando el gran poder que alcanzaría el Cristianismo propagándose hasta aquellas remotas regiones, fué inmediatamente concedida la petición de los Soberanos españoles, y el 3 de mayo del año de 1493 se publicó una bula en la que constaba que el papa Alejandro, «por impulso propio y sin estímulo de nadie, por la plenitud de su poder apostólico,» concedía á los monarcas de España todos los países descubiertos por Colón, amenazando con excomunión á todo aquel que fuera á ellos sin permiso de éstos ó estableciese algún tráfico sin su conocimiento.

Para impedir cualquier conflicto entre España y Portugal publicóse el 4 de mayo un segundo decreto que dividía los dominios de las dos naciones rivales en descubrimientos por medio de una línea de demarcación hecha de modo que la mitad del mundo situada al Occidente perteneciera á España, que podía hacer en ella cuantos descubrimientos quisiera, y la otra situada al Oriente á Portugal, con idénticos derechos.

Afortunadamente hoy día no podemos comprender tamaño proceder y semejante original solución, pues para que vivieran en paz dos nacio-

Moneda de cobre del papa Alejandro VI (tamaño original)

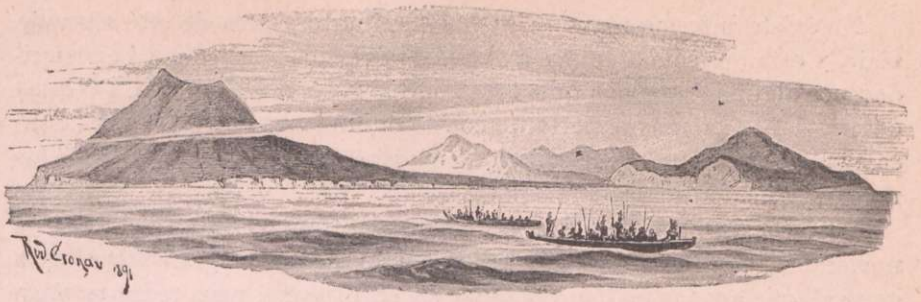
nes, celosas ambas de los triunfos de su contraria, con la mayor sencillez dividieron la Tierra en dos porciones cual si se tratara de una manzana. La línea de demarcación se la figuraron trazada desde el Polo Norte al Polo Sur y á 100 leguas al Oeste de las Azores y del Cabo de las Islas Verdes.

Este reparto enojó mucho al pequeño Portugal, que creyó mejorada con él á España, y no paró hasta conseguir que se firmase, el 7 de junio de 1494, un contrato en Tordesillas (Castilla la Vieja), por el que se le concedió que la línea de demarcación se prolongase 270 leguas más hacia Occidente. En este contrato se precisaba que de cada uno de estos dos países saliese una comisión, que partiría del Cabo de las Islas Verdes, destinada á determinar exactamente esta línea; mas no se sabe que tuviese lugar dicha expedición.

La completa inexactitud de esta línea tenía que ser más tarde causa de las diferencias surgidas, á propósito del Brasil, entre España y Portugal, y lo poco que se cuidaron las demás naciones del contrato que tenían establecido éstas últimas, lo veremos más tarde al tratar de las discusio-

nes que la posesión del Nuevo Mundo originó también entre los demás países, ó sean Holanda, Francia é Inglaterra.

Merece mencionarse que con aquella división de la Tierra los países comprendidos en ella, así como los que se descubrieron más tarde, se diferenciaron con los nombres de Indias Occidentales y Orientales, que han conservado hasta nuestros días.



La isla de San Eustaquio (Vista desde Nordeste) (Dibujo original de Rodolfo Cronau)

SEGUNDO VIAJE DE COLÓN

Apenas obtuvo España el primer edicto del Papa el día 3 de mayo de 1493, cuando ya se empezaron á hacer preparativos para una segunda expedición.

Si los preparativos del primer viaje habían necesitado muchos meses para terminarse, ahora, por el contrario, hacía la corte todo lo posible para acelerarlos, tanto que el 25 de septiembre del año 1493 pudo hacerse Colón á la vela desde el puerto de Cádiz con tres grandes barcos de transporte y catorce carabelas. La expedición había sido organizada en gran escala, y todo estaba dispuesto de modo que las colonias que pensaba fundar Colón no careciesen de nada. Obreros de todas clases se hallaban á bordo; además llevaban gran número de animales domésticos para aclimatarlos en aquellas regiones, así como considerables cantidades de trigo, legumbres y sarmientos, pues pensaban cultivar la vid. Además de los obreros iban gran número de soldados, muchos de ellos pertenecientes á las más nobles familias de España, y algunos de los cuales, entre los que descuellan Ojeda, Velázquez, de Esquival y Ponce de León, estaban destinados á desempeñar en lo porvenir un importante papel en la historia de las Indias Occidentales. La brillante expedición, compuesta de más de mil personas (1), no sólo tenía orden de fundar colonias en cuantos sitios fueran á propósito para este objeto, sino que sobre todo llevaban el encargo de hacer nuevas travesías de exploración y descubrimientos, penetrando, si era posible, hasta el corazón de la India y grandes comarcas del reino de Mangi, Cipangu y Catay.

(1) Según datos de algunos historiadores eran 1.200, y según otros 1.500, las personas que tomaron parte en esta expedición.

No existe informe manuscrito del almirante acerca de este segundo viaje, y estamos sólo atenidos á varias descripciones legadas á la posteridad por algunas personas que tomaron parte en la expedición. De estas descripciones, la más importante consta en una carta dirigida por Chanca, un médico oriundo de Sevilla que acompañó á Colón, por orden de los reyes, al senado de la citada ciudad.

Después de bastantes días de vicisitudes divisaron tierra el día 3 de noviembre, un poco antes de la salida del sol, siendo tan grande la alegría general, que apenas podían contener su entusiasmo, pues todos estaban sumamente cansados de la incómoda vida del mar y deseaban tener tierra firme bajo sus pies. El país apareció al pronto como una elevada isla montañosa, y poco después vieron, á la derecha de ella, una segunda completamente llana, y á medida que el día avanzaba iban apareciendo otra y otra hasta el número de seis, de ellas algunas bastante grandes.

Habían llegado, pues, á algunas de aquellas islas cubiertas de magníficos bosques, pertenecientes al grupo que, formando un inmenso semicírculo, se extiende desde la punta oriental de la isla de Puerto Rico al continente Sudamericano y embocadura del río Orinoco, y que son conocidas por el nombre de *Pequeñas Antillas*.

Colón dirijíase ante todo á la primera que habían divisado, buscando un puerto que fuese suficiente capaz para la escuadra; pero fueron inútiles todas sus pesquisas, pues la isla, á la que dió el nombre de Dominica, era sólo un inmenso monte cuyos flancos bajaban rectos hasta el mar.

Por lo tanto siguieron hasta otra segunda, situada cinco leguas más allá en dirección Norte, y á la que bautizó Colón con el nombre de María Galante en honor del buque almirante, y en ella descubrieron un lugar seguro de anclaje.

Desplegando el gran estandarte real, y entre las aclamaciones de sus compañeros, tomó Colón posesión en toda regla de esta isla y de las restantes.

Dos horas permanecieron en aquel sitio, y en este tiempo hallaron algunos españoles un árbol, cuyo olor era parecido al del clavo. A fin de reconocerle mejor gustaron algunos de los frutos de que estaba cuajado, pero apenas los rozaron con los labios hinchóseles atrozmente la cara, sobreviniéndoles una fuerte inflamación acompañada de violentos dolores, que sólo pudieron combatir aplicándose paños empapados en agua fría.

Al siguiente día acercáronse á una tercera isla, en medio de la cual se elevaba un alto volcán apagado, y por cuyas paredes se precipitaban hermosísimas cascadas, entre las cuales una llamó poderosamente la atención de los españoles á causa de su gran altura y magnitud. A esta isla llamóla

Colón *Guadalupe* en recuerdo del convento del mismo nombre situado en Extremadura, y allí fué donde por vez primera vieron huellas del canibalismo que dominaba en las Antillas. En algunas chozas abandonadas encontraron huesos de brazos y piernas humanos roídos; en un caldero hervía el pescuezo de un hombre, y en otras cabañas vieron cráneos humanos colgados y trabajados de modo que sirviesen de vasijas.

Por algunas mujeres robadas de otras islas por los habitantes de aquélla, supieron que Guadalupe estaba habitada por aquellos terribles antropófagos conocidos por el nombre de *Caribes*, cuya fama se extendía por

La isla Santa María la Redonda (Dibujo original de Rodolfo Cronau)

todas las Indias Occidentales hasta Cuba y las islas Lucayas llenando de pavor á sus habitantes. Dijéronles también que poco antes de la llegada de ellos habían salido más de 300 guerreros en diez canoas para atacar otras islas.

A consecuencia de esto había muy pocos hombres entónces en Guadalupe, lo que fué una gran suerte para cierto número de españoles que, al hacer una excursión al interior de la isla, se extraviaron y anduvieron errantes cuatro días por entre los espesos bosques vírgenes, sin poder hallar el camino para regresar á sus barcos. A bordo ya los daban por muertos, pues creían que habrían sido devorados por los caníbales, siendo así que no dieron resultado alguno cuantas pesquisas se habían hecho para encontrarlos. Iban ya á levar anclas, cuando de pronto aparecieron los

extraviados compañeros (que fueron recibidos con gran regocijo), que contaron una calamitosa historia. Rodeados de espesos bosques habían tratado inútilmente de trepar á algún peñasco elevado ó á la copa de algún árbol para orientarse, pues la lujuriosa vegetación tropical les imposibilitaba poder ver, estando tan juntos los árboles que sus copas se confundían de tal manera que por entre sus hojas no se vislumbraba el menor trozo de cielo. Sólo á la casualidad debieron el haber llegado á la orilla del mar, desde la que encontraron el camino para ir á bordo.

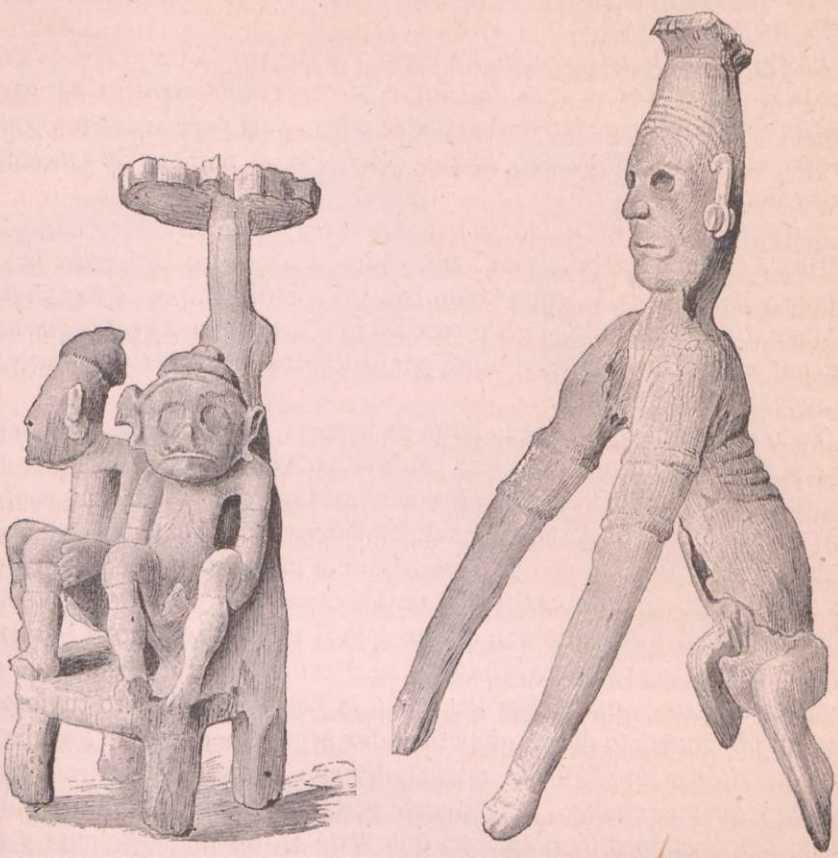
Prosiguiendo la travesía, descubrieron las islas de Montserrat, Santa María la Redonda, Santa María la Antigua, San Martín y San Eustaquio (Véase la pág. 305); tuvieron otras á la vista, pero desistieron de realizar un desembarque en ellas porque Colón tenía prisa por llegar pronto á Española y visitar el fuerte *La Natividad*.

Vientos contrarios les obligaron á buscar refugio en una isla á la que dió el almirante por nombre *Santa Cruz*, anclando en ella el día 14 de noviembre. Aquí fué donde conocieron por completo el carácter guerrero de los tan temidos caribes, pues al pretender la tripulación de un bote separar de la costa una canoa en la que se hallaban cuatro hombres, dos mujeres y un muchacho, fueron saludados con una lluvia de flechas de tan certera puntería que en un momento cayeron gravemente heridos dos españoles; cuando los restantes se arrojaron sobre la canoa y la volcaron, prosiguieron los salvajes el ataque dentro del agua, y al mismo tiempo que nadaban seguían disparando flechas con la misma fuerza y seguridad que ántes. A pesar de todos sus esfuerzos, los españoles no consiguieron coger más que un caribe, y esto después de haber recibido una lanzada que le produjo la muerte poco después.

Los caribes se diferenciaban bastante de los otros indios que habían hallado anteriormente. Mientras éstos trataban de hacer artísticas figuras con sus cabellos afeitándoselos de un modo particular y dejando sólo algunos en forma de cruces ú otros ornamentos, llevaban los caribes el pelo muy largo. Alrededor de los ojos se pintaban grandes círculos negros, así es que el rostro ofrecía un aspecto horroroso. Los brazos y las piernas los llevaban fuertemente envueltos en su parte inferior y superior con estrechas ligaduras de algodón, lo cual hacía que los músculos aparecieran muy hinchados y salientes. Todos los escritores españoles de aquel tiempo que han tenido ocasión de ver á estos caribes están conformes en afirmar que su aspecto era verdaderamente espantoso.

Dos interesantes esculturas de madera procedentes de las Antillas se guardan en el Instituto Smithsonian de Wáshington. Una de ellas, de 31 pulgadas de altura, representa dos figuras humanas sentadas sobre una silla que ostenta un alto cobertizo en forma de dosel. Las dos figuras lle-

van en la cabeza gorros adornados, y los lóbulos de las orejas tienen anchas aberturas destinadas probablemente á contener taruguitos de madera. En los brazos y piernas se observan indicios de las antes mencionadas ligaduras. La segunda figura mide 43 pulgadas y representa también un caribe con taruguitos en las orejas y ligaduras en los brazos.



Esculturas de madera de las islas Caribes
(Dibujadas por R. Cronau de los originales que se conservan en el Instituto Smithsonian)

Como armas llevaban estos rapaces pieles rojas, además del arco, flechas y mazas, como asimismo lanzas, cuyas puntas estaban formadas por trozos de concha aserrados, por fuertes espinas de pescado ó por puntiagudas piedras, á veces cubiertas de una capa de veneno. Poseían además hachas de piedra de las más diversas formas, y algunas de ellas eran pequeñas y ligeras mientras que otras pesaban cinco kilogramos.

En sus correrías piráticas no respetaban ni á las mujeres ni á los niños. Mientras que á los hombres que cogían prisioneros los degollaban y devo-

raban en seguida, á las mujeres se las llevaban para esclavas y á los niños los cebaban como animales para comérselos cuando fueran mayores. Que la carne humana era el plato favorito de los caníbales lo vieron confirmado los españoles no sólo por las palabras de éstos, sino porque todos los restos humanos que encontraron demostraban haber sido roídos para utilizar hasta la última fibra.

Prosiguiendo la navegación, los españoles llegaron á un grupo de cincuenta islitas, cubiertas unas de bosque, y otras completamente agrestes y estériles. Todas parecían deshabitadas, por lo cual permanecieron poco tiempo en este archipiélago, al que dió Colón el nombre de Oncemil Vírgenes.

Timoneando hacia Occidente hallaron la mayor de las cuatro, llamada la Gran Antilla, ó sea la isla de Puerto Rico, á la que los indígenas denominaban Boriquen y á la que Colón bautizó con el nombre de San Juan Bautista. De esta magnífica isla procedían muchas mujeres y niños que habían hallado en Guadalupe, robadas por los caníbales, y que Colón restituyó nuevamente á su patria.

Todo un día navegaron á lo largo de la costa; y después de permanecer dos días más en una espaciosa bahía situada en la parte Occidental de la misma, emprendieron el 22 de Noviembre la travesía hacia la Española, y en cuanto arribaron á sus costas desembarcaron en el extremo Oriental de ésta, ó sea *Cabo Engaño*. Este cabo, que era una costa pequeña y plana, era tan distinto en su constitución de los otros lugares de la Española visitados por ellos, que dudaron al principio si se hallaban ó no en la mencionada isla. Sólo al llegar al Golfo de las Flechas, la actual bahía de Samana, conocieron que habían llegado á la Española. Primero tuvieron que cumplir un triste deber, que era el dar sepultura á uno de los marineros herido por los caníbales, el cual, después de terribles sufrimientos, encontró allí su sepulcro. Al entierro asistieron también algunos indígenas, como asimismo un cacique que vivía en las inmediaciones y al cual habían éstos invitado. A pesar de tener en perspectiva la adquisición de considerables cantidades de oro por medio de transacciones comerciales, aceleró Colón su marcha, pues cuanto más se acercaban al fuerte de *La Natividad*, más deseaba conocer la suerte de los españoles que habían quedado custodiándole.

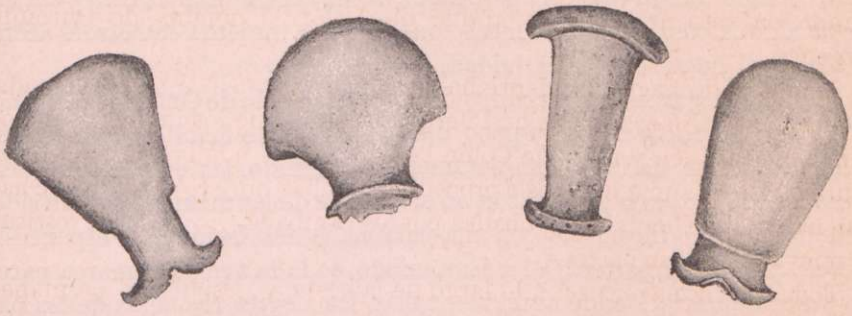
El 25 de noviembre llegaron á Monte Cristo, donde Colón pensaba establecer una segunda colonia en las cercanías del Río del Oro, por él descubierto.

Buscando un sitio á propósito para este objeto, tuvieron un terrible hallazgo los marineros, pues tropezaron con los cadáveres de un hombre y un niño que habían sido estrangulados con una cuerda y estaban medio

escondidos entre la maleza cerca del río. Ambos cuerpos se hallaban en tal estado de descomposición que no fué posible reconocer si eran de indios ó de blancos los restos que tenían ante sí.

Al día siguiente encontraron otros dos cadáveres de hombres, y esta vez pudieron ver claramente que llevaban barba corrida, de lo que dedujeron la triste consecuencia de que los asesinados eran españoles y pertenecientes á la colonia indudablemente.

Negros presentimientos acerca de la suerte de ésta oprimían el corazón



Hachas de piedra de los caribes de Guadalupe
Hállanse en el Instituto de Smithsonian (Wáshington)

del Almirante, y en efecto viólos confirmados aún más de lo que creía. Cuando al anochecer del 27 del mismo mes llegó la escuadra enfrente de la bahía de Punta Santa y Colón mandó disparar dos cañonazos anunciando su llegada, no obtuvo contestación alguna, ni se veían tampoco las llamas de las fogatas en la obscuridad; tan sólo el silencio de la noche imperaba al parecer en aquellos lugares.

Por fin, hacia las cuatro de la madrugada acercóse una canoa indígena al barco, pero sus tripulantes negáronse á pisar éste antes de haber visto al Almirante. Cuando Colón, accediendo á sus deseos, se inclinó sobre la banda de su barco, pidieron luz para verle mejor, y sólo después de haberle reconocido, subieron sin titubear á bordo.

Era una embajada del cacique Guacanagari, que, además de darle la bienvenida, le traían dos máscaras con adornos de oro como regalos. Colón, en primer lugar, informóse de la suerte de los españoles que habían quedado en La Natividad: pero sólo con la ayuda del intérprete indio llevado á España desde Guacanagari, y que había sido bautizado y acompañaba al Almirante en su segundo viaje, pudo adquirir algunos insuficientes datos casi sin ilación.

Lo que pudieron comprender fué que algunos españoles habían muerto de enfermedades, otros á consecuencia de las pendencias suscitadas entre ellos mismos, y que un cierto número se había dirigido hacia el interior del país, casándose con mujeres indígenas. Además añadieron que habían sido atacados por los caciques de Cibao, llamados Caonabó y Mayreni, que con sus guerreros destruyeron toda la colonia de Guacanagari, hiriendo á éste, de modo que aún no se levantaba del lecho. Mas como Colón creyó comprender que, á pesar de su herida, iría á visitarle aquella misma mañana, permanecieron quietos en aquel punto esperándole. Cuando vieron que no aparecía envió Colón un bote á tierra para indagar alguna cosa, y sólo entonces conocieron la inmensa catástrofe acontecida en el fuerte de La Natividad.

Primero llegaron los marineros del bote al pueblo de Guacanagari, que estaba reducido á cenizas, y poco después al fuerte habitado por los españoles. Este se hallaba completamente destruído: las empalizadas, así como los edificios que se hallaban en el interior de las mismas, habían sido demolidas y todo incendiado; en una palabra, la desolación más espantosa se veía por todas partes. Del mismo modo, toda la vecina comarca parecía un cementerio. Donde antes resonaban las alegres risotadas de los pacíficos indios, dominaba ahora un sepulcral silencio.

Como Colón antes de su partida había encargado á los habitantes del fuerte que, en caso de repentino peligro, echasen en el pozo del patio todos los tesoros acumulados, mandó practicar excavaciones en diferentes sitios de éste; pero en ninguna parte hallaron el más insignificante objeto de valor. En otro sitio hallaron enterrados los cadáveres de once españoles que parecían descansar desde ya algún tiempo en la tierra, pues sobre su tumba había crecido la hierba.

En el transcurso del día presentáronse algunos indígenas, estando todos acordes en afirmar que los caciques del interior, no sólo habían sorprendido el fuerte y muerto á los blancos, sino reducido á cenizas el pueblo de Guacanagari, haciendo gran mortandad en sus gentes y llevándose á los restantes prisioneros. A estos lamentos se unían también duras quejas contra los españoles, que no sólo habían ejercido el más grosero imperio sobre ellos, sino permitídose las más violentas usurpaciones. Algunos blancos se habían apropiado tres ó cuatro mujeres, otros habían seducido á las hijas y esposas de los indios, y á todo esto había que agregar las constantes pendencias que mantenían entre sí, contraviniendo por completo las órdenes de su jefe. En una palabra, de todo lo dicho se desprendió que el ataque de Caonabós y de Mayrenis no había hecho más que precipitar el fin de aquella sociedad tan mal avenida y desconcertada.

Con Guacanagari celebró Colón una entrevista en otro lugar, al cual se había hecho conducir el cacique, herido en una pierna por un golpe de hacha de piedra. Cuando el Almirante entró en su vivienda hallóle tendido en su hamaca, desde la que hizo á sus visitantes todo género de cumplidos, lamentándose con lágrimas en los ojos del desastroso fin de los cristianos.

Como entre el acompañamiento de Colón se hallase el médico del barco, éste ofreció á Guacanagari sus servicios. El cacique abandonó su hamaca para que le reconociera la herida, y no obstante de que sus gestos demostraban que sentía fuertes dolores, no se veía exteriormente herida ninguna.

Por esto entraron en sospecha algunos españoles de que habían sido víctimas de un engaño, y que acaso Guacanagari fuese cómplice del asesinato de los blancos. Esta sospecha pareció confirmarse por haber hallado en algunas chozas objetos de procedencia española, los cuales era difícil que hubieran cambiado por otros los españoles. En una de éstas encontraron una hermosa capa morisca, empaquetada del mismo modo que había venido de Castilla, y además medias, un ancla, pedazos de telas, etcétera.

A pesar de estos indicios acusadores, no lograron convencer á Colón de la complicidad del jefe indio, y la verdad es que la conducta observada después por éste no podía alimentar semejante sospecha, pues Guacanagari siguió siendo siempre uno de los más fieles partidarios de Colón.

El mismo día que el almirante le hizo la visita mandó que le condujesen á bordo para devolvérsela, y al expresarle el almirante su pensamiento de establecer una segunda colonia en aquella comarca, aconsejóle el cacique que no lo hiciera, por ser aquel paraje demasiado húmedo y malsano, lo que era por demás cierto.

Si bien Guacanagari observaba atentamente los objetos traídos por los españoles, sobre todo las plantas y caballos, desconocidos completamente por él hasta entónces, y que le interesaban sobremanera, no por eso se escapó á su penetrante mirada la animosidad que en contra suya reinaba entre algunos españoles, entre los que se distinguía un tal Padre Boyle, que trataba de convencer á Colón de lo conveniente que sería aprisionar al sospechoso cacique y hacer con él un escarmiento. Mas no se pudo conseguir que accediera á sus consejos el almirante, el cual, por el contrario, despidió á su huésped tributándole los mayores honores.

La sospecha contra Guacanagari tomó incremento al siguiente día en vista de otro suceso. A bordo del barco almirante se hallaban aún diez indias de las rescatadas del poder de los caníbales. En el silencio de la noche deslizáronse cautelosamente estas mujeres por los costados del bu-

que hasta el agua, y nadando con gran velocidad se dirigieron hacia la orilla, donde se veía una gran hoguera sirviendo de faro. A pesar de haberse notado al momento la huída de las indias y de haber salido inmediatamente un barco en su persecución, sólo se consiguió apoderarse de cuatro; las otras habían desaparecido en compañía de todos los demás indígenas, cuyas chozas se hallaron vacías á la siguiente mañana.

Colón decidióse á abandonar aquellos funestos parajes rodeados de pantanos semillero de fiebres, y buscar un sitio más á propósito para la fundación de una nueva colonia. Vientos contrarios obligaron á los barcos á buscar abrigo en una bahía situada 10 leguas al Este de Monte Cristo, y habiéndola reconocido minuciosamente, la hallaron de tan excelentes condiciones que decidieron permanecer en ella. No sólo era espacioso su puerto y tenía un terreno muy fértil y en forma de cordillera, que parecía hecho á propósito para instalar una colonia, sino que estaba perfectamente defendida de un lado por una muralla natural de rocas, y del otro por un bosque virgen de cactos y otros arbustos impenetrables. En las cercanías había dos ríos, con cuya corriente podía moverse una serie de molinos, y además abundaban en ellos toda clase de sabrosísimos peces; el suelo era extraordinariamente fértil, y apenas á un tiro de flecha de distancia se hallaba un pueblo indio, con cuyos habitantes podían comerciar. Según informes de estos indígenas, las ricas minas de oro de Cibao se hallaban á no muy gran distancia.

Por lo tanto empezóse la construcción de la primera ciudad del Nuevo Mundo, á la que dió Colón el nombre de Isabela en honor de su regia protectora.

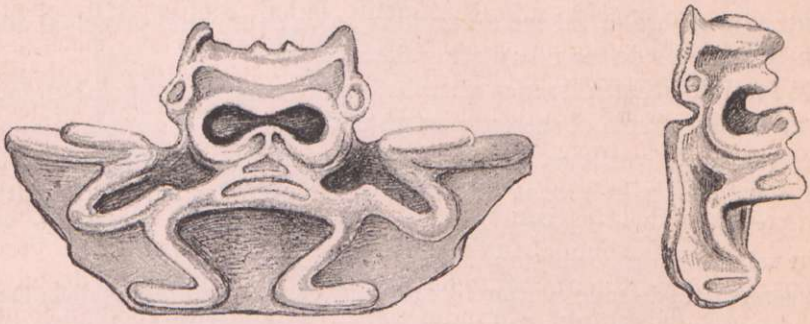
Se hicieron calles y plazas, una iglesia, residencia para el almirante, y además un almacén, todos estos edificios de piedra; las casas restantes se construyeron de madera, arcilla y caña, y toda la ciudad estaba rodeada de una muralla de piedra.

Durante la construcción de estos edificios envió Colón dos expediciones á las montañas de Cibao y Niti para registrar las minas de oro. Ambas dieron extraordinarios resultados, y sobre todo la que estaba á las órdenes de Ojeda, que halló en los ríos, en las arenas y en las peñas tanto oro que no pudieron dudar de la inmensa riqueza de este precioso metal que atesoraba aquel país.

Mas al regocijo producido por el brillante porvenir que se abría para la nueva colonia, tenía que mezclarse una gota de acíbar. Bien pronto se comprendió que en los alrededores de Isabela abundaban las fiebres. Como espíritus invisibles deslizábanse los nocivos vapores postrando en el lecho á uno después de otro. Tampoco Colón fué respetado, y tuvo que luchar meses enteros con ellas interrumpiendo su actividad. Pero en cuanto se

vió restablecido de su enfermedad, al frente de una escogida hueste dirigióse á las montañas de Cibao para ocupar el país del oro. Al son de una música guerrera y con flotantes banderas abandonó la brillante expedición, compuesta de más de 400 personas, la colonia de Isabela, llegando á los pocos días á aquella maravillosa y alta llanura que comprende la parte más hermosa y fértil de la isla, y que bajo el nombre de *Vega Real* es célebre, aun más allá de las Indias Occidentales.

Por todas partes vieron confirmadas las afirmaciones de Ojeda referentes á la riqueza en oro de esta montaña, y las investigaciones llevadas



Visto por delante — Visto de costado

Un *Zemi*. Hallado en Vega Real y en la actualidad en poder del autor

á efecto dieron tan brillantes resultados que el médico Chanca termina su relato con las siguientes palabras: «Así, pues, desde este momento nuestros soberanos pueden considerarse los monarcas más ricos y dichosos del mundo, pues hasta nuestros días no se ha visto cosa semejante. Indudablemente será tan considerable la cantidad de oro que en nuestro próximo viaje conduzcan á España nuestros barcos, que ni aún viéndolo uno con sus propios ojos lo creerá posible. Quien no me conozca me tomará por un desvergonzado charlatán; mas Dios es testigo de que es cierto todo lo que aseguro.»

Con los habitantes de Vega Real entablaron los españoles las relaciones más amistosas; mostrábanse éstos hospitalarios y amigos de paz, admirando con no fingido asombro á los extranjeros con sus brillantes armaduras, relucientes armas y abigarrados trajes. Sobre todo lo que más les llamó la atención fueron los jinetes, cosa nunca vista por ellos, al extremo de que al principio creían que hombre y caballo eran un solo ser; así es que, al verlos desmontar, retrocedieron aterrorizados aquellos sencillos hijos de la naturaleza al ver que de un ser habíanse formado dos completamente independientes uno de otro.

Pero si grande era el interés que excitaban los españoles entre los primitivos habitantes de la isla, no era menor el que ellos experimentaban ante los extraños usos y costumbres indígenas. Según las descripciones de Chanca y del hermano Román, contemporáneo de éste, acostumbraban ambos sexos á pintarse todo el cuerpo, los unos de negro y los otros de blanco ó encarnado, pero siempre formando los más raros dibujos.

Algunos llevaban las imágenes de sus *Zemis* ó dioses protectores pintadas sobre la piel, y además se cortaban el pelo de mil extrañas maneras, dejando aquí y allí algunos mechones. «Es imposible, dice Chanca, describir sus peinados; sólo puedo asegurar que lo que en España podría amontonarse sobre la cabeza de un loco, se ve aquí como principal adorno en las cabezas de los más distinguidos.»

No estando acostumbrados al trabajo, puesto que la superabundante naturaleza les ofrecía el sustento en gran abundancia, y no teniendo que preocuparse por vestidos en aquel clima siempre tan templado y tan igual, llevaban los indígenas una existencia muy feliz, rindiendo culto á toda clase de juegos y alegres danzas, la cual existencia sólo muy rara vez se veía turbada por alguna invasión guerrera.

A semejanza de todos los pueblos americanos, los habitantes de la Española eran muy dados al baile y poseían gran variedad de danzas. No eran menos aficionados al tabaco, cuyas hojas echaban sobre carbones enrojecidos, absorbiendo el humo por medio de un tubo en forma de Y, metiendo la rama inferior en el humo y las dos superiores en los agujeros de la nariz.

Fumaban hasta perder el sentido, y nadie se ocupaba de ellos; lo más que hacían las mujeres de los caciques era llevar á éstos á su hamaca.

Tanto como al tabaco eran aficionados los isleños á una especie de vino que preparaban las mujeres del modo siguiente: cogían granos de maíz verde y los mascaban lentamente, escupiendo el jugo en una vasija, en la cual le cocían más tarde, y finalmente lo colaban. El grabado que acompaña á la página siguiente, copia de una lámina en madera procedente del cronista Benzoni, explica este procedimiento, que aún se usa en muchas de las islas Polinesias.

Preocuparse acerca del porvenir de la materia y del espíritu parece que no era muy del agrado de aquellos hijos de la naturaleza, que se limitaban á invocar el auxilio de sus dioses protectores ó *Zemis*, ídolos hechos de barro, madera ó algodón, y que sujetaban á su frente en caso de guerra.

En casos de enfermedad reunían en consejo á los llamados *Butios*, los sacerdotes y las hechiceras, que sabían darse gran importancia por medio de toda clase de supercherías y artificios, influyendo á veces notablemente

en el ánimo de los caciques y de los pueblos. Eran aficionados sobre todo á hablar por boca de sus *Zemnis*, es decir, por medio de ingeniosísimas bocinas ó cerbatanas subterráneas que iban á parar á la boca de los ídolos, y desde las cuales decían sus oráculos al pueblo. A ellos estaba también confiada la curación de los enfermos, la cual trataban de alcanzar envolviendo á éstos en verdaderas nubes de humo de tabaco y dando grandes voces para expulsar á los espíritus malignos que se hubiesen apoderado de sus cuerpos.

El grabadito que acompaña á la pág. 319, procedente también del cro-

Preparación del vino en la antigua Española. (Según una lámina sobre madera de Benzoni)

nista Benzoni, no sólo es interesante por representar una de estas curaciones, sino que representa al mismo tiempo la construcción de las cabañas indígenas y el modo que tenían de sujetar las hamacas.

Si no le era posible al Butio curar á un enfermo y comprendían que se moría, le daban muy poco alimento y lo abandonaban tranquilamente á su suerte; á las personas principales y á los caciques los estrangulaban para ahorrarles los tormentos de una larga agonía. Los cadáveres eran quemados, ó los enterraban en cavernas.

El llamado *culto de los antepasados*, es decir, el honrar á los difuntos, parece haber estado en aquel tiempo en todo su apogeo, pues en muchas chozas de indígenas se hallaron cráneos cuidadosamente preparados.

Una figura de algodón tejido, hallada en una cueva de las cercanías de Maniel, al Oeste de Santo Domingo, que medía 75 centímetros de

altura y poseía una calavera cubierta también con un tejido de algodón y ojos artificiales artísticamente colocados, es una muestra del referido culto. Como esta extraña figura será acaso la única que ha llegado á nuestros días, nos parece de doble interés hacer aquí mención de ella.

Como Colón había decidido la explotación de las ricas minas de Cibao, le acompañaba un número de mineros con este objeto, y para protegerlos mandaron erigir un fuerte al que dieron el nombre de Santo Tomás. Terminado éste, dióle Colón una guarnición de 56 hombres, y altamente satisfecho del resultado de su expedición, volvióse á Isabela para continuar desde allí sus viajes de exploración, interrumpidos por los dichos trabajos. Dejando de gobernador de esta isla á su hermano Diego, se hizo á la vela el 24 de abril de 1494, llevando á sus órdenes tres barcos, llamados *Niña*, *San Juan* y *Cordera*, en dirección Oeste; tocó ligeramente en los puertos de Monte Cristo, La Natividad y San Nicolás, cruzó el estrecho que separa á Española de Cuba, y dirigióse á esta última para explorar sus costas meridionales.

Primero descubrieron allí el bello y espacioso puerto de Puerto Grande, llamado hoy Guantánamo, sorprendiendo á gran número de indígenas que se dedicaban á la pesca. Estos habían sido enviados por un cacique del interior para coger gran cantidad de peces, con que pensaba obsequiar á otro jefe amigo dándole un festín. Como al acercarse los españoles huyeron los indios dejando abandonada su pesca, éstos, sin titubear, se apoderaron de ella altamente regocijados. Pero cuando más tarde consiguieron hacer perder el temor á los indios, que los miraban desde una altura, y que se acercasen á ellos, les indemnizaron cumplidamente de la pérdida que habían sufrido, separándose en paz de ellos.

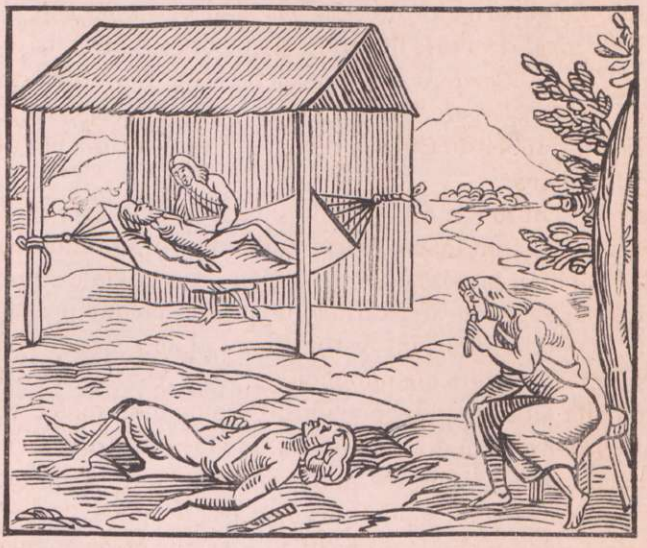
También tuvieron el mismo pacífico carácter otros encuentros con los habitantes de la citada costa. Los indígenas iban á la plaza llevando frutos, agua y flores, que ofrecían á los extranjeros, pues los creían descendidos del cielo. Prosiguiendo su viaje llegaron los españoles á la hermosa bahía de Santiago de Cuba y siguieron hasta las altas paredes de roca que bajan perpendicularmente al mar al Este del Cabo de Santa Cruz, dirigiéndose desde allí directamente en dirección Sur, puesto que los habitantes de Cuba habían indicado unánimemente ésta al preguntarles por oro, afirmando que en aquella dirección estaba situada una gran isla que contenía gran cantidad de este precioso metal.

Y, en efecto, no habían andado muchas leguas siguiendo la mencionada ruta, cuando aparecieron á sus ojos, como brotadas de mágico pincel en la transparente atmósfera, las cordilleras de Jamaica, la tercera de las Antillas, rodeadas de nubes.

Cuanto más se acercaban á esta magnífica isla, más se embelesaban

ante sus encantos, que entusiasmaron de tal modo á Colón que decia que sólo podía ser comparada esta isla con los valles de los bienaventurados.

Pero los habitantes de este edén parecían firmemente decididos á impedir toda invasión extranjera, pues salieron con más de 70 canoas al encuentro de la escuadra, dispuestos para la guerra, adornados con plumas y pintado el cuerpo de colores chillones, blandiendo sus lanzas en medio de ronca y estridente gritería. Afortunadamente las pacíficas palabras de los intérpretes, así como algunos regalos, calmaron el furor de que se hallaban poseídos, no oponiendo resistencia á que anclasen los barcos en



Curación de los enfermos. (De una lámina en madera de Benzoni)

una bahía á la que Colón bautizó con el nombre de *Santa Gloria*, en atención á la belleza de sus alrededores.

También los habitantes de otro puerto situado á dos leguas al Oeste de Santa Gloria, donde llegó el Almirante al siguiente día, mostráronse al principio en son de guerra saludando á los barcos con una nube de flechas, á tal punto que se vieron precisados á enviar algunos botes con hombres armados, los cuales hicieron huir bien pronto á los indios después de algunos disparos bien dirigidos. En este ataque contra los habitantes de la isla hicieron uso por primera vez de un perro de presa que, ladrando furiosamente, corría detrás de éstos, sembrando gran pánico entre ellos. La cruel costumbre de azuzar á los perros contra los indígenas y hacerlos perseguir por estos animales fué ampliamente puesta en práctica más adelante.

Después de la dispersión de los indios tomó el Almirante en toda forma posesión de la isla, dándola el nombre de Santiago, que tuvo que ceder más tarde el puesto al antiquísimo de *Jamaica*.

Al día siguiente acercáronse los indígenas en actitud más benévola, entabláronse transacciones de objetos entre unos y otros, y pronto fueron tan cordiales las relaciones entre indígenas y españoles como las mantenidas con los habitantes de las otras islas que habían visitado anteriormente.

En algunas cosas se distinguían favorablemente los indígenas de Jamaica de los de Cuba: por ejemplo, en lo referente á sus botes habían hecho grandes progresos, pues éstos, que medían hasta 96 pies de longitud y habían sido fabricados de un solo tronco de árbol, no sólo estaban mejor construídos, sino también más primorosamente trabajados, y sobre todo en ambos extremos ostentaban ricos adornos tallados y pintados.

Pero el oro que esperaban hallar los españoles en Jamaica buscáronle inútilmente, por lo cual decidióse Colón, después de bastantes días de infructuosas pesquisas, á volver á la isla de Cuba y proseguir allí sus investigaciones.

Timoneando en dirección Norte, llegaron el 18 de mayo al Cabo Cruz, última embocadura de aquel alto país en forma de meseta que hacia el Este se va elevando cada vez más. Rodeando el promontorio, se hallaron al siguiente día, impulsados por un fuerte viento huracanado, en la espaciosa bahía formada por este cabo, que se extiende á bastante distancia hacia el Oeste.

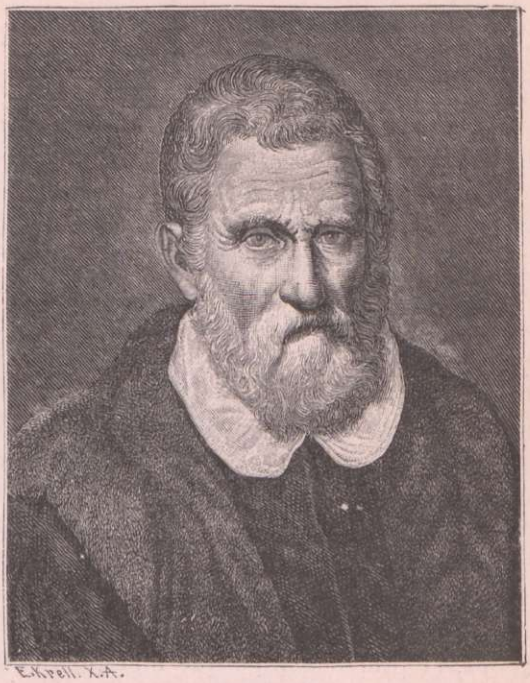
Numerosas islitas y bancos de arena dificultaban el paso, y pronto hallóse la escuadra en un verdadero laberinto de islitas, agrestes unas y pobladas otras, á las que dieron el nombre de Jardín de la Reina.

Por más que Colón hubiese sabido días antes por un cacique que vivía en Cabo Cruz, que Cuba era una isla tan grande que ni él ni sus gentes habían llegado nunca hasta el extremo de ella, siguió aferrado á su idea de que Cuba era el continente de Asia, creyendo que debía considerar al archipiélago como aquel que, según datos de Mandeville y Marco Polo, circundaba la costa del Asia comprendiendo más de 7,000 islas. Las islas estaban deshabitadas, y sólo en uno de los numerosos canales hallaron á unos indios que se dedicaban á la pesca, para la cual empleaban un rarísimo procedimiento. Para pescar peces mayores se servían de otros más pequeños, cuyas cabezas eran planas en su parte superior y estaban provistas de un aparato absorbente, por medio del cual se adherían tan fuertemente á cualquier objeto, que ni aún tirando con violencia podía desunirse al pececillo á no ser rompiéndole en pedazos.

Los indios aprovechaban esta particularidad atándole á la cola una

larga cuerda, y dejándole nadar luego en completa libertad. Al llegar al lado de cualquier otro animal, agarrábase fuertemente al vientre de éste, no soltando hasta que uno y otro estaban á bordo del bote. Los españoles fueron testigos de cómo cogieron una enorme tortuga por medio de este procedimiento (1).

Después de haber cruzado una y otra vez por las estrechas vías del precioso archipiélago, llegó Colón otra vez á las costas de Cuba, donde á



Marco Polo

causa del nombre de *Mangón*, con el cual designaban una parte de la isla situada más al Este, se afirmó más en su creencia de que se hallaba en Asia, creyendo que *Mangón* era idéntica á *Manji*, que, según describe Marco Polo, era la más rica provincia del Gran Jan y tocaba en el Océano.

(1) Por inverosímil que parezca esta historia, está fundada en hechos comprobados. Un día que el autor de esta obra se dedicaba á la pesca desde un vapor en la bahía de Samana, picó el anzuelo uno de estos pececillos; pero por más esfuerzos que hizo no consiguió subirlo á bordo, pues á la más pequeña tentativa se aferraba de tal modo con su aparato absorbente á la obencadura del buque, que se hallaba bajo el agua, que era imposible desasirle de ella, consiguiendo sólo con tanto tirar, que se rompiese el cordelillo y huyese el pez.

Esta alucinación del Almirante no debe parecer extraña, puesto que las condiciones de estos países concordaban al parecer completamente con las descripciones del Asia Oriental, hechas por Mandeville y Marco Polo, y tampoco los cómputos cartográficos de Toscanelli daban lugar á otras conclusiones. No se tenía idea siquiera de que la circunferencia de la Tierra fuese en realidad mucho más grande que la admitida, y que no era sólo todo un continente el que separaba á Cuba del continente asiático, sino también el más poderoso Océano del mundo, completamente desconocido aún en aquella época por todos los europeos.

Convencido de estar cerca de los grandes mercados de la India, navegaba Colón cada vez más hacia Occidente siguiendo á lo largo de la costa, en la cual los pueblos se unían unos á otros. De todas partes iban los indígenas en sus canoas llevando flores, frutas, papagayos y otros productos del país á los barcos, é invitando á los extranjeros á visitar sus hogares.

Fué en verdad una travesía maravillosa y que cada día suministraba nuevo campo á las observaciones. En las cristalinas aguas nadaban peces que competían en brillantez y magnificencia de colores con los pájaros que revoloteaban en la transparente y azulada atmósfera. La playa, llena de bosques de palmeras, se veía cubierta de las más preciosas conchas. Tortugas gigantescas de tamaño nunca visto, flamencos de color de escarlata y garzas blancas y color de plata animaban los pantanos. Si el viento procedía de tierra llevaba hasta los barcos los más exquisitos perfumes, así como las entrecortadas notas del cadencioso ritmo con que acostumbran á acompañar sus bailes y fiestas los indígenas. Debe de darse crédito á las palabras del Almirante cuando asegura que en aquellos deliciosos países le habían parecido las noches de una hora de duración.

Pronto se vieron los navegantes enfrente de un segundo archipiélago compuesto de islitas, al propio tiempo que mostraba el mar una coloración blanca muy particular, motivada por las finas partículas calizas que constituían un gran banco cenagoso.

Con gran cuidado pasaron aquel peligroso sitio para llegar nuevamente á la costa de la isla principal.

Un cúmulo de noticias de todas clases, suministradas por los indígenas y mal interpretadas por los navegantes, habían á tal extremo excitado la imaginación de éstos, que á veces creían ver cosas que no existían en realidad. Por ejemplo, uno de los españoles decía haber hallado, al hacer una excursión, una gran fila de hombres armados, á los que precedían sacerdotes con blancas vestiduras (1). Otros creían ver en las huellas de

(1) Irving sospecha que el español tomó equivocadamente una bandada de grullas por un tropel de hombres armados, pues no es conocido que los primitivos habitantes de Cuba hayan usado vestiduras.

los aligátores las del fabuloso pájaro *Greif* ó *Grifo*, que guardaba los dorados tesoros de la montaña. Colón mismo estaba preparado para el encuentro que esperaba tener cada día con aquellos habitantes del Asia Oriental que, según descripción de Mandeville, llevaban largas vestiduras

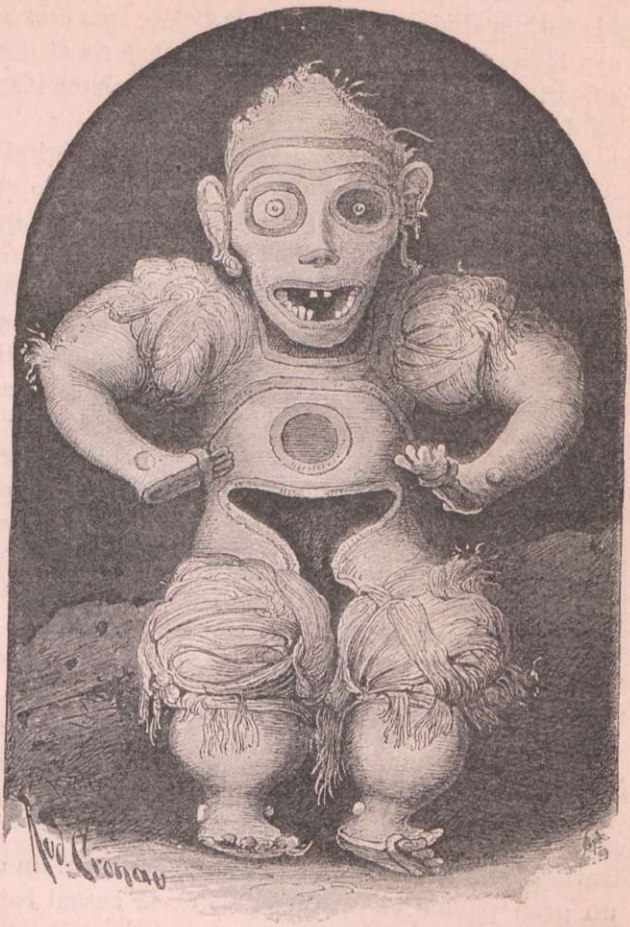


Figura hecha de algodón en una calavera hallada en una cueva cerca de Maniel (Santo Domingo) Dibujada por R. Cronau, de los originales que se conservan en dicha isla.

con el solo objeto de ocultar las largas colas que tenían, á semejanza de los monos. Tan grande era el crédito que en aquella extraña época se prestaba á todas estas fantásticas narraciones.

Bastantes días siguió Colón navegando siempre en dirección Occidental á lo largo de las orillas de Cuba hasta llegar á aquel paraje donde la costa vuelve hacia Sudeste,

Como esta circunstancia volvía á concordar con la descripción dada por Marco Polo de la costa asiática, y creyeron entender además por los indígenas que, aunque navegasen otros veinte días, no alcanzarían el extremo del país, y que en las lejanas montañas del Oeste vivía un poderoso rey que llevaba blancas vestiduras y al que rendían culto divino, desvanecióse hasta la última duda en el ánimo de Colón, que creyó haber llegado á Asia con toda seguridad, y que en breve llegaría al dorado Chersoneso (la península de Malaca) y más tarde á Taprobana (Ceylán), á la India y á todos los demás países de Oriente conocidos.

De esta idea participaban completamente todos los marinos que iban con el almirante, que no titubearon en firmar un protocolo certificando la opinión de éste, pues según deducían todos era imposible que hubiese otra isla alguna que se extendiese 335 leguas en la misma dirección, distancia que creían haber recorrido en la costa meridional de Cuba.

Si hubiese continuado Colón sólo dos días más en la misma dirección, hubiese comprendido por sí mismo su error, en el que siguió hasta su muerte; mas por desgracia, tanto por el mal estado de los barcos como por la escasez de provisiones, tuvo que pensar en emprender el regreso.

Timoneando hacia Nordeste llegaron el 13 de junio á una gran isla que sobresalía á causa de los grandes y solitarios picachos que se elevaban en ella, y á la que dieron el nombre de Evangelista, sustituído actualmente por el de isla de los Pinos. Desde allí volvieron, después de grandes penalidades, á Cabo Cruz, donde se detuvieron algunos días para reparar el barco del almirante, que había embarrancado en un banco de arena durante la travesía, y el 22 de julio tocaron en la costa de Jamaica para reconocer la parte meridional de ésta.

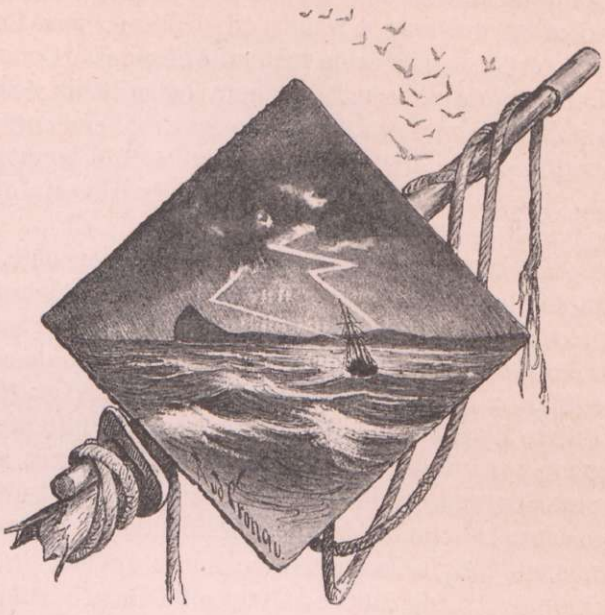
Luchando continuamente con vientos contrarios, invirtieron casi todo un mes en circundar la isla; mas tanto los encantos del paisaje como la amistosa acogida que tuvieron por parte de los indígenas, indemnizáronles cumplidamente de este retraso.

Una entrevista por demás interesante tuvieron con un cacique que gobernaba un gran pueblo en las cercanías de la actual bahía de Portland.

A causa de las narraciones del intérprete lucayo sobre las maravillas y riquezas de España excitóse tanto la fantasía del salvaje, que la mañana del día de la partida de los barcos presentóse á bordo del buque almirante acompañado de su mujer, hijos y hermanos, solicitando permiso para acompañarlos á España. Toda la familia ostentaba sus adornos de gala. En la busarda de la canoa del cacique, adornada ricamente con pinturas y labrados, se hallaba un guerrero vestido con un manto de plumas de vivos colores, y llevando en la mano un estandarte hecho también de

plumas blancas. El cacique llevaba sujeta á la frente una cinta adornada de piedras preciosas, y además grandes ajorcas de oro en las orejas, y en el pecho una gran plancha del mismo metal; alrededor de las caderas ostentaba un cinturón cuajado de piedras preciosas.

Su mujer y sus hijas llevaban también adornos por el estilo, lo mismo que la guardia de honor, compuesta de una docena de indios, que le acompa-



Cabo Cruz. (Dibujado del natural por Rodolfo Cronau)

ñaban, que ostentaban en la cabeza unos extraños cascos hechos de plumas, y en la mano trompetas de madera negra primorosamente labradas.

Desgraciadamente no pudo acceder el almirante por entonces á los deseos del cacique, consolándole con la idea de que ya tendría ocasión más adelante de ir con ellos.

El 19 de agosto llegaron por fin al extremo oriental de Jamaica, ó sea Cabo Farol, llamado hoy Point Morant, y al día siguiente vieron el promontorio Sudeste de la isla Haití ó Española. Colón dió á este cabo el nombre de San Miguel; hoy, por el contrario, lleva el de Cabo Tiburón; pero la certeza de que habían llegado á la costa de la Española no la adquirieron hasta el día 23 del mismo mes, cuando algunos indígenas, acercándose al barco, no sólo hablaron al Almirante dándole su título, sino pronunciando también algunas palabras castellanas que habían aprendido.

Hacia fines de mes anclaron en la pequeña isla Beata, cerca del pe-

ñasco llamado Alta Vela. (Véase el grabado de la pág. 337). Como los indígenas les dijeran que en la colonia de Isabela seguía todo bien, reinando la paz en toda la isla, mandó Colón desembarcar un poco más allá, hacia Oriente, á nueve hombres para que, atravesando la isla, anunciasen su próxima llegada á la colonia.

Cuando continuando la travesía llegaron cerca de la isla de Saona, persistentes vientos huracanados dispersaron la pequeña escuadra, tardando ocho días en volverse á reunir, cuyo tiempo pasó Colón con su barco en un sitio seguro cerca de la misma. Allí observó Colón un eclipse de luna y calculó que la diferencia de hora entre Cádiz y Saona era de cinco horas y veintitrés minutos, lo cual no es en realidad completamente exacto, pues según eso estaría Saona á los 80' 45' de longitud al Oeste de Greenwich, y está demostrado que la citada isla está situada bajo los 68° 35'.

El 24 de septiembre llegaron otra vez á terreno conocido, al Cabo de San Rafael (hoy Cabo Engaño), la punta oriental de la Española. Colón abrigaba el proyecto de ir desde allí más hacia el Este, á Puerto Rico y á las pequeñas Antillas, para terminar el descubrimiento de ellas; pero al llegar á la pequeña isla de Mona, situada en el estrecho que hay entre la Española y Puerto Rico, las debilitadas fuerzas del Almirante, completamente extenuado por tantas vigilias y desusadas peripecias, le abandonaron por completo, cayendo en un letargo parecido á la muerte, con lo cual se asustó tanto la tripulación que, desistiendo por completo del primitivo proyecto, emprendió la vuelta á la Isabela. Cuando llegaron á ésta, el 29 del mismo mes, transportaron á tierra á Colón, que estaba sin sentido y con pocas esperanzas de vida.

Sólo al cabo de mucho tiempo, y gracias á la esmerada asistencia que le prodigaron, pudo recobrar la salud, teniendo la alegría de ver sentado al lado de su lecho á su hermano Bartolomé, que había ido entretanto de España con tres barcos, y cuya compañía fué para él desde entonces de gran utilidad y descanso. Colón necesitaba más que nunca ayuda, porque durante su viaje y enfermedad habían empeorado visiblemente los asuntos de la colonia. Sobre todo el fuerte de Santo Tomás, en Cibao, que, como se recordará, había quedado á las órdenes de Pedro Margarite, era el que más disgustos proporcionaba. El gobernador, en quien tanto había confiado Colón, daba los peores ejemplos á sus soldados, y en vez de continuar explorando á Cibao, cumpliendo las órdenes del Almirante, pasaba la mayor parte del tiempo con sus compinches en los pueblos indígenas de Vega Real oprimiendo y maltratando á sus habitantes, y llevando con sus gentes, que habían perdido todo el respeto de sí mismo, una vida licenciosa á costa de éstos; así es que los indios comprendieron bien pronto

el verdadero carácter de aquella gente que al principio habían adorado como dioses, y á los que por lo tanto aprendieron á odiar y despreciar profundamente.

Inútilmente dirigió Diego Colón, que hacía las veces del Almirante en

Paisaje de la costa de Jamaica (Dibujo original de Rodolfo Cronau)

la colonia, una severa amonestación á aquel gobernador que de tal modo olvidaba sus deberes, pues tuvo, por el contrario, que sufrir que éste, en compañía de un número de descontentos que habían creído que en aquellos nuevos países recogerían grandes tesoros sin molestia alguna, se apoderasen de algunos de los barcos que había llevado Bartolomé Colón y se

dirigiesen á España. Los soldados, que habían quedado sin guía alguna, entregáronse entonces más que nunca á los mayores excesos, cuyo resultado fué que los caciques de la isla conspirasen contra ellos con objeto de exterminarlos ó echarlos de ella. A la cabeza de la conspiración estaba Caonabo, el poderoso cacique de Maguana, hombre sumamente guerrero y enemigo declarado de los blancos, que era el que había dado el golpe de muerte á la colonia de La Natividad.

Con cerca de 10,000 guerreros había tratado de sorprender el fuerte de Santo Tomás, pero el golpe había fracasado gracias á la vigilancia de Alonso Ojeda, que tomó el mando de la fortaleza después de la vergonzosa huída de Margarite. Hacía ya treinta días que sitiaba Caonabo el fuerte, decidido á hacer perecer de hambre á la pequeña guarnición compuesta sólo de quince hombres. En este estado estaban las cosas cuando Colón despertó de su letargo.

Ornamentación de un collar de piedras de Guadalupe.

Al lado de Bartolomé vió el Almirante á otro amigo: era éste el cacique Guacanagari, de cuya complicidad en el ataque del fuerte de La Natividad no había podido convencerse nunca. Ahora, que todos los habitantes de la isla se habían levantado contra los españoles, había no sólo ido para informar al Almirante de la conspiración tramada contra ellos, sino para ofrecerles su auxilio y el de sus guerreros.

Afortunadamente mejoró pronto la desesperada situación de la colonia, pues no sólo consiguieron rescatar el fuerte, sino que, gracias á una audaz maniobra de Ojeda, cogieron prisionero al temido Caonabo. Colón mismo, al frente de sus gentes, dió el 25 de marzo de 1495, cerca de la actual ciudad de Santiago, una batalla á los enemigos, cuyo ejército se componía de unos 100,000 hombres, y á pesar de que el suyo contaba sólo 200 y 20 caballos, como había sido reforzado por los guerreros de Guacanagari, sostuvieron un combate decisivo que fué fatal para los indígenas.

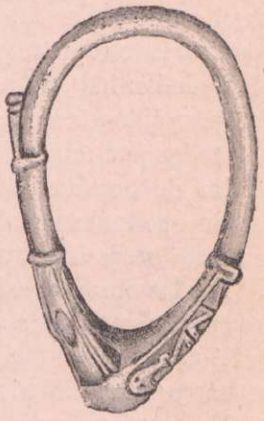
No sólo á la superioridad de las armas de fuego debieron aquella brillante victoria los españoles, sino principalmente al empleo de los caballos barbados que causaban con su aparición tanto pavor á los indígenas como los 20 perros de presa que con furor nunca visto se lanzaban en las filas de los desnudos indios despedazando cuanto hallaban á su paso, por lo que sembraban entre los salvajes indecible espanto.

Con la pérdida de esta batalla quebrantóse por completo la resistencia de los indígenas, que se declararon dispuestos á pagar en épocas fijas

del año un tributo de polvillo de oro fijado por Colón. Para recoger estos tributos, así como para mantener la sumisión de los indios, construyeron los españoles otros varios fuertes, tales como los castillos de Magdalena, Santa Catalina, Esperanza y Concepción.

La felicidad y la vida tranquila y descuidada de los indígenas había terminado para siempre.

Mientras que Colón, librando rudos combates, se afanaba en arreglar á la trastornada colonia, los verdaderos autores del daño, es decir, Margarite y sus secuaces, así como el padre Bogle, que cansado de su misión había regresado á España con los desertores, hacían todo lo posible por calumniar y desprestigiar á aquél en la corte de España. Que lograron en parte su designio lo demuestra el hecho de que en agosto de 1495 llegase á la Española Juan Aguado para informarse de las causas que habían motivado las anormales circunstancias por que atravesaba la colonia. Desconociendo completamente su misión, se condujo este enviado con tal altivez, que el almirante creyó conveniente, cuando ya el primero hubo regresado á España, ir también para rechazar personalmente todas las acusaciones formuladas en contra suya.



Collar de piedras de Guadalupe. Según un original que se conserva en el Instituto Smithsonian. (Dibujado por Rodolfo Cronau).

Dejando, por lo tanto, á su hermano Bartolomé al frente de la colonia de La Natividad, embarcóse el gran descubridor el día 10 de marzo de 1496 para emprender su regreso á Europa. Con él se embarcaron en los dos barcos 225 españoles, enfermos unos y descontentos otros, además de 30 indios prisioneros, entre los que se hallaba el cacique Caonabo, que murió en la travesía.

Poco familiarizado aún con la naturaleza del viento monzón reinante en las aguas índico-occidentales y del Atlántico, tomó Colón la dirección meridional en vez de septentrional, que le hubiera sido más favorable, encontrándose de pronto en la región de Este, que dificultaba extraordinariamente la navegación, tanto que el 9 de abril, después de un mes de travesía, se hallaron aún enfrente de las islas Caribes, en las que tuvieron que tocar para reponer la provisión de agua y víveres de los barcos.

Tocando en la isla María Galante, llegaron al siguiente día á Guadalupe, sorprendiéndose grandemente al encontrar una gran multitud de mujeres que, armadas con arcos y flechas, estaban dispuestas al parecer á impedir el desembarque de los españoles. Sólo consiguieron éstos de-

sembarcar después de hacer una salva de pólvora que dispersó á las amazonas.

En las chozas de las fugitivas hallaron, entre otras cosas, miel y cera, y además nuevas muestras inequívocas del canibalismo que dominaba en la isla, pues en una cabaña hallaron un brazo humano preparado para asarlo al fuego.

Mientras una parte de la tripulación acarreaba leña y agua y hacía además grandes provisiones de cazabe ó pan de yuca, la otra, compuesta de 40 hombres armados, se internó para hacer una excursión por el país, y volvió al siguiente día conduciendo 10 mujeres prisioneras y 3 muchachas: las primeras eran en su mayoría altas y robustas, y habían dado mucho que hacer á los españoles por la resistencia que opusieron á ser cogidas. Este espíritu guerrero, peculiar á aquellas mujeres; la circunstancia de haber hallado partidas ó grupos de ellas armadas, y los relatos mal comprendidos de algunos indígenas, que aseguraban la existencia de islas habitadas por mujeres que sólo en determinadas épocas del año recibían visitas de hombres, afirmaron más la creencia de los españoles de que tenían que luchar con verdaderas amazonas. Más adelante seremos más extensos acerca de este punto.

Por las observaciones que entonces y algún tiempo después hicieron los españoles sobre la vida de los caníbales, vieron que la poligamia estaba allí á la orden del día, desconociéndose por completo la barrera que la consanguinidad impone entre ambos sexos en los países civilizados.

Era costumbre, por el contrario, que un hombre se casase con dos hermanas ó con una madre y una hija, y á veces se daba también el caso (por más que no era frecuente) de que un padre tomase por mujer á su hija, ó un hijo se casase con su madre.

Los trabajos domésticos estaban encomendados á las mujeres, dedicándose los hombres á la caza, la pesca y la guerra, empleando la mayor parte de su vida en aquellas sangrientas correrías que tan terrible fama les habían dado.

Cuando volvían de ellas celebraban la victoria con grandes fiestas y danzas en las que abundaba el *Oüycou*, bebida espirituosa hecha de cazabe. En estas danzas presentábanse los hombres y mujeres con sus mejores adornos, y el cuerpo lleno de pinturas hechas con rojo Roucou.

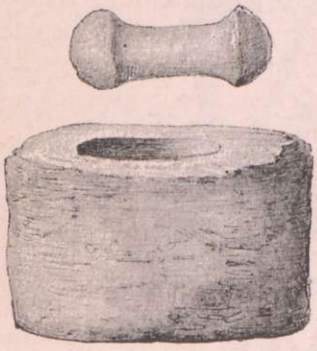
Los guerreros inferiores se adornaban con dientes de animales ó con huesos de los enemigos muertos por ellos. Los caciques, por el contrario, llevaban los adornos más raros, como grandes anillos de piedra en forma de collera de caballo, de los que colgaban pequeñas flautas hechas con los huesos de los enemigos muertos en campaña.

Estos anillos, adornados con toda clase de ornamentos, así como los

Yuca ó cazave (*Jatropha Manihot*), planta de la cual extraen los indios una harina nutritiva

morteros para moler el maíz y las labradas hachas de piedra, las mazas y los adornos de las canoas y hamacas, eran obra de los hombres, que empleaban también sus ratos de ocio en domesticar papagayos.

Después de permanecer bastantes días en las islas Caribes levaron anclas los españoles el 20 de abril; pero como se habían metido ya en la región de los monzones, tuvieron que continuar en dirección contraria, lo que dificultaba mucho la travesía, retrasándola de tal modo que á principios de junio estuvieron en peligro de perecer de hambre, de manera que ya estaban seriamente decididos los españoles á degollar á los indios que se hallaban á bordo para comérselos. Felizmente el día 10 del mismo mes vieron, con gran alegría de todos, las costas de España, anclando, al cabo de tres meses de navegación, en la espaciosa bahía de Cádiz.



Mortero de piedra de los caribes de Guadalupe

TERCER VIAJE DE COLÓN

Por segunda vez recorrió Colón en triunfo España hasta llegar á la Corte, seguido de un número de indios que con la riqueza de sus adornos de oro iban pregonando la gran cantidad que atesoraban los países de que procedían. La Corte tributó á Colón la más cordial acogida, y no sólo no se hizo mención de las acusaciones de sus enemigos, sino que se le concedieron nuevos honores, aprobando sus proyectos referentes á la colonia y á los preparativos de una nueva expedición, puesto que el almirante ofrecía en lontananza grandes riquezas con la explotación de las minas de Cibao y de las descubiertas en Haití, al Mediodía de la Española, pocos días antes de su partida.

Mas tenía que transcurrir aún bastante tiempo antes de que se llevase á efecto la proyectada expedición, pues otros sucesos referentes á los Reyes relegaban á segundo término los proyectos del Almirante. Una vez los intrincados asuntos con Francia, y otra los preparativos para las futuras bodas del príncipe heredero Don Juan y de la infanta Doña Juana con las respectivas hijas del emperador de Austria, eran los que no tan sólo ocupaban toda la atención de los reyes, sino que absorbían también todos los medios disponibles.

Otras grandes dificultades oponíanse también á la realización del proyecto del almirante, tales como el no hallar suficiente número de tripulantes para los barcos, ni tampoco gente bastante para el establecimiento de nuevas colonias y explotación de las minas. Los descontentos que regresaron con Margarite y también con Colón habían hecho todo lo posible por desprestigiar á éste, propalando muchas mentiras sobre aquellas tierras; así es que nadie quería ir voluntariamente á la Española, donde en vez de los soñados montes de oro esperaban á los emigrantes sólo enfermedades, penas y trabajos.

En este apuro recurrieron al peor de todos los medios, como era el de utilizar á los penados para la colonización de la isla, los cuales cumplirían su condena estando más ó menos tiempo en la Española, según la pena que se les hubiera impuesto.

Por este medio, puesto también más tarde en práctica por otras na-

ciones, eran pobladas para su daño las colonias con hordas de rudos y endurecidos criminales enemigos del orden, con lo que sólo conseguían empeorar los ya desarreglados asuntos de éstas.

Respecto á la administración de los asuntos de la colonia cometieron también un gran error nombrando director de los llamados Oficios de la India al obispo Fonseca, hombre de ánimo tan apocado que, en vez de secundar los planes del almirante, no hacía otra cosa que crearle obstáculos, convirtiéndose bien pronto en un decidido enemigo suyo.

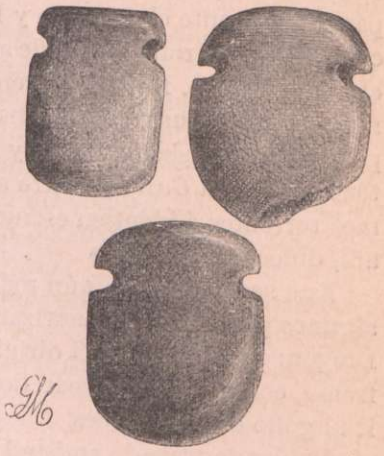
Así fué que, sólo después de haber esperado inútilmente cerca de dos años, pudo al fin Colón abandonar la rada de Sanlúcar de Barrameda el día 30 de mayo del año de 1498, con seis barcos, para emprender su tercer viaje, de cuyo curso nos da noticias una carta escrita por el mismo Colón á los reyes de España.

Según ella, dirigióse Colón en primer término á las Islas Canarias para escapar á la persecución de una escuadra francesa que apresaba todos los barcos españoles, y desde allí envió tres carabelas cargadas de provisiones directamente á la Española, navegando él con los otros tres barcos restantes, primero á Cabo Verde, desde donde tomó rumbo más hacia Sudoeste para ver la parte de verdad que había en algunos confusos relatos de los habitantes de Cuba y Jamaica referentes á un gran continente situado al Mediodía de sus países.

Después de haber experimentado los horrores de una completa calma que les hizo detenerse ocho días enteros en medio del Océano, durante los cuales reinó un calor tan sofocante y excesivo que nadie se atrevía á subir sobre cubierta para vigilar las provisiones, llegaron al fin, después de diecisiete días más, á una gran isla, en cuyo interior se elevaban tres picachos característicamente formados uno junto á otro. Colón dió á esta isla, que era la más meridional de las Antillas, el nombre de La Trinidad que aún conserva. Navegando á lo largo de la costa sorprendióles aún más agradablemente el ameno aspecto de ésta por haber creído que tan cerca del Ecuador se hallarían sólo paisajes áridos, completamente desprovistos de vegetación. Contradiciendo esta versión, veían por todas partes hermosas campiñas, hallando también algunas viviendas de indígenas ocultas entre el follaje.

Cerca del extremo Occidental echaron anclas é hicieron provisión de leña y agua. Colón permitió á la tripulación bajar á tierra para resarcirse de las fatigas del viaje. Desde aquel punto se divisaba á lo lejos, hacia el Sur, un país llano que parecía una estrecha tira de unas 20 leguas de extensión, recortada por el horizonte. Admitiendo que este terreno perteneciera á su vez á una isla, dióle Colón el nombre de la Isla Santa, no sospechando hallarse tan cerca de la tierra firme que iba

buscando, es decir, del Continente Sudamericano. Cuando al siguiente día 2 de agosto prosiguieron la travesía hacia el cabo Sudoeste de la isla Trinidad, hallaron una gran canoa, cuyos tripulantes, que eran 24 indios jóvenes, armados de arcos y flechas, habían liado alrededor de su cabeza y caderas vistosos pañuelos de algodón. Todos cuantos medios emplearon para hacerles subir á las barcas fueron inútiles, pues no se dejaron seducir por los brillantes objetos que les enseñaban, y unas veces aproximándose, y alejándose otras, contemplaban llenos de miedo y asombro aquellas grandes y desconocidas embarcaciones. Mas cuando Colón mandó traer un tambor y ordenó á algunos de sus jóvenes tripulantes que bailasen al son de éste, los indios, creyendo equivocadamente que los españoles ejecutaban una danza guerrera, echaron mano de sus arcos y flechas en actitud de acometer, pero algunos disparos de fusilería los dispersaron al instante.



Destrales de piedra de los caribes que se conservan en el Museo Británico

Si el aspecto frondoso de la isla causó sorpresa á los españoles, no fué ésta menor á la vista de estos indios que, al contrario de lo que se creía en aquella época de que, cuanto más cerca del Ecuador el hombre, más obscuro era el color de su piel, tenían el cutis casi más claro que los indígenas de Cuba y Haití, que vivían á 8 ó 10 grados de latitud más al Norte.

A consecuencia de haberse internado demasiado se hallaron los barcos en medio de aquel canal que en forma de embudo se extiende hacia Occidente, formado por las costas de Trinidad y Orinocodeltas, que se van aproximando cada vez más una á otra. En este canal, al que dió Colón el nombre de Boca de Sierpe, las colosales masas de agua que vierte en él el Orinoco se ven comprimidas por la poderosa fuerza del torrente ecuatorial que baña la costa, y obligadas á buscar salida por el angosto estrecho que separa á Trinidad del Continente. «Filas de torrentes, dice Colón, cruzan este estrecho produciendo el mismo ruído que el rugir de las olas al estrellarse contra una roca. Y todas las aguas van de Oriente á Occidente con la misma fuerza que el Guadalquivir en tiempo de avenida. Temí no poder retroceder á causa del torrente, ni avanzar por temor de caer en algún desconocido abismo. Ya había entrado la noche cuando oí un espantoso estruendo que se acercaba desde el Sur á nuestros barcos, viendo de pronto avanzar el mar con horrible rugido formando una in-

mensa montaña tan alta como nuestras embarcaciones y precipitándose hacia nosotros. Hoy día, al recordar este suceso, me estremezco aún como entónces, pues creí que aquella terrible ola nos echaría irremisiblemente á pique.

»Afortunadamente pasó, deteniéndose aún largo tiempo en la embocadura del canal. Cuando al día siguiente envié un bote para sondear el canal, se vió que aún los sitios más someros de la embocadura tenían de 6 á 7 hilos de profundidad, y que las aguas, chocando violentamente unas con otras, entraban por un lado del golfo y salían otra vez por el extremo opuesto. Mas plúgole á Dios enviarme viento favorable, con lo que pudimos pasar felizmente el estrecho y llegar pronto á aguas más tranquilas. Por casualidad sacaron un poco de agua de mar y vimos que era dulce y potable en todo el golfo. Navegando en dirección Norte llegué, después de haber recorrido 26 leguas, á dos altos promontorios. El uno, situado al Oriente, pertenece á la isla Trinidad, y el que se encuentra hacia Occidente pertenece á tierra *García*. Entre ambos promontorios se encuentran los mismos torrentes é idéntico estruendo de las aguas, que son también, como allí, dulces y potables.»

Este segundo paso, aún más angosto que el primero, y en el que se ven algunos peñascos, fué bautizado por Colón con el nombre de Boca del Dragón; para huír de él dirigióse hacia la costa de Trinidad, situada enfrente, con el fin de buscar desde esta supuesta isla camino seguro para ir al golfo de los Caribes.

Habiendo trabado amistad con los salvajes que habitaban esta costa y que daban á su país el nombre de Paria, supieron que éste estaba muy poblado hacia Occidente. Cuanto más avanzaban en esta dirección confirmábase más y más tal aserto: las llanuras estaban bien cultivadas y producían, además de maiz, los más variados frutos. Los indígenas llevaban taparrabos de algodón de tan hermosos colores y dibujos, que vistos á cierta distancia parecían de seda.

Pero lo que llenó de singular gozo á los españoles fué la circunstancia de ver que estos salvajes ostentaban adornos de oro y collares y brazaletes de perlas de gran valor. A las preguntas de los europeos contestaron que el oro le hallaban en los montes de la frontera Occidental del país, y las perlas las extraían de las conchas que abundaban en gran cantidad en la costa del Norte.

Grandes dificultades se opusieron á que penetrasen más hacia Occidente nuestros navegantes. Las aguas volvíanse cada vez más someras, el canal más estrecho, y una carabela enviada para reconocer aquellos sitios volvió con la noticia de que en aquella dirección no se hallaba salida, sino sólo la embocadura de algunos torrentes. Por lo tanto viéronse obligados

á retroceder y pasar por la temida Boca del Dragón, cuyo paso fué mejor de lo que creían gracias al favorable viento que reinaba.

Con mucha razón opinaba el almirante al decir que la isla Trinidad habría estado unida en otro tiempo á la tierra de García, y que había sido separada de ella merced á la impetuosa violencia de las corrientes de agua dulce venidas del Sur, y cuyo choque con las aguas del Océano producía aquellos terribles vórtices.

Después de pasar con toda felicidad la Boca del Dragón, dió la vuelta la escuadrilla al promontorio de tierra García, navegando desde entónces

Alta Vela
(Dibujada del natural por Rodolfo Cronau)

á lo largo de la costa Norte de la misma, pues Colón quería cerciorarse de la situación de los bancos de perlas y del origen de los poderosos torrentes de agua dulce.

Penetrando hasta la isla Margarita, hallaron solución al primer problema, encontrando en la islita de Cubagua á algunos indios que se dedicaban á la pesca de perlas, y que de buen grado cambiaron gran número de éstas por chucherías de barro pintado, cascabelillos de cobre y otros objetos de escaso valor.

El segundo problema quedó sin resolver; es cierto que Colón dedujo de la extensión de la costa, que se dilataba tanto como podía abarcar la vista hacia Occidente mostrando altos peñascos á lo lejos, que aquélla debía de ser la buscada tierra firme, puesto que una isla no podía tener tan grandes corrientes como aquellas á cuya embocadura habían llegado; pero aunque quiso profundizar más sobre este particular, no pudo hacerlo por impedírselo el malísimo estado de su salud. Nuevos ataques de fiebre acometíanle sin cesar, y sobre todo una enfermedad de la vista, ocasionada por las continuas vigilias, obligóle á suspender sus investigaciones y dirigirse á la Española, desde la cual pensaba enviar á su hermano Bartolomé para que prosiguiese el viaje.

Cortando el mar Caribe en sentido Noroeste llegaron en cinco días á la roca de Alta Vela y á la isla Beata, en la costa Meridional de la Española, á 50 leguas de distancia de la embocadura del río Ozama, á la que habían pretendido llegar. De tal modo había desviado á los barcos del logro de sus deseos la poderosa corriente que pasa por el mar Caribe.

Poco antes de regresar Colón á España, después de su segundo viaje á América, habían hallado al Mediodía de la Española los criaderos de oro de Hayna. Como éstos prometían un rendimiento extraordinario, había ordenado Colón por carta desde España á su hermano Bartolomé, que en la embocadura del Ozama, en las cercanías de las minas, fundase una ciudad. Bartolomé, siguiendo este mandato, había construído en la orilla izquierda del río una residencia bien fortificada, que llevó primero el nombre de Nueva Isabela y poco después el de Santo Domingo. Como dicha ciudad, situada sobre un alto banco de rocas, era mucho más sana que la colonia de Isabela situada al Norte, en la que tanto abundaban las fiebres, sus habitantes iban trasladándose cada vez en mayor número á la nueva colonia, que iba floreciendo al paso que decaía la antigua, por fin abandonada por completo, y que hoy día está tan cubierta de espesa maleza que apenas son visibles algunas huellas insignificantes de ella.

Colón esperaba reparar en Santo Domingo sus quebrantadas fuerzas, descansando de las fatigas del viaje; mas lo que le esperaba allí eran nuevos cuidados y penalidades.

Si bien es cierto que durante sus dos años de ausencia habían conseguido que reconociesen los caciques indígenas la soberanía española y pagasen el tributo, y habían establecido también nuevos fuertes, los españoles en cambio estaban tan descontentos, que al llegar Colón halló parte de ellos en completa rebeldía, desilusionados por haber encontrado en la Española, en vez de la feliz existencia soñada, una vida llena de trabajos. No sólo se habían visto obligados, para asegurar la tranquilidad de la colonia, á hacer algunos ejercicios y marchas desacostumbradas y fatigosas, sino que habían tenido que sufrir también privaciones y enfermedades. La circunstancia de haber experimentado en España gran retraso el envío de medicamentos y provisiones, unas veces por falta de dinero y otras por el poco celo de los empleados, fué causa de que en la colonia se acortasen las raciones, al extremo de tener á veces que luchar con el hambre.

Todas estas calamidades se las achacaban á Colón, al que culpaban de negligencia para con sus gentes que, seducidas por falsas apariencias, habíanle seguido voluntariamente á través de los mares hasta aquellos países. El hermano del almirante, el adelantado Bartolomé, era poco querido á causa del severo régimen que seguía, y las disposiciones que tomaba, no obstante ser hijas de la necesidad, eran miradas como caprichosas y

opresoras; los castigos que imponía antojábanseles crueldades de aquel desconocido genovés, al que sólo á la fuerza se sometía el orgullo español.

Cuando Bartolomé impuso la pena de muerte á uno de los españoles que se había hecho reo de un gran crimen, formóse una banda de conjurados con objeto de asesinar al aborrecido adelantado. A la cabeza de esta conspiración hallábase un tal Francisco Roldán, hombre que debía á Colón el elevado puesto de corregidor. Afortunadamente desapareció el motivo del proyectado asesinato por haber perdonado Bartolomé á última hora al reo.

A pesar de esto estalló la sublevación: guiados por Roldán, asaltaron los descontentos el almacén, proveyéronse de armas, y pusieron en tal estado las cosas, que Bartolomé Colón no tuvo más remedio que resignarse á ser sitiado por los rebeldes en el castillo de la Concepción. Estos indujeron también á los indígenas, no sólo á no pagar el tributo, sino á negar todo medio de subsistencia á los sitiados. Por fortuna para Bartolomé, llegaron á Santo Domingo dos barcos procedentes de España, que no sólo conducían provisiones, sino también tropas, con ayuda de las cuales rechazaron á los rebeldes hasta internarlos en el territorio de Xaragua, donde se entregaron á una vida desesperada, consiguiendo un notable refuerzo por haber alcanzado Roldán el que parte de la tripulación de las tres carabelas enviadas delante por Colón, y que habían tomado tierra casualmente en Xaragua, se pasase á sus filas.

Así estaban las cosas cuando Cristóbal Colón, fatigado de cuerpo y espíritu, y además medio ciego, llegó á Santo Domingo.

Donde esperaba hallar orden halló rebelión, y en vez de progresos se notaba retroceso por todas partes. A causa de las continuas agitaciones estaban abandonadas las minas y los campos, y los indígenas que se habían refugiado en los bosques y montañas habíanse vuelto completamente intratables.

Colón comprendió en seguida que nada alcanzaría por la fuerza, puesto que el partido de Roldán era más poderoso que el suyo. Decidióse por lo tanto á dirigir una atenta carta á Roldán, en la que se mostraba dispuesto á hacer las paces sin volver á hablar de los sucesos ocurridos; decía también que estaba dispuesto á conceder á los descontentos permiso para regresar á España en uno de los barcos que iban á hacerse á la vela.

Ni la carta ni la oferta hicieron impresión alguna en el ánimo de los rebeldes, que comprendían perfectamente la debilidad del almirante, y éste tuvo que enviar á España los barcos sin la noticia de haberse restablecido el orden. En un escrito que llevaba uno de éstos exponía Colón que el motivo de las disidencias tenía su germen en la mala administración del

Oficio de Indias en lo concerniente al envío de provisiones, pues la colonia sólo necesitaba una acertada y constante administración. Que para allanar todas las irregularidades era necesaria la presencia de un hombre inteligente que hiciera las veces de juez en todas las cuestiones.

Mas este escrito iba acompañado de otro de los rebeldes á la Corte para justificar su proceder. En él acusaban al hermano de Colón, y también á éste, de haber ejercido la más cruel de las opresiones, y decían que los sucesos ocurridos habían sido motivados por el despotismo de los genoveses, que miraban más por sus intereses que por los de los Reyes. Pintaban el estado de la colonia y á los que tenían la culpa de ello con los más negros colores, dando con esto nuevo alimento á las corrientes, cada vez más poderosas, contrarias á Colón y á sus hermanos; así es que sucedió lo que decía Colón en una carta dirigida á los monarcas, presintiendo lo que le ocurriría, y que era: que así como la gota constante horada la piedra, del mismo modo las repetidas acusaciones contra su persona harían mella en el ánimo de los Reyes predisponiéndolos en contra suya y de sus planes.

Como el estado de la colonia hacía que fuera la paz de imprescindible necesidad, trató Colón de entablar nuevas negociaciones con los rebeldes. Largo tiempo estuvieron fluctuando éstos entre unas y otras, viéndose al fin precisado Colón por la fuerza de los acontecimientos á aceptar las condiciones impuestas por los contrarios. Por ellas no sólo fué repuesto Roldán en su cargo de corregidor, sino que recibió además, en unión de sus compañeros, á los que se había concedido completo perdón, considerables donaciones de terrenos, así como la seguridad de que se les pagarían todos los atrasos de su sueldo. En el caso de no cumplirse puntualmente esta última condición, tenían derecho los rebeldes á reclamarlo por la fuerza ó á agenciárselo del modo que creyesen más conveniente.

Sólo la crítica situación por que atravesaba la colonia pudo inducir á Colón á firmar tan vergonzoso contrato, como lo hizo á bordo de uno de los barcos. En un nuevo escrito dirigido á los soberanos decía que no había necesidad de cumplirle, puesto que se trataba de amotinados que, conociendo su desamparada situación, se lo habían arrancado por la fuerza. Que era además nulo por haberlo firmado á bordo de un barco, pues para ser válido necesitaba haber sido firmado en tierra y como virrey. Que por este contrato no se abstuviesen de juzgar á los rebeldes, que eran bandidos y reos de alta traición, castigándoles ejemplarmente como se merecían.

Apenas había sido vencida la rebelión por este medio, cuando se vieron nuevamente envueltos en pendencias y revueltas belicosas relacionadas con los viajes de exploración de Ojeda. A éstas siguieron conjuraciones de otra índole, por las que se vió obligado Colón á castigar con la muerte á los promovedores de ellas.

La noticia de este castigo llegó á España suministrando nuevos medios á los enemigos del almirante, á los que se habían unido un número de rebeldes venidos de América, para nuevas acusaciones contra él. Decían que Colón no sólo detenía sin derecho alguno la parte de los productos de las minas de oro que correspondía á la corona, sino que trataba de poner la fuerza de su lado para declararse soberano absoluto de los países por él descubiertos.

La primitiva benevolencia que dispensaban los monarcas á Colón, que tan favorable opinión les merecía, fué poco á poco amenguándose, gracias á las siempre renovadas acusaciones contra éste, que llegaban á oído de los reyes, y principalmente á causa de que las arcas reales, vacías por los gastos de la guerra con Francia, y que pensaban llenar con los tesoros de los países descubiertos, en vez de esto tenían que adelantar continuamente fondos para el sostenimiento de las colonias y para los costosos preparativos de nuevas expediciones.

En vez de los seguros montes de oro que veían en lontananza, sólo transportaban los barcos cargas de esclavos indios, que se vendían en el mercado de Sevilla para llevar algún dinero al tesoro público.

Todas estas amargas decepciones sembraron la duda en el ánimo de los reyes. Si el rey Fernando nunca había tenido simpatía por Colón, á la calurosa protectora del genovés y verdadero apoyo de la expedición á la India, la reina Isabel, impresionábala desagradablemente que Colón, no sólo mandara repetidamente barcos con cargas de indios, sino que solicitara con frecuencia el permiso de poder utilizar como esclavos á éstos.

Cuando al interrogar á algunos rebeldes vueltos á España sobre la procedencia de un número de mujeres indias que traían consigo, le contestaron habérselas regalado el almirante, la excelsa soberana, herida en su generoso corazón, exclamó indignada: «¿Qué facultades posee el almirante para regalar á mis súbditos?» Y al punto ordenó que todos los indios que habían sido traídos á España y vendidos como esclavos fuesen puestos en libertad y conducidos á la Española.

Convencidos de que con aquella embrollada administración caminaba á su completa ruina la colonia, se decidieron los reyes á enviar á Santo Domingo una persona destinada, no sólo á reconocer el actual estado de ésta, sino á juzgar todas las cuestiones.

Si bien esta resolución correspondía completamente á los repetidos deseos expresados por el almirante, cometieron un lamentable error los soberanos en la elección de persona y poderes que le confiaron.

Francisco Bobadilla, que era el elegido, estaba considerado por algunos de sus contemporáneos como hombre de pasiones violentas, ambicioso y rencoroso, y por lo tanto poco á propósito para una misión tan deli-

cada é importante. Los poderes que le habían sido conferidos por los reyes demostraban claramente lo mucho que habían conseguido los enemigos de Colón excitar á los monarcas contra él y sus hermanos, pues Bobadilla no sólo poseía plenos poderes para alejar de la isla á toda persona que creyese peligrosa para los intereses de la colonia, sino, en caso de necesidad, pedir al almirante le entregase todos los fuertes, barcos, casas, armas, en una palabra, todo lo perteneciente al patrimonio real.

Si ya antes habían menoscabado sensiblemente los reyes los derechos de Colón permitiendo en el año de 1495, á todo el que quisiera ir por cuenta propia, hacer descubrimientos á los países de Occidente sólo con que dieran á los reyes la parte que les correspondía de los ingresos de estas travesías, al conferir los susodichos poderes á Bobadilla echaban desconsideradamente á un lado los derechos que como virrey tenía el almirante.

La llegada de Bobadilla á Santo Domingo tuvo lugar el 23 de agosto del año de 1500. Al entrar en el río de Ozama vió los cadáveres de dos españoles, que habían sido ahorcados poco antes por orden de Colón como mudos testigos de las últimas perturbaciones.

El almirante y su hermano Bartolomé estaban ausentes, hallándose el primero en el fuerte de la Concepción y el último en Xaragua. Como representante de Colón funcionaba su hermano Diego.

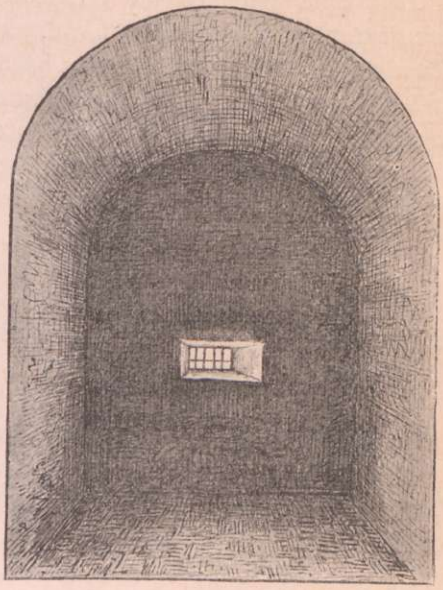
Tomando los cadáveres de los ahorcados como prueba palpable de la crueldad del almirante, empleó Bobadilla el resto del día en informarse por los españoles que iban á bordo acerca de aquél y de sus hermanos, y en vista de las noticias adquiridas creyóse con derecho á hacer el más amplio uso de los poderes que llevaba, sin esperar la llegada de Colón ni interrogarle siquiera.

Desembarcando á la siguiente mañana con la guardia de corps que le había sido concedida por los reyes, mandó leer, terminada la misa, ante la multitud reunida á la puerta de la iglesia, el escrito que le acreditaba como enviado de los monarcas españoles, ordenando á don Diego, que se hallaba presente, le hiciese entrega inmediatamente de la ciudadela de Santo Domingo y de los presos que se hallaban en ella. Como Diego rehusase hacerlo sin conocimiento de su hermano, mandó abrir Bobadilla violentamente las puertas de la ciudadela y dió libertad á los presos poniéndolos bajo la custodia de uno de sus empleados, para oir más tarde la relación de sus delitos. Obrando como si ya Colón hubiese sido procesado y juzgado en España, apoderóse de todo cuanto á éste pertenecía, incluso sus papeles, que mandó sellar, y se instaló también en la casa que el almirante ocupaba. Supo poner al pueblo de su parte diciéndole que no sólo le serían pagados todos sus atrasos con lo que había hallado,

sino que también concedió permiso á cada uno para que durante los veinte años venideros buscasen oro por cuenta propia, con la sola condición de que habían de dar al tesoro real la undécima parte del valor del que hallasen.

Una vez que se hubo asegurado por este medio el concurso de la multitud, ordenó al almirante que se presentase inmediatamente, acompañando á la orden un escrito redactado el 26 de mayo de 1499, por el cual se advertía á Colón que prestase su ayuda y obediencia á Bobadilla en todas las disposiciones que éste juzgase conveniente tomar.

Esta orden y la noticia de todo lo ocurrido las recibió Colón en el fuerte de la Concepción, desde el cual, y acompañado tan sólo de algunas personas, dirigióse á Santo Domingo. Mientras tanto había mandado Bobadilla encadenar á don Diego, hermano del almirante, y llevarle á bordo de una de las carabelas que habían anclado en el río, y apenas llegó Colón á Santo Domingo cuando ordenó Bobadilla que se apoderasen de su persona y, cargado de cadenas, le encerrasen en la torre de la ciudadela.



La celda de Colón en la Ciudadela de Santo Domingo
(Dibujada del natural por R. Cronau)

Esta ciudadela existe todavía, y en la actualidad se enseña la pequeña celda provista de gruesas murallas en la que encerraron al hombre que había abierto á la humanidad un Nuevo Mundo (1). Colón temía que, lo mismo que le habían encadenado sin oirle, le juzgasen y ejecutasen, y temblaba por su vida pensando que su nombre pasaría manchado y denigrado á la posteridad.

(1) Esta ciudadela está situada en la orilla derecha del río Ozama, al paso que la ciudad se hallaba en aquella época á la izquierda. En el mismo Santo Domingo están las opiniones divididas sobre si la actual ciudadela habrá sido construída por Bartolomé Colón, ó por Ovando algunos años más tarde al ser trasladada la ciudad á la orilla derecha del río. Nos inclinamos á creer lo primero, puesto que la orilla derecha ofrecía muchas más ventajas de defensa que la izquierda, lo que no se escaparía á la penetrante mirada del experto Bartolomé, tan versado en asuntos de guerra. En esta opinión nos afirma el hecho de no hallarse huellas de haber existido fortaleza alguna al lado izquierdo. Por lo tanto, debemos admitir que la creencia popular de Santo Domingo, que

Cuando Alonso de Villejo, que era el oficial encargado de conducir á España los presos, presentóse acompañado de gente armada en la celda de Colón para llevarle á los barcos que iban á hacerse á la vela, preguntóle el almirante, que creyó le conducían al lugar del suplicio: —«Villejo, ¿dónde me lleváis?—A los barcos, mi almirante, para zarpar—fué la respuesta.—¿Zarpar?—preguntó incrédulamente Colón.—Por la vida de V. E. os afirmo que digo verdad»—contestó el oficial, tranquilizando con esto visiblemente el alma del genovés.

La misma suerte cúpole á Bartolomé Colón, que se había presentado voluntariamente por indicación de su hermano Cristóbal, y que fué encadenado como éste, y conducido á bordo de las carabelas. A ninguno de los presos se le dió permiso para hablar con el otro ó recibir visitas; tampoco se tomó Bobadilla el trabajo de interrogarles. Cual abyectos y empedernidos criminales debían de ir á España aquellos genoveses que habían sacrificado á esta nación los mejores años de su vida luchando con mil peligros de todo género.

Tan pronto como los barcos hubieron abandonado el Ozama, tanto los oficiales que custodiaban á los presos como el capitán Andreas Martín tributaron al almirante los mayores honores y atenciones, ofreciéndose á desencadenarle; pero Colón rehusó el ofrecimiento fundándose en que las cadenas habían sido puestas por orden real. Dijo que pensaba guardarlas como recuerdo del pago que habían dado á sus servicios.

Cuando al cabo de rápida travesía anclaron los barcos en el puerto de Cádiz, la noticia, propagada con la rapidez del viento, de que Colón se hallaba preso á bordo y cargado de cadenas en compañía de sus hermanos, produjo la más inmensa y penosa sensación. Los presos fueron entregados al alcalde de Cádiz hasta que se decidiese lo que se había de hacer con ellos.

Como Colón no sabía hasta dónde se había extralimitado Bobadilla, al que ni siquiera había llegado á ver, en las órdenes que recibiera de los reyes, dirigió una carta á la nodriza del príncipe don Juan, que era una señora muy principal y á la que la reina dedicaba particular afecto, permitiéndosele que la enviase con un correo extraordinario. De este escrito, que aún se conserva al presente (1), tomamos las siguientes palabras, que expresan la situación de ánimo del almirante:

---

afirma que Colón estuvo preso en la torre de aquella ciudadela, es la verdadera. Que Colón no fué transportado directamente á un barco, como dicen algunos autores, lo demuestra la conversación que tuvo con el oficial Alonso de Villejo, que á continuación insertamos.

(1) Tomamos estas palabras de la obrita, incompleta por desgracia en algunos pasajes, que con el título de: *Los Viajes de Cristóbal Colón según sus propias cartas y da-*

«Muy respetable señora: Si es cosa nueva que me queje yo del mundo, en cambio es muy antiguo que al mundo le guste maltratar á lo bueno. A mí me ha presentado mil combates, y hasta este instante he podido vencer en todos los que he podido servirme de las armas ó de las palabras. Mas con crueldad me ha echado ahora por tierra, y sólo la esperanza en Aquel que nos ha creado es la que me sostiene. Siempre me ha protegido, y no hace mucho me levantó con brazo fuerte exclamando: «Hombre de poca fe, levántate y no temas, que soy yo!»

»Yo me presenté á sus altezas lleno de celo y les he prestado servicios nunca oídos. Dios me hizo mensajero del nuevo cielo y de la nueva tierra que había prometido por boca del apóstol san Juan y del profeta Isaías: á mí me enseñó dónde los hallaría. Todo el mundo me oía con incredulidad, pero el Señor dió á la reina, mi excelsa soberana, espíritu de comprensión y valor suficiente para mi empresa, haciéndola como á hija querida heredera del Nuevo Mundo, del que tomé posesión en su nombre. Todo el mundo quería ocultar la ignorancia en que habían caído, y las gentes pasaron de la negación de mis planes á la consideración de los gastos y zozobras que ocasionaría mi viaje. Siete años transcurrieron en consultas, y nueve hasta que pude poner en ejecución mi proyecto, que debía de haber interesado en alto grado á todo el mundo. Volví coronado de éxito, pero aún hay quien me calumnia, desde el más poderoso hasta el más pequeño. Mas, gracias á Dios, el mundo me juzgará de otro modo cuando no tenga poder para dañarme. Si hubiera volado á la India y se la hubiese entregado á los moros, no hubieran podido en España mostrarme mayor animosidad.

»¿Quién podría pensar eso de un país en el cual ha reinado siempre tanta hidalguía?

»Desearía vivamente poderme desligar de todo si no tuviera deberes para con mi reina.

»Antes de mi salida de España rogué repetidas veces á sus altezas que mandasen á costa mía á aquellos lugares á alguna persona encargada de ejercer justicia, y desde que encontré al alcalde Roldán en rebeldía les pedí nuevamente que me mandasen por lo menos alguno de sus servidores con cartas, pues era tan mala la fama que habían extendido sobre mí, que si hubiese mandado edificar iglesias y hospitales, hubieran dicho que eran cuevas para albergar ladrones y asesinos. Al fin sus altezas tomaron disposiciones, pero en sentido completamente opuesto á lo que

---

tos, ha sido publicada por la librería de J. C. Hinrichs, en Leipzig, en 1890. Página 135.

requerían las circunstancias. No hablemos más de esto ya que les plugo hacerlo así.

»Sería una verdadera limosna para mí si sus altezas quisieran desvanecer los rumores que se han extendido sobre mi persona. Usted sabe los trabajos que he sufrido para conservarles su propiedad y soberanía y que no he sacado provecho alguno para mí. Mi honor y mi buen nombre estarían otra vez restablecidos ante el mundo, porque mi trabajo es de tal índole que hará aumentar de día en día mi gloria á los ojos de los justos. Las calumnias me han perjudicado más de lo que me han servido todos mis servicios: mal ejemplo para el presente y para el porvenir.....

»Pienso que recordará usted que cuando la tempestad me arrojó, de vuelta de mi primer viaje, después de haber perdido todas las velas, al puerto de Lisboa, me acusaron con falsedad de haber entrado deliberadamente en él para poner á la India en manos del rey de Portugal. Sus altezas se convencieron de lo contrario, viendo que todo lo que se decía de mí emanaba de la maldad de ciertas gentes. No comprendo cómo se me tiene por tan tonto, creyendo que no sé que, aunque la India me perteneciera por completo, no podría sostenerme en ella sin la ayuda de algún príncipe. Si es así, ¿dónde encontraría más amparo y protección que en el rey y la reina nuestros señores, que me han sacado de la nada elevándome, y que son por mar y tierra los más poderosos príncipes del mundo?.....

»Cuando llegó Bobadilla á Santo Domingo declaróse el día siguiente gobernador. Ya iba dispuesto en contra mía. Se dice que ha pagado mucho dinero para alcanzar ese puesto. Declaró que había ido á pagar á todo el mundo, por más que hasta aquel día puede decirse que á nadie había servido. Al alcalde y á sus aliados envióles diferentes cartas de sus altezas, y concedió á todos mercedes y gracias; mas con respecto á mí me olvidó por completo, pues no recibí ni carta ni mensaje.....

»En complicidad con mis enemigos hizo un escrito sobre mis supuestos crímenes, como no podría haberlo inventado el infierno..... Nunca se ha oído que nadie que haya sido enviado á algún reconocimiento haya reunido rebeldes y hechóles figurar como testigos contra aquél que les gobernaba.....

»Casi solo volví á Santo Domingo para rechazar los ataques que se me habían dirigido, pues casi todas mis gentes se habían quedado con el adelantado. Cuando se enteró de esto Bobadilla mandó encadenar á don Diego y encerrarle en una de las carabelas, haciendo lo mismo conmigo, y con el adelantado cuando llegó. Ni hablé con él ni permitió que nadie me hablase, y juro que no comprendo por qué motivo estoy preso.....

»Cuando llegó el gobernador á Santo Domingo, instalóse en mi casa

apropiándose de todo lo que había en ella. Es posible que le hiciera falta; pero ningún pirata hubiera hecho otro tanto con un navío mercante. Lo que más me hiere es que se apoderase de todos mis papeles, de los cuales no he podido recuperar uno siquiera; y precisamente los que me pondrían en condiciones de defenderme mejor son los que más escondidos tiene. Ya veis qué juez instructor tan recto es!...

»Si Dios hubiera querido que sus altezas hubiesen enviado hace dos años á este hombre ó á otro más á propósito para la administración, como les supliqué, me hubiesen ahorrado la vergüenza y los disgustos;—que mi honor saldrá ileso de todo esto estoy plenamente convencido porque Dios es justo, y sacará á la luz lo que ha sucedido y por qué.—Se me trata allí como á un gobernador al que se envía á una provincia ó ciudad bien ordenada, en la cual se cumplen las leyes en todas sus partes, y después se me hacen duros cargos porque obro según exigen los acontecimientos. Tengo que ser juzgado como si fuera un capitán enviado por España á la India, para conquistar una numerosa y guerrera nación, mientras que las costumbres y la religión difieren tanto de la nuestra, y cuyos individuos están dispersos por los bosques sin vivienda fija, por lo cual yo, siendo así que no existen ni ciudades ni tratados, no puedo obrar como es uso y costumbre. Así soy maltratado y juzgado, cuando por voluntad de Dios he dado al rey y á la reina un mundo, gracias al cual la empobrecida España se ha convertido en el país más rico de Europa. El camino para hallar el oro y las perlas está abierto, y puede contarse con esto tan seguramente como con las piedras preciosas, especias y otros mil productos.»

Objetos de piedra antiguos de las Antillas (Museo para Etnografía, Berlín)

Cuando esta carta llegó á su destino y los reyes tuvieron conocimiento de lo ocurrido, quedáronse altamente sorprendidos. Reconociendo que se habían extralimitado en las medidas tomadas contra el almirante, apresuráronse á demostrar al mundo que la prisión y aherrojamiento de éste se habían hecho contra sus órdenes y deseos. Sin esperar la llegada del escrito acusador de Bobadilla enviaron inmediatamente á Colón un correo extraordinario, con la orden de poner en seguida en libertad á los prisioneros y tratarlos con todos los honores correspondientes á su rango. Colón recibió además un escrito de los Reyes, en el cual expresaban su más profundo sentimiento por lo ocurrido. A la carta acompañaba una libranza

de doscientos ducados para que el almirante pudiese viajar cual correspondía á su alta jerarquía.

Completamente convencido de su inocencia, no dudó Colón en aceptar la invitación, llegando el 17 de diciembre á Granada, donde se hallaban los reyes.

La reina recibióle con lágrimas en los ojos, y Colón estaba tan conmovido por esta entrevista que se echó á los pies de su excelsa protectora, no pudiendo en largo rato articular una sola palabra.

En la corte procuraban por todos los medios imaginables hacer olvidar al ofendido Colón el pasado ultraje. Mas si el almirante acariciaba la esperanza de verse repuesto en breve en la soberanía de los países por él descubiertos, el tiempo se encargó de hacerle sufrir la decepción más amarga.

Hacía mucho tiempo que el rey don Fernando había adquirido el convencimiento de que los derechos concedidos á Colón ántes de emprender su primer viaje le coartaban á él su libertad de acción para obrar por cuenta propia respecto á la explotación y mayor ensanche de aquellas regiones, de que estaba ligado á la personalidad del genovés, y en ciertos casos, relativamente, subordinado á éste. Con el fin de romper tal yugo y subordinación, habían los reyes concedido, ya en el año de 1495, permiso á todo el mundo para recorrer por cuenta propia las aguas índico-occidentales, sin considerar que con esto mermaban considerablemente los derechos del almirante. Las travesías de Ojeda, Pinzón, Niño y otras, originadas por esta concesión, habían demostrado que en las inmediaciones de los países descubiertos por Colón existían aún inmensos territorios, que sólo esperaban el momento de ser investigados. Parecióle al rey peligroso reunir en un solo hombre los derechos de soberanía de estas extensas comarcas, que indudablemente debían encerrar en su seno incalculables riquezas, pues podría suceder que una persona revestida de tan grandes privilegios aprovechase su poder para romper con España y declararse independiente.

Contando con esta posibilidad, no creyó conveniente el monarca restablecer el orden de cosas al estado en que estaba antes de la ida de Bobadilla á las colonias, y conferir nuevamente á Colón sus derechos de virrey. Si bien le daban esperanzas al almirante diciéndole que su actual situación debía considerarse como pasajera hasta que se hallasen nuevamente en orden los asuntos de las colonias, éstas eran sólo buenas palabras que no habían de realizarse jamás.

Limitáronse, por lo tanto, á prometerle una indemnización, en primer lugar por las pérdidas que le había originado Bobadilla, y además á ase-

gurarle la parte que, según el contrato, le correspondía de todos los beneficios que reportasen los países por él descubiertos.

En cuanto á Bobadilla, acordóse su destitución, no sólo para demostrar que el violento alejamiento del almirante de la isla se había efectuado sin la sanción de la corona, sino también porque Bobadilla había demostrado con algunas medidas su inutilidad para el puesto que ocupaba.

Como sucesor de éste fué elegido Nicolás de Ovando, hombre de reconocida capacidad y que inspiraba la mayor confianza á todos. La escuadra que debía conducir al nuevo gobernador á Santo Domingo se componía de 30 barcos, y á bordo de éstos se hallaban unas 2.500 personas, algunas de alto rango, así como también familias enteras que querían probar fortuna en el Nuevo Mundo.

No tuvo poca parte Colón en la excelente organización de esta grandiosa expedición, pues con sus consejos, basados en su mucha experiencia, contribuía con todas sus fuerzas al buen orden y prosperidad de la empresa. El 13 de febrero del año de 1502 zarpó la escuadra, que si bien tuvo que luchar con un fuerte temporal que echó á pique uno de los barcos, llegaron los demás con toda felicidad el 14 de abril á la embocadura del rio Ozama. Bobadilla fué inmediatamente destituído, y Roldán y sus compañeros reducidos á prisión, para trasladarlos á España y ser allí procesados.

En el transcurso de estos sucesos hallábase Colón ocupado con nuevos proyectos; y si bien uno de éstos, que expuso á los reyes, y que consistía en emprender una cruzada para rescatar el Santo Sepulcro del poder de los infieles, no tuvo aceptación alguna, no sucedió lo mismo con su proposición de proseguir los descubrimientos que había realizado durante su último viaje, á cuyo plan dedicaron el mayor interés, mucho más al ver por los viajes que entretanto habían emprendido Ojeda, Niño, Pinzón, Lepe y otros, que aún existían allí dilatados y ricos países que explorar.

Por lo tanto, concedióse á Colón permiso para organizar una nueva expedición, abandonando éste el 9 de mayo del año de 1502, con cuatro carabelas y 150 hombres, el puerto de Cádiz para surcar nuevamente las aguas índico-occidentales. Sobre el curso de esta travesía se conserva una copia del informe enviado por Colón á los monarcas. Según él, tomaron además parte en este viaje su hermano Bartolomé y el niño Fernando Colón, hijo del almirante, que aún no contaba trece años de edad.

Impulsados por un favorable viento monzón llegaron el 15 de junio á una de las islas Caribes, la actual Martinica, llamada en aquella época por los indígenas Mantinino. Después de permanecer tres días en ella y haber desembarcado en la isla Dominica, navegaron á lo largo de la cordillera de las pequeñas Antillas y costa meridional de Puerto Rico, llegando el 29

de junio á la embocadura del Ozama, en la cual se hallaba precisamente la escuadra de Ovando dispuesta á emprender su regreso á España. Como una de las embarcaciones del almirante se hallaba en mal estado, envió Colón á tierra al capitan Pedro de Terreros con la petición de cambiar el barco averiado por otro mejor. Además solicitaba Colón permiso para embocar con sus barcos en el puerto, puesto que varios indicios hacían presentir la proximidad de una fuerte tempestad. Ovando, temiendo que la aparición del almirante promoviese nuevas perturbaciones, que eran más de esperar por hallarse en la escuadra anclada en el puerto gran número de enemigos del genovés, evitó toda aproximación, negando además el permiso de entrar en la embocadura del río.

Herido vivamente por esta negativa, abandonó el puerto el desilusionado almirante, que esperaba haber reconquistado con su regreso la consideración que disfrutaba en Santo Domingo, y navegó á lo largo de la costa para buscar en la bahía de Azua, situada al Oeste de Santo Domingo, un refugio para sus barcos.

Poco después abandonaba el Ozama la escuadra de Ovando para emprender su regreso á España, sin cuidarse de la advertencia del almirante. A bordo de los barcos se hallaban innumerables riquezas en oro. También estaban en ellos Bobadilla, Roldán y numerosos enemigos del genovés. Aún no habían alcanzado los barcos el extremo Sudeste de la isla Española, cuando el huracán pronosticado por Colón desencadenóse con toda su furia, sumergiendo en poco tiempo á los veinte barcos que componían la escuadra. Sólo un endeble barquichuelo, el peor de todos, que llevaba á bordo la propiedad de Colón, nuevamente rescatada, salió ileso del horrible temporal, y pudo llevar á España la noticia del desastre. Bobadilla y Roldán hallaron, en compañía de otros muchos, la muerte entre las olas.

Colón, por el contrario, navegando á lo largo de la costa, aproximándose á ésta cuanto podía, halló refugio en ella y pudo resistir el temporal con felicidad relativa, pues sólo sufrió algunas averías de escasa importancia. Las embarcaciones habían sido separadas unas de otras, mas volvieron á reunirse poco después. Luego que hubieron esperado que pasase un segundo temporal en la bahía de Puerto Brazil, el actual Yacmel, procuraron alcanzar la costa del continente Sur, que había sido en parte explorada por Ojeda, Pinzón y otros, después del último viaje del almirante; mas empezó á reinar un largo período de calma, durante el cual fueron arrastrados los barcos por las fuertes corrientes que cruzan por el mar Caribe, pasando por la costa Meridional de Jamaica hasta el archipiélago de islas bautizado por Colón con el nombre de Jardines de la Reina, que se hallaba muy cerca de Cuba.

Sin tocar en él, aprovechando la coyuntura de haberse levantado viento favorable, llegaron después de bastantes días de navegación, el 30 de julio, á una islita situada en dirección Sudeste, cubierta de diferentes árboles. Como entre éstos había especialmente muchos y hermosos pinos, dieron á esta isla el nombre de isla de Pinos, pero en la actualidad es más conocida por el antiguo nombre indio de Guanaja.

Interin estuvieron anclados en aquel paraje tuvieron un singular encuentro con una gran canoa india que, á juzgar por las apariencias, acababa de hacer un largo viaje. La tal canoa iba dirigida por 25 remeros y era propiedad de un cacique que se hallaba con su mujer é hijos en una choza hecha de hojas de palma y situada en el centro de la embarcación, y al parecer hacía un viaje comercial. La canoa contenía gran cantidad de artículos de cambio, de los cuales algunos excitaron vivamente el interés del almirante, tales como hachas y cascabeles de cobre, mantas de algodón de diferentes colores, y toda clase de objetos de barro, piedra y madera, así como también jarros y armas, entre las cuales vieron por primera vez los españoles aquellos terribles instrumentos de combate què consistían en un largo palo cuajado literalmente de puntas de oxidiana, y que en las futuras guerras de los españoles contra los mejicanos habían de jugar papel tan importante. Aprendieron á conocer también el fruto del cacao, que al parecer apreciaban mucho los indios como alimento y artículo de comercio. También poseían los tripulantes de la canoa una bebida semejante á la cerveza, preparada con maíz.

Si bien no entendían el idioma de los extranjeros, dedujeron por sus señas que venían de un gran país situado al Oeste, que era rico, cultivado, y estaba lleno de industriosos habitantes. Si Colón hubiese seguido los consejos de aquella gente emprendiendo una dirección occidental, hubiera llegado en menos de un día de viaje á la costa de Yucatán, residencia de una primitiva y, relativamente, muy desarrollada cultura suigéneris. Es posible que hubiese conseguido llegar hasta las costas de Campeche, Tabasco, Veracruz y Tamaulipas, ricos territorios con cuyo descubrimiento habían de ganar más tarde honra y riqueza otros navegantes y conquistadores.

Colón, empero, tenía fijos en su mente determinados fines, cuya persecución era para él de la mayor importancia. Estaba alucinado por la idea de que en algún sitio del país á que había llegado, y que según él era continuación de la isla de Cuba, que consideraba como continente, debía de existir algún estrecho que permitiría circundar el supuesto dorado Quersoneso, y que haría posible realizar un cruce á las Indias delanteras. Colón abrigaba la creencia de que la gran corriente que cruzaba el mar Caribe debía de desembocar también en aquel estrecho. Todo su pen-

samiento é investigaciones se encaminaban á encontrar dicho estrecho, y con tal fin navegó con sus barcos á lo largo de la costa de Honduras en dirección oriental, después que hubo llegado á ella por el cabo del mismo nombre. El 12 de agosto anclaron en la embocadura de un río, y Bartolo-

Paisaje de la Costa de Honduras (á la izquierda de Cacao)

Dibujo original de Rodolfo Cronau

mé Colón tomó posesión de aquel país nuevamente descubierto en nombre de los reyes de España, bautizando al río, en honor de aquel acontecimiento, con el nombre de Río de la Posesión.

Los indígenas que encontraron iban unos completamente desnudos, y otros, por el contrario, vestían chaquetas cortas sin mangas y taparrabos;

casi todos iban pintados ó llevaban tatuadas en sus cuerpos extrañas figuras de animales. En un sitio de la costa hallaron unos salvajes que tenían taladradas y ensanchadas las orejas de una manera tan rara, que dieron á aquel paraje el nombre de Costa de la Oreja.

Durante la exploración de las costas de Honduras tuvieron que luchar continuamente los barcos con violentas borrascas, dificultándoles además las fuertes corrientes el avanzar, al extremo de que tardaron todo un mes para llegar al cabo oriental del mismo nombre, situado apenas á 70 leguas de distancia.

«En todo este tiempo no llegué á ningún puerto ni hubiera podido tampoco entrar en alguno; las borrascas se sucedían unas á otras; los torrentes de agua que venían de arriba y los vórtices que rodeaban nuestros barcos parecían anunciar el fin del mundo. En todo este tiempo no vimos ni el sol ni las estrellas. Las embarcaciones empezaron á hacer agua por todas partes, las velas estaban destrozadas, mi buque había perdido los mástiles, las anclas, los cables y los botes, y gran parte de las provisiones se averió; la tripulación enfermó, y todo el mundo estaba poseído de la mayor tristeza y ansiedad. Muchos de los marineros hicieron voto de entrar en un convento, y no había ninguno que no hubiese hecho alguna promesa ó se hubiera comprometido á alguna peregrinación.

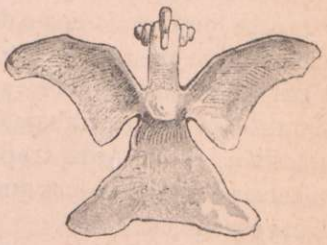
»Hemos sufrido muchas tormentas, pero ninguna ha sido tan larga y terrible como ésta. Hasta aquellos de mis tripulantes que nunca se desanimaban y que eran los más intrépidos, se amilanaron considerándolo todo perdido. Yo mismo estaba enfermo y me encontré varias veces al borde del sepulcro. Desde la pequeña caseta que me había mandado construir sobre cubierta dirigía el rumbo lo mejor que podía. Lo que más me conmovía y llenaba de dolor era mi hijo, pues pensaba que en edad tan tierna estaba expuesto á tantos peligros y trabajos. Pero Dios le infundió tal valor que animaba á los demás con su ejemplo, y cuando era preciso maniobrar tomaba parte en los trabajos de tal modo que parecía que hacía ochenta años que navegaba por el mar. El era el único que me consolaba en parte.

»También respecto á mi hermano era grande mi aflicción, mucho más por haberle yo inducido á emprender este viaje contra su voluntad. ¡Oh cuán escasa es mi felicidad! En los diez años que llevo prestando los más fieles servicios no he ganado lo suficiente para poder llamar mío en Castilla á un mal techado de ladrillos, y hasta hay veces que me falta dinero para poder pagar lo que consumo en las posadas donde tengo que detenerme para comer y descansar.»

Estas son las amargas palabras que la enfermedad, las penas y los trabajos hacían exhalar al pobre hombre, ya de edad caduca.

Por fin el 14 de septiembre llegaron al cabo oriental de Honduras, y dando un suspiro de satisfacción bautizó el almirante á aquella punta que sobresalía á gran distancia en el mar con el nombre de Gracias á Dios.

Desde entonces se hizo más rápida la marcha de la escuadra: el viento, que tanto la había retrasado hasta entonces, se trocó en favorable para la travesía á lo largo de la costa situada en dirección de Norte á Sur, pero también allí estaban destinados los barcos á sufrir toda clase de contratiempos. Cuando el 16 del mismo mes enviaron los botes á tierra para hacer provisión de agua y de leña, fué tragado uno de ellos con todos sus tripulantes por un vórtice formado por el choque de las aguas de un río con las olas del mar. Este acontecimiento fué abrumador dado el estado de ánimo de la tripulación, que había tenido que sufrir tantas calamidades, y Colón dió al sitio fatal el nombre de Río del Desastre. Algunos días más tarde llegaron á una apacible isla que se elevaba sobre las aguas cerca del continente, y que estaba cubierta de bosques de palmeras, bananos y otros árboles frutales. Las floridas costas enviaban perfumes tan exquisitos á los barcos, que Colón denominó á esta isla, llamada Quiribiri por los indígenas, con el nombre de La Huerta. Enfrente de la isla había un pueblo indígena cuyos habitantes parecían dispuestos al principio á defender sus costas, pero que al ver que los españoles se disponían á seguir su viaje sin tocar en él comenzaron á hacer toda clase de manifestaciones para que desembarcasen. Enviaron á bordo un anciano que llevaba una bandera blanca é iba acompañado de dos muchachas adornadas con cadenas de oro, las cuales cadenas quería regalar al almirante como una muestra de la simpatía de aquel pueblo hacia los forasteros.



Adorno de oro en forma de pájaro, de los habitantes de Costa Rica

Mas sin saber por qué tomaron en el barco á las dos jóvenes por hechiceras al ver que llevaban consigo toda clase de polvos desconocidos, y por lo tanto se apresuraron á enviarlas á tierra cuanto antes. Cuando al siguiente día visitó Bartolomé Colón la costa para adquirir noticias de las vecinas tierras, fué llevado en hombros á la orilla desde el bote por los regocijados indígenas; pero en cuanto hubo ordenado á un escribiente que le acompañaba que anotase con tinta y pluma los informes que había adquirido, los salvajes, temiendo fuese cosa de hechicería, huyeron precipitadamente, y sólo al cabo de largo rato consiguieron los españoles que se acercasen de nuevo.

Según las declaraciones de estos indios, continuando el viaje en dirección al Sur llegarían los españoles á tierras auríferas, y, efectivamente, no tardaron en arribar á aquella magnífica costa que algunos años más tarde, á consecuencia de sus ricas minas de oro y plata, había de llevar el nombre de Costa Rica. Los habitantes de ésta llevaban grandes placas redondas de oro como adorno en el pecho, y poseían también otros objetos cuyos toscos contornos semejaban figuras de pájaros y otros animales. (Véase el grabado de la página anterior.)

Limitándose á cambiar sólo algunas muestras de estos adornos, de los que no se desprendían con gusto los indígenas, navegaron el 17 de octubre á lo largo de la costa de Veragua, que más tarde había de ser también célebre por los tesoros que encerraba, y aquí, lo mismo que en la embocadura del río Catiba, consiguieron adquirir los españoles no despreciables cantidades de oro trabajado en planchas en formas de espejos y en objetos de adornos. Aquí tropezaron también por primera vez con aquellas macizas construcciones que habían de causar tan gran asombro más tarde á los españoles.

El edificio que vieron era de piedra y arcilla, revestido de estuco, y que probablemente sería el mismo que menciona Colón en su carta cuando describe un monumento de hermosa construcción, del tamaño de una casa y en cuya superficie yacía un cadáver.

La creencia de que se hallaban cerca de un país de regular cultura, la confirmaron los relatos de los indígenas, según los cuales existía, á nueve días de camino de distancia, un reino llamado Ciguara.

«Dicen, escribe Colón, que allí hay mucho oro, y que los habitantes llevan en los brazos y piernas brazaletes de oro, y que á la vez las arcas, las mesas y las sillas están guarnecidas con este metal..... Todos conocen también al Gran Jan. Los negocios se conciertan en ferias y en mercados; me han enseñado también el modo que tienen de hacer los cambios. Otros me han referido que en sus barcos tienen bombardas, espadas y rodelas; que los indígenas van vestidos y poseen caballos y otras muchas cosas útiles y hermosas. Dicen también que Ciguara está rodeado de mar, y que á diez días de camino de distancia se halla el río Ganges.»

En estos datos, en parte mal interpretados á causa de ignorar los españoles el idioma de los indígenas, recibieron indudablemente por primera vez las primeras indicaciones sobre el rico y bien cultivado Perú, en cuyas ciudades existían, según se ha comprobado después, aquellos mercados, cuyos habitantes iban vestidos y conocían el manejo de las espadas y las rodelas, que estaban gobernados por un Gran Jan, que no era otro que el Inca, y que poseían bestias de carga, ó sean las llamas. En los datos de que este país confinaba con el mar, que poseía puertos, y que á diez días

de camino de distancia había un gran río, sin duda se encerraban las primeras indicaciones de la existencia del Gran Océano y del caudaloso río Amazonas.

Colón interpretó estas noticias en pro de las buscadas Indias, y esperaba, por lo tanto, más que nunca llegar en breve al estrecho situado al extremo Sur del «dorado Quersoneso», que debía abrir el camino para las ricas Indias delanteras.

Esta esperanza le impulsaba constantemente á seguir adelante; así es que pronto abandonó las ricas costas de Veragua sin emplear mucho tiempo en su reconocimiento.

El 22 de noviembre llegó á una espaciosa bahía á la que dió el nombre de Puerto Bello, nombre que es uno de los pocos que recuerdan aún hoy día las memorables travesías del gran descubridor. Fuertes aguaceros detuviéronle por espacio de siete días en dicho sitio, y del mismo modo tuvo que continuar aún algunos más en el llamado Puerto de Bastimentos, situado algunas leguas más hacia Oriente, pues los buques estaban tan destruídos por la carcoma que necesitaban imprescindiblemente algunos reparos. Apenas habían abandonado este puerto cuando nuevas tormentas les obligaron á refugiarse en una pequeña bahía; quince días tuvieron que detenerse en este, á la que dieron el nombre de El Retrete, y en la cual había tal cantidad de aligátores que infestaban el aire con su peculiar olor á almizcle.

La inclemencia del tiempo perseguía constantemente á los navegantes, pues apenas se habían hecho los buques á la mar, y cuando no habían recorrido aún ni cuatro leguas, envolviólos de nuevo la tormenta.

«Nunca hasta entonces había visto el mar tan alto, tan espumoso y tan imponente, escribe Colón. La tempestad estaba enfrente de nosotros y nos imposibilitaba llegar á una lengua de tierra que teníamos ante nuestra vista. Nos retenía en el mar, que parecía estar cubierto de sangre y hervía como un caldero puesto sobre una gran hoguera. Sin interrupción día y noche parecía arder el cielo, surcado de brillantes relámpagos á los que sucedían truenos tan terribles que todos pensábamos que el abismo nos iba á tragar juntamente con nuestros barcos. La lluvia caía á torrentes como un nuevo diluvio, y la tripulación estaba tan rendida que todos deseaban morir para librarse de tanto infortunio. Mi herida se abrió otra vez, y por espacio de nueve días perdieron toda esperanza de salvarme la vida. Yo ya no sabía qué hacer.»

Como los buques, que habían perdido por segunda vez sus anclas, velas, cables y botes, se encontraban en un estado desastroso á causa de la carcoma, decidióse Colón, por más que le pesase, á no buscar más el estrecho y volverse á Veragua.

Durante toda la travesía tuvieron que luchar constantemente con el mismo espantoso temporal; sin interrupción caía una fuerte lluvia que ponía á la tripulación de las descubiertas carabelas en peligro de perecer ahogada. Todos se dispusieron á un próximo fin, que creían tanto más seguro cuanto que la naturaleza entera parecía haberse conjurado para la perdición de los barcos. Un día vieron que las aguas del Océano, agitadas por la borrasca, se arremolinaban como pirámides formando altas columnas giratorias que se unían con las bajas nubes corriendo con vertiginosa rapidez hacia los barcos, y que parecían querer triturar á éstos. Los asustados marineros cayeron de rodillas clamando al cielo, y dándole gracias después por haberles salvado al ver que las extrañas apariciones pasaron junto á las carabelas sin hacerlas daño. De mal agüero parecíanles también los tiburones, que comenzaron á rodear las embarcaciones en grandes bandadas, pues la creencia de los marinos era que estos voraces ladrones del mar iban hacia los barcos atraídos por el olfato y por un cierto presentimiento que les indica que á bordo de ellos hay enfermos ó moribundos ó están próximos al sufragio. Felizmente para los navegantes, no se realizaron semejantes creencias, pues pudieron entrar por fin, después de haber tardado cerca de un mes en recorrer la distancia de apenas treinta leguas que separa á Puerto Bello de Veragua, en la embocadura de un río al que bautizó Colón con el nombre de Río de Belén. A aquella parte de la costa en la que habían tenido que luchar con tantas calamidades dióle el nombre de costa de los Contrastes.

Pero hasta en el mismo puerto parecía querer perseguir la mala suerte á los españoles, pues el 24 de enero hincháronse repentinamente, y sin ningún indicio precedente, las aguas del río, de tal manera que la fuerza de la corriente rompió las anclas de los barcos, y estuvieron á punto de zozobrar en aquel puerto que creyeron tan seguro. «No sé si hombre alguno habrá pasado mayores sustos,» escribe Colón, que achacaba la repentina crecida del río á un turbión procedente de las montañas de San Cristóbal que se veían á lo lejos.

Con los habitantes de aquella comarca entraron pronto en amistosos tratos, y éstos enseñaron con la mayor complacencia los lugares de donde extraían el oro que empleaban para toda clase de adornos en forma de pájaros, animales y lunas de espejo. Las minas de oro estaban situadas en el interior á algunas leguas de distancia, y, según afirmaban los indios, se extendían hacia Occidente hasta una distancia de veinte días de camino. Los reconocimientos practicados demostraron que todo el suelo estaba cuajado de oro, y en poco tiempo pudieron recoger una respetable cantidad de él.

Los indios condujeron al adelantado, que era el que dirigía los reco-

nocimientos, á un alto monte, desde el cual se divisaba toda la comarca. Hasta donde alcanzaba la vista se veía un ilimitado territorio cubierto de bosques, en los cuales se distinguían de trecho en trecho algunas columnas de humo que delataban la existencia de viviendas humanas. En algunos sitios se hallaban, próximos á estas viviendas, extensos claros cultivados que tenían plantaciones de musgo y otros frutos campestres; también hallaron árboles frutales y campos en los que los indígenas cultivaban ananas.

En los bosques vieron animales desconocidos para ellos, entre los cuales estaban el puma, león de América, extraños monos, tapires y ciervos, y aves que eran completamente distintas á las especies de Europa.

Los reconocimientos realizados demostraron que Veragua era sin duda alguna el distrito más rico en oro de todas las demás tierras vecinas; así es que, convencido Colón de que se hallaba en una de las partes más prósperas del Asia, en el dorado Queroneso, decidió establecer allí una colonia. La dirección de la misma pensaba confiársela á su hermano y él volverse á España para llevar la noticia del nuevo descubrimiento y procurarse nuevos refuerzos y provisiones.

Pronto empezaron los trabajos de construcción de un almacén y viviendas para los colonizadores, cosa que desagradó en gran manera á los indígenas, pues comprendieron que los forasteros pensaban permanecer largo tiempo en su país. Con objeto de impedirlo, reuniéronse en el pueblo del cacique Quibián á fin de atacar por la noche á los españoles y prender fuego á sus casas. Pero el movimiento de los indios no pasó inadvertido, y después de un reconocimiento practicado por Diego Méndez pudieron convencerse á tiempo los españoles de la hostilidad de los salvajes.

Durante dicho reconocimiento aventuróse el referido español á entrar en el pueblo con un solo acompañante, y vió que los habitantes estaban ya pertrechados para el combate. Estos quisieron impedir á todo trance que se aproximase á la vivienda del jefe, situada en la loma de un cerro. Al fin consiguió le dejasen franco el paso diciendo que era médico é iba á curarle una herida al cacique. La vivienda de éste estaba en medio de una gran plazoleta, y al rededor había esparcidas, como trofeos de un sangriento y reciente encuentro con una tribu enemiga, más de 30 cabezas humanas.

Cuando se disponía Méndez á entrar en la casa de Quibián, las mujeres y niños que se hallaban á la puerta prorrumpieron en roncos gritos, al oir los cuales apareció el hijo del jefe indio y empezó á gesticular vivamente rechazando al importuno visitante.

Todas las tentativas de éste á fin de calmar la excitación del salvaje

fueron inútiles, y viendo que nada conseguía, sacó un peine, un espejo y unas tijeras del bolsillo, y ordenó á su compañero Escobar que delante de todo el pueblo le peinase y cortase los cabellos. Este obedeció el extraño mandato, y su ejecución despertó de tal modo el interés y curiosidad de aquellos hijos de la naturaleza, que el hijo de Quibián, que tan hostil se había presentado al principio, consintió en que ensayasen en él el mismo procedimiento. Luego que Méndez hubo regalado al indio los mencionados objetos, y después de haber estado sentado un buen rato entre ellos en la mayor paz y armonía, regresó al lado del almirante para informarle de lo sucedido.

Como no podían abrigar duda alguna acerca de las intenciones hostiles de los indígenas, decidieron adelantarse á sus planes y coger prisionero á Quibián con toda su familia, cosa que consiguió felizmente el adelantado con ayuda de 80 hombres.

Mas por desgracia Quibián halló durante la noche ocasión de fugarse saltando del bote que le conducía río abajo y nadando un buen trecho por debajo del agua. Las mujeres, hijos y guerreros de Quibián, que se hallaban á bordo, hicieron también una tentativa de evasión, pero sólo algunos lo lograron, visto lo cual por los otros, prefiriendo la muerte al cautiverio, se suicidaron ahorcándose. Quibián, vuelto otra vez con toda felicidad junto á sus guerreros, dióles al punto la señal de ataque contra los españoles.

Pero antes de que éste pudiera tener lugar, Colón, pensando que el temerario golpe de mano del adelantado habría atemorizado á los indios, hizo colocar con gran trabajo á tres de las carabelas que estaban dispuestas para emprender el regreso á España al otro lado de un banco de arena que interceptaba la entrada en la embocadura del río, mientras que la cuarta quedaba anclada en el sitio de costumbre para defensa de la colonia.

Decidido á hacerse á la vela cuanto antes, envió al capitán Diego Tristán con 12 hombres y dos botes á fin de proveerse de agua y provisiones en la parte superior del río. Contra estos botes empeñaron inmediatamente el ataque los salvajes, y después de una corta lucha fué muerto Tristán con su gente. Sólo uno de los españoles pudo librarse y llevar á la colonia, que entretanto había sido también atacada, noticia de lo ocurrido.

Si bien en ésta habían podido rechazar el ataque, bien pronto viéronse obligados los españoles á abandonar sus cabañas situadas al lado del bosque y retirarse á un claro sobre la orilla del río para estar más á cubierto de las continuas embestidas de los enemigos ocultos en el bosque. Mientras se atrincheraban allí, trajóles el español evadido la triste noti-

cia de la muerte de Tristán y sus compañeros, y no tardaron en ver también los cadáveres de aquellos infelices horriblemente mutilados y acribillados de flechas, arrastrados lentamente río abajo para ser segura presa de los buitres, que revoloteaban sobre ellos ávidos de empezar su repugnante festín.

Mientras se desarrollaban estos sucesos en tierra, esperaba inútilmente el almirante, cuyo barco estaba anclado un poco más allá de la embocadura del río, el regreso de sus hombres, y sólo tuvo noticia del desastre gracias á la intrepidez de un valiente que consiguió atravesar el río á nado por un sitio en que las aguas se arremolinaban con tal furia que era imposible pasarlo en bote. Este había hallado á los pobres sitiados en la mayor desesperación. No les era posible mover la carabela, que estaba anclada en las someras aguas del río, y comprendían que de permanecer mucho tiempo en tierra era segura su perdición en cuanto consumiesen las pocas provisiones que les quedaban y tuviesen el menor descuido en la vigilancia que ejercían.

Comprendíase perfectamente que en tales circunstancias era del todo imposible el sostenimiento de la colonia, y por medio del valiente nadador, que volvió á pasar el río por el mismo sitio de antes, suplicaron á Colón encarecidamente que los admitiese á bordo.

Esta nueva desgracia acabó de abatir por completo al almirante, que desde hacía algunas semanas hallábase acometido por la fiebre. Martirizado por la idea de no poder enviar inmediatamente auxilio á su hermano y á sus gentes, puesto que con el único bote que aún les quedaba no era posible atravesar el vórtice, entregóse casi á la desesperación, arrastrándose penosamente, más bien que andando, sobre la cubierta de su barco y demandando auxilio á los cuatro vientos. Pero inútilmente: los días se sucedían unos á otros sin saber qué partido tomar.

Extenuado y presa del delirio febril, parecióle oir una voz consoladora que le decía: «Hombre de poca fe, ¿por qué vacilas en tu fe en Dios? ¿Qué más ha hecho por Moisés, David y sus otros siervos que por tí? Desde tu nacimiento te ha llevado en andas, y cuando alcanzaste la edad por él fijada, ha ordenado su decreto que tu nombre resonase en el mundo entero. Te ha dado la India, el país más rico del mundo; te ha dado las llaves para abrir las más extremas fronteras del Océano, que hasta aquí habían estado cerradas con fuertes cadenas. En los más remotos países se obedece tu voz, y has adquirido nombre inmortal en toda la cristiandad. ¿Qué más ha hecho por el pueblo de Israel cuando le sacó de Egipto? ¿qué más por David cuando le sacó de la condición de pastor para elevarle al trono de Judea? Vuelve tu pensamiento á Dios y reconoce tu error. ¡Su misericordia no reconoce límites! Tu edad no te impi-

de hacer aún grandes cosas, y una magnífica herencia te aguarda. ¿No tenía Abrahán cien años de edad y era Sara joven cuando parió á Isaac? Pides una ayuda incierta. Dime: ¿ha sido Dios ó ha sido el mundo el que te ha proporcionado tanta amargura? Enséñame el premio que te han dado los hombres por todos los peligros que has arrostrado por servirles. Dios, por el contrario, cumple sus promesas y no deja ser mártir á nadie para que triunfe la fuerza. Por lo tanto, no temas, y recobra el valor. Todos tus padecimientos están escritos sobre mármol, y no sin motivo.»

Colón escribió estas palabras en una carta dirigida á los reyes de España con la siguiente aclaración: «Estaba medio muerto al escuchar estas palabras, y no pude articular respuesta alguna; sólo pude llorar pensando en mis pecados.»

Por fin al cabo de nueve días de espera calmó el temporal, logrando los sitiados trasladarse en balsas á los barcos en unión de los comestibles y municiones que aún conservaban. En recompensa á los servicios prestados mientras duraron estos trabajos de salvamento, diósele á Diego Méndez el puesto que ocupaba el difunto Tristán, ó sea el de capitán de una de las carabelas. El barco anclado en el río hubo que abandonarlo.

De este modo emprendieron el viaje en la noche de Pascua del año de 1503 con los tres barcos podridos y medio roídos por la carcoma, con intención de regresar cuanto antes á la Española. Navegando á lo largo de la costa viéronse obligados en las inmediaciones de Puerto Bello á abandonar una segunda carabela cuyas bandas ó costados estaban tan agujereadas que era imposible mantenerla á flote. También los otros dos barcos restantes se hallaban en el más lamentable estado, teniendo que coger el agua que penetraba en ellos con pucheros y calderos. Las provisiones habían disminuído tanto, que tuvieron que acortar las raciones, y aún así temían verse expuestos en breve á los rigores del hambre.

Reproducimos á continuación un párrafo de una de las cartas del almirante relativas á este viaje:

«Hubiera deseado, dice, que todas aquellas personas que con tanta despreocupación censuraban diciendo que en un caso dado podría hacerse esto ó aquello, hubieran hecho también este viaje; pero creo que tendrán que hacer también otro.»

Llegaron al golfo de Dario y desde allí trataron cruzar al través el mar Caribe en dirección de la isla de Jamaica; pero tanto la corriente como los vientos del Este los apartaron de tal modo del rumbo indicado, que en vez de llegar á la costa de Jamaica llegaron á dos islitas situadas al Noroeste de la misma, á las que, á causa del gran número de tortugas que encontraron en ellas, les dieron el nombre de islas de las Tortugas. Hoy llevan, por el contrario, el de islas de los Caimanes.

Después de haber pasado éstas llegaron el 30 de mayo á los Jardines de la Reina, en la costa meridional de Cuba, mas también allí tuvieron que luchar con fuertes borrascas, durante las cuales perdiéronse tres anclas, siendo arrojados los barcos con tal ímpetu unos contra otros que amenazaban romperse en mil pedazos.

Cuando al cabo de seis días calmó un poco su furia el temporal, hiciéronse otra vez á la mar con los averiados barcos, llegando por fin á Cabo Cruz. Pero cuantas tentativas hicieron para ir desde allí á la Española fueron inútiles, pues los barcos, que estaban, como queda dicho, agujereados por la carcoma, no podían hacer frente á las corrientes del Oeste, entrando el agua de tal modo en todos los departamentos que, á pesar de no cesar de extraerla con las bombas y con toda suerte de vasijas, no se conseguía agotarla. El agua subía cada vez más y más, tanto que el almirante no tuvo otro remedio que tocar en la cercana costa de Jamaica, y el 24 de junio, en la bahía de Santa Gloria, cerca de la playa, llenáronse de agua y se sumergieron las embarcaciones hasta el punto de que sólo se veían las cubiertas.

Figurilla de oro de Veragua

Sobre éstas mandó hacer Colón dos chozas cubiertas con hojas de palmera para él y la tripulación, y poner á estos miserables refugios en estado de defensa para estar dispuestos á rechazar cualquier intento hostil de los indígenas. Para evitar conflictos entre éstos y la tripulación, prohibióse recorrer la isla sin el expreso permiso del almirante.

Pronto se repartieron las últimas raciones de galleta y vino, y entonces presentóse el problema de cómo hallarían medios de subsistencia para tantos hombres. Felizmente, el cuidadoso Diego Méndez se arregló de modo que convino con los habitantes de los pueblos cercanos en que éstos cazasen, pescasen é hiciesen pan de cazabe para los españoles, comprometiéndose éstos á pagarles con cuentas de vidrio, peines, cuchillos, campanillas y otros objetos por el estilo.

Si bien con esto se salvó la necesidad del momento, convencíase cada vez más el almirante de que ante aquella situación desesperada, en la que se dependía de la buena voluntad de los indígenas, debía de arriesgarse todo á fin de salir cuanto antes de ella y llegar á la Española, pues tanto el variable carácter de los indios como el de la tripulación hacían temer de continuo encuentros funestos, y si los primeros se negaban á proporcionarles víveres pondrían á los náufragos en la situación más horrible.

Por lo tanto, hacíase preciso enviar una embajada á Santo Domingo para pedir á Ovando que corriese en socorro del almirante.

Esta empresa era tanto más peligrosa, cuanto que para llevarla á cabo sólo contaban con un pequeño bote indio de remos que había logrado cambiar Méndez, y con el cual, no sólo había que recorrer la gran distancia que mediaba desde allí hasta el extremo Este de la isla, sino también las cuarenta leguas que separan á Jamaica de la Española, y desde allí á Santo Domingo, esta última distancia triplicada.

Para tan peligrosa aventura nadie parecióle tan á propósito al almirante como el incansable Diego Méndez, que siempre estaba dispuesto á poner su vida en peligro por el bienestar de todos. Pero también éste se asustó del temerario plan, y se negó á ir. Entonces reunió el almirante á la tripulación en masa para exponerle el angustioso estado en que se hallaban y ver si algunos se decidían á hacer la travesía, sin que ninguno se atreviese, pues todos estaban convencidos de la imposibilidad de cruzar con una débil canoa el casi siempre tormentoso mar surcado de corrientes.

Entonces levantóse Diego Méndez y se ofreció á acometer tan arriesgada empresa, á cuyo efecto mandó embadurnar la canoa con alquitrán y sebo y clavar unas tablas en la proa y en la popa á fin de impedir que entrase el agua; pidió también un mástil y una vela y emprendió el viaje con seis remeros indígenas, pero sólo pudo llegar hasta el extremo Este de la isla, pues vióse atacado y robado por piratas indios, y sus mismos acompañantes trataron de asesinarle. Con gran trabajo pudo librarse ocultándose en la canoa y volviendo donde estaba el almirante. A pesar de los peligros pasados ofrecióse á intentar por segunda vez la travesía si le escoltaba el hermano del almirante, con cierto número de hombres armados, hasta el punto donde había llegado la otra vez. Su gran valor y temeridad contagió á algunos otros, que se declararon dispuestos á acompañar á Méndez, decidiéndose, por lo tanto, que esta vez fuesen dos canoas las que hiciesen la expedición. En cada una de ellas iban seis españoles y diez remeros indios. Méndez mandaba la primera, y Bartolomé Fiesco, un genovés, la segunda. Se convino en que, tan pronto como el primero desembarcase felizmente en la Española, el segundo volvería al lado del almirante para darle parte del feliz término del viaje.

El almirante relató esta expedición en aquella carta dirigida á los monarcas españoles de la que se conserva copia, y que ha sido también impresa, sirviendo además de base principal para la historia de este memorable viaje. Esta carta describe todo el curso de la travesía hasta llegar á Jamaica. En sencillas pero sentidas palabras pinta las muchas penalidades y grandes peligros á que estuvieron expuestos durante ella, y tam-

bién se hallan desgarradoras descripciones de los trabajos y miserias pasados esperando algún socorro.

Tomamos de dicho informe algunos párrafos que expresan claramente la desesperada situación de ánimo del almirante en aquellos días de prueba. Dicen así:

«Soy tan desgraciado, que digo: hasta aquí he llorado por los demás; ahora que el cielo tenga piedad de mí y llore mis desgracias la tierra. En lo referente á bienes terrenales soy tan pobre que no poseo la más ínfima moneda para poder dar una limosna; y en cuanto á mis ganancias ó conquistas intelectuales, también me las han hecho perder..... Nunca puedo pensar, sin verter amargas lágrimas, en la Española, en Paria y los otros países por mí descubiertos; todos ellos se hallan en estado de ruina y destrucción: probablemente será incurable su enfermedad, ó por lo menos de larguísima duración. Ahora debían de venir aquellos que ocasionaron su daño trayendo algún remedio para aliviar su situación, si es que conocen alguno, ó le saben aplicar,—mas eso no saben hacerlo; sólo cuando se trata de trastornar ó destruir están prontos á ello, y todos son maestros en esos casos.....

»Cuando llegué por vez primera á la corte de vuestras altezas contaba veintiocho años de edad, y ahora no se halla en mi cabeza un solo cabello que no se haya vuelto blanco bajo el peso de las penas y cuidados. Me encuentro miserable, enfermo y pobre; no poseo nada á que poder llamar mío; á mí y á mis hermanos, para ignominia nuestra, nos han robado y vendido hasta las capas, sin habernos visto ni escuchado..... Aislado con mi dolor y esperando la muerte cada día, rodeado de un millón de salvajes crueles y hostiles, me hallo tan lejos de los sacramentos de nuestra santa Iglesia, que mi alma será olvidada si se desprende aquí de mi cuerpo. El que sea misericordioso y ame la verdad y la justicia, que llore por mí. Yo no he hecho el viaje para adquirir fama y riquezas; esto es tanto más cierto cuanto que, respecto á este particular, antes del viaje se había extinguido ya en mí esta esperanza. Con buenas intenciones y gran celo me he presentado ante vuestras altezas, y es bien cierto que no subsisto sobre nada. Yo les ruego humildemente que con ayuda de Dios me saquen de aquí, á fin de que pueda emprender alguna peregrinación á Roma ó á cualquier otro punto» (1).

Hacia principios de agosto se puso en marcha la pequeña expedición, acompañada de Bartolomé Colón, que con 70 guerreros caminaba á lo largo de la costa. Sin haber sufrido ningún encuentro con los indios llegaron

---

(1) Fr. P., *Los Viajes de Cristóbal Colón*, Leipzig, 1890. Págs. 164 á 166.

al extremo oriental de la isla de Jamaica, llamado cabo Farol (hoy Point Morant), y allí se despidieron.

Con lágrimas en los ojos despedían los que se quedaban á sus pobres compañeros que en aquellas débiles embarcaciones, impulsadas por los vigorosos remeros indígenas, avanzaban rápidamente hacia el Este, hasta que desaparecieron de su vista perdiéndose en la naciente obscuridad.

Semanas y meses transcurrieron aguardando en vano el regreso de Bartolomé Fiesco que debía de traer noticia del feliz término de la travesía. Ninguna vela, ningún barco veíanse en lontananza que trajese la salvación para los pobres náufragos. Estos infelices, materialmente prensados sobre la cubierta de sus buques, fueron presa de las enfermedades, y pronto sucedió lo que Colón temía: los indígenas empezaron á no suministrar con regularidad las provisiones. Los artículos de cambio de los españoles habían perdido gran parte de su valor y novedad por la frecuencia con que eran prodigados y ya no los recibían con la anterior alegría los indígenas. Estos, que no estaban acostumbrados á cuidarse para ellos del sustento del siguiente día, se cansaron de proporcionárselo á los españoles, y cada vez se lo llevaban con menos regularidad, hasta tal punto que éstos viéronse expuestos en breve á muchas privaciones.

Poseídos de gran desesperación sublevároнse parte de los españoles, instigados por el hambre y la fiebre, á fin de librarse á viva fuerza de aquella penosa y miserable situación. Maldiciendo á aquel que los había conducido allí, apoderáronse de cierto número de botes indios canjeados por Colón, y cayeron como una avalancha sobre los pueblos, saqueándolos y procurándose de este modo el sustento, y hasta estaban decididos á buscar su salvación por el mismo camino que había emprendido Méndez para llegar á la Española. El jefe de esta banda era Francisco de Porras, capitán de una de las carabelas. Bajo su dirección llegaron los aventureros, que eran 48, hasta cabo Farol, logrando un arreglo en aquel punto con algunos remeros indios.

El mar parecía en completa calma, y por lo tanto propicio para emprender la arriesgada travesía. Con buen ánimo emprendieron los españoles el viaje; mas apenas habían andado algunas leguas cuando fuertes vientos contrarios causaron una verdadera dispersión en la pequeña flota. El viento y las olas crecían rápidamente, viéndose precisados, no sólo á volverse apresuradamente á tierra, sino á arrojar al mar cuanto llevaban á bordo á fin de aligerar las canoas. Sólo conservaron las armas; pero al ver que el peligro aumentaba obligaron á los indígenas á viva fuerza á echarse al agua y salvar su vida nadando. A pesar de que éstos eran vigorosos nadadores, era demasiado grande el trayecto que tenían que recorrer hasta llegar á la costa; así es que se mantenían cerca de las

canoas para de vez en cuando agarrarse á ellas para tomar aliento. Mas como con su peso aumentaba el peligro de las canoas, que amenazaban volcarse, les cortaron las manos á hachazos á aquellos infelices, que se sumergieron uno tras otro en las hirvientes olas. De este modo perdieron la vida 18 indígenas.

Con gran trabajo llegaron por fin los españoles á aquella costa que acababan de abandonar, sin conservar provisión alguna ni objeto de su propiedad. Como obtuviese idéntico resultado una segunda tentativa, desistieron de su empresa, y recorrían los pueblos indígenas merodeando y obligando á sus moradores por la fuerza de las armas á suministrarles el sustento.

Mientras que estos amotinados constituían una verdadera plaga para la isla, discurrió Colón el medio de obligar á los indios á proveerles de víveres merced á un ardid basado en la superstición de aquellos hijos de la selva.

Sabiendo que tendría lugar un eclipse de Luna, amenazóles con la ira de Dios, que se demostraría claramente en la siguiente noche en que perdería su brillo la Luna. Incrédulos y miedosos, escucharon los indios á medias estas palabras; pero cuando vieron á la noche siguiente que el astro nocturno oscurecíase cada vez más, fué tan grande el pánico que se apoderó de ellos que prometieron traer con puntualidad los víveres á los españoles, cosa que cumplieron hasta que llegó el deseado socorro.

Este auxilio se lo debía Colón al bravo y honrado Diego Méndez, que creían perdido hacía mucho tiempo.

Este y su compañero habían tenido que sufrir una terrible travesía. Al principiar ésta reinaba completa calma; el ilimitado Océano mostrábase á su vista como un mar de metal derretido. Los rayos del sol caían abrasadores reflejándose en las aguas como fuego. Ni la más leve brisa refrescaba á los infelices navegantes. La provisión de agua disminuía con desesperante rapidez, y aún no habían recorrido la mitad del camino.

Cuatro días con sus noches transcurrieron entre las más espantosas privaciones; hacía mucho tiempo que se había consumido la última gota de agua. Los indios no podían manejar ya los remos, y uno de ellos había muerto extenuado por la sed y el sofocante calor que reinaba. Al fin vieron en lontananza la islita de Navassa, situada á sólo ocho leguas de la Española, y dirigiéronse inmediatamente á ella para proveerse de agua. Después de buscar por espacio de un gran rato, descubrieron algunos hoyuelos ó pozancas llenas de agua en las concavidades de los peñascos, sobre los cuales se arrojaron los indígenas con tal avidez que algunos de ellos murieron en el acto y otros enfermaron gravemente.

Al anochecer continuaron el viaje á la Española, llegando al quinto día

al cabo extremo Occidental de la misma, llamado Cabo de San Miguel, y en la actualidad Cabo Tiburón.

Según lo acordado, debía volverse desde allí Bartolomé Fiesco al lado del almirante, mas ni él ni ninguno de sus compañeros quisieron arrostrar por segunda vez los horrores de la travesía, y todos los esfuerzos que hizo Méndez para hacerles cumplir lo prometido fueron en vano. Dejando, pues, á Fiesco en un pueblo indígena, continuó el incansable Méndez su viaje acompañado tan sólo de seis remeros indios desde la Española á Santo Domingo, pero en cuanto llegó á las inmediaciones de la bahía de Azua supo que el gobernador Ovando se hallaba ocupado en dar una batida á los habitantes de Xaragua. Entónces, abandonando Méndez la canoa, dirigióse solo y á pie al citado punto, siendo recibido con toda amabilidad por el gobernador, que le entretuvo por espacio de siete meses con promesas que nunca se realizaban. Al fin, transcurrido este tiempo, pudo conseguir permiso para ir á Santo Domingo y fletar un barco por cuenta del almirante.

Mientras Méndez iba camino de Santo Domingo, Ovando, temiendo que Colón pensase presentarse en la Española y tomar nuevamente posesión de su soberanía, envió á Diego de Escobar, uno de los partidarios de Roldán, en una pequeña carabela á Jamaica, no para llevar socorros á los náufragos, sino para adquirir noticias relativas á éstos. Limitóse solamente á enviar como regalo al almirante un trozo de tocino y un tonel de vino,—cosa que, como se comprende, era un sarcasmo dada la angustiosa situación de éste,—y á decirle que tan pronto como viniese un barco más grande de España irían en su auxilio. Luego que Escobar hubo recibido una carta de Colón dirigida á Ovando, volvióse á Santo Domingo con la misma prisa con que había ido allí, para dar cuenta de sus observaciones.

Por más que se hubiesen convencido de la crítica situación de los náufragos, no se apresuraron á librarles de ella, y es posible que hubiesen perecido miserablemente á no ser por el fiel Méndez, que pudo al fin comprar y aparejar un barco, enviándolo inmediatamente á Santa Gloria.

Sin embargo, antes de que llegase este socorro, había tenido que pasar Colón por muchas horas de amargura. Guiado de su buen corazón, había hecho saber á Porras y á su cuadrilla la promesa de Ovando de enviarles en breve auxilio, prometiéndoles el perdón y pasaje en el barco si se sometían inmediatamente. En vez de aceptar esto impusieron los rebeldes desvergonzadas condiciones; por ejemplo, que si venían dos barcos tenían que cederles uno para ellos, y además que les dieran la mitad de todos los artículos de cambio que tenían aún, puesto que ellos perdieron los suyos en la tentativa que hicieron para ir á la Española.

Como estas pretensiones no fueron aceptadas, decidieron los amotina-

dos apoderarse violentamente de dichos artículos, así como también de un paraje desde el cual pudiesen hacerse dueños de los barcos salvadores.

Al mismo tiempo intentarían hacer prisionero al almirante á fin de que secundase dócilmente sus deseos. Este plan llegó á conocimiento de Colón, no quedándole más remedio, tanto á él como á sus fieles partidarios, que salir al encuentro de los rebeldes, que ya se habían puesto en camino, con las armas en la mano. Tuvo lugar una reñida lucha en la cual cayeron muchos de los revoltosos y durante la cual consiguió el adelantado hacer prisionero á Porras. El resto de los amotinados sometióse voluntariamente al siguiente día, 20 de mayo, y fuéles concedido el perdón después que hubieron jurado nuevamente fidelidad al almirante. A Porras, por el contrario, se le puso á buen recaudo.

Al fin el 25 de junio la vista de dos barcos puso en gran alarma á los españoles, que con todas las velas desplegadas caminaban rápidamente en dirección á la bahía de Santa Gloria para llevar la anhelada salvación á los pobres náufragos, que hacía más de un año aguardaban inútilmente auxilio. Uno de los barcos estaba aparejado por Méndez; el otro por Ovando, que tras larga vacilación habíase decidido al fin á hacer algo por los forzosos prisioneros.

El 13 de agosto llegaron á Santo Domingo, donde Ovando recibió con gran amabilidad al almirante hospedándole en su casa, y también puso en libertad á Porras dejando al Consejo de Indias en España el cuidado de juzgarle, y éste le puso á su vez en libertad sin castigo alguno.

Poco tiempo permaneció Colón en Santo Domingo; aquellos lugares que le habían visto en el apogeo de su gloria y ahora le veían deshonrado y humillado. Abandonó, pues, aquel sitio para no volver á pisarlo jamás.

El día 12 de septiembre, rendido de cuerpo y de espíritu por las desilusiones y trabajos sufridos, embarcóse para Europa, llegando, después de una tempestuosa travesía, al puerto de Sanlúcar el 7 de noviembre del año de 1504.

LOS ÚLTIMOS AÑOS DE LA VIDA DE COLÓN Y SU MUERTE

El regreso del almirante apenas produjo sensación. El entusiasmo con que se le había aclamado á la vuelta de su primero y segundo viaje habíase evaporado al ver que venía con las manos vacías y como un náufrago que había perdido todas las embarcaciones con que emprendiera el viaje.

De los amigos que antes se enorgullecían con su amistad, sólo algunos le visitaron. Colón estaba destinado á conocer como ningún otro hombre que el aplauso de la multitud sólo va unido al triunfo.

Herido en su honor, y quebrantado por la enfermedad y los pesares, trasladóse Colón desde Sanlúcar á Sevilla con la esperanza de hallar en el benigno clima del Mediodía de España alivio á sus dolencias. Pero el sol de la fortuna no debía de lucir más para él, pues la indigencia y la inquietud persiguiéronle también hasta allí, sembrando punzantes espinas en el corto trayecto que le quedaba por recorrer de su vida.

Sus asuntos habíanse embrollado extraordinariamente durante su ausencia. La parte que de derecho le correspondía en los resentimientos de los productos de las colonias se había casi echado en olvido, y la cantidad que tales derechos representaban se hallaba en poder de Ovando, al cual no se atrevían á pedírsela los agentes del almirante. Colón había invertido la mayor parte de sus valores efectivos en pagar á las tripulaciones de los barcos que habían regresado con él á España, en vista de que el Consejo de Indias se mostraba sumamente reacio á abonarles el sueldo. Como su rango de almirante le obligaba á hacer algunos dispendios, no tardó Colón en verse obligado á contraer deudas para poder vivir.

Indudablemente fué para él un golpe fatal que en aquella época de tribulación y angustia abandonase la tierra su amiga más fiel y sincera, la reina Isabel la Católica. El almirante esperaba que por mediación suya sería repuesto en breve en el completo uso de sus derechos y dignidades. Con la muerte de su augusta protectora, acaecida el 26 de noviembre del año 1504 en Medina del Campo, vió Colón desvanecida buena parte de esta esperanza, pues hacía ya mucho tiempo que había comprendido que el rey Don Fernando no sentía gran afecto hacia su persona. Como el almi-

rante, retenido por su enfermedad, no podía presentarse á la Corte, que residía por entonces en Segovia, encargó á su hermano y á su hijo Diego la representación de sus derechos, mas no consiguieron despertar el interés del egoísta é interesado monarca en favor del anciano conquistador, el cual, según dice acertadamente Wáshington Irving, «empezaba á ser importuno cuando dejó de ser útil.»

De este período de sufrimiento del almirante se conservan multitud de cartas dirigidas por éste á su hijo Diego, que permanecía en la Corte. No pueden leerse sin sentir profunda compasión, al ver que aquel hombre que había dado á España un mundo lleno de inapreciables riquezas tenía que formular las más amargas quejas y encarecidos ruegos sin encontrar el más pequeño apoyo, ni inspirar el menor interés.

Tampoco obtuvo respuesta ni resultado alguno una carta dirigida al Rey directamente.

De sus proposiciones respecto á las colonias no hicieron el menor caso, no concediendo tampoco valor alguno á su experiencia en cuanto á las cuestiones de aquellos territorios ultramarinos, puesto que nunca iban á pedirle el más mínimo consejo.

La situación pecuniaria del almirante empeorábase por momentos, y repetidas veces hacía ver á su hijo Diego la necesidad de ahorrar cuanto pudiese, hasta tanto que el Rey le hiciera justicia reponiéndole de nuevo en sus privilegios. Mas como este anhelado instante no llegaba nunca, decidióse Colón, á pesar de sus padecimientos, á ir en persona á la Corte. En mayo del año 1505 emprendió el penoso viaje á Segovia, y por más que el Rey le recibiese con toda cortesía, careció por completo de cordialidad esta entrevista. Esta falta de aprecio hacia el almirante llamó la atención hasta de los más indiferentes, y el obispo Las Casas dice sobre esto lo siguiente: «No comprendo cuál pueda ser la causa de la aversión y comportamiento, indigno de un príncipe, que demostraba el Rey hacia un hombre al que era deudor de tan extraordinarios servicios; tengo que admitir que su ánimo estaba imbuído por las infundadas sospechas que por todas partes se propalaban contra el almirante, y las cuales me han comunicado personas que estaban cerca del Rey. Según han demostrado los acontecimientos, el Rey no se presentó en manera alguna propicio respecto á Colón, sino que, por el contrario, desanimóle más y más, aunque exteriormente le tratase con la mayor amabilidad» (1).

Es cosa probada que los esfuerzos de Colón para verse nuevamente repuesto en sus derechos de virrey obtuvieron tan poco éxito como los de sus anteriores procuradores. Meses enteros tuviéronle entretenido con eva-

(1) Las Casas, *Hist. Ind.*, II, cap. XXXVII.

sivas de toda clase, y hay que creer lo que dice Las Casas de que todo el mundo estaba convencido de que el Rey no hubiese respetado ni uno solo de los privilegios del almirante si hubiera podido hacerlo sin perjuicio de su propia fama y conciencia.

Para cubrir las apariencias dieron el encargo de arreglar los asuntos del almirante al tribunal de la Junta de Descargos, cuyos individuos reuniéronse efectivamente en dos sesiones, pero sin tomar resolución alguna. Conociendo indudablemente los deseos del Rey, no se atrevían á sentenciar en favor de Colón por no atraer sobre ellos el enojo del monarca. De este modo quedaron suspendidos los asuntos del almirante, y sólo al cabo de largo tiempo propusiéronle que cambiase su título de virrey por títulos y propiedades en Castilla.

Colón, que cifraba toda su honra y afán en legar íntegro á su familia el virreinato, trofeo de toda una vida de penalidades, rechazó el ofrecimiento, pero al fin declaróse dispuesto, en caso de que tuviesen que objetar algo contra su persona, á ceder todos sus derechos y dignidades en favor de su hijo Diego, y que el rey Don Fernando rodease á éste de escogidos consejeros bajo cuya dirección llegasen á alcanzar floreciente estado las colonias.

Mas tampoco estas peticiones entregadas por el almirante y su hijo obtuvieron resultado favorable; el Rey, que quería tener libertad absoluta, optó por agotar aún más la paciencia del pobre y anciano descubridor, cansado de la vida, para ver de alcanzar aún la renuncia voluntaria del mismo.

¡Cuán amargos debían ser los sentimientos que llenaban el alma de Colón cuando dirigió á su buen amigo Diego de Deza las siguientes palabras: «Se me figura que el Rey no piensa cumplir lo que me prometió por carta y sello en compañía de la Reina, que en Dios descanse. Quererme convencer de lo contrario valdría tanto como hablar con el viento. Yo por mi parte he hecho cuanto he podido; el resto se lo encomiendo á Dios, que siempre se ha mostrado propicio á mis ruegos.»

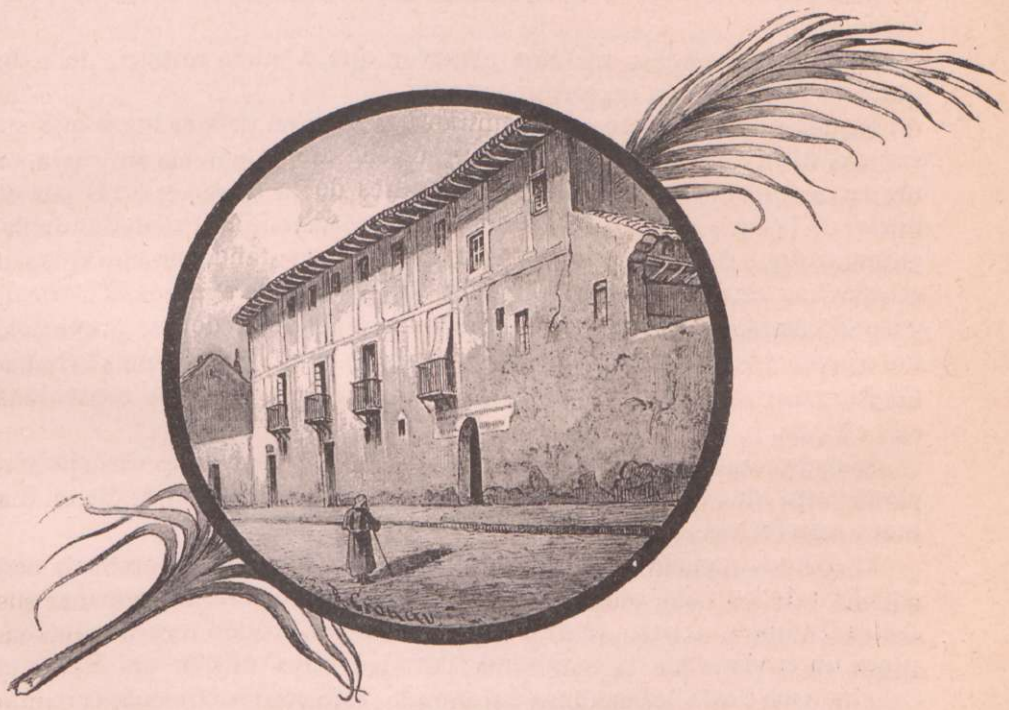
El estado de salud del pobre abandonado empeorábase notablemente, y á esto achacaba la culpa Colón de la demora del Rey en ordenar sus asuntos, cuyo comportamiento lastimaba y ofendía profundamente su ánimo.

Aún cruzó un rayo de esperanza por la mente del infortunado cuando llegó hasta su lecho de dolor la noticia del feliz desembarque de los nuevos monarcas de Castilla, los reyes Don Felipe y Doña Juana. Ambos venían desde Flandes á ocupar el trono, huérfano desde la muerte de Doña Isabel. Doña Juana era hija de su protectora, y Colón esperaba hallar en ella el mismo caluroso interés é íntima simpatía que le había demostra-

do su madre. Imposibilitado de abandonar el lecho, envió á su hermano Bartolomé para dar la bienvenida en su nombre á los jóvenes monarcas y ofrecerles sus futuros servicios.

Con agrado admitieron los soberanos tales homenajes, prometiendo al propio tiempo tomar en breve en consideración los intereses del almirante para favorecerle cuanto pudiesen.

Mas estas promesas no pudieron realizarse en vida de Colón. Las fuerzas de éste, extenuadas por las peripecias del último viaje y por los terribles desengaños de los últimos tiempos, debilitáronse más y más cada día, y rodeado solamente de algunos fieles servidores, entregó su alma á Dios en Valladolid el 20 de mayo del año de 1506. Sus últimas palabras fueron: *In manus tuas, Dómine, commendo spíritum meum*: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.»



Casa donde murió Colón, en Valladolid
(Dibujada por Rodolfo Cronau de una fotografía)

COLÓN COMO HOMBRE Y COMO DESCUBRIDOR

En la página 214 hemos consignado que los diversos juicios emitidos sobre la personalidad de Colón diferían notablemente unos de otros; pues así como algunos historiadores le consideran como un hombre excepcional cuya grandeza de espíritu y carácter le elevaba entre todos sus contemporáneos, otros, por el contrario, le juzgan con excesiva dureza pintándolo como un hombre cruel, ambicioso y avariento y de aptitudes poco notables.

En la citada página hicimos observar que, á juicio nuestro, debe de buscarse la verdad en un término medio.

Estudiando el carácter del almirante, vemos en primer lugar que su rasgo distintivo era un gran fanatismo religioso, que debía sin duda su origen al estudio de las obras de los Padres de la Iglesia y otras por el estilo, de las que se ocupaba minuciosamente al reunir el material de argumentos que debía de apoyar sus teorías. Frecuentando mucho el trato eclesiástico, estando desde que llegó á España bajo la influencia clerical, y siendo deudor á ésta de gran parte de la realización de sus proyectos, fué convenciéndose poco á poco á sí mismo de que la Providencia le había elegido por instrumento suyo para realizar ciertas profecías contenidas en la Biblia.

Se comprende, por lo tanto, que habiendo visto coronados de éxito sus planes, esta idea religiosa tomara cuerpo en su imaginación de día en día hasta convertirse en idea fija.

Ya hemos mencionado anteriormente que expresaba su creencia con aquella mística colocación de letras con que acostumbraba á firmar sus cartas. También existen escritos suyos en los que declara terminantemente ser un enviado de la Santísima Trinidad, cuya misión era llevar el Cristianismo hasta los confines del mundo. Este convencimiento transmitióse también á otras personas, habiendo no pocos entre sus contemporáneos que participaban de su creencia y opinaban que Colón había realizado al pie de la letra las predicciones bíblicas referentes á la propagación del Cristianismo.

Un profundo sentido religioso se ve impreso en innumerables acciones

del almirante. En todas cuantas partes desembarcaba para tomar posesión de territorios nuevamente descubiertos, precedían á estos actos mundanos oraciones y cánticos piadosos, y generalmente mandaba alzar alguna cruz en aquel sitio. También era aficionado á vestir una especie de hábito que, por su corte y color, recordaba el de los Franciscanos. Si los barcos estaban en peligro, se hacían votos y promesas de peregrinaciones.

La arraigada fe que tenía en su divina misión, el completo convencimiento de que sus teorías debían descansar sobre verdaderos hechos, fueron el fundamento de aquella sin igual perseverancia con que mantuvo en pie sus proyectos y pretensiones años enteros á pesar de la indigencia é inquietudes, logrando al fin la realización de sus deseos. Estas firmeza y perseverancia, y la inusitada energía que demostró en sus viajes, principalmente en el primero y en el último, son los rasgos más imponentes del carácter del genovés, y que le asegurarán para siempre la admiración del mundo entero.

No puede desconocerse tampoco que la ambición era otro rasgo del carácter de Colón; mas ¿quién puede reprocharle esto? ¿no es acaso la ambición, en mayor ó menor escala, el distintivo característico de todos los grandes hombres, y uno de los más poderosos estímulos de la humanidad que impulsa de continuo á las naturalezas vigorosas á nuevas empresas, y que ha contribuido en gran parte al actual encumbramiento de la misma?

También se ha tachado á Colón de avariento por haber reclamado para sí la recompensa de 10,000 maravedises anuales, prometidos por el rey á aquel que fuese el primero en divisar tierra en la primera travesía occidental, en vez de cedérsela al marinero Rodrigo de Triana.

Wáshington Irving opina que no fué la codicia, sino la ambición de haber sido el primer descubridor de la Tierra por él buscada, la que impulsó al almirante á reclamar para sí el premio por haber sido el primero que vió por la noche la luz delatadora de cercana tierra.

Por más que sea imposible resolver con seguridad este problema, se nos figura que en ninguna de las cartas y escritos que se conservan del almirante hay el menor indicio que revele el codicioso carácter de éste. Habla, por el contrario, en favor suyo la circunstancia de haber tratado siempre de impedir que los indios fuesen explotados por su gente, ordenando á ésta que diese á los indígenas, en cambio de las pepitas de oro que les ofrecían, objetos de valor un tanto aproximado á éstas, y además que, siendo muy mala su situación pecuniaria, tomase á su cargo el pago de los jornales de las gentes que le habían acompañado en su último viaje sin tener grandes probabilidades de reembolsarse esta suma. Ir-

ving menciona también que Colón había dado importantes cantidades para los pobres de su ciudad natal, como también para otros fines benéficos y piadosos.

El reproche más duro que se ha hecho á Colón es el de haber iniciado la idea de aprovechar para esclavos á los indígenas del Nuevo Mundo, originándoles con esto, en vez del bienestar, indecibles miserias, perdición y muerte.

De este reproche sólo una pequeña parte puede tocar á Colón.

Poco después de la fundación de la primera colonia en tierra americana, comprendió que los europeos, que no estaban acostumbrados á aquel ardiente clima, no podrían soportar grandes trabajos en el campo ni en las minas sin notable detrimento de su salud. No halló, por lo tanto, mejor remedio á este mal que utilizar á los indios para los trabajos más precisos, pues estando perfectamente aclimatados podrían hacerlo sin temor á malas consecuencias. Si más tarde Colón propuso al gobierno español la exportación de esclavos á Europa, hay que reproducir el párrafo que trata de ello para comprender los motivos que le impulsaban á hacerlo.

Según el dicho párrafo, fué Antonio de Torres el enviado por Colón á los monarcas castellanos en el año de 1493 para hacerles la siguiente proposición:

«Diréis á sus altezas, que ya que no conocemos ningún idioma por medio del cual podamos instruir aquí á esta gente en nuestra sacrosanta religión como desean sus altezas y nosotros, les enviamos dos barcos con hombres, mujeres, muchachos y muchachas procedentes de las Caníbales (Caribes). Sus altezas elegirán entre ellos los que les parezcan más á propósito para hacerlos instruir en nuestro idioma, y estamos seguros de que tratarán á éstos mejor que á otros esclavos para que aprendan con más facilidad.....

»Como las islas de los caníbales son las más grandes y pobladas, nos ha parecido lo más conveniente enviar indígenas de ellas á Castilla á fin de que olviden la bárbara costumbre de comerse á sus semejantes. Una vez que conozcan el idioma español desearán mucho antes ser bautizados, asegurando de este modo la salvación de su alma; además que con esto se hará un beneficio á aquellos pueblos que no tienen costumbres tan crueles, pues verán que hemos cogido y llevado prisioneros á aquellos que les han hecho tanto daño, y de los que se asustan tanto que su solo nombre les llena de terror.....

»El interés de las almas, tanto de estos caribes como de los demás indígenas, nos sugirió el pensamiento de que cuanto más léjos se les enviase mejor sería para todos. Por lo tanto creo que ya que aquí se necesitan tantos rebaños de animales domésticos para el sustento y para los trabajos del

campo, deberían enviar sus altezas anualmente aquí un cierto número de carabelas cargadas con rebaños de los expresados animales y otras cosas para poblar estos países y hacer producir el suelo. Estos rebaños serían vendidos á un precio módico por cuenta del naviero, y podrían pagárseles con esclavos adquiridos de entre los caníbales; estos salvajes, una vez que hayan perdido la costumbre de comer carne humana, se convertirán en los mejores esclavos. Cuando se vean separados violentamente de su patria dejarán de ser crueles. Por medio de botes de remo será fácil proporcionarse gran número de estos caníbales. Se comprende desde luego que en cada una de las carabelas irá una persona de confianza de sus altezas, la cual impedirá que toque el barco en ninguna otra isla, excepción hecha de esta en que estamos, en la cual embarcará y desembarcará los efectos que transporte» (1).

Por estas palabras se deduce que Colón pensaba cubrir una parte de las necesidades de las colonias con la venta de esclavos, pero también quería arrancar violentamente á los caribes de sus crueles costumbres, y, transportándolos á España, hacerlos entrar en el camino de la civilización. Al mismo tiempo creía alejar con esta medida el constante peligro que creaban los caníbales á todas las islas índico-occidentales.

No puede negarse cierta parte de razón á estos proyectos, considerando al propio tiempo que Colón era un hombre de su época que tenía creencias muy distintas respecto á la esclavitud que nosotros los hijos del siglo XIX. La esclavitud era entonces cosa corriente en España; en los mercados de Sevilla, Granada y Málaga se vendían á millares moriscos prisioneros, y de Africa traían barcos cargados de negros á Europa para venderlos del mismo modo. Se comprenderá la diferente apreciación de aquel tiempo con éste sobre esta materia, al ver que cuando la escrupulosa reina Doña Isabel preguntó si no era una injusticia vender á los indios como esclavos, muchos de los más distinguidos teólogos y jueces abogaron por la esclavitud.

Indudablemente, es muy característico para las extrañas ideas de aquel tiempo que precisamente el obispo Las Casas, que era el enemigo más acérrimo de la esclavitud india, propusiese á los reyes de España que se exportasen negros del Africa á las Indias Occidentales. Si creía con esto Las Casas aliviar la situación de los indios, no pensó en cambio que los negros eran también seres humanos lo mismo que aquéllos.

Que la proposición del obispo fué aceptada es universalmente sabido, empezando entonces aquel vergonzoso tráfico humano, á consecuencia del cual miles y miles de negros fueron arrancados del suelo patrio para sufrir

(1) Fr. Pr., *Los viajes de Colón*, páginas 119 á 120.

en el Nuevo Mundo las mismas crueldades que habían tenido que soportar los indígenas. Sólo que el resultado final fué distinto, pues mientras los primitivos habitantes sucumbieron ó fueron dispersados, los negros, más robustos, se sublevaron muy á menudo contra sus crueles opresores, suscitándose sangrientos combates que ponían en peligro la seguridad del Estado. No sin razón dice Ruge que es muy extraño que precisamente la primera colonia fundada por los españoles, llamada Española, cayese por completo trescientos años más tarde en poder de los negros y los mestizos.

Si bien Colón dió la idea de utilizar á los indígenas de América como esclavos, no fue él seguramente el autor de las atrocidades que se cometían ya en su tiempo y más tarde por los españoles, y que aún hoy día despiertan, y con justicia, la indignación de toda recta conciencia. No hay ningún hecho cruel que se achaque á Colón, sino que, por el contrario, numerosos ejemplos atestiguan que se afanaba constantemente por atraerse y conservar la benevolencia de los indígenas, presentándose á ellos con dulzura y amabilidad. Que á éstos les inspiraba muchísima más confianza que todos los demás, se deduce del hecho de que al aproximarse á La Natividad en su segundo viaje no se atrevieron los enviados del cacique Guacanagari á acercarse á los barcos hasta que hubieron reconocido el rostro del almirante.

También lás aptitudes del genovés como virrey y gobernador han sido sometidas á la más acerba crítica. En algunas biografías del almirante se expresa la opinión de que si fué destituído de todas sus dignidades fué por haber reconocido la corte de España su debilidad como gobernador. Según nuestra opinión, ofreciéronsele á Colón muy pocas ocasiones de demostrar sus cualidades sobre este punto. Viajando casi continuamente, raras veces fuéle dado tomar la iniciativa en el momento decisivo; pero que no le faltaba energía lo demuestra el hecho de haber logrado sofocar la gran insurrección india de los súbditos de Caonabo.

Las proposiciones que hacía referentes á la fundación de las colonias son en alto grado prácticas y correctas, y demuestran que tenía suficientes buen criterio y habilidad para el alto cargo que ejercía. Las ideas que expresa en sus cartas demuestran que tenía en el cerebro todo un plan completo de colonización del país, pues pensaba establecer un ordenado cambio de artículos con los indígenas, fundar puertos y ciudades, llevar á aquellos países habilidosos industriales, é introducir y aclimatar toda clase de animales y plantas útiles. No era como ninguno de aquellos conquistadores que le sucedieron, que sólo pensaban en saquear á viva fuerza el país para abandonarle después de su destrucción y continuar su camino, pues deseaba, por el contrario, erigir un grande y bien ordenado reino cuyos rendimientos fuesen poco á poco beneficiando á la madre patria.

¡Feliz España si le hubiera sido dado llevar á la práctica todos sus planes!

Pero los voraces hidalgos no se paraban á pensar en la riqueza que podría reportarles el tráfico del algodón, maderas finas y otros productos de los nuevos países descubiertos: estaban sedientos de oro, perlas y piedras preciosas; y como esto no lo hallasen en seguida, despreciaban las ganancias, afanes y conquistas del almirante. Las gentes que le habían seguido para enriquecerse sin trabajar en el Nuevo Mundo, viéronse desilusionadas al comprender que tampoco allí podía alcanzarse la riqueza sino á fuerza de rudo trabajo. Con sus continuas reyertas y agitaciones impedían el florecimiento de las colonias, y después se valían de esta circunstancia para desacreditar al almirante como gobernador.

El que la isla Española se encontrase casi á la continua en estado de agitación y de desorden, no se debe achacar á la mala administración del almirante, y sí al turbulento y ambicioso carácter de los aventureros y caballeros de industria que la invadían. La ulterior historia de América ha demostrado plenamente que la época de las agitaciones y desórdenes no se limitó sólo al corto período del régimen administrativo de Colón, sino que este espíritu revolucionario lo llevaban profundamente arraigado en la sangre; porque ¿acaso la historia de esas colonias españolas es otra cosa que una casi no interrumpida serie de traiciones é insurrecciones? ¿Y qué otra que esta nunca terminada revolución es la causa de que aquellos países en un tiempo españoles, y que aun conservan elementos de éstos, no hayan alcanzado todavía el puesto que estaban destinados á ocupar por los ricos dones con que les había dotado la naturaleza?

No hay que desconocer que Colón demostró gran debilidad en las negociaciones con el rebelde Roldán, accediendo á firmar un tratado de paz vergonzoso para él en alto grado. Mas ¿quién es capaz hoy día de juzgar las circunstancias que obligaron al pobre hombre, enfermo y medio ciego, á restablecer la paz á cualquier precio?

No han sido menos duramente criticadas las aptitudes del almirante como marino que como gobernador.

Breusing, en la pág. 193, t. II, correspondiente al año de 1881, de la *Revista contemporánea para la Geografía científica*, dice lo que sigue: «En el diario de Colón no se ve consignado durante toda la travesía por el Océano ni un solo grado de latitud, y los que ha anotado refiriéndose á la India Occidental son tan enormemente dispares, que ya llamaron la atención en su época. En la costa de Cuba, por ejemplo, consigna una latitud de 42° en vez de 21°.»

El doctor Sophus Ruge observa: «¿No tienen en parte la culpa los poco precisos datos de Colón, así como su incapacidad para determinar los

grados astronómicos, de que aún no estén acordes hoy día los eruditos acerca de la isla en que por primera vez pisó el suelo del Nuevo Mundo? Como fiaba más en la carta geográfica de Toscanelli y otros, referente á las dimensiones de Cipangu, que en su propia experiencia, creyó que la isla Española era tan grande como toda España, y colocó la costa septentrional de la Gran Antilla bajo el grado 40 de latitud.»

El profesor Fr. Gelçich, en los *Anales de la Junta de Geología de Berlín* (1), rompe una lanza por Colón en sus *Apuntes para la Historia de la época de los descubrimientos* haciendo las preguntas siguientes: «¿Cómo estaban organizados en tiempo de Colón los conocimientos náuticos de las diferentes naciones? Y sobre todo, ¿qué servicios hubiera podido prestar Colón referentes á la dirección náutica?»

De esta defensa, hábilmente llevada á efecto, sólo podemos reproducir algunos párrafos, y por lo tanto recomendamos á aquellos de nuestros lectores que quieran ocuparse con más amplitud en esta interesante cuestión, lean los mencionados apuntes.

«Aparece justificada en alto grado, dice el profesor Gelçich, la queja de que no haya anotado Colón durante su primer viaje ni un solo grado de latitud en el mar. Pero, á pesar de no constar en el extracto de Las Casas, no por eso debemos deducir que la escuadra haya navegado completamente á la ventura. El diario contiene párrafos que necesariamente exigen se mencione el grado de latitud. Por ejemplo, el 25 de septiembre conferenciaron Colón y Pinzón acerca de la situación que ocupaba el barco, consultando la carta geográfica de Toscanelli. Admiráronse de no haber hallado la isla que colocaba el florentino á la mitad de la travesía, achacando esta circunstancia á la marcha contraria de la corriente. Aquí, por lo tanto, estaba en su lugar, y hasta era natural la anotación de los grados de latitud á que se encontraban, mucho más teniendo que hacer constar si existía ó nó dicha isla. *Mas indudablemente Las Casas no ha dado valor alguno á los grados de latitud marítima. No les dió importancia alguna durante el viaje, y estamos persuadidos de que el modo de tratar el diario no haría más que confirmar nuestra versión.*

»Las Casas no ha sospechado que sus breves extractos habían de originar más tarde reñidas controversias y poblemas de difícil solución. Los grados de latitud en el mar, así como toda la travesía marítima, parecíéronle cosas sin importancia alguna, y la única vez que hace una observación referente á esta última, el 3 de febrero de 1493, no la hace acerca de la latitud. sino sólo para demostrar el estado del mar. *Sólo desde el mo-*

(1) Tomo XX, pág. 295.

mento que llegaron á Guanahani comprende Las Casas la necesidad de entrar en más detalles; entónces se hace necesaria la determinación geográfica de los lugares para poder diseñar la carta de los nuevos países descubiertos ú orientarse en los mismos, y desde este momento precisa más escrupulosamente los datos de Colón.»

Después que el autor citado aduce diferentes pruebas de que Colón hacía muchas observaciones en el mar, continúa así: «Por regla general todos los datos de latitud de Colón concuerdan mal, y *en manera alguna puede ser considerado como un buen observador.* Aquí puede hacerse la objeción de que eran muy incompletos los instrumentos que poseía.»

En lo referente á la falsa anotación de la latitud de la isla de Cuba, señalada bajo los 42°, observa Gelçich lo siguiente: «Puede haber sido una errata de Colón, ó quizá fuese tan ilegible su letra que Las Casas la haya descifrado mal, pues tenemos motivos para creer que no es posible que Colón haya podido suponer que se hallaba en latitudes tan altas como las indicadas, según se deduce de lo siguiente. El 13 de octubre anotaba el almirante que la latitud de los nuevos países descubiertos era igual á la de Ferro, 28°, y el 15 de febrero de 1493 decía que la Española debía estar situada bajo los 26°.

»Esto basta, á nuestro parecer, para confirmar nuestra opinión; pero tenemos aún otros motivos para afirmarnos en ella. Al regresar de su primer viaje navegó el descubridor en dirección Norte hasta llegar á las regiones de los vientos variables, volviendo después con rumbo al Este. El 3 de febrero parecióle tan alta la estrella polar como si estuviese en el cabo de San Vicente.

»No podemos admitir que creyese que estaba situada Cuba bajo el grado 42, cuando después de una travesía bastante larga hacia el Norte apreciaba la posición del barco igual á la del mencionado cabo de San Vicente. Pero retrocedamos más todavía. El 13 de octubre de 1492 dice que se hallaba próximamente bajo el grado 28 (1). Desde este día hasta el 30 de octubre timoneó siempre hacia Mediodía, exceptuando una sola vez. El problemático dato de los 42° de latitud se encuentra consignado en el 30 de octubre. ¿Es, por lo tanto, posible que un marino, por ignorante y torpe que sea, después de este curso y habiendo consignado á su partida de Guanahani que estaba situada á los 28°, como asimismo al llegar á la Española que estaba á los 26°, consignase un punto intermedio en los 42°?

»No; ni siquiera un grumete es capaz de creer esto, y no es justo, por lo tanto, que se rebajen de tal modo los conocimientos náuticos del descubridor.»

---

(1) Guanahani, Watling Island, está situada bajo los 24°.

En la página 297 continúa el profesor Gelçich del modo siguiente: «Si Colón no era buen observador astronómico, ¿qué tal son los datos de los demás marinos y cosmógrafos de su época acerca de este extremo? Si tratamos esta cuestión, veremos en seguida que no es justo atacar sólo á Colón, y *nos convenceremos de que entonces no había ninguna persona que fuera capaz de hacer algo mejor.* Por ejemplo, el globo terráqueo de Martín Behaim contiene errores hasta el grado 16. En la carta geográfica de Juan de la Casa se encuentra la Boca del Dragón en las inmediaciones de Trinidad, paralelo con Buenavista, en el cabo de las islas Verdes, es decir, en vez de estar bajo los 11° á los 16°. El signo de Cáncer toca la costa meridional de Haití, á la vez que la verdadera situación de la punta meridional más extrema de Santo Domingo está situada á los 17° y medio; las Azores se hallan en el mismo paralelo que los bancos de las Bahamas, etcétera. El cronista Herrero dice que Juan de la Casa era el mejor piloto de aquellos mares, y Gomara y Oviedo nos le describen como excelente. Sólo á las postrimerías del siglo XVI han sido menores y más raros los errores de latitud; por lo tanto no podía pedirse mucho sobre esto á fines del siglo XV.»

Para terminar sus investigaciones dice el profesor Gelçich: «Colón no era, en manera alguna, un sabio. Como marino ha sido, según nuestro juicio, maltratado muchas veces sin razón, con lo cual advertimos que no deben confundirse los nombres de marino y astrónomo. Sólo con algunas palabras demostraremos su inventiva náutica, recordando que fué el primero en saber hacer uso de las oscilaciones de la aguja imanada para poder precisar la longitud, y que la situación del Fucus-Bank le proporcionó también ocasión para saber orientarse.»

Con respecto á otras ciencias era Colón verdadero hijo de su época. Siglos enteros las aptitudes intelectuales de los pueblos habían permanecido inactivas, oprimidas y encadenadas por un misticismo contrario á todo libre pensamiento. Por todas partes se hallaban amontonados los escombros de la superstición de la Edad media; la ciencia era una extraña amalgama de ridículas supercherías y de verdades hijas de un estudio serio. Sólo en la mente de algunos pensadores empezaba á arder aquel fuego sagrado que había de abrirse paso enérgicamente en la época del Renacimiento y de la Reforma.

Tampoco Colón estaba libre de muchas creencias absurdas de la Edad Media. Como la mayoría de sus compañeros de profesión, creía en la existencia de toda clase de seres fabulosos, como sirenas y unicornios, hombres con rabos y otros con cabeza de perro, en una palabra, en todos aquellos seres con que la fantasía de los orientales y Mandeville habían poblado la Tierra.

Su cosmografía, producto de las enseñanzas de la Biblia, unida á algunas otras falsas conjeturas y observaciones erróneas, le hicieron deducir que la Tierra no era completamente esférica, sino que en uno de los continentes meridionales por él descubiertos había una eminencia semejante á una verruga, que estaba más cerca del cielo que todas las demás partes del planeta conocidas hasta entonces. Creía poder deducir esto, atendido que los habitantes de aquel continente, los indígenas de Paria, no eran tan negros como los de la costa africana á pesar de vivir bajo los mismos grados, y además porque los países por él descubiertos no eran tan calurosos ni desolados y estériles como los del Africa, sino que, por el contrario, contaban con una exuberante vegetación y un clima suave. Algunas erróneas observaciones astronómicas parecían confirmar esta teoría, é interpretando diversos párrafos de la Biblia en favor de la misma dedujo que en aquella prominencia debía de buscarse el Paraíso terrenal, cuya existencia estaba reconocida por todos los sabios, no obstante no estar acordes respecto á su situación.

También estaba dominado Colón por una ciega creencia en su infalibilidad, y sobre todo su incondicional confianza en la carta de Toscanelli y sus cómputos impidiéronle reconocer que, en vez de haber llegado á la India, había hecho un descubrimiento mucho más importante.

Pero si bien la creencia que tenía de que nunca se equivocaba era una gran debilidad de su carácter, no es menos cierto que en otras cuestiones se nos muestra Colón como hombre de gran agudeza en las observaciones de los acontecimientos y de la naturaleza, sobrepujando en alto grado á la mayoría de sus contemporáneos. Demostraba interés por cosas que parecían muy secundarias á los marinos de su tiempo, y lo que sus ojos veían sabía describirlo con pocas pero acertadísimas palabras. Con gran habilidad y poético estilo están caracterizados los signos distintivos de los países tropicales: el maravilloso clima, la pureza de la atmósfera embalsamada por los más ricos perfumes, la magnificencia y amenidad del paisaje, la majestuosidad de los árboles y los bosques, los brillantes matices de los pájaros y de los peces, todas estas cosas hallaban en él un entusiasta admirador.

Mas tampoco faltábale aptitud para mayores observaciones. Reconocía la atracción del magnetismo terrestre, la influencia de las corrientes marítimas para la formación de las islas y países; estudiaba las leyes de la distribución del color; en una palabra, «ha suscitado, como dice Alejandro de Humboldt, el anciano maestro de la ciencia, cuestiones del dominio de la Geografía física y de la Antropología que ocupaban entonces á los ilustrados cerebros de España é Italia: la cuestión de la repartición de las razas humanas y la configuración de los diferentes países. Colón

ha prestado señalados servicios al linaje humano, habiendo ofrecido á la vez tantos problemas nuevos á la meditación del hombre; ha dilatado el campo de las ideas, y por él ha alcanzado un verdadero progreso el pensamiento humano.»

Mas principalmente debemos de alabarle como al hombre cuya temeraria empresa ha abierto otro mundo á los pueblos de Europa y otras vías al tráfico mundano, trayendo con esto una nueva era, cuyo brillo ha deslumbrado y sobrepujado á todas las anteriores épocas de la humanidad.

Es interesante el observar la impresión que hicieron en Europa los descubrimientos de Colón. En relación con los escasos medios de comunicación de aquella época, que no conocía aún periódicos ni telegramas, propagóse con gran lentitud la noticia. Colón mismo había sido muy parco y retraído en sus comunicaciones, pues se afanaba en ocultar cuidadosamente la ruta de sus travesías á fin de que no se le adelantasen otros navegantes y otras naciones en más dilatados descubrimientos y explotación de los nuevos países. Sólo las cartas suyas referentes al primero y cuarto viaje vieron la luz pública, y la primera no apareció en España, sino en Italia, lo que hace suponer que fué impresa sin su autorización.

Por lo tanto hallamos, relativamente, muy poco material en las crónicas de dicha época para poder formarnos una idea exacta del efecto que pudieron producir los descubrimientos del genovés. Las noticias de los cronistas son al principio cortas, y en fragmentos, cosa que da á comprender que aún no podían apreciar y reconocer la importancia de los descubrimientos. Pedro Mártyr, el autor de las *Décadas*, que residía en España, se limita á hacer al principio de su gran obra tan sólo esta ligera observación: «De las antípodas occidentales ha regresado un tal Cristóforo Colón, que sólo al cabo de largos afanes ha conseguido que le diera el rey tres barcos para poder llevar á cabo su travesía á aquellas regiones, pues todos tenían sus afirmaciones por fantásticas alucinaciones. Trae consigo muchos ricos productos, sobre todo muestras de oro encontrado allí. Pero mejor será que nos ocupemos en cosas más próximas.»

Algunos meses después, convencido el cronista de la importancia de los descubrimientos, quiere reparar su descuido y hace una completa descripción de la travesía, empezando con estas palabras: «Atended y escuchad el nuevo descubrimiento.» Repetidas veces expresa vivamente su alegría por éste, y se muestra entusiasmado al ver que cada vez se reciben noticias de más maravillas halladas en aquellas apartadas regiones, considera la empresa de Colón como importantísima, y promete seguirla con la mayor atención hasta el fin. Sophus Ruge (1) menciona una carta

(1) *Historia de la época de los descubrimientos*, pág. 320.

de este cronista á su ilustrado amigo Pomponius Laetus, el cual, al tener noticias del buen resultado de la travesía Occidental, saltó de la silla donde estaba sentado, y con tal entusiasmo que casi no podía contener las lágrimas de alegría prontas á brotar de sus ojos: «Veo, escríbele á Mártyr, la sensación que has experimentado y lo bien que sabes apreciar la importancia de estos descubrimientos. ¿Qué sustento puede ser mejor que este para espíritus elevados? Yo lo sé por mí mismo, pues me emociono alegremente cuando hablo con hombres entendidos que vuelven de aquellas regiones. ¿Quién puede admirarse ya hoy día de los descubrimientos hechos por Saturn, Ceres y Triptolemo? ¡Hasta los hechos de los fenicios quedan oscurecidos!»

Desde Italia, donde apareció por primera vez, el año de 1493, el primer impreso en latín referente á los descubrimientos del almirante, al que se agregó pronto un discurso del obispo de Cartagena, que era entonces embajador en la corte del papa, fué abriéndose camino la noticia más y más, siguiendo á éste varias traducciones italianas y españolas. Una alemana imprimióse en Estrasburgo y lleva el siguiente título: *Eyn schon hübsch lesen von etlichen insslen die do in kurtzten zyten funden synd durch den künig von Hispania.*

Si bien no es conocido que ni en Francia ni en Inglaterra se publicasen impresos por el estilo, de una exclamación de Sebastián Cabot se deduce que en este último país se consideraba por lo menos la hazaña del almirante como cosa nunca vista y cuasi divina, hablándose mucho de ella. Cabot dice lo siguiente: *When newes were brought, that don Christopher Colonus, Genoese, had discovered the coasts of India, where of was great talke in all the Court of King Henry the 7, who then raigned, insomuch that all men with great admiration affirmed it to be a thing more divine than humane, to saile by the West into the Easte, where spices growe, by a map that was never knowen before,—by this fame and report there increased in my heart a great flame of desire to attempt some notable thing.*

Este deseo de hacer también algo grande, nacido en el corazón de Cabot á causa de la admiración que le produjo la gran hazaña de Colón, impulsóle hacia el mar, teniendo, como se verá más adelante, la fortuna de descubrir el Continente del Nuevo Mundo un año entero antes que el gran navegante genovés.

Sólo nos resta ocuparnos brevemente en los parientes y descendientes de Colón, puesto que su historia había de estar ligada aún por largo tiempo con los territorios por él descubiertos.

Si empezamos por el hijo legítimo del descubridor, por Diego Colón,

mencionaremos que, según los contratos pactados entre su padre y la corona, debía de ser el heredero de todos los derechos y dignidades del almirante.

Mas como los reyes, después de la muerte de este último, no hiciesen cosa alguna para concederle esta herencia y todas sus peticiones no obtuviesen el menor resultado, decidióse Diego á pleitear. Este proceso, que á veces se llevaba adelante con la mayor precipitación, y en cambio otras quedaba archivado, duró desde el año de 1508 hasta mucho más allá de la muerte de Diego, hasta el año de 1564. Diferentes veces pactáronse compromisos que tan pronto eran rotos por uno como por otro lado, así es que siempre surgían nuevas polémicas y el proceso no tenía fin.

En uno de los compromisos fué nombrado al fin Diego gobernador general de las colonias. Con este cargo fué el año de 1509 á Santo Domingo, donde fijó su residencia, edificando aquel palacio cuyas ruinas son visibles aun hoy día. (Véase el grabado de la página 291). Este palacio está situado en la orilla derecha del río Ozama, y sus ruinas presentan aún un buen cuadro de la antigua magnificencia española. Grandiosas arcadas rodeaban el poderoso edificio, hecho de bloques de piedra; las ventanas y la portada principal que daba vista á la ciudad estaban adornadas con primorosos arabescos, y los antiguos cronistas hablan mucho de la riqueza del adorno interior. Sobre todo mencionan la belleza y valor de una escultura que se hallaba en el gran salón, detrás del trono del virrey, y que ostentaba las armas de Castilla. Ahora toda esta magnificencia se ha convertido en montones de escombros, sucias barracas de negros se han establecido al rededor de los venerables restos, y los caballos habitan los aposentos desde los cuales se gobernaban en otro tiempo los destinos del Nuevo Mundo.

También la regencia de Diego fué muy agitada: toda clase de luchas de partidos tuvieron lugar; él mismo estaba en continua divergencia con la Corona, pues creía mermados sus derechos por algunas disposiciones; así es que su gobierno no fué provechoso para las colonias. Para defender sus derechos y hacer frente á algunas acusaciones lanzadas contra él volvió á España el año de 1523, pero murió en ésta, en Montalbán, el 23 de febrero del año de 1526.

De su matrimonio con doña María de Toledo nacieron dos hijos, Luis y Cristóbal; el primero continuó el pleito de su padre, pero al fin cambió sus derechos de virrey por una pensión anual de mil doblones de oro y el título de duque de Veragua, marqués de Jamaica y almirante de las Indias. Cuando murió, el año de 1572, pasó su título á su sobrino don Diego, hijo de su hermano Cristóbal, y con la muerte de éste, acaecida el año de 1578, extinguióse la línea masculina directa de Cristóbal Colón.

Fernando Colón, nacido el 27 de septiembre del año de 1488, fruto de unas relaciones del Almirante con Beatriz Enríquez, de Córdoba, alcanzó nombre como erudito, y está considerado, no se sabe si con razón ó sin ella, como el autor de la obra mencionada anteriormente por nosotros, y que se titula *Vida del Almirante*, en la que relata la vida de su padre. Era muy buen geógrafo y poseía una biblioteca muy valiosa para aquel tiempo, que había ido coleccionando por sí mismo durante sus muchos viajes por Europa. Constaba de unos 20,000 volúmenes y es la misma que hoy se conoce con el nombre de Biblioteca Colombina. Murió soltero, el 12 de julio del año de 1539, en una casa de campo que poseía en las inmediaciones de Sevilla.

Los hermanos de Colón, el enérgico adelantado Bartolomé, cuya firmeza de carácter nos es conocida, así como Diego, que diferentes veces quedó encargado del gobierno en ausencia de su hermano, acompañaron á su sobrino, el hijo del Almirante, cuando fué de gobernador general á la Española el año de 1509. Bartolomé, que, como hemos visto, auxilió tan poderosamente á su hermano en las diferentes sublevaciones, obtuvo en premio de sus excelentes servicios la pequeña isla de Mona, situada entre la Española y Puerto Rico, como asimismo la dirección de las minas de Cuba. Era al propio tiempo un experto marino, robusto y de esclarecido entendimiento; en una palabra, verdadero hombre de acción y mucho menos inclinado á aquel entusiasmo que era el rasgo sobresaliente del carácter de su hermano el célebre Cristóbal. El, lo mismo que su hermano Diego, que fué honrado con un título de gobernador y presidente del Consejo de Castilla, murieron en la Española sin dejar descendencia masculina.

El título de duque de Veragua pasó más tarde á una línea colateral del Almirante, y hoy día existe aún en España la estirpe de estos duques de Veragua ó de Veraguas.

Vasija de barro de los caribes de Santa Cruz
Se conserva en el Museo Etnográfico de Copenhague

LOS RESTOS DE COLÓN

En el testamento otorgado dos días antes de su muerte había expresado Cristóbal Colón su deseo de ser enterrado en la Española, en aquellos lugares testigos de su incansable actividad. Pero antes de que pudiera ser ejecutada esta disposición había de transcurrir una larga serie de años, á causa sin duda de que hasta el año de 1514 no se empezó en Santo Domingo la construcción de una magnífica catedral que no estuvo terminada hasta el año de 1540, lo cual impidió la realización del deseo del Almirante.

Por más que no esté demostrado con la necesaria documentación, es, sin embargo, probable que el cadáver de Colón fuese depositado interinamente en el convento de Franciscanos de Valladolid, lugar donde acaeció su muerte, siendo trasladado desde allí, por el año de 1513, al convento de Cartujos de Santa María de las Cuevas de Sevilla.

No está demostrado con absoluta seguridad cuándo se efectuó la traslación á Santo Domingo, mas parece que tuvo lugar entre los años de 1541 á 49, puesto que se conservan tres edictos reales de los años de 1537, 1539 y 1540 referentes á la ejecución del proyecto. La consagración de la catedral de Santo Domingo verificóse el año de 1541, y es posible que el entierro en ella de los restos del Almirante tuviese lugar en el mismo año. Está demostrado que el año de 1549 se encontraban allí, habiendo sido depositados en el santuario á la derecha del altar mayor.

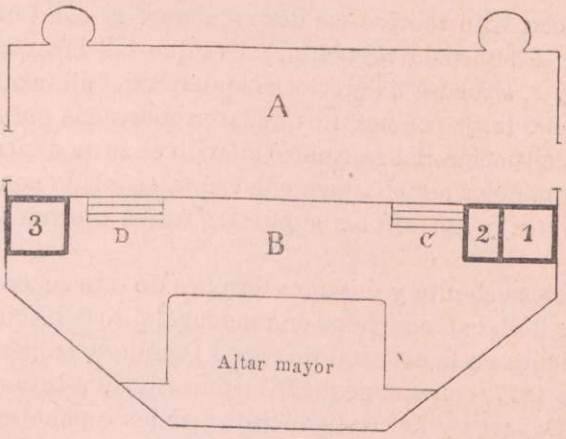
En la misma catedral se dió más tarde sepultura á los restos de Diego Colón (el hijo del Almirante fallecido el año de 1526), así como también á los de Luís Colón (hijo de Diego, y que murió el año de 1572); mas no se ha averiguado en qué época fueron transportados los dichos restos de España. Probablemente no tuvo efecto hasta principios del siglo XVII, puesto que de aquella época se encuentran documentos referentes á los sepulcros de éstos.

Hacia fines del siglo XVIII tuvieron lugar algunos acontecimientos políticos que obligaron á España á ceder sus derechos sobre la isla Española á Francia, que hacía largo tiempo que se había establecido en la parte Occidental de ella. Con toda clase de formalidades se hizo la dicha cesión al firmarse la paz en Basilea el 22 de julio de 1795.

BIBLIOTECA
Granada
ANDALUCIA

Tumba de Cristóbal Colón y altar mayor de la Catedral de Santo Domingo
(Dibujo del natural por Rodolfo Cronau)

El orgullo nacional español se oponía á que los venerables restos del descubridor del Nuevo Mundo quedasen en poder de extranjeros, y por lo tanto decidieron trasladarlos á Cuba, á la catedral de la Habana. A este pensamiento siguió pronto su realización, y el 20 de diciembre del mismo año abrieron una fosa á la derecha del altar mayor de la catedral de Santo Domingo, donde, según tradición verbal, se hallaba la sepultura de Cris-



Plano del santuario de la Catedral de Santo Domingo
A Plataforma inferior. B Plataforma superior. C y D Escaleras

1. Cripta de Cristóbal Colón (hallada el 10 de septiembre de 1877). | 2. Cripta de su hijo Diego (vaciada el 20 de diciembre de 1795)
3. Cripta de Luís Colón

tóbal Colón. Exteriormente no se distinguía por señal alguna. Encontraron una pequeña cripta que contenía los restos de un ataúd de plomo, así como algunos restos humanos, que recogieron cuidadosamente poniéndolos en otro ataúd de plomo sobredorado, que trasladaron á la Habana con grandes ceremonias religiosas y militares. Allí fué depositado el ataúd el día 19 de enero del año de 1796 al lado del altar mayor de la catedral, y más tarde señalado aquel lugar con una lápida hecha el año de 1822, que lleva un medallón con el retrato del descubridor hecho á capricho.

Para comprender lo que sigue tenemos que mencionar principalmente que en el transcurso del tiempo, y sobre todo entre los años de 1541 y 1795, tuvieron lugar multitud de reformas de edificación en el santuario de la catedral de Santo Domingo.

El plano que insertamos, lo mismo que la copia completa del santuario, muestran la situación de éste en el año de 1541, que es también la que tiene en la actualidad, pues al restaurarlo hiciéronlo ajustándose es-

trictamente á la forma primitiva. En el período que media entre los años de 1541 á 1795 tuvo lugar una importante reforma en el pavimento del santuario, reforma que abarcó bastante espacio y que hay que tener presente para comprender lo que referimos á continuación. La plataforma A era primitivamente cerca de un metro más baja que la plataforma B, hasta la cual se subía por las dos escaleras C y D. La plataforma A fué puesta durante el citado período al mismo nivel que la plataforma B, desapareciendo con este motivo las dos escaleras. El total obtuvo, por lo tanto, un piso ó subsuelo regulado; así es que las bóvedas sepulcrales números 1, 2 y 3, situadas á derecha é izquierda del altar mayor y señaladas con lápidas ó inscripciones, no quedaron marcadas por signo alguno.

Esta era la situación del santuario cuando el 20 de diciembre de 1795 abrieron los españoles aquella pequeña cripta señalada con el número 2 en nuestro plano, y sacaron los supuestos restos mortales de Cristóbal Colón.

Transcurridos ochenta y dos años después de este suceso, unos trabajadores que se hallaban ocupados en renovar el piso del santuario y hacer otras reparaciones en la catedral de Santo Domingo, tropezaron, el 10 de septiembre de 1877, con una pequeña cripta situada á la derecha del altar mayor, entre la pared y la cripta vaciada por los españoles. El lugar de esta cámara sepulcral descubierta está señalado en nuestro plano con el número 2 y en la copia total del santuario con un rayo de sol que cae desde lo alto.

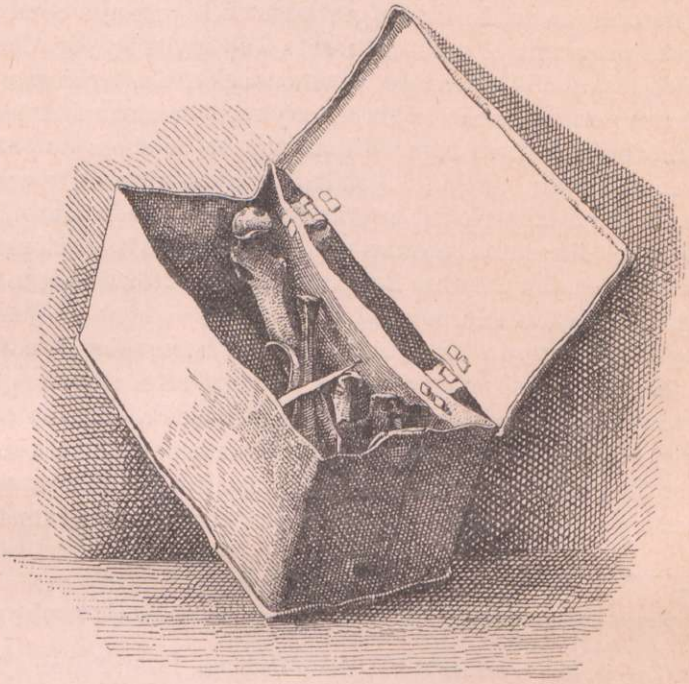
Esta cámara sólo estaba separada de la otra por una pared de 16 centímetros de espesor, era algo mayor que la vaciada por los españoles, y contenía también un ataúd de plomo bien conservado que medía 23 centímetros de altura por 44 de largo y 21,50 milímetros de ancho. Reconociéndolo más atentamente se vió que contenía restos humanos y ostentaba diferentes inscripciones que hicieron deducir que los españoles no se habían llevado en 1795 el verdadero féretro y auténticos restos de Cristóbal Colón, sino que estos eran los que acababan de descubrir los trabajadores.

El obispo de Santo Domingo, Orope Roque Cocchia, conociendo la importancia del descubrimiento, mandó reconocer inmediatamente y con la mayor escrupulosidad en presencia de gran número de testigos, que los constituían individuos del gobierno, los cónsules de las naciones extranjeras residentes en Santo Domingo y otras personas distinguidas, los restos hallados, y terminado el reconocimiento, convinieron en que estos eran los verdaderos despojos mortales del gran descubridor, y que los llevados á la Habana eran con gran verosimilitud los de Diego Colón, hijo del Almirante, que había sido enterrado junto á su padre. Prosiguiendo

las investigaciones descubrieron una tercera cripta, que está señalada en nuestro plano con el número 3, y que contenía, al lado de restos humanos, los de un ataúd de plomo en que se leía esta inscripción:

EL ALMIRANTE DON LUIS
COLÓN DUQUE DE JAMAICA
MARQUÉS DE VERAGUA.

Como es natural, el hallazgo del ataúd descubierto en la cripta número 1 hizo gran ruido en todo el mundo civilizado, dando ocasión la explicación que de él se hacía á numerosas polémicas.



Ataúd de plomo con los restos de Cristóbal Colón
(Según un grabado hecho poco después del hallazgo)

En este torneo literario, que á veces se sostenia con el mayor encarnizamiento, tomaron parte principalmente el obispo Roque Cocchia, el canónigo Javier Bellini y el sabio Emiliano Tejera, que residía en Santo Domingo, los cuales abogaban por la autenticidad de los restos, contra la opinión de los españoles López Prieto y Manuel Colmeiro, que afirmaban que el tal hallazgo era una falsificación, y que lo más que concedían era que los restos fuesen los de aquel Cristóbal nieto del descubridor. Como se

comprenderá, mantenían firme la opinión de que los verdaderos restos del almirante eran los que habían sido transportados á la catedral de la Habana.

Una opinión concluyente y concreta acerca de este problema, que puso otras muchas plumas en movimiento (1), no ha sido tomada aún al presente, á causa sin duda de que los problemáticos restos que se guardan en Santo Domingo están á bastante distancia de las grandes vías de comunicación del mundo, y no han sido hasta ahora reconocidos por nadie que fuera completamente imparcial.

Cuando el autor de este libro emprendió su viaje, en el otoño de 1890, al través de las Indias Occidentales y América Central, para recoger en aquellos lugares material para los grabados de la presente obra, había incluído en su programa el punto referente á la investigación de este problema. Gracias á mis cartas de recomendación del Gobierno alemán, pude obtener permiso para ver los restos y reconocerlos minuciosamente. Este reconocimiento tuvo lugar el domingo 11 de enero de 1891 por la mañana en la catedral de Santo Domingo, en presencia de la comunidad y empleados del Ministerio del Interior de la república de Santo Domingo, así como de los diferentes cónsules representantes de las naciones extranjeras. También estaba presente Emiliano Tejera, autor de algunas de las obras mencionadas anteriormente.

Mis apreciaciones son las siguientes: Las dos pequeñas cámaras sepulcrales cuya situación se ve en el plano, así como en el grabado que representa el santuario, ocupan todo el espacio que media entre la escalera C y el muro y sólo están separadas una de otra por la pared de 16 centímetros de espesor de que ya hemos hablado. Ambas criptas están revestidas de una especie de argamasa cementosa, y su interior puede verse perfecta-

---

(1) Citamos á continuación los títulos de algunas de las obras referentes á este objeto:

Roque Cocchia, *Los restos de Colón* (Santo Domingo, 1879); Emiliano Tejera, *Los restos de Colón en Santo Domingo* (Santo Domingo, 1878); *Los dos restos de Cristóbal Colón exhumados de la Catedral de Santo Domingo en* 1795 *y* 1877 (Santo Domingo, 1879); López Prieto, *Los restos de Colón, examen histórico-crítico* (Habana, 1877); *Informe sobre los restos de Colón* (Habana, 1877); Manuel Colmeiro, *Los restos de Colón: informe de la Real Academia de la Historia en Madrid* (Madrid, 1879); J. J. de Armas, *Las cenizas de Cristóbal Colón* (Caracas, 1881); Travers Twiss, *Christoper Columbus a monograph of his true burial place* (Londres, 1879); Juan Asensio, *Los restos de Colón* (Sevilla, 1881); Manuel de Echeverri, *¿Do existen depositadas las cenizas de Cristóbal Colón?* (Santander, 1878); Henry Harrisse, *Los restos de Don Cristóbal Colón* (Sevilla, 1878); *Les sepultures de Christophe Colomb.* (París, 1879); Tommaso Belgrano, *Sulla recente delle ossa di Colombo* (Génova, 1878). Además existen en diferentes revistas contemporáneas diversos tratados referentes al mismo objeto.

mente desde arriba, pues están situadas á propósito para ello. Los dos departamentos, bastante pequeños, están vacíos, puesto que el contenido de la cripta número 2 se halla en la Habana, mientras que el ataúd de plomo encontrado en la cripta número 1 se halla muy bien guardado en un aposento que está detrás de la primera de las capillas laterales, á mano izquierda, de la Catedral. La puerta de este aposento se abre con tres diferentes llaves, una de las cuales se halla en poder del Arzobispo y las otras dos las guarda el Gobierno. Siguiendo las órdenes establecidas, sólo puede entrarse en este aposento en compañía de un empleado de la iglesia y dos del ministerio. Raras veces se consiente la entrada en él, y sobre cada visita que se hace se forma un protocolo.

En medio de la habitación hay un arca bastante grande, que se abre también por medio de diferentes llaves y que guarda el discutido ataúd de plomo. Este está á su vez dentro de otro de cristal, sujeto por gruesos travesaños de madera y adornado con asas de plata; para abrirlo son necesarias también tres llaves. Para impedir que pudiera abrirse, en cuanto depositaron los restos en él rodeáronle bastantes veces con una ancha cinta de seda blanca, y selláronla después con los sellos del gobierno de Santo Domingo, de la iglesia y de los consulados de España, Italia, Alemania, Inglaterra, Francia, Holanda y La Unión.

Desde que se depositaron los restos no había vuelto á tener lugar otra apertura, por lo cual tanto éstos como el féretro se hallaban en el mismo estado que cuando fueron encontrados. Después que en el mencionado día 11 de enero de 1891, y en presencia de los citados testigos, se abrió la puerta del aposento, así como el arca, sacaron de ésta el ataúd de cristal con su contenido, depositándolo en la nave lateral de la Catedral sobre una mesa cubierta con paño de brocado de oro, de modo que pudiera facilitarse la vista de los restos. El ataúd de plomo mostrábase abierto, la tapa del mismo estaba sujeta á la del de cristal, de modo que los restos que se hallaban en el interior del primero podían verse perfectamente. Un número de vértebras del cuello y de la espalda, así como trozos de huesos de las piernas y brazos, se hallaban muy bien conservados. Una vasija de cristal contenía el polvo que habían encontrado en el fondo del ataúd. Veíase además una planchita de plata cubierta de inscripciones y una bala redonda de plomo; esta última hallábase fuera del ataúd de plomo.

A instancias del Ministro del Interior de la república hicieron constar primero los cónsules de las potencias extranjeras que no sólo la cinta de seda blanca estaba completamente intacta, sino también los sellos puestos el año 1877. Después de esta ceremonia rompiéronse los sellos, desatóse la cinta, abrióse la caja de cristal por medio de tres llaves, y sa-

cóse el ataúd de plomo poniéndolo en medio de la mesa, de modo que pudiese tener lugar su reconocimiento de la manera más acabada. El féretro mostrábase sumamente oxidado, y abollado en algunos sitios; por lo demás estaba aún bastante bien conservado. Algunos fragmentos de plomo desprendidos estaban cuidadosamente liados en un papel.

La sujeción de la tapa puede observarse mejor viendo el grabado.

Como se comprenderá, lo primero que pedía ser examinado eran las inscripciones que cubrían el ataúd de plomo y la citada planchita de plata, y el resultado de este reconocimiento fué ver que las copias publicadas hasta ahora de estas inscripciones son muy incorrectas en parte, lo cual debe achacarse á la circunstancia de haberse hecho éstas, según asegura el señor Tejera, vaciándolas con un cortaplumas sobre madera por falta de mejores instrumentos.

Yo he procurado hacer las más exactas copias que he podido de estas inscripciones, que han sido trasladadas sobre zinc y después grabadas, pudiendo ahora compararse con las otras más antiguas. (Véanse las páginas 398 y 399).

El carácter de estas inscripciones grabadas en el plomo y en la plata por medio de un instrumento cortante es inequívocamente antiguo. Empezando por los caracteres sueltos, mencionaremos primeramente que en la parte exterior del costado izquierdo del ataúd de plomo se ve grabada una C yacente ( ), en la pared delantera una C derecha ( ), y en el costado derecho una A yacente (). Se han considerado estas letras como las iniciales de las palabras: *Cristóval Colón Almirante.*

La tapa del ataúd lleva la abreviatura que está en la parte superior de nuestro grabado, y que se cree significa lo siguiente: *Descubridor de la América primero Almirante.*

Las palabras abreviadas y de carácter gótico-alemán que se encuentran en el interior de la tapa del ataúd han sido interpretadas del siguiente modo: *El Ilustre y Esclarecido Varón Don Cristóval Colón.*

La cuarta letra de la palabra *Cristóval* han creído debía tomarse por una *f*, lo cual no perjudicaría en nada á la exactitud, puesto que *Criftóval* se halla en algunos escritos al lado de este mismo nombre.

Si consideramos la planchita de plata que reproducimos en tamaño natural, hemos de advertir que ésta se halló, lo mismo que la bala de plomo, debajo de la ceniza que cubría el fondo del ataúd. Dos tornillitos que se han encontrado también, y que corresponden con dos agujeros que tiene la planchita y otros dos que se ven en la pared posterior del ataúd, demuestran que ésta estuvo primeramente atornillada en dicha pared, y

que con el transcurso del tiempo, y á causa de la oxidación del plomo, se aflojaron, cayendo al fondo con la planchita.

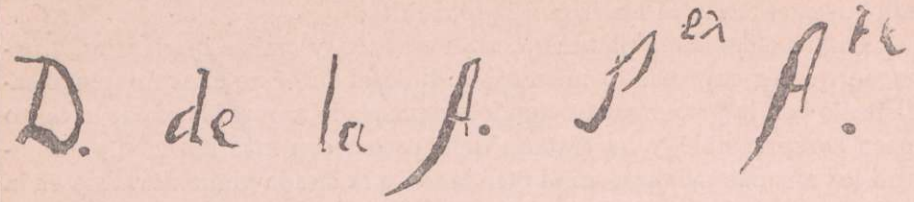
Ambos lados de la planchita están escritos, y ambas inscripciones parecen querer expresar lo mismo; sin duda el autor de ellas no quedó satisfecho con la primera, pareciéndole demasiado abreviada, y por lo tanto poco comprensible, y ha tratado de expresar con más claridad y amplitud las mismas palabras en el otro lado de la citada planchita. Esta es la única explicación que tiene el hecho de grabar las mismas palabras en ambos lados, puesto que uno de ellos iba sujeto á la pared posterior de la caja, y por consecuencia quedaba oculta á la vista. La inscripción más extensa, y que indudablemente estaba de frente, ha sido interpretada de este modo: *Ultima parte de los restos del primer almirante Cristóval Colón Descubridor.* Hay que advertir que la primera palabra abreviada pudiera significar también *una* ó *única*, por lo cual podría decir *Una parte* ó *Unica parte de los restos.*

Sólo nos resta hacer mención de la bala de plomo hallada entre el polvo que cubría el fondo del ataúd. Se ha admitido la creencia de que estuviese en el cuerpo de Colón desde sus primeros tiempos de marino, y que sólo se haya visto libre con la completa destrucción del mismo. Hasta ahora no se ha dado particular importancia á su existencia. Nosotros, por el contrario, la consideramos como una prueba de la autenticidad de los tan discutidos restos de Colón, á causa de que en uno de los párrafos del escrito que dirigió á los reyes españoles durante el cuarto viaje dice estas palabras: «Mi herida volvió á abrirse de nuevo.»

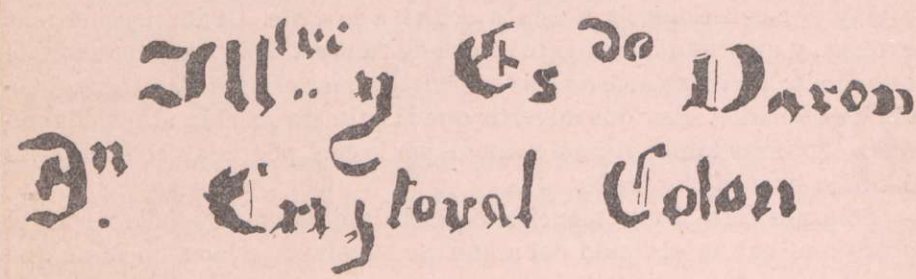
No es conocido que Colón, mientras permaneció en Portugal y en España, ni tampoco durante las travesías que hizo al servicio de los monarcas de España, recibiese herida alguna; así es que nos parece acertada la opinión de que hubiera recibido el balazo antes de esta época, en su juventud, al parecer muy agitada y aventurera, y que permaneciese en su cuerpo hasta su fin. Admitimos que al ser transportados los restos desde Sevilla á Santo Domingo se sacasen del primitivo y mayor ataúd, mohoso á causa del tiempo, para trasladarlos al otro de plomo más pequeño, y que habiéndola hallado entre la osamenta la metiesen también con ella.

Si hubiese tenido efecto en el año 1877 una falsificación, según creen Prieto, Colmeiro y otros, ¿qué interés hubieran tenido los falsificadores en añadir aquella bala, que no sabemos haya sido considerada nunca como prueba de la identidad del hallazgo, y que en cambio concuerda perfectamente con el párrafo del citado escrito?

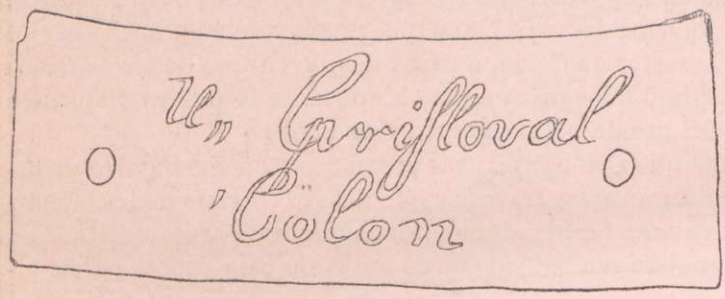
Volvemos á preguntar: ¿qué interés tendrían los dominicanos en este fraude que hasta ahora no les ha reportado el menor beneficio? ¿y dónde se hubieran hallado en Santo Domingo los industriales y grabadores que



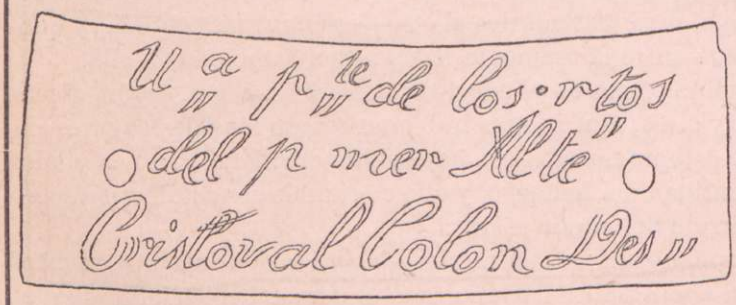
Inscripción de la tapa del ataúd de plomo (Mitad del tamaño natural)



Inscripción del interior de la tapa (Mitad del tamaño natural)



Parte posterior de la planchita de plata (Tamaño natural)

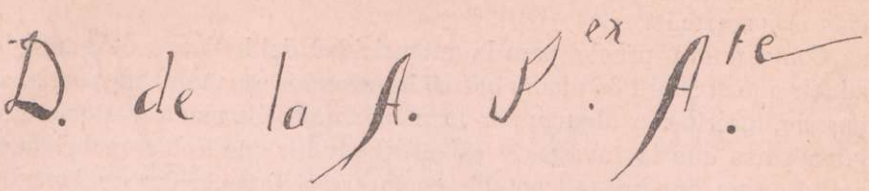


Parte exterior de la planchita de plata (Tamaño natural)

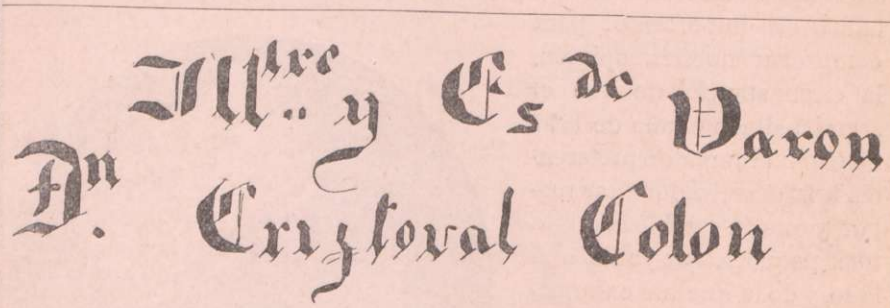
Inscripciones que se encuentran en el ataúd de plomo de Cristóbal Colón

—

Facsímile de las copias incorrectas hechas hasta el día



Inscripción de la tapa del ataúd de plomo (Mitad del tamaño natural)

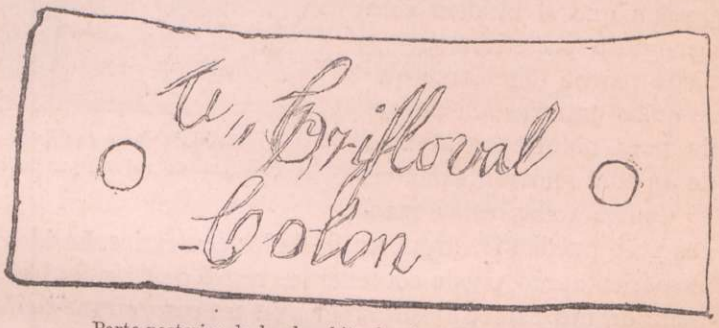


Inscripción del interior de la tapa (Mitad del tamaño natural)

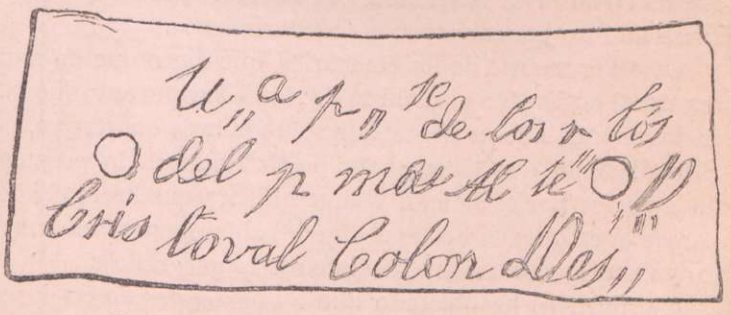
Inscripciones que se encuentran en el ataúd de plomo de Cristóbal Colón

—

Copiadas exactamente del original por R. Cronau



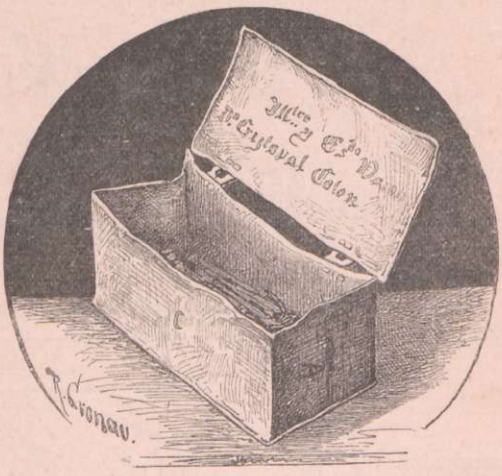
Parte posterior de la planchita de plata (Tamaño natural)



Parte exterior de la planchita de plata (Tamaño natural)

hubieran sabido llevar á cabo un engaño semejante, ni aun bajo la dirección más acertada?

Como nueva prueba para la autenticidad del hallazgo, debemos de aducir que el ataúd de plomo que se llevaron los españoles no poseía, al parecer, inscripción alguna; por lo menos no se ha mencionado en ninguna parte que la tuviese. Si es difícil admitir que hubiesen dejado el ataúd de un hombre tan notable como era el Descubridor de América sin ningún signo exterior que le hiciera poder ser reconocido, nos parece también importante, para comprobar nuestra opinión, la circunstancia de que el ataúd hallado el año de 1877 ocupaba el lugar de preferencia á la derecha del altar mayor, y que en cambio la cripta más pequeña que se halla al lado, y de la que fué exhumado el otro féretro por los españoles, hace la misma impresión que si hubiera sido agregada posteriormente y hasta parece demostrar que se quiso enterrar allí al hijo de poca notoriedad al lado de un padre notabilísimo.



Ataúd de plomo de Cristóbal Colón
(Dibujado del natural por Rodolfo Cronau)

Contra todas estas razones poco pueden los argumentos de los contrarios. La idea de que el problemático ataúd pueda contener los restos de Cristóbal, el nieto del Descubridor, nos parece absurda, pues en ese caso, en vez de decir la inscripción *primer almirante*, tendría que decir *cuarto almirante*, y tampoco estaría en su lugar la palabra *Descubridor*, puesto que el nieto del almirante no hizo jamás viajes de descubrimiento.

Otro argumento de los contrarios, que dicen que en aquel tiempo no era usual en España el nombre de *América*, que es lo que al parecer quiere demostrar la letra *A* grabada sobre la tapa del féretro, podemos rebatirlo diciendo que ya en el año de 1507 había sido propuesto el nombre de *América* por el alemán Waltzemüller, y que hasta el año de 1541, que parece el en que fué hecho el ataúd, habíase extendido mucho, apareciendo ya consignado en multitud de cartas geográficas.

También se ha objetado que los caracteres de las inscripciones que cubren el ataúd no corresponden á aquella época, y que son *demasiado*

modernos. Las deficientes copias que hasta ahora han visto la luz pública adolecen de este defecto, pues en ellas aparecen las inscripciones de la planchita de plata demasiado modernas. La copia que nosotros hemos hecho con la más escrupulosa exactitud del original permite establecer la diferencia notable que existe entre ellas, y nuestros lectores podrán convencerse, comparando la citada inscripción copiada por nosotros con otros autógrafos procedentes del siglo XVI, que pensamos reproducir más adelante en facsímile, de que el carácter de la inscripción de la planchita concuerda con el del año de 1540.

Tenemos que advertir también que varias personas altamente consideradas en Santo Domingo, y muy respetables y dignas de crédito, nos han asegurado bajo su palabra de honor que el señor López Prieto, autor de los dos volúmenes que combaten la autenticidad del hallazgo, y que estaba comisionado por el gobierno español para reconocer los problemáticos restos, ni siquiera se había tomado el trabajo de reconocerlos, ni tampoco el ataúd, sino que había hecho su informe antes de desembarcar en Santo Domingo.

Si su colega Manuel Colmeiro ha hecho una cosa por el estilo no hemos podido averiguarlo por desgracia.

Durante nuestra permanencia en Santo Domingo, que fué de un mes, no hemos dejado de interrogar á bastantes personas, que estuvieron presentes cuando se hallaron los restos, y á pesar de haberlo hecho separadamente y sin conocimiento de unos y otros, todos han estado acordes en sus declaraciones.

Cuando terminé el reconocimiento del ataúd y de los restos, que duró cerca de tres horas, pusieron las cenizas que había en la vasija de cristal en una cajita de plata guarnecida de oro, metiéndola también en el ataúd. Después que éste fué guardado en el de cristal se cerró cuidadosamente, atándolo con un cinta encarnada, blanca y azul, que son los colores nacionales de la República de Santo Domingo, sellándola después con los sellos del gobierno, de la iglesia y de los diferentes consulados. Terminado esto, leyó el notario que estaba presente el acta que había levantado, guardándose otra vez el ataúd en su aposento, hecho lo cual se dispersaron los que presenciaron este memorable acto.

Tanto el autor de esta obra como los testigos fuéronse con el convencimiento de que los respetables restos del gran descubridor reposan ahora, como antes, en la catedral de Santo Domingo.

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TOMO

	Páginas
Prefacio.	v
El tiempo prehistórico de América.	9
Los habitantes de América en el tiempo prehistórico.	25
Los mound-builders.	42
Los cliff dwellers (casas de peñascos) y los indios de Pueblo Pintado. .	63
Los antiguos pueblos cultos de México y de la América central. . .	79
Los antiguos pueblos cultos de la América del Sur.	109
Presentimiento de la existencia de un mundo occidental arraigado en la antigüedad.	127
Viajes imaginarios ó verdaderos á América antes de Colón. . . .	133
Viajes realizados por los escandinavos á Groenlandia y Finlandia. . .	139
Tradiciones de Huitramannalanndia	176
Viajes de los hermanos Nicolás y Antonio Zeno á Frisia, Islandia, Groenlandia, Estotilandia é Icaria.	187
Islas fabulosas del Océano Atlántico.	204
Cristóbal Colón y su proyecto de una travesía occidental á la India. .	211
Genealogía de la familia Colón.	217
Travesía de Colón por el Océano y descubrimiento de América. . .	231
El diario de Colón durante su travesía por las Lucayas.	239
¿Dónde está situada Guanahani?.	257
Prosigue Colón su viaje hacia Cuba y la Española.	272
El regreso..	291
El reparto de la tierra.	302
Segundo viaje de Colón.	305
Tercer viaje de Colón.	333
Ultimo viaje de Colón.	349
Los últimos años de la vida de Colón y su muerte.	370
Colón como hombre y como descubridor.	374
Los restos de Colón.	388

INDICE

DE LOS GRABADOS QUE CONTIENE ESTE TOMO

	Páginas
Vista de una parte de las *Bad-Lands* (tierras estériles) de Wyoming y Utah.	9
En las *Bad-Lands* del pequeño Missouri.	11
Esqueleto del *Brontosaurio* procedente del Jura americano.	15
Cráneo del *Ceratosaurio* del Jura americano (visto de perfil).	17
Cráneo del *Ceratosaurio* (visto de frente).	17
Rastro del *Brontozoo*, y gotas de lluvia fósiles sobre una capa de piedra arenisca.	19
Cráneo del *Dinoceras mirabile*.	21
Cráneo del *Machairodus neogæus*.	21
Esqueleto del Megaterio.	23
Sambaqui, ó colina de las Conchas, en la costa de Santa Catalina (Brasil).	25
Objetos prehistóricos de piedra hallados en California.	27
Huellas de pies humanos en la toba de Nicaragua.	35
Majadero de piedra, de California.	39
Martillo de piedra, de California.	41
Mortero de piedra, de California.	41
Antiguos mounds indianos próximos á Little Rock, en Arkansas.	42
Gran mound próximo á Miamisburg.	43
El mound *Manard* en Arkansas.	45
Plano del fuerte Ancient, Ohio.	47
Antigua fortificación en el condado de Butler, Ohio.	48
Valla circular de un templo.	49
Antiguas obras de tierra en las cercanías de Hopeton, Ohio.	49
Teocalli en forma de terraza.	50
Mound simbólico de figura de ave.	50
Mound simbólico imitando la forma humana.	51
Mound simbólico figurando una nutria.	51
Mound llamado *del Elefante*.	52
Montoncillo de tierra figurando un lagarto.	52
Mound llamado de la Serpiente.	53
Jarrón de figura humana, de Missouri.	54
Vasija en forma de cabeza humana, de Arkansas.	55
Dos pipas de arcilla, representando la una un gato montés y la otra una rana.	55

Páginas

Pipa de arcilla en forma de mastodonte. 56
Pipa de arcilla en forma de pájaro. 56
Pipas encontradas en Illinois. 57
Aderezo de concha encontrado en Tennessee, en el que hay grabada la figura de una araña. 62
Ruinas de Pueblo Pintado. 63
Plano de Pueblo Bonito. 65
Una vivienda de habitantes de peñascos en Nuevo México. . . . 67
Jarro ornamental y muestras decorativas de los habitantes en las rocas. 73
Casas construídas en las rocas en el cañón del río Mancos. . . . 74
Vasijas mexicanas. 75
Interior de una vivienda de rocas en el cauce del río Mancos. . . 76
Restos de una atalaya en Epsom Creek Valley. 76
Una vivienda de rocas en el cañón del río San Juan. 77
Escultura de los paredones pedregosos del cañón del río San Juan. . 78
El castillo de Chichen Itza. 79
Plano de la casa del Gobernador, en las ruinas de Uxmal. . . . 82
Ala izquierda de la Casa de las Monjas, en Chichen Itza. . . . 83
Esculturas de Yucatán. 84
Copia de una página del manuscrito maya existente en la Real Biblioteca de Dresde. 85
Cimiento piramidal del templo de la Cruz, en Palenque. 86
La casa del Enano, en Uxmal. 87
Detalle de la casa del Gobernador, en Uxmal. 88
Idolo de piedra, en Copán. 89
Idolo de piedra, en Copán. 90
Altar de sacrificios, en Copán. 91
Fragmento de un bajo relieve encontrado en Santa Lucía de Cozumalhuapa. 92
Bajos relieves á la entrada del templo de la Cruz, en Palenque. . . 95
Grupo de la Cruz, en el templo del mismo nombre en Palenque. . . 96
El templo del Sol, en Palenque. 97
Inscripciones del templo de la Cruz. 99
Ruinas al Norte del palacio de Palenque. 101
Perfil de guerrero esculpido en nácar. 102
Fuste de columna hallado en Tula. 103
Plano de la primera casa tolteca descubierta en Tula. . . . 104
Bajo relieve tolteca hallado en Tula. 105
Cabezas y máscaras de piedra encontradas en Teotihuacán. . . . 106
Anilla del Juego de Pelota en Tula. 107
Bajo relieve encontrado en el palacio de Palenque. 108
Mausoleo en Acora, antiguos sepulcros de Quellenata. . . . 109
Círculos de piedra de la península de Sillustani, del lago de Umayo. . 111
Pilares de tierra de asperón en Hatuncolla. 113
Modelo de una casa, según la pintura de una vasija que fué encontrada en Chimu. 115
Antigua momia peruana. 117
Cráneos deformados. 119
Cráneo deformado. 120

Páginas

Vasija de barro de los chimus, representando un tamborilero en traje de fiesta. 121
Figuras que rodean la vasija representada en la lámina anterior. . . 122
Guerreros chimus. 123
Lucha entre el *hombre de la tierra* y el *hombre del mar*. 125
Modelo de templo antiguo.. 138
Cabo Farewell, ó sea la punta Sur de Groenlandia. 139
Antiguo bote normando de remos. 141
Ruinas de la vivienda de Erico el Rojo. 143
Sellos de los obispos groenlandeses. 145
Restos de chozas esquimales. 147
Ruinas de Brattahlid, en Groenlandia. 149
Piedra escrita en caracteres rúnicos.. 151
Guerrero normando. 153
Guerrero normando. 155
Mapa del islandés Sigur Stephanius.. 157
Ruinas de la iglesia de Kakortok. 159
Lápidas sepulcrales groenlandesas con caracteres rúnicos. 161
Crucecitas de madera y placa de metal representando la crucifixión de Jesucristo, encontradas en Groenlandia. 163
Antigua peineta de madera. 165
Piedra para sumergir las redes.. 167
Fuentecillas de metal de campana. 167
Caballito de cobre. 169
Puntas de flechas indias. 169
Cucharas de cobre. 171
Fragmento de un cinturón. 173
Buque escandinavo del siglo XII. 175
Cristóbal Colón. 185
Mapa de los viajes de Nicolás y Antonio Zeno. 189
Habitantes de Groenlandia con sus botes (*kajaks*). 193
Casco de un buque mayor de largo curso en construcción (siglo XV). . 195
Nave de fines del siglo XV. 197
El milagro de San Brandano. 204
Parte de la carta geográfica dibujada por Pizigano (1367).. . . . 205
Parte de una carta geográfica dibujada por Andrés Bianco (1436). . . 207
Buque portugués del siglo XV. 210
Cristóbal Colón. 211
Martín Behaim.. 213
Retrato supuesto de Cristóbal Colón. 215
Enrique el Navegante. 219
Carta marítima de Toscanelli. 225
Casco de una gran nave de fines del siglo XV. 229
Las carabelas de Colón. 231
Desembarque de Colón en América (facsímile de un grabado de 1493). . 235
Copia del primer folleto que publicó el descubrimiento de América.. . 236
Portada del primer folleto alemán que divulgó la noticia del descubrimiento de América. 237
Playa de Guanahani.. 239

Páginas

Facsímile de la firma de una carta de Cristóbal Colón. 243
Pez ángel. 247
Pez túrbido. 249
Idolos de piedra de las islas Bahamas. 256
La isla de Guanahani. 259
Cabo de Santa María. 269
Pez Vaca. 271
Embocadura de río en la costa Norte de Cuba. 272
Idolo de piedra, de Puerto Rico. 273
Silla de madera en forma de cuadrúpedo. 275
Pipa de barro, de las islas de Turk. 279
Fragmento de un cubo de pipa de barro, de las islas de Turk. . . . 279
Máscara de madera de los primitivos habitantes de la Española. . . 281
Plano de la situación de la bahía de Punta Santa, hoy Cabo Haití, así como del fuerte La Natividad. 283
Silla en forma de tortuga, labrada en piedra de asperón gris. . . . 285
Monte Cristo. 287
Cabo Samana. 289
Maza de piedra de los primitivos habitantes de las islas Occidentales. . 290
Ruinas del palacio de Colón en Santo Domingo. 291
Isabel la Católica. 295
Fernando el Católico. 297
Armadura de Cristóbal Colón. 299
Escudo de Colón. 301
Moneda de cobre del papa Alejandro VI. 303
La isla de San Eustaquio. 305
La isla Santa María la Redonda. 307
Esculturas de madera de las islas Caribes. 309
Hachas de piedra de los caribes de Guadalupe. 311
Un *Zemi* (visto por delante y de costado). 315
Preparación del vino en la antigua Española. 317
Curación de los enfermos en la antigua Española. 319
Marco Polo. 321
Figura hecha de algodón en una calavera hallada en una cueva cerca de Maniel (Santo Domingo). 323
Cabo Cruz. 325
Paisaje de la costa de Jamaica. 327
Ornamentación de un collar de piedras de Guadalupe. 328
Collar de piedras de Guadalupe. 329
Yuca ó cazave (*Jatropha Manihot*). 331
Mortero de piedra de los caribes de Guadalupe. 332
Destrales de piedra de los caribes. 335
Alta Vela. 337
La celda de Colón en la Ciudadela de Santo Domingo. 343
Objetos de piedra antiguos de las Antillas. 347
Paisaje de la Costa de Honduras. 353
Adorno de oro en forma de pájaro. 355
Figurilla de oro de Veragua. 363
Casa donde murió Colón, en Valladolid. 373

	Páginas
Vasija de barro de los caribes de Santa Cruz.	387
Tumba de Cristóbal Colón y altar mayor de la Catedral de Santo Domingo.	389
Plano del santuario de la Catedral de Santo Domingo.	391
Ataúd de plomo con los restos de Cristóbal Colón.	393
Inscripciones que se encuentran en el ataúd de plomo de Cristóbal Colón.	398 y 99
Ataúd de plomo de Cristóbal Colón.	400

Advertencia. La lámina cromolitografiada que lleva el título de
ARMAS Y ADORNOS DE LOS INDIOS,
deberá colocarse enfrente de la portada.

S - Q2 - E1
1 / 7099
M.D.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO EDITORIAL
BARCELONA